

MINISTERIO DE GUERRA

BIBLIOTECA MILITAR DEL OFICIAL
Nº 33

HISTORIA MILITAR DEL PERU



POR

CARLOS DELLEPIANE

TOMO SEGUNDO

1977



MINISTERIO DE GUERRA

BIBLIOTECA MILITAR DEL OFICIAL

Nº 33

HISTORIA MILITAR DEL PERU

POR

CARLOS DELLEPIANE

TOMO SEGUNDO

INTRODUCCION GENERAL AL ESTUDIO DE LA HISTORIA MILITAR
LIBRO PRIMERO: GUERRAS DE LA REVOLUCION EMANCIPADORA
LIBRO SEGUNDO: GUERRAS DE CONSOLIDACION DE LA REPUBLICA.

SEXTA EDICION
TRES MIL EJEMPLARES

EL GENERAL DON CARLOS DELLEPIANE ALONSO

El ilustre historiador militar, hijo del distinguido matrimonio del señor Carlos Dellepiane con la señora Isabel Alonso, nace en Lima, el 17 de Julio de 1893.

A los quince años de edad ingresa, como cadete a la Escuela Militar de Chorrillos, para abrazar la carrera de las Armas con profundo amor y devoción; caracterizándole su decidida vocación por los estudios históricos, en los que destaca desde sus primeros años.

Durante 11 años, en los grados de Alférez, Teniente y Capitán, sirve en todas las Unidades de Caballería. En 1923 obtiene el diploma de Oficial de Estado Mayor, egresando de la Escuela Superior de Guerra con la VII Promoción y ganando un viaje de estudios al extranjero.

Ascendido a Sargento Mayor, el mismo año, es designado Jefe de La Segunda Sección del E.M. de la 2da. División Ligera; al año siguiente, como Director de la Escuela de Oficiales, pone de manifiesto su gran vocación de maestro; luego viaja en misión de estudios a Francia donde lleva a cabo, con notable éxito, varios ciclos de perfeccionamiento: un año en Metz, en el 28 Regimiento de Dragones; 6 meses en Lyon, en el 99 Regimiento de Infantería; posteriormente integra la 56a. Promoción de Estudios Tácticos de Artillería y, finalmente, asiste a un ciclo de instrucción de Comandantes en Saumur.

A su regreso de Francia, forma parte de la Planta Orgánica de la Escuela Militar relievando el prestigio de élla con sus acertadas enseñanzas y contribuyendo al auge de la Revista de ese Centro de Estudios Superiores, mediante certámenes y concursos que despertaron gran entusiasmo intelectual.

En 1930 es designado Sub-Jefe de la Sección Historia del EMGE; bajo su hábil dirección se inicia el estudio de nuestra Guerra de la Independencia; el trabajo resultante es publicado en la Revista Militar, circunstancia que le permite, a su vez, asumir la Dirección de la indicada Revista; poco después tiene la brillante ocasión de realizar lo que siempre fue su aspiración: Incluir en el examen para el ascenso a Oficial Superior, el curso de Historia Militar y formular el texto básico que, hasta hoy, es obra de consulta y fuente de enseñanzas. Posteriormente, el Ejército Argentino, también hace oficial este texto básico, honroso testismonio de prestigio a nuestro Ejército y timbre de orgullo para el ilustre autor que así ha grabado su nombre en la nómina inmarcesible de los mejores reformadores y maestros de la Historia Militar del Perú, conforme lo acreditan las palabras liminares del

entonces Presidente del Círculo Militar Argentino, General de División Dn. Basilio Pertine, en el prefacio a la tercera edición de su obra publicada en la Biblioteca Militar del Oficial Argentino.

Su labor en el Ejército fué notable, ya que en cada uno de los puestos que desempeñara, dejó impresa una huella indeleble caracterizada por su entusiasmo y su alta categoría intelectual. Entre los cargos más importantes que desempeñó pueden citarse: el de Jefe de la Sección Historia del EMGE, Jefe de la Sección de Informaciones del EMGE, durante el conflicto con Colombia; Profesor de Historia en la Escuela de Oficiales de la Escuela Militar de Chorrillos y en la Escuela Superior de Guerra; Instructor de Táctica de los EE. MM.; Jefe de E. M., de la Inspección General de la Defensa Nacional, Agregado Militar en la Argentina, donde estrechó profundamente lazos de amistad con la hermana República; Comandante General de la Segunda División Ligera; Inspector Genera' de Instrucción Pre-Militar y otros cargos de importancia.

Como escritor militar, su trabajo es profundo y amplio, como puede observarse en la brillante síntesis de las Campañas Napoleónicas de 1806 y 1813; campaña de la Emancipación, que son modelos de arte militar; ejercicios de Cuadros de Caballería; Monografía Histórica del Ejército Peruano; Guerra de Secesion de los Estados Unidos de Norteamérica; trabajos que culminan con su insigne obra: Historia Militar del Perú, en dos volúmenes.

El General Dellepiane tuvo además condiciones excepcionales para el discurso académico, pronunciando brillantes piezas oratorias, entre las que merecen citarse: su discurso de orden, al inaugurarse el Centro de Estudios Históricos-Militares del Perú; el pronunciado frente a la Cripta de los Héroes, al conmemorarse el centenario del nacimiento del Mariscal Cáceres, esta última, sin duda alguna, la mejor que escribiera; el discurso con ocasión del centenario del primer gobierno del Mariscal Castilla; y sus conferencias cias en el Instituto Sanmartiniano de Lima relativas a San Martín y Alvarez de Arenales, que son también de singular mérito.

La influencia pedagógica del General Dellepiane, desde la Dirección General de Instrucción Pre-Militar, encauzó definitivamente el curso de esta institución nacional, en forma infatigable en la preparación técnica y moral de las masas entudiantiles de ambos sexos, de toda la República, desde la cátedra, la tribuna y el libro, para orientar y explicar al país los alcances y la finalidad de la presentación militar de la Nación. Corresponde a esta labor su importancia obra "Ideario Pre-Militar", como segunda parte de su "Deontología Militar".

Como miembro de la Directiva del Círculo Militar, a la que perteneció muchas veces, hizo sentir las más favorables influencias. Fueron varias y muy interesantes las conferencias que llevó a cabo con el concurso de destacados militares extranjeros y del Perú en 1936, con el más brillante éxito; varios también fueron los certámenes y los premios que por su iniciativa se otorgó por trabajos de carácter intelectual. Representó al Ejército en diversas oportunidades: viajó en misión especial al Uruguay; fue Ase-

sor Militar de la Conferencia Internacional de la Paz del Chaco; Presidente del Consejo Nacional de la Defensa Civil; Miembro de la Comisión de la Reconstitución de la Biblioteca Nacional; Presidente de la Comisión Organizadora del Colegio Militar "Leoncio Prado"; Presidente de la Comisión Organizadora del Museo Histórico-Militar etc. Su prestigio trascendió más allá de los lindes de la vida militar: como humanista fue incorporado a muchas sociedades culturales del país y del extranjero, en todas ellas su actuación fue brillante, valiosa y duradera; realzó su nombre y el del Ejército Peruano, al cual prestigió con su vida esforzada y de alto valor intelectual, conforme lo atestiguan sus catorce títulos académicos y trece de las más altas condecoraciones del Perú y países extranjeros, más una medalla de oro de la Municipalidad de Lima por mérito intelectual.

La muerte del Gral. Dellepiane, acaecida en Washington el 11 de Noviembre de 1946, fue motivo de profundo dolor y consternación en el seno de nuestra Institución, así como en todas las diversas esferas del país a las que perteneció; todas ellas recordaron y exaltaron los perdurables y definitivos méritos del ilustre extinto, que hasta los últimos días de su fecunda existencia militar, con tenacidad poco común, trató de superarse. El Ejército, a modo de ofrenda fúnebre y como póstumo homenaje, expresó en el editorial de la Revista Militar del Perú de Febrero de 1947: " se mostró como guía, se dijo ejemplo, y llegó hasta el punto de ser inflexible y dúctil al mismo tiempo para corregir el yerro y dictar la pauta de las mejores realizaciones que, a su juicio, habrían de significar el progreso del Perú, desde el aspecto de su defensa nacional".

Sin que esta breve biografía del ilustre militar pueda significar en modo alguno el merecido elogio al insigne autor de la "Historia Militar del Perú", solo traza los rasgos característicos de su obra intelectual y los signos perdurables de su acendrado patriotismo, así como las normas definitivas de su labor didáctica, militar y disciplinaria que constituyó en su vida un sagrado credo de amor a las instituciones nacionales, y que, con toda justicia las nuevas generaciones de Oficiales del Ejército, le serán deudoras.

La obra y personalidad del General Dellepiane, tiene además el indiscutido mérito de reflejar en cada etapa de su vida, aspectos notables de su fervoroso nacionalismo, su amor a la institución militar y a su arma de origen; obra y personalidad salpicadas de profundas emociones literarias que las supo cultivar con acierto, brío y ardorosa pasión de americanista, a la par que con insondable vehemencia de peruano y de soldado.

La Bilioteca Militar del Oficial, se honra al incorporar en su colección, la Historia Militar de la cual es autor el Gral. Dellepiane, y tiene la esperanza de que sus líneas servirán de guía espiritual a las jóvenes promociones de Oficiales del Ejército Peruano; que el cumplimiento de este deseo sea el justo homenaje de la Institución a la que tanto amó el insigne autor.

Dirección de Operaciones e Instrucción del EMGE.

PARRAFOS DE UNA CARTA DEL DOCTOR DON JOSE DE LA RIVA-AGÜERO Y OSMA AL AUTOR DE ESTA OBRA

Señor Teniente Coronel don Carlos Dellepiane.

....

"Vivo interés me ha suscitado la lectura de su importantísima Historia Militar del Perú ....

"Aunque ajeno yo a conocimientos técnicos militares, el enlace y substancial unidad en los estudios históricos es tal, que ninguno de los que a ellos se dedican, puede prescindir de la cuidadosa y preferente atención a los hechos que la historia militar expone. La guerra es una alta filosofía; y sus duraderas reglas, que determinan y prevalecen sobre las aplicaciones profesionales y de pormenor, dimanan de los más profundos y vitales principios de la razón y la voluntad. Con singular lucidez lo pone Ud. de manifiesto en numerosas páginas de su notable obra.

"Los pliegos del segundo tomo enseñan mucho y sugieren todavía más acerca de nuestra desgraciada contienda con Chile, de hace medio siglo. Son toda una demostración de psicología colectiva, aplicada en tan palpitante y sangrienta materia. Si la imprevisión y despilfarro criollos, las obcecadas rencillas intestinas y la anarquía republicana prepararon el desastre, la frívola aceptación de las volanderas modas teóricas de 1870 sobre la eficacia del fuego y la excelencia de la defensiva pura, lo que hoy llamaríamos el ESNOBISMO estratégico, acabaron de hacer nuestra perdición irremediable. Sostiene Ud. muy bien, en mi concepto, ya desde el primer tomo (páginas 26 a 28) que en la ofensiva, aún condicionada con gradaciones y esperas, está la clave de toda victoria; precepto que no es sólo militar, sino moral y político, pues la mera defensa nada decisivo produce.

"Otro de los puntos que más me ha complacido, en la introducción de su primer tomo, es la justa apología de las aptitudes militares de nuestro soldado indio, de su sobriedad, resistencia y disciplina extraordinaria, tan reconocidas y alabadas por sus antiguos jefes españoles. Para infundirle empuje vencedor, acometividad eficaz, como en sus mejores épocas, lo que necesita es comando respetable, competente y enérgico; y para curar la pasividad y la deserción no hay sino que robustecer sus innegables tendencias de organización conservadora, de ferviente apego a la autoridad, la tierra y la familia, en vez de continuar con el absurdo y suicida empeño de socavarlas, negarlas y subvertirlas.

"Plenamente convengo con Ud. en que las guerras napoleónicas señalaron para el arte militar una era nueva, como el kantismo para la ciencia filosófica; y planteando sobre nuevas bases los problemas, dejaron casi todo lo anterior reducido a asunto de erudición ornamental. Pero como Ud. mismo dice, con gran acierto que, consciente o inconscientemente, las campañas de la Independencia Sudamericana, desde principios del siglo XIX, reprodujeron, aunque en muy reducidas proporciones, el ambiente napoleónico de la época, yo habría preferido que, en consecuencia, no hiciera Ud. arrancar su historia no más que de la expedición de San Martín, sino que la iniciara con esas campañas realistas sobre Quito y el Alto Perú, desde 1809 y 1810, emprendidas y ganadas por soldados genuinamente peruanos. Alguna vez, a propósito del DICCIONARIO de Mendiburu, emití ya igual observación. Reconoce Ud., en la página 164 de dicho primer tomo, el evidente carácter de guerra civil y fraterna que tuvo toda la Emancipación, rectificando y refutando con esto la ignara vocinglería de la historia primaria y sectaria a luso, que con chirles declamaciones, desnaturaliza y falsifica nuestro pasado, excava artificiales abismos y arruina la necesaria solidaridad del sentimiento patrio en los sucesivos regímenes.

"De pasada, echo de ver que el plan de Lord Cochrane en la junta del 4 de Setiembre de 1820, para el desembarco en Chilca, coincidía con el remitido por los conspiradores limeños, según lo han recordado historiadores de Chile; y que en el fondo fue idéntico al ejecutado sesenta años después por Vergara y Baquedano, según aparece en las páginas del tomo segundo.

"Tiene Ud. mucha razón en rechazar la designación de Campañas de Intermedios para las de Tristán y Miller en Pisco e Ica (notas de las páginas 145 y 146 del tomo I), conservando tal nombre para las desdichadas expediciones de Torata y de Zepita en el año de 1823. En estas dos verdaderas Campañas de Intermedios, la actividad y denuedo de los realistas Valdez y La Serna nos proporcionan la lección utilísima de un ejército INTERIOR preponderando en estas regiones sobre el de base marítima, ya que nuestra pobreza nos condena, por muy largos años, a inferioridad en el mar.

"Libros como el de Ud., que responden a la más elevada y acendrada cultura militar, son el anuncio próximo de la reapertura de la Escuela Superior de Guerra, cuyo receso entendemos todos que ha sido decretado con intención transitoria ....

..

...."No hay que dejarse sorprender de nuevo por emergencias como las de 1909 y 1910, poco probables pero de continuo posibles en la incierta vida sudamericana.

"Expresando a Ud. mis más entusiastas enhorabuenas por su meritoria y honrosa publicación, que esclarece y aquilata nuestros anales bélicos, me repito su amigo atentísimo".

J. de la RIVA-AGÜERO y OSMA

TOMO II

CAPITULO PRELIMINAR

El primer volumen de la presente edición lleva una Introducción General *al Estudio de la Historia Militar, que comprende largas páginas sobre su Importancia y sobre el Arte de la Guerra. Dicho capítulo inicial constituye la base técnica de esta Obra y a él nos referimos para apoyar y justificar, en cada caso, nuestras consideraciones y conclusiones.*

La citada Introducción ha sido redactada con el objeto de ponernos de acuerdo con el Lector, esclareciendo, tanto la intención didáctica que hemos perseguido, como la tendencia profesional que sustentamos; intención y tendencia, que van sintetizadas en las Consideraciones Generales que forman el Capítulo final de cada uno de los tres Libros que comprende este trabajo.

Va también un Plan de la Obra, *que explica su formación y que detalla el por qué de cada una de sus divisiones, así como el sistema u orden que ha presidido su redacción.*

*

En esta Obra de teoría pura, de investigación filosófica sobre la Guerra en general, como proemio de este Libro Tercero, de la Guerra del Pacífico, y con el fin de señalar desde el comienzo las causas determinantes de los sucesos y del resultado final de este conflicto bélico, se debería hacer un análisis y estudio muy extensos sobre la miopía de los dirigentes civiles y el mutismo —por decir lo menos— de sus principales colaboradores militares, quienes, en el lado de los aliados, no llegaron a entenderse para acordar, a ciencia cierta y sobre seguro, las medidas necesarias e impostergables que exigía en ese entonces la Defensa Nacional.

La Guerra del Pacífico es un caso ejemplar, digno de estudio por muchos conceptos, de ese endémico mal de imprevisión que aflige a algunos pueblos, basculantes entre la menguada y subterránea influencia derrotista o pacifista y la mal llamada tendencia militarista, que es la que debía ser oída preferentemente, si, como lo creen los soldados, es el patriotismo el que debe primar sobre todas las demás consideraciones de una organización estadual.

La derrota violencia y abrumadora de Francia, de larguísima, brillante y heroica tradición guerrera, que ha ocurrido en nuestros días con estupefacción general, pone en evidencia lo que antes tratamos de explicar; muy difundida ha sido por el cable, por estu-

dios especiales y por la correspondencia periodística, la causa o causas determinantes de aquel lamentable e inesperado desastre y de varios otros.

Para resumir nuestra opinión en lo que respecta a la Guerra del Pacífico y al desastre europeo a que nos acabamos de referir, que tienen algunas similitudes demostrativas de que nadie está libre de ese mal demagógico —cáncer congénito de la democracia, que vive a sus expensas y termina por asfixiarla— convendría formular dos series de preguntas cuyas respuestas dejaremos a cargo del Lector.

¿Los organismos directores del Estado y sus principales dirigentes políticos, tuvieron o no conciencia, íntima y sincera, de que su primer deber es velar y celar por la Defensa Nacional? ¿Comprendieron o nó que sin ese núcleo central de la nacionalidad, que es el Instituto Armado, todo lo demás no valdría nada y se podría disgregar por falta de elemento de cohesión? ¿No tenían desarrollado, siquiera, ese instinto animal de la fiera selvática que le hace afilar sus propias garras? ¿No oyeron la voz de su pueblo que quiere, siempre, ser fuerte y respetado?

¿La escala militar no tuvo jerarcas con voz suficientemente sonora como para ser oída? ¿Careció de personería para exponer la verdad, ya que sabemos que no desconoce las necesidades? ¿La subordinación y respeto a los Poderes Públicos es tan exigente que puede conducir hasta la traición... que, tal representa dejar inerme a la Patria frente al enemigo? ¿En qué consiste el alto deber militar profesional?... el soldado Choquehuanca cumple su deber sacrificando lo único que tiene, la vida, para llenar su consigna en una puerta cuya guardia se le ha confiado: la consigna del Jefe es constituirse en apóstol y profeta de la Defensa Nacional, algo deberá sacrificar, comodidades y amistades, para cumplirla...

Tal era la situación de desarme total y absoluto descuido en que encontraron al país el General Mariano Ignacio Prado, Presidente de la República y Jefe Supremo del Ejército, y los Generales a quienes tocó en suerte organizar y conducir, simultánea o sucesivamente, a las Fuerzas Armadas del Perú.

Y, como un eficiente sistema de Defensa Nacional, que es fruto de muchos años de labor espiritual y material, no se puede organizar en corto tiempo, ni mucho menos improvisar, los resultados finales de la Guerra estaban descontados desde los primeros pasos que se dieron hacia el escenario de la cruenta prueba, hacia los campos de batalla...

*

Uno de los propósitos de este Libro Tercero es demostrar que la Guerra no se hace por el amor de Dios, *según conocida frase de Bolívar. En efecto: como lo podemos comprobar en estas páginas, el temperamento adoptado por nuestros hombres de guerra en la encarnizada lucha del Pacífico, fué vaciado en el molde característico de las justas y torneos medioevales; casi nunca actuamos «en la guerra como en la guerra». Sólo quisimos oponer gallardía y valor al destructor plomo enemigo; la victoria fue de éste, pero, nadie podrá cantar con más altivez y orgullo los sinsabores de la propia derrota... Ingenuo y conmovedor romanticismo —peligroso porque ya*

está probado que hace escuela— opusimos a la dura ley de la guerra, cuya esencia misma es el más inexorable y obcecado, injusto y cruel espíritu de destrucción.

Orgullosos y satisfechos nuestros Jefes de batirse con irreprochable dignidad, se conformaron con dar parte de que el triunfo fué costoso al adversario, sin conceder la debida importancia al hecho, capital, de que la victoria escapara de sus manos.

El desconocimiento de las duras realidades de la guerra; la pomposidad en el discurso, en la proclama y en el parte...

De acuerdo estamos en que no nos interesa hallarnos hoy preparados para la guerra que pasó; cualquiera otra que viniera será más terrible y formidable. Pero evitemos, conociéndolos siquiera, los errores y los males del ayer...

También alimentamos el anhelo de estimular al estudio de las altas cuestiones relativas al Arte Bélico, enseñando que, si sólo el esfuerzo es provechoso, el saber es indispensable para realizar aquel esfuerzo y obtener ese provecho.

Probando que, si la guerra es sin disputa una cuestión de fuerza, también es un problema de buen empleo de esa fuerza. Demostrando que, el conocimiento, fundado en el estudio de las guerras del pasado, o sea el saber profesional, es un alto coeficiente que eleva el valor real de las fuerzas y, multiplicándolas, nos acerca más y más y nos hace desposar con la Victoria, fácil y tornadiza, que para entregarse exige, y ha exigido siempre, potencia y habilidad.

Insistiendo en que «no hay honra sin ilustración; que la supremacía del saber es incontestable; que la victoria es fiel aliada de la ciencia; que si es mengua huir por cobardía, no lo es menos ceder por ineptitudes» *

Otra de nuestra finalidades es llevar a la ciudadanía el convencimiento de que nuestros hombres de guerra han cumplido siempre el honroso rol que la sociedad les confiara. Conduciendo al lector por la más depurada verdad histórica, en lo que se refiere a nuestros fastos bélicos, haciéndole notar las insuperables dificultades que la imprevisión puso casi siempre en nuestro camino, pretendemos dar la impresión de lo que somos y de lo que aquélla debe esperar de sus fuerzas armadas, que valdrán, más que todo, por el aliento y aplauso que les brinde la opinión ciudadana, por el favorable ambiente público de que se les rodee y por la franca y justa sanción que se imponga a los que olviden sus deberes militares para con la patria.

El ejército es el pueblo mismo, es el hermano guardián de la colectividad; lo que se le pida, en cualquiera circunstancia, no podrá ser más de lo que se le dé: hombres vigorosos, con fe ciega en los sagrados destinos de la Patria, con invariable espíritu nacionalista. Nos dirigimos en estas líneas al estadista, al político al educador, al instructor, a los encauzadores de la opinión pública y a todos aquellos que moldean y que tienen en su mano la formación psíquica y somática de los hijos del Pueblo.

---

* Boletín del Instituto Sanmartiniano del Perú. Año II, Nº 4, Julio de 1936. Carta dirigida al Autor.

Con fines de esclarecimiento y simplificación, como hemos hecho en los anteriores Libros, conviene establecer desde el comienzo una sinopsis de las campañas regulares y de los principales hechos de armas que éstas incluyen; esta sinopsis debe ser completada por el cuadro cronológico que aparece al fin del texto.

Señalando las operaciones por los años en que se realizaron, las campañas regulares fueron las siguientes:

1879	*DE ATACAMA, con Antofagasta y Calama;* *MARITIMA, con Chipana, Iquique, Angamos;* *DE TARAPACA, con Pisagua, San Francisco, Tarapacá;*
1880	*DE TACNA, con los Angeles, Alto de la Alianza, Arica;*
1881	*DE LIMA, con San Juan y Miraflores;*
1882	*DE LA BREÑA, con los Pucará, Marcavalle, Concepción;*
1883	*DEL NORTE, con Huamachuco.*

Independientemente de la anterior sinopsis de campañas regulares, en la que sólo hemos citado las principales acciones de armas y los hechos de guerra que revistieron carácter decisivo, se deben tener en cuenta muy especialmente: las operaciones aisladas de 1882, que originaron la honrosísima victoria de San Pablo; y la escaramuza de Huasacachi, que dió al invasor franca entrada, en 1883, a la segunda ciudad del Perú, Arequipa.

Se deben citar asimismo los combates e incursiones y otras funciones bélicas llevadas a cabo por fuerzas regulares terrestres, durante el desarrollo de cada campaña o bien entre uno y otro de los choques principales. Recordemos, al efecto, Quillagua y Germania en la campaña de Tarapacá; El Conde, Locumba, Buena Vista, Quebrada Honda en la de Tacna; Herbay, el Manzano y Ate en la de Lima; Sángrar en 1881, y algunas otras parciales en la campaña de la Breña y en la del Norte, que, aunque no ofrecen amplio tema a la crítica militar, revisten considerable importancia como notables episodios nacionales, en los que los soldados del Perú hicieron gala de la bravura y honor militar de que en Arica diera pruebas Bolognesi.

Los numerosos y repetidos combates del Callao y de Arica contra la escuadra chilena bloqueadora; acciones navales, como las incursiones del «Huáscar» a puerto chilenos, las hazañas de la «Unión» frente a Arica y en Magallanes, la captura del «Rímac», el combate de la «Pilcomayo», la expedición del «Oroya», la destrucción del «Loa» y la «Covadonga» y otras empresas de tal género, completan el panorama de este cruento ciclo bélico, en el que nuestros hombres de mar supieron conservar, gallardamente, el brillo que Grau en Angamos, imprimiera a sus banderas.

*De la «Monografía Histórica del Ejército Peruano» tomamos el porcentaje de bajas, aliadas o nacionales, calculado para cada una de las principales acciones de armas de esta Guerra *:*

---

* Esta Monografía Histórica, así como la Campaña de 1824 de la Guerra de Emancipación, fue redactada por el Autor y publicada por la Quinta Sección del Estado Mayor General, en la Revista Militar del Perú, durante el año 1930. (Ver Plan de la Obra).

ACCIONES DE ARMAS	% DE BAJAS	ACCIONES DE ARMAS	% DE BAJAS
Pisagua	25	*San Juan*	44
Germania	93	*Miraflores*	70
San Francisco	8	*Pucará*	3
Tarapacá	15	*Marcavalle*	15
Los Angeles	8	*Concepción*	12
Alto de la Alianza	27	*San Pablo*	36
Arica	80	*Huamachuco*	41

¡Prueba incontrovertible de nuestro valor militar!

*

*Para la segunda edición —aparecida en 1936— habíamos resuelto redactar un capítulo final de la Guerra del Pacífico, que comprendiera las movidas negociaciones diplomáticas, variados incidentes internacionales, insistencia del Perú ante Chile para la oportuna ejecución del Tratado de Ancón y demás circunstancias que constituyeron la secuela de esta cruenta lucha; la chilenización de las provincias en rehenes; la equivocada pretensión boliviana sobre compensación, con nuestros territorios, de los que ella, con nosotros, no pudo defender; el fracaso plebiscito bajo la autoridad de los Estados Unidos, cuya impracticabilidad demostró Lasiter, el enviado norteamericano, y por último, las contingencias y causalidades que hicieron cancelar este ciclo de nuestra Historia Externa con el Tratado de 1929, sus complementarios, demarcación difinitiva y ulteriores convenciones diplomáticas y económicas que han formado, entre los actores principales del drama del Pacífico, efectivo nexo de amistad y mutua consideración y respeto. Nexo que en nuestros días —febrero de 1941 *— se ha formalizado mediante nuevos Tratados de singular y amistosa vinculación.*

En esta forma pretendíamos atraer la atención del Lector hacia la lamentable situación que arrastra quien no ha querido o no ha sabido, oportunamente, echar con rabia ciega todos sus medios y todos sus valores en el campo de batalla. Queríamos demostrar que todo ha de empeñarse y subordinarse a la necesidad pungente de volver del campo «con el escudo»...

Mas, ya escrito el citado capítulo, con tardía reflexión, caímos en cuenta de que la tarea del General termina con el tratado de paz primigenio, que cierra el período de las operaciones bélicas, y que las ulteriores contingencias no incumben al guerrero, quien devuelve la dirección del asunto contencioso internacional a la gestión diplomática, tan pronto como se apaga el eco postrero del último tiro de cañón.

Era, pues, inconducente traer a una obra que es, sobre todo, de Arte Militar, la larga y cansada y muchas veces ineficaz discusión

* Y mucho más en los meses de 1943.

de Cancillerías, cuya voz en los litigios sólo se escucha cuando estás-sólidamente respaldada por la potencia de la fuerza militar Alguien ha dicho que los tratados sólo valen cuando su pisapapel es un cañón.

Por las razones citadas, en aquella edición y en la presente, nos hemos limitado a arreglar un mapa que contiene la actual línea de demarcación entre el Perú y Chile según el Tratado de 3 de junio de 1929, su Protocolo Complementario de la misma fecha y de acuerdo al Acta de fijación de los Hitos, canjeada el 5 de agosto de 1930, día en que prácticamente termina, después de medio siglo, el Conflicto que se inició el 5 de abril de 1879.

*

Para dar término a estas páginas iniciales, señalaremos el móvil general y el temperamento que nos alienta.

Si en el hombre predomina el sentimiento y, lógicamente, todos sus actos son orientados y dirigidos por la pasión, resulta indudable que la Historia Bélica, en la que se realiza continua confrontación de fuerzas y valores morales, es la disciplina que corre más riesgo de escollar en el apasionamiento, del que nace la más ingrata e injusta parcialidad.

Ahora bien, como la pretensión de esta Obra sólo alcanza a esclarecer, fundamentar y aplicar a lo nuestro los conceptos generales de la Filosofía de la Guerra, conviene dejar constancia de que, sacrificando en parte la expresión de nuestros más altos y legítimos afectos, atemperando las frases, suprimiendo calificativos, no tenemos más aspiración —como lo observará el Lector avisado— que desentrañar, de los hechos reales y vividos, las normas y preceptos de la Guerra considerada como Ciencia generalizadora, en su estudio, y concebida como Arte, en su conducción.

La única pasión que nos mueve, la que imprime rumbo y da impulso al presente trabajo, es la de fijar en el espíritu del Lector las nociones necesarias para mostrarle: qué es la Guerra, cómo se conduce y cuáles son sus usos y sus leyes.

Lima, octubre-noviembre de 1943.

———



GUERRA DEL PACIFICO

LIBRO TERCERO

GUERRA DEL PACIFICO

CAPITULO PRIMERO

CAUSAS DE LA GUERRA

. . . . - 1879

Antecedentes.- Las conquistas incaicas y las Provisiones Reales sobre Nueva Toledo.- Derechos de Bolivia sobre Atacama.- Las riquezas de Atacama.- Negociaciones diplomáticas de Chile con Bolivia.- Los tratados de 1866 y 1874.- La hacienda pública de Chile.- Los armamentos de Chile.

Invasión de Atacama.- Calama.- Ocupación de la provincia de Atacama.

La alianza defensiva Perú-Boliviana.- La mediación peruana.- Negociaciones peruanas.- Declaratoria de guerra al Perú.

Las riquezas de Tarapacá.- La indemnización de guerra.

ANTECEDENTES

* LAS CONQUISTAS INCAICAS Y LAS PROVISIONES REALES SOBRE NUEVA TOLEDO

La marcha al Sur de los Incas conquistadores se detuvo por el litoral del Océano en las márgenes del Maule; los Tenientes de Túpac Yupanqui que no habían hallado en su expedición sino tierras deshabitadas y escasas tribus semisalvajes, no creyeron encontrar más adelante las riquezas que todo conquistador ambiciona y, sin ningún aliciente, decidieron no continuar en su empeño.

---

* Croquis Nº 1.

Las noticias que recibieron sobre la existencia de tribus bárbaras más australes, que apenas cubrían sus necesidades con los productos de su suelo, les hizo menospreciar esa conquista indeseable para su Señor, dueño de tierras fecundas, repletas de tesoros y con localidades civilizadas, entre las que hubiera sido ímproba labor refundir a esos atrasados pobladores.

Francisco Pizarro al descubrir el Perú pidió al Rey de España, y le fue concedido por la Capitulación de 26 de julio de 1529, el gobierno de 200 leguas norte-sur de las tierras descubiertas, medidas "derecho meridiano" entre el pueblo de Tempula o Zemuquella, que llamaran Santiago en aquel entonces y se llama Tumbes en la actualidad, hasta llegar "al pueblo que en lengua de indios se dice Chincha".

En la segunda Capitulación fechada el 4 de mayo de 1534, con más conocimiento del territorio, Pizarro logró que su Rey le otorgara 70 leguas más "de luengo de costa".

Poco después, a solicitud del mismo Conquistador, los Reyes concedieron derecho a Diego de Almagro para que gobernara más al Sur, en 200 leguas de costa "que comenzaban, donde se acaban los límites de la gobernación que por la dicha Capitulación" y otras Provisiones, tenían encomendada al Capitán Francisco Pizarro.

Almagro dejó el Cuzco para dirigirse hacia las tierras cuyo gobierno se le había confiado, creyendo hallar en ellas riquezas parecidas a las que existían en el Perú. Llegado al Maule, perdió toda ilusión sobre el valor que tenían sus dominios y volvió al Cuzco, donde fomentó una cuestión de límites con la gobernación de Pizarro, recurriendo a un juicio arbitral. Se ventilaba el juicio cuando muere Almagro, y Pizarro cede entonces a Pedro de Valdivia la provisión que tenía de Rey para reemplazar al primero en la conquista de Chile. Valdivia partió a llenar su cometido en enero de 1540 saliendo, como lo hiciera Almagro, de la ciudad del Cuzco.

Después del asesinato de Pizarro por los almagristas, apodados "los de Chile" y estando La Gasca en el gobierno del Perú, con poderes expresos del Rey para arreglar todo lo que se relacionara con el mejor orden y acomodo de los conquistadores en sus territorios, fijó el 7 de mayo de 1548, los límites de la gobernación del Capitán Valdivia "desde el valle de Copayapu (Copiapó) que está en 27° de parte de la equinoxial hacia el Sur, hasta 41° al norte-sur derecho meridiano; y ancho, desde el mar la tierra adentro cien leguas, lueste leste".

Ahora bien: de Tumbes al sur, medidas las 270 leguas castellanas que formaban la gobernación de Pizarro, a razón de 17 y 1/2 leguas por grado, el límite caía en los 25° 31' 24" de latitud sur y como el río Copiapó se encuentra a los 27° de dicha latitud, el licenciado La Gasca, rectificándose, en la segunda Provisión que dio a Valdivia, acreció la gobernación de éste hacia el norte, hasta llegar al río Salado o Paposo, o Santa Clara que se llamaba entonces. De esta manera impidió que hubiera una zona de más de un grado geográfico sin autoridad efectiva, que formaba una verdadera res nullius, susceptible de ser ocupada por el aventurero más osado. Carlos V confirmó poco después la delimitación establecida por La Gasca.

El desierto de Atacama era, pues, parte integrante del Virreinato de Lima, y los notables accidentes geográficos que lo limitan por el norte y por el sur, que son los ríos Loa y Paposo respectivamente, eran bien definidos puesto que estas corrientes de agua, importantes, que llevan su caudal al mar durante la mayor parte del año, no pueden ser confundidas con los demás ríos de ese litoral que desaparecen por infiltración en la seca y ardiente superficie del desierto.

Muchos años después, en 1776, llegó a Buenos Aires el General español Cevallos, enviado por el Rey para pacificar las Provincias Argentinas, trayendo consigo una Real Orden para constituir el Virreinato de Buenos Aires. En esta Real Orden se disponía que el Virrey de Lima, que era por ese entonces el Teniente General de la Armada D. Manuel de Guirrior, efectuara la delimitación, por el norte, de los territorios que debían formar ese Virreinato; precisábase en la misma Real Orden que la provincia de Charcas se incorporara a la nueva circunscripción territorial. La demarcación entre los Virreinatos de Lima y de Buenos Aires fue fácil de señalar, por cuanto ya estaban bien establecidos los límites de la Audiencia de Charcas a la que pertenecía, según la ley 9ª de la "Recopilación de Indias", la provincia de Atacama.

Constituído así el Virreinato de Buenos Aires, el nuevo Virrey, cuya sede estaba muy alejada de Atacama, no podía defender esa costa ni hacer llegar a ella los beneficios de su autoridad y entonces, por tales inconvenientes, Atacama dependió en lo eclesiástico del arzobispado de Chuquisaca y del Virreinato de Lima en lo que se relacionaba con su defensa y constitución militar.

Una Real Orden de 1º de octubre de 1803, establecía que: "en el río Paposo concurrían las extremidades de los tres gobiernos" (Virreinato de Lima, Capitanía General de Chile y Virreinato de Buenos Aires) y que: "el expresado puerto del Paposo, sus costas y territorio se agregaran al Virreinato de Lima".

Así, en el itinerario de postas del Vireinato de Lima, se lee: "a dos leguas de Río Frío, siguiendo para Vaquillas, se hallan las pirámides que dividen las jurisdicciones del reino del Perú con Chile".

Todas estas circunstancias determinantes hacían decir al Virrey Abascal en su Memoria de Gobierno de 1816:

"El Virreinato del Perú, después de las últimas desmembraciones y agregaciones, tiene por límites, al norte, la provincia de Guayaquil; el desierto de Atacama al sur. Comprendiendo su territorio desde los 32 minutos al norte de la equinoxial, hasta los 25° 10' de latitud meridional". En esta forma de determinar el límite, Abascal hacía constar que el Perú limitaba por el sur con el desierto, c clara idea de que excluía la provincia misma; anotando, sin embargo, en el segundo párrafo trascrito, que el territorio de su gobierno se extendía hasta el grado 25 y 10 minutos de latitud sur, lo que daba a entender que su autoridad efectiva se ejercía en el despoblado inclusive. Conviene hacer esta aclaración porque Chile, en las negociaciones con Bolivia que se estudian en seguida, alegó que, si sus Constituciones declaraban que la nación chilena limitaba por el norte con Atacama, eso debería interpretarse en el sentido de que Atacama también le pertenecía.

DERECHOS DE BOLIVIA SOBRE ATACAMA

Declarada la independencia de las distintas circunscripciones coloniales de América del Sur, las nuevas nacionalidades adoptaron la fórmula diplomática del **uti possidetis** para delimitar sus territorios, aceptando por acuerdo unánime la demarcación que correspondía a cada una de ellas en el año de 1810, hasta el que se reconoció validez a las Reales Disposiciones y en que comenzó la lucha formal por la Emancipación.

De esta manera, al constituirse Bolivia en 1825 a base del territorio de la Audiencia de Charcas, la nueva república tomó posesión legítima de la provincia de Atacama que le pertenecía desde la formación del Virreinato de Buenos Aires, sin que el Perú objetara nada en contra, a pesar de que sus gobernantes virreinales habían ejercido en esa región la más efectiva autoridad.

El General Sucre, creador del nuevo Estado, ordenó que se efectuaran reconocimientos en el litoral de Atacama para habilitar un puerto principal y señaló que se escogiera el más aparente entre los tres que existían "que son —según decía en el decreto pertinente— Atacama, Mejillones y Loa".

Reconocido el litoral atacameño, Bolívar el 28 de diciembre de 1825, aceptó la designación de Cobija como puerto principal de Bolivia, fundándose en la información del General O'Connor encargado del reconocimiento, y decretó que quedaba habilitado "desde el 1º de enero entrante, por puerto de estas provincias, con el nombre de La Mar". El nuevo nombre del puerto se dió en "justa recompensa al mérito contraído por el Gran Mariscal D. José de La Mar, vencedor en Ayacucho".

Bolivia nació, pues, siendo poseedora legítima de la provincia de Atacama sobre la que tuvo irrefutables derechos.

El límite norte de esta provincia litoral, fijado desde 1628, principia en la desembocadura al mar del río Loa, cuyo curso sigue hasta Quillagua, de donde, por una línea recta, continúa hasta encontrar las nacientes de aquel río. El límite sur del desierto de Atacama determinado por el río Paposo, fue siempre aceptado por Chile y ha quedado establecido como tal en mapas, documentos geográficos, históricos y diplomáticos, oficiales y de procedencia chilena. Entre ellos son los principales las Constituciones de la República de Chile de 1822, 1828, 1832 y la de 1833, en vigencia al declararse la guerra que decía: "El territorio de Chile se extiende desde el despoblado de Atacama hasta el Cabo de Hornos".

La división política y administrativa de la República de Chile, que llamaba primero departamentos (1823) y después provincias (1826) a sus circunscripciones territoriales, estableció siempre que el límite norte de la más septentrional, Coquimbo, era el despoblado de Atacama.

La Bula Pontificia de 1º de junio de 1840, que erigió el obispado de La Serena lo señalaba como "...situado en los confines de la diócesis de Santiago", y dilatándose "desde el río Choapa hasta el Desierto de Atacama...". Esta bula fue aceptada en abril de 1842 por el gobierno de Chile.

Por último, el tratado por el que España, en 1844, reconoce la independencia de Chile, expresa que "todo el territorio se extiende

desde el desierto de Atacama hasta el Cabo de Hornos" y este documento, así redactado, fue refrendado por Chile que aceptaba tales regiones geográficas como sus límites naturales.

LAS RIQUEZAS DE ATACAMA

En el año 1839 se descubrieron en Punta Angamos, al norte de Mejillones de Bolivia, grandes acumulaciones de guano, fertilizante agrícola que por ese año comenzaba a señalarse como uno de los principales elementos de la fortuna fiscal del Perú. Se calculó en 60.000.000 de pesos el valor de la acumulación que existía en sólo una legua del despoblado litoral boliviano de Atacama.

El descubrimiento de tan fabulosa riqueza, en ese territorio casi abandonado por el gobierno de Bolivia, excitó la codicia de ciertos exploradores, en su mayor parte chilenos, que burlando a los aduaneros de Bolivia se dedicaron a extraer guano para exportarlo por su cuenta, con menoscabo de las rentas del dueño del territorio en que se hallaba ese producto. Bolivia armó entonces el bergantín "General Sucre" para perseguir a los contrabandistas y apresar sus barcos.

En 1845 el cónsul boliviano en Londres siguió juicio por explotación ilícita a los dueños de la fragata chilena "Lacaw" y los tribunales ingleses fallaron a favor de Bolivia. Poco después fugó de Cobija, cortando sus cadenas, la barca chilena "Rumera" capturada por contrabandista de guano.

Como los hechos delictuosos de esta naturaleza se produjeron con bastante frecuencia, la autoridad política de Atacama, prevenida debidamente por el Ministro de Hacienda de Bolivia, intentó hacer un escarmiento con los negociantes fraudulentos capturando una veintena de ellos en Mejillones, con la intención de someterlos a las leyes pertinentes; pero, la fragata de guerra "Chile", que se encontraba en esas aguas, desembarcó marinería sorpresivamente, libertó a los presos de manos de las autoridades bolivianas y, además, construyó en Mejillones un pequeño fortín en el que izó la bandera chilena. Bolivia protestó de tales desmanes, demolió el fortín e hizo quitar de su suelo la bandera extranjera. No obstante lo írrito de este hecho, Chile adujo más tarde, como prueba de que Atacama le pertenecía, que "había ejercido autoridad en dicho territorio y que su bandera había flameado en ese litoral".

Ya en 1842 el Presidente Montt decía en su mensaje al Congreso chileno:

"Reconocida en Europa la utilidad de la substancia denominada guano, que desde tiempo inmemorial se usa para la labranza de las tierras en las costas del Perú, juzgué necesario enviar una comisión exploradora a examinar el litoral comprendido entre el puerto de Coquimbo y el Morro de Mejillones, con el fin de descubrir si en el territorio de la República habían algunas guaneras, cuyo beneficio pudiera producir un nuevo ramo de ingresos a la hacienda pública; y, aunque el resultado de la expedición no correspondió a las esperanzas que se habían concebido; sin embargo, desde el 29° 35' S. hasta el 23° 6' S. se halló guano. . .".

El Presidente de Chile, sin escrúpulo alguno, consideraba pues a Mejillones en el "territorio de la República" y señalaba oficialmente el grado 23 como perteneciente al litoral chileno.

Como consecuencia de este "descubrimiento" de la expedición chilena exploradora, el Congreso de Chile daba tres meses después, el 31 de octubre, una ley que decía: "Declárase de propiedad nacional las guaneras que existen en las costas de la provincia de Coquimbo, en el litoral de Atacama y en las islas e islotes adyacentes".

Esta ley dio lugar a que las aduanas de Chile expidieran licencia a barcos de distintas nacionalidades para que extrajeran guano en el litoral boliviano. Desde 1842 a 1857, sólo la Aduana de Valparaíso concedio 113 licencias para extraer y cargar ese fertilizante en la costa de Atacama.

Tan pronto como se promulgó la ley a que nos referimos, Bolivia protestó de ella pidiendo al Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, en enero de 1843, que hiciera revocar por las Cámaras aquella "ley que extendía los límites de Chile con menoscabo de la integridad nacional de Bolivia". Pero dicho Ministro, aparentando sorpresa y extrañeza, respondió que: "Cualquiera que fuese la opinión que, en vista de los fundamentos que se adujesen, llegase a formar su gobierno, no estaría en sus facultades alterar las leyes existentes, haciendo la declaración que se le solicitaba".

A pesar de los fundados reclamos de Bolivia, la ley no se derogó y en 1846 la República del Altiplano envio una nueva legación instruída para llegar a una fórmula de paz, cediendo una parte del territorio, en vista de su impotencia para defender sus legítimos derechos.

Mientras el ministro boliviano Aguirre gestionaba en Chile el establecimiento de un modus vivendi, la goleta de guerra chilena "Janequeo" enarbolaba en Punta Angamos el pabellón chileno, señalando este lugar como límite norte de Chile. Con mayor energía se renovó entonces la protesta boliviana, a la que Chile respondió esta vez negando con énfasis el que tal hecho se hubiera realizado.

Bolivia, sin embargo, continuó las negociaciones planteadas para lograr que los dirigentes de la República del Sur se sujetaran a los sagrados principios del derecho y la justicia, que invocaba a diario en todas sus comunicaciones; pero, los dirigentes chilenos amparados en la fuerza de su ejército y escuadra, sólo respondían a Bolivia con evasivas, mientras sus nacionales continuaban explotando las guaneras del litoral disputado.

NEGOCIACIONES DIPLOMATICAS DE CHILE CON BOLIVIA

El cambio de notas y las conferencias diplomáticas entre el gabinete de Santiago y los representantes de Bolivia estaban en toda actividad cuando, el 20 de agosto de 1857, la fragata de guerra chilena "Esmeralda" fondeó en Mejillones, desembarcó tropas y marinería, aprehendió a los mineros bolivianos y constituyó autoridades chilenas en la provincia.

A la protesta de Bolivia, cuyo Congreso había autorizado al Ejecutivo para que "emplease los medios necesarios a la reparación del honor y dignidad nacional", Chile respondió diciendo que estaba llano a negociar un tratado de límites y Bolivia, consciente de su inferioridad y comprendiendo la inutilidad de las negociaciones, cedió, proponiendo el paralelo 25 como límite; en respuesta, el canciller chileno exigió el paralelo 23. Ante tan extraordinaria propo-

sición, los bolivianos pidieron que la cuestión fuera sometida al arbitraje de Inglaterra, sin lograr que su opositor aceptara esta solución.

En tales circunstancias se produjo la Guerra con España, que terminó en el Callao, el Dos de Mayo de 1866, paralizando las negociaciones y haciendo olvidar todo disentimiento para dedicarse a auxiliar a Chile, que, por su largo litoral, era el país más amenazado por las fuerzas navales españolas. Pasada esta contingencia en que el Perú, Bolivia, Chile y el Ecuador combatieron lado a lado contra España, se reanudaron las negociaciones, siendo Presidente de Bolivia el General Melgarejo.

La presencia de Melgarejo en el poder se debía en gran parte a la influencia de los dirigentes chilenos, que habían prestado auxilio material y dirigido obscuros procesos políticos para lograr que este General se hiciera cargo del mando, a fin de que propiciara tratados favorables a las ambiciones de Chile.

En efecto: luego que Melgarejo fue Presidente, la diplomacia chilena amplió sus expectativas proponiéndole que abriera campaña contra el Perú y se apoderase del puerto de Arica, para lo que le ofrecía todo el auxilio material necesario; en cambio, una vez realizada tal conquista, Bolivia debería cederle a Chile todo el litoral de Atacama y el departamento peruano de Tarapacá, que también daban ya por conquistado. Melgarejo, a pesar de su profunda ignorancia, no quiso dar oídos a las propuestas del ministro chileno en La Paz, Vergara Albano, y de su secretario Carlos Walker Martínez. Este último arrancó al Presidente unos despachos de sargento mayor boliviano, ofreciéndose para acompañarlo como edecán en la brillante campaña que le hacía vislumbrar.

Chile, además de los servicios ya prestados a Melgarejo, lo alababa en todos sus papeles públicos y le otorgó el grado de General de División chileno para hacerlo más generoso en las concesiones que, por su conducto, iba a obtener de Bolivia.

LOS TRATADOS DE 1866 Y 1874

Llevado de la mano en esta sombría maquinación diplomática, el Presidente Melgarejo firmó, el 10 de agosto de 1866, un tratado con Chile por el que cedía el territorio de Atacama hasta el paralelo 24 de latitud sur. Además de esta cesión, el tratado establecía el usufructo en común de todas las substancias minerales que existieran en la zona comprendida entre los paralelos 23 al 25. Chile, de esta manera, entraba en posesión perpetua de un grado geográfico del territorio litoral boliviano y era partícipe de los productos de otro grado más, sin haber dado nada en compensación de estas ventajas.

La interpretación que los chilenos daban al tratado de 1866, hizo que ambos gobiernos formularan uno nuevo en 1874; en este último se aclaraban algunos puntos del tratado de 1866 y se concedía a Chile la nueva ventaja de que los capitalistas e industriales chilenos no pagaran en Atacama las contribuciones e impuestos que Bolivia fijara en lo sucesivo. En 1875 se estableció un convenio, complementario del tratado de 1874, por el que ambas partes contratantes se comprometían a someter al arbitraje cualquier reclamación o diferencia que suscitara la aplicación de dicho tratado.

Hasta aquí las negociaciones sólo tendían, de parte de Chile, a apropiarse de una de las fuentes de riqueza de Atacama: el guano.

Pero, por esos tiempos había tomado gran incremento el laboreo de las minas de plata de Atacama, hasta entonces ignoradas, y, simultáneamente, se iniciaba la extracción del salitre, que se descubrió en grandes yacimientos análogos a los explotados en el departamento peruano de Tarapacá. Esto aumentó la ambición de Chile, que decidió apoderarse de esas fuentes de riqueza para salvar la calamitosa situación fiscal que es constante que atravesaba.

Ya en 1866 Bolivia había concedido, también por intermedio de Melgarejo, una extensión de tierras a capitalistas extranjeros, dando a una compañía anónima la exclusividad por 15 años para explotar y exportar salitre en el departamento de Atacama. Pero, cuando Melgarejo cayó del poder, el Congreso de Bolivia declaró que todas las concesiones a extranjeros debían ser revisadas de acuerdo con las leyes del país; y fijó a los interesados el plazo de un año para que pidieran la revalidación de sus derechos.

La "Compañía Anónima del Salitre y Ferrocarril de Antofagasta", a que nos hemos referido más arriba, formada por capitales chilenos, no pidió con oportunidad la revisión decretada, y en consecuencia, el gobierno boliviano declaró caduca esa concesión, como algunas otras que no habían cumplido con revalidar sus derechos. La Compañía sólo había de presentarse un año después del plazo y, sin embargo, el tolerante gobierno boliviano no tuvo inconveniente para establecer un convenio transaccional **ad referendum**, en el que estipulaba que la Compañía debía entregar al Estado el diez por ciento de sus utilidades. Esta propuesta fue aceptada por ambas partes; pero, el Congreso boliviano al legalizar la transacción modificó sus términos disponiendo que, en lugar del diez por ciento, los explotadores pagaran diez centavos por cada quintal de salitre que exportaran.

Corría el año de 1878 en esta situación, cuando el gobierno de Chile notificó a Bolivia de que, a su juicio, el impuesto de los diez centavos por quintal era violatorio del tratado de 1874-1875, por el que se estatuía que los capitales chilenos no serían gravados con nuevos impuestos. Bolivia contestó que el convenio en cuestión no constituía un nuevo impuesto que era una tasa aceptada voluntariamente en un contrato particular y que, además, la "Compañía Anónima del Salitre y Ferrocarril de Antofagasta" por ser anónima. estaba sometida según las leyes a la acción de los tribunales bolivianos ante los que debía presentar sus reclamaciones, sin tener derecho a plantear intervención diplomática alguna y mucho menos la de Chile, por cuanto no tenía ninguna relación de nacionalidad con ese país.

Diciéndose agraviada por esta categórica y justísima respuesta, la diplomacia chilena amenazó con declarar nulo el tratado de límites de 1874, ya que, según decía, Bolivia era la primera que lo violaba.

Procediendo de esta manera Chile ejercía coacción brusca sobre Bolivia, y, además cargaba sobre esta nación la responsabilidad de la inminente ruptura con que la amenazaba.

El gobierno del Altiplano, contando con el apoyo efectivo que le ofrecía su reciente alianza con el Perú, no retrocedió esta vez en

el reclamo de sus derechos y respondió con energía. Entonces Chile, presentándose como nación que respeta el derecho ajeno y que procura la paz, insinuó que la cuestión fuera sometida al arbitraje conforme al Convenio complementario de 1875, al mismo tiempo, ordenó a la Compañía que pidiera la rescisión del contrato y la invalidez de su concesión en general, a fin de que Bolivia, hallando esta fácil salida, declara nulo todo lo pactado con ella, con lo que desaparecería la causa del litigio y del posible arbitraje.

Efectivamente, Bolivia aceptó la rescisión pedida por la Compañía y entonces, con gran extrañeza, recibió un ultimátum de Chile conminándola a responder: "Si aceptaba o no el arbitraje que proponía para resolver **sobre la rescisión**". Como la rescisión no era lo que se discutía si no por el contrario una de las razones para que desapareciera la discordia, Bolivia no se apresuró a responder. Pero, el 12 de febrero, en que vencía el ultimátum, sin dejar correr legalmente el plazo señalado, y sin que se conociera aún en Santiago la respuesta boliviana que, de producirse, sólo hubiera llegado a aquella ciudad el 16 ó 17 por falta de líneas telegráficas entre La Paz y el litoral, el gobierno de Chile declaró rotos los tratados de 1874-75 y ordenó a su escuadra, lista en el puerto de Caldera, que zarpara y tomara rumbo al puerto de Antofagasta, que fue ocupado con dos compañías de desembarco el 14 de febrero.

De esta suerte, aunque Bolivia, hubiera respondido el día 12 aceptando todas las condiciones que se le imponían, no habría logrado paralizar las operaciones de guerra que el gabinete chileno ya había desencadenado.

El 1º de marzo, cuando habían transcurrido 16 días de la ocupación del puerto de Antofagasta, y cuando Tocopilla y Cobija se hallaban vigilados por el blindado chileno "Blanco Encalada" y el puerto de Mejillones por la "O'Higgins", el gobierno boliviano, en tímida respuesta al ultraje de su soberanía, dio un decreto en que declaraba cortadas las relaciones con Chile y ordenaba la expulsión de los chilenos que existieran en su territorio.

Chile entonces hizo aparecer esta moderada represalia como injusta declaración de guerra y manifestó a las demás naciones, "que la guerra provocada a su Nación por Bolivia, con el decreto del 1º de marzo", le obligaba, "en previsión de mayores daños", a apoderarse de todo el litoral boliviano ocupando el departamento de Atacama.

Así quedaron rotas las hostilidades entre Bolivia y Chile.

LA HACIENDA PUBLICA DE CHILE

Antes de la Guerra del Pacífico, también llamada del Guano y del Salitre, los recursos financieros de Chile, procedían exclusivamente de la extracción de mineral de cobre y del cultivo de cereales; las exportaciones chilenas se reducían a esos dos renglones. Pero, desde 1871 las ventas de cobre al extranjero encontraron fuerte concurrencia por el crecimiento mundial de la producción, que rebajó su valor al 50%, originando aguda crisis en la riqueza pública y privada del país del Sur; por este mismo tiempo se desarrolló el cultivo de cereales en otros países, como en California, y entonces el producto similar chileno perdió sus mercados habituales y

sólo mantuvo su influencia, en parte, en las plazas peruanas donde tenía que soportar la competencia de otros importadores.

De este modo, pronto decrecieron las exportaciones de Chile y, en cambio, su renglón de importaciones permaneció inalterable, puesto que en aquel entonces no tenía industrias fabriles ni manufactureras y debía recibir toda clase de artículos del exterior.

Al desequilibrio de la balanza comercial sucedió la emigración de los grandes capitales, extranjeros en su mayor parte, que buscaban centros más favorables para realizar sus operaciones; y, lógicamente, a la falta de negocios siguió a poco la emigración del capital humano que hizo desaparecer de Chile, paulatinamente, las principales fuentes de recursos de sus arcas fiscales.

El comercio de importación y exportación da las siguientes cifras en un quinquenio alejado del año de la guerra y en el más próximo a alla:

Años	Importación		Exportación	
—1844	8.596.647	pesos	6.087.023	pesos
1845	9.104.764	,,	7.601.523	,,
1846	10.149.136	,,	8.115.288	,,
1847	10.063.849	,,	8.442.085	,,
1848	8.601.357	,,	8.353.595	,,
—1874	34.417.792	,,	36.540.659	,,
1875	38.137.500	,,	35.927.592	,,
1876	35.291.041	,,	37.848.506	,,
1877	29.212.764	,,	29.715.372	,,
1878	25.216.554	,,	31.695.859	,,

En 1854 la importación fue de 17 millones y medio y la exportación de 14 y medio millones de pesos.

La simple observación de estas cifras permite probar, fehacientemente, que Chile, consumía más de lo que producía. Si en los últimos años que se han tomado en cuenta se nota alguna diferencia, no es porque aumenten las exportaciones, sino porque disminuyen las importaciones con respecto a los años anteriores, lo que demuestra la pobreza privada y por consiguiente la crisis que amenazaba el tesoro público. Las importaciones bajaron el primer año de la guerra a 22.794.608 pesos.

Para pagar los gastos de la administración pública, Chile recurrió a empréstitos, externos e internos, que se sucedían con marcada regularidad, procurando galvanizar con ellos su vida económica que caía cada vez más profundamente a causa de la entrega forzosa de sumas crecientes, en abrumadora proporción, para el servicio de amortización y pago de intereses de las deudas.

De los años corridos entre 1865 y 1878 sólo en dos dejó Chile de contratar empréstitos en el extranjero y en su propio país, llegando, pues, a financiar doce empréstitos en catorce años. Durante este período, a pesar de la más estricta economía administrativa, los presupuestos anuales cerraban con déficit cada vez más importante que se trataba de cubrir recurriendo a nuevos créditos exteriores.

En enero de 1879 Chile debía 50.889.632 pesos al extranjero y tenía 23 millones de deuda interna.

El servicio de intereses de la deuda externa sumaba 400.000 libras esterlinas anuales, cuya cancelación durante los tres primeros años de la guerra exigió la contratación de otros pequeños empréstitos; así la deuda externa alcanzaba a 54.272.473 pesos en 1881.

En 1882, la deuda bajó a 47.348.232 lo que indica que el salitre de Tarapacá, las aduanas del Perú que tenía bajo su administración y la explotación del país vencido, le permitió pagar los intereses de su deuda externa, nivelar su presupuesto, y aun amortizar 6.941.746 pesos de esa misma deuda.

La deuda interna tuvo el siguiente movimiento:

En 1878	ascendía	a	23.000.000
En 1879	subió	„	40.000.000
En 1880	llegó	„	60.000.000
En 1881	alcanzó	„	61.000.000

Pero, ya en 1882 era sólo de 54.000.000 lo que acusa una amortización de 7.000.000 de pesos, a lo que hay que agregar 2.200.000 correspondientes a los intereses pagados en ese año de bonanza inigualada para las finanzas chilenas.

Gran parte de los capitales chilenos emigrados del país se emplearon en la explotación del guano y salitre de Atacama, contando con que Bolivia se hallaba incapacitada para defender sus legítimos derechos y estaba forzada a dejar vivir en forma parasitaria a los industriales extranjeros, sin que las riquezas que éstos extraían dieran beneficio alguno a los propios dueños del suelo.

Tarapacá, departamento peruano limítrofe de Atacama, más rico que éste en salitre y subproductos, recibió también algunos capitales chilenos y numerosos braceros de ese país.

La explotación de salitre estaba distribuída en Tarapacá en la forma siguiente, sobre un total de 15.713 estacas en pleno rendimiento había *:

8905	estacas	peruanas
2037	„	chilenas.
4971	„	de otras nacionalidades.

La población del departamento se descomponía por nacionalidades en la siguiente forma:

17.013	peruanos.
9.664	chilenos.
8.800	de otras nacionalidades.

La codicia de Chile por poseer estos territorios, que eran para él un verdadero "Eldorado", orientó la política de sus dirigentes; la emigración de capitales y brazos chilenos a esa región afirmó este concepto, haciéndoles notar de más en más la conveniencia de

* Una estaca comprende una área de 40.000 varas cuadradas, o sea 27.949 metros cuadrados. Como el espesor de caliche es por término medio de 50 centímetros, cada estaca contiene cerca de 14.000 metros cúbicos de materia prima.

apropiarse de esos fabulosos tesoros, descuidados por sus propietarios. Desde que estos planes tomaron forma definida, Chile pensó en que la única manera de crearse una posición en el Continente y colmar sus gastos, era arrebatar al vecino esas riquezas que no cedería voluntariamente, y nació entonces la idea de organizar un potente ejército y una escuadra poderosa que le permitieran lanzarse con paso seguro a la guerra, como industria sangrienta y costosa, que salvaría el porvenir económico de la nacionalidad.

En efecto, el valor de los territorios conquistados es de cerca de tres mil millones de pesos, según cálculos que se expondrán luego, y la producción de salitre y sus derivados está calculada para 1300 años más.

En el prorrateo de esta pérdida le toca al Perú 2.350.000.000 de pesos, y a Bolivia 650.000.000 de igual moneda.

Los gastos de guerra efectuados por los chilenos ascendieron a 17.000.000 de pesos, alegando haber gastado 33.000.000 para lo que incluyen en dichos gastos el servicio de intereses de sus deudas anteriores.

LOS ARMAMENTOS DE CHILE

Algunos historiadores conceden absoluta razón al proceder de Chile, mirando desde elevado plano el cuadro de las negociaciones y de la lucha. En efecto, los pueblos deben buscar con ahínco el logro de sus aspiraciones y el espíritu nacional debe permanecer en tensión constante, imponiéndose toda suerte de sacrificios, cuando se pretende alcanzar una finalidad determinada: sea que quiera lavarse el honor nacional ultrajado o que sólo se trate de cuestión menos dignificante, de puro y declarado interés financiero.

Los hombres de estado, cautelando los derechos de los asociados que les han confiado la defensa de los destinos nacionales deben, imperiosamente, procurar por todos los medios a su alcance que los anhelos y las necesidades de su pueblo sean satisfechos y si para conseguirlo es necesario imponerse por la fuerza, sus decisiones deben tender a poseer ésta, postergando los intereses menudos de los propios connacionales, sacrificando un número de ellos si la nación ha de vivir y tener honra merced a ese sacrificio, y limitando el derecho que pudiera asistir al vecino, cuando estorbe las propias expectativas.

En estos últimos tiempos suele condenarse la doctrina anteriormente expuesta; acaso sea, en teoría, unánimemente rechazada, ya que su imperio absoluto produciría el caos entre los hombres, puesto que sólo concede derechos al más fuerte; si se procediera de acuerdo con ella, la diplomacia quedaría anulada y las arcas fiscales de todas las naciones sólo se abrirían para adquirir armas en lugar del papel para notas y memorandums diplomáticos.

Pero, lo cierto es que la diplomacia y la guerra coexisten y que una y otra se complementan; cuando los diplomáticos logran impedir la guerra, es porque no se hallan en juego los intereses vitales de la nación; pero, cuando éstos se encuentran de por medio, no basta el dique de papeles que se quiera oponer a los anhelos de un pueblo que resuelve empuñar las armas para lograr un fin determinado, de vida o muerte. Además, todos los grandes pueblos de la Historia en las horas de su encumbramiento como en las de su de-

cadencia, llenos de virtudes cívicas, pletóricos de idealismo, amantes de la justicia y del derecho, han conservado siempre potentes ejércitos con que hacer respetar estos principios y, de tal modo, la fuerza ha tenido hasta hoy y tendrá por muchos años más, la singular virtud de ser el único sostén de tales abstracciones, que no se han podido realizar hasta nuestros días con discursos o rasgos de la pluma, sino con el retumbante ruido del brutal y mil veces odioso cañón.

Un pueblo cree que tiene derecho a disfrutar en paz de determinados bienes; pero el vecino piensa que más sagrado es el derecho que le asiste para arrebatárselos. Para el uno, la justicia consiste en que el otro perezca, porque no quiere o no puede satisfacer sus demandas; este último, a su vez, cree que es causa justa defender su existencia. Producido el conflicto entre estas dos tésis, aferrándose cada litigante a la suya, se determina la intervención de la fuerza, cuyo empleo, siendo bárbaro y brutal, tiene la virtud de acallar el reclamo, sea o no con injusticia.

La Humanidad, a pesar del alto progreso que ha alcanzado, no halla aún los procedimientos adecuados para arreglar las diferencias entre los pueblos. La existencia de ejércitos, tanto más poderosos cuanto mayor es el amor a la justicia de que alardea cada nación, pone en evidencia la aceptación implícita de las más bárbaras teorías bélicas. Parece que el reino de la fuerza no quiere aún abandonar el mundo; tal vez en un porvenir remoto el gran movimiento antibélico que agita de tiempo en tiempo a los pueblos y que contempla la organización de Ligas Pacifistas, Ejércitos Continentales, Arbitraje Obligatorio, Sanciones, Reparaciones, Supresión de la Guerra, etc., tenga cumplido éxito; por hoy, sería tan extraordinario que un pueblo licenciara sus ejércitos, como que entregara sus acorazados a las llamas aduciendo que es probable que, por interferencias planetarias, por ejemplo, se fueran a agotar las masas líquidas del globo.

"La victoria es el premio de la sangre —dice Clausewitz—. Hay que adoptar el procedimiento o no hacer la guerra. Todas las razones de humanidad que se quieran hacer intervenir, no harán sino exponer al que las adopte, a ser batido por un adversario menos sentimental".

Chile preparó una poderosa máquina de guerra cuyo montaje no vieron o, mejor dicho, no supieron ver aquellos contra los que se erigía. El gasto que le originaron tales adquisiciones bélicas superó su capacidad económica; pero, cuando el desequilibrio o la bancarrota era inminente, ya la guerra estaba preparada y a punto de ser desencadenada. Se rompen entonces las hostilidades y la balanza económica recobra su fiel; los estadistas de Chile, tan luego como sus soldados pusieron el pie en el territorio enemigo, cuya explotación proporcionaba los recursos suficientes para proseguir la guerra, encontraron los medios para pagar los gastos hechos en prepararla.

INVASION DE ATACAMA

El 14 de febrero de 1879 se presentaron en Antofagasta los blindados "Blanco Encalada" y "Cochrane" y la corbeta "O'Higgins", conduciendo 500 soldados a órdenes del Coronel Sotomayor, que lle-

vaba la misión de apoderarse del puerto y subrogar a las autoridades bolivianas. El Prefecto boliviano Zapata entregó la localidad al comandante de las fuerzas invasoras, desarmó sus policías y se asiló en el Consulado Peruano para embarcarse después en un buque de la carrera y dirigirse a Cobija, ordenando que la tropa y las autoridades subalternas se encaminaran por tierra al mismo lugar.

El Coronel Sotomayor, tan pronto como desembarcó, hizo avanzar parte de su tropa a la quebrada de Caracoles y al solar del Carmen para extender hacia el interior la ocupación y cubrir Antofagasta.

Al día siguiente, 15 de febrero, el "Blanco" se trasladó frente a Cobija para vigilar este puerto y el de Tocopilla y la "O'Higgins" ancló frente a Mejillones con el mismo fin, haciendo valer el imperio de la fuerza en todo el litoral boliviano.

Esta amenaza en todos los puertos bolivianos, es otra prueba, indiscutible, de que no se trataba únicamente de "reivindicar" el litoral hasta el paralelo 23, anulando las "concesiones" hechas por Chile a Bolivia según los tratados del 66 y del 74, sino de atropellar toda discusión y provocar la protesta de esa República, para que se sintiera impedida a la guerra.

El 19 de febrero se embracó en Caldera el 2º Batallón de línea chileno y el 23 del mismo mes el 3º de línea, dirigiéndose ambos a Antofagasta para extender la ocupación y tomar sólida posesión del territorio invadido; poco después partió el 4º de línea, el Batallón "Artillería de Marina" y otros cuerpos. De este modo la invasión quedaba consumada, antes aún de que el gobierno boliviano, en La Paz, tuviese noticias claras de la realización del desembarco.

El 1º de marzo Bolivia decretó la expulsión de los habitantes chilenos que existían en su territorio, como justa represalia y también para limitar en la medida de lo posible la organización de batallones chilenos de cívicos, formados en el territorio invadido con tanta rapidez que trascendía a cosa preparada de antemano. Efectivamente, en la segunda quincena de febrero se organizaron en Atacama cuatro batallones de cívicos que, sin que nadie les hubiera dado instrución, iban a tomar parte desde el comienzo en las operaciones activas de la guerra, refundiéndose poco después, sin hacer descender la eficiencia combativa de las unidades, en los batallones de línea que doblaron así sus efectivos y recibieron el nombre de regimientos.

El Ministro de Guerra de Chile, Coronel Saavedra, se embarcó el 7 de marzo en Valparaíso y se trasladó a Atacama, desembarcando en el puerto de Antofagasta el día 11. El 16 ordenó que los barcos echaran marinería a tierra para apoderarse de Tocopilla y de Cobija, lo que en efecto se realizó el 20 de este mismo mes.

CALAMA

23 DE MARZO

Por este tiempo el Ministro de Guerra chileno en campaña ordenó que fuera ocupada Calama, población principal situada en la margen norte del río Loa, en territorio boliviano, donde se había refugiado un escaso centenar de patriotas, quienes, acaudillados

por el abogado Ladislao Cabrera y disponiendo de algunos fusiles y escopetas de todo sistema, pensaron en defender el honor de su patria. Entre los defensores de Calama se encontraba el Prefecto de la provincia, Zapata, quien, reingresando al territorio por Cobija, se había unido a los soldados de Cabrera.

Como a pesar de la potencia de las fuerzas que el comando chileno había desembarcado y allegado en la provincia, temía que el ejército boliviano bajara a la costa y se sirviera del valle alto del Loa para concentrar sus fuerzas y emprender después la ofensiva constituyó fuertemente el agrupamiento que debía ocupar ese valle y encargó al Coronel Sotomayor la ejecución de la operación.

En Caracoles se hallaban fracciones de dos batallones de línea desembarcados, elevados a regimientos por el enrolamiento de los mineros chilenos de la región y con ellos formó Sotomayor una columna compuesta de:

—tres compañías del 2º de línea,
—una compañía del 4º de línea,
—un escuadrón de "Cazadores a Caballo",
—dos piezas de artillería de montaña, y
—una compañía de pontoneros, que recibió el curioso nombre de "Compañía de Carpinteros", siendo puesta a órdenes del Teniente Coronel Arístides Martínez.

El destacamento de Sotomayor, con un efectivo total de 600 hombres, salió de Caracoles el 21 de marzo y el 23 llegó frente a Calama emprendiendo el mismo día el ataque contra los defensores de la población.

En tanto que Sotomayor se disponía a alcanzar Calama, el doctor Cabrera había establecido sus soldados sobre los vados del Loa, después de haber destruído los puentes. Llegados al contacto ambos adversarios iniciaron desproporcionada lucha en la que, a pesar de la tenacidad de los defensores, la abrumadora fuerza numérica y la superioridad técnica de que disponían los chilenos los hizo pronto dueños de la situación, logrando ocupar el poblado que los bolivianos abandonaron retirándose en la dirección de Potosí. Los chilenos tuvieron 7 muertos y algunos heridos y los bolivianos 20 muertos, muchos heridos y algunos prisioneros. Entre los defensores se distinguió el joven calameño Abaroa, que murió en su puesto defendiendo bravamente el vado de Topater.

Después de la acción, Sotomayor volvió al litoral, ahora sobre Tocopilla, que alcanzó con fuerte escolta. El citado puerto ya estaba ocupado por la marinería del "Blanco".

OCUPACION DE LA PROVINCIA DE ATACAMA

Realizadas las operaciones anteriormente reseñadas, la provincia de Atacama quedó en poder de Chile que trasladó a ella las tropas que destinaba a invadir el departamento de Tarapacá.

Como se verá después, Chile había ganado tiempo entreteniendo al diplomático peruano Lavalle con vagas esperanzas de arreglos pacíficos, para apoderarse del litoral de Bolivia y no tener dos preocupaciones a la vez. De este modo, también, llegó a concentrar

en Atacama importantes masas, que no guardaban proporción con la defensa que hubiera podido oponer la inerme e imprevisora Bolivia, y que, en realidad, estaban dedicadas a la invasión de Tarapacá, sirviéndose de la provincia boliviana como zona de reunión.

Las tropas de ocupación de Atacama eran las siguientes en la segunda quincena de marzo:

Regimiento	2º de línea	1200	hombres
,,	3º ,, ,, ...	1200	,,
,,	4º ,, ,, ...	1200	,,
Batallón	"Artillería de Marina"	600	,,

"Compañía de Artillería", que fue elevada a regimiento poco después, confiando su comando al Teniente Coronel José Velásquez;

Un escuadrón de "Cazadores a Caballo";

Un batallón de policía, y cuatro batallones de cívicos, de 600 plazas cada uno, que hacían 2400 infantes de suplemento.

Pronto pues los chilenos concentraron en Atacama cerca de 10.000 soldados que se ejercitaban en el desierto, con ahínco, para pasar en seguida al Perú.

Los barcos de guerra chilenos se hallaban también frente a los puertos bolivianos, en innecesaria vigilancia, mientras los transportes seguían trayendo de Chile batallones, fusiles para los cívicos, cañones para improvisar regimientos de artillería con los mineros y hasta víveres necesarios para una población militar que era imposible sostener con los escasos elementos de vida que producen esas áridas regiones.

La escuadra estaba lista para ir más al norte, tan pronto como dejó en tierra los elementos de invasión, favoreciendo la concentración total de las fuerzas.

Si se tiene en cuenta que todo el ejército boliviano sumaba apenas 2000 hombres, se ve claramente el fin que los chilenos perseguían con la concentración de tan abundantes elementos de guerra en la despoblada provincia litoral.

LA ALIANZA DEFENSIVA PERU-BOLIVIANA

Desde que los gobernantes de Bolivia se dieron cuenta de los avances de Chile sobre su rico litoral, pensaron en aliarse con algún otro país que les diera apoyo en sus anhelos de paz. Confiados en estas combinaciones de cancillería, descuidaron todavía más su organización militar y no pensaron en adquirir los elementos de guerra necesarios para defender sus intereses, ya que en aquella época, como ahora, el poder de las armas es **la última ratio.**

Buscando entre los países vecinos el que pudiera ofrecerles apoyo moral y material y tuviera, en cierta medida, los medios para hacerlo efectivo, encontraron pronto al Perú, que alardeaba como siempre de ser obstinado defensor del derecho y profundamente amigo de la paz. Por otra parte, el hecho de que el comercio boliviano tuviera su principal salida por el puerto peruano de Arica, lo que facilitaba de un lado el entendimiento de ambos países y daba lugar, por otro, a continuos rozamientos de intereses comerciales,

hizo que las dos Repúblicas encontraran muy viable el tratado que iba a favorecer su comercio de vecinos, en leal y expresa amistad de aliados.

El tratado de alianza defensiva fue formalizado en 1873 y en él se convino pedir a la República Argentina que formara del lado de los defensores del derecho, que todo indicaba que iba a ser violado en las costas de Atacama. La Argentina, después de algunas vacilaciones, se negó a tomar parte en el plan defensivo que le interesaba, como al Perú y Bolivia, puesto que ya había observado en sus límites occidentales y meridionales los métodos diplomáticos de Chile. Perdió una magnífica oportunidad para asentar, desde entonces, su predominio en los mares del Sur.

El tratado Perú-Boliviano tenía una cláusula que indicaba que su texto sería conservado en secreto; pero esta precaución infantil fue de poco valor, pues pronto conoció Chile su existencia por los informes de sus agentes diplomáticos residentes en el Perú, en Bolivia y sobre todo en la Argentina, donde las largas e inoficiosas discusiones del Congreso de ese país trascendieron, como era de prever, al mundo diplomático de Buenos Aires.

LA MEDIACION PERUANA

Realizada la invasión de Atacama por las fuerzas armadas de Chile, o sea, producida la brusca ruptura de las hostilidades, lo que entrañaba la más violenta declaratoria de guerra, el Perú acudió a ofrecer su mediación a fin de evitar el peligro bélico en que se vería envuelto si se prolongaba o intensificaba el avance contra la soberanía de su aliado.

En el tiempo necesario para recibir los avisos de la invasión y recorrer la distancia entre el Callao y Valparaíso, se presentó en este puerto el enviado peruano Lavalle con la misión precisa de impedir la conflagración. Lavalle pisó tierra chilena el 4 de marzo y debió hacer el recorrido desde el muelle al Consulado Peruano entre dos filas de guardias alineados a su paso para simular que se impedía, oficialmente, todo desmán del populacho; siendo así que, en realidad, era el mismo elemento oficial el que había excitado a la población, por medio de volantes que circularon con profusión, tan luego como se anunció la llegada del diplomático mediador. Con estas manifestaciones hostiles, los políticos chilenos trataban de formar ambiente y opinión para que su propio pueblo deseara la guerra, siendo así que, sólo los dirigentes que la habían preparado durante largos años, estaban capacitados para juzgar que había llegado la oportunidad de desencadenarla.

En la noche del 4 de marzo "la muchedumbre" asaltó el Consulado Peruano en Valparaíso y arrancó y quemó el escudo. Las provocaciones a los peruanos, el saqueo de sus propiedades y el ultraje a sus personas, sucedieron al asalto del Consulado.

NEGOCIACIONES PERUANAS

Trasladado Lavalle a Santiago en la misma noche del 4 de marzo, presentó el 5 las proposiciones de mediación de que era portador, sobre la base de que se retrotrajeran las cosas al punto en que se hallaban antes de la invasión; ofrecía, además, que la cues-

tión de los impuestos bolivianos sobre los intereses chilenos de Atacama hallaría arreglo favorable. Los chilenos, preocupados aún de consolidar sus fuerzas en Atacama y de ocupar el resto de esa provincia, prestaron aparente atención a las propuestas formuladas por Lavalle, acogiéndolas con la debida cortesía a fin de ganar tiempo por este medio y para hacerle concebir vagas esperanzas de avenimiento.

Después de insistentes entrevistas del enviado peruano y del obligado cambio de largas y circunspectas notas diplomáticas, el gabinete chileno reveló sus intenciones diciendo que el asunto en discusión no era ya el impuesto de los diez centavos, sino la reivindicación que hacía el gobierno de Chile del territorio de Atacama Sur, que daba por suyo a mérito de los tratados con Bolivia del 1866 y 1874-1875.

Lavalle, a pesar de esta desopinante respuesta que hacía imposible todo entendimiento y a pesar de la manifiesta intención de los chilenos, presentó una propuesta en la que pedía la desocupación de la región invadida, para someter al arbitraje la cuestión de la propiedad definitiva de esos territorios. Chile respondió con frases y vaguedades protocolarias, en tanto que recibía los partes del combate de Calama y sus soldados se extendían y reforzaban en el despoblado, ocupando todos los puertos de la provincia de Atacama.

Fue en esta situación cuando el Presidente de Chile, que sabemos perfectamente noticiado del Tratado de alianza Perú-Boliviano de 1873, se dio recién por entendido de él y exigió que Lavalle diera explicaciones inmediatas sobre lo que él llamaba deslealtad peruana hacia su sana política y que consideraba como un atentado internacional contra la seguridad de la nación cuyos destinos regía.

Chile adoptó así el papel de pueblo amante de la paz, que protesta de una agresión premeditada y oculta. Al mismo tiempo que esto sucedía en Santiago, el ministro chileno en Lima, Godoy, pedía con manifiesta agresividad las mismas explicaciones.

Contra lo que en Chile mismo se esperaba, el gobierno del Perú con la calma requerida dio las explicaciones que se le pedían e hizo constar la naturaleza simplemente defensiva del Tratado, haciendo notar, además, que otra cláusula del mismo documento indicaba que los países asociados debían ejercitar toda su influencia en el sentido de conservar la paz, antes de declarar llegado el **casus foederis.**

Estas explicaciones ofrecidas con tanta nobleza no le bastaban a Chile y, a pesar de que por el conocimiento detallado del Tratado se deducía que éste era la más segura garantía de paz, pidió con arrogancia que el Perú, se declarara neutral en la contienda con Bolivia. Lógicamente, el Perú, respetuoso como siempre de sus compromisos internacionales, no podía hacer tal declaración, ni tampoco debía hacerla bajo la presión deprimente de otro pueblo, quedando, por tanto, legítimamente ofendido en sus derechos de nación soberana.

Sin embargo, si por un extravío imperdonable de los dirigentes peruanos se hubiera llegado a ofrecer dicha neutralidad, Chile hubiera hallado que la declaración era incompleta, o buscado algún otro pretexto parecido, que hubiera desencadenado siempre la guerra.

DECLARATORIA DE GUERRA AL PERU

En tanto que cumplían su moroso desarrollo estos trámites de cancillería, Chile tenía ya en su poder la provincia íntegra de Atacama que comenzaba a explotar. El discutido impuesto de diez centavos por quintal de salitre fue elevado de golpe a un peso cincuenta centavos para sostener la guerra y alimentar las vacías arcas fiscales del ocupante. En estas condiciones, sin haber encontrado otra resistencia que la de los cien heroicos bolivianos del doctor Cabrera, Chile se hallaba a punto para lanzarse sobre el Perú y apoderarse del deseado departamento de Tarapacá.

En consecuencia, antes de obtener respuesta alguna sobre la solicitada neutralidad peruana, se reunió en Santiago el Consejo de Estado el 1º de abril de 1879; el 3 se dieron por rotas las relaciones diplomáticas y el día 5 del mismo mes y año fue declarada la guerra al Perú. En este último día, la escuadra chilena fondeaba a la vista de Iquique y notificaba a los neutrales que el puerto quedaba bloqueado.

LAS RIQUEZAS DE TARAPACA

El departamento de Tarapacá tiene una extensión de 242 kilómetros de norte a sur y 228 kilómetros de este a oeste, lo que da una superficie total de 55.176 kilómetros cuadrados.

Según el censo de 1876 tenía 26.677 habitantes, de los que eran peruanos 17.013 y los otros de distintas nacionalidades; entre estos últimos se contaban varios millares de chilenos.

Las condiciones de explotación del salitre y la nacionalidad de los capitalistas había sido determinada en 1878, circunstancialmente, cuando por la ley peruana de expropiación de las salitreras, de 28 de mayo de ese año, se hizo la liquidación total para reembolsar a los propietarios. Esa liquidación demostró que la explotación se hacía por capitales de varias nacionalidades, a razón de:

5025	quintales	diarios	por	peruanos
770	,,	,,	,,	bolivianos
240	,,	,,	,,	italianos
190	,,	,,	,,	chilenos
180	,,	,,	,,	franceses
90	,,	,,	,,	alemanes

Sobre la repartición total de 15.713 estacas, el Gobierno peruano expropió a peruanos 8.905 estacas con un valor de más de 10.000.000 de soles y una producción de cerca de 9.500.000 quintales al año; y a los capitalistas chilenos sólo 2.037 estacas con un valor de 3.500.00 soles y una producción de 4.000.000 de quintales anuales.

Estas cifras demuestran que Tarapacá, aparte del dominio político e histórico que no se discute, era "netamente peruano y que su anexión ha sido, por tanto, un acto de conquista militar, exento de todo paliativo, de toda atenuación posible" *.

* La Cuestión del Pacífico. Ob. cit.

Son muy ilustrativos los datos que siguen, referente tan sólo a los primeros veinte años de ocupación *.

El valor de la conquista es cosa digna de ser contemplada, se aprecia en 3.000.000.000 de pesos, inclusive la indemnización pagada a Chile por Bolivia.

En esta cifra se comprende lo siguiente:

1º Importe de los derechos de exportación sobre el salitre, recaudado por Chile desde 1879 a 1899	S.	557.033.000
2º Importe de los mismos derechos sobre el yodo en el mismo período	„	6.413.840

Según los estudios mandados hacer por el gobierno de Chile en 1899, ha quedado comprobado que la existencia de salitre en Tarapacá asegura, por lo menos, una exportación anual de 1.400.00 toneladas durante 35 años.

Habrá que agregar, por consiguiente, los derechos de exportación que Chile percibirá en ese plazo, esto es, de 1900 a 1935:

Importe de los derechos de exportación del salitre	S.	1.656.200.000
Importe de los derechos de exportación del yodo	„	13.335.000

La suma de esas cantidades arroja un producto de S. 2.232.981.840, que representa para Chile el ingreso fiscal originado por la guerra.

Pero hay más, Garland dice:

A esta cifra de ... ... se debe agregar:	S.	2.232.981.840
1º El producto de la venta hecha en Inglaterra en 1880, del salitre de propiedad de la compañía salitrera del Perú, de que se apoderó Chile de hecho, no obstante ser propiedad particular	S.	4.265.600
2º El producto obtenido hasta la fecha, de la venta de las oficinas y terrenos salitreros	„	24.191.270
3º El valor de las oficinas y terrenos salitreros aún no vendidos, hoy de la propiedad de Chile, que por lo menos deben valuarse en	„	50.000.000
Total	S.	2,311.438.710

Teniendo ahora en cuenta la importancia del tráfico del salitre y yodo, que representan el 60% del total de la exportación de

* Alejandro Garland: Los Conflictos Sudamericanos en relación con los Estados Unidos, 1900.

Chile (la exportación global en 1899 fue de S. 163.103.133 y el valor del salitre y yodo S. 99.790.900) no es exagerado establecer que el 25% del total de los derechos de importación que recauda Chile, proviene de artículos importados exclusivameente por motivos de la elaboración y exportación del salitre y yodo en la magnitud indicada.

En 1898, recaudó Chile por derechos de importación S. 24.741. 452 y algo más de 25.000.000 en 1899. Con toda prudencia puede computarse esta suma, teniendo en cuenta el promedio de los años anteriores, en S. 24.000.000 de los cuales correspondería al comercio del salitre y yodo 6.000.000 de pesos por año, cantidad que durante los 35 años de que tratamos representan S. 336.000.000; los que agregados a la cifra anterior, dan al fisco chileno, como renta total de la explotación del salitre y yodo, en los terrenos conquistados, la enorme suma de S. 2.647.483.710.

Correspondiendo más del 80% de este tráfico al antiguo territorio de Tarapacá, y teniendo en cuenta que algunas de las partidas anotadas han gravado exclusivamente al Perú, corresponde a esta república, de aquel total, por lo menos S. 2.133.000.000.

LA INDEMNIZACION DE GUERRA

Hay que agregar a esta suma, que como se ha dicho representa exclusivamente las utilidades del salitre y yodo, por lo menos 65.000.000 más, provenientes de las partidas siguientes:

La parte de los rendimientos de las ventas de guano percibida por Chile;

Importe de los derechos recaudados en todas las aduanas del Perú, y el resto del territorio ocupado, durante los cinco años de la guerra;

El producto de los cupos y contribuciones de guerra, impuestos a los peruanos en aquella época aciaga, y que se hacían efectivos encarcelando a los que se resistían al pago;

Los impuestos cobrados en la aduana de Arica y demás contribuciones percibidas en los territorios de Tacna y Arica durante los últimos 17 años;

Los 10.000.000 que en el caso favorable debía abonar el Perú por el rescate de Tacna y Arica, perdiendo esos territorios que representan un valor muy superior, en el caso de no efectuarlo;

El valor de los innumerables objetos de arte, de ciencia e históricos, de propiedad pública y privada, que adornan hoy sus edificios y paseos públicos.

No hay exageración alguna en valuar en 150.000.000 de pesos la posesión de toda la provincia de Tarapacá, con sus ferrocarriles, muelles, caminos, edificios y cuya superficie contiene inmensas riquezas mineralógicas aun inexplotadas.

Queda de manifiesto, pues, que la contribución de guerra pagada por el Perú representa la enorme suma de 2,350.000.000 de pesos, y puede valuarse con igual corrección en 650.000.000 de pesos

la que ha pagado Bolivia, representando el total del tributo de guerra exigido por Chile, 3,000.000.000 de pesos.

La indemnización de guerra más exorbitante de que hasta entonces hablara la historia, fue la de 5,000.000.000 de francos que Francia pagó a Alemania después de 1870-1871. La que Chile ha cobrado, después de 1879-1884, hasta 1900, asciende a 5,670.000.000 de francos, de los cuales tocaron al Perú 4,440.000.000.

En Francia, la indemnización de los 5,000.000.000 de francos, representaba menos que el monto de los gastos públicos durante un bienio; en el Perú, con un presupuesto anual de 30.000.000 de francos, representa los gastos correspondientes a 148 años.

Estas cifras y comparaciones, basadas en cálculos y evalúos irreprochables, determinan la magnitud de la indemnización que Chile ha recibido.

Recordemos la hosca y sombría expresión de Breno: VAE VICTIS.

CAPITULO II

CAMPAÑA MARITIMA

1879

Fuerzas navales.- Escuadra peruana.- Escuadra chilena.- Paralelo entre el poder de ambas escuadras.- Iniciación de la campaña.- Chipana.

Combate naval de Iquique.- La "Esmeralda".- La "Independencia".

Ofensiva marítima peruana.- Correrías del "Huáscar".- Expedición a Magallanes.- Ultimas correrías del "Huáscar".- Operaciones de la escuadra chilena.

Campaña contra el "Huáscar".- Angamos

Consideraciones generales.

FUERZAS NAVALES

* Chile no habría provocado la guerra al Perú, si no hubiera contado con la más completa superioridad naval.

El más importante renglón de los gastos hechos por la República del Sur en sus aprestos bélicos, en los años que precedieron al conflicto, corresponde a la adquisición de barcos de guerra. Cuando aun no había terminado la lucha con España, a que dió fin el combate naval del Dos de Mayo en el Callao, Chile hizo salir de puertos ingleses, donde habían sido construídas, a las corbetas "O'Higgins" y "Chacabuco", que tomaron rumbo al Pacífico poco después; para ello se entendieron con los agentes diplomáticos de España en Londres, permitiendo, en compensación, que dejaran los astilleros ingleses el "Victoria" y el "Arapiles", blindados españoles.

Desde años antes, en 1866, el gobierno chileno había hecho gestiones para comprar en secreto el blindado "Idaho", perteneciente a la marina de los Estados Unidos.

En 1871 la escuadra de Chile estaba formada por cinco unidades de guerra y cuatro transportes y, a pesar de esta innecesaria potencia para fines de paz, el Congreso autorizó al Gobierno a ordenar la construcción de cuatro barcos más, de los que dos debían ser blindados y dotados de un poder todavía desconocido en las costas sudamericanas del Pacífico.

* Croquis Nos. 2 y 3.

Bolivia, carente en lo absoluto de barcos de guerra, a pesar de tener un codiciado y rico litoral, sólo ideó dar patentes de corso a algunas naves mercantes, como única previsión para oponerse a la manifiesta política armamentista de Chile.

Por su parte, los gobernantes sucesivos del Perú no se habían preocupado debidamente de la defensa marítima y no habían hecho adquisiciones bélicas desde hacía largos años, poniendo en evidencia la más lamentable imprevisión y el más punible y vituperable descuido.

ESCUADRA PERUANA

El monitor "Huáscar" que debió surcar nuestras aguas en 1866, cuando los barcos españoles de Méndez Núñez cañoneaban los puertos de Chile y del Perú, y que alcanzó el Pacífico con la fragata "Independencia" a fines de ese año, sin llegar a tomar parte en la guerra, había sido construído en Birkenhead, Gran Bretaña y tenía las siguientes características:

Eslora: 200 pies; desplazamiento: 1130 toneladas; caballos de fuerza: 300; andar: 12 millas. Estaba blindado con planchas de 5 1/2 pulgadas en la torre y de 4 1/2 en el casco; el blindaje se adelgazaba a proa y a popa donde sólo llegada a 3 1/2 pulgadas. Su armamento consistía en dos cañones Armstrong de a 300 libras en la torre y dos Whitworth de a 40 libras.

El otro blindado peruano, la fragata "Independencia", construído también en Inglaterra, tenía 215 pies de eslora, 2004 toneladas de desplazamiento, 550 caballos de fuerza y un andar de 11 millas. Su blindaje consistía en planchas de 4 1/2 pulgadas de espesor y montaba doce cañones de a 70 libras, dos de a 150, cuatro de a 32 y cuatro de a 9.

Como se ve, la "Independencia" era de mayor poder que el "Huáscar", pero, al formarse al comienzo de la guerra la división peruana de blindados, el Comandante de ella, Grau, prefirió izar su insignia en el "Huáscar" porque el mayor andar y poca visibilidad de éste eran más favorables para la maniobra y para el género de operaciones que pensaba emprender.

Además de estos blindados, anticuados, y cuyas corazas eran inútiles para detener los proyectiles modernos que disparaban los barcos mayores de Chile, el Perú disponía de otras unidades navales de escaso valor combativo. Estas eran:

La "Unión", corbeta de madera, de 242 pies de eslora y 1150 toneladas, tenía 400 caballos de fuerza y alcanzaba un andar de 13 millas. Estaba artillada con doce cañones de a 70 y uno de a 9 libras.

La "Pilcomayo" con 171 pies de eslora, 600 toneladas y 180 caballos de fuerza, tenía un andar de 10 1/2 millas y montaba dos cañones de a 70, cuatro de a 40 y cuatro de a 12 *.

El "Atahualpa" y el "Manco Capac", monitores gemelos adquiridos en Estados Unidos, se contaban también entre las unidades

* Es muy curioso y característico el que este barco llevara tal nombre: la causa es risible: debió llamarse "Putumayo" (un río peruano), pero el pintor se equivocó, y el Comando lo dejó con el nombre de un río argentino que corre muy lejos del Perú.

de la escuadra peruana. Median 253 pies de eslora, desplazaban 2100 toneladas y tenían dos cañones de 500 libras disponiendo de un blindaje uniforme de 10 pulgadas. Estos dos últimos barcos de gran blindaje y notable potencia artillera, se encontraban apontonados en el Callao porque su maquinaria estaba casi inservible, y fueron utilizados como baterías flotantes para defender dicho puerto y el de Arica, a donde fue remolcado el "Manco Capac".

ESCUADRA CHILENA

Chile tenía unidades de reciente construcción dotadas de los últimos adelantos de la época.

Los barcos que formaban la escuadra chilena eran:

El "Blanco Encalada" y el "Almirante Cochrane", gemelos, construídos en 1874-1875, de 3560 toneladas, 2920 caballos de fuerza y un andar de 10 1/2 y 10 millas, respectivamente. Estaban armados con seis cañones Armstrong de 250 libras, varios cañones de menor calibre y ametralladoras para el combate aproximado. Su blindaje era de 9 pulgadas en la línea de flotación y de 6 a 8 en las baterías. Estos buques disponían de doble hélice y estaban provistos de proyectiles perforantes de acero endurecido.

Las corbetas gemelas "O'Higgins" y "Chacabuco", de 1670 toneladas y 800 caballos de fuerza, con un andar de 6 y 8 millas, respectivamente, y artilladas con tres cañones Armstrong de 150 libras, dos de a 70 y dos de a 40.

La cañonera "Magallanes" de 10 1/2 millas de andar, con un cañón de 150 libras y uno de 64.

La corbeta "Abtao", de 10 millas de andar, dotada de dos cañones de 150 libras.

La cañonera "Covadonga" de 7 millas de andar y 600 toneladas, armada con dos cañones de a 70 y tres de 32.

La corbeta "Esmeralda" de 850 toneladas, con 5 a 6 milas de andar y artillada con doce cañones de a 40.

Chile disponía, además, de diez transportes regulares proporcionados por la Compañía Sud Americana a Vapor (C. S. A. V.).

PARALELO ENTRE EL PODER DE AMBAS ESCUADRAS

De la comparación entre las características de los barcos de guerra del Perú y de Chile, se concluye fácilmente que el poder de la marina del segundo país era enormemente superior. Tal superioridad tenía que existir, lógicamente, puesto que Chile preparó durante largos años sus fuerzas, midiéndolas y apropiándolas a las del adversario previsto y buscando, con acertado cálculo, los medios necesarios para dominar, efectivamente y de modo abrumador, a los elementos contra los que quería luchar.

En este sentido, las decisiones de los gobernantes chilenos para la adquisición de armamento, estaban basadas enteramente en las previsiones técnicas de orden militar. Algunos señalados detalles ponen en evidencia la acción determinante de los altos jefes chilenos en la preparación de la empresa en que iban a empeñarse; citaremos algunas de las disposiciones en que se advierte claramente

la intervención de organismos técnicos, bien poseídos del rol que deben jugar antes de la guerra.

Las naves chilenas construídas en los últimos años: "O'Higgins" y "Chacabuco", "Cochrane" y "Blanco Encalada", estaban dotadas de las corazas necesarias para detener los proyectiles de los cañones peruanos; el espesor del blindaje era tal, que no podía ser perforado sino por los proyectiles de a 300 o más, que disparaban sólo algunas piezas de nuestros barcos; por el contrario, las granadas de que estaban provistas aquellas naves eran justamente apropiadas para vencer las corazas del "Huáscar" y la "Independencia", debiendo estallar en el interior del barco después de haber perforado casco o torres, lo que les daba mayor poder destructor. En cambio, si el andar de los blindados chilenos era inferior al de algunos barcos peruanos, esto no se debía a falta de previsión sino a dificultades técnicas de construcción que impidieron dar mayor velocidad a esos pesados elementos, sin sacrificar el espesor de su blindaje y la potencia de su artillería; esta diferencia en el andar, ligeramente desfavorable a los chilenos, fue la única ventaja que tuvieron los marinos del Perú. Los buques de Chile habían sido construídos bajo la vigilancia inmediata de marinos chilenos enviados en comisión a los astilleros ingleses, donde cuidaban celosamente de los menores detalles. Además, muchos marinos chilenos estuvieron en misión de estudio en las escuadras europeas, y especialmente en la inglesa, lo que en ese tiempo eran una novedad no prevista ni puesta en práctica por otros países. En fin, cuando en 1872 se formó la "Compañía Sud Americana a Vapor" (C. S. A. V.) el gobierno chileno le señaló una subvención anual de un millón de pesos, además de otras notables ventajas; tuvo así derecho para intervenir en la construcción de los barcos, exigiendo que ésta fuera realizada bajo la dirección de marinos de guerra chilenos que debían señalar las modificaciones necesarias para que pudieran servir como transportes armados en caso de guerra; en fin, a cambio de otras concesiones, hizo que la compañía se comprometiera a ceder sus barcos al Estado, sin gravamen, en caso de guerra.

Los directores técnicos de la Armada Chilena conocían, en sus menores detalles, tanto las posibilidades como los defectos de los blindados peruanos. Para obtener informaciones sostenían gran número de espías que llegaban hasta tomar enganche como "vaporinos" en los barcos de guerra peruanos, cuando se contrataban tripulantes en el Callao para, excepcionalmente, hacer mover las unidades con fines de paz; tal sucedió en la expedición que se hizo a Paita para observar el paso de Mercurio por el disco solar, en mayo de 1878. Así, gracias al espionaje, los marinos chilenos tenían conocimiento de que la torre giratoria del "Huáscar", donde estaban montados los dos cañones de a 300, no podía dar frente a estribor sino con determinado ángulo por un defecto de funcionamiento; sabían que los guardines (cadenas que accionaban el timón) corrían exteriormente sobre ambas bordas para llegar a la popa; conocían que debido a una torcedura del espolón, el barco tenía que inclinar su timón en sentido contrario para mantener el rumbo y que, en consecuencia, los giros en la maniobra eran difíciles y lentos a esa banda. Tenían conocimiento, igualmente, de los defectos de la "Independencia" y sabían, por ejemplo, que sus cañones de a 9, mon-

tados en la cubierta superior, eran realmente inútiles por defecto de montaje y que carecía de cañones potentes; así como que la "Unión" no tenía cañones a popa, de contracaza.

Este conocimiento perfecto de los secretos de la organización y del mando del enemigo, obtenido por la previsión más cuidadosa, daba enorme superioridad a los chilenos.

Lo que los chilenos no pudieron conocer, porque no lo investigaron suficientemente, o porque tal factor escapa a la investigación, fue el poder moral, la fuerza espiritual heroica y sublime que alentaba a nuestros marinos. Este elemento escapó a sus cálculos y si obtuvieron, gracias a sus previsiones, la sorpresa de la organización, del armamento, del mando, de la táctica y aún de la técnica marinera y artillera, no pudieron apreciar lo que les depararía el ascendiente moral que pronto conquistaron nuestros débiles barcos, virilmente comandados.

El hecho de preparar la guerra de antemano hizo que Chile se preocupara de adiestrar a sus tripulaciones en la navegación, la maniobra y el tiro. Contrató numerosos mercenarios: maquinistas, pilotos, artilleros y llenó sus barcos de extranjeros expertos en la guerra naval. Su escuadra realizó ejercicios frecuentes y preparó la movilización de cuerpos de infantería de marina que, a poco de declarada la guerra, formaron unidades homogéneas dotadas de la requerida eficiencia combativa. Dedicó a los alumnos de su Escuela Naval a practicar en las naves, desde 1877, suprimiendo los cursos teóricos. Llamó y recogió, en 1878, a los oficiales que hacían estadas en las escuadras europeas.

A pesar de la pobreza de su erario atendió con oportunidad los pedidos que formularon sus marinos en 1878 para componer y marinar los barcos más antiguos, en vista de la guerra cuyo inminencia era conocida por ellos.

Y parece increíble que los dirigentes peruanos y bolivianos ignoraran estos datos tan reveladores, o que descuidaran su importancia.

Los cañones de los barcos principales de ambas escuadras, sumaban:

"En la escuadra peruana: 2 cañones de a 300, 2 de a 150, 26 de a 70, 4 de a 40 y 4 de a 32.

"En la escuadra chilena: 12 de a 250, 1 de a 115 y 1 de a 64.

"El blindaje de los acorazados chilenos era el doble de los peruanos, a saber: 9 pulgadas contra 4 1/2...

"Analizando brevemente las fuerzas navales de los beligerantes podemos dejar sentado que Chile poseía prácticamente la superioridad de fuerzas..." *.

Los estudios realizados por los mismos chilenos, con el concepto actual de las operaciones de guerra, afirman que la superioridad por parte de ellos era abrumadora y esto, que el autor de las líneas anteriores aumenta ex profeso la potencia de las bocas de fuego de la escuadra peruana y disimula la de los cañones de la escuadra de su país, como es fácil comprobar mediante una simple adición de

---

* Capitán de fragata chileno Langlois: Influencia del poder naval en la historia de Chile. Valparaíso, 1911.

los datos orgánicos que van en páginas anteriores. (21 piezas de más de 100, contra 4 peruanas de más de 100).

Al examinar las condiciones en que cada escuadra inició las operaciones activas y cuando se pongan en evidencia las dificultades que tuvieron que vencer los peruanos para que su flota se hiciera a la mar, se hará más visible y precisa la desproporción que existía entre el poder naval de Chile y el del Perú.

INICIACION DE LA CAMPAÑA

La circunstancia de que los chilenos tomaran la ofensiva estratégica invadiendo el departamento boliviano de Atacama por sorpresa, demuestra que su escuadra se hallaba en aptitud de emprender operaciones navales de gran aliento.

Prácticamente, la escuadra chilena estaba en operaciones activas desde el mes de febrero, cuando partieron sus naves de Caldera para desembarcar tropas en Antofagasta y vigilar Tocopilla y Mejillones, que ocuparon poco después con su marinería. El movimiento de barcos entre Valparaíso, Caldera y los puertos del departamento de Atacama fue intenso en los meses de febrero y marzo, preparando los elementos necesarios y concentrando las fuerzas para abrir operaciones contra el Perú.

En cambio, la escuadra peruana, que no había movido sino algún transporte a Iquique para concentrar en esa región cerca de 2500 soldados que guardaran la frontera y permitieran conservar la neutralidad, continuaba en el Callao completamente desprevenida.

Las continuas agitaciones partidaristas y el hecho de que alguna vez se sublevara la escuadra contra los gobiernos constituídos, había llevado a éstos, para restar fuerzas a la oposición política e impedir aventuras navales, a inutilizar en parte los barcos de guerra, quitándoles el armamento que fue almacenado en tierra bajo la custodia de tropas leales, licenciando a sus tripulantes y oficiales y entregando las naves a conservadores civiles, adictos al gobierno, y a algunos escasos vigilantes; a tal punto llegaron las precauciones en este sentido que los acorazados fueron desposeídos de ciertos aparatos y órganos esenciales de su maquinaria, a fin de impedirles que hicieran vapor y se dieran a la mar.

Los conservadores y vigilantes convirtieron pronto las naves apontonadas en lugar de recreo para sus familias, y las torres de guerra en palomares.

En estas condiciones, cuando se produjo el conflicto hubo que revisar las naves, carenar sus fondos por turno en el dique que existía, renovar o limpiar totalmente las calderas, reponer el armamento y buscar las piezas de la maquinaria que habían sido ocultadas en tierra. Estas piezas, importantes e irremplazables, estaban tan celosamente guardadas que fue menester emplear casi un mes en averiguar su paradero para proceder a remontarlas.

La imprevisión llegó a tal punto que, a pesar de que todo anunciaba una guerra próxima y que desde febrero Chile había abierto las hostilidades contra la república aliada, sólo se comenzó a revisar los blindados a partir del 5 de abril, en la fecha de la declaratoria de guerra al Perú. El ministro chileno en Lima, Godoy, de-

cía a su gobierno, en comunicación telegráfica del día 2 de abril, que la situación de la escuadra peruana era la acostumbrada.

Sólo el 7 de abril salieron del Callao la "Unión" y la "Pilcomayo", llevando algunos refuerzos y elementos de guerra a las tropas peruanas de Arica e Iquique. Veremos que los barcos principales sólo pudieron hacerse a la mar a mediados de mayo.

CHIPANA

12 DE ABRIL

Cuando la "Unión" y la "Pilcomayo" cumplieron su cometido, navegaron más al sur y dieron alcance a la cañonera chilena "Magallanes", que hallaron en su ruta; como la cañonera navegaba cerca de la costa, las naves peruanas, comandadas por el Capitán de Navío Aurelio García y García, se dirigieron sobre ella para cortarle el camino. Puesta a tiro la "Magallanes" cerca de la punta Chipana, se inició el cañoneo a mediodía del 12 de abril, sin resultados positivos, pues la nave chilena logró escapar.

Esta fue la primera acción naval que se empeñó en la guerra.

En cuanto al "Huáscar" y a la "Independencia" sólo pudieron abandonar el Callao el 16 de mayo, aun en malas condiciones, para conducir al puerto de Arica al Presidente General Prado y algunos refuerzos que desembarcaron en ese lugar el 20 del mismo mes.

A partir de esta última fecha se inició la campaña marítima.

COMBATE NAVAL DE IQUIQUE

21 de Mayo

* Cuando la división de blindados peruanos llegó a Arica, al desembarcar en ese puerto el Presidente Prado supo que el grueso de la escuadra chilena navegaba hacia el Callao y que sólo mantenían el bloqueo de Iquique la corbeta "Esmeralda" y la cañonera "Covadonga".

El Director Supremo de la Guerra, General Mariano Ignacio Prado, dispuso en vista de estos datos comunicados por telégrafo desde Iquique, que la división de blindados, a órdenes de Grau, se dirigiera al sur para sorprender y capturar o destruir a las naves bloqueadoras.

Efectivamente, el "Huáscar" y la "Independencia" hicieron rumbo a Iquique ese mismo día y en la madrugada del 21 se hallaron frente al puerto encontrando a los buques chilenos que buscaban.

El "Huáscar" empeñó el combate contra la "Esmeralda" y la "Independencia" se encargó de perseguir a la "Covadonga" que comenzaba a maniobrar, desde que avistó a los blindados peruanos, para escapar al sur bordeando la isla de Iquique muy cerca de la costa, como lo permitía su escaso calado

* Croquis Nº 2.

La "ESMERALDA", inició la acción disparando una andanada contra el "Huáscar"; éste respondió los fuegos con toda eficacia cuando estuvo bastante próximo y la "Esmeralda" debió atender tanto al blindado peruano como a las baterías de tierra, emplazadas en la playa por las tropas aliadas, que le impedían acercarse a la costa pegándose a la cual esperaba el Capitán Pratt encontrar protección alargando su distancia al "Huáscar', gracias al poco calado de su buque.

Obligado a salir de las rompientes mantuvo el cañoneo por dos horas sin que ninguno de los barcos, por deficiencia técnica de sus artilleros, ocasionara al adversario avería de consideración.

Comprendiendo el Comandante Grau que la acción no tendría un resultado pronto y decisivo si continuaba la operación en estas condiciones, pensó utilizar el espolón de su nave para destruir al barco chileno. El primer espolonazo, como quiera que para evitar el rechazo del choque se hizo parar la máquina algo antes de lo preciso, fue de pocas consecuencias para la "Esmeralda" que continuó haciendo fuego.

Entonces Grau ordenó repetir la misma maniobra y esta vez el golpe fue más eficaz; en fin, como era necesario terminar definitivamente con la "Esmeralda" que se hallaba ya inundada, acostada sobre una banda y realmente inútil, el "Huáscar" la espoloneó nuevamente hasta desbaratar los restos de la nave que aún emergía.

Cuando los náufragos de la "Esmeralda" quedaron a merced de las olas, Grau hizo arriar sus botes y se dedicó por largo espacio de tiempo a salvar a los sobrevivientes. Confiado en la potencia del otro blindado peruano para luchar con la "Covadonga", no se preocupó del giro que pudiera tomar esta otra acción parcial. Cuando, después de atender a los náufragos chilenos, hizo rumbo al sur para reunirse a la "Independencia", encontró, contrariando sus expectativas, que esta nave había sufrido el más completo desastre.

La "INDEPENDENCIA", lanzada desde el comienzo de la acción tras la cañonera chilena, se empeñó en ciega persecución abriendo sus fuegos contra ella.

El Capitán Condell, Comandante de la "Covadonga", favorecido por el poco calado de su nave se pegaba a la región rocallosa y baja que prolonga la costa a fin de obligar a la "Independencia" a mantenerse a distancia, con lo que la eficacia de los fuegos de ésta era aleatoria dada la impericia de los improvisados artilleros peruanos.

El Comandante More, que no disponía sino de un cañón de caza, inutilizado desde el comienzo de la acción por defecto del montaje de circunstancias hecho en el Callao en los últimos días, se veía obligado a guiñar su barco sobre el rumbo que seguía para disparar con sus baterías de babor y de estribor; esta maniobra, repetida varias veces, retrasaba el avance de la "Independencia" dando lugar a que su presa burlara la persecución a pesar de su escaso andar.

El Comandante More, deseoso de acabar de una vez y enardecido por las circunstancias antedichas, comprendiendo de otro lado que sus fuegos no eran bastante eficaces, decidió espolonear a la "Covadonga". Para lograrlo lanzó su barco sobre la estela del adversario y cuando, después de 3 horas de persecución y cañoneo in-

fructuoso, se hallaba a 200 metros de éste, chocó a la altura de Punta Gruesa, con una roca no señalaba en las cartas que abriendo a la "Independencia" por el fondo inutilizó el barco en pocos minutos.

Viendo perdido al perseguidor, el Comandante de la "Covadonga" ordenó virar en redondo y se aproximó para cañonear a la "Independencia" a fin de acabar de inutilizarla, fusilando a los náufragos peruanos que se debatían en el oleaje *.

A poco el "Huáscar", después de cumplida en las aguas de Iquique la humanitaria tarea de salvataje que se impuso su Comandante, apareció en el horizonte y la "Covadonga", al avistarlo, reemprendió su rumbo al sur. Cuando el Comandante Grau se dio cuenta de la pérdida completa de la "Independencia" se dedicó por algunas horas a seguir a la "Covadonga" que le había tomado más de 10 millas de delantera; después volvió hacia el blindado perdido para salvar a sus tripulantes y recoger algunos escasos elementos, terminando de destruirlo en seguida para no dejar nada que pudiera utilizar el enemigo.

OFENSIVA MARITIMA PERUANA

Perdida la "Independencia", el "Huáscar" quedó solo para defender en los mares el honor del Perú. Los otros barcos de guerra peruanos, de escaso poder, apenas tenían capacidad para escoltar transportes sin que su poder combativo les permitiera hacer frente a las naves mayores de Chile.

El Presidente Prado, que atribuyó a la fatalidad el desastre de la "Independencia" no quiso ceder un punto en la realización de atrevidas empresas marítimas y confiando en el buen comando del "Huáscar", lo condenó de antemano a segura pérdida disponiendo que su Comandante se lanzara en busca del enemigo, sin poder dar a la nave los elementos necesarias para hacerlo, ni disponer de tiempo para que se efectuaran en ella las reparaciones debidas a fin de conservarle sus condiciones marineras y de combate.

El "Huáscar" operó en convoy con otros buques menores peruanos e incursionó sobre los puertos chilenos; dió escolta a transportes con cargamento de importancia o conductores de tropas; cañoneó los puertos del enemigo, destruyendo en ellos los medios de movilidad; dio caza a los buques menores de guerra, capturó transportes, impuso respeto a la marina enemiga y burló la persecución de las naves chilenas empeñadas y gastadas inútilmente en alcanzarlo. La preparación y conocimientos de su Comandante, el valor personal de los oficiales y tripulación, el incentivo de salvar el honor nacional y el deseo de responder a la confianza depositada en el barco con ciega fe patriótica por el país entero, hizo de él un símbolo de la nación peruana, concreción de su valor y de su innegable espíritu heroico. El "Huáscar", glorificado por todos los marinos del mundo, testimonió en sus campañas las virtudes guerreras del pueblo peruano *.

---

* Véase documentos pertinentes en las dos primeras ediciones.

** Para detalle, véase Doc. Cit.

CORRERIAS DEL "HUÁSCAR"

Terminado el combate de Iquique, el "Huáscar" procedió a llenar sus carboneras en este puerto y el 24 de mayo zarpó nuevamente al sur, capturando e incendiando, después de salvar a los tripulantes, al pailebot "Recuperado", presa que los chilenos habían hecho días antes. Se aproximó después a Mejillones de Bolivia, incendió la goleta "Clorinda", capturada también por los chilenos, y destruyó las lanchas y medios de movilidad del puerto. Prosiguiendo al sur llegó a Antofagasta el 26, cañoneó las defensas de tierra y envió algunos proyectiles sobre la "Covadonga", allí fondeada, que se cubrió con los buques mercantes neutrales pegándose a tierra. El cañoneo duró alrededor de dos horas, después de la que el "Huáscar" se alejó del puerto pasando la noche en alta mar para volver el 27 en la mañana y cortar el cable submarino.

En los días subsiguientes represó a la goleta "Coqueta" y a la barca "Emilia" y llegó el 29 a Iquique, donde se encontraba el General Prado, Director de la Guerra, que le ordenó tomar carbón en Pacocha y volver a Arica. En su viaje al primer puerto citado fue perseguido durante siete horas por tres barcos chilenos y, después de tomar carbón el 31 de mayo, volvió a Arica el 1º de junio para continuar al sur el día 2.

En el cumplimiento de su crucero fue perseguido por el "Cochrane" y la "Magallanes", cambiando con ellos algunos proyectiles durante dieciocho horas que duró la caza.

El 7 de junio el "Huáscar" volvió al Callao para limpiar sus fondos y completar sus elementos de combate; pero, el Director de la Guerra tuvo noticia por esos días de que los blindados chilenos se habían trasladado a Valparaíso y ordenó entonces, por telégrafo, que el "Huáscar" regresara al sur para hostilizar a los buques menores de Chile. De conformidad con esta decisión, el Comandante Grau hizo rumbo al sur el 6 de julio y llegó nuevamente al puerto de Arica el 8.

El 9 en la noche el "Huáscar', frente a Iquique, supo que los barcos menores de Chile habían dejado el puerto poco antes y que voltejeaban aguas afuera de él; saliendo a su vez para buscarlos halló al transporte armado "Matías Cousiño", cuya tripulación quiso salvar antes de echar a pique la nave. Mientras los tripulantes rendidos abandonaban el "Cousiño" en sus botes, y, seguramente, se daban trazas para demorar esta operación en espera de auxilio, se presentó la "Magallanes" y Grau debio cañonear, con precipitación y sin éxito alguno, al primer adversario para librarse de él y atender al segundo.

Con la "Magallanes" se trabó el combate a pequeña distancia y el "Huáscar" intentó espolonearla, embistiéndola tres veces consecutivas; pero, en tanto, aparecieron dos barcos más, uno de los cuales era el "Cochrane", que acudían al tronar del cañón. Ante la presencia de fuerzas superiores el "Huáscar" abandonó su presa e hizo rumbo a Arica, siendo perseguido por la escuadra enemiga; el 11 de julio fondeó en este puerto después de haber burlado, una vez más, a sus perseguidores.

El 16 del mismo mes se supo en Arica que la escuadra chilena había bombardeado Iquique y, en consecuencia, el General Prado

ordenó que el "Huáscar y la corbeta "Unión", que había llegado ese día del Callao, hicieran rumbo al sur para hostilizar los puertos de Chile y hacer presas. Efectivamente, los barcos peruanos zarparon cinco horas después de recibida la orden y bajo el mando de Grau visitaron Antofagasta y destruyeron las lanchas y otros medios de movilidad de ese puerto; en los días siguientes visitaron los puertos de El Cobre, Blanco Encalada, Taltal, Ballenita, Caldera, Chañaral, Huasco, Carrizal Baja y Pan de Azúcar, apresando a la fragata "Adelaida" cargada de carbón para Chile, al bergantín "Sancy Jack" cargado de cobre y a la barca "Adriana Lucía" con el mismo mineral.

La presa más importante de esta incursión fue la que hizo la "Unión", secundada por el "Huáscar", consistente en el transporte chileno "Rímac" que fue capturado en la mañana del 23 de julio, llevando a bordo al escuadrón chileno "Carabineros de Yungay" que viajaba hacia Antofagasta. La escuadrilla peruana se presentó en Arica, conduciendo su magnífica presa, el 25 de julio.

EXPEDICION A MAGALLANES

31 DE JULIO AL 14 DE SEPTIEMBRE

Pocos días después, el 31 de julio, fue despachada la "Unión" al estrecho de Magallanes para capturar barcos mercantes que se sabía, por correspondencia incautada en el "Rímac", que traían de Europa una considerable cantidad de armamento destinado a Chile. La "Unión" llegó al estrecho el 13 de agosto y a Punta Arenas, puerto chileno, el 16. En este lugar tomó víveres y carbón que pagó en dinero efectivo y, habiendo recibido informes de que el barco conductor del armamento chileno ya había pasado al Pacífico, hizo rumbo a Arica, donde llegó el 14 de setiembre después de su infructuosa expedición.

ULTIMAS CORRERIAS DEL "HUASCAR"

El 1º de agosto zarpó de Arica el "Huáscar" haciendo rumbo al sur acompañado del transporte "Rímac", con la misión de sorprender al blindado chileno "Cochrane" que se sabía que estaba fondeado en Caldera con la maquinaria descompuesta.

En la travesía se malogró la máquina del "Rímac" y fue necesario enviarlo al Callao para su compostura; el "Huáscar" continuó solo.

Llegado a Caldera, el Comandante Grau se informó de que el "Cochrane" se había trasladado a Coquimbo y continuó a ese puerto para darle alcance; desgraciadamente, por esos días reinaba un fuerte temporal que impidió proseguir la operación debiendo el "Huáscar" regresar a su base de Arica, donde fondeó el 10 de agosto; al paso visitó los puertos de Caldera, Taltal, Cobija, Tocopilla e Iquique. A la salida de Taltal fue perseguido por el "Blanco" y el transporte "Itata" logrando burlar la persecución.

En tanto que se efectuaban estas operaciones, la "Unión" se aproximaba a Magallanes y el monitor "Manco Capac", remolcado por los transportes "Oroya" y "Talismán", llegaba a Arica el 7 de

agosto para fondear en la rada y cooperar como fortaleza flotante a la defensa de la plaza.

Pocos días permaneció en Arica el Comandante Grau. El 22 de agosto volvió a recibir orden de hacerse a la mar, acompañado esta vez por el transporte "Oroya". El 25 visitó Antofagasta donde se hallaban la "Magallanes", el "Abtao" y el "Limarí",, pero como estos barcos y las baterías de tierra no provocaron el combate, Grau se retiró y prosiguió al sur visitando Taltal, Blanco Encalada y El Cobre. El 28 regresó a Antofagasta y como en esta visita el "Abtao" y la «Magallanes» hicieran algunos disparos, el Comandante Grau lanzó varios proyectiles sobre esos barcos, disimulados detrás de mercantes neutrales, inferiéndoles serias averías, a pesar de las dificultades para hacer blanco en ellos.

Después del combate de Antofagasta el "Huáscar" siguió al norte, tocando en Mejillones, Cobija, Tocopilla e Iquique, para anclar en Arica el 31 de agosto *.

En el mes de septiembre el "Huáscar" y la "Unión" escoltaron los barcos que transportaban tropas entre el Callao, Arica e Iquique. El 30 de este mes partieron en convoy, escoltando al "Rímac" hacia Iquique, para dejar en ese puerto a la División Bustamante; en seguida debía realizar una de sus acostumbradas expediciones a puertos chilenos, para volver ulteriormente al Callao donde iba a efectuar la operación cada vez más urgente, de limpiar sus fondos.

Después que el convoy dejó en Iquique las tropas y el armamento que conducía, las naves de guerra que lo formaban se dirigieron al sur visitando los puertos de Sarco, Coquimbo, Tongoy y los Vilos; luego hicieron rumbo al norte en la noche del 5 al 6 de octubre despachando al Callao la goleta "Coquimbo" que habían capturado cargada de metales. En la noche del 7 al 8 visitaron Antofagasta y en la madrugada de este último día salieron del puerto para dirigirse a sus bases.

Hasta este momento la operación se había realizado a medida de los deseos del Contralmirante Grau. Pero al abandonar la bahía de Antofagasta el vigía del "Huáscar anunció, a las 3 y 30 de la mañana, "tres humos a proa" que eran los de la primera división naval de Chile cuya persecución a los barcos peruanos iba a dar lugar a la gloriosa acción de Angamos.

OPERACIONES DE LA ESCUADRA CHILENA

Después de facilitar la ocupación de Antofagasta, al comienzo de la guerra, las naves chilenas, a pesar de su enorme superioridad sobre las peruanas, no efectuaron de su propia iniciativa sino algunas infructuosas expediciones y varios bombardeos sobre poblaciones indefensas, en tanto que se desarrollaba la valiente campaña de la escuadra del Perú.

Las operaciones que llevó a cabo la escuadra chilena fueron las siguientes:

Establecimiento del bloqueo de Iquique, el 5 de abril de 1879, que fue sostenido con intermitencias, ocasionándole no pocos fracasos.

---

* En esta arribada a Arica, Grau recibió los pliegos oficiales de su ascenso a Contralmirante.

Incendio de los muelles de Pabellón de Pica y de Guanillos, el 15 y 16 de abril.

Bombardeo de Mollendo el 17 de abril.

Bombardeo de Pisagua el 18 del mismo mes.

Cañoneo de un tren de pasajeros que salía de Iquique el 27 de abril.

Destrucción de las lanchas de Pisagua el 29 de abril.

Cañoneo e incendio de Mejillones del Perú el 30 del mismo mes.

Incursión al Callao, saliendo de Iquique el 16 de mayo para llegar el 22 y, frustrado el plan de desbaratar la escuadra peruana que se suponía en el puerto, retornar al sur.

Bombardeo de Pisagua el 23 de junio y de Pabellón de Pica en el mismo mes.

Bombardeo de Iquique en la noche del 16 de julio.

Expedición sobre Arica el 1º de octubre que se frustró, viéndose obligada a volver a Mejillones donde recibiera datos que le iban a permitir encontrar al "Huáscar", por fin, el día 8 de octubre de 1879.

El afán de dar caza al "Huáscar" anuló en los chilenos toda iniciativa y las operaciones de sus barcos se redujeron a perseguir al blindado peruano que osadamente los desafiaba en sus refugios, a pesar de su escaso poder.

CAMPAÑA CONTRA EL "HUASCAR"

Las hazañas de Grau sublevaban la opinión pública chilena contra sus mandatarios y contra el Alto Comando de sus fuerzas militares, que no sabían hallar la forma de destruir o neutralizar la débil embarcación en que el bravo marino peruano burlaba el poder naval de Chile. La indignación contra el comando de la escuadra, dirigida entonces por el Almirante Juan Williams Rebolledo, se hacía sentir en todas las capas sociales y el gobierno se vio forzado a relevar a ese marino, que desde meses antes había presentado su renuncia, comprendiendo la difícil y desairada situación en que se encontraba.

Para emprender campaña eficaz contra el "Huáscar", el nuevo Ministro de Guerra y Marina, Rafael Sotomayor, hermano del coronel del mismo apellido, dispuso que los barcos limpiaran sus fondos, repararan sus máquinas, cambiaran calderas y completaran su armamento y tripulación en Valparaíso; el "Blanco" realizó estas operaciones en Antofagasta.

Por el 12 de agosto, Rebolledo dejó el mando al Capitán de Navío Galvarino Riveros y la escuadra recibió una nueva organización que agrupaba los buques de menor poder cerca de cada uno de los blindados, formando así dos divisiones, más o menos iguales, que eran enormemente superiores al "Huáscar".

Alistados los barcos a mediados de septiembre, los altos jefes chilenos se reunieron en Antofagasta en junta de guerra, el 27 de ese mes, para acordar la forma de intensificar las operaciones marítimas con el fin de reducir al "Huáscar" y trasladar la guerra, cuanto antes, a los campos de Tarapacá.

Determinó esta medida la mediación que por entonces planteara Estados Unidos para que cesaran las hostilidades; con esta gestión diplomática los chilenos veían escaparse de sus manos los codiciados territorios de Tarapacá.

La Junta resolvió que se buscara al "Huáscar" donde se hallara y aún en Arica, para forzarlo a presentar combate contra los blindados, descontando que el resultado sería favorable por completo a los chilenos. Se aceptó, asimismo, que en caso de que no se pudiera destruir al "Huáscar", el ejército podría iniciar operaciones sobre Tarapacá con tal de que los transportes que lo condujeran fueran escoltados por toda la escuadra.

Con estos planes se abrió especial campaña contra el "Huáscar".

ANGAMOS

8 DE OCTUBRE

* En la madrugada del 8 de octubre, cuando el "Huáscar" y la "Unión" salían de la rada de Antofagasta con rumbo al norte, como se ha dicho anteriormente, avistaron tres humos a proa que eran los del "Blanco" la "Covadonga" y el "Matías Cousiño", que formaban la primera división naval de Chile. Estos barcos se dieron cuenta, al mismo tiempo, de la presencia en esas aguas de las dos naves peruanas e hicieron rumbo en seguida sobre ellas.

Al avistar los humos, el Almirante Grau trató de acercarse con precauciones creyendo haber dado con algunos transportes, pero pronto reconoció, después de pasar Punta Tetas, la silueta del blindado enemigo en la obscuridad de la noche e hizo rumbo al sudoeste para escapar a su acción, gracias al mayor andar de sus buques. Cuando aumentó su distancia a 6 millas, puso proa al noroeste y después al norte para continuar a su base, creyendo haber burlado a sus adversarios como en otras ocasiones; pero, el jefe de la primera división naval chilena que sabía que frente a Mejillones daba bordadas la segunda división, continuó la persecución para hacer caer a los peruanos en la red.

La caza proseguía en esta forma, cuando las naves peruanas avistaron a las 7 y 15 de la mañana, otros tres humos al noroeste. El Almirante Grau, reconociendo 15 minutos después las siluetas de sus nuevos adversarios, comprendió que había caído en una celada que sólo podría burlar ganando distancia al norte para esquivar al nuevo enemigo que iba a cortarle el paso frente a Punta Angamos, hacia donde se dirigía; forzó entonces sus máquinas y dio orden a la "Unión", que dada su debilidad no podía prestar cooperación eficiente, para que ganara el paso gracias a su mayor andar, a fin de que no fuera envuelta inútilmente en el desastre que preveía.

La "Unión", acelerando su marcha, se dirigió efectivamente al norte en cumplimiento de la orden recibida y pasó con facilidad entre la segunda división chilena y Punta Angamos, disponiendo así de mayor espacio al este donde podía maniobrar. La segunda división chilena despachó entonces en su seguimiento a la "O'Higgins" y al "Loa", continuando el "Cochrane" su rumbo al este para cerrar el paso al "Huáscar".

---

* Croquis Nº 3.

El blindado peruano, navegando de sur a norte, se vió entonces acosado por el sur por el "Blanco", la 'Covadonga" y el "Matías Cousiño" que lo perseguían, y estrechado entre Punta Angamos y el "Cochrane" que avanzaba perpendicularmente a su eje de marcha, es decir, de oeste a este.

Para la descripción más detallada y objetiva del combate de Angamos, nos limitamos a reproducir una parte de la narración del corresponsal de **El Mercurio** de Valparaíso, que fue testigo presencial desde el "Loa" de la magna hazaña del "Huáscar"; dicha narración se publicó en página suplementaria de ese diario el 18 de octubre de 1879. El historiador peruano M. F. Paz Soldán al trascribir esta narración en su "Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia", dice: "La copiamos casi íntegra, suprimiendo aquellas frases ajenas a la seriedad de una historia o inconducentes o notoriamente falsas, según los partes oficiales. Si se reformaran esas inexactitudes a que se refiere el "Corresponsal" sería su narración la más viva y palpitante del combate del "Huáscar" de cuantas se han hecho por los que la presenciaron".

El indicado "Corresponsal", en cuyas expresiones se reconoce fácilmente a un marino de guerra, escribe:

. . ."El "Huáscar" virando por estribor se dirigía al encuentro del "Cochrane". Fue aquel un hermoso movimiento que manifestaba la decisión y el arrojo del Comandante Grau.

A las 9 y 20 de la mañana disparó el "Huáscar", con dos o tres segundos de intervalo y a unos 2800 a 3000 metros de distancia, sus dos cañones de a 300 contra el "Cochrane". En seguida viró hacia el norte y continuó como antes en rápida marcha. Los ingenieros del monitor peruano aseguran que en ese momento elevaron tanto la presión, que pusieron las calderas en inminente peligro. La máquina dio más revoluciones que en la prueba; pero, a pesar de eso, el "Cochrane" ganaba siempre terreno, haciendo prodigios de celeridad.

El blindado chileno colocado entonces al sur del "Huáscar" y directamente por su popa avanzaba más y más sin hacer ningún disparo, aunque estaba ya a unos 1000 metros de distancia del enemigo. El "Huáscar", cinco minutos más tarde, viró un poco al oeste para dar campo de tiro a sus cañones, y lanzó otras dos balas de a 300 a su perseguidor.

Los proyectiles peruanos habían pasado por alto, lo mismo que los anteriores.

El "Cochrane" avanzaba siempre sin disparar, estrechando cada vez más la distancia que lo separaba del enemigo. Aquella majestuosa mole que avanzaba inflexible en medio de aterrador silencio, infundía pavor aun a los simples espectadores de aquella inolvidable escena.

Al fin, a las 9 y 27 de la mañana, encontrándose a unos 500 metros del enemigo, disparó el "Cochrane" sus dos cañones de proa. Una de las balas pasó por alto, yendo a rebotar a gran distancia del monitor peruano, la otra le dio en el castillo de proa.

Por el alcance de los cañones pudo verse que ya el "Huáscar" era buque perdido y que no podría escapar en ninguna dirección antes de ser destrozado por los cañones del "Cochrane".

A las 9 y 30 habiéndose estrechado aún más la distancia, disparó el "Cochrane" un nuevo cañonazo. El proyectil dio de lleno en la proa del enemigo, entrando por el lado de la cubierta, y al estallar levantó una humareda de color gris ferruginoso como el del moho, que abarcó toda esa parte del "Huáscar".

A las 9 y 32 disparó de nuevo el "Huáscar" sus dos cañones de a 300 y se notó que una de las balas había levantado un enorme penacho de agua junto al costado de estribor de nuestro blindado.

Efectivamente, dio en el centro de la parte superior del reducto removiendo toda esa plancha del blindaje y dejando en ella estampada su forma y sus cascos al estallar. Por fortuna no perforó la plancha ni causó ninguna desgracia personal.

Esta avería fue inmediatamente vengada.

No bien habían transcurrido dos o tres segundos, lanzó el "Cochrane" dos afortunados tiros a su enemigo, y sus terribles efectos fueron visibles por todos los que absortos y anhelantes contemplaban aquel imponente espectáculo. Uno de ellos, dando de lleno en el torreón, lo perforó de parte a parte, destrozó la guardera, rompió el muñón de la derecha, e hizo explosión allí matando diez artilleros.

De los doce hombres que había en el torreón sólo quedó uno sin recibir heridas graves. El otro que quedó vivo era uno de los cabos de cañón, pero salió gravemente herido y no pudo continuar prestando sus servicios.

El cañón de la derecha quedó desde entonces inutilizado para seguir funcionando.

Los efectos del otro proyectil fueron todavía más terribles.

Dando de lleno al lado de estribor de la torre de combate del Comandante, hizo en ella un gran agujero y fue a azotar contra la pared del lado opuesto. Allí hizo explosión, derribándola por completo sobre la cubierta y barriendo con cuanto encontró dentro de la torre.

Al Almirante Grau que en esos momentos estaba dentro, en su puesto de combate, lo destrozó instantáneamente. Todo lo que quedó de él fue el pie derecho y una parte de la pierna, algunos dientes incrustados en el maderamen inferior, y menudos trozos confundidos con los hacinados restos de la torre.

Los cascos de la granada hirieron también a uno de los ayudantes del Comandante, encargado de trasmitir las órdenes al timón.

Después de este tiro, a las 9 y 35, el "Huáscar" disparó con su cañón de popa, y habiendo acudido nueva gente a la torre, hizo otro disparo con el cañón de a 300 que había quedado servible.

Las punterías, sin embargo, pasaban por alto, a pesar de la proximidad de los combatientes.

A las 9 y 36 hizo el "Cochrane" dos nuevos disparos al "Huáscar" que le penetraron por la popa, causando grandes destrozos en el interior del buque. Uno de ellos, después de atravesar la cámara de oficiales, sembrándola de escombros y de cadáveres al hacer explosión en ella, cortó los guardines del timón, dejando al buque sin gobierno. La otra penetrando por la misma parte a poca distancia de la anterior, voló la cabeza al segundo comandante del buque, Capitán de Corbeta D. Elías Aguirre, que había tomado el mando

al morir el Almirante Grau, y que acababa de ser trasladado a la cámara gravemente herido en el brazo y la pierna derecha por los proyectiles de las ametralladoras del "Cochrane".

El blindado chileno al mismo tiempo, estrechaba a cada momento la distancia que lo separaba del enemigo, y ya a los 300 metros había roto un nutrido fuego con su ametralladora de proa, últimamente colocada.

Al mismo tiempo los tiradores de las cofas no cesaban un momento sus disparos, y la cubierta del buque peruano era cruzada en todas direcciones por balas de rifle que causaron numerosas bajas en la guarnición del "Huáscar".

Alrededor del buque peruano se veía el mar salpicado de penachos levantados por las balas de las ametralladoras, y fueron tan certeros los disparos de esta terrible arma, que la cubierta del "Huáscar", poco después de principiado el combate, quedó despejada de enemigos. Los que no cayeron muertos o gravemente heridos, corrieron a refugiarse dentro del torreón.

A las diez de la mañana eran cada vez mas lentos e inseguros los disparos del "Huáscar", como si reinara a bordo el desorden y la confusión. Había tomado el mando del buque el tercer jefe, oficial de detall D. Diego Ferré, que pocos minutos más tarde caía muerto por los cascos de una granada chilena.

Otra bala del "Cochrane" cortó de nuevo los aparejos que se habían colocado a toda prisa para manejar el timón, y otra vez quedó el "Huáscar' sin jefe y sin gobierno.

En estos momentos estaba el "Cochrane" a unas 50 yardas por la popa del "Huáscar" y cansado ya de aquella resistencia, se fue sobre el enemigo resuelto a atacarlo con el espolón.

Entonces se creyeron irremisiblemente perdidos; porque el "Huáscar", falto de gobierno, no había podido aún reponer los destrozados aparejos de su timón. Pero esta misma circunstancia los salvó providencialmente; porque teniendo el buque la tendencia de caer sobre su costado de estribor viró en ese sentido y escapó así a la embestida del adversario, que le pasó a 4 metros de distancia por la popa.

Pero, por otro lado, se encontró el "Huáscar" colocado en la más crítica situación.

El "Blanco" que a toda fuerza de máquina había avanzado hacia el norte con un andar que llegó en ocasiones hasta diez millas y media, a pesar del estado de sus calderas, se encontraba a unos 3000 metros del "Huáscar" durante los últimos momentos del combate, sin que todavía hubiese tenido oportunidad de disparar sus cañones.

Pero entonces, al verlo por la proa avanzó aún durante algunos segundos y le lanzó su primer disparo con uno de los cañones de proa. El proyectil pasó por alto, yendo a rebotar a gran distancia, y en ese instante el "Huáscar" puso proa al norte para escapar de aquel nuevo y poderoso enemigo. El "Cochrane", mientras tanto, que le había seguido los movimientos, se encontraba con la proa al oeste y un poco a estribor del "Blanco Encalada". Dos nuevos disparos hizo casi instantáneamente la nave capitana y el último con tan feliz éxito que dio de lleno en el costado del "Huáscar" y levan-

tó al estallar la misma polvareda ferruginosa que notamos despues del tercer disparo del "Cochrane".

El proyectil había penetrado en la sección de la máquina, destruyó los camarotes de los ingenieros situados a babor, e hizo explosión al chocar interiormente con el costado opuesto.

La máquina quedó sembrada de toda clase de despojos, pero felizmente sin recibir lesión alguna.

Eran las 10 y 15 de la mañana.

El "Cochrane" había recuperado su anterior posición por la popa del "Huáscar", y dos minutos más tarde, a las 10 y 17 de la mañana avanzaba nuevamente sobre el enemigo, quizás con la intención de embestirlo con el espolón.

Esta situación era de las más comprometidas, y entonces vimos débilmente desde el "Loa", que el "Huáscar" arriaba su bandera.

Semejante maniobra fue efecto de los proyectiles chilenos al cortar la driza.

Sin embargo, el "Huáscar" continuaba su desplazamiento hacia el norte, y poco después izaba de nuevo en el mismo sitio que la anterior una nueva bandera.

En ese momento había una confusión espantosa a bordo del monitor enemigo.

Apenas tuvo al tope por segunda vez su pabellón, le lanzó el "Cochrane" una granizada de balazos. Uno de los proyectiles, penetrando por la popa, cortó de nuevo los aparejos del timón, dejando otra vez al buque sin gobierno y matando a los timoneles. El "Huáscar' viró a estribor, como lo había hecho anteriormente, y fue recibido al instante por el cañoneo del "Blanco" que parecía estar acechando la ocasión de dar otros golpes a su enemigo.

El "Huáscar", rehuyendo el encuentro con este formidable adversario, puso inmediatamente proa al sur, en dirección a la bahía de Mejillones, lanzándose a toda fuerza sobre el indefenso "Matías" que en ese momento pasaba frente al centro de la bahía con dirección al norte, siguiendo a poca distancia las huellas del "Blanco Encalada".

Al ver el "Blanco" el peligro del "Matías", viró rápidamente al sur para interponerse entre el monitor peruano y el transporte chileno, al mismo tiempo que éste torcía presuroso su rumbo al oeste, con dirección a la bahía y emprendía la fuga a toda fuerza de máquina.

La maniobra del "Blanco", aunque embarazó los movimientos del "Cochrane" que se vio obligado a virar por redondo, quedando a 1200 metros del "Huáscar", evitó que el "Matías" fuera víctima del enemigo.

El "Huáscar" al notar la proximidad del "Blanco Encalada" varió su rumbo más al oeste, alejándose del "Matías"; y el "Blanco", al mismo tiempo que le dirigía nutridos y certeros disparos, le dio una arremetida con el espolón.

Con su buen gobierno —(?)— evitó el buque enemigo el choque del "Blanco", que pasó casi rozándole la popa *.

Eran en estos momentos las 10 y 30 de la mañana. El combate duraba ya una hora larga.

Al virar el "Huáscar" hacia el norte se encontró de frente con el "Cochrane"; intentando los defensores del "Huáscar" un último y extremo recurso, enderezaron la proa en dirección a él y le embistieron a toda fuerza de máquina para espolonearlo.

Los dos buques estaban a una distancia como de 300 metros, y al notar el Comandante Latorre la maniobra del enemigo, le puso también la proa y avanzó a su encuentro.

Durante algunos segundos pudimos contemplar embargados de emoción aquella grandiosa escena en que las naves luchadoras, semejando en esos momentos dos toros bravíos y furiosos, se acercaban por momentos más y más, dispuestas a darse la última arremetida, que habría sido la muerte segura para ambas.

Pero a pocos metros del punto de reunión flaqueó el arrebato del "Huáscar", y torciendo a estribor, pasó rozando por el "Cochrane" costado a costado *.

En estos momentos el enemigo disparó a este buque dos cañonazos, casi a boca de jarro, aunque con tan mal tino, que pasaron por alto, a pesar del enorme blanco de nuestro blindado, y fueron a rebotar a gran distancia.

Desde este momento, a las 10 y 35 de la mañana, el combate no fue más que una especie de lenta agonía del maltratado "Huáscar" que sólo por instinto parecía esquivar a nuestros buques, sin siquiera tratar de oponer resistencia.

A esta hora tenía su proa al sur, navegaba en esa dirección; pero acosado de cerca por los blindados, que lo cañoneaban sin cesar, y haciendo fuego muy de tarde en tarde y sin fijeza, pronto se vio acorralado por ellos y obligado a detenerse.

Entonces, en medio del torbellino de humo de los cañonazos vimos por un instante que el "Huáscar" se dirigía hacia el oeste y poco después, a las 10 y 40 de la mañana se ponía al alcance de los cañones de la "Covadonga" que no desperdició la ocasión de largarle un tiro, y dos minutos más tarde, a las 10 y 55, cayó prisionero.

Inmediatamente, habiendo detenido su marcha, se arriaron botes del "Cochrane" y del "Blanco" para ir a tomar posesión del buque".

La detención no fue obligada por la acción del enemigo, sino que obedeció a la orden impartida por su último comandante para que los ingenieros abrieran las válvulas, a fin de sumergir el barco. Cuando los chilenos la abordaron ya tenía cuatro pies de agua en la sentina.

El mismo corresponsal concluye su larga y movida narración refiriéndose a las averías sufridas por ambas escuadras en los siguientes términos:

---

* Al "Huáscar" le faltaba precisión en el gobierno, porque los aparejos provisionales del timón no sustituían debidamente a los guardines rotos cuatro veces, como el mismo "Corresponsal" lo hace saber en los párrafos anteriores y en los que siguen. Es lógico suponer, además, que fuera el "Cochrane" el que esquivara el choque, ya que nada le obligaba a proceder a la desesperada, como era del caso para el "Huáscar".

"Las principales averías sufridas por el "Huáscar" fueron las siguientes:

En el castillo. Dos balazos que destruyeron los pescantes de las anclas, las bitas del bauprés y destrozaron la parte superior.

En la torre. Uno que después de romper las planchas de blindaje dio en el muñón de la derecha del cañón del mismo lado, destrozó la guardera y mató diez hombres. Otro que también perforó la torre, rompiéndole los baos y desquiciando tres planchas de blindaje. Esta granada barrió por completo con los nuevos sirvientes de los cañones. Otra que penetró 1½ pulgadas y desquició una plancha, y un gran número de rasmilladuras causadas por los cascos.

Costado de babor. Frente a la torre, una en el canto del blindaje, que hizo explosión allí, matando varios hombres en la cubierta.

Torre de combate del Comandante. Dos balazos que la destrozaron por completo.

Falcas. Destruídas y retorcidas en gran parte.

Pañoles de timoneles a popa. Desaparecidos por completo.

Botes. No quedó ninguno. Los pescantes de un bote cortados.

A popa. Cuatro balazos que destruyeron otras tantas veces los guardines del timón. Estos mismos destrozaron completamente las cámaras del Comandante y oficiales. Seis baos de la Cámara del Comandante rotos.

Costado de estribor. Uno que penetró en el departamento de la máquina sin causar daño en ella, pero destrozando los camarotes de ingenieros.

En la cubierta. Uno frente a la chimenea, a estribor, a proa de la torre, que hizo grandes estragos en el interior del buque. Otro a proa del palo mayor, no penetró.

Como se ve, fueron terribles los efectos causados por los proyectiles de nuestros blindados, y algunos prisioneros confiesan que estaban muy lejos de figurarse tamaños destrozos. La granada Pallisier, que fue la que exclusivamente emplearon nuestros buques, ha confirmado con esto su ya terrible reputación.

Los tiros más notables por el efecto producido fueron uno que cortó como a cincel, en la caña, un cañón de a 12 Armstrong del lado de babor; el primero que dio en el reducto del Comandante y que perforándolo por babor en todo su espesor de tres pulgadas de blindaje, cinco de madera y un forro interior en forma de almohada para amortiguar el ruido de los disparos, tuvo todavía fuerza suficiente para arrancar por completo el lienzo de la pared del lado opuesto y echarla sobre la cubierta a algunos metros de distancia; y, por fin, uno de los dos que perforaron la torre de los cañones el que tuvo aún poder para romper la guardera del cañón y para haber ido a estallar en el lado opuesto de la torre.

El "Blanco Encalada" disparó durante el combate 28 tiros, todos con sus cañones de grueso calibre y empleando granadas Pallisier de acero enfriado.

El "Huáscar" alcanzó a hacer de 40 a 45 disparos con sus cañones de a 300, y unos 5 ó 6 con los de cubierta; fuera de los tiros de ametralladora y rifle, cuyo número no se ha podido calcular.

El "Cochrane" tiró 45 cañonazos con sus piezas de grueso calibre, 12 con los de a 20, 16 con los de a 7, y unos 1000 disparos de rifle.

....

Las averías sufridas por el "Cochrane" que fue el que sostuvo lo más recio y la mayor parte del combate, estuvieron muy lejos de llegar ni relativamente a la altura de las que sufrió el "Huáscar".

Una de las balas dio a popa de la batería y rebotó sin hacer daño.

Otra se llevó el pescante de la gata de babor.

Una tercera penetró por la aleta de estribor después de rebotar en el blindaje del reducto a babor; en su trayecto destruyó el cubichete de la cámara de oficiales, la botica, la camiseta del cubichete de la máquina, los mamparos y parte de la cantina del Comandante, y la puerta de a cámara de guardiamarinas; sin embargo, no hizo explosión, y como una curiosidad se guarda «vivita» en el «Cochrane».

Otra que produjo en el buque un daño más serio que las anteriores, fue la que dio en el costado de estribor, en el centro de la plancha superior del reducto. Dejó su forma estampada en ella y removió toda la plancha.

Otra bala dio más arriba del blindaje, a proa a estribor, se llevó la cocina, rompió un estallador y cayó después sobre la cubierta, donde hirió a algunos hombres.

Un sexto proyectil dio en la jarcia mayor, cortando un obenque y un cabo de maniobras; un séptimo dio en la jarcia de mesana a babor, cortando parte de la maniobra.

Los tiros de rifle y de ametralladora, perforaron algunos botes y el tubo de escape. La chimenea tiene 22 agujeros de rifle.

El "Blanco Encalada" no recibió el más leve rasguño durante todo el combate".

En cuanto a la "Unión", cumpliendo la orden del Almirante Grau, continuó al norte burlando la caza de la "O'Higgins" y del "Loa", que a pesar de haberla seguido hasta el atardecer y de haberle dirigido algunos proyectiles, no lograron su fines.

CONSIDERACIONES

La superioridad de la marina de guerra de Chile fue factor primordial de la victoria obtenida por este país.

Declarada por Chile, **de facto**, la guerra a Bolivia, aprovechando que esta república no disponía de los elementos navales necesarios para su defensa, el comando chileno procedió a la fácil ocupación del departamento de Atacama. La impracticabilidad de sus vías de comunicación no permitió a Bolivia enviar tropas importantes, en el supuesto de que las hubiera tenido, hacia el árido litoral abandonado que fue presa de quien disponía de mayores medios de movilidad. Esta primera fase de la guerra representaba para Chile, en realidad, el primer salto de su marcha al Perú; en conse-

cuencia, para dar apoyo firme a sus fuerzas estableció una base secundaria de operaciones en esa región y formó en el departamento invadido un centro de reunión, especie de "plaza de armas" en el campo estratégico, de donde podría hasta bifurcar la ofensiva sobre cualquiera de sus dos adversarios; quedaba desde el comienzo entre ambos, ocupando el territorio del enemigo para explotarlo y hacer la guerra a expensas de éste, al mismo tiempo que aproximaba sus masas a los objetivos que trataba de alcanzar.

No habiendo aún declarado la guerra al Perú no pudo impedir que éste, empleando barcos de transporte, instalara en el territorio fronterizo algunos núcleos de tropa que organizarían una primera resistencia con grave desmedro de la ejecución total del plan chileno. La superioridad de su marina permitía a Chile oponerse a que los peruanos efectuaran concentración alguna, pero esto sólo podía realizarlo después de la declaratoria de guerra, la que, por otra parte, le convenía retardar para instalarse en fuerzas en Atacama, a donde encaminaba, en esta primera fase todos sus medios de lucha.

La sin igual magnanimidad y el extraordinario humanitarismo del Gran Almirante del Pacífico, Grau, privaron al Perú de algunos éxitos que correspondían en este período de la lucha, si el célebre marino, cumpliendo con el marcial concepto de "actuar en la guerra como en la guerra", hubiera explotado con energía y dureza algunas ventajosas oportunidades que se le presentaron. En efecto, sin hacer fantasía o teoría utópica a **posteriori**, se pueden señalar algunas de las muchas posibilidades que desdeñó el héroe, intachable y caballeresco, que no quiso convenir en que: el espíritu de destrucción debe animar en la lucha a todo guerero; que ese espíritu es la esencia misma de la Guerra, dentro del que se debe disolver la propia personalidad con el objeto de servir mejor los intereses y finalidades de la Nación, que nos confía sus fuerzas para que las empleemos con la mayor latitud y rudamente, de manera inmisericorde *.

En el combate de Iquique, pudo aniquilar más prontamente a la corbeta "Esmeralda", dada la diferencia de medios de lucha, con el fin de prestar inmediato apoyo a la "Independencia" empeñada en la persecución de la "Covadonga", que se hubiera visto perdida frente a los dos blindados; para obtener tal resultado, debió espolonear desde el comienzo a la "Esmeralda" y, sobre todo, no perder tiempo en salvar a los náufragos de la corbeta. Pudo, en todo caso, después del desastre de la "Independencia", perseguir a fondo y hundir a la "Covadonga" que, con la maquinaria averiada y haciendo agua, sólo navegaba a cuatro y media millas por hora, según él mismo lo pudo apreciar.

El 9 de julio, en Iquique, el "Cousiño", era buque perdido si el Almirante no hubiera esperado para hundirlo que se salvaran los tripulantes, a los que notificó hidalgamente. Tenía tiempo, después, para espolonear a la "Magallanes", sin disparar sus cañones, a fin de no atraer al blindado enemigo que voltejeaba cerca de la costa.

El 25 de agosto, en Antofagasta, estando a tiro, no abrió el fuego porque el adversario no lo abrió primero, como él lo esperaba para iniciar el combate.

---

* Véase: Principio de la destrucción, en la Teoría General del Arte de la Guerra, Introducción de esta Obra, y el tercer parrafo del Capítulo Preliminar del presente volumen

En sus continuas visitas a Antofagasta ** debió destruir la maquinaria condensadora del agua y los tanques metálicos, elevados y muy vulnerables, de la misma instalación. Como este sistema mecánico constituía la única fuente, en veinte leguas a la redonda, de ese inapreciable elemento de vida, las tropas chilenas que de él dependían, exclusivamente, en número de 10.000 hombres, tal vez hubieran perecido de sed antes de que fuera posible organizar y realizar el transporte marítimo de las cantidades necesarias para tan considerable efectivo.

En fin, muchas presas escaparon no por la imposibilidad de hacerlas; tales, entre otras, la del "Cousiño" que esperaba en alta mar a los blindados chilenos cuando éstos volvían de su fracasada empresa al Callao, para proporcionarles el carbón indispensable para continuar la navegación, después de haber consumido casi todo su combustible. La del "La Mar", que encontró saliendo de Antofagasta, al ir al sur a buscar al "Cochrane"; y, la del "Itata" y el "Rímac", que dejó escapar en su primera visita a ese puerto.

El héroe, bravo cual ninguno, osado y de valor temerario, no comprendía otra guerra que la que puede hacerse noblemente, a pecho descubierto, con medios iguales, y previa provocación del adversario, como en las ya entonces anacrónicas justas medioevales. Las presas ligeras eran para él, por indefensas, desdeñables; las represalias, a su juicio, significaban la reedición de lo que hacía el enemigo, que él procuraba evitar para no merecer, personalmente, el título que se daba a los que no rehusaban medio alguno para hacer daño. Sin embargo, ya había pasado, y los chilenos así lo comprendían, la época famosa del "tirad primero, caballeros" de la Batalla de Fontenoy.

Conviene tener muy presentes las enseñanzas que se desprenden de estos hechos, sustentados en las expresiones de la época y en los documentos más fehacientes, muchos de ellos redactados y firmados por el mismo paradigmático y epónimo héroe nacional.

Tan luego como el Perú se halló envuelto en la lucha, Chile juzgó que era necesario aniquilar a los pocos elementos de la Marina Peruana, para impedir que sirviera a la concentración aliada en Tarapacá y provincias vecinas, procurando al mismo tiempo cortar las comunicaciones a los elementos que ya se hallaban en esas regiones.

Empeñándose resueltamente en esa tarea se impediría, además, la prosecución de las hazañas de Grau que con claro concepto de la debilidad de sus barcos empleaba gran audacia en el desempeño de sus misiones, obteniendo triunfos y éxitos sonados que rebajaban enormemente la moral del adversario y desgastaban su poder material. La necesidad de hacer actuar eficazmente a las fuerzas navales primaba en este período a cualquier otra consideración, y todo fue dejado de lado por el comando chileno para buscar e inutilizar a las débiles y osadas naves del Perú. Por otra parte, el temor de perder la línea de comunicaciones del ejército que ocupaba Atacama y el riesgo que corrían los barcos chilenos, amenazados continuamente en sus propias bases, hizo que éstos se manifestaran demasiado prudentes en las operaciones que emprendían,

** 26 y 27 de mayo, 18 de julio, 25 y 28 de agosto, 7 de octubre en la noche.

siendo así que debieron, por el contrario, ensanchar cada vez más su zona de acción para preparar las operaciones subsiguientes.

Resueltos los marinos chilenos a encontrar a los barcos del Perú, nada fue más sencillo que hallarlos, ya que Grau recorría incesantemente las aguas del Pacífico sur y se aventuraba, gracias al temple moral de las tripulaciones a sus órdenes, hasta los mismos puertos chilenos que inspeccionaba y bombardeaba. En acecho sobre la ruta de las naves peruanas, la destrucción de éstas era segura dado el inmenso poder de los blindados de Chile.

Como quiera que el 8 de octubre de 1879 el único blindado peruano caía en poder de los numerosos y potenes barcos que formaban la escuadra de Chile, el camino quedó expedito para el invasor; sólo le hacía falta lanzarse sobre las tropas peruanas de guarnición en nuestro litoral del Sur, que habían quedado realmente aisladas desde que les faltó el enlace y apoyo que durante largos meses le proporcionaba la habilidad y coraje de nuestros hombres de mar. Contando con la más absoluta superioridad naval, se abría ante el invasor la mejor y más ancha ruta.

En los hostiles e inciertos caminos que corren a lo largo del litoral peruano, un ejército de efectivo considerable está condenado a perecer por la fatiga y por la falta de recursos si quiere marchar con sus fuerzas reunidas, en potencia, para emprender cualquier operación; en el caso, poco probable en estas condiciones, de que ese ejército llegue al contacto con el adversario que ocupara uno cualquiera de los valles transversales de la costa, se presentará agotado delante de él y virtualmente sin líneas de comunicación disponibles, porque no podrá regresar por los caminos que ha seguido, quedando frente a una azarosa disyuntiva: la victoria para ocupar el terreno favorable que trata de conservar su adversario, o la rendición o dispersión de las propias tropas; a pesar de que en estas circunstancias el enemigo no está a su espalda, su situación será tan crítica como si tal sucediera, porque no podrá disponer de otros recursos que los que aquel le quiera ceder. Un atacante previsor podría organizar bases intermedias en el desierto, acumulando en ellas los elementos necesarios; pero, esta ímproba tarea dará lugar a que la preparación de la marcha demande una larga detención, que el enemigo puede aprovechar precisamente para destruir esas bases, que estarán débilmente custodiadas.

Los dilatados arenales que separan los lugares habitados o habitables de la costa, constituyen el mejor obstáculo que puede presentarse a un ejército y estas "zonas muertas" no pueden salvarse fácilmente sino por la vía marítima, que favorece el movimiento de cualquier tropa. Esta vía constituye, por otra parte, la mejor línea de "enroque" para desplazar las tropas de un extremo a otro del dispositivo.

Por consiguiente, disponiendo de la iniciativa de las operaciones, gracias a sus medios de movilidad, la tarea que debía realizar el ejército chileno era muy simple; se trataba de pisar el territorio enemigo en un punto escogido libremente para abordar a los defensores en condiciones favorables. Lo más lógico era establecerse entre los distintos agrupamientos adversos que ocupaban el litoral y avanzar después, sucesivamente, sobre uno y otro. Para dar cumplimiento a este plan se presentaban dos soluciones, a saber: realizar

un desembarco pacífico y sin riesgo alguno en una caleta falta de recursos y por consiguiente desguarnecida o efectuar un golpe de mano contra uno de los puertos custodiados. Los chilenos optaron por la segunda solución, a fin de hallar recursos desde el primer momento y no recargar la tarea de la escuadra que debía ser empleada, preferentemente, para conducir las demás tropas y no sólo víveres y agua, como hubiera sucedido en el primer caso.

Establecidos los chilenos en el litoral peruano emplearían su marina en desempeñar las mismas misiones que durante la ocupación de Atacama; acumulando elementos de guerra en la nueva zona de reunión.

En efecto, las tareas de concentración y abastecimiento de las tropas fueron realizadas en completa calma hasta que lograron organizarse sólidamente en el territorio invadido, sin perjuicio de que sus barcos hicieran algunas incursiones sea contra los débiles elementos navales que le quedaban al Perú, sea para bombardear y hostilizar puertos indefensos.

Y como quiera que el éxito final de la campaña de Tarapacá, emprendida en condiciones de abrumadora superioridad sobre nosotros, correspondiera a los chilenos, trasladaron éstos sus bases al norte del ejército aliado de Tacna para realizar idéntica maniobra, colocándose sobre su larga línea de comunicaciones y cortando unos de otros a los principales agrupamientos de tropas peruanas.

En el estudio de las campañas de Tarapacá y Tacna, idénticas en la conducción estratégica, se observa la falta de espíritu ofensivo y resolución del comando chileno, que parece no darse cuenta de las enormes ventajas que le proporciona su marina.

Para emprender la campaña de Tarapacá éste ordena el desembarco en Pisagua, puerto igualmente alejado de los agrupamientos de Prado y de Buendía, sin considerar la conveniencia de aproximarse más a uno cualquiera de ellos para estar en aptitud de batirlo con todas las fuerzas, sin temor a que el otro agrupamiento acudiera en su auxilio. Luego que el desembarco se realiza, el comando chileno, sin seguir el orden lógico de la operación, esperará que el enemigo ataque, a pesar de que tiene todas sus tropas concentradas y que, no habiendo realizado desplazamiento alguno, éstas se hallan descansadas; sólo la inexplicable conducta de Daza salvará al comando chileno de este desacierto.

Para iniciar la campaña de Tacna, el ejército chileno desembarcará en Ilo, puerto muy alejado de los núcleos aliados de Arequipa y Tacna, perdiendo tiempo en organizar la marcha al sur y despreciando las ventajas que obtuvo por la sorpresa estratégica; hubiera podido ahorrar a sus tropas las largas jornadas de Moquegua-Ilo sobre Locumba y Sama, arribando, desde el comienzo de la campaña, a la caleta de este último valle.

El bloqueo de Arica y la cooperación de la escuadra a la toma de la plaza, da fin a la acción de la marina en ese período. Más tarde, la expedición de Lynch, que arruina los pueblos del litoral, aniquilará el comercio peruano, barriendo los mares de barcos mercantes y destruyendo lo que halla a su paso por la costa.

A pesar de los éxitos obtenidos por los chilenos desde Atacama a Tacna y Arica, no pueden dar su obra por consumada; pues, como aún existen tropas peruanas organizadas que están obligadas a

permanecer en Lima, cerca de sus centros de movilización, con la intención de impedir la ocupación de la Capital, el invasor se verá obligado a batir estos últimos elementos que presentan una resistencia seria y que constituyen un obstáculo para la paz que piensa imponer.

Dispondrá Chile, en consecuencia, lo necesario para esta nueva campaña y la marina comenzará en seguida a desempeñar su papel. El transporte de tropas hacia los nuevos campos de lucha comenzará a realizarse, sin que los peruanos puedan impedirlo ni oponerse al cambio de teatro de operaciones.

Nuevamente, el comando chileno da muestras de su impericia ordenando un desembarco parcial demasiado lejano con respecto a las tropas que quiere atacar; luego de cubrir con parte de su ejército largas jornadas y después de algunos tanteos, su escuadra entrará otra vez en actividad cañoneando impúnemente las líneas defensivas de San Juan y Miraflores.

Y, luego que Chile obtiene la victoria sobre los últimos soldados regulares, una vez dueño de la Capital del Perú, realizará una verdadera inundación de tropas chilenas en el litoral peruano, desde donde avanzará al interior, merced a la propicia vía que le brinda el mar, en el que no tiene opositores.

Tal es en grandes líneas el importante rol que juega la marina chilena en la Guerra del Pacífico. Tras corta y violenta campaña marítima, que culminó el 8 de octubre de 1879, el invasor dispuso del litoral peruano, verdadera frontera y puerta de acceso al territorio, que asaltó donde lo requirieron sus intereses de guerra y donde convino a la conducción general de las operaciones.

CAPITULO III

CAMPAÑA DE TARAPACA

1879

CONDICIONES GENERALES DE SU DESARROLLO

El teatro de operaciones.- Demarcación.- Relieve.- Hidrografía.- Clima.- Naturaleza del suelo y recursos. Vías de comunicación.

Los ejércitos beligerantes.- Concentración aliada en Iquique-Tacna.- Concentración chilena en Antofagasta.- Efectivos totales de las fuerzas beligerantes.- Los medios materiales: organización, instrucción, armamento, vestuario y equipo, servicios, adquisiciones.

Planes de operaciones.- Dispositivo de los aliados en Tarapacá.- Reconocimiento y combate de Quillagua.- Disposiciones de los chilenos para la ocupación de Atacama.

EL TEATRO DE OPERACIONES

* El departamento de Tarapacá, primer teatro de operaciones escogido por Chile para la lucha terrestre contra el Perú, fue invadido a fines de 1879, como lo fuera Atacama en los meses anteriores; pero esta vez los chilenos debieron batirse contra el ejército aliado que lo ocupaba, apercibido para la defensa.

DEMARCACION

El departamento peruano de Tarapacá estaba comprendido entre los 18° 56' de latitud sur, que es el paralelo tangente, en el pueblo de Pachica, al arco que forma la quebrada y río de Camarones, y los 21° 38' de la misma latitud, paralelo del pueblo de Quillagua, el más austral del departamento, sobre el curso inferior del Loa. Y entre los 68° 25' 30" longitud O. de Greenwich, en el cerro Salitral, a 3775 metros sobre el nivel del mar, y los 70° 18' en Punta Gorda, inmediatamente al sur de la boca del río Camarones.

---

* Croquis Nº 4.

El litoral del departamento se alarga desde los 19° 12', donde desemboca el río Camarones en la caleta de su nombre, hasta los 21° 28' 30", que es el paralelo que pasa por la boca del Loa.

Tarapacá se extiende 242 kilómetros de norte a sur y 228 de este a oeste, lo que da una superficie total de 55.176 kilómetros cuadrados.

Siguiendo de oriente a occidente, la línea de demarcación provincial por el norte, que separa Tarapacá del departamento de Tacna, parte de los macizos de Guaiguasi y Pumire en la cordillera de los Andes, sigue por el río Curitaya, que nace en ese lugar, y continúa hasta el mar por el río y quebrada de Camarones. Los principales afluentes de estos ríos son: El Mulluri, el Tamaruguirre y el Ajatama.

La quebrada de Camarones es muy estrecha y encajonada, presentando algunos ensanchamientos, cuyo mayor ancho no pasa de 600 metros, donde se encuentran escasos pastales. Ascendiendo por ella, desde la caleta de Camarones hacia el interior, la primera población que se encuentra es la de Cuya, donde desaparece por evaporación, durante la mayor parte del año, el escaso caudal de aguas que trae el río; después de Cuya se encuentran los pastales de Chupicilca, Cunanocsa y Camarones. La quebrada de Camarones, propiamente dicha, termina en la hacienda Taltate, encontrándose después, más arriba, los pastales de Huancarane, Cochisa, Pachica, Esquiña y Arepunta. En este último lugar confluyen los ríos Ajatama y Caritaya, que vienen del nordeste y sudeste, respectivamente, y que forman el Camarones. Los chilenos hacen seguir el actual límite del departamento por el Ajatama, que es el afluente más boreal del Camarones, para extenderlo lo más al norte posible, tomando de esta manera una gran porción de territorio del departamento de Tacna, hasta el salar de Surire o Chilcaya inclusive, que habrían hecho quedar en su poder en caso de que se hubiera realizado la devolución al Perú del territorio de Tacna, conforme al tratado de Ancón, hoy cancelado. De Arepunta, siguiendo por el Caritaya, se encuentra la laguna de Parinacota y después varios pequeños ríos desprendidos de las cimas de los cerros Guaiguasi y Pumire.

La línea de demarcación por el sur, que separa Tarapacá del departamento boliviano de Atacama; sigue, de oeste a este, el río Loa desde su desembocadura en el mar hasta el poblado de Quillagua, no existiendo en este tramo de su curso sino la aldea de Calate. De Quillagua, a 21° 38' de latitud sur, la línea de demarcación continúa por una recta que cruza el desierto y une la citada población con el volcán Miño, a 21° 10', después de cruzar al Loa en sus orígenes, cerca del pueblo de Miño; del volcán, la línea se inclina al nordeste para alcanzar el cerro Alconcha, a 4775 metros de altitud, en la cadena principal de los Andes.

Por el este, el departamento limita con las provincias de Lípez y Carangas de la República de Bolivia, separándolo de ellas una línea quebrada que, partiendo de cerro Alconcha, sigue por las alturas de Michincha, Olca a 5240 metros, Copa, Carcanales, Piga, Cueva Colorada a 4070 metros, Alto de Punantalla, cerro Salitral, Tres Cruces, Lliscalla hasta la pampa de Parajalla a 4250 metros de altitud, al este del macizo del Pumire.

RELIEVE

El departamento de Tarapacá, a diferencia del resto del litoral peruano, presenta zonas bien caracterizadas que se extienden paralelamente al mar. Esta configuración se debe a la existencia del desierto del Tamarugal que separa la cadena de la costa, llamada también cordillera marítima, del gran sistema de los Andes. El aspecto general de su relieve se puede comparar a una ciclópea gradería que ascendiera de oeste a este, del océano Pacífico al Alitplano boliviano.

Del nivel de las aguas del mar se empinan bruscamente las alturas de la cadena de la costa, que son de fuerte pendiente y que dejan al pie una estrecha banda de tierra en glacis, que le sirve de estribo, constituyendo el primer escalón del relieve. La formación de esta playa se debe a la erosión de las alturas que la dominan, que se ofrecen a la vista redondeadas por la acción de los agentes atmosféricos, y que han formado en la orilla misma del mar un angosto malecón de materiales de acarreo.

En algunos puntos se corta la cadena de la costa, perpendicularmente a su desarrollo, para dejar paso hacia el mar a profundas quebradas acantiladas, traza de importantes corrientes de agua que en épocas remotas se vertían al oceáano.

La altitud media de la cadena de la costa es de 1000 metros, sobresaliendo de este promedio los cerros de Ajataña, al sur de Camarones, que tienen 1575 metros de altitud; el morro de Pisagua de 1080 metros; el morro de Tarapacá, a 20 kilómetros al sur de Iquique, con 1933 metros sobre el nivel del mar; la montaña de Carrasco de la serranía de Oyarbide con cerca de 2000 metros, y el cerro Chipana, cerca de la bahía y punta de ese nombre, de 1285 metros de altitud.

Después de escalar las pendientes abruptas de la cadena que hace frente al mar, se presenta un sistema de ondulaciones que forman su meseta superior y que llevan, por entre un laberinto de cerrilladas de suave pendiente, al desierto del Tamarugal con el que se unen por una sucesión de pampas y depresiones de escaso declive.

Este plano superior o meseta de la cadena de la costa tiene alrededor de 30 kilómetros de ancho, medidos de este a oeste, y se une con el desierto del Tamarugal, que contamos como el segundo escalón del relieve.

La pampa o desierto del Tamarugal * se extiende de norte a sur del departamento formando una extensa zona muerta, arenosa, que separa las ondulaciones del plano superior de la cadena de la costa, ya citadas ,en cuyo borde tiene 1030 metros de altitud, de las primeras estribaciones de los Andes, las que alcanzan en plano inclinado con 1230 metros. El ancho medio del desierto es de 50 kilómetros.

Luego de cruzar la pampa del Tamarugal se llega al pie de los primeros contrafuertes de los Andes, de donde, si se continúa ascendiendo por este tercer escalón, se alcanzan las mesetas elevadas que forman parte del macizo andino de Bolivia. Esta es la región más

* Llamada así por la presencia de aisladas plantas espinosas conocidas con el nombre de "tamarugos".

ancha del sistema general de los Andes, medida de este a oeste, perteneciendo sus vertientes occidentales, por completo, y su plano superior, en parte muy estrecha, al departamento de Tarapacá y formando el resto la enorme y elevada extensión del Altiplano boliviano.

HIDROGRAFIA

Desde las cumbres más elevadas de los Andes se desprenden corrientes de agua de escaso caudal, formadas por el deshielo y las lluvias, las que, despeñándose por la vertiente occidental del macizo andino, forman ríos periódicos que siguen las tortuosas vaguadas del flanco de la montaña y favorecen el cultivo de pastos, legumbres y algunos árboles frutales en los estrechos y encajonados valles del pie de las pendientes.

Al llegar estos ríos a la pampa del Tamarugal pierden sus aguas por infiltración en las arenas del desierto y desaparecen por completo. Pero, en edades pretéritas, esos cursos de agua han sido caudalosos como lo evidencian las profundas quebradas que, cortando la pampa y la cadena de la costa, llegan hasta el mar.

Los principales ríos, así formados, son:

El Camarones, que vierte sus aguas al mar en determinados períodos del año y cuyo recorrido ya indicamos al hablar de las líneas de demarcación. La profundidad media de la quebrada por la que corre es de 500 a 600 metros, lo que hace necesario emplear más de una hora a caballo para descender al fondo, viniendo del norte, y dos horas para subir sus laderas meridionales.

El Loa, que en la mayor parte de su recorrido pertenece al departamento de Atacama, corresponde a Tarapacá sólo en el último tramo de su curso que sigue sensiblemente al noroeste desde Quillagua a Calate, para tomar al oeste desde Calate al mar.

Las principales quebradas que se abren en el litoral, por las que corren riachuelos periódicos, cruzando el desierto y la cadena de la costa son, de norte a sur, la de Chiza que es la más importante y que se une a la de Camarones al oeste del pueblo de Cuya, 15 kilómetros antes de llegar al mar y la de Tana o Camiña, que tiene sus orígenes junto con la de Tiliviche o Paucata de la que se separa en las estribaciones de los Andes para reunirse nuevamente en Saya, a 18 kilómetros al noroeste de Pisagua. No llegan al litoral, pero tienen cierta importancia las quebradas de Soga, Aroma, Tarapacá y Pica; siendo, las dos últimas, las mejor cultivadas.

Los ríos que hemos citado, poco numerosos y de escaso caudal, no tienen la importancia de las corrientes de agua del subsuelo de esta región, que le dan características singulares. Los materiales salinos que cubren el territorio de Tarapacá en casi toda su extensión, han llegado a las regiones de la cosa acarreados por estas corrientes subterráneas que, habiendo lavado el subsuelo en su largo trayecto, han dejado sedimentos en las hondonadas y depresiones del terreno constituyendo así los mantos de "caliche" y los "salares", o sean esas vastas superficies en que se han acumulado variadas materias salinas, como el nitro, la sal común, el sulfato de soda, el bórax y otras.

El origen de estas corrientes subterráneas, que permite encontrar agua en todo el subsuelo de Tarapacá a profundidades variables entre 30 centímetros y 100 metros máximum, puede explicarse por la filtración de las aguas del lago y ciénaga de Coipasa que se extiende en Bolivia.

La teoría de estas abundantes filtraciones parece ser la siguiente: el lago Titicaca, cuya enorme masa líquida se vierte hacia Oruro por el río Desaguadero, forma el Lago Poopó, que desagua a su vez por el río Llaca Huira en el lago salino de Coipasa, a 3685 metros sobre el nivel del mar. El lago Coipasa queda empozado en las altas planicies de los Andes y es continuamente aumentado por el río Llaca Huira y otros como el Lauca, Saboya, Barras y Corque. Sin embargo, sus aguas no desbordan, sin que la evaporación por el calor del sol correspondía a la pérdida de su masa líquida: inmediatamente al sur de las ciénagas se presentan los primeros salares que, con los nombres de Coipasa, Uyuni, a 3720 metros de altitud, tienen 120 kilómetros de extensión de norte a sur y se prolongan, más al sur, por los salares Chiguana, Carcote y Ascotán; estos extensos mantos se hallan separados unos de otros por montañas elevadas, que los interrumpen aparentemente, reapareciendo al otro lado de los contrafuertes lo que indica que han filtrado bajo esos macizos.

Sobre las planicies andinas, después de cruzar grandes extensiones de terreno de origen eruptivo, vuelven a aparecer los salares como filtraciones de los grandes mantos bolivianos ya citados, llegando como el de Lípez o del Huasco a tener 3700 metros de altitud sobre el nivel del mar. La naturaleza de las materias sedimentarias de estos lagos, ciénagas y salares es casi análoga, químicamente, a la de los salares de Tarapacá que se encuentran detenidos, después de filtrarse por el Tamarugal, en los contrafuertes del plano superior de la cadena de la costa. Parece que el salitre o nitro, que se explota en estas regiones, fuera un sedimento del mismo origen acumulado en largos años.

La existencia de agua en el subsuelo y la similitud de las materias sedimentarias que aparecen a uno y otro lado de los Andes hace creer, pues, que el sistema andino es permeable en esa región y que la filtración permanente de las aguas salinas de Coipasa ha formado los salares, ha dado nacimiento al "caliche" y permite la corriente subterránea de aguas potables, cuya existencia, dada la carencia de lluvias y el alejamiento de toda masa de agua dulce, no puede ser explicada de otra manera.

CLIMA

Teniendo en cuenta las diferencias de altitud del territorio de Tarapacá, se pueden considerar tres climas distintos en el departamento.

En el litoral el clima es benigno, caracterizado por la humedad de la atmósfera proveniente de la evaporación de las aguas del mar que dan lugar a espesas neblinas, conocidas con el nombre de "camanchacas", las que se detienen ante los farallones de la costa donde se posan o "duermen", como dicen los naturales de esa región, por largos meses. Estas nubes bajas se resuelven a veces en fina garúa que humedece la tierra y favorece el crecimiento de una vegeta-

ción baja, especie de musgo. Durante el verano el cielo se despeja en las regiones del litoral, pero esto sucede sólo durante algunos días de la estación.

La temperatura media es de 18° centígrados, atenuada por la corriente fría de Humboldt o Peruana, cuya temperatura es de 12° en este tramo de su largo recorrido de sur a norte.

En el plano superior de la cadena de la costa y en el desierto del Tamarugal, se presentan también las camanchacas producidas por los vientos fríos que soplan del este y que, desalojando las capas de aire calentadas por la radiación de la arena, hacen que ésta condense el vapor de agua que contiene; la acción del viento traslada estas nieblas a las cerilladas de la región salitrera, en el plano superior de la cadena de la costa, donde "descansan" o "duermen" a veces por largas semanas.

En el desierto el aire es seco y pasan muchos años sin que caiga una gota de agua; las precipitaciones que se producen son locales y se presentan tan de tiempo en tiempo, que la altura de las aguas de lluvia se calcula anualmente, para la enorme superficie del terreno, en fraciones de milímetro.

La temperatura es en el desierto muy variable, salta bruscamente de 40° a 0° centígrados: el aire, seco, no atempera los rayos solares que alcanzan el suelo con toda intensidad, calentándolo mucho y haciendo que las arenas lleguen a alta temperatura; pero en la tarde, cuando el sol declina, la arena, que es mala conductora del calor, se enfría rápidamente y el termómetro comienza a descender con brusquedad, hasta que en la noche marca 0°, para subir nuevamente tan luego como sale el sol.

En los Andes y sus contrafuertes el clima es templado en las quebradas y valles estrechos de su base, como en Tarapacá y en Pica.

A medida que se asciende por los flancos del macizo, la temperatura baja hasta llegar a una media de 12° centígrados a 3000 metros de altitud.

En la región andina hay frecuentes tempestades que se resuelven en chubascos, nevadas, granizo, etc., dando origen a las "torrenteras" que riegan el pie del macizo.

Por lo demás, en nada difieren las características generales de la región andina de Tarapacá de las que corresponden a las altas cumbres de todo el sistema.

NATURALEZA DEL SUELO Y RECURSOS

La cadena de la costa está formada por rocas estratificadas y eruptivas; redondeada por la erosión, se halla cubierta de arena y de fragmentos de roca de pequeño volumen y bordes cortantes.

En el desierto los cambios bruscos de temperatura han despedazado las rocas, haciendo que, además de la arena profunda que lo cubre, se encuentre en su superficie un ripio de filudas aristas que dificulta la marcha.

En el linde entre las zonas citadas se encuentran los salares y los mantos de caliche, cuya explotación deja escorias rocallosas y abre zanjas y pozos más o menos profundos, según el espesor de

capa que se haya trabajado. A este amontonamiento de materiales, que llegan a formar verdaderas colinas, se unen las hondonadas y las líneas de pequeñas elevaciones naturales, que dan a la región características singulares.

En el desierto, como en la cadena de la costa, se presentan varias quebradas secas, verdaderos cortes que alcanzan a veces 200 y más metros de profundidad y cuyo piso es pedregoso, con laderas o vertientes rocallosas.

Los contrafuertes de la cordillera de los Andes, sus laderas y la planicie superior son desoladas e inhospitalarias. En las cumbres más elevadas se forman nevados durante la mayor parte del año, dificultando el pasaje al Altiplano.

Puede decirse que no existen recursos de vida en el departamento de Tarapacá, si se tiene en cuenta su enorme extensión y la exigüidad de los cultivos que se ofrecen al viajero en las quebradillas de los contrafuertes andinos.

La falta de agua corriente en el litoral y en el desierto es absoluta y sólo puede hallársela cavando el terreno para captarla en el subsuelo. En el pie de los Andes las aguas del deshielo forman pequeños oasis, en los que, aparte de algunos pastales, la vegetación alimenticia es limitada.

VIALIDAD

Las vías de comunicación del departamento de Tarapacá pueden agruparse, desde el punto de vista geográfico, en dos secciones: vías longitudinales y de penetración; por su naturaleza pueden dividirse en terrestres y férreas. Las vías marítimas, que son las que dan acceso al departamento, tienen gran importancia, dada la enorme longitud del litoral, a pesar de que sólo tocan en las cabeceras de las vías de penetración, o sea en los puertos.

La vialidad del departamento ha crecido ahora enormemente, con las necesidades de la explotación y exportación del salitre y otros productos y subproductos, así como en razón directa de la riqueza que ellos producen. Las vías férreas han alargado su recorrido y se han construído muchos kilómetros más de los que existían a la iniciación de la guerra que estudiamos.

En 1879 los principales caminos longitudinales eran los dos que unían entre sí los puertos y caletas de la costa y un tercero que, siguiendo por el pie de los Andes, servía para el escaso comercio entre los pueblos de esa región.

Los puertos y caletas del litoral se enlazaban directamente por un camino difícil y falto de recursos, que carecía por completo de agua potable. Este camino, llamado de la costa, bordeaba el litoral por la cima de la cadena marítima cruzando grandes espacios desiertos; de norte a sur seguía el siguiente itinerario:

Cuya, en la quebrada de Camarones, a Pisagua	Kms.	91,8
Pisagua a Junín	„	17,5
Junín a Mejillones del Perú	„	27,5
Mejillones a Caleta Buena	„	15.
Caleta Buena a Iquique	„	35.
Iquique al Molle	„	10.

El Molle a Chucumata ...	„	32.
Chucumata a Patillos ...	„	29.
Patillos a Pabellón de Pica ...	„	23.
Pabellón de Pica a Guanillos ...	„	40.
Guanillos a Boca del Loa ...	„	30.

El camino que unía los puertos del litoral por las laderas orientales de la cadena de la costa, bordeando casi la pampa del Tamarugal, que era llamado **camino del interior,** presentaba más recursos y, sobre todo, a lo largo de su eje se hallaban los pozos de agua potable de las "oficinas" salitreras. Por este lado se habían construído algunos ramales de vía férrea, que unían los puntos de explotación de salitre con los puertos de la costa. El itinerario de este camino era el siguiente:

De Alto de Camarones a Chiza ...	Kms.	22,5
Chiza a Tana ...	„	40.
Tana a Tiliviche ...	„	12.
De Alto de Camarones a Suca ...	„	18.
Suca, por Corza, a Tiliviche ...	„	42,8
De Tiliviche a Jazpampa ...	„	10.
Jazpampa a Zapiga ...	„	8.
Zapiga a Dolores ...	„	3,2
Dolores a Santa Catalina ...	„	8.
Santa Catalina a Negreiros ...	„	17.
Negreiros a Pozo Ramírez ...	„	25,4
Pozo Ramírez a Pozo Almonte ...	„	29.
Pozo Almonte a La Noria ...	„	20.
La Noria, por Pampa Hermosa y el Alto de Buenaventura, a Lagunas ...	„	84.
Lagunas a Soledad ...	„	46.
Soledad a Quillagua ...	„	41.

El camino que cruza las quebradas del pie de los Andes, llamado de la **sierra**, tiene el siguiente itinerario:

Esquiña, en la quebrada de Camarones, a Nama	Kms.	26
Nama a Camiña ...	„	30.
Camiña a Soga ...	„	23.
Soga a Jaiña ...	„	16.
Jaiña a Zipiza ...	„	17.
Zipiza a Pachica ...	„	37.
Pachica a Tarapacá ...	„	19.
Tarapacá a Mamiña ...	„	39.
Mamiña a Pica ...	„	41.
Pica a Tamentica, en la quebrada de Guatacondo ...	„	68.
De la quebrada de Guatacondo, por Pintados y Sipuca, a Quillagua ...	„	90.

Los **caminos de penetración** son los que desde la costa y las oficinas salitreras cruzan el Tamarugal por las borrosas huellas del desierto; cualquiera de ellos recorre 50 kilómetros de arenal, en el que no se encuentran recursos de ninguna clase, especialmente agua, que se hace necesaria por el ardiente calor que sufre el viajero durante el día.

Depués de cruzar el Tamarugal, estos caminos conducen a las fértiles quebradillas de los Andes, de donde siguen hacia el Altiplano, sea por las líneas de vaguada, sea por verdaderas cornizas en ladera. Los pasos principales de la cadena de los Andes, que permiten escalar el Altiplano, se encuentra en los cuellos o abras de:

Tolahuaira y Parinacota, que llevan de Isluga a Oruro;
Sitana y Challa, que llevan de Tarapacá a Oruro y Potosí, respectivamente;
Huasco, que permite pasar de Pica a la provincia de Lípez;
Remedios, que lleva de Tamentica a San Cristóbal de Lípez;
Los itinerarios de los principales caminos de penetración son los siguientes:

Pisagua, por Tiliviche, a Quimpaza	Kms.	107.
Quimpaza a Camiña	,,	39.
Camiña por Berenguela, Latarana a Isluga ..	,,	103.
Iquique a Tarapacá por Guantajaya y la pampa de Isluga	,,	97.
Tarapacá a Chusmiza	,,	69.
Chusmiza a Chicura	,,	56.
Chicura a Sabaya, sobre el río Sitana	,,	66.
Tarapacá a Pachica	,,	19.
Pachica a Poroma	,,	50.
Poroma a Lirima	,,	49.
Lirima a Challa	,,	72.
Iquique a Pica por Guantajaya, La Tirana ..	,,	113.
Pica al Salar del Huasco	,,	77.
Salar del Huasco a Paso del Huasco	,,	37.
Tamentica a Guatacondo	,,	24.
Guatacondo a Remedios	,,	34.
Remedios a Quintos, en la frontera	,,	40.

Existían, además, otros caminos que pueden llamarse **transversales**, que unían los longitudinales con los de penetración, en cortos tramos, sin tener la profundidad de estos últimos, tales como los de:

Pisagua a Jazpampa	Kms.	30
Iquique a Negreiros	,,	50.
Patillos a La Noria	,,	70.
Patillos a La Gloria	,,	35.
Iquique a La Noria	,,	50.
Caleta Buena a Agua Santa	,,	30.

Consignaremos finalmente que la distancia que separa el tambo de Camarones, en la quebrada de su nombre, del puerto de Arica, es de 96 kilómetros por el camino a Chaca y de 120 por Codpa.

Las **vías férreas** en explotación en el departamento de Tarapacá, al iniciarse la campaña, eran las siguientes:

Pisagua, por Jazpampa, a Agua Santa	Kms.	73.
Iquique, por La Noria, a Pozo Almonte	„	70,9
Patillos a Lagunas	„	85.

El camino que unía los dos terminales de las líneas de Iquique y de Pisagua, es decir, el tramo sin ferrovía entre Agua Santa y Pozo Almonte, era de 57 kilómetros.

La distancia en **millas marítimas** que separa los puertos y principales caletas de la costa es como sigue:

Arica	a Pisagua	72	millas
	Pisagua a Junín	8	„
	Junín a Mejillones	10	„
	Mejillones a Caleta Buena	9	„
	Caleta Buena a Iquique	20	„
Pisagua	a Iquique	47	„
	Iquique a Patillos	30	„
	Patillos a Guanillos	36	„
	Guanillos a Boca del Loa	14	„
Iquique	a Antofagasta	227	„

LOS EJERCITOS BELIGERANTES

Cuando la contienda parecía inevitable en febrero de 1879, al producirse la ocupación sorpresiva de Atacama por los chilenos, las fuerzas de los países beligerantes eran enormemente desproporcionadas, tanto en su organización y medios materiales como en la eficiencia de su preparación para la guerra.

El Ejército Peruano carecía de muchas de las condiciones necesarias para obtener la victoria, aunque no le faltaban absolutamente, desde luego, jefes heroicos, sublimes, abnegados, conscientes del sacrificio que la patria les demandaba.

Pero, el sostén de los derechos de un pueblo no deben confiarse exclusivamente a las virtudes de los hombres que lo forman, ni a las cualidades de la raza, por magníficas que éstas sean. Es indispensable dar al soldado que va a la lucha los medios que necesita para imponer su voluntad al adversario, a fin de que pueda recoger el beneficio que debe producirle su esfuerzo, su valor y su constancia.

Jamás la justicia de la causa, ni los ideales, por puros y elevados que sean, han dado el triunfo a ejército alguno; una y otros han debido apoyarse, siempre, en la potencia de las armas, en la inteligencia de las combinaciones del mando y en una cuidadosa previsión y preparación de las fuerzas morales y materiales con que las tropas se presentan en el campo de la lucha.

Crisis parecida a la que atravesaba la marina de guerra peruana, como ya se ha visto, afligía al ejército. Las contingencias de la

política interna, los continuos levantamientos de tropas y los repetidos motines de cuartel, habían hecho considerar al instituto armado como un peligro permanente, contra el que los gobiernos creían indispensable luchar a fin de conservar el orden y cimentar la paz interna con frecuencia quebrantada.

Esta continua discrepancia y constante oposición entre el poder público y el ejército, redundó forzosamente en el debilitamiento de este último, que se vio desarmado y sin la capacidad suficiente para cumplir su rol en los conflictos internacionales. Por otra parte, la intromisión del ejército en la política del país produjo divisiones entre sus elementos constitutivos, dando lugar a que cada gobernante llegara al mando con grupos de tropa adictos a su banderia, que formaban por decirlo así un ejército particular, en el que no se reconocía más mérito que la lealtad incondicional para con el jefe del partido, quien mantenía esta tendencia haciendo olvidar en su provecho personal los elevados ideales que deben guiar la marcha de la institución armada.

Años después, así como antes se inculpaba de las revueltas al ejército —en lugar de incriminar a los que con él realizaban funciones políticas— se ha dicho que los miembros de esas fracciones armadas, que ningún dirigente quiso o supo llevar por buen camino, eran responsables de la desorganización, anarquía y desorden que reinaban en el país al declararse la guerra y aun durante ella, siendo así que, quienes acusaban al ejército, eran los que lo habían lanzado por esa equivocada senda, provocando movimientos de opinión con sus claudicaciones, sus yerros y su desatendencia manifiesta de la cosa pública y de la defensa nacional.

Los dirigentes de la nacionalidad, con innegable miopía espiritual, en lugar de fomentar en el país el desarrollo de elevados ideales para reunir bajo una sola aspiración a todos los peruanos, combatieron el mal atacando sus síntomas, sin estudiar ni profundizar su origen. Procuraron desbaratar el ejército, como medida salvadora de su equivocada política, en lugar de orientarlo a campos de actividad provechosa y hacia el sagrado anhelo de la defensa nacional.

En tales condiciones sorprendió al Perú la declaratoria de guerra. Su ejército no alcanzaba en pie de paz sino a cerca de 5000 hombres, incluyendo las gendarmerías, a pesar de que el cuadro publicado por la Dirección General de Estadística del Perú, en enero de 1879, señala la cifra de 5613. Esas tropas no disponían sino de escasas armas, anticuadas, adquiridas al azar de las revueltas sin plan ni acuerdo alguno.

Si después, durante la lucha, se llegaron a levantar los efectivos, ello fue fruto de la más alocada improvisación; para hacerlo se explotaron las fuerzas vivas del país en el último instante y cuando el mal se agravaba cada vez más.

Chile, en cambio, había preparado la guerra como una empresa con finalidad definida. Su aspiración era vencer al Perú y como la perseguía tenazmente, orientando en servicio de ella todas sus actividades, pronto logró colocarse en un plano superior, en lo que se refiere al material, a pesar de su reconocida pobreza.

En cuanto a las fuerzas militares de Bolivia, pueblo fuerte por las magníficas cualidades de su soldado, estaban en la mayor postración moral y material por causas análogas y aun más graves,

que las que afligían al Ejército del Perú. Su poder material era nulo al comienzo de la guerra, y si después sus jefes supieron mantener el honor de su bandera, ello fue debido a nobles esfuerzos circunstanciales, sin haber recibido de la nación los medios necesarios que negó la imprevisión de algunos de sus gobernantes.

CONCENTRACION ALIADA EN IQUIQUE Y EN TACNA

Las dificultades del terreno y la escasez de recursos a lo largo de las rutas que bajan del altiplano boliviano a la costa, obstaculizaron la acción de Bolivia, permitiendo que la ocupación de Atacama por el Ejército de Chile se realizara impunemente. Estos inconvenientes pudieron ser salvados, sin embargo, si Bolivia hubiera dispuesto de una sólida organización de defensa, apropiada a los progresos del arte militar en aquella época, y si su escaso ejército hubiera estado dotado de los elementos materiales necesarios para enfrentarse al invasor.

Bolivia, impotente por las circunstancias antedichas, se resignó a secundar el esfuerzo del Perú para cobrar, con la unión, mayor potencia. Rotas las hostilidades, el Gobierno boliviano se empeñó en la formación de comandos y en la búsqueda de armamentos, que fue necesario adquirir con urgencia en el exterior, pagando no sólo el precio efectivo de las armas, sino la subida tasa que imponían los vendedores para quebrantar una neutralidad ficticia que exageraban con fines mercantiles.

En tanto, se produjo la declaratoria de guerra al Perú, que en previsión de los acontecimientos, había enviado a Tarapacá algunas unidades de su ejército de línea.

Como en los meses que siguieron inmediatamente a la iniciación de las hostilidades l amarina peruana tuvo el dominio del mar, valida exclusivamente de la superioridad moral de sus comandos y tripulaciones, efectuó con gran actividad el transporte de tropas a la región amagada por el invasor, así como el acopio de armas, que llegaban de los centros fabriles por la vía de Panamá. Merced a esta actividad los aliados lograron anular, en cierta forma, la sorpresa completa de los planes, del mando y de la organización que los chilenos habían obtenida al comienzo de la guerra; asimismo, la depresión moral que obligó a la marina de Chile a inmovilizarse, impidiendo que su alto comando emprendiera operaciones de aliento, permitió que el Perú y Bolivia sea aprecibieran, en cierta medida, para la defensa de sus derechos

Las primeras tropas peruanas que acudieron a la frontera para conservar la neutralidad y ocupar el probable teatro de operaciones fueron los Batallones "Cazadores del Cuzco" Nº 5, con 392 plazas, mandado por el Teniente Coronel Fajardo, que se encontraba de guarnición en Chorrillos, y el "Cazadores de la Guardia" Nº 7, con 363 plazas, de guarnición de Lima, mandado por el Teniente Coronel M. Bustamante. Estos dos batallones, más una batería de cuatro piezas de bronce fueron puestos a órdenes del Coronel Velarde y formaron la Primera División del Ejército peruano. Embarcados en el Callao el 7 de marzo llegaron a Iquique, donde se establecieron a mediados del mes; la "Limeña", que los había transportado, llevó además 1000 fusiles y algunos víveres para el puerto de Arica, donde se improvisaron otras fuerzas.

Poco después el mismo barco tomó en Arica a la Segunda División, que mandaba el Coronel Belisario Suárez, y la desembarcó en Iquique el 25 de marzo. Esta división estaba compuesta por los Batallones "Zepita" Nº 2, comandado por el Coronel Andrés A. Cáceres, que alcanzó Arica viniendo por tierra desde el Cuzco, y "Dos de Mayo", mandado por el Coronel M. Suárez, que llegó de Ayacucho en análogas condiciones. Estos batallones, que tenían 618 y 409 hombres de efectivo, respectivamente, estacionaron en El Molle, cerca de Iquique, para descongestionar la ciudad y no gastar la dotación de agua potable, que era escasa para atender a ese brusco aumento de población.

El 4 de abril, cuando la situación se hacía cada vez más difícil, el Presidente del Perú, General Mariano Ignacio Prado, nombró Comandante en Jefe del Ejército de Tarapacá al General de División Juan Buendía, designando como Jefe de Estado Mayor al General de Brigada Pedro Bustamante. El Comandante en Jefe y su estado mayor tomaron pasaje en el vapor chileno "Rímac", de la carrera, el 5 de abril; pero pronto, convencidos del peligro que corrían viajando entre los tripulantes de ese barco y los numerosos repatriados chilenos que se dirigían al Sur, desembarcaron en Chala, continuando por tierra a Arica y de allí a Iquique, donde el General Buendía llegó el 13 de abril.

Mientras se realizaban estos transportes estratégicos, al tener conocimiento de la declaratoria de guerra, el Gobierno peruano dispuso que los comandos que se hallaban en el Sur engancharan volunarios en esa región para formar nuevas unidades de tropa. Al efecto les envió algún armamento, así como otros elementos que eran necesarios para constituir esos cuerpos improvisados. Cumpliendo estas disposiciones, en Iquique se formaron el Batallón "Iquique", levantado y costeado por el Coronel Alfonso Ugarte, que estaba constituído por los artesanos de ese puerto y cuyo efectivo llegó a 357 hombres; la "Columna Naval", organizada a base de los fleteros y cargadores del puerto, que alcanzó un efectivo de 203 hombres; la "Columna de Honor", constituída por cerca de 60 voluntarios de familias distinguidas, que se reunieron a los gendarmes del puerto; la "Columna Loa", organizada por los bolivianos residentes en la región, que llegó a sumar 286 plazas.

Además, el comando comenzó a formar un escuadrón de caballería, que debía estar constituído por tarapaqueños montados en los escasos caballos de paso y mulos que existían en la región; esta unidad recibió el nombre de Escuadrón "Castilla", en honor al Mariscal Ramón Castilla, que fuera oriundo del departamento y que perteneció al arma de caballería.

Antes que los citados cuerpos estuvieran organizados totalmente, llegaron a Pisagua, el 8 de abril, otras tropas conducidas desde el Callao por el transporte "Chalaco". Esas unidades fueron los Batallones "Puno" Nº 6, de 350 plazas, que mandaba el Comandante Ramírez, y 300 hombres de algunas compañías sueltas del "Ayacucho" Nº 1. Los batallones citados y el "Lima" Nº 8, que quedó en Arica al tocar en ese puerto, formaban la Tercera División, a órdenes del Coronel M. G. de La Cotera. El "Lima" tenía 391 plazas y era mandado por el Comandante Bermúdez.

Realizado el desembarco de esta fuerza, el "Chalaco" volvió a Arica, donde desembarcó algunas piezas pesadas que había traído del Callao para la defensa de la plaza, y siguió a Mollendo, de donde recogió 1000 hombres de gendarmes y guardias nacionales que desembarcó en Arica el 12 de abril.

El 14 el 'Chalaco" fondeó nuevamente en Pisagua, conduciendo al Batallón "Lima", de la división La Cotera, y a la Cuarta División, mandada por el Coronel A. Bezada.

Esta última división estaba formada por una columna de "Gendarmes" y un batallón de "Guardia Nacional" de Arequipa. Ambas unidades sumaban un efectivo total de 560 soldados. El "Chalaco" volvió a Arica después de efectuar esta operación.

Luego que la Tercera y Cuarta División estuvieron completas en Pisagua, emprendieron la marcha a Iquique; la división La Cotera tomó el nombre de "División Vanguardia" y la de Bezada se denominó Tercera en adelante. Llegadas al lugar de su destino, estacionaron entre Pozo Almonte y La Noria.

En Pisagua quedaron los 300 hombres del "Ayacucho" y 120 del "Guardia Nacional".

A Iquique fue transportada también una fración del Regimiento de Caballería "Húsares de Junín", con 48 hombres de efectivo, y además se había llegado a desembarcar en el puerto 16 piezas de bronce, de avancarga, modelo inglés de 1861, que se formaron en una brigada de artillería y tres baterías con 280 hombres, a órdenes del Coronel E. Castañón. Otras unidades del ejército de línea, especialmente algunas fracciones de caballería de los Regimientos de "Húsares" y de "Guías", con reducido efectivo de ganado, fueron llegando por tierra o desembarcando en Pisagua o en Iquique, cuando el bloqueo de este último puerto fue levantado por distintas circunstancias. Las citadas tropas de caballería fueron enviadas en los primeros días de su llegada, al valle de Tarapacá para que se remontaran e hicieran forrajear a sus escasas cabalgaduras.

Sumando todas las tropas peruanas concentradas por estos días en el departamento de Tarapacá, se llega a la cifra de 4452 soldados *.

El ejército de Buendía contaba con 3965 fusiles sistema Comblain, Chassepot y Chassepot reformado en el Perú, que se denominaba fusil Castañón, y 209 carabinas Henry. La munición correspondiente a estas armas llegaba a 441.000 cartuchos, que correspondían a algo más de 100 tiros por arma de fuego. Las piezas de bronce, de diversos calibres, tenían una dotación de 200 proyectiles cada una.

Cuando se tuvo noticia en Lima de que las primeras divisiones bolivianas, comandadas por el Presidente de Bolivia, General Hilarión Daza, habían llegado a Tacna el 30 de abril, el Presidente Prado pidió permiso al Congreso para dirigirse al Sur a tomar el comando general de las fuerzas aliadas, con el título de Director Supremo de la Guerra. Concedida la licencia, se embarcó en el transporte "Oroya", cuyo viaje al Sur estaba acordado.

---

* Ekdahl cuenta 4253 como efectivo total, Vicuña Mackena dice que el total alcanza a 4600 hombres sin contar las milicias, y Bulnes afirma, sin fundamento, que el efectivo era de 7000 soldados.

Por esos días había terminado la reparación de los blindados peruanos, que formaron una división a órdenes del Comandante Grau, y se pensó en aprovechar el primer viaje al sur de esas naves para que escoltaran un convoy que debía conducir elementos de guerra y alrededor de 4000 hombres reclutados en todo el territorio y movilizados en Lima, con la precipitación y deficiencia a que obligaba la urgente necesidad de levantar un ejército poderoso sobre escasos cuadros y con exiguos elementos de guerra.

El convoy, formado por el "Oroya", el "Chalaco" y la "Limeña", escoltado por el "Huáscar y la "Independencia", partió del Callao el 16 de mayo y alcanzó Arica, sin novedad en el viaje, el 20 del mismo mes. Al estudiar la Campaña Marítima en el Capítulo anterior, ha sido consignada esta operación de transporte, inmediatamente después de la cual se produjo el combate naval de Iquique el 21 de mayo.

Prado, dando nuevas pruebas de su infatigable actividad, se trasladó poco después a Iquique para revistar el ejército de Tarapacá, haciendo en el "Oroya" el viaje de Arica a Pisagua, adonde llegó el 25 de mayo, y siguiendo por tierra sobre Iquique, que alcanzó el mismo día. Allí introdujo algunas modificaciones en el orden de batalla de las tropas y en la designación del alto comando, ordenando el reemplazo con el Coronel Belisario Suárez del Jefe de Estado Mayor General, General Bustamante, que regresó a Lima; el del primero de los nombrados por Cáceres, que pasó a comandar la Segunda División. Designó al Coronel Justo Pastor Dávila, hasta entonces prefecto del departamento, para el comando de la División Vanguardia, que dejó el Coronel La Cotera para dirigirse también a Lima; y nombró al Coronel Francisco Bolognesi, agregado al Cuartel General, como comandante de la Tercera División, en sucesión del Coronel Bezada, muerto por esos días en un accidente ferroviario.

Luego que Prado dictó otras disposiciones de orden secundario, regresó a Pisagua, que alcanzó el 3 de junio, para seguir al puerto de Arica en un bote de remos, llegando a este puerto al día siguiente.

Las tropas peruanas que se hallaban en Arica, de reciente creación y, por consiguiente reclutas, pasaban de 4000 hombres de efectivo.

El morro que domina la ciudad había sido artillado y se habían emplazado además algunas baterías bajas que, con el monitor "Manco Cápac", defendían la plaza contra toda acción de la escuadra chilena.

El Director Supremo de la Guerra estableció su Cuartel General en Arica, y allí se realizaron las juntas de guerra de los jefes del ejército aliado para acordar los planes de campaña y disponer la ejecución de las operaciones.

Como se ha dicho, el Ejército Boliviano llegó a Tacna el 30 de abril, después de haber cubierto en 12 días los 450 kilómetros que median entre La Paz y Tacna, por empinadas cumbres y hostiles páramos, lo que dan un promedio de 37 1/2 kilómetros diarios de marcha, en 12 jornadas consecutivas.

El Capitán General Hilarión Daza, Presidente de Bolivia, dio a sus tropas el siguiente orden de batalla inicial, que poco después sufrió modificaciones notables:

Comandante en Jefe, el General Presidente.

Jefe de Estado Mayor General, General Manuel Othón Jofré.

1ra. División, General C. de Villegas.	Batallón "Aroma"	600	hombres
	" "Paucarpata" . . .	450	"
	" "Olañeta"	450	"
	Regimiento "Bolívar" 1º de Húsares"	260	"
2da. División, General C. Arguedas.	Batallón "Victoria"	500	hombres
	" "Dalence"	500	"
	" "Sucre"	500	"
	Regimiento de artillería "Santa Cruz" con 2 cañones y 4 ametralladoras . .	200	"
3ra. División, General P. Villamil.	Batallón "Illimani"	500	hombres
	" "Independencia" .	500	"
	" "Vengadores" . . .	500	"
	Escuadrón de Coraceros "Escolta"	70	"
Legión de Bolivia Comandante, el General Presidente.	Escuadrón "Murillo"	260	hombres
	" "Vanguardia" . . .	200	"
	" "Libres del Sur" .	220	"

El efectivo total de este ejército llegaba a cerca de 6000 hombres, que carecían en su mayor parte de instrucción y disponían de escaso armamento y equipo. Esperando los bolivianos una cantidad de fusiles Remington que debían llegarles de Estados Unidos, de los que posteriormente hicieron un préstamo al Ejército Peruano, se habían presentado en Tacna armados en gran proporción con fusiles anticuados, de ánima lisa, de chispa y de fulminante. El Ejército Peruano debió proporcionarle, en calidad de préstamo, todos los elementos que le hacían falta.

Bolivia había movilizado dos divisiones más, la Cuarta, comandada por el General Alcoreza, que sólo llegó a Tacna el 29 de junio y la Quinta, que a órdenes del General Campero debía operar por la provincia boliviana de Lípez, contra las fuerzas chilenas que ocupaban Atacama.

De las divisiones bolivianas que llegaron a Tacna se despacharon a Tarapacá, en refuerzo del Ejército del General Buendía, la Primera, a órdenes de Villegas, que hizo la marcha por tierra de Arica a Pisagua donde recibió el 25 de mayo al Batallón "Olañeta", transportado por mar a ese mismo puerto en el vapor "Oroya", junto con el Batallón "Victoria" de la Segunda División. En este mismo vapor, como se ha visto, hizo viaje el Director Supremo de la Guerra.

La Tercera División boliviana, a órdenes de Villamil, fue transportada al sur en un convoy que partió de Arica el 4 de julio, escoltado por la "Pilcomayo", y tocó tierra en Pisagua el 5. Esta división dejó en Tacna a los coraceros de la "Escolta" de Daza, que le estaban afectados en el orden inicial de batalla.

Por último, antes de que se iniciara la campaña terrestre, llegó a Iquique, el 1º de octubre, la Sexta División peruana a órdenes del General Bustamante, ex jefe de Estado Mayor. Esta división, organizada en Lima, se componía del Batallón "Ayacucho" Nº 3, mandado por el Coronel M. A. Prado, con 700 plazas; el "Provisional de Lima" comandado por el Teniente Coronel Zavala, con 400 plazas y la columna "Voluntarios de Pasco", Coronel Mori Ortiz, con 400 hombres. El 16 de septiembre salió del Callao la División Bustamante en el "Rímac", que fue escoltada por el "Huáscar" y la "Unión" y llegó a Iquique en la fecha anteriormente señalada. Poco después se le denominó "División Exploradora".

CONCENTRACION CHILENA EN ANTOFAGASTA

El alto comando de Chile no encontró grandes dificultades para reunir en el abadonado departamento de Atacama, todas las tropas y elementos que juzgó necesarios.

La impotencia de Bolivia para emprender la reconquista de su litoral, permitió que los chilenos se instalaran tranquilamente en Antofagasta y que tomaran la región como base secundaria de operaciones para preparar, con toda calma, su campaña contra los departamentos del Sur del Perú.

El único inconveniente que presentaba ese desolado litoral para la reunión del ejército, era su escasez de recursos de vida, entre los que debe contarse preferentemente el abastecimiento de agua potable. Ahora bien, ese inconveniente que hubiera sido insalvable en cualquiera otra circunstancia, era fácil de obviar disponiendo, como disponía Chile, de numerosos barcos para efectuar un transporte sistemático de víveres y forrajes; en cuanto al agua, cuya carencia absoluta hubiera sido una gravísima dificultad, se obtenía con exceso por medio de las máquinas de condensación de las aguas del mar que el Almirante Grau, con extraño concepto de las operaciones de guerra, no quiso destruir en sus repetidas visitas al puerto de Antofagasta.

Al caer vencido el "Huáscar" desapareció el único peligro que corrían los transportes chilenos, pues la osadía del Almirante Grau lo condujo en repetidas oportunidades sobre la línea de comunicaciones marítimas del adversario, obligándolo a dar fuerte escolta a los convoyes; la captura tan sonada del transporte "Rímac", teniendo a bordo a los "Carabineros de Yungay", fue una muestra de lo que podría haber realizado el Perú si hubiera dispuesto de fuerzas navales más importantes.

Libres del "Huáscar", y aun antes de que éste desapareciera, los chilenos realizaron su concentración como una simple operación comercial de transporte. De este modo, cuando al fin decidieron emprender la campaña de Tarapacá habían reunido en Atacama las fuerzas convenientes, que tenían el orden de batalla que sigue:

Comandante en Jefe, General Erasmo Escala.

Jefe de Estado Mayor, Coronel Emilio Sotomayor.

Estos dos jefes estaban, como los de la escuadra, a órdenes inmediatas de los ministros Santa María y Rafael Sotomayor quie-

nes, debidamente autorizados, debían dirigir las operaciones representando al Ejecutivo en el teatro de la guerra. El señor Rafael Sotomayor era Ministro de Guerra y actuaba en campaña como tal.

Jefe de la artillería, Teniente Coronel Velásquez.

Jefe de la caballería, General Baquedano.

Las tropas concentradas en Antofagasta a mediados de junio, eran las siguientes:

Regimiento "Buin", 1º de línea	1.200	hombres
,, 2º de línea	1.117	,,
,, 3º de línea	1.133	,,
,, 4º de línea	1.076	,,
,, "Santiago"	1.168	,,
* ,, "Zapadores"	410	,,
,, "Artillería de Marina"	1.400	,,
Batallón "Naval	637	,,
,, "Chacabuco"	606	,,
,, "Bulnes"	486	,,
,, "Valparaíso"	338	,,
Regimiento de Caballería "Cazadores a Caballo"	489	,,
* Regimiento de Caballería "Granaderos a Caballo"	127	,,
Batallón de Artillería	536	,,

Estas cifras dan, para el "Ejército del Norte", como le llamaban los chilenos, un total de 10.483 soldados.

Al Ejército del Norte pertenecían, además, el "Regimiento de Artillería" con 1200 plazas, que permanecía en Santiago y el Escuadrón de "Carabineros de Yungay", que fue hecho prisionero totalmente el 23 de julio, cuando se dirigía a la concentración en el transporte "Rímac".

Chile disponía también de un "Ejército de Reserva", formado por unidades de igual eficiencia que las ya citadas, el que permanecía en Santiago y otros puntos del centro del país.

Este ejército constaba de los siguientes cuerpos:

**Regimiento "Valdivia	1.200	hombres
Batallón "Cazadores del Desierto"	600	,,
,, "Esmeralda"	600	,,
,, "Lautaro"	600	,,
,, "Atacama"	600	,,
,, "Carampangue"	600	,,
** ,, "Pudeto"	600	,,
Brigada de "Artillería de Coquimbo"	300	,,
,, ,, "Artillería de Caldera"	150	,,

El Ejército de Reserva tenía un efectivo total de 5250 hombres.

* El resto de estos dos regimientos se hallaba frente a las tribus de Arauco, en este período del año.

** Estas unidades estaban terminando su organización.

Además, frente a las tribus de Arauco en perpetua revuelta, permanecían como guarnición de frontera:

800 hombres del Regimiento "Zapadores"*
240 „ „ „ "Granaderos a Caballo".
200 „ „ Batallón "Angol", más,
600 „ de tropas cívicas de las tres armas, lo que hacía un total de:
———
1.840 soldados.

Para completar los efectivos de los cuerpos del ejército se formó un "Depósito de Reemplazos", encargado de proporcionar soldados a las unidades en campaña; esta organización merece anotarse como un ensayo de los actuales "Grupos Divisionarios de Instrucción".

El Batallón "Andes", formado y costeado por Agustín Edwards R., fue dedicado a guarnecer los fuertes de Valparaíso.

A fines de septiembre, cuando a juicio de los chilenos era cuestión de días que cayera el "Huáscar" en sus manos, para lo que habían cambiado el comando de su escuadra y reparado sus barcos con esmero, el gobierno dispuso que se trasladara a Antofagasta una parte del Ejército de Reserva. El convoy que debía conducir estas tropas estaba compuesto por 7 transportes, escoltados por el "Cochrane", la "O'Higgins" y el "Amazonas" que partieron de Valparaíso el 21 de septiembre. Los transportes, además de las tropas que conducían, llevaban armamento, municiones, elementos de movilidad, víveres y forrajes.

El 12 de octubre, cuando la seguridad en los mares era casi absoluta, partió de Valparaíso un segundo convoy, que conducía el resto de las tropas del Ejército de Reserva, formado por tres transportes escoltados por la "Magallanes".

De esta manera, a mediados de octubre, el Ejército del Norte había alcanzado un efectivo de más de 16.000 hombres, provistos de toda clase de elementos y listos para lanzarse sobre Tarapacá.

Estas tropas sufrieron, posteriormente, algunas modificaciones en su organización inicial: el Batallón "Carampangue" fue disuelto y refundido en el "Esmeralda" formando el regimiento de este nombre, que alcanzó 1200 plazas; la Brigada de Artillería "Coquimbo" fue transformada en el Batallón "Coquimbo" con 600 plazas. El "Regimiento de Artillería" y el "Batallón de Artillería" fueron reorganizados y denominados, respectivamente, Regimiento Nº 1 de Artillería (18 piezas de campaña) y Regimiento Nº 2 de Artillería (18 piezas de montaña).

En Santiago quedó en formación el Batallón "Chillán", el "Pudeto" y un escuadrón llamado "2º Escuadrón de Carabineros de Yungay".

En la frontera de Arauco también permanecieron algunas tropas.

* Este Regimiento, como el titulado "Artillería de Marina", eran simples unidades de infantería.

Es importante anotar que los cuerpos de tropas chilenos no formaban divisiones, sino que obedecían todos al Comandante en jefe quien los agrupaba en destacamentos, según las necesidades. Esta concepción del General Arteaga, primer Comandante en Jefe, fue respetada por su sucesor, el General Escala.

EFECTIVOS TOTALES DE LAS FUERZAS BELIGERANTES

El ejército aliado y el chileno que se encontraban en Tarapacá y en Atacama, respectivamente, tenían según los datos anteriores las siguientes fuerzas efectivas, a fines del mes de octubre, en vísperas de abrirse la campaña terrestre.

Aliados, 10.607 hombres, que se descomponían en 24 batallones de infantería, de los cuales 16 eran peruanos con 5789 hombres y 8 bolivianos con 3900 hombres; 6 escuadrones de caballería: 3 peruanos y 3 bolivianos, con 298 y 340 hombres del arma, respectivamente, y 16 piezas de bronce, anticuadas, servidas por 280 hombres. De esta manera el total de la infantería a órdenes del General Buendía alcanzaba un efectivo de 9689 plazas; la caballería 638 y la artillería 280.

Chilenos, 16.047 hombres organizados en 8 regimientos y 8 batallones de infantería, más el Batallón (½ regimiento) de "Zapadores", que era efectivamente de infantería; con un total general de 14.431 infantes; 4 escuadrones de caballería con 616 jinetes y 1000 artilleros con 36 piezas Krupp.

LOS MEDIOS MATERIALES

La comparación de los efectivos no permitiría sacar consecuencias si no se anotara la constitución de las fuerzas y la naturaleza de los medios de que iban a disponer los beligerantes durante la guerra.

Organización.—Como se ha visto, la infantería aliada estaba formada en divisiones constituídas por la reunión de dos o más batallones a órdenes de un solo jefe y, a pesar de que el concepto en que se ha fundado siempre la organización divisionaria exige que éstas unidades puedan vivir y combatir aisladamente, para lo que es necesario que tengan todas las armas y los requeridos servicios, los agrupamientos así formados facilitaban por lo menos la acción del comando, impidiendo que, como en el ejército chileno, el Comandante en Jefe tuviera que dirigirse, para una operación cualquiera, a cada uno de los jefes de cuerpo.

Los chilenos comprendieron pronto este error de su organización y prueba de ello es que, en cuanto iniciaron operaciones activas, el Comando se vio obligado a reunir las tropas y formar verdaderas divisiones accidentales, como lo hiciera para el desembarco en Pisagua y poco después para la operación sobre Tarapacá. Además, una vez que tomaron tierra se vieron obligados a formar grandes agrupamientos, capaces de bastarse a sí mismos, que escalonaron hacia el enemigo.

Se debe tener presente, sin embargo, que el efectivo de los regimientos chilenos era superior al de las divisiones peruanas y que, en consecuencia, los chilenos hallaban en este hecho aparente excusa para proceder de esa manera.

El comando chileno, frente a la dificultad de entenderse con tanto subordinado, creó al comienzo, cuando ejercía el mando el General Arteaga, un comandante general de la infantería, que lo fue el General Escala, uno de la caballería, el General Baquedano, y uno de las reservas, el Coronel Sotomayor. Escala, por su parte, al relevar a Arteaga, designó al Teniente Coronel Velásquez como comandante general de la artillería, conservó a Baquedano en su empleo y se diría que se reservó su antiguo comando de infantería, porque no nombró a ningún jefe para este cargo; en cuanto al Coronel Sotomayor, pasó a ser jefe de Estado Mayor, dejando el mando de las reservas al Coronel C. Saavedra.

Las divisiones peruanas tampoco se bastaban a sí mismas y el comando peruano, cuando se trató de marchar hacia el enemigo, antes de San Francisco, dándose perfecta cuenta de la debilidad de las divisiones, las agrupó entre sí, les afectó caballería y artillería no endivisionada y las formó para la marcha y el combate en agrupamientos, que confió a los jefes de más graduación o de mayor prestigio.

Los batallones peruanos y bolivianos tenían una organización parecida; divididos en cuatro compañías, tenían una de preferencia, remedo de la antigua compañía de cazadores, que empleaban en orden delgado en el combate, con el nombre de compañía de guerrilla. Las compañías peruanas tenían de 80 a 100 hombres y las bolivianas llegaban a 120 de efectivo.

La caballería aliada estaba organizada en regimientos de dos escuadrones o en escuadrones autónomos de reciente creación y la chilena en regimientos de tres escuadrones, con 106 hombres cada escuadrón.

Los caballos del ejército peruano, adquiridos en Chile, "eran de calidad inferior, chicos, poco forzudos y de escasa energía" *. La caballada de los regimientos de línea, "Húsares de Junín", "Guías" y "Lanceros de Torata" era escasa, por eso los húsares sólo llevaron a Tarapacá 48 caballos; los demás soldados del arma se remontaron con ganado de la región y con algunos envíos hechos por mar. Los "Guías" estaban montados en parte; los "Lanceros" quedaron en Lima para constituir los cuadros de nuevas formaciones; el Escuadrón "Castilla" se remontó en Tarapacá en malos caballos de paso y aun en mulas, no habiendo conseguido sino 50 cabalgaduras para 100 jinetes de su efectivo. Los "Franco Tiradores", bolivianos, se remontaron en el Perú en caballos de paso, como la mayor parte de los jinetes de la "Legión Boliviana"; el Regimiento "Bolívar", de húsares, tampoco tenía su ganado completo.

De lo anteriormente expuesto se deduce que, si es verdad que habían caballos chilenos en el ejército aliado, es notorio que Chile no vendía los mejores desde que pensó en la guerra, y así, en las distintas campañas, el papel de la caballería aliada fue borroso por falta de medios; en cambio, las empresas que realizó desde el comienzo la caballería chilena demostraron la buena calidad de su ganado. La desproporción entre los medios de una y otra fue efectiva, siendo constante que, excepto algún combate episódico, la caballería peruana no emprendiera operaciones de aliento contra las tropas de Chile.

* Ekdahl, obra citada.

La artillería peruana, dotada de piezas de bronce, de a 4, de a 6 y de a 9, se formaba en brigadas compuestas por dos o tres baterías; cada batería tenía normalmente ocho piezas. Los tubos de este material eran muy pesados por el espesor de metal que había que darles y su transporte a lomo de mulo era difícil. El alcance máximo de los cañones peruanos era de 2000 metros.

La artillería boliviana contaba con dos cañones de ánima lisa. Más tarde Bolivia adquirió en el extranjero algunas piezas Krupp.

Los chilenos disponían desde el comienzo de la guerra de material Krupp de montaña y campaña, que organizaron en regimientos de tres baterías de a seis piezas cada una.

Los calibres de su material eran de 60 milímetros para el de montaña y 78,5 y 87 para los de campaña, modelos 1867 y 1873, respectivamente. La dotación de municiones, abundante, estaba formada por granadas ordinarias y por shrapnells *.

El alcance de los modelos chilenos del comienzo de la guerra estaba entre 4800 para el de campaña 1873 y 2500 para el de montaña 1873.

En fin, en los ejércitos beligerantes existían algunas piezas de ametralladoras, de varios tubos acoplados, que fueron distribuídos entre las baterías.

Instrucción.— Las tropas peruanas que se encontraban en Tarapacá, viniendo de todos los puntos del territorio del Perú, estaban formadas por los soldados de línea con que contaba el ejército. Las tropas improvisadas, presentes en esa misma concentración, fueron las que se encomendó al Coronel Ríos, que, con la denominación de Quinta División, estaban formadas por el agrupamiento de los voluntarios de Iquique; las de la Sexta División, que llegó de Lima en octubre, a órdenes del General Bustamante, estaban formadas asimismo por voluntarios y enganchados de Lima, Ayacucho y Pasco.

Las tropas de línea tenían hábitos militares profundamente arraigados, porque los hombres que formaban en sus filas eran soldados profesionales que permanecían por tiempo indefinido en el servicio. Pero, si es cierto que estas tropas tenían un sólido concepto de la disciplina militar y gran devoción a sus jefes, su instrucción era, en cambio, rutinaria y aplicable sólo a las paradas, con ausencia de los conocimientos tácticos que iban a ser necesarios para el género de guerra por desarrollar. Encuadradas por oficiales valerosos y de ardiente patriotismo, probados en numerosas luchas civiles, se hallaban en condición de dar muestra de virtudes militares, sin encontrarse, a pesar de esto, en aptitud de conquistar la victoria, que exige meticulosa instrucción técnica, perfecto conocimiento de los preceptos del arte de la guerra por los comandos subordinados y gran habilidad, energía y tacto en las combinaciones del mando.

El hecho de que las tropas de línea acudieran al teatro de operaciones realizando duras marchas desde los más lejanos lugares pone en evidencia que su aptitud maniobrera era grande y sólida su

---

* En el segundo año de la guerra ya los chilenos disponían, gracias a su actividad para hacer adquisiciones en el extranjero, de cañones de montaña y campaña Krupp, modelo 1880, calibre 8.5 que eran para aquella época la última palabra de la técnica.

disciplina; más, iniciadas las operaciones activas, se les ve a veces despreciar estas ventajas, presentándose en masa, inmóviles, ante el enemigo.

La fuerza arrolladora de algunos cuerpos en el ataque, como en San Francisco, y la serenidad y heroísmo de los defensores de Pisagua hacen ver que existían en esas tropas y en los jefes subordinados la pujanza y tenacidad que caracterizan al soldado escogido, consciente de su deber, que sabe superarse. El comando parece que no esperaba esta eclosión de virtudes, porque no supo explotarlas, y cuando alguna vez lo hizo, como en Tarapacá el 27 de noviembre, el más franco éxito premió sus esfuerzos.

En nuestro territorio la victoria pertenece a los ejércitos que saben y quieren maniobrar. El esfuerzo aislado es meritorio, pero la acción conjunta, obedeciendo a un sistema, es sublime.

En los cuerpos de tropa bolivianos que actuaron en la campaña de Tarapacá, formados por hombres reunidos precipitadamente bajo las banderas ante la urgente presión de los acontecimientos, no se encontraban las virtudes y cualidades que deben tener las tropas que entran en campaña. Su instrucción era deficiente y además, para agravar los inconvenientes que esto producía, era notable su falta de adaptación para el servicio y la ausencia de estrechos vínculos morales entre los hombres, graduados o no, desconocidos la víspera, que lo componían.

Durante su permanencia en Tarapacá el ejército aliado no efectuó marchas, ejercicios ni se preparó para la campaña. Algunos desplazamientos de tropas de pequeño efectivo, para guarnecer la frontera o las caletas del litoral, fueron las únicas operaciones que se emprendieron, y estos simples movimientos no permitieron darse cuenta de las necesidades que habría que atender en un desplazamiento de conjunto a gran distancia.

Se comprueba así, una vez más, a través de las páginas de la historia, que el triunfo no puede obtenerse nunca con ideas de última hora. Lo que hace grandes a los pueblos es su clarividencia para avizorar el porvenir y el espíritu de adivinación de sus caudillos y dirigentes para prever el ritmo de los acontecimientos.

El ejército chileno no tenía tampoco clara visión de sus posibilidades y su comando actuó siempre en forma vacilante, esperando órdenes de los civiles del Gabinente de Santiago o del Ministro de Guerra, civil, en campaña, que supo subsanar algunos errores de comando con diversas atinadas disposiciones de buen juicio y sentido práctico.

En los alrededores de Antofagasta se efectuaron numerosas marchas en el desierto y otros ejercicios o trabajos que permitieron darse cuenta de la urgencia de proveer de agua a las tropas, durante las largas caminatas en el arenal, y de proporcionar carretones para el transporte de los víveres y forrajes, así como para trasladar la artillería. De este modo el comando llegó a perfeccionar la instrucción de sus tropas, conoció sus necesidades, logró la aclimatación y endurecimiento de sus hombres en el desierto y consiguió presentarse ante el enemigo en las mejores condiciones.

En la guerra todo es previsión; nada debe confiarse al azar.

Armamento.—Al tratar de la organización se ha visto el material de artillería de que disponían los beligerantes. El armamento menor era, al iniciarse la guerra, el que se indica en seguida.

La infantería peruana estaba dotada de fusiles de los más variados sistemas, de calibres diferentes y en su mayor parte anticuados.

En los parques del ejército existían al declararse la guerra: 2400 fusiles Castañón (Chassepot reformado en el Perú), 1895 Minié austriacos y algunos centenares de fusiles de todos los sistemas conocidos, como el Comblain, Chassepot de aguja, Wilson, Rampart, Minié prusianos e ingleses, Springfield y otros, hasta completar con los anteriores algo más de 5000 fusiles. Existían además 1500 carabinas y mosquetones de 11 sistemas diferentes y alrededor de 2000 sables.

Las tropas que fueron a Tarapacá estaban dotadas de fusiles Comblain y Chassepot-Castañón; algunos cuerpos tenían fusiles Beaumont y Minié.

El armamento de la infantería de Bolivia consistía en fusiles de chispa de ánima lisa, disponiendo además de fusiles Martini. Estas tropas recibieron a su llegada a Tacna un préstamo de 1000 fusiles Chassepot y poco después importaron nuevas armas, especialmente fusiles Remington, modelo español de 1871, de los que prestaron al Perú 2200, que le fueron devueltos en el mes de julio de 1879.

La caballería peruana empleaba carabinas Henry y de modelo peruano y estaba dotada de sables. La caballería boliviana tenía carabinas Remington y carecía de armas blancas.

En cuanto a las municiones, como en los parques peruanos no existía sino muy escasa dotación, llegando a sumar un millón el número total de cartuchos de fusil de variados sistemas, eran verdaderamente insuficientes.

En oposición a esta lamentable situación, Chile disponía de 12.500 fusiles Comblain y cierta cantidad, poco importante, de fusiles Grass, Minié, Remington y Kropatschek; de estos últimos estaba provista la infantería de marina *.

La caballería chilena empleó carabinas Spencer al comienzo de la guerra y poco después fue dotada de carabinas Winchester, modelo 1877, que eran las más perfectas en la época. Los jinetes estaban provistos de sable * *.

En los parques del ejército chileno existían cerca de tres millones de cartuchos Comblain. En el mes de marzo de 1879 (antes de declarar la guerra al Perú) comenzó a funcionar en Santiago una "Dirección General del Parque y Maestranza", que tenía la misión de proporcionar al ejército material, armamento y correaje. En esta maestranza, cuyo papel era análogo al que desempeña hoy el llamado Servicio de Artillería, se recamararon los fusiles, calibraron las municiones y se llegó a fabricar 130.000 cartuchos diarios.

* Entre las distintos modelos existía diferencia de calibre; pero, para la campaña de Lima se "recamararon" los fusiles en Santiago y se fabricó un cartucho único, lo que demuestra la eficiencia del servicio chileno de armamento y municiones.

** Está muy generalizada la creencia de que la caballería chilena se hallaba dotada de lanzas, lo que no es cierto.

Equipo y vestuario.—El vestuario de las tropas peruanas era de loneta blanca, estando provistos los soldados de un capote de paño burdo y de una manta como prendas de abrigo. La dotación de calzado era deficiente y, como no se había previsto su reemplazo, los soldados debieron subsanar esta falta fabricándose "ojotas", para evitar los efectos de la arena candente y de los guijarros cortantes del desierto.

La falta absoluta de material de campamento hacía que los hombres no pudieran guarecerse del relente de las noches y que permanecieran a la intemperie, cuando no estacionaban en la iglesia o en las casas de alguna aldehuela o población mayor.

Para cubrirse de los rayos del sol no disponían de prendas apropiadas y sólo la visera del kepí, muy alargada, servía para cubrir el rostro, sin que hubiera medio de proteger la nuca para evitar las insolaciones.

Como las tropas carecían de cananas o cartucheras, excepto algunos cuerpos de línea que tenían hasta mochila, la munición era transportada en las marchas y en el combate entre los pliegues de la frazada o manta, doblada previamente como un cinto, que se anudaba a la cintura.

Los soldados llevaban agua según los medios de fortuna que les sugería la necesidad, sin disponer reglamentariamente de un depósito fácil de transportar para hacer provisión personal; sólo algunos batallones estaban dotados de cantinas o contimploras de latón.

Las tropas bolivianas improvisadas, que llegaron a Tacna, esban en peores condiciones y adoptaron todos los procedimientos del ejército peruano.

Los soldados chilenos estaban vestidos de loneta cruda y tenían un uniforme de paño; sus kepís estaban dotados de un cubre nuca de tela; el calzado, de material basto, subía a media pierna, formando así una bota baja, holgada en la caña, dentro de la que se ceñía la boca del pantalón, facilitando los movimientos más que el pantalón largo de los aliados y permitiendo marchar en la arena, en el lodo y en cualquier otro terreno. Para conducir los cartuchos cada soldado estaba provisto de un cinturón ancho de cuero, con tres amplias cartucheras del mismo material, y para la provisión de agua tenían una cantimplora de latón, sin forro exterior, que permitía llevar la cantidad necesaria de este elemento, aunque bajo la acción de los rayos solares se calentaba el metal y volvía tibio y nauseabundo el líquido que contenía.

En cuanto a material de campamento, las tropas chilenas estaban en las mismas condiciones que las aliadas.

Servicios.—El ejército aliado no disponía de ningún órgano de abastecimiento ni de entretenimiento.

El transporte de víveres y de agua se hizo durante la campaña sirviéndose de arrieros contratados ocasionalmente, que conducían en largas recuas de mulos los avituallamientos a un punto determinado y que marchaban con entera libertad e independencia para llenar su cometido; no se les afectó nunca escolta, ni se les impuso ninguna obligación militar.

La sanidad estaba representada por algunos médicos voluntarios, que no disponían del material necesario.

El comando de las tropas chilenas constituyó organizaciones especiales que llenaban el papel de los servicios, tal como se les comprende hoy, salvo ligeras diferencias de funcionamiento.

Con el ejército de operaciones marchaba un "Parque del Ejército", dependiente de la "Dirección General del Parque y Maestranza" de Santiago. Esta organización proveía al ejército de material, armamento, municiones y equipo.

La "Comisaría del Ejército" desempeñaba el papel señalado a la Intendencia de Guerra en nuestros días. Los ejercicios y marchas de entrenamiento en Atacama hicieron que la "Comisaría" se procurara odres para transportar agua a lomo de mulo; la ligereza y flexibilidad de estos depósitos daba mayor rendimiento que el sistema de pequeñas barricas ("anclotes") adoptado por los arrieros del ejército aliado.

Tanto la Comisaría como el Parque improvisaron y requisaron carretones de las oficinas salitreras para efectuar sus transportes con mayor facilidad y, además, supieron utilizar las vías férreas existentes para conducir los elementos de vida y de guerra.

Adquisiciones.—Desde el comienzo de la guerra los beligerantes dieron prueba de actividad y energía para adquirir los elementos que les faltaban, haciendo compras en el extranjero. Los comerciantes neutrales explotaron entonces las circunstancias de guerra para aumentar sus precios y obtener utilidades superiores a sus expectativas.

En esta lucha de actividad los chilenos llevaron también la mejor parte, porque, habiendo preparado la guerra, tenían sus contratos expeditos y arreglada la forma de transportar los materiales. Barcos repletos de mercadería de guerra llegaron a Chile por Magallanes y sus diplomáticos adquirieron en Europa hasta buques de guerra, como el "Angamos", que navegó de Francia a Chile con su nombre de origen "La Belle de Cork", para cambiar de bandera en puertos chilenos.

Las adquisiciones bélicas de los aliados fueron hechas de preferencia en Estados Unidos y los cargamentos, conducidos hasta Panamá por barcos yanquis, eran trasbordados a los transportes peruanos, que hicieron muchos viajes entre el Callao y el Istmo, en tanto que la escuadra chilena permanecía bloqueando Iquique y después en acecho del "Huáscar" en los puertos del sur. Lo que los aliados no supieron adquirir fueron barcos de guerra, cuya posesión hubiera trastornado por completo el desarrollo de los acontecimientos.

El flagelo de la guerra debe llevarse al territorio del enemigo y los transportes estratégicos juegan un gran papel para lograr este fin; la superioridad en el mar es la única que, proporcionando la movilidad requerida, da la iniciativa de las operaciones en la guerra entre países de extenso litoral.

PLANES DE OPERACIONES

La superioridad naval de que disponía Chile le había proporcionado la más completa iniciativa de las operaciones. Su ofensiva general podía ser conducida con toda facilidad sobre los agrupamientos de fuerzas aliadas del departamento de Tarapacá, sobre Tacna-Arica o sobre Lima y el Callao.

La ofensiva sobre Tarapacá, tal como efectivamente se realizó, permitía a los chilenos apoderarse de ese territorio y destruir al mismo tiempo el núcleo más importante de las tropas aliadas. Sin embargo, sus resultados no eran decisivos, porque la apropiación del departamento no sería definitiva hasta que no estuvieran totalmente destruidas las fuerzas aliadas; además, en esta campaña Bolivia no sufriría el desastre sino de rechazo.

La ofensiva sobre Tacna-Arica hubiera tenido resultados más importantes porque quitaba a los aliados el puerto de Arica, que era centro de operaciones del ejército y base naval efectiva en el teatro de la guerra. Un éxito rotundo en esa región rompería los lazos estratégicos entre las tropas del Perú y de Bolivia; infligiría un rudo descalabro a los bolivianos, destruyendo de un golpe el escaso poder militar que representaba su ejército de línea; permitiría apoderarse del punto de junción más favorable de las tropas aliadas y, muy particularmente, cortaría al ejército de Buendía del resto del país, dejándolo abandonado a su propia suerte. El resto de la escuadra peruana, en completa inferioridad, se hubiera visto obligado en este caso a presentar una batalla decisiva para librar del aislamiento al Ejército del Sur, y en esa lucha, a pesar de la fe patriótica de sus jefes habría sucumbido seguramente, ahondando el desastre.

Mucho se ha discutido sobre las ventajas que hubiera reportado al ejército chileno una **ofensiva sobre Lima y el Callao**, centros considerados como el corazón del país; pero al hacerlo se olvida que un pueblo no está vencido mientras no cree estarlo y que esta segura convicción sólo nace cuando han desaparecido todos los órganos de fuerza en los que confía hasta la última hora. Mientras no sean dominados los elementos de resistencia de que dispone el enemigo, mientras no se aniquile su ejército, un pueblo viril puede no considerarse vencido; la vitalidad de un pueblo no reside en sus grandes ciudades, sino en la fe que tenga en sus fuerzas militares. Es claro que cuando las fuerzas principales de la defensa rodean una gran población, el golpe se dirige a ésta para aniquilar aquéllas, haciendo caer la ciudad como resultado secundario de la victoria. En esta forma procedió San Martín contra Pezuela, amagando Lima, en las campañas de la Emancipación; de igual manera procedió Gamarra contra Orbegoso, dando la batalla de Guía, en las guerras de la Confederación; pero en esas dos ocasiones La Serna y Santa Cruz supieron hacer flamear el pabellón de los defensores del territorio peruano, batiéndose en la Sierra por largo tiempo. De otro lado, la conquista de objetivos territoriales o geográficos es generalmente precaria mientras no haya desaparecido la potencia del ejército que los defiende.

La capital estratégica de los aliados, el verdadero corazón de la Alianza se hallaba en Arica-Tacna; esa región era el centro del sistema político-militar y muy buen criterio tuvieron los aliados en ocuparla, como el punto de confluencia de sus fuerzas, y en fortificar Arica para escapar a la presión de la escuadra adversa y disponer así de los caminos del mar, también afluentes.

Ahora bien: como la guerra no es sino la continuación de la política internacional por medios violentos y como los objetivos de los ejércitos deben subordinarse a las aspiraciones y anhelos nacionales, el Gobierno, el Comando y el pueblo chileno escogieron Ta-

rapacá para medir sus armas, porque el deseo de apoderarse de ese territorio era lo que los movió a la lucha. Algún estratega podría argüir que para apropiárselo, Chile debió proceder por medios indirectos, tomando Tacna-Arica, por ejemplo, lo que era más decisivo como hemos visto; pero, no debemos olvidar en estas discusiones el peso que hacían, sobre los razonamientos, las realidades del momento: Estados Unidos ofrecía su mediación y el conquistador necesitaba poner el pie en Tarapacá para pedir a los negociadores de la paz que el departamento le fuera cedido; Argentina amenazaba con rechazar los tratados de 1878 sobre la Patagonia, y Chile quería neutralizar al nuevo adversario, cediendo lo que éste quisiera, ante la amenaza de una nueva guerra, con tal de que no se le discutiera la conquista que iba a consumar por la ocupación; a mayor abundamiento, las arcas de Chile estaban vacías y mucho representaba para su crédito exterior que las naciones del mundo, hablando en términos comerciales, supieran que por el momento él era el agente vendedor, con exclusividad, de los ricos productos de Tarapacá; necesitaba sostener la empresa que había iniciado; sus empréstitos interiores estaban a punto de agotarse y a su alcance de inmediato se hallaban las riquezas almacenadas en el litoral del departamento peruano, que cambiarían de un día a otro el estado de sus finanzas; disponiendo de las rutas del mar, procedería a subastar en seguida esos bienes, de los que se incautaría **manu militari**, obteniendo un súbito acrecentamiento de sus exiguas rentas.

En una guerra de ideales, en una lucha por la justicia y el derecho, se piensa antes que todo en imponer la propia voluntad al enemigo, para hacerle aceptar los **desiderata** del vencedor; pero en una guerra con la finalidad ya conocida, el primer objetivo era indudablemente la incautación de esas riquezas, dejando para después la legalización de la posesión, que se obtiene, precisamente, gracias al usufructo de los bienes adquiridos.

Además, Chile parecía no tener firme conciencia de su enorme poder militar: la campaña marítima le había hecho cobrar respeto al Perú y su Comando, en repetidas discusiones, había evidenciado la íntima desconfianza que lo minaba, a pesar de los datos que tenía en su poder sobre la condición y efectivo de las fuerzas aliadas; parece que jamás creyó, como pueblo cauteloso, que la imprevisión y negligencia de los dirigentes peruanos y bolivianos hubiera llevado a tan bajo nivel la eficiencia combativa de sus bravos soldados, cuyas virtudes y magníficas condiciones de guerra, siempre demostradas, no eran desconocidas por nadie.

En cuanto a los aliados, sabedores de que el fin político que perseguía su adversario era apoderarse de los departamentos del Sur, lógicamente, concentraron sus fuerzas en esa región para proceder a su defensa. Inutilizadas sus naves, cerrados sus puertos, no tuvieron más recurso que defender el territorio como quien se mantiene en una fortaleza, esperando la acometida del enemigo para tratar de rechazarlo.

La defensa directa del suelo de Tarapacá confiada a Buendía y el deseo de conservar Arica, base naval y punto de junción de las fuerzas de la Alianza, obligó a los aliados a atender a dos lugares a la vez, debilitando su capacidad defensiva. Defender todo el litoral amagado hubiera sido absurdo, porque el enemigo podría hacer

caer a los defensores uno tras otro; empeñarse en ocupar un solo punto, como Iquique, que el enemigo podía no atacar, era permanecer fijado de antemano, sin finalidad práctica y a merced de los golpes del invasor; mantener dos núcleos sensiblemente iguales como lo hicieron, enlazarlos y combinar sus operaciones, tan ampliamente separados que no podían prestarse ayuda, era ofrecerse en detall al enemigo. No empeñar el último recurso en procurarse barcos para recobrar la superioridad naval, era alardear de un fatalismo siempre negativo, que no podía conducir sino a resultados fáciles de prever.

Los dirigentes de Chile habían fijado en su mente, con toda claridad, la finalidad inmediata que perseguían declarando la guerra.

Para alcanzar los fines de su política internacional el Presidente Pinto y los activos miembros de su gabinete, entre los que descollaban Sotomayor y Santa María, Ministro de Guerra y de Relaciones Exteriores, respectivamente, habían ideado varios planes para la conducción general de las operaciones; pero, como eran ajenos a la profesión militar, no tenían ideas claras al respecto, no podían dilucidar cuál de esos planes era el más viable, ni conocían los fundamentos en qué poder apoyar una decisión.

Desconfiando, como pudo comprobarse en todo el curso de la guerra, de la capacidad del Alto Comando del ejército y de la armada que actuaba en los sucesivos teatros de operaciones, se subtituyeron a él y convinieron en dirigir la guerra desde sus bufetes de Santiago, sin siquiera consultar la opinión de los técnicos, a los que consideraron como simples ejecutantes.

De otro modo no se explica que para ejercer acción directa en el teatro de operaciones se constituyera en campaña el Ministro Sotomayor, quien obedecía en todo al Gabinete y vigilaba de cerca la actuación de los Comandantes en Jefe del ejército y de la armada que le estaban absolutamente subordinados, conforme a los documentos escritos que no tardó en exhibir en Pisagua.

En estas condiciones, era difícil determinar cuál sería el objetivo militar de la campaña que se iba a emprender: los altos jefes del ejército en operaciones no podían resolver nada, supeditados como se hallaban por las autoridades políticas y éstas, por su parte, careciendo de criterio amoldado a los principios y procedimientos del Arte de la Guerra, sin saber qué puede o no puede pedirse a un ejército, no encontraban la manera de encauzar los acontecimientos.

Tal fue la principal de las causas que anularon el impulso inicial que los chilenos habían dado a la guerra, y tal fue el motivo de su inacción en Antofagasta.

Cuando se presentaron las influencias exteriores ya citadas, que obligaban a emprender la campaña sobre Tarapacá, los dirigentes chilenos para tener "prenda segura", sin haber determinado un objetivo militar, sino simplemente con finalidades político-económicas, y sin obedecer a concepciones estratégicas definidas, lanzaron sus batallones sobre el litoral que, antes que todo, querían ocupar con sus armas para que no se perdiera la oportunidad tan laboriosamente labrada.

DISPOSITIVO DE LOS ALIADOS EN TARAPACA

Para mantenerse en el territorio cuya custodia le estaba confiada, el General Buendía había formado con sus tropas varios destacamentos a fin de guardar las diferentes caletas en que podía producirse un desembarco y, además había apostado una parte de la División Exploradora en los pasos del Monte Soledad, al sur del departamento, para tener noticia oportuna de la presencia del enemigo si éste se animaba a avanzar por tierra, a lo largo de la costa.

Las tropas aliadas a cargo de Buendía se establecieron en el departamento de Tarapacá, en el dispositivo siguiente:

Cuartel general en Iquique.

Primera y Quinta Divisiones en Iquique.

Segunda y Tercera Divisiones en El Molle.

Divisiones Vanguardia (Cuarta) y Exploradora (Sexta) en La Noria; 800 hombres de la Exploradora a órdenes del Coronel Mori Ortiz, jefe de la columna "Pasco", con 50 jinetes del Regimiento "Húsares de Junín", se hallaban en Monte Soledad.

En San Lorenzo, al sur de Iquique, el General Villegas con la Primera División boliviana que tenía destacamentos en las caletas de Chucumata, Patillos, Pabellón de Pica y Guanillos para conservar esos puntos del litoral y servir de timbre de alarma.

En agua Santa, al norte de Iquique, el General Villamil con la Tercera División boliviana, que tenía destacamentos en los puertos de Pisagua y Mejillones del Perú, un batallón en cada uno, apoyados por otro batallón que ocupaba Germania. Como Pisagua era el punto de que se servía el ejército de Tarapacá para sus comunicaciones con la base de Arica y como era el más probable desembarcadero del enemigo, Buendía había reforzado la guarnición con algunos artilleros peruanos y había hecho emplazar dos cañones de grueso calibre en la Bahía, confiando el mando de la plaza al Teniente Coronel peruano Recavarren.

El conjunto de la caballería aliada, en su mayor parte desmontada, permanecía en La Noria.

RECONOCIMIENTO Y COMBATE DE QUILLAGUA

En el mes de octubre el General Buendía dispuso que se efectuara un reconocimiento al sur de Monte Soledad, para investigar sobre las posibilidades de una ofensiva chilena, que fuera lanzada hacia Iquique por el curso inferior del río Loa. El Coronel Belisario Suárez, Jefe de Estado Mayor del ejército, emprendió este reconocimiento escoltado por 32 húsares que tomó de las tropas de Monte Soledad. En su marcha al sur llegó hasta la población de Quillagua, que encontró ocupada por tropas chilenas; después de sostener un tiroteo con estas fuerzas, sobre las que obtuvo ventajas, Suárez, pasó a la superioridad el informe pedido, habiendo ocasionado algunas bajas a las tropas chilenas y tomando nueve prisioneros cuyo ganado y equipos distribuyó a los húsares.

DISPOSICIONES DE LOS CHILENOS PARA LA OCUPACION DE ATACAMA

Los chilenos habían establecido en Antofagasta el grueso de sus fuerzas. Potentes destacamentos ocuparon Tocopilla, Mejillones boliviano y Cobija; una fuerza importante del "Santiago", a órdenes del Coronel Lagos, cubría hacia el norte la ocupación sobre el curso inferior del río Loa, donde se produjo el choque de Quillagua, y otro núcleo de tropas formado por 300 hombres del 2º de línea y de "Cazadores a Caballo", ocupaban Calama con el Mayor Soto. Este último destacamento cortó las comunicaciones del sur de Bolivia y de la Argentina * con Tarapacá e incursionó con éxito hasta Huanchaca, obligando al General Campero, Comandante de la Quinta División boliviana, que permanecía en Cotagaita cerca de la frontera, a hacer avanzar a su mejor batallón, el "Chorolque", para conservar los pasos de los Andes.

En estas condiciones se iba a abrir la campaña de Tarapacá.

---

* Eran muy importantes las rutas a la Argentina, porque por ellas debían hacer su tráfico los vendedores particulares de ganado y de otros productos necesarios a la alimentación del ejército de Tarapacá, según los contratos previamente establecidos.

CAPITULO IV

CAMPAÑA DE TARAPACA

PISAGUA

Plan general de la ofensiva chilena.- Plan de desembarco.- Transporte de las tropas.

El puerto de desembarco.- Dispositivo de la defensa.

Toma de Pisagua.-Cañoneo del puerto.- Tentativas de desembarco.- Combate en la población y en las alturas.- Operación en Junín.- Retirada de los aliados.- Resultado final de la operación.

Consideraciones.

PLAN GENERAL DE LA OFENSIVA CHILENA

* Resuelta por los chilenos la invasión de Tarapacá, atentas las circunstancias de que ya se ha hablado al tratar del plan general de operaciones, se presentaron a los directores de la guerra variados y numerosos inconvenientes.

En efecto, sin conocer el teatro de operaciones ni tener idea de las posibilidades de un ejército en campaña, los jefes políticos de la empresa tenían que señalar, desde lejos, el punto de desembarco en el territorio por invadir. Mientras ciertos miembros del Gabinete del Presidente Pinto querían que las tropas tomaran tierra en Patillos, otros pensaban que la operación se debía efectuar en Pisagua y algunos pretendían atacar Iquique, directa y frontalmente. Por último, no pocos políticos idearon que el desembarco se efectuara en la caleta de Junín, situada inmediatamente al sur de Pisagua.

Después, se dijo que la región al sur de Iquique no ofrecía "aguadas" y que el desembarco en las caletas que ese litoral presentaba sería difícil por la braveza del mar. El cálculo de la distancia que debían recorrer las tropas por las cerrilladas inhospitalarias de la cadena de la costa desanimó también a las altas autoridades para efectuar el desembarco en Patillos, que era en todo caso, el lugar más favorable entre los situados al sur de Iquique. Además, parece que tuvo influencia decisiva la proximidad del grueso de las fuerzas de Buendía, con las que los chilenos no que-

* Croquis Nº 5.

rían chocar hasta no haberse apoderado sólidamente de una base firme en el territorio que iban a conquistar. Esta misma circunstancia, así como las enormes dificultades que presentaría la operación, dieron lugar a que el comando chileno, rechazara la idea de tomar tierra en Iquique a viva fuerza, cuestión discutida desde el principio del año cuando aun comandaba el ejército el General Justo Arteaga; este General pidió su remplazo, precisamente, por que su opinión era contraria a dicho desembarco.

Descartado Patillos por las razones expuestas y temerosos de atacar Iquique, los chilenos pensaron en desembarcar en una de las caletas o puertos de la región norte del litoral de Tarapacá. Influía favorablemente para adoptar esta resolución, el hecho de que en esa zona podían alcanzar con facilidad los pozos de agua potable que existen bastante cerca del litoral, a lo largo de la ferrovía de Pisagua a Agua Santa.

Al escoger entre las caletas del norte, pronto desecharon la idea de tomar tierra en Mejillones del Perú, en atención a las dificultades del desembarcadero y porque su ocupación obligaría a efectuar, en seguida, un largo salto hacia el interior con el objeto de apoderarse de los pozos de Agua Santa, que se hallaban a 30 kilómetros del mar. Ahora bien, alejándose a esta distancia de la costa, los chilenos temían perder el auxilio inmediato de su escuadra y pensaban en el riesgo de quedar cortados de ella si el defensor daba muestras de actividad, saliendo de Iquique en su busca, hacia el norte.

Análoga reflexión impidió que desembarcaran en Caleta Buena, a una jornada de Iquique, de muy buen fondeadero. Aquí influyó además otra razón: pensaron que este lugar estaba muy próximo de los gruesos aliados, con los que no querían chocar de primera intención.

Para rehuir todo empeño serio en el período crítico de tomar tierra, creyeron necesario buscar un punto alejado de las fuerzas principales del defensor, a fin de tener tiempo para conquistar una zona de seguridad inicial y de afianzarse, materialmente, en el territorio. Otra condición esencial debía tener el punto escogido para el desembarco, cual era la de ofrecer pozos de agua abundantes y próximos al litoral, para no perder el contacto con las fuerzas navales y contar con el apoyo que éstas representaban.

Después de larga discusión, sólo les quedaba a los chilenos por escoger entre el puerto de Pisagua y la caleta de Junín.

Por este tiempo llegó a Santiago un sujeto apellidado de la Barra, que había vivido largos años en el litoral de Tarapacá y que convenció a Santa María de las ventajas que ofrecía el desembarco en la caleta de Junín. Santa María hizo suya la idea y puso empeño en volverla realidad, originándose con esto una nueva discusión entre los políticos partidarios de ella y los que opinaban por desembarcar en Pisagua.

Junín y Pisagua se hallaban lejos de los gruesos aliados, próximos a la línea de pozos del desierto y sólo el segundo tenía una escasa guarnición que sería difícilmente socorrida por las tropas aliadas más próximas. Además, ambos desembarcaderos se hallaban

en un extremo del dispositivo de defensa adoptado por Buendía en el litoral de Tarapacá y eran, por consiguiente, un punto débil en la línea aliada.

Junín no tenía guarnición y el desembarco en ese lugar permitía aparecer, sin combate, sobre la espalda de los defensores de Pisagua; en cambio, las operaciones del desembarco serían dificultadas por la braveza del mar y el transporte a brazo del material de artillería, pues la falda empinada de la vertiente marítima de la cadena de la costa ofrecería dificultades.

Pisagua tenía una débil guarnición, fácil de vencer con el apoyo de los cañones de la escuadra que batirían el anfiteatro, poco profundo, en que actuaba la defensa; el puerto tenía mucho fondo y las aguas eran relativamente tranquilas, lo que permitía aproximarse mucho a la playa; su desembarcadero era más favorable y las pendientes que lo dominan serían fáciles de subir aprovechando los caminos que llegaban a la cima.

Es probable, además, que los militares chilenos pensaran en que el fácil triunfo que se les ofrecía en Pisagua templaría el espíritu de sus soldados, que iban a sentirse vencedores desde el primer paso, infligiendo al mismo tiempo un rudo golpe a la moral de su adversario. La destrucción de la guarnición de Pisagua podían darla por hecha, sea que desembarcaran en el puerto mismo o en la caleta de Junín; pero, les era más ventajoso, indudablemente, aprovechar de la oportunidad que se les ofrecía para imponerse brutalmente con superioridad abrumadora, lo que no se hubiera evidenciado tanto desembarcando en la citada caleta indefensa.

Embrollados en esta discusión, los políticos de Santiago se dieron cuenta, por fin, de que era imposible dirigir las operaciones sin estar en el teatro en que se realizan y de que no sabrían jamás adoptar una solución por falta de conocimientos militares; entonces, el Presidente y su Gabinete resolvieron confiar a Sotomayor, Ministro de Guerra en campaña, la elección del punto de desembarco. Santa María aprovechó de la partida al norte de los encargados de llevar esta orden, para despachar con ellos a Errázuriz, comisionándole que influyera en el ánimo de Sotomayor a fin de que el desembarco se realizara en Junín; acompañaron a Errázuriz el consejero de Santa María, de la Barra, y un "práctico" de los puertos de Tarapacá.

Como se ve, pues, a pesar de tan largas discusiones, el objetivo militar de la campaña no fue fijado con claridad. Los chilenos pensaron invadir Tarapacá sin tener finalidad precisa en sus operaciones de guerra; escogieron una región que diera facilidades de vida a las tropas, sin planear nada sobre el choque con las fuerzas adversas; el puerto de desembarco fue determinado por inspiración de civiles ignorantes de los preceptos del Arte de la Guerra, que no discernían sobre las condiciones estratégicas que éste requería para orientar mejor las fuerzas contra el enemigo.

PLAN DE DESEMBARCO

El Ministro de Guerra en campaña recibió en Antofagasta un oficio, fechado el 11 de octubre en Santiago, en el que se ratificaba un cablegrama del 27 de septiembre, ordenándole que el ejército

emprendiera la ofensiva sobre Tarapacá; en esta comunicación se le autorizaba, sin más, a elegir a su arbitrio el puerto de desembarco. La única taxativa que se le imponía era someter la elección que hiciera a las decisiones de una junta de guerra, formada por los altos jefes del ejército y de la marina, que actuaban en el teatro de operaciones.

Ahora bien: Errázuriz, comisionado por Santa María para sostener el proyecto de desembarco en Junín fue convencido a su llegada, por las autoridades militares, de que esa caleta era una playa abierta cuyas aguas, muy movidas, dificultarían la operación. Los militares chilenos temían, además, que al tomar tierra en Junín acudieran contra ellos los soldados de Mejillones, de Pisagua y los que mandaba en Hospicio-Agua Santa el General Villamil y juzgaban más cuerdo atacar el extremo norte del dispositivo de este General, a fin de escapar a la probable acción concurrente de sus tropas.

Como hacía tiempo que se había desechado la idea de desembarcar al sur de Iquique o en este mismo puerto, para evitar las fatigas del desierto y la acción directa del enemigo, esta discusión hizo que Sotomayor se decidiera, en secreto, por el desembarco en Pisagua. Consultándose con el Comandante Condell, que se declaró partidario del desembarco en Pisagua, robusteció su convicción y, para impedir nuevas discusiones que darían lugar a dudas, quebrantó las órdenes del Gobierno y no reunió la junta de guerra que se le había indicado. Además, para evitar indiscreciones, Sotomayor no enteró a nadie de su plan, ni siquiera a su hermano que era jefe de Estado Mayor del Ejército, y dispuso que las tropas comenzaran a embarcarse a partir del 19 de octubre para tomar rumbo al litoral de Tarapacá, conforme a las órdenes del Gobierno, sin que ningún jefe, excepto Condell, supiera cuál iba a ser el puerto de arribada.

Como se ve claramente, el Ministro procedió de motu propio, sin que en su ánimo influyera ninguna consideración militar para elegir ese desembarcadero con preferencia a los demás. Pero, ya a bordo y en plena navegación al norte, renació la duda en el espíritu de Sotomayor y reunió dos juntas de guerra, una de militares y otra de marinos, dándoles a escoger el desembarcadero entre Junín y Pisagua. Las opiniones estuvieron divididas en ambas juntas, abogándose por las ventajas que ofrecía uno y otro desembarcadero. El Ministro propuso entonces una combinación de los dos proyectos, que fue aceptada por todos.

Esta combinación consistía en hacer desembarcar al grueso del ejército, a viva fuerza, en el puerto de Pisagua, al mismo tiempo que una división tomaba tierra en la caleta de Junín, para atacar concéntricamente a los defensores del puerto, apareciendo sobre su espalda.

Como después de realizado el desembarco, las primeras disposiciones del Gobierno chileno al recibir los partes de Pisagua consistieron en ordenar a su factótum, Sotomayor, que el ejército ocupara un pozo de agua "sin emprender otras operaciones para las que no estaba preparado", se pone en claro que la ofensiva chilena había sido lanzada desatentadamente, sólo por poner la planta en el territorio codiciado, sin objetivo militar, sin pensar en batir al defensor y, por tanto, sin concepción estratégica alguna.

TRANSPORTE DE TROPAS

A partir del 19 de octubre, como ya se ha dicho, las tropas chilenas comenzaron a embarcarse en los transportes y buques de guerra fondeados en Antofagasta.

El 26 se reunió una junta para determinar la formación que debía llevar el convoy y el 28 zarparon los barcos con rumbo al norte.

El Ministro Sotomayor, acompañado por el cuartel general, izó su insignia en el "Amazonas", donde también navegaba el Capitán Thompson, jefe del convoy.

Las tropas embarcadas sumaban alrededor de 10.000 hombres, con cerca de 900 caballos y 36 piezas de artillería, y estaban organizadas en las siguientes unidades:

Regimiento "Buín" 1º de línea	1100	hombres
,, ,, 2º de línea	1100	,,
,, ,, 3º de línea	1100	,,
,, ,, 4º de línea	1100	,,
Batallón "Zapadores"	400	,,
,, "Artillería de Marina"	640	,,
,, "Valparaíso"	300	,,
,, "Atacama"	590	,,
,, "Chacabuco"	600	,,
,, "Coquimbo"	550	,,
,, "Bulnes"	500	,,
Regimiento "Nº 1 de Artillería"	375	,,
,, ,, 2 ,,	375	,,
,, "Cazadores a Caballo"	395	,,
,, "Granaderos a Caballo"	90	,,

El total general de estas fuerzas ascendía a 9215 hombres, sin incluir los soldados empleados en el cuartel general, comisaría, parque, ambulancias, los obreros, etc.

Comparando las tropas embarcadas que acabamos de enumerar y las que formaban el orden de batalla inicial, se deduce que quedaron en Atacama algunos batallones de infantería para conservar esta base secundaria de operaciones, que se temía que fuera amagada, sea por el norte, viniendo de Quillagua, sea por el este, donde actuaba la división boliviana de Campero. Otros cuerpos, que no figuran en el rol de embarco, habían sido disueltos, refundiendo sus efectivos en las demás unidades para completarlas.

La formación adoptada por el convoy durante la navegación fue la siguiente:

"Cochrane"	Itata	Amazonas	Loa	"Magallanes"
	Abtao	La Mar	Limarí	
	Matías	Lucía	Tolten	
	Angamos	Copiapó	Huanai	
"O'Higgins"	Paquete	|	Toro	"Covadonga"
		Elvira		

El convoy estaba formado por catorce transportes armados y la barca de vela "Elvira Alvarez", que era llevada a remolque por el "Copiapó" e iba escoltado por cuatro barcos de guerra.

Cuando en plena navegación se dió por definitivo el desembarco simultáneo en Pisagua y Junín, el Coronel Sotomayor formó agrupamientos accidentales de los cuerpos de tropa, con el nombre de divisiones de desembarco, para que abandonaran las naves a órdenes de un jefe propio, debiendo seguir en la operación por su número de orden.

Estas divisiones fueron encomendadas a los siguientes jefes:

Primera División, Coronel Urriola, que debía desembarcar en Junín.

Segunda División, Comandante Ortiz.

Tercera División, Coronel Amunátegui.

Cuarta División, Comandante Toro Herrera.

Por último, se constituyó una división especial, o división de reserva, que debía desembarcar en uno u otro lugar.

PUERTO DE DESEMBARCO

La bahía en que se encuentra el puerto de Pisagua tiene un desarrollo de cerca de 6000 metros y sus aguas, muy profundas, son tranquilas porque se hallan protegidas de los vientos reinantes del sur por la Punta Pichalo que avanza hacia el mar.

La citada punta por el sur y la Punta Pisagua por el norte, encuadran una estrecha faja de tierra, accidentada en su parte norte y dominada al este, en anfiteatro, por la cadena de la costa que alcanza en este lugar una elevación de cerca de 400 metros. Las puntas ya nombradas terminan en placeres rocallosos, así como casi toda la playa de la bahía, sembrada de escollos; pero entre las rocas de la ribera, siguiendo de norte a sur, se encuentra Playa Blanca, formada por dos pequeños espacios sin rocas de 300 a 400 metros cada uno, y Playa Huaina de 500 metros de desarrollo, que permiten el desembarco por ser arenosas y bajas; por estos lugares, valiéndose de lanchas, se efectuaban normalmente las operaciones de carga y descarga en el puerto. En Playa Huaina existían, además, dos cortos muelles.

La localidad de Pisagua, constituída entonces por casas de madera agrupadas alrededor de la aduana y de la estación del ferrocarril a Agua Santa, se encuentra al sur de la ribera en el seno formado por las alturas del este y la Punta Pichalo. De la población parte la línea del ferrocarril que por Hospicio y Jazpampa, lugares situados en la planicie de la cadena de la costa, sigue a Dolores, Santa Catalina, Negreiros y Agua Santa, bordeando el Tamarugal de norte a sur; esta vía férrea escala las alturas que dominan Pisagua mediante un zigzag, cuyo trazado es casi paralelo a la ribera. Un camino carretero sigue análogo desarrollo, pero su perfil es menos tendido y forma, así como el anterior, una serie de terraplenes superpuestos que dominan la población y los desembarcaderos.

Además de las anteriores vías de comunicación, existían en la pendiente numerosos senderos que escalaban la altura zigzagueando para seguir después, cuando la subida se hace más fuerte, por el trazo del ferrocarril o por el camino carretero.

El estrecho malecón natural que se extiende entre las dos puntas que forman la bahía, de 200 metros escasos contados entre el mar y el pie de las alturas, es árido y no existen en él señales de vegetación ni más agua que la que se traía por ferrocarril desde los pozos de Dolores, o en buques cisternas desde distintos puntos del litoral.

DISPOSITIVO DE LA DEFENSA

Los aliados habían dado atención preferente a la defensa de Pisagua, porque era probable un desembarco en ese puerto y porque, de otro lado, querían conservar ese punto de acceso al departamento de Tarapacá, que les servía para sostener comunicaciones con Arica.

Desde el comienzo de la concentración aliada en Tarapacá quedaron tropas en Pisagua y cuando llegó a esa región la división boliviana del General Villamil, el Comandante en Jefe del ejército dispuso que se encargara de custodiar el puerto y las otras caletas del norte de Iquique, como Junín, Mejillones y Caleta Buena.

Para cumplir su misión, el General Villamil recibió orden de ocupar dichas caletas y conservar un núcleo de fuerzas que estuviera en aptitud de trasladarse en socorro del primer desembarcadero que fuera amagado por el enemigo.

Además de las tropas bolivianas de Villamil, encargadas de la defensa del sector del litoral al norte de Iquique, el General Buendía reforzó la guarnición de Pisagua con 200 guardias nacionales peruanos, con soldados reclutados en el puerto y con algunos artilleros, asimismo peruanos, que debían servir los cañones de la defensa. Estos elementos fueron puestos a órdenes directas del Teniente Coronel Isaac Recavarren, a quien se nombró Comandante Militar de la plaza.

Para la defensa del puerto se montaron dos cañones Parrot, de a 100, en baterías improvisadas con parapetos de sacos de arena. Una de las piezas fue emplazada en Punta Pisagua, al norte del puerto y se le denominó "Cañón del Norte"; la otra fue colocada entre la población y Punta Pichalo y recibió el nombre de "Cañón del Sur".

El dispositivo general de las tropas que obedecían al comando superior de Villamil, era el siguiente:

En Pisagua:

Peruanos	Guardias Nacionales	240 plazas
	Artilleros	45 "
Bolivianos	Batallón "Victoria	498 "
	" "Independencia" . . .	397 "

Estos dos últimos batallones estacionaban en el Alto de Hospicio, situado en la planicie superior de las alturas que dominan Pisagua.

En Mejillones del Perú:
Batallón "Aroma" .... 490 plazas
En Germania, como núcleo central:
Batallón "Vengadores" .... 489 ,,

Villamil dejó sin guarnición la caleta de Junín, confiando en la presencia próxima de las tropas de Pisagua, y el desembarcadero de Caleta Buena protegido, asimismo, por la proximidad de las fuerzas que ocupaban Mejillones.

El Batallón "Vengadores" podía acudir en socorro de la guarnición de Pisagua en hora y media de recorrido por ferrocarril, si se hubiera dispuesto de un par de trenes listos para partir; y en ayuda del "Aroma", que guardaba Mejillones, en 8 horas como mínimo, que eran las necesarias para recorrer 30 kilómetros de terreno pesado y profundo. Las tropas de Pisagua y las de Mejillones, podían cubrir los 45 kilómetros de desierto que las separaban en 11 horas* de marcha por el camino accidentado de la costa, en el que no hay agua potable, bajo un sol ardiente.

TOMA DE PISAGUA

2 de noviembre

En la noche del 1º al 2 de noviembre el convoy de transportes y buques de guerra chilenos pasó de largo frente a Pisagua, porque los marinos encargados del rumbo no supieron hallar el puerto. De esta manera el cañoneo y desembarco que debía realizarse al despuntar el día, según la decisión del Comando Superior, se vieron retrasados por algunas horas. Al aclarar, los marinos chilenos se dieron cuenta de que habían sobrepasado Punta Pisagua que se encuentra al norte del puerto y se vieron obligados a virar en redondo para tomar la entrada de la bahía.

A las cinco de la mañana los defensores notaron la presencia de dos grandes barcos a vapor que venían del norte, produciendo extrañeza entre ellos el rumbo que traían. Pocos momentos después reconocieron la silueta de esos barcos y vieron aparecer detrás de ellos el resto del convoy, que avanzaba imponente en busca de las aguas del puerto.

El General Buendía, Comandante en Jefe del ejército, había llegado a Pisagua el día anterior para asistir a la inauguración y bautizo del "Cañón del Norte", cuyos trabajos iban a darse por terminados, a pesar de que el montaje de la pieza no era aún definitivo.

Otra causa más importante, que se trataba de disimular, había llevado al General a la plaza de Pisagua. Las tropas bolivianas habían dado muestras de indisciplina para con el Comando Superior de su ejército; y éste, a su vez, estaba descontento de su Gene-

* Paz Soldán aprecia en sólo 5 horas de marcha esta distancia, fundándose en el estudio titulado La Campaña de los 18 días en Tarapacá, por el Teniente Coronel boliviano Lizardo Quiroga, Cochabamba, 1880.

Buines dice que bastaban un "par de horas", lo que discute Ekdahl ironizando sobre la ignorancia, en cuestiones militares, del historiador civil.

ralísimo Daza, contra el que los jefes de las divisiones hacían cargos por su imprevisión, sus desatinadas disposiciones y por el estrecho espíritu de camarilla política con que pretendía dirigir las operaciones de guerra.

Las tropas bolivianas, olvidadas en sus abastecimientos materiales, desconfiando íntimamente de su eficiencia combativa en vista de lo absurdo y desproporcionado de los elementos de guerra de que se les había provisto, carentes de los medios necesarios para la conservación de la salud protestaban en silencio de que se les hubiera trasladado a un país que no era el suyo, según decían, para sacrificarlas irremediablemente. Al desaliento producido en los cuerpos de tropa por la comprobación de su evidente inferioridad, se sumaba la falta de lazos morales entre los órganos que constituían esas divisiones, improvisadas por la "leva" más precipitada; sabían que iban a batirse, sin palpar las ventajas materiales que ello les reportaría y sin dar la debida importancia al ultraje que representaba la ocupación de la para ellos lejana y casi desconocida Provincia Litoral, como se denominaba en Bolivia al rico Departamento de Atacama.

Las virtudes guerreras de las masas nacen o se desarrollan al impulso de imperativos sociológicos tangibles y no pueden crearse súbitamente en hombres cuya cultura cívica no está a la altura de los anhelos nacionales.

Sordos rumores de rebelión de las tropas bolivianas contra sus jefes; desembozada oposición y rebeldía de los comandos para con el mandatario de la nación boliviana, y alarmante deseo de volver a su país manifestado por todos, pusieron al General Buendía en difícil situación frente al enemigo común.

Habiendo escuchado las quejas y protestas del General Villegas, jefe de la Primera División boliviana, Buendía se trasladó a Pisagua para auscultar el espíritu que reinaba en la División Villamil.

El ataque chileno lo sorprendió en esa tarea y la ulterior deserción en masa de algunas compañías bolivianas, le hizo comprender que no eran infundadas sus sospechas sobre la poca solidez de las tropas de la república aliada.

CAÑONEO DEL PUERTO

La "O'Higgins", precediendo a los demás barcos del convoy, avanzó hacia la población y "Cañón del Sur" para reconocerlos y, a poco, hizo señales indicando a los demás barcos de guerra la posibilidad de aproximarse. El "Cochrane" se adelantó entonces para reunirse a la "O'Higgins", situándose algo más al sur del lugar, que ocupaba la corbeta; al mismo tiempo se destacaron del convoy la "Magallanes" y la "Covadonga", poniendo proa a Punta Pisagua donde se encontraba el "Cañón del Norte". El convoy se aguantaba sobre la máquina, en tanto, fuera de la bahía.

A las 6 y 35 rompió los fuegos el blindado chileno "Cochrane" sobre el "Cañón del Sur" recibiendo respuesta de la pieza de a 100 allí montada; la corbeta "O'Higgins" dirigió también sus fuegos sobre dicho fuerte, que cesó de disparar a las 7 y 33, después de haber hecho 8 tiros. Los artilleros que lo ocupaban se vieron obli-

gados a evacuarlo por cortos períodos de tiempo para recuperar sus puestos tan pronto se producía alguna calma en los fuegos de los potentes cañones de a bordo. Como los barcos abrieron sus fuegos a 1300 metros de distancia y continuaron avanzando en este desigual duelo de artillería, hasta quedar a 400 metros de la ribera, la situación de los defensores del fuerte se hacía insostenible por momentos, dado que el fuego de las ametralladoras y fusiles de los buques se sumó al de los cañones de 250, y pronto fue imposible permanecer en esa región.

Por su parte, la "Magallanes" y la "Covadonga" abrieron sus fuegos sobre el "Cañón del Norte", que se desmontó al primer tiro que hizo; los artilleros encargados de este cañón se replegaron, entonces, hacia el centro de la bahía.

En tanto el "Angamos", en el que se encontraba Sotomayor y Escala, habiéndose aproximado, abrió el fuego sobre la población y los caminos que llevan a las alturas.

A las 8 de la mañana, cuando ninguno de los cañones de la defensa hacían fuego, los barcos de guerra chilenos izaron los señales convenidas para que se desprendieran de los transportes los elementos de desembarco; pero, como a bordo se creyó que los titulados fuertes ofrecieran una resistencia prolongada, no se habían tripulado aún los botes y los lanchones de carga traídos a remolque desde Antofagasta. Este retraso paralizó la operación entre las 8 y 9 de la mañana.

A las 9, al mismo tiempo que se reabría el fuego de los buques contra la población y el anfiteatro de alturas que la rodean, comenzaron a destacarse del convoy algunos botes y lanchones cargados de soldados de línea. Varias lanchas a vapor, provistas algunas de ellas de ametralladoras, precedían a los botes para reconocer la playa, estudiar el sistema de la defensa y neutralizar los fuegos del defensor.

TENTATIVAS DE DESEMBARCO

Ya a las 9 y 30 se destacaron francamente del costado de los transportes 44 lanchones y botes que conducían soldados del "Atacama" y del "Zapadores". Estos avanzaron sobre Playa Blanca, formados en dos ondas sucesivas; pero, tan luego como se encontraron al alcance de los fusiles de los defensores, parapetados tras de las rocas de la playa y en las rumas de sacos de salitre y de carbón que había en la ribera, recibieron una granizada de proyectiles de fusil que desordenaron su formación, hirieron a los remeros y pusieron varios botes al garete; los soldados tripulantes se vieron también diezmados por el fuego que partía de la playa, sin poderlo contestar eficazmente por el balance de los botes que dificultaba la puntería y por la casi invisibilidad de los tiradores aliados.

Ante la imposibilidad material de continuar avanzando bajo el fuego del defensor, los botes ciaron y ganaron nuevamente los transportes para dejar sus muertos y heridos y recompletar las tripulaciones.

El cañoneo de la escuadra, reiniciado, a partir de las 9, se concentró entonces con toda intensidad contra los edificios de la po-

blación, los parapetos de sacos de salitre y carbón y los caminos que van a las alturas, por donde, en ese momento, descendían por compañías los Batallones bolivianos "Independencia" y "Victoria", enviados de Hospicio apresuradamente para reforzar la defensa.

A pesar del potente fuego de la escuadra chilena, cuyos buques habían cambiado de emplazamiento para acercarse más a los defensores, el segundo avance de los botes que se despachaban de los transportes fue rechazado en la misma forma que el primero. En esta vez, algunos botes se volcaron por las falsas maniobras de sus equipajes y por los desordenados movimientos de los soldados de desembarco.

Las dos fracasadas tentativas para tomar tierra y la enérgica resistencia que encontraron los asaltantes, originó en el Comando chileno la más espantosa confusión. Los jefes pensaron abandonar la empresa que consideraban frustrada definitivamente, y dieron algunas órdenes para que el convoy tomara rumbo a Ilo a fin de tentar fortuna en ese desembarcadero donde, además, querían proveerse de agua que ya escaseaba en los barcos, porque los cálculos sobre su provisión fueron mal establecidos en Antofagasta. Los partidarios del desembarco en Junín levantaron entonces su protesta por el descabellado empeño de atacar frontalmente al defensor, reviviendo la discusión sobre la elección del punto de desembarco; otros abogaron porque se aprovechara la caleta de Pisagua Viejo, al norte de la punta de Pisagua, a fin de rodear al enemigo. Por último, se produjo una grave disputa entre el General Escala, que, deseando dar muestras de valor personal, pidió un bote para acompañar a las tropas de desembarco, y el Ministro Sotomayor, que se opuso al deseo del General para impedir que, en caso de que éste sufriera un accidente, se hiciera mayor el desorden. Sotomayor, para no ofender a los militares, había mantenido en secreto los plenos poderes de mando de que estaba investido por el Presidente de Chile y su Gabinete, y se vio obligado entonces a exhibirlos reprendiendo en público, a grandes voces, al Generalísimo chileno.

Desde tierra, dada la corta distancia a que se hallaban los transportes, los defensores de Pisagua apreciaron a la vista las medidas de enérgica coacción que tuvieron que emplear los oficiales con sus tropas para forzarlas a tomar los botes del tercer ataque. En fin, después de este desorden y desconcierto, los botes y lanchones, nuevamente tripulados, despegaron del costado de los transportes y pusieron proa a tierra.

Los defensores, agotados por tan larga resistencia contra tropas enormemente superiores y siempre renovadas, asaltados en todo el extenso frente que debían defender, viendo destruídos sus parapetos por el violento fuego de los cañones que comenzaba a producir algunos incedios y originaba densa y asfixiante humareda al quemar el salitre y carbón apilado en la playa, no pudieron impedir que un centenar de chilenos del tercer ataque, tomara tierra en el extremo sur de la ensenada de Playa Blanca, donde un teniente plantó sobre las rocas la bandera de Chile.

Con respecto a la superioridad de las fuerzas y de los medios empleados por Chile en esta operación, no está demás recordar que el "Cochrane" tenía 6 cañones Armstrong de 250 libras, varios ca-

ñones menores y ametralladoras en las cofas; la "O'Higgins" 3 cañones Armstrong de 150 libras, 2 de a 70 y 2 de a 40 y la "Magallanes" 1 cañón de 150 libras y algunos otros menores. No agregaremos las bocas de fuego del "Angamos" y de la "Covadonga". Se debe tener presente, asimismo, que los proyectiles empleados eran de acero endurecido, de gran fuerza de penetración y de efecto rompiente muy poderoso; proyectiles Pallisier, que era lo mejor que había producido la técnica de la artillería en aquellos tiempos.

A las 11 de la mañana los chilenos habían conquistado una estrecha faja de la ribera, donde fueron atracando los demás botes que desembarcaban nuevas tropas y abundante municionamiento.

Los fuegos de la artillería de a bordo convergieron entonces sobre la población, ya en ruinas y, para favorecer el avance de los desembarcados, sobre las alturas desde donde disparaban los defensores.

En tanto que en la playa se desarrollaba, a esa hora, tenaz lucha a brazo partido, disputando los defensores una tras otra las rocas de la ribera, la "Magallanes", con el "Itata" y el "Amazonas", que conducían a la División Urriola, hicieron rumbo a Junín para efectuar el desembarco previsto en esa caleta.

COMBATE EN LA POBLACION Y EN LAS ALTURAS

Dueños los chilenos de un tramo de la playa, les fue fácil reforzar las tropas desembarcadas; pronto otros grupos de soldados pusieron pie en Playa Huaina, cerca de la población.

Bajo la acción de los cañones de la escuadra y a favor de la densa y acre humareda producida por el incendio de 50.000 quintales de salitre y centenares de sacos de carbón, que enmascaraba los movimientos de los botes y neutralizaba a los defensores, los asaltantes aumentaron progresivamente los efectivos desembarcados y muy luego hubieron en la playa cerca de 4000 soldados.

Los aliados, dominados por la fuerza del número, cedían el terreno palmo a palmo, y cuando no pudieron sostenerse más entre las ruinas de la población, la abandonaron para defender las alturas que escalaban grado a grado, dando frente al enemigo y conteniendo su avance a la bayoneta.

En estas circunstancias, el General Buendía, que presenciaba y dirigía efectivamente el combate dejando a sus subordinados toda la iniciativa que les era menester, recibió aviso, a la una de la tarde, de que otras tropas chilenas habían comenzado a desembarcar en Junín, a partir de las 12. Dándose cuenta entonces de la inutilidad del sacrificio, prescribió que se replegaran los sobrevivientes de la heroica y obstinada defensa dando, la orden de retirada. Los chilenos sólo llegaron al Alto de Hospicio pasadas las 2 de la tarde, cuando la orden de retirada, varias veces repetida a los defensores que no querían abandonar el suelo, les dejó el paso franco.

Los asaltantes habían empleado tres largas horas para escalar 400 metros de pendiente; siendo así que los defensores de Pisagua no eran sino cerca de 1000, porque del efectivo con que llegaron a Tacna los batallones bolivianos había que descontar las bajas por enfermedad y deserción que se habían producido desde esa fecha

hasta el día del combate. El total de soldados de fila empeñados en Pisagua no llegó sino a 900, a los que había que sumar algunos civiles de la población, aún extranjeros, que empuñaron las armas llevados de entusiasmo cívico y los 50 celadores del puerto.

Sin el incendio del salitre, que creó una atmósfera irrespirable, la plaza hubiera resistido aún más y habría dado tiempo a que acudieran los Batallones "Aroma" y "Vengadores", llamados de Mejillones y de Germania, respectivamente. De estos batallones, el "Aroma" no recibió la orden con oportunidad y sólo el día 3, como veremos, se plegó en Agua Santa a las tropas en retirada; en cuanto al "Vengadores", que recibió orden telegráfica para dirigirse a Pisagua, alcanzó la estación de San Roberto, en el Alto, a cerca de las 2 de la tarde, cuando toda esperanza se había perdido.

La serenidad de los jefes y la decisión de los soldados en la lucha, desapareció tan luego como se dió la orden de retirada. El magnífico soldado quechua-aimara de que se formaban las filas aliadas, tiene asombrosa pasividad ante el peligro y un admirable desdén por la muerte; bajo la orden de sus superiores, por los que muestra un respeto atávico, permanece heroicamente en su puesto fascinado por los lazos de la disciplina que los mayores riesgos no le incitan a romper; pero, falto de iniciativa, pacífico por naturaleza, desconociendo en aquellos tiempos los vínculos nacionales que le hacían parte de un todo, por él casi ignorado, estuvo pronto a dar media vuelta tan luego como vio que sus oficiales lo hacían, sin preocuparse de penetrar las razones que determinaban a éstos a proceder en tal forma. El indio, cuando cree que ha cumplido con el compromiso de batirse y cuando ve que el molde que lo estrecha pierde su forma y cede en su presión, a pesar de despreciar íntimamente el peligro, no lo arrostra sin objeto; cuando sabe por qué lucha, cuando ha vislumbrado los beneficios que obtiene de la gran heredad que se llama Patria, muere en su puesto, pues, en sus venas corre el ardor que ha animado a tantos héroes que en nuestra historia han sido.

Los oficiales aliados, después de ordenar la retirada, faltos de los conocimientos técnicos requeridos para dirigir tropas en esta crítica y difícil operación, siguieron las huellas de sus soldados, y ligeros e irreflexivos, creyeron ver en ellos un pánico que jamás existió.

Las fuerzas bolivianas, con algunos de sus jefes, se retiraron cruzando el Tamarugal hasta los contrafuertes de los Andes y de allí pasaron a Bolivia; en parte, se reincorporaron a las filas sumando estas fracciones 200 hombres del "Victoria" y 24 hombres del "Independencia". En Agua Santa, el General Buendía sólo contó el día 3 con 230 soldados del "Victoria" y del "Independencia", siendo así que habían tomado parte en el combate cerca de 700 hombres de estos dos batallones.

Las bajas de los aliados llegaron a 200 y las de los chilenos a 58 muertos y 170 heridos que perecieron en su mayor parte, porque sus jefes se "habían olvidado" de embarcar las ambulancias y médicos, que seguían esperando en Mejillones de Bolivia los barcos necesarios para trasladarse al nuevo teatro de operaciones.

Se debe tener presente que para quebrantar la resistencia de los aliados, las naves chilenas lanzaron 600 proyectiles de artillería de grueso calibre y quemaron cerca de 5000 cartuchos de fusil y ametralladora.

OPERACION EN JUNIN

A las 12 del día del 2 de noviembre inició el Coronel Urriola la tarea de echar a tierra sus tropas, en la caleta de Junín.

Como estaba previsto, la operación fue lenta y difícil por los inconvenientes materiales que ofrecía el desembarcadero. La infantería tuvo que vencer muchas dificultades para tomar los escasos botes de que disponían; las otras armas vieron aún más dificultada la operación por la braveza del mar. Después, como fue casi imposible saltar a tierra porque las rompientes de la playa amenazaban con hacer zozobrar los botes, se hizo necesario construir escalas de cuerda para que los hombres abordaran las escarpaduras de la ribera y hubo que improvisar puentes de tablones para desembarcar el ganado.

A estas dificultades se agregó, al comienzo de la operación, la incertidumbre que produjeron algunos disparos de fusil que partieron de la playa haciendo creer que la caleta estaba defendida. La "Magallanes" disparó entonces varios proyectiles de cañón, que obligaron a retirarse a los improvisados defensores.

El Coronel Urriola llegó a poner en tierra, a las 5 de la tarde, 2500 hombres con 6 piezas de artillería Krupp y una compañía de "Cazadores a Caballo". Una vez en tierra, las fuerzas comenzaron a escalar las empinadas alturas que dominan la caleta y al anochecer se hallaron en el plano superior, después de haber hecho grandes esfuerzos para subir a brazo el material de artillería. Cuando alcanzaron la planicie ondulada de la cumbre, emprendieron marcha para llegar a Hospicio que, como se sabe, ya estaba desde mucho antes en poder de las otras divisiones de desembarco.

Urriola, que de ningún modo hubiera llegado a tiempo para realizar la prevista operación concurrente, se extravió en la noche con su columna y después de vagar en el arenal hasta que amaneció, alcanzó al fin Hospicio en las primeras horas del día 3.

Como el plan a que obedecía el desembarco por Junín era el de caer por la espalda de los defensores de Pisagua, para obligarlos a evacuar el puerto, y Urriola sólo estuvo en condiciones de hacerlo cuando la necesidad había pasado por completo, se puede decir que sus fatigas fueron absolutamente inútiles. Sin embargo, conviene tener presente que el simple aviso que recibió Buendía, a la una de la tarde, previniéndole de que se estaba iniciando un desembarco en Junín, dió lugar a que adelantara la orden de retirada que, tarde o temprano, debía producirse, dada la potencia material de que disponía el atacante.

RETIRADA DE LOS ALIADOS

Tomada la plaza, Buendía ordenó que las tropas de la defensa se concentraran en San Roberto-Jazpampa adonde pensaban que llegarían el "Vengadores" y el "Aroma", con los que querían inten-

tar un nuevo esfuerzo. Pero, viendo la dispersión casi total de las tropas bolivianas que habían tomado parte en el combate de Pisagua, desconfió lógicamente del espíritu de los otros batallones de la misma División y decidió trasladarse más al sur.

En la noche del 2 al 3, los aliados batidos en Pisagua y el Batallón "Vengadores" pernoctaron en la aguada de Dolores; el 3 alcanzaron Agua Santa, donde recién se les reunió el Batallón "Aroma" venido de Mejillones.

Al abandonar Pisagua los aliados no se dieron tiempo, porque no habían hecho las previsiones del caso, para destruir los depósitos de agua potable del puerto y dejaron intacta la línea telegráfica y la vía férrea en la que, según el parte de Recavarren a Buendía, quedó un convoy listo para salir no habiéndolo hecho porque el maquinista que debía conducirlo, extranjero, fugó a los primeros tiros y no se encontró con quien reemplazarlo.

En Jazpampa y en Dolores los aliados dejaron intactas las maquinarias de sacar agua, los pozos y los tanques que servían de depósito a tan necesario elemento; la vía férrea y las líneas del telégrafo, quedaron también íntegras.

RESULTADO FINAL DE LA OPERACION

Con el hecho de ocupar un punto del departamento de Tarapacá, los chilenos adquirían una superioridad inobjetable: la superioridad que da a los combatientes el hecho de buscar al enemigo para lanzarse sobre él y batirlo, o sea, la superioridad de la ofensiva, que traduce un mayor y más vigoroso espíritu de destrucción.

Ante propios y extraños, este paso del Ejército de Chile evidenciaba la eficiencia de su maquinaria de guerra y determinaba una sacudida en la moral de sus adversarios.

No escapaba al criterio militar de los chilenos que, apoderándose de Pisagua, aislaba de sus bases al Ejército de Tarapacá y le cortaban su principal línea de comunicaciones, cerrándole el puerto de acceso.

Para un ejército que supiera proceder de acuerdo con los principios del Arte de la Guerra, la favorable situación en que se hallaba el del agresor le hubiera permitido obtener brillantes victorias que hubieran tal vez decidido la campaña e influído, desde entonces, en el resultado general de la guerra.

Llevar la guerra al territorio enemigo, poner a éste en la obligación de presentar batalla en condiciones desfavorables, establecerse cerca de una base bien provista de los más raros elementos en el desierto, como el agua y los transportes por vía férrea, eran ventajas que, obtenidas de golpe y a tan poco costo, ponían a los aliados en condiciones de evidente inferioridad.

Para el ejército de Buendía, los resultados de la toma de Pisagua eran indudablemente catastróficos por las razones ya expuestas y, a menos de proceder con suma energía, su situación sería cada vez peor.

La toma de Pisagua marcó el comienzo de una serie de desgracias para los aliados, dadas las condiciones materiales en que se encontraban las fuerzas improvisadas o colecticias de que disponían.

CONSIDERACIONES

Al establecer sus tropas en Tarapacá, los aliados sólo pretendían defender el territorio cuya invasión parecía inminente; pensaban, además, en no dejar caer en manos del enemigo, las fuentes de recursos y las entradas importantes que brindaba la explotación y exportación del salitre. Para realizar este papel, el ejército de Buendía debía defender los puertos del litoral e impedir los desembarcos enemigos, debiendo hallarse dispuesto en forma tal que pudiera concentrar sus fuerzas en los puntos amagados para arrojar a sus barcos al enemigo que pisara tierra. Con este fin las tropas del General Buendía fueron distribuídas a lo largo de la costa, ocupando con pequeños destacamentos los lugares probables de desembarco; con análoga misión se enviaron 800 hombres a Monte Soledad, situado en los límites con Atacama, para detener el avance por tierra, muy poco probable, del adversario. Procediendo de esta manera, los aliados adoptaron el dispositivo en cordón, que era el menos favorable para el caso.

Es verdad que en espera del enemigo que tiene a su favor la iniciativa de las operaciones, se deben enviar vanguardias sobre los puntos donde el ataque es probable, para que prevengan al grueso y establezcan una primera resistencia, tal como se practica en la guerra de montaña; pero, ello tiene sus restriciones y obedece a cálculos fijos que no se pueden descuidar. En efecto, para que la operación así concebida produzca buenos resultados, es necesario que esas vanguardias tengan la suficiente capacidad de resistencia para contener al enemigo y para bastarse a sí mismas hasta la llegada del grueso y que éste se halle suficientemente cerca para acudir como masa de maniobra, con la rapidez del rayo, al punto amagado. Para esta clase de operaciones, el grueso deberá disponer de todos los elementos de transporte necesarios, a fin de actuar en masa, empleando, desde el momento de su llegada frente al adversario, toda la potencia ofensiva requerida; cuidará, además, gracias a un buen servicio de datos, de no golpear en el vacío en caso de que el primer ataque del adversario no constituya sino un simple amago o una finta o diversión.

En la defensa del litoral sucede lo mismo que en la defensa de los ríos, en la que el defensor deberá guardar los pasos, e inutilizar algunos para canalizar la acción del adversario, cuidando de mantener sus gruesos en el lugar geométrico que le permita acudir, sobre seguro, cuando el enemigo se encuentre en pleno pasaje. En los desembarcos, el empleo que haga el atacante de los cañones de sus naves favorecerá mucho su operación.

Luego que realiza el desembarco, el invasor se encontrará en situación angustiosa, pues los elementos que trasporta una escuadra son forzosamente inferiores a los que maniobran en tierra, al comienzo, por el escalonamiento obligado de los que desembarcan y por las dificultades que ofrece el abastecimiento realizado únicamente por la vía marítima. Cuando, además de las razones anotadas, el desembarco se realiza en territorio privado de recursos de vida, como es el de Tarapacá, la ocupación del territorio y el sostenimiento en tierra del ejército invasor se hace cada vez más difícil.

Un ejército que desembarca cuenta como principal apoyo con el radio de acción de los cañones de sus barcos de guerra y las operaciones que realice con el fin de ensanchar su base pueden ser limitadas fácilmente por el defensor que, procediendo con presteza y oportunidad, estará en condiciones de cercarlo. Este sistema es poco recomendable por ser pasivo y porque permite que el agresor aumente sus fuezas paulatinamente, hasta poder romper el cerco. Pero, también se puede atraer al invasor hacia el interior del país para batirlo por acciones concurrentes, tratando de cortarle sus comunicaciones con la base marítima que acaba de conquistar.

Ninguna de estas posibilidades fueron contempladas en el plan de los defensores de Tarapacá porque, a pesar de que guardaron los probables desembarcaderos, el grueso no estaba ni orientado ni en condiciones de acudir en socorro de las que titulamos vanguardias; tampoco pensaron en la conveniencia de establecer uno o dos agrupamientos de maniobra en el interior, a lo largo de las ferrovías de Iquique-Pozo Almonte, Pisagua-Negreiros, o sobre Lagunas, término del ferrocarril a Patillos; esta disposición les hubiera permitido acudir con rapidez a cualquier punto, utilizando ese magnífico medio de transporte. El grueso aliado fue establecido en Iquique-La Noria, sin que el comando ideara ni preparara la concentración inmediata sobre los probables desembarcaderos. La peor solución: "la defensa por la defensa", fue la adoptada; Buendía creyó seguramente que el enemigo atacaría al grueso y, en este concepto, los destacamentos del norte y sur del litoral de Tarapacá; formaban para él las alas de su dispositivo en cordón, ya que no eran las vanguardias donde debía concurrir la masa total que, como vemos, no estaba situada en condiciones de hacerlo.

Se debe advertir que el ejército chileno no terminó totalmente su desembarco sino el 7 de noviembre y que, en consecuencia, si hubieran existido en Aguas Santa dos divisiones peruanas y una o dos en Camarones procedentes estas últmias del ejército de Tacna-Arica, pudieron haber arrojado el 3, a más tardar el 4, a los elementos desembarcados que pasaban entonces una grave crisis en cuanto a recursos (agua especialmente) y que se encontraban en difícil situación táctica. De otro modo, si el Comando Supremo de los aliados quería confiar la defensa exclusivamente a las tropas de Buendía, como lo hizo, éste debió dar desde las diez u once de la mañana del 2, y aun mucho antes, cuando era indudable que el grueso chileno se lanzaba sobre Pisagua, las órdenes telegráficas convenientes para que las dos divisiones que suponemos en Agua Santa, más los batallones intactos de la División Villamil, se concentraran por ferrocarril y por tierra en Jazpampa o en Zapiga; hubiera dispuesto, además, que las otras dos divisiones, que suponemos en Pozo Almonte, al término de la línea de Iquique, se pusieran en marcha por tierra para Agua Santa, de donde concurrirían por ferrocarril a la concentración general de Jazpampa. Este lugar se hubiera tomado, en ese caso, como base de partida para rechazar al invasor, a más tardar el 4, cuando aun era débil en tierra.

Cualquiera que fuera el procedimiento adoptado, la ofensiva debieron hacerla llevado los aliados en forma de cortar al agresor de su base, aun inestable, de Pisagua.

La operación era factible, y no pertenece al reino de la fantasía. Para que se efectuara era necesario que hubiera estado planteada en la forma que se ha indicado; que las tropas de Pozo Almonte estuvieran entrenadas en la marcha por el disierto y dotadas de los elementos necesarios para trasportar agua durante la jornada de Pozo Almonte a Agua Santa. El enemigo no podía oponerse a su libre desarrollo, porque no hubiera podido lanzar al interior, como sucedió, sino ligeras puntas que se habrían estrellado con los primeros batallones llegados a Jazpampa en socorro de los elementos en orden recogidos de Pisagua.

Si por el contrario el invasor se hubiera lanzado en fuerzas contra los primeros agrupamientos concentrados, era fácil retardarlo y aun retrogradar para entretenerlo hasta la llegada de los demás elementos; en ese caso, cuanto más penetraran al interior los primeros elementos desembarcados, más aislados se verían y cada vez más lejos del apoyo de la escuadra.

Finalmente, si comenzaba a reembarcarse, atemorizado, nada más simple que lanzarse sobre él y arrojarlo al mar precipitando su desastre en el momento crítico del reembarque. Para uno u otro caso se debía conservar el contacto, tomando datos de lo que el invasor realizaba y hasta de lo que intentaba realizar.

El plan chileno fue formado al azar, sin idear maniobra ni operación estratégica alguna; contempló el desembarco en el puerto de Pisagua, como lo hubiera hecho en cualquier otro. Las discusiones del Comando chileno a este respecto, que hemos expuesto y que duraron largos meses lo prueban sin lugar a dudas: pensaban atacar por tierra a lo largo del litoral; desembarcar al norte del ejército de Tacna, en Ilo; emprender sobre el Callao y la Capital; desembarcar en Iquique, a pesar del defensor. Por fin resolvieron la ocupación de Pisagua sólo por el afán de pisar tierra peruana llevando la guerra al territorio enemigo y para tener "prenda segura", si es que se producía una mediación o intervención extranjera. La diplomacia, sin valerse de la estrategia, fue la que decidió la toma de Pisagua; al Comando chileno no se le dejó pensar en el adversario, sino, simplemente, en el territorio por ocupar.

Cuando se dispone de la iniciativa de las operaciones, cuya obtención cuesta a veces duros sacrificios, se le debe explotar para imponer la propia voluntad al enemigo. El simple hecho de poseerla representa un importante factor moral, porque subordina al adversario a nuestras decisiones iniciales y lo limita a soportar con obligada pasividad los golpes que recibe.

La iniciativa de las operaciones permite desencadenar la ofensiva en las condiciones más ventajosas. Gracias a ella, se dispone de la más grande independencia para determinar el objetivo militar de una campaña; el teatro de operaciones puede ser escogido con toda latitud, tanto en lo que se refiere a recursos como a la orientación general de la ofensiva; la más completa libertad de acción estratégica pertenece al ejército que tiene la iniciativa; el comando de éste puede establecer sus planes contando con la sorpresa estratégica, que desde ese momento es su aliada.

Los chilenos no se percataron de los beneficios que les reportaba la situación, puesto que no aprovecharon de ella. Lejos de explotar la movilidad marítima insuperable, de que disponían, quisie-

ron atacar de frente el puerto de Iquique, haciendo el juego del adversario que, reunido en esa zona, esperaba el ataque. Idearon asimismo, desembarcar al sur de Iquique y si no lo hicieron fue por falta de aguadas, sin reflexionar que esta operación los obligaba a perseguir ulteriormente al enemigo, si éste se retiraba al norte, dándole ocasión para que se apoderara de líneas sucesivas de resistencia, realizando destrucciones sistemáticas a su paso (pozos de agua, etc.), para obstaculizar su progresión.

Con estos proyectos parecían desdeñar las ventajas de la sorpresa estratégica y dejarse atraer por el enemigo en posición, lo que, disponiendo de la iniciativa de las operaciones, eran dos graves atentados contra los principios del Arte de la Guerra.

El puerto que se escogiera para el desembarco debía, teniendo en cuenta los reflexiones anteriores, reunir varias condiciones de orden estratégico: proximidad a uno de los núcleos principales del enemigo, de Iquique o de Tacna-Arica, para lanzar, sobre el que fuera, una ofensiva táctica fulminante, sin permitirle reunir la totalidad de sus medios, que se sabía que estaban diseminados; desembocadura de la ofensiva sobre la línea de comunicaciones del agrupamiento elegido, para obligarle a buscar una batalla general, que tendría, en ese caso, carácter decisivo; introducción del invasor en cuña entre los principales agrupamientos adversos, para separarlos.

Ahora bien: la ofensiva violenta sobre uno de los núcleos principales de las tropas aliadas, implicaba el desembarco sorpresivo en un lugar que no distara sino una jornada del agrupamiento por atacar, a fin de salvar de un solo salto las dificultades que presenta el desierto y para no prevenir al enemigo efectuando una prolongada aproximación.

El puerto que reunía estas condiciones, si entre los chilenos hubiera primado una aquilatada tendencia militar y si su fin hubiera sido, como debió, la destrucción de las fuerzas aliadas, era Caleta Buena, de buen desembarcadero y situada a 35 kilómetros de Iquique.

Esta caleta desguarnecida permitía un desembarco sorpresivo, que podía efectuarse aún de noche, para trasladarse inmediatamente contra el grueso de la región de Iquique, debilitado a consecuencia de los destacamentos enviados al norte y sur del litoral y hacia Monte Soledad. Los chilenos hubieran realizado en seguida el avance sobre Iquique por el camino de la costa, bajo el apoyo de la escuadra y con la dotación de agua necesaria para una jornada o dos.

Bombardeando Iquique con los cañones de la escuadra para fijar a los defensores ante la amenaza de un probable desembarco y presentándose por su espalda, por sorpresa, los hubieran obligado a morir en la pelea o a dispersarse para vagar en el desierto.

Desembarcando en Caleta Buena, el Comando chileno pudo también, con visión más limitada, haber "estallado" en puntas o destacamentos sobre Mejillones y Agua Santa, y sobre Hospicio-Pisagua para destruir a los batallones bolivianos que los guarnecían; así, habría obtenido triunfos pequeños que, sumados, debilitarían la fuerza moral y material del Ejército de Tarapacá.

El Alto Comando chileno cometió otro grave error proveniente de que no procedió con la intención de buscar al enemigo, único objetivo que debe perseguir un ejército en campaña. En Atacama quedaron varios regimientos y batallones de infantería, para cubrir este departamento de las operaciones que los bolivianos pudieran emprender desde el interior de su país, y sólo algunos días después se reunió una parte de ellos al grueso que operaba en Tarapacá; procediendo de este modo, formó dos escalones sucesivos en su ofensiva estratégica, quedando el segundo realmente inútil en el primer momento, sin poder cooperar al resultado general de la campaña. Por otra parte, Antofagasta no era sino una simple base secundaria y no debían haber empleado tanta tropa para cubrirla, corriendo el riesgo de empeñarse gota a gota en el teatro principal de operaciones y de realizar, por decirlo así, una "ofensiva en cordón" formada de esfuerzos aislados y dispersos en profundidad. En Chile quedaron, asimismo, numerosas tropas que hubieran podido concurrir a las operaciones que se iniciaban. La única limitación que justificaría este proceder hubiera sido la falta o carencia de barcos de transporte.

La ocupación chilena de Antofagasta se hubiera mantenido de por sí, durante unos días, hasta que las fuerzas adversas fueran destruídas y, con esto se afirmaba para siempre la ocupación. Claro es que en toda base de partida debe quedar una guarnición de seguridad, pero ésta debe ser lo más reducida posible para no menoscabar las fuerzas encargadas de la operación principal; un buen sistema de informaciones hubiera hecho saber a los chilenos que la Qunta División boliviana, de Campero, que ellos han llamado siempre "Ejército de Campero", no contaba sino con cuatro malos batallones de los que tres se desbandaron antes de salir de su país, sin haber oído un solo tiro.

De lo anterior, parece deducirse que el comando chileno no tuvo fe en la potencia ofensiva de sus tropas y que guardó una especie de reserva estratégica, cuya conservación ha sido perjudicial en todos los tiempos.

El desembarco en Pisagua constituía, sin que los chilenos lo hubieran previsto así, como venimos demostrándolo, una magnífica operación estratégica que permitía ocupar posición central entre los ejércitos aliados de Tarapacá y de Tacna, cortando las comunicaciones entre uno y otro. Pero, la posición central se elige deliberadamente en vista de las operaciones subsiguientes y no se toma simplemente, al azar; en efecto: la única finalidad que se persigue al tomarla es hallarse en situación favorable para batir en detall al adversario, y, por consiguiente, luego que se conquista, llega la hora de emprender activas operaciones contra uno u otro de los núcleos adversos, sin darles tiempo a que se reúnan. Para realizar esto, en el caso que estudiamos, era necesario pisar tierra lo más cerca posible del agrupamiento aliado que se quería batir primero y si el plan fue actuar contra el ejército de Buendía, el desembarco debió haberse efectuado en un punto más próximo a Iquique, donde se hallaba el grueso de éste; pero, muy al contrario, así como los invasores no habían sabido explotar la libertad de acción que les proporcionaba su movilidad en el mar, tampoco supieron aprovechar su situación inicial y, lejos de extender su huella en el país, se limitaron a procurarse agua y elementos de

vida, como si hubieran de vivaquear indefinidamente en la estrecha zona que ocupaban. El comando chileno, habiendo conquistado una situación excepcionalmente favorable, no supo o no quiso valerse de las ventajas que ésta le proporcionaba, dejando que, día a día, su expectativa se hiciera angustiosa e insostenible porque su proyecto de operaciones estaba falseado y porque la campaña que había iniciado carecía de objetivo militar definido.

La operación material del desembarco fue bien realizada por la tropa y la preparación del ataque, por los cañones de los barcos, favoreció como debía su ejecución.

Pero la dirección táctica fue un fiasco evidente, que llegó a desmoralizar a los mismos atacantes haciendo pensar a los jefes en abandonar la operación y obligándolos a sablear a sus soldados para hacerlos entrar en la lucha, conforme consta en documentos de la época, si los que no lo afirmaríamos *.

Efectivamente, el ataque frontal está siempre condenado al fracaso, origina pérdidas inútiles y es el más sangriento; embestir de frente una trinchera para tomarla, pudiendo rodearla, con el mismo resultado, es simplemente absurdo. La sorpresa táctica, las fintas para debilitar al enemigo y distraer su atención, el envolvimiento cuando se dispone de la superioridad numérica para hacerle consentir que su resistencia es inútil, son procedimientos de ejecución que emplea cualquier jefe de tropas y que están al alcance de todas las mentalidades.

La sorpresa táctica pudieron obtenerla los chilenos abriendo el fuego de cañón y lanzando al mismo tiempo los botes de ataque antes de la salida del sol; desembarcando un destacamento en Junín desde temprano, para que atacara paralelamente con los que lo hacían en Pisagua, y aún antes, pudieron dividir la atención del defensor; y, en fin, rodeando la plaza por medio de tropas desembarcadas en Pisagua Viejo, al norte de Punta Pisagua, pudieron coronar las alturas y cerrar el paso a los aliados, obligándolos a ceder ante esta simple amenaza.

Faltó también acuerdo entre la artillería y la infantería del ataque. Las naves tuvieron que suspender su fuego durante una hora, hasta que las tripulaciones de desembarco estuvieran expeditas.

Todo estos acusa falta de dirección y pone en evidencia que entre esos 10.000 hombres, no había elemento eficaz de coordinación.

La victoria la obtuvieron los atacantes, por la incomparable superioridad material de que dispusieron. Desde luego, en la guerra se debe siempre ser el más fuerte y no suponer jamás que sea nocivo poseer una potencia aplastante; el desastre, es para quien lo sufre, el castigo merecido por no haber sabido acumular, a tiempo, los medios necesarios para vencer.

Los defensores cometieron gravísimo error táctico en retirarse de Pisagua sin destruir la vía férrea y el material rodante que se hallaba en el puerto, así como los depósitos de agua. El combate y

* En un estudio como el que desarrolla esta Obra, lo que interesa es saber cómo se hace la guerra y "presenciar" lo que en ella ocurre. La tarea sería falsa, por completo si dejáramos aconsejar al patriotismo y si alentáramos prejuicios o si vertiéramos lo que dicta la pasión nacionalista.

la presión del enemigo los forzó a replegarse unidad por unidad y casi hombre por hombre, sin ejecutar las necesarias inutilizaciones, y por eso, en análogos casos el comando debe tener un plan previo de destrucciones, listo para ponerlo en práctica en el momento oportuno, impidiendo para ello que los encargados de su ejecución se dejen absorber por el combate. En el fragor e incertidumbre de la lucha, llevado por los vaivenes de la situación del momento, el comando olvida estos detalles que son innecesarios mientras se espera vencer, pero que se vuelven primordiales cuando no se obtiene la victoria.

Ekdahl dice que el defensor debió tender alambradas para reforzar los sucesivos terraplenes de la ferrovía y del camino carretero donde se efectuó la defensa: parece olvidar que, si este procedimiento accesorio se practicó alguna vez como medio fortuito, no se hizo sistemático sino después de la Guerra Ruso-japonesa, bajo cuya impresión escribe y, por consiguiente, hace una observación completamente anacrónica.

El desembarco de Urriola por Junín resultó siendo una operación desconectada del resultado general y esa División estuvo expuesta a ser batida aisladamente; la hora en que llegó a situarse en el plano superior de la cadena de la costa, hizo inútil su cooperación. Después, durante la noche, extraviada en el desierto, estuvo a merced del ataque sorpresivo de cualquier adversario en orden.

En la dirección y coordinación de este desembarco secundario, por no cuidar de la ensambladura de las fuerzas, también falló el comando chileno. Entre Pisagua y Junín no median sino 8 millas, que cualquiera de los barcos de la escuadra chilena hubiera recorrido en menos de una hora, como lo hicieron los transportes que llevaron a Urriola; a las 3 de la tarde los atacantes de Pisagua estaban ya en posesión de Hospicio y nada hubiera sido, pues, más simple y acertado que enviar un barco a prevenir a Urriola de este hecho, a fin de que economizara fatigas inútiles a su tropa, suspendiendo el laborioso desembarco que sólo a las 5 de la tarde se dio por terminado.

La resistencia de los aliados que combatieron en Pisagua, fue heroica y sobrepasó el límite de lo que se puede pedir a los mejores soldados de fila.

Desde las 6 y 35 de la mañana, en que se inició el cañoneo, hasta cerca de las tres de la tarde, durante casi 8 horas, 1000 aliados resistieron a 10.000 soldados chilenos. Es cierto que el desembarco de éstos fue progresivo y que a la 1 de la tarde sólo habían cerca de 4000 hombres en la playa; pero, no se debe olvidar que desde el comienzo de la acción la masa de ataque era superior en forma abrumadora y que en el combate los soldados no cuentan a sus adversarios, sino que aprecian su potencia por las formas exteriores; en este caso, cualquier defensor pudo calcular con rapidez el efectivo de tropa que podían contener las 19 naves que aparecían ante ellos.

Además, se debe tener muy en cuenta el poder destructor que representaban cinco barcos de guerra cargados de cañones de grueso calibre, que hicieron fuego con todas sus piezas durante siete horas, silenciando sólo de 8 a 9 de la mañana y disparando 600 proyectiles pesados, casi a razón de uno por cada defensor.

CAPITULO V

CAMPAÑA DE TARAPACA

SAN FRANCISCO

Operaciones después de la toma de Pisagua.- Combate de Germania.- Concentración del ejército aliado de Tarapacá.

Planes de operaciones.- Plan de los aliados.- Plan de los chilenos.

El Ejército de Daza.- Disposiciones del comando chileno.

Batalla de San Francisco.— El terreno.- Fuerzas en presencia y dispositivo.- Preliminares de la batalla.- La acción.- Resultados.

Operaciones marítimas.

Consideraciones.

* OPERACIONES DESPUES DE LA TOMA DE PISAGUA

Conduciendo la retirada hacia Iquique, de las tropas derrotadas en Pisagua, el General Buendía pasó la noche del 2 al 3 de noviembre en Dolores. De este lugar, utilizando la línea telegráfica, dio cuenta al Director Supremo de la Guerra de los sucesos de ese día y, dirigiéndose a su jefe de Estado Mayor, Coronel Suárez, que se encontraba en Iquique, le ordenó que concentrara el ejército en la región de Pozo Almonte, con la mira de tenerlo más próximo al del invasor y en potencia para emprender operaciones ulteriores. Además, en vista de la desmoralización de las tropas que lo rodeaban, pensó tomar mayor espacio en la retirada para recobrar su libertad de acción y decidió reforzar a los cuerpos que estaban bajo sus órdenes inmediatas con otros que no se hubieran contagiado con el mal ejemplo de los batallones bolivianos, dispersos después de Pisagua.

Para realizar este último propósito, ordenó al Coronel Suárez que enviara hacia Agua Santa a la División Vanguardia y a un Escuadrón de caballería.

Después de dar estas órdenes, dejó Dolores en la madrugada del 3 de noviembre y continuó sobre Agua Santa donde, gracias a

---

* Croquis Nº 4.

la reunión que había ordenado, esperaba disponer de tropas suficientes para hacer frente a las primeras operaciones que emprendiera el adversario.

Llegado a Agua Santa el mismo 3 en la tarde, recibió al Batallón "Aroma" que había dejado su guarnición de Mejillones, al enterarse de la ocupación de Pisagua, para incorporarse al grueso. Con las tropas de este batallón llegó a tener cerca de 1500 hombres bajo su mando directo.

El Comandante en Jefe esperaba con impaciencia la llegada de las tropas que había pedido a su Jefe de Estado Mayor cuando al atardecer del 4, se presentó en el campamento el Teniente Coronel Roque Sáenz Peña * con la noticia de que la División Vanguardia, despachada de Pozo Almonte el día 3 por el Coronel Suárez, quien estaba iniciando la concentración de las tropas en ese lugar, había regresado desde Santa Adela a su punto de partida después de marchar sólo 15 kilómetros en el desierto, porque su jefe, el Coronel Justo Pastor Dávila, alegaba que por falta de agua y de medios para transportarla, le era imposible continuar desempeñando la misión que se le había confiado.

Sáenz Peña notició a Buendía, además de que el escuadrón que había pedido estaba en marcha hacia Agua Santa, a órdenes del Teniente Coronel peruano Sepúlveda, formado por 90 jinetes —46 de Húsares de Junín" Nº 1 y 44 del Regimiento boliviano "Bolívar" Nº 1 de Húsares— que habían emprendido la marcha desde Iquique.

En vista de estas informaciones, el Comandante en Jefe decidió evacuar Agua Santa y trasladarse hacia el grueso, dados los escasos efectivos que tenía a sus órdenes inmediatas y con el fin de cumplir las disposiciones formales del General Prado que, desde Arica, le decía por telégrafo que "reconcentrara todo el ejército sobre la línea férrea de Iquique, entre Pozo Almonte y La Noria".

El 5 se hallaba el General disponiendo la partida de las tropas hacia Pozo Almonte, cuando por la vía de Negreiros regresó una locomotora, despachada en la mañana para recoger los elementos materiales abandonados a lo largo de la línea férrea a Jazpampa; en ella volvía el Coronel Masías muy alarmado, dando a grandes voces la noticia infundada —como se verá después— de que todo el ejército chileno estaba en marcha de Dolores hacia Agua Santa y que ya se encontraba a pocas decenas de kilómetros. El Comandanete en Jefe precipitó entonces los preparativos de partida y el 6 a las 11 de la mañana emprendió marcha al sur con sus diezmados batallones.

Antes de abandonar Agua Santa, Buendía dispuso que se prendiera fuego a los depósitos de víveres, forrajes, carbón, etc., que existían en ese lugar, formados por la acumulación de estos artículos remitidos desde Arica, por Pisagua, para la alimentación y sostenimiento del Ejército de Tarapacá; esta destrucción, como la inutilización de la maquinaria de sacar agua que existía en el lugar, fueron las únicas operaciones de este género que ordenó Buendía desde que se realizó el combate del 2 de noviembre.

* Después Presidente de la República Argentina que, movido por el alto sentido de justicia de nuestra causa, tomó un puesto en las filas del Perú, batiéndose en San Francisco, en Tarapacá y en Arica, con singular valor.

En tanto que los aliados efectuaban estas operaciones, el comando chileno continuaba desembarcando en Pisagua el resto de sus tropas y elementos de guerra, que estableció entre Hospicio y el Puerto. El desembarco sólo se dio por terminado el 5 de noviembre, aunque los últimos elementos no estuvieron en tierra hasta el día 7.

La operación del desembarco y la ocupación del litoral fueron ejecutadas sin claro concepto militar. En efecto, el comando de toda tropa que toma tierra debe conquistar una zona de seguridad, lo más pronto posible, con los primeros elementos que han desembarcado, a fin de proteger la operación general del ejército que pasa por un período crítico mientras no estén en tierra todas las fuerzas y no tengan el espacio necesario para adoptar apropiadas disposiciones de lucha.

Esa zona de seguridad debe extenderse y penetrar en la comarca cada vez más, siendo garantizada, sea por fracciones de tropa que tengan la suficiente capacidad de resistencia para contener un ataque del enemigo mientras el grueso toma sus disposiciones, sea por elementos de caballería cuya movilidad les permite ingresar con rapidez en el territorio y proporcionar informaciones oportunas, cubriendo con el dato, a fin de formar un amplio margen de seguridad para que el comando tenga libertad de acción. Por otra parte, inmediatamente después de triunfar en un combate cualquiera, todo jefe de tropa debe conservar el contacto con el enemigo al que ha vencido: tanto para destruir las unidades organizadas que éste haya salvado del encuentro, realizando así la explotación del éxito y ulterior persecución; como para tener informaciones precisas de su actitud y estar prevenido, a tiempo, de cualquiera operación que intente.

El comando chileno, con olvido absoluto de todo precepto, ni constituyó esa zona de seguridad ni conservó el contacto y su caballería, que debió encargarse preferentemente de estas misiones, no recibió las órdenes oportunas y necesarias para hacerlo, puesto que sólo tuvo algunos elementos en tierra, dos días después de la toma del puerto.

Este grave error inicial fue remediado, en parte, por iniciativa del Teniente Coronel de guardias nacionales J. Vergara, secretario del General en Jefe chileno, quien propuso y obtuvo el 4 de noviembre que le fueran confiados dos medios escuadrones de "Cazadores a Caballo", con un efectivo total de 175 hombres, para seguir la línea del ferrocarril y buscar pozos de agua cerca de ella, así como para recoger los víveres y materiales que hubieran abandonado los aliados.

La misión de que Vergara se encargó voluntariamente era de simple allegamiento de recursos y reconocimiento del terreno, sin tomar en cuenta al adversario para nada, puesto que no pretendía realizar hostilidad alguna ni había pensado en la conveniencia de recobrar el contacto.

Vergara partió de Hospicio en la noche del 4 al 5 y siguió la línea férrea por San Roberto, Jazpampa y Dolores; en estos lugares encontró efectivamente algunos víveres, así como parte del material rodante, especialmente vagones cisternas, y pudo comprobar

que los codiciados pozos que buscaba estaban intactos y con sus maquinarias en pleno rendimiento.

Satisfecho de su hallazgo, se apresuró a despachar a Pisagua sucesivos convoyes con agua y víveres, utilizando para ello las locomotoras y los vagones que encontró abandonados en la ferrovía, cargados y listos para partir hacia Agua Santa.

El 6 en la madrugada, Vergara salió de Dolores y continuó sobre la línea férrea para alcanzar Agua Santa, donde esperaba encontrar recursos más abundantes. A media tarde de ese día, el destacamento chileno distinguió las llamas y la humareda que producía el incendio de los depósitos de Agua Santa y, prosiguiendo hacia este punto, llegó cerca de la oficina salitrera Germania.

Los elementos más adelantados de las tropas de Vergara fueron los que viera el día 5 el Coronel Masías, pasajero de la locomotora de que ya se ha hablado, y su presencia fue la que originó exagerada alarma en el campo de Buendía.

COMBATE DE GERMANIA

6 DE NOVIEMBRE

Los húsares aliados que a órdenes de Sepúlveda habían hecho larga marcha desde Iquique por Pozo Almonte, para llegar en apoyo de los defensores de Pisagua, se cruzaron el 6 con las tropas de Buendía en la oficina Peña Chica, al sur de Agua Santa, cuando el General abandonaba este último lugar.

En la citada oficina Sepúlveda recibió órdenes para continuar hacia la línea del ferrocarril, a fin de tomar el contacto con el enemigo que había sido señalado, conservar el último tramo de la ferrovía y detener cualquier incursión de los elementos ligeros del invasor. Con esta misión, el Escuadrón aliado pasó por Agua Santa y continuó al norte en la tarde del mismo día, con la intención de alcanzar la oficina de Negreiros en la noche.

Cuando las tropas de Sepúlveda llegaron a Germania, a las 4 de la tarde, su jefe dispuso que el ganado fuera desensillado, que la tropa tomara un ligero descanso y que atendiera a su alimentación. Para prevenir cualquier sorpresa ordenó que en la dirección de Negreiros, sobre la cerrillada que corre entre las dos citadas oficinas salitreras, por donde podía aparecer el enemigo, fueran establecidos algunos vigías y, entre ellos, un trompeta que debía advertir a las tropas con el toque de generala.

Poco hacía que los aliados reposaban en Germania, cuando sonó el clarín, los vigías dieron la señal de alarma y, descendiendo de las colinas, se replegaron al grueso. La alarma era justificada porque, efectivamente, detrás de ellos apareció por la cerrillada de Negreiros un pelotón de caballería, perteneciente al Destacamento chileno de Vergara.

A la vista del adversario, Sepúlveda dispuso su Escuadrón para el combate y ordenó que un pelotón avanzara a pie, en guerrilla, para contener al enemigo por el fuego mientras los demás ensillaban y montaban a caballo. A los primeros tiros de la guerrilla el pelotón chileno volvió grupas, dejando algunos heridos, pero reapareció a poco acompañado por numerosos jinetes. Sepúlveda ordenó

entonces que la primera guerrilla fuera reforzada por otro pelotón en igual formación y conservó a sus órdenes dos pelotones, con uno de los cuales pensaba atacar a caballo, confiando el otro al Mayor boliviano Soto como reserva del conjunto.

El tiroteo duraba algunos minutos cuando, desembocando de los médanos, por la izquierda de los tiradores aliados, se presentó un gran número de jinetes contra los que Sepúlveda, con el pelotón a sus órdenes inmediatas, se lanzó a la carga con ímpetu. El choque se produjo vigorosamente, entre los cazadores de Vergara y los húsares aliados, y la lucha se hizo encarnizada.

Mientras duraba la refriega en la izquierda aliada, otra compañía de jinetes chilenos desembocó de atrás del cerro de Negreiros cargando sobre la derecha de la línea de tiradores. Esta compañía recibió el ataque a caballo de los de Soto, que tenía órdenes expresas para cargar a cualquier otra tropa que apareciera.

En estos choques parciales los chilenos llevaban la ventaja del número y como sólo los jinetes peruanos disponían de sable, debiendo los bolivianos batirse a culatazos, a caballo, se produjo una confusión y desorden completo en las filas aliadas, rodeadas y atacadas por todas partes por efectivos muy superiores.

La lucha duró algunos minutos y el campo quedó cubierto con los cuerpos de los húsares, muertos o heridos, salvando sólo unos cuantos. Los chilenos no hicieron sino tres prisioneros, asegurando Vicuña Mackena que "el Teniente boliviano E. Gómez fue el único que se libró para conservarlo como trofeo" y, agregando, para disculpar la matanza de heridos y prisioneros efectuada por los vencedores, que "es difícil reunir uno a uno a los que se rinden". Entre los cazadores chilenos sólo hubieron tres muertos y seis heridos, lo que prueba que la mortandad de aliados no se debió exclusivamente al combate.

Vergara después del encuentro hizo retrogradar a sus tropas y durmió en el desierto, para escapar a cualquier acción sorpresiva de los aliados.

Con este combate de caballería quedaron en poder del invasor, la línea del ferrocarril que parte de Pisagua, los pozos de agua y las oficinas salitreras que se encuentran a lo largo de ella, hasta Agua Santa inclusive. Pero Vergara no supo conservar su conquista, porque regresó en la madrugada del 7 por el mismo camino que había traído, para dar cuenta al comando de su hazaña, perdiendo voluntariamente las posibilidades de contacto y abandonando el terreno que había ocupado.

CONCENTRACION DEL EJERCITO ALIADO DE TARAPACA

Buendía con los restos de la División Villamil y con los peruanos defensores de Pisagua llegó a Pozo Almonte al anochecer del 7.

Según las órdenes impartidas desde Dolores por el Comandante en Jefe, el Coronel Suárez había dispuesto la concentración en La Noria-Pozo Almonte de las tropas de Iquique, de las guarniciones del litoral sur de este puerto y de la fracción de la División Exploradora que se hallaba en Monte Soledad. En cumplimiento de estas disposiciones, las tropas marcharon a la concentración desde el 3 al 7 de noviembre, y este último día se hallaron reunidas en

la región señalada. Poco después, el 9, como todo hacía suponer que era necesario emprender operaciones al norte, se dejó La Noria y todas las fuerzas se reunieron en Pozo Almonte.

En Iquique, para custodiar la plaza e impedir un desembarco de la marinería de los buques chilenos que la bloqueaban, así como para atender a la artillería de la defensa, quedó la Quinta División mandada por el Coronel Ríos, la que estaba formada como se sabe por soldados improvisados en la región. Estos hombres podían resistir a pie firme en el puerto, pero no parecían tener la aptitud militar necesaria para emprender campaña activa, con penosas marchas en el desierto.

El destacamento de la división Exploradora que se encontraba en Monte Soledad, en el límite sur del departamento, inició su marcha al mismo tiempo que las divisiones de Iquique; pero, como debía recorrer 140 kilómetros de desierto, no llegó a la concentración sino el 15, alcanzando al grueso en Santa Adela, al norte de Pozo Almonte, adonde éste se había trasladado a partir del 14.

El 15, en Santa Adela, el ejército aliado de Tarapacá contaba con 7500 soldados formados en las

Divisiones {
Velarde, Primera
Cáceres, Segunda
Bolognesi, Tercera
Dávila, Vanguardia o Cuarta
Mori Ortiz, Exploradora o Sexta
Villegas, Primera Boliviana, y
Villamil, Tercera Boliviana.

La artillería, dotada de 18 piezas de bronce, de a 4, 6 y 9, fue afectada a las divisiones cuando se inició la marcha. Igual afectación recibieron las escasas y mal montadas tropas de caballería de que disponía el Ejército de Tarapacá.

PLANES DE OPERACIONES

La realización del desembarco ponía en evidencia las intenciones del invasor y lo ataba al litoral de Tarapacá. En estas condiciones, los aliados recobraban la iniciativa estratégica y estaban en el caso de proyectar y desarrollar el plan a que debían sujetar sus operaciones. Por otra parte, el hecho de hallarse el ejército chileno en cuña entre los ejércitos aliados de Tacna-Arica y de Tarapacá obligaba al General Buendía, cuyas comunicaciones estaban cortadas, a tomar la ofensiva sobre el adversario para recuperar sus líneas y normalizar su situación.

En efecto, tomando tierra en un punto del litoral, sin proseguir de inmediato la ofensiva, los chilenos cedían a los aliados la iniciativa de las operaciones que habían conquistado con sus triunfos en el mar, y se inmovilizaban en una región en que iban a sufrir las mismas penalidades, y a tropezar con los mismos inconvenientes que los aliados.

En otros términos, los chilenos que habían adoptado la ofensiva estratégica, lejos de prolongarla hasta la destrucción de uno de los ejércitos aliados se paralizaron entre éstos, ofreciéndose estáticos

al alcance de su acción. En consecuencia, el comando de ambos ejércitos, tenía que formular nuevos planes para orientar las operaciones; la situación había cambiado completamente y los aliados debían emprender la ofensiva, para rechazar del territorio al invasor y para restablecer su línea de comunicaciones.

PLAN DE LOS ALIADOS

Tan pronto como el General Prado recibió noticia del desembarco en Pisagua telegrafió a Buendía, en la noche del 2 al 3, "que si no tenía seguridad de mantener sus posiciones con buen éxito, era mejor que reconcentrara su ejército y diera la batalla con todas las fuerzas"; esta orden fue reiterada al día siguiente. Poco después le ordenó que reuniera todo el ejército entre La Noria y Pozo Almonte, para hallarse en fuerzas hasta recibir nuevas instrucciones. Con estas disposiciones, Prado procuraba conservar los efectivos del ejército aliado de Tarapacá, para que su acción fuera lo más potente posible, en la operación concurrente que proyectaba, y cuyas líneas generales se hallaban ya en la mente del Generalísimo.

Para establecer el plan, Prado convocó en Arica, el día 4, una junta de guerra a cuya consideración sometió sus ideas. En ella se acordó tomar la ofensiva haciendo converger sobre el invasor a los ejércitos aliados de Tacna y de Tarapacá. Para que la combinación tuviera debido efecto, la Junta decidió prevenir al Ejército de Tarapacá de la fecha en que las tropas de Tacna-Arica se hallarían listas y a distancia conveniente, a fin de que se produjera el ataque de consuno. En la misma reunión se resolvió, además, que sólo concurrieran las divisiones bolivianas, hasta entonces en Tacna-Arica, cuyo efectivo llegaba a 3000 hombres mandados por el Capitán General Daza, Presidente de Bolivia.

Estos acuerdos fueron comunicados a Buendía, indicándole que adelantara sus tropas a Pozo Almonte, para estar en condiciones de emprender marcha al norte tan pronto como fuera prevenido de la partida de Arica del Ejército de Daza.

El 9, el General Buendía recibió por telégrafo una información del Comando Superior, que decía: "En Tana estarán el 16 dos divisiones bolivianas con 15 cañones. A donde marche evite el atacar al enemigo sin seguridad". En consecuencia, para darse la mano con el Ejército de Daza que marchaba hacia el sur, Buendía partió de Santa Adela sobre Agua Santa el 16 de noviembre, cuando logró que se reunieran al grueso los más alejados destacamentos.

El plan establecía que Buendía alcanzara Dolores y Daza llegara a Tana, en la quebrada de Camiña, para converger desde esos lugares contra los chilenos establecidos en Pisagua - Hospicio - Jazpampa, a los que se pretendía cortar la retirada al mar.

De Pozo Almonte a Dolores había que recorrer 80 kilómetros, y de Arica a Tana, por el camino de Chaca, 150 kilómetros; la combinación era, pues, materialmente realizable; pero, desde el punto de vista táctico, se puede adelantar que la operación exigía el más estrecho enlace entre el comando de ambas tropas concurrentes, estando condenada al fracaso más rotundo, en caso contrario.

El plan, así concebido, comenzó a ponerse en práctica.

PLAN DE LOS CHILENOS

Es increíble que los chilenos que provocaban las hostilidades y se presentaban como invasores, no tuvieran un plan de operaciones definido. Al estudiar el plan general de la ofensiva chilena y el de desembarco, se ha comentado debidamente esta extraordinaria circunstancia.

Según las instrucciones recibidas por Sotomayor, el ejército chileno debía "desembarcar en un puerto del territorio, apoderarse de uno de los pozos de agua, fortificarlo y esperar ahí el ataque enemigo, no yendo a buscarlo por no estar suficientemente entrenado para tomar la ofensiva".

Poco después, el 6 de noviembre, en respuesta a los partes de la toma de Pisagua que enviara el ministro Sotomayor, recibió órdenes que le precisaban "avanzar a Pozo Almonte donde debía establecer un campamento fortificado alrededor de la aguada, estrechando a Iquique con una división; la caballería del ejército debía obrar en conexión con la caballería que estaba en Antofagasta y en el Toco, valle del Loa, merodeando por la falda de la cordillera para destruir o recoger los recursos del interior y hostilizar a La Noria. La escuadra debía bloquear estrechamente el puerto de Iquique; Pisagua debía ser fortificado, preparándolo como punto de retirada en caso de un revés".

Tales fueron las últimas y originales instrucciones que recibió el Ministro de Guerra en campaña y aún no había pensado en comenzar su ejecución, porque carecía de los abastecimientos que necesitaba escalonar hacia Iquique, cuando se vio asaltado en plena inacción y desorden por los esfuerzos inconexos de las tropas aliadas del Ejército de Tarapacá.

EL EJERCITO DE DAZA

De acuerdo con el plan establecido por la junta de guerra que se realizó en el puerto de Arica el 4 de noviembre, el General Daza dejó Tacna el 8 de ese mes, dirigiéndose por ferrocarril al citado puerto que alcanzó el mismo día. En Tacna quedaron algunas tropas bolivianas para guarnecer la ciudad y conservar la artillería de Bolivia (2 piezas), que no marchaban con el ejército porque faltaba ganado para transportarla.

En Arica, el Capitán General boliviano dio a sus tropas un nuevo descanso que nada justificaba, y, luego de ratificarse en los acuerdos tomados por la junta, sólo abandonó el puerto, para dirigirse por tierra al sur, el 11 de noviembre.

Los cuerpos de tropa que formaban el ejército de Daza, eran los siguientes:

Batallones:
- "Viedma"
- "Padilla"
- "Colorados"
- "2º de línea"
- "3º de línea"
- "Columna de Artilleros" (sin material)

Escuadrones:
- "Coraceros"
- "Escolta"

El efectivo total llegaba a 3000 hombres.

En Arica, Prado ofreció a Daza los 15 cañones peruanos de que había telegrafiado a Buendía, pero Daza rehusó este importante refuerzo pretextando que era conveniente no hacer pesada la columna que debía conducir por el desierto; en cambio, aceptó el escuadrón peruano "Tacna", mandado por el Comandante Albarracín.

Desde muchos días antes de que partiera al sur este ejército, el General Prado había dispuesto, con esmerada previsión e indiscutible talento logístico, que se establecieran pascanas a lo largo del desierto que debía recorrer, proveyéndolas de víveres y otros recursos en cantidad suficiente.

Partidas de Arica en la mañana del 11, las tropas de Bolivia marcharon 25 kilómetros y durmieron en la pampa; el día siguiente llegaron a Chaca, en la quebrada de Vítor; el 13 pasaron la noche entre esta quebrada y la de Camarones, que alcanzaron el día 14.

En este último lugar el General Daza dispuso que se diera descanso a las tropas, con la intención de proseguir al sur el 16, en que debió alcanzar Tana, según los acuerdos tomados. Pero, el 16 en la tarde, lejos de dirigirse hacia el enemigo, los bolivianos emprendieron el regreso a Arica por orden del Capitán General de Bolivia.

Las razones que para ordenar este movimiento asistieron al General Daza, cuyo valor personal había sido puesto a prueba en las numerosas contiendas políticas en que tomó parte, no están aún bien definidas. Algunos escritores, ocupándose de este obscuro asunto, sostienen que la tropa se negó a continuar al sur, lo que ha sido desmentido por el Coronel boliviano Camacho en forma rotunda y documentada; otros afirman que fue precisamente este Coronel quien llevó al Capitán General el aviso de que la tropa no quería seguir marcha. También se ha escrito que Daza quiso evitar a sus tropas más adictas los azares de la lucha, a fin de mantenerse en el gobierno de su país gracias a ellas. Por último, se asevera que Daza estaba de acuerdo con los dirigentes de Chile, lo que se pretende demostrar con el hecho efectivo de que, desde hacía tiempo, tenía conferencias secretas con agentes del Ministro de Relaciones Exteriores chileno, Santa María; la última de estas conferencias la celebró en Tana, precisamente, hasta donde llegó en persona, como se verá en seguida.

Desde el punto de vista militar, sólo interesa tener presente que el General Daza no cumplió con su deber y éste es el más grave delito que puede inculparse a un soldado en campaña y frente al enemigo.

El 16, las tropas bolivianas subieron la vertiente septentrional de la quebrada de Camarones por donde habían descendido dos días antes y se dirigieron al puerto de Arica. Daza, que había enviado parte de su caballería y algunos infantes a Tana, como vanguardia, se dirigió a ese lugar seguido por su escolta con la intención, según dijo, de tomar el mando del ejército aliado de Tarapacá; pero encontrándose en Tana, el día 20, tuvo noticia de la rea-

lización y resultados de la batalla de San Francisco y se apresuró a regresar a Arica en alcance de su ejército.

Tal fue, en suma, la triste operación que dirigió el General Daza, Presidente de la República y Jefe Supremo de las fuerzas de Bolivia.

DISPOSICIONES DEL COMANDO CHILENO

Mientras los aliados efectuaban las marchas citadas, los chilenos habían comenzado, animados por los primeros éxitos de Vergara, a penetrar lentamente en el territorio cuya puerta de acceso habían conquistado en el duro combate del 2 de noviembre.

El 5 salió de Hospicio un escalón de tropas que debía apoderarse de la aguada de Dolores, "para ocupar un pozo de agua y fortificarse en él, en espera de la actitud que tomara el enemigo". Este primer escalón estaba formado por el Regimiento "Buín" 1º de línea, los batallones "Atacama" y "Coquimbo" y una batería de montaña.

El 8 salió de Hospicio otro escalón de tropas que debía reunirse al primero y que estaba formado por el Regimiento 3º de línea, los Batallones "Navales" y "Valparaíso" y una batería de campaña.

El efectivo de las tropas que se establecieron en Dolores en los primeros días de noviembre llegaba a 6000 soldados. En Hospicio quedaron el Regimiento 2º de línea, dos batallones de "Zapadores", los Batallones "Chacabuco" y "Bulnes", el Regimiento "Artillería de Marina" y una batería de campaña.

Además, en Pisagua se encontraban los Regimientos "Esmeralda" y "Santiago", que acababan de llegar de Antofagasta y Quillagua, respectivamente, y el resto de la artillería.

Poco después, el 17, toda la artillería pasó a Dolores, porque a juicio del comando chileno "era necesario que esa Arma estuviera reunida".

En cuanto a la caballería, aparte de los elementos que habían actuado con Vergara sobre la línea del ferrocarril a Agua Santa, Escala dispuso que se instalara momentáneamente en la quebrada de Tiliviche para aprovechar los pastos de esa región. El 15 desembarcó en Pisagua un escuadrón más de "Cazadores a Caballo".

En esta situación se encontraban las tropas invasoras, cuando se supo en el Cuartel General chileno, el 17, que en Tana se habían presentado algunas fuerzas aliadas cuyos efectivos eran desconocidos. La presencia de estas tropas en aquel lugar, atemorizó al comando chileno que desconfiaba de sus propias fuerzas y, como por esa fecha la caballería que estacionaba en Tiliviche había sido recogida al grueso, decidió enviar nuevamente una parte de ella para verificar el dato.

Ahora bien, la noticia sobre la presencia de los aliados en Tana había sido recibida, al mismo tiempo, en Pisagua-Hospicio por el Comandante en Jefe y en Dolores por el Jefe de Estado Mayor, Coronel Sotomayor, que comandaba este escalón adelantado; al conocerla, cada uno de ellos destacó un escuadrón en reconocimien hasta Tana, sin noticiarse mutuamente de la operación que ordenaban.

* Escala envió desde Hospicio al Capitán Echevarría con un escuadrón de "Cazadores a Caballo" y Sotomayor al Comandante Vergara con uno de "Granaderos a Caballo". Ambos se cruzaron, sin verse, al norte de Jazpampa y entraron a la quebrada de Camiña el 18, haciéndolo Vergara por Saya, al oeste de Tana y Echevarría por Corza, al este del mismo lugar.

Vergara que llegó primero a la vista de Tana, distinguió a las tropas aliadas que descansaban en el pueblo y se mantuvo en las afueras, sin molestar al enemigo, para deliberar si debía atacar o no. Mientras Vergara concebía sus planes de ataque, apareció a lo lejos, por el este, el otro escuadrón chileno. Al verse, uno y otro se tomaron por enemigos y Vergara creyendo que tenía que habérselas con todo el ejército adverso emprendió la retirada a Jazpampa, haciendo adelantar a su ayudante, el colombiano Zubiría, para que diera parte de la ocurrencia; este oficial, impresionado por la proximidad del enemigo y, contagiado por la inquietud que dominaba en el ejército chileno, deseoso además de justificar el repliegue de su jefe inmediato, tomó el telégrafo en Jazpampa y dio libre curso a su imaginación, bastante tropical, para inventar noticias fantásticas sobre "ejércitos, artillería, avanzadas, tiroteos, combate y prisioneros", que nunca habían existido.

Por su parte, Echevarría, atemorizado también por la presencia de numerosos jinetes que había visto, a los que creía enemigos, se retiró a Pisagua para dar cuenta de lo que había observado.

Dados estos alarmantes informes, el comando chileno dispuso que se constituyera un escalón intermedio de tropas para contener el probable ataque del enemigo de Tana. Este escalón fue formado por la junción de fuerzas sacadas de las fracciones de Pisagua-Hospicio y de la de Dolores que debían establecerse en Jazpampa; al efecto se hizo avanzar al "Bulnes" desde Pisagua y regresar desde Dolores al Regimiento 3º de línea, al Batallón "Coquimbo" y dos piezas de artillería.

Informado Escala durante la noche del 18 del quid pro quo de su caballería y siendo urgente en la madrugada del 19, cuando se hallaba a la vista el ejército de Buendía, aumentar las fuerzas de Dolores, dispuso que las tropas del agrupamiento que se hallaba en Jazpampa, volvieran a su emplazamiento no debiendo quedar a la expectativa de los de Daza, sino el Batallón "Bulnes".

En esta disposición se encontraban las fuerzas chilenas el 19 de noviembre, en que se dio la batalla de San Francisco; cumplían el plan de "ocupar y fortificar un pozo de agua" y trataban de cubrirse de la amenaza que representaba la supuesta aproximación del ejército que suponían en Tana que, de ser efectiva y bien conducida, les hubiera ocasionado el más completo desastre.

BATALLA DE SAN FRANCISCO

19 de noviembre

En tanto que los chilenos efectuaban su lenta internación por escalones en el territorio y mientras Daza avanzaba personalmente hacia Tana, después de hacer regresar a sus fuerzas al puerto de

* Ver Croquis Nº 4.

Arica, el ejército de Buendía preparaba su partida de Santa Adela para dirigirse hacia Agua Santa.

Desde el momento en que Buendía tuvo las órdenes correspondientes al plan del Presidente Prado, apresuró la concentración de sus tropas, reunió los elementos necesarios y organizó la marcha al norte para efectuar la operación concurrente que se le había prescrito. Se esforzó, en seguida, por enlazarse con Daza despachando varios agentes que, por los caminos del interior y del desierto, debían buscar a las tropas bolivianas que venían de Arica para informarse de su situación y dar cuenta a uno y otro jefe del desarrollo de la operación: no satisfecho con esta medida, el Comandante en Jefe despachó emisarios al General boliviano Campero, que actuaba con la Quinta División de Bolivia en la región fronteriza de esta república y Tarapacá, pidiéndole el apoyo de sus tropas, que estaba convenido vagamente que concurrieran a la batalla general.

Después de esperar respuesta durante algunos días, perdiendo en ello un tiempo precioso, recibió una nota de Campero en la que éste ofrecía alcanzar el teatro de operaciones en la segunda quincena del mes, cosa que no se había de realizar. De las tropas de Daza no tuvo ninguna noticia, a pesar de que sabía por informes de particulares oficiosos que se acercaban a Tana. Creyendo entonces que el enlace entre ambos ejércitos se establecería en los días subsiguientes, decidió adelantarse al norte; esperaba recibir informaciones en el curso de la marcha deseando que la operación no se malograra por su culpa. Por otra parte, el aviso de Prado sobre la llegada de Daza a Tana, fijada para el 16, era completamente formal.

Por la anterior circunstancia, adelantaremos que la fecha de partida de Santa Adela parece que fue tardía, pues, el 16, según el plan, Daza debía encontrarse en Tana a 22 kilómetros de Jazpampa, y él se encontraba todavía a 70 kilómetros de Dolores, que debía alcanzar cuanto antes, para no dejar a Daza aislado frente al enemigo.

Obrando de acuerdo con las circunstancias, Buendía ordenó que sus fuerzas emprendieran marcha de Santa Adela al norte al atardecer del 16 de noviembre. Para la marcha hizo adoptar una formación que permitía tomar rápidamente el dispositivo de combate. Constituyó una vanguardia formada por las compañías de guerrilla del "Illimani", "Olañeta", "Dos de Mayo" y "Zepita", que marchaban en dos columnas, a órdenes del Coronel boliviano Lavadenz, garantizando una corta zona de protección.

Las tropas fueron organizadas en tres escalones de marcha. Cada escalón debía marchar en tres columnas paralelas, para evitar la profundidad del desfile, aprovechando que la pampa no presentaba obstáculos o cortaduras importantes.

El primer escalón, a órdenes del General Bustamante, con el que marchaba el Comandante en Jefe, estaba formado por la Cuarta División peruana ("Vanguardia"), Coronel Pastor Dávila; la Sexta (Exploradora), Coronel Mori Ortiz; la Primera División boliviana, General Villegas; 6 piezas de artillería y 2 escuadrones.

El segundo escalón, a órdenes del Coronel Suárez, se componía de la Primera División peruana, Coronel Velarde; la Tercera boli-

viana, General Villamil y 12 piezas de artillería que mandaba el Coronel Castañón, comandante general de esta arma.

El tercer escalón, a órdenes del Coronel Cáceres, estaba formado por la Segunda y Tercera Divisiones peruanas, mandadas por el mismo Cáceres y por Bolognesi, respectivamente. En este escalón formaba, además, la caballería peruana.

Detrás del tercer escalón iban los bagajes, algunos víveres y el abastecimiento de agua, transportados en 130 carretones que logró requisar el Coronel Suárez. Este jefe, que fue ciertamente el alma de la campaña, hizo constituír, además, por requisición de acémilas y de personal, varios convoyes de agua que los arrieros conducían independientemente del ejército, en largas recuas de mulas.

El 17, en la mañana, el ejército llegó a Pozo Ramírez, a media distancia entre Pozo Almonte y Agua Santa, y en la tarde continuó hacia Negreiros que alcanzó el 18 al amanecer. Desde Negreiros fueron enviadas algunas tropas de caballería hacia Dibujo, lugar muy próximo a Negreiros, para formar una cortina y prevenir de la aproximación del enemigo que se sabía que ocupaba las oficinas salitreras a lo largo del ferrocarril.

Efectivamente, el mismo 18 el Comando chileno había destacado de Dolores un escuadrón del Regimiento "Cazadores a Caballo", con la misión de reconocer el terreno hasta Agua Santa a fin de escoger un lugar que ofreciera comodidades para establecer el regimiento. El escuadrón, a órdenes del Capitán Barahona, alcanzó Dibujo al atardecer del 18 y pudo distinguir las avanzadas de los aliados y el grueso de sus fuerzas, reunido en Negreiros, Barahona recibió algunos tiros y, satisfecho de haber comprobado la presencia del ejército aliado de Tarapacá, volvió con todas sus tropas, precipitadamente, a informar de su encuentro al Comando chileno. El emisario con que se hizo preceder el Capitán Barahona entregó su parte al Coronel Sotomayor, en Dolores, a las 8 de la noche del 18.

Los aliados, por su parte, al avistar al Escuadrón Barahona y darse cuenta, después, de que regresaba a informar al Comando chileno de su presencia en Negreiros, pensaron que no convenía proseguir la marcha al norte por el mismo itinerario y Buendía, que participaba de esta idea, reunió una junta de guerra para tomar acuerdo; en la junta se decidió, según la opinión del Comandante en Jefe y del Jefe de Estado Mayor, continuar la operación por senda extraviada, a fin de evitar un encuentro nocturno con los chilenos, a los que lógicamente se suponía prevenidos por su caballería y tal vez en marcha al sur. Por otra parte, como aún no se recibían nuevas del ejército de Daza, ni se conocía su situación exacta, se calculaba que, hallándose el 16 en Tana, según los telegramas del Presidente Prado, se encontraría el 19 en la región de Jazpampa, por lo menos, la que sólo dista de Tana 22 kilómetros. Con este criterio se acordó apresurar la marcha a fin de darse la mano con el otro elemento de la planteada ofensiva concéntrica y para no hacer fracasar la operación. Por estas razones, las columnas fueron orientadas un poco al noroeste, abandonando el fácil camino de la ferrovía y de la pampa, para seguir por los senderos

que corren entre las cerrilladas y calichales de la cadena de la costa a fin de aparecer, lo más pronto posible, entre Pisagua y la aguada de Dolores que se suponía que estaban utilizando los chilenos.

La marcha en la noche del 18 al 19 se efectuó con grandes inconvenientes: las huellas borrosas de los caminos en el desierto; la incertidumbre sobre la dirección por seguir; la presencia próxima del enemigo y las dificultades que oponía el terreno a la progresión, dieron lugar a que la marcha se suspendiera, algunas horas después de emprendida, para reformar a las unidades casi dispersas y mezcladas, que habían perdido su orden por las dificultades que ofrecía la operación. Las ondulaciones interminables de la cadena de la costa, cortadas por quebradillas y escarpaduras; las innumerables y profundas zanjas que deja la extracción del salitre; los desmontes provenientes de las excavaciones de la explotación, que forman verdaderas colinas; el terreno duro y sembrado de guijarros cortantes y agudos; los pozos calicheros de 2 y 3 metros de profundidad en los que hombres y ganado caían y de donde les era difícil salir, hicieron detener a las tropas para evitar mayores males. Con las primeras luces del día, sin que los soldados hubieran podido descansar en ese verdadero "terreno lunar", se reorganizaron los elementos de marcha, se tomó nuevamente la dirección por seguir y se continuó al norte por las faldas oeste de las lomas de Chinquiquiray, en cuyo flanco opuesto corre la línea del ferrocarril. A las dificultades enumeradas se unía la extenuación de los hombres que sólo habían recibido, en las últimas 24 horas, cuatro onzas de charqui y una escasa ración de agua; además, como desde el principio de la guerra no se había hecho nada para renovar el vestuario y calzado, la tropa marchaba semidesnuda en el frío intenso y bajo el viento helado de la noche en el desierto, sin tener cómo defender sus pies de los cantos filudos que cubrían el terreno. Los soldados peruanos y bolivianos supieron soportar estas penalidades con toda la energía que da el amor a la patria y horas después, al divisar al enemigo, a pesar de su agotamiento y de la consiguiente depresión moral, hicieron flamear con entusiasmo sus pabellones cruzando las astas que los sostenían y vivando a la Alianza llenos de fe y de ardor.

Los chilenos, en la noche del 18 al 19 de noviembre, al saber que se aproximaba el Ejército de Tarapacá, al que suponía inmóvil en Iquique, sufrieron, lógicamente, una dura conmoción moral y material. Los reconocimientos de Echevarría y Vergara efectuados hacia Tana decían haber comprobado la presencia de fuerzas enemigas en esa región, y Barahona traía noticias más alarmantes aún, puesto que había visto en Negreiros todo un ejército.

Cuando el Coronel Sotomayor supo que el ejército aliado de Tarapacá se encontraba en Negreiros, a una jornada de su posición de San Francisco-Dolores, pensó que este lugar no reunía las condiciones necesarias para presentar batalla. En la mayor incertidumbre sobre la forma en que debería proceder, comenzó por hacer un telegrama al General Escala y a su hermano, Ministro de Guerra en campaña, en el que decía:

"Dolores, noviembre 18, 8 de la noche.— El Capitán Barahona que "estaba de avanzada" en Agua Santa, anuncia la presencia

del enemigo en esa localidad. Esta noche hago salir al 4º de línea a Santa Catalina, lugar conveniente para esperarlo, y seguiré preparando la tropa para conducirla.— **Sotomayor**".

Poco después telegrafiaba: "Al General en Jefe. Hospicio.—18 de noviembre, 12 y 40 de la noche.—El enemigo lo tenemos encima; marcho con mis tropas a Santa Catalina.— **Sotomayor**".

En efecto: el Coronel Sotomayor dispuso que una parte de las tropas a sus órdenes se trasladara hacia la pampa de la oficina salitrera de Santa Catalina, situada a cerca de 8 kilómetros de Dolores, y encomendó el mando de este subescalón al Coronel Amunátegui que partió a ese lugar a las 9 de la noche, con el Regimiento 4º de línea, dos escuadrones de cazadores y 8 piezas. Poco después Sotomayor envió en alcance de las tropas de Amunátegui al Batallón "Atacama", que salió de San Francisco a las 11 de la noche y alcanzó Santa Catalina a las 2 de la mañana.

Sotomayor, con gran actividad ante el peligro, pidió por telégrafo al General Escala que le remitiera refuerzos y municiones y ordenó que el Regimiento 3º de línea, el Batallón "Coquimbo" y las dos piezas de artillería destacadas a Jazpampa en la tarde del 18 para cubrir del peligro imaginario que se supuso en Tana por las malas informaciones de la caballería, regresara a Dolores. El Comandante Velásquez, Comandante General de la artillería chilena, que se hallaba en Jazpampa, se plegó al movimiento de esas fuerzas y de esta manera el destacamento que mandaba el Comandante Castro, jefe del 3º de línea, llegó a Dolores en la mañana del 19.

A la una de la madrugada el Coronel Sotomayor, insistiendo en el proyecto de trasladar sus tropas a Santa Catalina aconsejado por el civil de la Barra, el mismo del famoso plan de desembarco en Junín que era bastante influyente y que conocía bien el territorio de Tarapacá, despachó a ese lugar a los Batallones "Buín" y "Navales".

La causa de estos afanes del Jefe de Estado Mayor chileno y del desorden de sus disposiciones era, a ojos vistas, la falta de informaciones precisas sobre el enemigo, por defecto de contacto. Barahona vio a los aliados en Negreiros al atardecer del 18 y sin tratar de averiguar nada sobre la situación de éstos dio parte de su presencia, en descanso, en ese lugar. En consecuencia, el Coronel Sotomayor creyó que la marcha al norte de Buendía se proseguiría durante el día 19 y pensó mejorar su dispositivo, adelantándose hacia él para ocupar posiciones que juzgaba más favorables. Pero, durante la precipitada ejecución de este proyecto, tuvo noticia casual de que los aliados habían continuado su marcha al norte durante la noche misma, hallándose, por consiguiente, en condición de desbaratar uno tras otro a los débiles y aventurados escalones de fuerza que estaba formando. Entonces, deshizo la operación que había ordenado a fin de evitar un desastre que ya palpaba y decidió reunir sus tropas no adelante sino atrás, en San Francisco, donde estaba personalmente y donde se hallaba al alcance de los refuerzos que había pedido que le enviara desde Hospicio el Comandante en Jefe.

En esta vez, como en casi toda la campaña, los chilenos habían obtenido datos de una manera casual y curiosa en las operaciones militares: los arrieros aguadores del ejército de Buendía no fueron prevenidos en Negreiros de que las tropas aliadas se iban a desviar al noroeste del camino del ferrocarril y prosiguieron con sus recuas por la línea férrea para alcanzar Santa Catalina, lugar convenido con el Comando aliado para depositar las cargas. Cuando llegaron pasada la medianoche a esta oficina, creyendo que ya se encontraba allí el ejército de que dependían, se hallaron entre las filas de los chilenos de Amunátegui a las que habían tomado, equivocadamente, como soldados de la Alianza. Capturados fácilmente, refirieron lo que les había sucedido y noticiaron de que los aliados no tardarían en llegar, atribuyendo su demora a algún ligero extravío en el camino. Amunátegui alarmado por esta inesperada nueva se apresuró a ponerla en conocimiento de Sotomayor, quien dispuso el inmediato repliegue de las tropas adelantadas, operación que comenzó a efectuarse a las 3 de la mañana; el Jefe de Estado Mayor Chileno telegrafió entonces al cuartel general: "He resuelto formar nuestra línea sobre las alturas de Dolores * y defender este punto.— **Sotomayor**".

De este modo, en las últimas horas de la noche del 18 al 19 el ejército de Buendía y el destacamento adelantado de Amunátegui marcharon al norte paralelamente, casi a la misma altura, separados solamente por las lomas de Chinquiquiray, alargadas de norte sur, que formaban un tabique entre ambas columnas. Los chilenos, silenciosos, no dejaban oír sino sus pasos apresurados sobre las huellas del arenal, y escuchaban el ruido de las armas y los alertas de los aliados que confiadamente, sin haber destacado una sola patrulla proseguían agrupados su marcha, después de haber descansado algunas horas.

En tanto, Sotomayor dictaba disposiciones para ocupar el terreno y resistir; como el escalón a su cargo inmediato había permanecido acampado alrededor del pozo de Dolores, situado en las pendientes nordeste del cerro de San Francisco, comisionó al Comandante Martínez para que reconociera las alturas y fijara las posiciones que debían ocupar las tropas.

EL TERRENO

**La línea del ferrocarril que de Pisagua va hacia Agua Santa, sigue el desierto con dirección noroeste-sudeste, entre el pozo de la oficina salitrera de Dolores, donde existe una abundante aguada, y la oficina de Santa Catalina, con un recorrido de 8 kilómetros entre ambos puntos.

A 1200 metros al nordeste de la estación del ferrocarril y pozo de Dolores queda el cerro Bartolo, de pequeña elevación, y al oeste la oficina Dolores unida al ferrocarril por un ramal tendido en La Encañada. Llamábase La Encañada a la angosta faja del desierto

* Cerro San Francisco.

** Croquis Nº 6.

encajonada al norte por la colina Tres Clavos y al sur por las laderas suptentrionales del cerro de San Francisco.

El cerro de San Francisco, con una altitud de 1280 metros sobre el nivel del mar y una altura máxima de 200 metros sobre el terreno plano que lo rodea, se yergue en medio del desierto. Tiene dos cumbres: una al noroeste y otra al sudeste, que llamaremos del norte y del sur, separadas por una angosta depresión de pendiente suave y de fácil paso. Como el eje de figura de este movimiento del terreno se encuentra más inclinado al noroeste que la línea del ferrocarril, el pie de las pendientes de la cumbre norte está separado de dicha línea alrededor de 600 metros y las de la cumbre sur se aproximan hasta la ferrovía misma.

Si se sigue por la línea del ferrocarril hacia el sur del pozo y estación de Dolores, se deja al oeste —derecha— el cerro de San Francisco cuya longitud total en este sentido es de 2000 metros; a la izquierda —este— queda la pampa. Antes de sobrepasar el extremo meridional del San Francisco, se llega a la oficina salitrera de este mismo nombre cuyo pozo de agua, llamado El Molino, se encuentra a 800 metros más al sur y siempre sobre la vía.

De El Molino al sur, la línea férrea sigue el plano del desierto y después de 2 kilómetros más de desarrollo alcanza la oficina de Santa Catalina. El Porvenir, oficina salitrera situada entre el cerro de San Francisco y la oficina de Santa Catalina, se encuentra a 800 metros al oeste de la línea férrea, a la que se une por un corto ramal, y a 1200 metros al sur del extremo meridional de dicho cerro.

La cumbre sur del San Francisco presenta una superficie plana en su cima que mide 800 metros de este a oeste y 180 metros de norte a sur. La cumbre norte tiene igual meseta, de 1000 metros de este a oeste y cerca de 200 de norte a sur. En estas dos plataformas elevadas se organizó el ejército chileno, apoyando sus alas en las alturas Bartolo y Tres Clavos que doblan la posición, en escalón, por el este y el oeste, respectivamente.

Las pendientes sur del San Francisco son empinadas, pero de fácil acceso. El terreno que rodea esta altura presenta pozos calicheros de pequeño diámetro y poco profundos en cuyos bordes se amontonan los escombros de las excavaciones; esta circunstancia hace difícil la progresión ordenada de las tropas, ofreciendo, en cambio, numerosas cubiertas para los tiradores, que pueden parapetarse tras de los desmontes o cubrirse, para foguear, de a dos o tres en cada pozo.

FUERZAS EN PRESENCIA Y DISPOSITIVO

ALIADOS

Al aclarar el día 19 de noviembre, los aliados desembocaron hacia Santa Catalina tramontando las lomas de Chinquiquiray. Al llegar al vértice de la lomada observaron, entre la niebla, a las tropas chilenas que se movían en las cumbres norte y sur del San Francisco, avistando al mismo tiempo la formidable y numerosa artillería que el enemigo había emplazado en ellas.

Como los chilenos estaban a la vista y era necesario batirlos para poder continuar la marcha al norte, a fin de buscar el enlace con el ejército de Daza del que todavía no se tenían noticias precisas, el Comando aliado dio inmediatamente las órdenes necesarias para pasar del dispositivo de marcha al de combate, con el objeto de presentarse ante el enemigo listo para todo evento. Los escalones de marcha desencajonaron de la columna, tomaron intervalos y distancias entre sí, precedidos siempre por las compañías de vanguardia, y quedaron en la siguiente formación:

COMPAÑIAS DE GUERRILLAS

ALA IZQUIERDA	**ALA DERECHA**
(2º escalón de marcha)	(1er. escalón de marcha)

RESERVA
(3er. escalón de marcha)

La composición de la vanguardia era la misma que durante la marcha, pero la formación en dos columnas paralelas, de las compañías de guerrilla que la constituían, se cambió por la formación en guerrilla desplegada.

El ala derecha, primer escalón de marcha recibió órdenes del General Buendía que tomó el mando directo e inmediato de ella. Se componía de las siguientes unidades:

4ta. División Peruana ("Vanguardia"), Coronel Dávila.	Batallón	"Puno"
	,,	"Lima" Nº 8
6ta. División Peruana ("Exploradora"), General Bustamante.	Batallón	"Ayacucho"
	,,	"Lima" Nº 3
	Columna	"Pasco"
1ra. División Boliviana, General Villegas.	Batallón	"Paucarpata"
	,,	"Dalence"
	,,	"Illimani"
	,,	"Olañeta"

El ala izquierda, segundo escalón de marcha, desencajonó de la columna hacia la izquierda para quedar a la altura del primer escalón. Al realizar este movimiento recibió en refuerzo a la Tercera División Peruana, que pertenecía al tercer escalón o reserva y que pasó a primera línea en este momento. Esta ala quedó a órdenes del Jefe de Estado Mayor, Coronel B. Suárez, constituída por las unidades que se indican en seguida:

1ra. División Peruana, Coronel Velarde.	Batallón	"Cazadores del Cuzco"
	,,	"Cazadores de la Guardia"
3ra. División Peruana, Coronel Bolognesi.	Batallón	"Ayacucho" Nº 2
	,,	"Guardias de Arequipa".
3ra. División Boliviana, General Villamil.	Batallón	"Aroma"
	,,	"Vengadores", más 2 compañías resto de los Batallones "Independencia" y "Victoria" que combatieron en Pisagua.

La Reserva, tercer escalón de marcha, quedó a órdenes del Coronel Cáceres. Las tropas de reserva estuvieron constituídas por la

2da. División Peruana, Coronel Cáceres.	Batallón "Zepita" " "Dos de Mayo"

En este dispositivo los aliados sobrepasaron El Porvenir, apoderándose de su pozo de agua, y se detuvieron.

La caballería se reunió al este de las casas de dicha oficina y la artillería fue emplazada en el ala derecha, adonde llegaron las seis piezas del primer escalón, y en las casas citadas, donde se situaron las doce restantes a órdenes del Coronel Castañón.

Los cuadros de efectivos, tomados de los partes diarios por M. F. Paz Soldán, dan las cifras siguientes:

EJERCITO PERUANO	FUERZA Efectiva Oficiales	FUERZA Efectiva Tropa	Disponible con oficiales
INFANTERIA			
Regimiento "Guías"	52	657	623
" "Provisional Lima" Nº 3 ..	31	324	325
" "Voluntarios de Pasco" .. .	19	166	173
" "Puno"	29	423	432
" "Lima" Nº 8	34	422	454
" "Cazadores del Cuzco"	51	431	441
" "Cazadores de la Guardia" .	30	442	418
" "Dos de Mayo"	40	437	444
" "Zepita"	35	606	614
" "2º Ayacucho"	31	429	321
" "Guardias de Arequipa" ..	34	472	475
" "Iquique"	44	366	399
" "Loa" *	23	280	302
" "Tarapacá", cazadores	20	151	175
" "Navales", columna	26	170	182
	499	5776	5778
CABALLERIA			
Regimiento "Guía"	20	156	150
Escuadrón "Castilla"	10	71	71
Regimiento "Húsares de Junín Nº 1"	40	302	205
	70	529	426
ARTILLERIA			
Columna Artillería de Costa	11	54	61
Brigada de Artillería	18	182	188
	29	236	249
TOTAL GENERAL	598	6541	6443

* Formado por los bolivianos residentes en Iquique.

EJERCITO BOLIVIANO *	Oficiales	Tropa
INFANTERIA		
Batallón "Illimani" ...	39	500
,, "Olañeta" ...	33	450
,, "Paucarpata" ...	36	420
,, "Dalence" ...	50	495
,, "Aroma" ...	78	500
,, "Independencia" ...	33	400
,, "Vengadores" ...	39	489
,, "Victoria" ...	38	498
	346	3752
CABALLERIA		
Regimiento "Bolívar" Nº 1 de Húsares ...	30	250
Escuadrón "Franco Tiradores" ...	18	127
	48	377
TOTAL GENERAL ...	394	4129

En los veinte días contados a partir de fines de octubre, el ejército aliado que se presentó en San Francisco había sufrido las siguientes bajas:

Ejército Peruano

Muertos en Pisagua, desertores, ausentes en comisión y bajas naturales ...	1174
Escuadrón "Castilla" en comisión en otro lugar ...	71
Batallones "Iquique", "Tarapacá", "Loa" y la "Artillería de Costa" que formaban la Quinta División —Coronel Ríos— que quedó guarneciendo Iquique ** ...	1034
Bajas hasta el 18 de noviembre ...	2279

Ejército Boliviano

Bajas en Pisagua por muerte y deserción ...	665
Total general de bajas ...	2944

Deduciendo estas bajas del efectivo total que existía el 29 de octubre, resulta que el 19 de noviembre el ejército aliado tuvo en San Francisco:

* Se ignora la fuerza disponible del Ejército de Bolivia, porque no se daba razón de las bajas al E. M. G. del Perú.

** Paz Soldán olvida en esta división a la columna "Navales", cuyo efectivo da al principio, y a la columna "Gendarmes" de la misma, que ni siquiera cita.

Ejército peruano	4196
Ejército boliviano *	3859
Total en San Francisco	7925

Agregaremos que, si de este efectivo deducimos todavía de conformidad con las anotaciones anteriores, el "Navales" y "Gendarmes" que quedaron en Iquique por pertenecer a la Quinta División; las bajas bolivianas por distintas causas: desertores, ausentes en comisión y bajas naturales, que no están incluídas y que deben haber sido muy considerables; y los 90 jinetes aliados que cayeron en el choque de Germania, podremos afirmar que el efectivo total se debe descomponer en la siguiente forma:

Ejército peruano	4000
Ejército boliviano	3300
Lo que hace un total útil de	7300

CHILENOS

Después de la confusión que experimentaron los chilenos en la noche del 18, por las vacilaciones del Coronel Sotomayor, se organizaron en la mañana del 19 de noviembre, según la opinión del Comandante A. Martínez, en una línea interrumpida que estaba formada por tres elementos muy alejados uno de otro en profundidad y que no tenían ningún enlace entre sí. Se podría decir que el plan era presentar tres batallas separadas contra tres distintos enemigos. Esta disposición de las tropas era realmente extraordinaria y no respondía a concepto militar alguno, como luego se verá.

Los tramos principales de la línea eran mandados de izquierda a derecha por el Comandante Castro, jefe del Regimiento 3º de línea, llegado de Jazpampa en la madrugada: por el Coronel Amunátegui, que acababa de replegarse de Santa Catalina adonde avanzara durante la noche; y por el Coronel Urriola cuyas tropas, en parte, habían comenzado a marchar al sur retrogradando luego a su primitiva posición.

La artillería chilena, que contaba con 34 cañones Krupp (20 de montaña y 14 de campaña), tomó posiciones independientes del sistema general y también actuó por fracciones entre las filas de infantería conforme al procedimiento que se usaba antes de la aparición de los Krupp, de tiro rápido y de gran alcance. La orientación que se había dado a sus fuegos era muy original, pues, como veremos, debían batir en direcciones divergentes.

La línea en conjunto, estaba así constituída:

El que puede llamarse centro de la línea, adelantado en punta de lanza hacia el enemigo, estaba mandado por el Coronel Amuná-

* Se ignora la fuerza disponible del Ejército de Bolivia, porque no se daba razón de las bajas al E. M. G. del Perú.

tegui y formaba el tramo que más avanzaba hacia el campo aliado, dando, por tanto, frente al sur; su artillería, en cambio, estaba orientada al este y sudeste. A su izquierda, a cerca de 3000 metros atrás de la posición que ocupaba, se encontraba el Comandante Castro, que hacía frente al sud-este disponiendo de una batería que al principio estaba orientada al nordeste. A la derecha, a 1000 metros atrás de Amunátegui, se hallaba el Coronel Urriola cuyas tropas y baterías daban frente al sudoeste. En fin, en el cerro Tres Clavos, atrás y a la derecha de Urriola, se encontraba una batería de cuatro cañones de montaña, orientados hacia el este, es decir, hacia la izquierda de la propia línea. (Ver cróquis).

En La Encañada, cubierta de los fuegos adversos por la masa del San Francisco norte, a cuyas pendientes se pegaba, se encontraba la caballería chilena, a órdenes del Coronel Soto, fuerte de 500 hombres de los Regimientos "Granaderos" y "Cazadores" que daban frente al este y al oeste, respectivamente, en condición de desembocar al llano.

El detalle de las tropas distribuídas a lo largo de la posición escogida, era la siguiente:

El Coronel Amunátegui mandaba lo que hemos llamado centro de la línea, sus tropas ocupaban la planicie superior del cerro sur de San Francisco, y eran de izquierda a derecha:

—6 piezas de montaña y 2 ametralladoras, a órdenes del Mayor Montoya, en el borde oriental y con el frente al este;

—4 piezas de montaña y 4 de campaña, a órdenes del Mayor Salvo, en el borde sudeste, con frente al sudeste;

—el Batallón "Atacama", el Batallón "Coquimbo" y el Regimiento 4º de línea, desplegados en el borde meridional con frente al sur.

El Comandante Castro con el Regimiento 3º de línea, que formaba el ala izquierda, extendía sus tropas entre el pie de las pendientes de Cerro Bartolo y la línea del ferrocarril en la estación de Dolores, dando frente al sudeste. Una batería de 4 piezas de campaña, mandada por el Capitán Frías, se hallaba detrás de su línea, pero daba frente en dirección casi opuesta, lista para disparar al nordeste. Con esta batería se encontraba el comandante general de la artillería, Comandante Velásquez.

El Coronel Urriola, en la llamada ala derecha, ocupaba el borde superior del cerro norte de San Francisco, separado de Amunátegui por la quebradilla que existe entre las dos cumbres del cerro y por un gran espacio libre. Disponía, de izquierda a derecha, de los Batallones "Valparaíso", "Navales" y del Regimiento "Buín" 1º de línea, que daban frente al sudoeste apoyando la derecha del "Buín" en las baterías de su sector, situadas como casi todas, en primera línea. Estas baterías eran una de campaña, 6 piezas, a órdenes del Capitán Wood y otra de montaña, 6 piezas, al mando del Capitán Villarreal.

Las 4 piezas de montaña de cerro Tres Clavos las mandaba el Capitán Carvallo y, estando en el ala oeste, daban frente al este.

El total de las fuerzas chilenas ascendía a 6500 hombres con 34 cañones y 2 ametralladoras. Además, según los telegramas que Soto-

mayor hacía desde la noche del 18, el General Escala se aprestó a concurrir a la batalla con el escalón de tropas de Hospicio y dictó las disposiciones convenientes para que el Batallón "Bulnes", que permanecía en Jazpampa, se dirigiera a Dolores como ya lo había hecho el 3º de línea. Efectivamente, el "Bulnes" llegó a San Francisco a las 5 y 30 de la tarde, habiendo utilizado el ferrocarril para acudir al combate; el Rigimiento "Artillería de Marina", el Regimiento 2º de línea, el Batallón "Chacabuco" y el Batallón "Zapadores", que partieron de Hospiico, alcanzaron Dolores sólo a las 8 de la noche del 19; el General Escala, que había confiado el mando de estas últimas tropas al Coronel Arteaga, se dirigió a Dolores en ferrocarril, llegando a las cinco de la tarde cuando ya se había paralizado el ataque de los aliados; su actuación se limitó a ordenar un tardío contraataque, como veremos después.

PRELIMINARES DE LA BATALLA

Cuando los aliados tomaron posesión del pozo El Porvenir, situado al norte de la oficina de este nombre, se detuvieron en formación de combate y armaron pabellones. Las tropas comenzaron entonces a avanzar por pequeños grupos hacia el pozo, para saciar su sed y hacer provisión de agua. Eran las 11 de la mañana cuando Buendía reunió en el ala derecha a los principales jefes aliados, a fin de tomar acuerdo y dictar sus órdenes para el ataque.

Se ha visto, según el último telegrama de Sotomayor, que el plan defensivo de éste no tendía sino a conservar el pozo de Dolores, rodeándole de tropas que debían cerrar todos sus accesos, inclusive los del nordeste. Por su parte el Comandante en Jefe del ejército aliado, incurriendo en el mismo error que los chilenos, pensaba que el objetivo principal de la operación que pensaba realizar debía ser la toma del pozo de Dolores, para quitar el agua a los chilenos.

Ni Buendía ni Sotomayor tuvieron en cuenta que quien batiera al enemigo sería, en definitiva, el dueño de todo.

Antes de que Buendía reuniera a sus subordinados en la junta ya citada, había circulado de boca en boca la noticia de que las tropas de Daza habían dado media vuelta desde Camarones, hacía tres días. Un oriundo de la región, llamado Prada, enviado como propio y como guía por el Coronel Suárez para tomar el enlace con aquellas tropas, había vuelto del norte a las nueve de la mañana del 19, burlando a los chilenos desde Tiliviche, y, después de dar cuenta de su comisión al Comando aliado, no tuvo reparo en esparcir la mala nueva que a poco fué objeto de discusión general, produciendo el consiguiente desasosiego entre los subalternos y el más completo desaliento en la tropa. Pronto, en las filas, los peruanos recordaron la dispersión en Pisagua de las tropas bolivianas, los incidentes anteriores a este combate que obligaron a Buendía a trasladarse a ese puerto para poner orden en las fuerzas del aliado, e incriminaron a sus camaradas de Bolivia el que su Presidente y Capitán General dejara abandonadas a su suerte las huestes de Tarapacá.

La noticia de este grave suceso, efectivamente irremediable, conocida a última hora y frente al enemigo, tuvo la más funesta repercusión en la moral de las tropas aliadas. Vicuña Mackena dice, refiriéndose a este crítico instante: "Si en tan supremos momentos

hubiera sido posible levantar el **cobertor de carne** (sic) de los corazones, hubiérase notado que el ejército aliado estaba de hecho batido antes de luchar".

En la reunión de jefes Buendía esbozó un plan de ataque: según él, mientras una parte de la línea aliada debía atacar de frente la falda sur del cerro de San Francisco, para fijar al enemigo y atraer su atención, el Comandante en Jefe, personalmente, mandando los Batallones "Lima" Nº 3 (o "Provisional de Lima") y "Ayacucho" de la División Exploradora, más la segunda brigada de la División Villegas formada por los Batallones "Paucarpata" y "Dalence", un regimiento de caballería y 6 piezas de artillería, atacaría a lo largo de la línea férrea para alcanzar el pozo Dolores y apoderarse de él. Por la izquierda, Suárez, al mismo tiempo, atacando con las tres divisiones a sus órdenes debería con el extremo izquierdo de su ala efectuar parecida operación para rodear el San Francisco por el oeste y darse la mano con Buendía en La Encañada. La reserva general, encargada a Cáceres, debía seguir sobre las huellas de las tropas que mandaba Suárez para apoyar su acción.

Pero, la noticia traída por Prada había agravado la desmoralización y abatimiento de los bolivianos y los oficiales de más alta jerarquía de esa nacionalidad, descorazonados por la inexplicable conducta de Daza, que algunos atribuían antojadizamente a graves disentimientos entre éste y el Presidente Prado, vacilaban para cumplir su deber, creyendo que la Alianza estaba rota.

"El General Villamil pasó donde el General en Jefe, Buendía, y en presencia de varios jefes le dijo que el comprometer un combate en esas circunstancias era peligroso por el mal estado del ejército y su corto número; pues la posición que ocupaba el enemigo exigía un tercio más de gente. Que, además, en el caso de triunfo a nada conducía, pues los chilenos regresarían a Pisagua a ocupar el puerto y que el ejército aliado se vería en la necesidad de continuar en el desierto como los israelitas; y que, como estaba convencido de que la victoria debía buscarse en el mar y no en tierra, había resuelto retirarse a Bolivia con el ejército que le obedecía.

"De las ideas emitidas por el General Villamil participaba gran parte del ejército y del pueblo boliviano desde meses antes de la pérdida del "Huáscar"; después de este funesto suceso se acentuaron más todavía y lo que hemos visto de inexplicable o encubierto en las filas bolivianas, así en Tacna y Camarones como en Pisagua y lo que en los momentos en que nos encontramos se iniciaba para consumarse en San Francisco tenía, a no dudarlo, su inmediata causa en este modo de pensar nada plausible.

"Sorprendido el General en Jefe con tan extraordinaria declaración manifestó los peligros y las desastrosas consecuencias que sobrevendrían al Ejército Peruano, si se le dejaba en esos instantes, al frente del ejército enemigo que lo tenía a tiro de cañón, y agregó que, aunque podría contener la retirada, no quería emplear sus armas contra su aliado" *.

Esta representación de Villamil y la insistencia de Suárez, Jefe de Estado Mayor, para que se postergara el momento del ataque

* Paz Soldán: Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia.

en vista de la extenuación de las tropas, hicieron que Buendía acordara retardar la ejecución de su plan hasta el día siguiente.

"Terminada la conferencia, el General en Jefe ordenó en persona al General Bustamante, jefe de la División Exploradora, y por medio de sus ayudantes al comandante general de artillería, Coronel Castañón, y a la División Vanguardia que avanzaran a ocupar ciertos puntos, a fin de no perder los pozos o aguadas inmediatas. El General Bustamante y el Coronel Castañón le manifestaron que se corría el peligro, en esta operación, de comprometer el combate y lo desventajoso que le sería esto porque la tropa estaba extenuada de cansancio y de sed siendo la hora tan inaparente". (Las 12 del día) *.

Ante estas razones, Buendía desistió también de realizar este simple desplazamiento, pero poco después dispuso que la Exploradora, la Vanguardia y la segunda brigada de la División de Villegas, avanzaran algo más hacia el pozo de El Molino.

LA ACCION

Las tropas enviadas adelante por Buendía iniciaban su movimiento en orden y lentamente, cuando, según escribe el Comandante en Jefe en su parte oficial sobre el combate de San Francisco, un sargento boliviano de las guerrillas de la División Villegas (compañía del "Illimani") disparó su fusil siguiéndole acto continuo todas las tropas bolivianas, a pesar de las repetidas órdenes e insistentes toques de corneta que se hicieron para que cesara el fuego.

Parece que los chilenos alarmados con el avance de la derecha aliada pensaron en detenerla y respondieron el fuego, a pesar de que sus historiadores sostienen que el primer disparo de la batalla no partió del lado aliado, sino que fue uno de cañón que hizo una pieza de las baterías del Mayor Salvo.

Cuando el fuego se hizo intenso, provocado por la alarma de los chilenos o por la inadvertencia de un sargento boliviano, eran las 3 y 10 de la tarde.

A esta hora, oyendo las tropas aliadas el tiroteo de las guerrillas y el tronar del cañón en las alturas, que pronto fue respondido por las seis piezas peruanas del ala derecha, creyeron que se daba comienzo a la batalla y los jefes superiores, prevenidos del plan general, pensaron que se había puesto en ejecución, a pesar de las objeciones presentadas por Suárez en la junta y de las advertencias para postergar el ataque que éste estaba haciendo, en ese momento, a las tropas de su ala; cada uno ordenó, entonces convencido de que hacía su deber, que se diera cumplimiento al plan, en lo que le respectaba. El mismo Coronel Suárez, opositor en cuanto al momento de desencadenar el asalto y Buendía, que sabía que los fuegos se debían a causas extrañas, se pusieron a obrar tal como se había acordado hacerlo al día siguiente.

El General boliviano Villegas, atacó las baterías de Salvo como estaba convenido, pasando bajo el fuego de cañón que éste le dirigía. Las tropas que emprendieron el ataque en esta zona del

---

* Paz Soldán: Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia.

Campo de batalla eran: las compañías de guerrilla de los Batallones "Lima" Nº 8, "Puno", "Illimani", "Olañeta" y "Zepita"; detrás de estas compañías venían los cuatro primeros batallones nombrados, en columnas cerradas de ataque. Estos elementos eran los señalados para fijar al enemigo, atacando la falda sur.

Llegadas las guerrillas al pie de las pendientes, quedaron en el ángulo muerto que éstas subtendían para los cañones de Salvo y les fue fácil escalar el flanco del cerro, a pesar del violento fuego de las carabinas de los artilleros que recorrieron a este medio, y de los fusiles del "Atacama", que prolongaba la derecha de las baterías asaltadas.

En estas condiciones el asalto de las compañías de guerrilla comenzaba a tener éxito, cuando los Batallones "Olañeta" e "Illimani", lejos de avanzar en segundo escalón con los de la División Vanguardia como les correspondía, se parapetaron en las excavaciones que existían en la pampa y abrieron vivo fuego sobre los chilenos de las alturas, a la distancia de 1000 a 1200 metros; pero, los proyectiles disparados por estas unidades no llegaban a las filas chilenas, que estaban fuera del alcance de los fusiles, sino que caían en la espalda de los asaltantes lógicamente más próximos. La columna "Voluntarios de Pasco" de la División Exploradora, que había sido dejada para cooperar a la acción de aquellos batallones adoptó el mismo procedimiento.

Al mismo tiempo que las guerrillas con Villegas iniciaban su ataque, el General Buendía había avanzado a su frente, por los rieles, para apoderarse del Pozo de Dolores en conformidad con los lineamientos generales del plan establecido horas antes. Las tropas que emprendieron esta operación fueron la División Exploradora (Batallones "Lima" Nº 3 y "Ayacucho"), más el "Paucarpata" y el "Dalence" de la segunda brigada de Villegas.

Luego que Buendía sobrepasó por la derecha a las guerrillas asaltantes del San Francisco, entre los que se destacara heroicamente el Comandante Ladislao Espinar, que murió al pie de los cañones de Salvo, diezmadas las guerrillas por el fuego de revés que recibían de los batallones bolivianos y de la columna "Pasco", se vieron rechazadas de la altura por una fracción del "Atacama" que, a pedido de los artilleros chilenos, vino en defensa de las piezas; entonces las compañías de guerrillas descendieron la pendiente y se rehicieron en la falda de la altura, donde fueron reforzadas por una compañía del "Dalence" que se había desviado hacia la izquierda de la dirección de ataque de Buendía, quien proseguía hacia Dolores.

Reorganizadas las guerrillas aliadas, reemprendieron el asalto, pero, como el "Illimani", el "Olañeta" y la columna "Pasco" intensificaran sus fuegos, creyendo que sus proyectiles caían en la cumbre, y como mientras los asaltantes escalaban la altura había llegado en socorro de las baterías de Salvo la mayor parte del "Atacama" y algunos elementos del "Coquimbo", las guerrillas fueron rechazadas por segunda vez hasta el pie de las pendientes.

Simultáneamente, el ala izquierda mandada por Suárez, había emprendido el ataque por la pampa orientándose sobre el cerro San Francisco norte. Las divisiones Velarde y Bolognesi, derecha y cen-

tro de Suárez, respectivamente, llegaron al pie de las pendientes sudoeste del cerro San Francisco sur en el momento en que la extrema izquierda, que rompió primero el ataque mandada por Villamil, se había paralizado en la mitad de la pampa; sin contar con la cooperación que debían proporcionarles el avance de Villamil, Bolognesi y Velarde se vieron detenidos por los fuegos del defensor a quien nadie atraía y entonces paralizaron también su ataque y comenzaron a disparar a su frente. Villamil había llegado más adelante, orientado hacia la cumbre norte para rodear el San Francisco y alargarse hacia La Encañada donde, según el plan, debía darse la mano con Buendía; pero las baterías de Urriola, abriendo violentamente el fuego, desordenaron por dos veces sus formaciones de ataque y pronto el "Vengadores", el "Aroma" y las compañías del "Independencia" y del "Victoria" salvadas de Pisagua, se dispersaron y emprendieron una desordenada retirada hacia Bolivia. En su precipitado repliegue recorrieron de oeste a este la espalda de toda la línea, paralelamente al frente aliado, dando mal ejemplo a los demás soldados de su nacionalidad.

Mientras tanto el avance de Buendía no era más feliz. Llegado por El Molino y la oficina San Francisco hasta cerca del pozo y estación de Dolores, fue cañoneado y luego detenido por el fuego de las baterías chilenas emplazadas en el borde este del Cerro sur de San Francisco, de la batería de Frías, situada al este de la estación, y de la batería de Tres Clavos, que hacían converger sus proyectiles sobre las columnas de ataque, desordenándolas; la infantería del 3º de línea también hizo sentir su acción barreando el pasaje con algunas compañías. Buendía entonces debió detenerse bajo el fuego y reformar sus unidades para reemprender la progresión por los rieles, pero, poco después de reiniciado el avance, acribilladas sus tropas por los fuegos de artillería que partían de tres puntos distintos, se desordenaron nuevamente y comenzaron a retroceder, ya sin fe, por el camino que habían traído.

En este momento de crisis la caballería aliada, mandada por el Coronel Ramírez, que había permanecido al este de El Porvenir con orden de emplearse cuando se le presentara oportunidad favorable, y que había presenciado el desbande de las fuerzas bolivianas de la izquierda, pasó al galope por la pampa, abriéndose al este de la vía férrea, para buscar el camino de Arica en la creencia de que todo estaba perdido.

Al mismo tiempo que tan desgraciados sucesos se desarrollaban en ambas alas, se producía el tercer y último asalto de las fuerzas encargadas de tomar las baterías chilenas del San Francisco. Hemos dejado a las guerrillas descendiendo las pendientes por segunda vez; llegadas al pie de ellas encontraron a las columnas de ataque del "Puno" y del "Lima" Nº 8, de la División Vanguardia. El primero y segundo ataque de las guerrillas habían sido conducidos con tanto ímpetu y rapidez que el grueso de los batallones que debían secundarlas sólo llegó al pie de las pendientes al iniciarse el tercer asalto. Una compañía del "Ayacucho", que se retiraba por los rieles hacia el sur, después de haber atacado con Buendía, se plegó a los asaltantes y dió con ellos la tercera embestida. En esta vez ya se encontraban al pie de las baterías de Salvo

todo el "Atacama", todo el "Coquimbo" y parte del 4º de línea, que hicieron retroceder definitivamente a las obstinadas y bien conducidas compañías de guerrilla.

"Mientras tanto, sordos a la corneta, indóciles al ruego, a la amenaza, a la exhortación y a todo, los soldados bolivianos, sin jefes, continuaban su obra con la precipitación y frenesí propios de quien no tiene otro objeto que hacer incontenible el desorden", dice en su parte oficial el Coronel Suárez.

La fuga que emprendieron los hombres de Villamil desde la extrema izquierda hasta la derecha del dispositivo aliado y de allí a los Andes, contagió a su paso a los del "Illimani" y del "Olañeta" y la dispersión de estas últimas unidades en pequeños grupos, en medio de la pampa, así como la retirada de la caballería aliada hacia Arica, determinaron la dispersión del "Paucarpata" y del "Dalence", que habían actuado con Buendía, y que se desbandaron a su vez hacia el Altiplano.

Ante el rechazo de todos los ataques y en vista de la dispersión completa de las tropas bolivianas y del "Ayacucho", que se retiró en parte hacia Ariquilda con el General Bustamante y a Tarapacá con el Coronel Ruíz de Somocurcio, Buendía reunió lo que quedaba de la División Exploradora ("Lima" Nº 3) y, dando todo por perdido, se dirigió a Tarapacá.

Suárez, por su parte, hizo replegar hacia El Porvenir a las Divisiones Primera y Tercera, que habían sufrido menos en el combate; allí se reunieron a la Segunda División, del Coronel Cáceres, que había permanecido pasivamente en espera de órdenes. Alrededor de este núcleo de tropas en orden se agruparon los elementos salvados de la División Vanguardia y el ejército quedó compuesto sólo por estas tropas. De los cuerpos de Bolivia no quedaron sino los heridos que no podían marchar, y entre ellos el bravo General de División don Carlos de Villegas, Comandante de la Primera División boliviana que dirigió y condujo el ataque de las guerrillas.

Las 12 piezas de Castañón, que habían hecho algunos tiros, permanecían emplazadas frente al enemigo en El Porvenir. Las 6 piezas del ala derecha quedaron abandonadas en el campo, cuando el repliegue general.

Eran las cinco de la tarde. El combate había durado cerca de dos horas.

Los chilenos, que contemplaban estos sucesos desde su refugio en las cumbres, permanecieron completamente inactivos: sólo al oscurecer, por orden del General Escala, que acababa de llegar por ferrocarril a Dolores, descendieron del San Francisco, por sus pendientes occidentales, los batallones "Coquimbo", "Navales" y el Regimiento "Buín", con la manifiesta intención de recomenzar el combate, esta vez en el llano; pero los cañones de Castañón, emplazados detrás de El Porvenir, abrieron el fuego con buena dirección y las columnas de ataque chilenas se arremolinaron para recobrar sus posiciones en la altura, sin que se lograra reemprender el iniciado avance. El 3º de línea y el Batallón "Bulnes", que recién llegaba de Jazpampa, a los que el comando chileno ordenó que cooperaran en esta operación, avanzando hacia El Porvenir a lo largo de

la vía férrea, es decir, por las vertientes orientales, recibieron también algunos proyectiles y, enterados sus jefes del desorden que reinaba entre las tropas que actuaban al otro lado del cerro, optaron por replegarse como aquéllos.

RESULTADOS

El Ejército de Tarapacá quedó semidestruído después de la acción de San Francisco. No lo formaban ya sino las divisiones peruanas salvadas del desastre y la División Ríos, Quinta, que permanecía intacta, de guarnición en Iquique.

Las pérdidas materiales experimentadas por este ejército no se debieron a la acción del enemigo, que quedó inactivo en sus posiciones, como se ha visto, sino a la dispersión de las fuerzas bolivianas y al desaliento que cundió en algunas unidades peruanas que abandonaron el campo en desorden, dando por hecho el fracaso y convencidas de que la operación más acertada era reunirse con las fuerzas de Tacna-Arica, para continuar ulteriormente la lucha.

El número total de soldados de la Alianza, muertos y heridos, que quedaron en el campo fue de 300; los dispersos bolivianos pasaron de 3000. Las fuerzas peruanas reunidas en El Porvenir, que resultaron por legítimo derecho de sucesión bajo las órdenes de Suárez, estaban formadas por las Divisiones Primera, Segunda, Tercera y Vanguardia o Cuarta, con 12 piezas de artillería. La Sexta se había disgregado hacia Tarapacá.

Los chilenos tuvieron 250 bajas, que fueron cubiertas con exceso en la noche del 19, cuando llegaron a Dolores las tropas que Escala despachó desde Hospicio antes de adelantarse personalmente al campo de batalla para informarse, *de visu*, de la situación.

Como resultado general, los chilenos quedaron dueños de hecho del departamento de Tarapacá, puesto que las fuerzas peruanas de Suárez y de Ríos, desorganizadas las primeras y sin la necesaria instrucción las segundas, estaban condenadas a la destrucción más completa, dados los efectivos de ambos beligerantes.

Felizmente, la inacción de los altos jefes del Ejército de Chile permitió que las unidades peruanas que quedaron en orden se reconstituyeran para dar, días después, un rudo golpe a las fuerzas adversas.

El Coronel Suárez reunió en la noche del combate, del 19 al 20, una junta de guerra para acordar el temperamento que se debía adoptar en vista de la desorganización, casi completa, en que se hallaba el Ejército de Tarapacá. En esa junta, los altos jefes se pusieron de acuerdo en que era vano empeño recomenzar la batalla, dada la enorme desproporción de los efectivos; convinieron, asimismo, que era inútil pensar en volver a Iquique donde no existían los recursos necesarios y, en consecuencia, resolvieron que las divisiones presentes en El Porvenir realizaran una marcha nocturna, bordeando el desierto de Tamarugal y pasando inmediatamente al este de la vía férrea para burlar a los chilenos y dirigirse al norte a buscar la reunión con el ejército de Prado. En la primera jornada pensaban alcanzar Tiliviche, efectuando así lo que el Coronel

Suárez llama "un cambio de posición" en su parte oficial. Acordaron, además, enviar propios al Coronel Ríos noticiándole de la operación que iban a efectuar y ordenándole que evacuara Iquique, donde hubiera sido presa fácil del enemigo, para retirarse a la ciudad de Tarapacá a fin de hallarse en condiciones, sea de dirigirse hacia Tacna por el camino de las vertientes oeste de los Andes, sea de internarse a Bolivia si las fuerzas chilenas obstaculizaban su marcha por la ruta antes señalada.

En ejecución del acuerdo anteriormente citado, a medianoche del 19 al 20, cuando se juzgó que las tropas habían reposado de las fatigas del día, después de hacer provisión de agua, los peruanos abandonaron El Porvenir y emprendieron la marcha con dirección a la plaza de Arica.

Al iniciar el desfile la columna tomó francamente hacia el este, pasando sobre la línea férrea para romper el contacto con el adversario mediante un desplazamiento lateral. Cuando las tropas pasaron los rieles y avanzaron algo en el desierto, cambiaron el rumbo al norte para seguir por el Tamarugal, paralelamente a la línea férrea; en estas condiciones prosiguieron la marcha durante algunos kilómetros. Pero, a poco, con gran sorpresa de todos, la columna se encontró nuevamente sobre los rieles, porque los guías habían equivocado el camino. A partir de ese momento las divisiones de Suárez, perdida la huella del desierto, vacilantes entre la camachaca muy espesa de esa noche, dieron numerosas vueltas en el mismo sitio y pasaron hasta seis veces sobre los rieles del ferrocarril. En estas andanzas durante toda la noche, se fatigaron los mulos que transportaban las doce piezas de artillería que conservaba el ejército y el comandante inmediato de la artillería, Mayor Puente, decidió clavar los cañones y abandonarlos, antes de verse sorprendido por cualquier tropa enemiga que hubiera podido emplear ulteriormente el material.

Después de vagar toda la noche en el desierto, las divisiones se econtraron, al aclarar el día 20, sobre la pista que cruzando el Tamarugal conduce hacia Tarapacá, y Suárez ordenó entonces que la columna tomara esta dirección para evitar una marcha de flanco en plena luz del día y bajo la acción del enemigo, si se quería seguir hacia Arica.

Los chilenos que habían permanecido inmóviles durante la noche esperando, según sus partes oficiales, que el ataque se realizara al día siguiente, no vieron a su adversario en la madrugada y no distinguieron ningún movimiento en las casas de El Porvenir; escrutaron entonces el horizonte y observaron cómo se perdían a lo lejos las columnas peruanas, con rumbo a Tarapacá.

Ante la evidencia de que los peruanos habían dejado el campo, algunas unidades bajaron del San Francisco y se dirigieron al llano que ocupaban la víspera los aliados, encontrando en él, además de los muertos, a 10 oficiales y 78 hombres de tropa heridos, así como una treintena de fatigados y estropeados de marcha que no habían podido seguir el movimiento.

OPERACIONES MARITIMAS

Luego que tomó Pisagua el ejército que mandaba Escala, llegó a este puerto el blindado chileno "Blanco Encalada", de regreso de Valparaíso, adonde había ido para recibir algunas reparaciones que le impidieron participar en las operaciones de desembarco en el litoral de Tarapacá. Su Jefe, el Capitán de navío Riveros, había recibido la misión de incursionar en la costa sur del Perú, para impedir el transporte marítimo entre el Callao y Arica, y capturar los barcos peruanos que encontrara en su crucero.

Después de tocar en Pisagua, el "Blanco Encalada", continuó al norte en la madrugada del 17 y alcanzó Islay que visitó el 18; en seguida puso proa al sur y se dirigía nuevamente a Pisagua, cuando avistó el mismo 18 a tres buques que, saliendo de Arica, hacían rumbo al norte. Pronto reconoció que estos buques eran peruanos.

Cuando los marinos peruanos distinguieron a su vez al blindado, contra el que no podían intentar nada dado su inmenso poder, tomaron con sus barcos direcciones divergentes, según las instrucciones que tenían, para distraer la atención de los chilenos y desorientarlos en la persecución. Pero el Comandante del "Blanco", comprendiendo la maniobra, dejó escapar a la "Unión" con cuyo andar sabía que no podía competir y al "Chalaco", cuya captura no ofrecía importancia alguna, y se concretó a perseguir a la "Pilcomayo" que era presa fácil y valiosa.

La persecución duró varias horas, habiendo el barco peruano abierto los fuegos a larga distancia. Después de algún tiempo de tenaz combate, cuando el Capitán de la "Pilcomayo", Ferreiros, vió que toda defensa era imposible, ya bajo el fuego de los potentes cañones del blindado chileno, ordenó clavar el pabellón, inutilizar los cañones de a bordo, prender fuego a la obra muerta y a los puentes, que eran de madera, y abrir las válvulas para que el buque se hundiera.

La oficialidad y marinería, después de realizar estas maniobras, se embarcaron en los botes de salvamento, dejando uno de éstos para que se salvaran los ingenieros encargados de abrir las válvulas. Pero los chilenos que se dieron cuenta de estas operaciones, desembarcaron a su vez una parte de su marinería que se apoderó del barco peruano antes de que se hubiera consumado su inutilización. Con bombas de mano contra incendio, procedieron a apagar el fuego, obligaron a cerrar las válvulas y se instalaron en el barco que condujeron al Sur como presa de guerra, tomando prisionera a la tripulación.

CONSIDERACIONES

El plan establecido por el Presidente Prado para actuar contra las fuerzas enemigas que ocupaban Pisagua, era brillante, por ser el más lógico en las circunstancias del momento y por ofrecer una fácil ejecución. Respondía a la necesidad de arrojar al mar al invasor, para lo que debía el ejército aliado ser superior en número de acuerdo con los principios de la guerra que exigen ser el más fuerte en el campo de batalla, gracias a la concentración de las fuerzas y a la convergencia de los esfuerzos: se respondía así, aun-

que tardíamente, al concepto de hacer concurrir el grueso hacia la vanguardia atacada. Sin embargo, operaciones de esta naturaleza requieren de los ejecutantes una ajustada y precisa combinación que abarca todos los detalles de ella. En efecto, al realizar esta clase de operaciones, llamadas de líneas exteriores, se pueden presentar tres casos:

Reunión antes de la batalla, que, agrupando de antemano las fuerzas conduce al ataque normal en el que se desdeña las ventajas que se pudo obtener por el ataque concentrico y la convergencia de las acciones ofensivas.

Reunión en el campo de batalla, que puede ser muy eficaz; pero, que exige de los comandos concurrentes gran energía para arrollar los obstáculos que el enemigo oponga con el fin de batirlos en detail; salvo que el agredido permanezca completamente inactivo, como fue el caso.

Ataque reunido en el tiempo, pero no en el espacio; que es la verdadera acción concurrente puesto que aborda al enemigo con igual energía en dos puntos o más a la vez, respetando, únicamente, la simultaneidad del ataque.

Esto, en lo que se refiere a la manera de conducir la operación, puesto que en cuanto a sus particularidades de ejecución hay que satisfacer dos requisitos indispensables, que constituyen un verdadero **sine qua non**: la del más estrecho enlace entre los jefes de los ataques concurrentes y la obtención de informaciones precisas, para lo que es indispensable tomar y conservar el contacto con el enemigo. A la maniobra convergente de los aliados, le faltaron estas dos condiciones.

El enlace de las fuerzas de Buendía y de Daza sólo se buscó por medio de propios que el Coronel Suárez despachó con mucho acierto para guir en el camino a las tropas bolivianas; esta medida elemental de itinerario no bastaba, sin embargo, para asegurar la coordinación de ambas fuerzas, que necesitaban conocer, día a día y paso a paso, su respectiva situación. El servicio de informaciones era más rudimentario aún: nada sabían los aliados de la situación del enemigo al comenzar la operación, suponían que permanecía inactivo en Pisagua y pensaron en ir a buscarlo en su propio campo, sin conocer el efectivo total de las tropas desembarcadas y sin preocuparse de estudiar los desplazamientos que éstas realizaban, a pesar de que, por el hecho de ocupar nuestro propio territorio, el espionaje pudo tener fácil empleo y magnífico rendimiento.

Es claro y lógico que si el adversario se desplaza, por poco que lo haga, la concurrencia en un punto predeterminado está condenada al más rotundo fracaso.

Los chilenos, en tanto, ignorantes a su vez de las operaciones que realizaban los aliados, decidieron internarse en la costa para apoderarse del ferrocarril, ocupar pozos de agua, descongestionar Pisagua y establecerse en profundidad, o sea en escalones sucesivos, hacia Iquique. Las órdenes impartidas por el Gobierno de Santiago obligaban al ejército a conquistar un pozo de agua y conservar su posesión, esperando la acción del enemigo, al que no deberían buscar porque las tropas "no se hallaban en condiciones de hacer marchas por el desierto".

En cumplimiento de esta disposición, una parte de las fuerzas invasoras fue enviada hacia la aguada de Dolores, donde estacionó, permaneciendo el resto en Pisagua; la caballería fue despachada a Tiliviche para que el ganado aprovechara los pastos de esa quebrada. Esta distribución de las fuerzas no entrañaba ninguna intención operativa. No vigilaron a las tropas enemigas, ni enviaron reconocimientos en su busca para obtener informes; no establecieron elementos de seguridad en las direcciones peligrosas; no formaron una base; las órdenes dictadas hasta este momento sólo eran para vivir, y no para guerrear.

Los historiadores chilenos hacen ver que todos estos movimientos inconexos constituían importantes disposiciones bélicas que obedecían a la preparación razonada de la ofensiva: se imaginan la ocupación de los pozos como formación de una base próxima al mar, disponiendo de una ferrovía; la inverna del ganado de la caballería en Tiliviche como establecimiento de una cobertura hacia el norte; la colocación de la mitad de sus efectivos en la aguada de Dolores, separada de la otra mitad por 55 kilómetros de ferrocarril, sin disponer de suficiente material rodante para trasladarla, como el "establecimiento de una vanguardia" hacia Iquique, donde suponían, según dicen, que existían 10,000 soldados enemigos, sin percatarse de que así aceptan el haberse establecido en escalones sucesivos, de igual fuerza, lo que entraña mayor error que el de no poner vanguardias. En fin, el Capitán Barahona, de "Cazadores", que marcha hacia Agua Santa el 18, partiendo de Dolores para ver si allí podía estacionar el regimiento, se encuentra de improviso con el grueso de las tropas de Buendía, que marchaba a San Francisco, y este hecho casual se hace aparecer después como un brillante reconocimiento realizado por la caballería. Todos los documentos y partes relativos a las operaciones efectuadas por los chilenos en aquellos días están escritos, impresos y suficientemente difundidos; en ellos se leen las decisiones originales, que han sido trastornadas **post facto** por escritores interesados en atribuir superior preparación militar a sus jefes y excelsas virtudes a sus soldados.

Antes de analizar las operaciones realizadas en el campo de la acción, o sea antes de ocuparnos de las cuestiones tácticas, es necesario hacer ligeras observaciones sobre la preparación de la batalla y sobre la colocación de las fuerzas frente a su punto de aplicación, es decir sobre la cuestión estratégica, cuya acierto depende en gran parte de la manera como llene sus misiones el órgano principal de información, que era, como ahora, la caballería.

En la campaña de Tarapacá se presentaron las más brillantes oportunidades para el empleo de la caballería, misiones de reconocimiento, contacto, enlace, seguridad, persecución, que quedaron completamente inexplotadas, en el lado peruano, por carencia de medios proporcionados a la situación y ,en el chileno, por deficiencia en la conducción, no obstante la superioridad de sus elementos materiales.

En efecto: la caballería, en la guerra de movimiento, por razón de su movilidad y dada la importancia de las misiones que le incumben, es de gran utilidad para el comando, pues la resolu-

ción de cualquier problema estratégico debe basarse, forzosamente, en sus informaciones, en el contacto, en su preliminar resistencia.

Las deficiencias sensibles de organización y capacidad ofensiva de su caballería no le permitieron al comando peruano determinar el dispositivo enemigo, ni fijar y limitar el vacío que existía entre los distintos escalones de Hospicio y de Dolores, lo que hubiera favorecido la conducción del grueso a una posición tal que le fuera posible irrumpir bruscamente sobre la espalda de los chilenos; la marcha hacia el enemigo del ejército aliado de Tarapacá, iluminada por la antorcha de la exploración, se hubiera efectuado con menos fatiga y mayor eficiencia, permitiendo determinar el momento preciso en que debió realizarse el ataque al San Francisco, en la madrugada del día 19.

Más aún, la caballería pudo ser la encargada de informar sobre los recursos de la región y sobre los itinerarios por seguir, reuniendo además algunos elementos de vida en puntos señalados de antemano. A esto hay que sumar las ventajas que hubieran proporcionado las operaciones de menor cuantía, que están siempre a su alcance, a saber, en el caso concreto: destrucción de tramos de la ferrovía, voladura o inutilización de los pozos y bombas para extraer agua, inutilización del telégrafo que enlazaba los distintos agrupamientos del adversario. La sorpresa sobre la caballería chilena de Tiliviche, la información sobre las tropas adelantadas de Amunétegui y sobre el destacamento de Jazpampa y aun las incursiones sobre Hospicio, por el camino de la playa, realizadas por los jinetes de Buendía, hubieran hecho culminar los éxitos que, bien empleada y potente, pudo proporcionar la caballería.

El mantenimiento del contacto con el adversario, función que compete a la exploración, habría dado muchos elementos de triunfo por las informaciones que debió proporcionar, propiciando así la victoria que bien merecían los enormes esfuerzos realizados por la infantería aliada.

El enlace por el dato, a largo radio, hubiera contagiado a las tropas de Daza del entusiasmo y decisión que animaban a las de Buendía. La acción concurrente, que era necesario coordinar también desde el punto de vista moral, se hubiera realizado fácilmente y el menor asomo de repliegue en las fuerzas bolivianas que venían de Arica, habría desaparecido si ambos ejércitos hubieran estado estrechamente enlazados. En circunstancias como esa, el enlace que proporciona la caballería y el intercambio de informaciones que facilita, son los que contribuyen más eficazmente al éxito.

La seguridad, estableciendo densa cortina delante del adversario, habría disimulado la concurrencia que trataban de realizar los ejércios aliados hasta el momento en que ésta fuera incontenible y abrumadora para el atacado. Los gruesos se hubieran desplazado sin vacilación alguna hasta llegar al combate, sabiéndolo todo gracias a la exploración y sin "soltar prenda" sobre su intenciones y desplazamiento merced a la seguridad.

La protección hubiera impedido que Amunátegui marchara por largos kilómetros al lado de las columnas aliadas, evitando asimismo que los arrieros llevaran y trajeran las noticias.

Una red completa de transmisiones, por estafetas y puestos de correspondencia, hubiera hecho fácil toda la operación desde el punto de vista estratégico, permitiendo conocer oportunamente los desplazamienos del adversario.

La caballería chilena, a pesar de sus mayores efectivos y menor preparación material, no fue tampoco debidamente empleada por sus jefes. Sólo dos días después del desembarco el comando ordenó la salida de un Escuadrón, que tomó el contacto en Germania y obtuvo una ventaja parcial; pero su jefe se replegó satisfecho de su éxito, afanoso de conducir trofeos al Cuartel General, sin preocuparse de buscar y conservar el contacto y de mantener la línea alcanzada, como lo hubiera hecho cualquier elemento de caballería bien comandado.

Días después el Escuadrón Barahona ve al grueso de los aliados y regresa íntegro a dar parte a su jefe, sin investigar más de lo que sorprende al primer vistazo y sin mantenerse en observación, como debió haberlo hecho.

La caballería de Vergara, que marcha a Tana, ve las fuerzas que allí detuvo Daza, aprecia su efectivo; pero, mientras se decide a atacar, aparece otro escuadrón chileno, del que no tenía noticia por error del comando, que debió prevenir a uno y otro, y ambos se retiran desalados, perdiendo nuevamente el contacto con aquel grupo enemigo, que era en realidad fácil y valiosísima presa por encontrarse en él el Capitán General y Presidente de Bolivia. Las informaciones que la caballería chilena dio a su comando en esta oportunidad, excitan la hilaridad de los más ponderados escritores chilenos.

La sorpresa estratégica que sufren los chilenos en San Francisco y las horas angustiosas que pasan sus unidades, momentáneamente inferiores en número, fueron el justo castigo de la imprevisión de sus jefes.

Ambos beligerantes maniobran y combaten, pues, en la mayor oscuridad y proceden al azar, con imperdonable imprevisión y desconocimiento absoluto del papel de la caballería.

Para justificar en cierta medida al comando peruano, al mismo tiempo que se condena al chileno, hay que anotar que, además de las diferencias materiales, los primeros tenían las líneas envolventes y los segundos las envueltas, disponiendo de sus masas reunidas y abundantemente provistas de recursos, lo que facilitaba la acción de esta última caballería; y aun más, la caballería chilena tenía desde el comienzo la superioridad numérica y, por consiguiente, el ascendiente moral de que, por oposición, carecía la caballería aliada *.

En el Perú y en los países que lo rodean la victoria será siempre de quien mejor sepa maniobrar y la maniobra no se puede concebir sin conocer la situación del "maniobrado", al que reconoce y descubre la caballería, informando en seguida al comando gracias

* En nuestra época las operaciones estratégicas necesitarán, cada vez más, la luz que proporciona la caballería cuando se le sabe emplear. Hoy encontrará su tarea facilitada por el apoyo de la aeronáutica, que ve detrás de lo que ella determina y por modernos ingenios de transmisión, que facilitan el envío de informaciones; mejor armada que antes, puede reconocer por el combate a pie y sostenerse en el terreno que haya alcanzado gracias a sus órganos de fuego, lo que no puede hacer la aviación.

a su mayor movilidad en todo terreno, que nada ha destruído aun, con relación a los gruesos, formados principalmente por la infantería, cuyos desplazamientos son los que se trata de determinar.

Cuando Sotomayor supo en Dolores que el ejército aliado de Tarapacá se aproximaba, debió retirarse a Jazpampa, tanto para buscar apoyo y el enlace material con las divisiones de Hospicio, como para asegurar su línea de retirada, que parecía amagada por las tropas enemigas cuya presencia se había comprobado en Tana y de cuyo efectivo e intenciones no se tenía noticia segura, por el trastorno que provocaron los escuadrones enviados en reconocimiento del día 18. Esta operación era la única que cabía ejecutar y Sotomayor, lejos de emprenderla, se adelantó, y todavía por fracciones, hacia el grueso enemigo que se le había dicho que avanzaba desde el sur.

Procediendo en esa forma no sólo aumentó la separación de los escalones en que estaba repartido el ejército a que pertenecía, sino que fraccionó su propio escalón en minúsculos subescalones. Su proceder no es disculpable, porque hasta el momento en que ideó su plan de combate, en la noche del 18 al 19, tenía la certidumbre de que existían numerosas tropas bolivianas en Tana, según los datos de Vergara, que insistía, a su lado, en sostener sus primeros informes.

Sotomayor no tuvo visión clara de los sucesos que se desarrollaron ante él durante el combate.

Con la idea fija de defender el pozo de Dolores, tomó un dispositivo que tendía a rodearlo de fuerzas por todos lados, estableciéndose en una especie de fortaleza, cuyos bastiones eran San Francisco, Tres Clavos y cerro Bartolo.

No constituyó una reserva, pues distribuyó todas sus tropas en una sola línea, sin tener nada preparado para pasar a la ofensiva en un momento dado, ni para contrariar los imprevistos.

Su fin parece haber sido formar una zona de seguridad, especie de cabeza de puente, para favorecer la llegada de las fuerzas que esperaba que trajera Escala de Hospicio. Mientras Escala llegaba, se dedicó a mantenerse en sus posiciones sin provocar el combate ni dictar disposición alguna para dominar los acontecimientos que se desarrollaban a su vista.

Cuando fracasó el dislocado ataque de los aliados y gran parte de las fuerzas de éstos se dispersaron, Sotomayor continuó atónito, sin idear ninguna combinación ni comprender que ese desorden que presenciaba era el desastre de sus adversarios; a tal punto se hallaba sugestionado sobre el valor moral y material de las tropas que le hacían frente, que informó a su jefe que esperaba el ataque para el día siguiente.

El comando chileno no asumió su papel de coordinación de los esfuerzos; sin tropas en la mano, con las que hubiera hecho sentir su acción, distribuyó en abanico sus soldados y sus baterías y confió todo a la iniciativa de los jefes subalternos.

El General Buendía y su Jefe de Estado Mayor no dirigieron el combate como debían, porque, para dar muestra de un inútil valor personal, se pusieron a la cabeza de los ataques, descuidando su elevado papel de dirección y coordinación de los esfuerzos.

En estas condiciones la batalla se realizó como una sucesión de empeños desarticulados, que no tenían un fin común y que, por falta de trabazón, no se prestaban mutua ayuda.

La reserva, con Cáceres, no recibió órdenes. La caballería, con Ramírez, por no tenerlas y porque no se sentía dirigida y comandada, tomó la más infeliz iniciativa.

Los ataques de Buendía y de Suárez, ejecutados de conformidad con el plan del primero de estos jefes, perseguían una finalidad abstracta: reunirse en la Encañada, con lo que que sólo hubieran logrado rodear o acordonar por todos lados los cerros de San Francisco, sin resultado práctico inmediato, y adoptando voluntariamente una línea poligonal envolvente, más extensa que la de los chilenos, y cuya solidez requería efectivos diez veces superiores. Tal vez Buendía pretendió quitar a los chilenos la aguada de Dolores, para vencerlos después como en un sitio de plaza; parece que, para él, se trataba de un problema poliorcético y no táctico.

A la vista estaba sin embargo, que por cuanto el enemigo se presentaba en "punta de lanza" y a la defensiva, sin esperanza de mutuo apoyo entre sus distantes y desarticulados escalones, se debía empeñar el máximo de fuerzas contra el escalón más adelantado, el de Amunátegui, para atenazarlo, disponiendo después del tiempo necesario para reorganizarse y de un considerable acrecentamiento de fuerza moral, para proceder contra Urriola en la misma forma.

Mientras se desarrollaba esta acción principal contra el saliente de tan absurdo dispositivo, dos ataques secundarios: de una división contra Urriola y de tres o cuatro compañías de guerrilla contra Castro, hubieran bastado para distraer y fijar a estos escalones tan retrasados de la defensa, que tenían misiones independientes y estaban ligados al terreno.

Las fases de la operación se hubieran realizado en la siguiente forma:

Primera fase: Divisiones peruanas 1ª, 2ª, 3ª, 4ª y 6ª, más la 1ra. División boliviana, o sea trece batallones, escalando simultáneamente el San Francisco Sur contra los cuatro batallones de Amunátegui. Cubiertos por dos ataques secundarios: a la derecha, contra Castro, por las compañías de guerrilla, y a la izquierda, contra Urriola, por la División Villamil o por alguna otra, peruana, de mayor potencia ofensiva y más arraigada fe patriótica.

Segunda fase: las mismas unidades, es decir, todas las fuerzas, reforzadas por la División Villamil, apoderándose del San Francisco Norte, contra los cuatro batallones de Urriola.

Tercera fase: destrucción del 3º de línea; del "Bulnes", que llegó con Escala a las 5 y 30; captura del resto del material de artillería; persecución hasta Jazpampa; organización defensiva frente

a Hospicio-Pisagua; conservación del contacto con las tropas de esa región.

La artillería y caballería aliadas hubieran secundado a su infantería del llano en estas sucesivas tareas. La artillería chilena estaba en errónea posición, como lo demostró el ataque de las guerrillas; la caballería chilena, en la lógica imposibilidad de actuar sobre las cumbres.

La situación favorable para tomar esta decisión, la pudo Buendía apreciar a la vista, sin dificultad alguna; este párrafo, pues, no construye guerra de fantasía, facturada a posteriori. En Ayacucho, Córdoba, sin quererlo ni desearlo, resultó procediendo en esta forma con su división en orden contra los esfuerzos sucesivos, pero aislados e inconexos, escalonados en profundidad, del ala izquierda realista.

El estudio y meditación de las campañas del pasado, prematuriza nuestra experiencia y nos brinda, y ha brindado en toda época, lecciones provechosas para el porvenir.

Suárez, con clara noción de las operaciones de guerra, supo con energía e inteligencia recobrar a las divisiones que quedaron organizadas después de la batalla.

El comando chileno, en cambio, dio con su inacción la más rotunda prueba de su desconcierto y puso en evidencia que concedía poco valor al organismo militar que tenía entre manos.

De la exposición misma de los hechos, resulta que en San Francisco no hubo sino un choque dislocado entre las fuerzas beligerantes. A la acción que se desarrolló en esa región se le titula batalla, sin embargo, por el cambio general de situación que originó y por la magnitud de las pérdidas que sufrió el ejército aliado, causadas principalmente por el pánico y deserción del campo de batalla, de las tropas improvisadas de Bolivia.

Se debe anotar de paso que esta dispersión de los bolivianos no se debió a las calidades innatas del hombre del Altiplano, sino a las escisiones y rencillas entre sus jefes y a la falta de conciencia patriótica colectiva. En efecto: una muchedumbre pacífica vestida de un mismo color, con comando improvisado, sin la preparación moral y técnica que sólo se adquiere en las filas, no puede formar ejércitos; el pecado es original en estas condiciones, es pecado de imprevisión, que siempre se ha pagado y se seguirá pagando con los más duros desastres.

La idea de ejército, masa instruída y acaudillada, apta para la lucha, no es concebible si no se contempla la existencia de una voluntad realmente superior, que todo lo abarca y encarrila, capaz de dirigir el complicado mecanismo que lo forma. Un ejército que no obedece a su jefe, o que no lo tiene, deja de ser un organismo digno y capaz de sostener el honor de su bandera.

Cuando la disciplina es débil, o cuando no existe desde el origen, desaparece la cohesión y la obediencia, fuerza de coordinación que caracterizan a los ejércitos. Se puede hacer alarde de valor y poner en juego, individualmente, todas las virtudes militares; pe-

ro, empleándolas en forma aislada e inconexa, como en San Francisco, la victoria no coronará jamás esos esfuerzos desarticulados, fuera de tiempo y lugar.

El valor, la iniciativa, los más sagrados ideales patrióticos de que pueden hacer gala los soldados a sus jefes, son inútiles a la nación que envía a sus hijos al campo de batalla; más aún, son nocivas y perniciosos, cuando desbordan del cauce que debe señalarles la voluntad única del jefe, que pide en nombre de la Patria determinado esfuerzo a cada uno, para llenar cumplidamente el rol de conjunto que ha sido encomendado a la virtud militar del ejército que dirige. Si el jefe es el primero que abandona la tarea, limitándose a pasar a las filas como un oficial más, niega su cooperación al resultado general y elude el cumplimiento de sus más sagradas obligaciones.

CAPITULO VI

CAMPAÑA DE TARAPACA

BATALLA DE TARAPACA

Operaciones después de San Francisco.-Concentración de los peruanos en Tarapacá.- Restablecimiento del contacto.

Batalla de Tarapacá.-Plan de ataque chileno.- El terreno.- Dispositivo de las tropas peruanas.- La acción; sus fases.- Resultados.

Operaciones marítimas.

La situación política.

Consideraciones.

OPERACIONES DESPUES DE SAN FRANCISCO

* Las divisiones peruanas recuperadas del choque de San Francisco tomaron el camino de Tarapacá en la madrugada del 20 de noviembre.

Conviene recordar que esas tropas habían marchado en la noche del 16 al 17 entre Santa Adela y Pozo Ramírez, del 17 al 18 de Pozo Ramírez a Agua Santa, en la noche del 18 al 19 entre este último lugar y San Francisco; que sin tomar el debido reposo, después de haber recorrido 80 kilómetros por el arenal en menos de tres días, se habían batido toda la tarde del 19 y que marchaban nuevamente desde la medianoche del 19 al 20.

Como en los meses de campaña que iban corridos, el ejército peruano no había recibido prendas de abrigo y el calzado estaba deshecho; como, además, la fatiga de las acémilas y bestias de tiro había impedido el transporte de los escasos víveres y odres de agua que fueron abandonados e inutilizados en El Porvenir, antes de emprender la retirada, es fácil darse cuenta de la penuria por que atravesaba ese ejército y de la enorme fatiga física que debía abrumarlo. Por otra parte, su espíritu estaría también muy deprimido, como no podía dejar de suceder, después de haber visto fugar del campo de batalla a sus aliados, que representaban una importante fuerza. Sin recursos, sin vestidos para defenderse del ardiente calor del día y del viento helado de las noches, abandonados a sí mismos

* Croquis Nº 7.

y al talento de sus jefes, bajo la amenaza de que el enemigo volviera de su increíble somnolencia, los hombres que lo formaban, sintiéndose desamparados en tan inmenso y hostil teatro de operaciones y conociendo la facilidad con que los chilenos podían cortar su línea de retirada, debieron pasar los más duros momentos durante su peregrinación a través del desierto. Su fe y su patriotismo los salvaron.

En tan difícil situación, las divisiones peruanas llegaron a Curaña al atardecer del 20, después de dieciocho horas de marcha.

En esa pequeña y pobre aldea los jefes hicieron distribuir dos o tres cabras para la alimentación de cada batallón, racionando el agua salobre procedente de las filtraciones, que era la que se bebía normalmente en la localidad.

El Coronel Suárez, dando nuevas pruebas de su asombrosa actividad, continuó el mismo día sobre Tarapacá para organizar recursos, dejando el mando de la columna al coronel más antiguo, Bolognesi, con orden de reemprender la marcha en la tarde del 21, luego que las tropas hubieran tomado un ligero reposo.

Efectivamente, el día señalado más arriba, las divisiones peruanas continuaron su marcha, como estaba dispuesto, y el 22 alcanzaron el pueblo de Tarapacá, donde iban, por fin, a detenerse algunos días para recobrar aliento y reorganizar sus elementos. Desde Tarapacá ordenó Suárez al Coronel Ríos, esta vez por telégrafo, que dejara Iquique y que se reuniera al grueso. La Quinta División, que se encontraba preparada para cualquier evento por los cuidados de su jefe, dejó ese puerto el 22, pocas horas después de recibir la orden.

Mientras Ríos realizaba su marcha a la reunión, el Coronel Suárez, que había encontrado en Tarapacá al General Buendía con las unidades que éste retiró del desastre de San Francisco y con algunos dispersos, así como una parte de las tropas de la División Exploradora, conducida, como se ha dicho, por el Teniente Coronel Somocurcio, procedió, de acuerdo con las órdenes del Comandante en Jefe, a reorganizar los cuerpos y a reconstituir las divisiones, que, aunque bajas de efectivo, conservaron sus denominaciones y su orden inicial de batalla.

Los chilenos, en la mañana del 20, después de ver desaparecer en el horizonte la polvareda que levantaban en el desierto los batallones de Suárez, pensaron poner en práctica las últimas instrucciones que habían recibido de su gobierno, que, como recordaremos, consistían en ocupar el puerto de Iquique bloqueándolo por mar y atacándolo por tierra. El 21 de noviembre el General Escala dispuso que se iniciaran los desplazamientos necesarios para esta operación; pero, cuando ya algunas tropas habían efectuado los arreglos convenientes para dirigirse al sur, el comando chileno se enteró por el aviso que trajo la "Covadonga" de que el Coronel Ríos había abandonado aquel puerto el día 22 y que éste se encontraba ocupado, desde el 23, por tripulantes desembarcados del "Cochrane".

Entonces los altos jefes chilenos resolvieron postergar la marcha de su batallones hacia aquella plaza y el ejército continuó en completa inacción, sin tratar siquiera de conseguir algún dato sobre las fuerzas de Ríos o sobre las de Suárez. Entre las unidades que debían partir al sur con la intención de alcanzar Iquique y captu-

rar algunos dispersos de San Francisco que, según se decía, se habían retirado en esa dirección atravesando penosamente el desierto, se contaban dos escuadrones del Regimiento de "Cazadores a Caballo", que, a pesar de que la evacuación de Iquique hacía innecesaria su marcha, partieron siempre en esa dirección el mismo 23. Su avance respondía exclusivamente al deseo de dar al Coronel Sotomayor una salida honrosa del teatro de operaciones; este Coronel había tenido graves disentimientos con el Comandante en Jefe a los que no eran ajenos el entremetimiento y la acuciosidad del Comandante Vergara, de guardias nacionales, y el Ministro de Guerra, hermano del citado Coronel, ideó esta combinación para aceptar su renuncia cuando se hallara en Iquique, como en efecto sucedió.

La situación de las tropas chilenas era, pues, la siguiente el 23 de noviembre: los "Granaderos" en Tana, tanto para que el ganado aprovechara los pastos de esa quebrada como para vigilar al norte; parte de los "Cazadores", con el Coronel Sotomayor, en marcha hacia Iquique por Agua Santa y Pozo Almonte; un batallón en Pisagua; el grueso del ejército en la región de San Francisco, con su Cuartel General en Dolores. Poco después se transportó a Dibujo, cerca de Negreiros, una parte de la infantería del grueso.

CONCENTRACION DE LOS PERUANOS EN TARAPACA

Las tropas peruanas que alcanzaron esta localidad permanecieron en merecido descanso a partir del 22, en que llegaron a ella, y ya el 25 comenzaron a ponerse en marcha hacia Arica, por escalones. Según el plan acordado por el comando, el Ejército de Tarapacá debía alcanzar aquella plaza para reunirse a los importantes núcleos de tropas aliadas de esa región, marchando por las quebradas que, descendiendo de los Andes, se pierden en el Tamarugal. Dicho día 25 se dirigieron a Pachica, pequeña aldea situada a 19 kilómetros al norte de Tarapacá, las Divisiones Vanguardia, a órdenes del Coronel Dávila, y la Primera, mandada ahora por el Coronel Herrera, que formaron el primer escalón de marcha del ejército. Las otras divisiones debían salir tan luego como llegara de Iquique la del Coronel Ríos, que era esperada de un momento a otro.

Por su parte, el Coronel Ríos, cuando recibió orden de abandonar la plaza de Iquique, entregó la ciudad al Prefecto del Departamento, General López Lavalle, encargándole además los enfermos de su división y los prisioneros chilenos de la "Esmeralda", que se encontraban en el puerto desde el memorable combate naval del 21 de mayo. Antes de dejar el puerto, el citado Coronel inutilizó las cuatro piezas pesadas que se habían montado en la ribera desde el comienzo de la guerra y arrojó al mar las municiones de artillería y los elementos de guerra encargados a su custodia que no podía llevar consigo. Luego que terminaron estas operaciones preparatorias de la marcha, el jefe de la Quinta División hizo transportar por sus soldados toda la munición de fusil que podían conducir y dejó el puerto a las 3 de la tarde del 22, dirigiéndose al Molle, que señaló como término de la primera jornada.

En dicho día 22 el Prefecto del Departamento, que había hecho patrullar la localidad con los bomberos para garantizar el or-

den, juzgando que toda defensa era inútil ante las poderosas naves chilenas que bloqueaban el puerto, lo entregó a los cónsules de Francia, Inglaterra y Alemania, los que al obscurecer se trasladaron al "Cochrane", que se encontraba sobre la máquina en la rada, para hacer entrega de la plaza y pedir garantías para los pobladores indefensos y neutrales.

El comandante del "Cochrane" aceptó la gestión de los cónsules y en seguida despachó a Pisagua a la "Covadonga" para que informara a Sotomayor, Ministro de Guerra y Marina en campaña, quedando éste enterado de la situación el 23 al amanecer. Después de la partida de la "Covadonga", el "Cochrane" alistó durante la noche a 125 hombres de su tripulación, que ocuparon el puerto el 23 en la mañana, no sin haber antes recogido, con honores, a los prisioneros de la "Esmeralda".

El mismo día en que se efectuaba el desembarco en Iquique y la ocupación de la Plaza, la Quinta División, que había pasado la noche en el Molle, como se ha dicho más adelante, continuó sobre la Tirana, que alcanzó al anochecer. De este lugar siguió por la pampa de Isluga, donde descansó el 25, para llegar a Tarapacá el 26 en las últimas horas del día. Las tropas de Ríos habían vencido 112 kilómetros de pesadísimo arenal, sin recursos de ninguna clase, en cuatro días de marcha; pero las penalidades de esta operación hicieron que, descontando a los enfermos e imposibilitados para marchar que quedaron en Iquique, sólo se presentaran en Tarapacá 900 hombres escasos, de los 1034 que formaban el efectivo total, debiendo incluirse en estas bajas, además, las que por razón natural se habían producido durante los largos meses de la campaña.

Esta división, improvisada con civiles y gendarmes carentes de la debida instrucción militar dió en esta oportunidad una prueba brillante de lo que puede el amor patrio cuando está bien encauzado por un jefe digno de ese nombre, como lo era el Coronel Ríos, a quien veremos luego actuar valerosa y decididamente en la batalla de Tarapacá. También forfaba en las filas de esa división el Coronel Alfonso Ugarte, que supo destacarse en forma excepcional desde el comienzo de la guerra.

Después de las penalidades sufridas por las tropas que condujo Suárez desde San Francisco y las que pasaron las de Ríos desde Iquique, bajas de efectivo todas las divisiones, habiendo tenido que nombrar algún nuevo comandante de división, redistribuídos los oficiales para completar los cuadros de las subunidades y equiparada la fuerza efectiva de éstas, las tropas peruanas, que recibieron nueva organización en Tarapacá, tenían en la noche del 26 de noviembre la constitución siguiente:

			Hombres
En Pachica	Primera División, Coronel Herrera.	"Cazadores del Cuzco	410
		"Cazadores de la Guardia	380
	División Vanguardia (Cuarta). Coronel Dávila	"Puno"	300
		"Lima" Nº 8	350

En Tarapacá	Segunda División, Coronel Cáceres.	"Zepita"	450
		"Dos de Mayo"	380
		"Columna de Artilleros" .	100
	Tercera División, Coronel Bolognesi	"Ayacucho" Nº 2	300
		"Guardias de Arequipa" .	380
	Quinta División Coronel Ríos.	Batallón "Iquique" . . .	300
		Columna "Tarapacá" . .	150
		Columna "Navales" . .	140
		Columna "Gendarmes" .	80
		Columna "Loa" *	226
	División Exploradora (Sexta). Coronel Bedoya.	"Ayacucho"	300
		"Lima" Nº 3	240
		Total	4486

RESTABLECIMIENTO DEL CONTACTO

A partir del 22 de noviembre el secretario del Comandante en Jefe chileno, Teniente Coronel de guardia nacional Vergara, quien, a pesar de su condición de simple aficionado parecía monopolizar todas las iniciativas, como se seguirá comprobando y tener más concepto militar que sus superiores jerárquicos, había pedido que se le confiaran elementos ligeros de caballería para buscar al enemigo en la dirección general de Tarapacá, hacia donde constaba que se había retirado el Ejército del Perú.

El 24 de noviembre el comando chileno decidió, atendiendo al pedido de Vergara, investigar sobre el paradero, situación e intenciones de las tropas peruanas de Tarapacá y para hacerlo formó un destacamento cuya dirección encomendó al citado comandante. Una vez que las tropas de su destacamento estuvieron reunidas, Vergara partió hacia Tarapacá ese mismo día, alcanzando Negreiros al atardecer. De esta oficina salitrera el jefe del destacamento pensaba dirigirse directamente al este, al día siguiente, para llegar por Isluga a Tarapacá.

Cuando descansaba en Negreiros durante la noche, sus soldados capturaron a un arriero argentino que dio datos sobre el efectivo y situación de las divisiones peruanas. Alarmado entonces Vergara por la fuerza que el informante atribuía a las citadas tropas, despachó un oficial al Cuartel General para que diera cuenta de la situación y pidiera al General Escala un refuerzo; pero éste, que también había tenido noticias de que las fuerzas peruanas que ocupaban la quebrada de Tarapacá eran numerosas, se encontraba disponiendo ya lo necesario para que al día siguiente partiera una división, que se formó improvisadamente, sobre las huellas de Vergara. Se despachó entonces con estas noticias al oficial venido de Negreiros, ordenándole que previniera al jefe del destacamento que

* Formada por bolivianos residentes en Iquique

debía esperar esas fuerzas o que, si ya había abandonado Negreiros, rumbo al este, regresara a ese punto.

El comando de la división que debía reforzar a Vergara fue confiado al Coronel Arteaga, que desempeñaba el puesto de Jefe de Estado Mayor en reemplazo del Coronel Sotomayor. Arteaga salió de Dolores el 25 llegando a Negreiros ese mismo día, pero no encontró a Vergara como esperaba, porque éste, creyendo que el refuerzo pedido lo alcanzaría en el camino, había emprendido marcha hacia Tarapacá llegando el 25 a un punto favorable en la pampa de Isluga.

Arteaga reiteró con propios la orden de regresar a Negreiros o esperar en la pampa y emprendió su marcha por ésta, en la madrugada del 26. A la mitad de la tarde alcanzó a distinguir al destacamento de Vergara que lo esperaba y se reunió con él al anochecer.

Poco tiempo hacía que el Coronel Arteaga había agrupado todas las fuerzas, cuando se presentó el Comandante Vergara que, para no desperdiciar el día 26 mientras su tropa aguardaba al grueso, se había trasladado a Tarapacá acompañado de un viejo ex-capitán chileno, minero de la región. Vergara informó al Coronel Arteaga que había llegado en su incursión a las alturas que dominan Tarapacá, desde donde había distinguido fácilmente a los peruanos estacionados en la localidad y dedicados al descanso; además, había alcanzado a ver a la División Ríos que ingresaba al pueblo, procedente de Iquique, en lamentables condiciones y muy fatigada. A estos importantes datos se agregaban los de su compañero de reconocimiento que, conocedor de la zona y amigo de los pobladores, había penetrado en la localidad misma con un disfraz e informaba despectivamente de las mal vestidas, hambrientas y aparentemente desalentadas tropas peruanas, que prescindían en absoluto de todo servicio de seguridad y protección.

Las tropas que obedecían ahora a Arteaga, habiendo pasado Vergara a contarse como simple ayudante de este Coronel, tenían la composición siguiente:

Destacamento que condujo Vergara	1 escuadrón de "Granaderos". 2 compañías del Batallón "Zapadores" 1 sección de montaña Krupp (2 pz.)
División de refuerzo del Coronel Artega	Regimiento 2º de línea. " "Artillería de Marina" Batallón "Chacabuco". 2 compañías del Batallón "Zapadores" (completándose así el citado Batallón). 1 batería de montaña Krupp (4 pz.) 1 sección de piezas de bronce (2 pz.). 1 escuadrón de "Cazadores".

El conjunto de estas tropas sumaba 3900 hombres, con 8 piezas de artillería.

BATALLA DE TARAPACA

27 de noviembre

PLAN DE ATAQUE CHILENO

En vista del informe de Vergara y de los datos del ex capitán compañero de éste, el Coronel Arteaga trazó un plan de ataque en el que contando con que los peruanos no llegarían a combatir enérgicamente dado su lamentable estado físico, sólo trataba de "rodearlos para hacerlos prisioneros".

Para llevar su plan a la práctica, el jefe de la división chilena separó su tropas en tres columnas de efectivo parecido, que iban a presentarse simultáneamente en las desembocaduras de la quebrada para cortar "toda fuga" a los peruanos. El fraccionamiento ordenado por Arteaga era el siguiente:

Primera columna, Comandante Santa Cruz, Jefe de "Zapadores".	Escuadrón de "Granaderos". Batallón de "Zapadores". 1 sección de piezas de bronce. 1 sección Krupp.
Segunda columna, Comandante Ramírez, jefe del 2º de línea.	Escuadrón de "Cazadores". Regimiento 2º de línea. 1 sección Krupp.
Tercera columna, a órdenes del Coronel Arteaga.	Regimiento "Artillería de Marina". Batallón "Chacabuco". 1 sección Krupp.

La intención de los jefes chilenos era penetrar a la quebrada por varios puntos a la vez con la columna de Santa Cruz por Quillahuasa al norte, con la de Ramírez por Huarasiña al sur, permaneciendo Arteaga con la tercera columna en las pendientes oeste de la quebrada, para batir con sus fuegos al enemigo que se hallaba en el fondo y descender a él si fuera necesario.

EL TERRENO

La quebrada de Tarapacá es una de las que se abren en el macizo andino para terminar en el desierto del Tamarugal.

Su dirección general es de este a oeste, pero en el pueblo de Pachica se inflexiona y sigue por 15 kilómetros con rumbo norte a sur, para llegar a la pampa de Isluga.

Angosta en la mayor parte de su recorrido, con un ancho que varía entre 300 y 600 metros, es dominada casi a pico por sus vertientes que en algunos lugares tienen gran altura.

Por su fondo corre el río torrentoso de su nombre, periódico y de escaso caudal, cuyas aguas se pierden por infiltración al llegar al desierto y por la captación que de ellas hacen los habitantes del valle. En las épocas de llena, el río tiene fuerte corriente y arrastra piedras y leños que ocasionan destrozos en las heredades de las riberas, acarreando materiales que le hacen cambiar de curso y que forman accidentes renovados año tras año.

Los pobladores del valle, para disponer de agua en la época de sequía, organizan estanques o arreglan como tales las hondonadas del terreno donde la depositan para distribuirla después en riegos.

Los cultivos de la región se reducen a algunos pastales, hortalizas y pocos árboles frutales.

En este tramo final, de 15 kilómetros norte a sur, se encuentra la población de Tarapacá, entonces de 1200 habitantes, situada a 1380 metros sobre el nivel del mar; algunos caseríos, más o menos próximos, la rodean.

Si se entra a la quebrada viniendo de la pampa árida y pedregosa de Isluga se llega al caserío de Huarasiña, donde las aguas del río comienzan a desaparecer. Siguiendo 1500 metros más adentro, se encuentra la aldehuela de San Lorenzo y después la cuesta de Visagra, en que se hace áspera la subida de la quebrada, para continuar a Tarapacá situada a menos de 5 kilómetros de la boca sur.

Para el que llega de Visagra a Tarapacá, este pueblo se halla oculto tras una grupa que se destaca de las vertientes occidentales avanzando hacia el río. Tarapacá se halla en un entrante abierto al norte y no es visible viniendo de Huarasiña sino a muy corta distancia, presentándose al viajero de improviso después de contornear el saliente.

Continuando aguas arriba, se alcanza Quillahuasa que dista 2 a 3 kilómetros de Tarapacá y, en fin, sobre la misma quebrada está situada la población de Pachica a la que se llega saliendo de Tarapacá por Quillahuasa.

Un camino tortuoso que sigue paralelamente al río, a trechos en ladera, une estas distintas localidades. Además, algunos senderos escabrosos permiten salir del fondo del valle, escalando las alturas que lo encuadran, para llegar a las planicies superiores de ambas vertientes.

La población de Tarapacá se halla dominada por dos alturas considerables que coronan las vertientes orientales de la quebrada, cerro Tarapacá, con 2280 metros sobre el nivel del mar y 900 sobre el fondo de la quebrada, y cerro Redondo, más próximo a Quillahuasa y de menor altura. Las vertientes occidentales, en las que se ofrecen los senderos más practicables de que se ha hablado, ofrecen en la cima una extensa planicie arenosa, muy ondulada, en la que se encuentran pequeñas colinas medanosas, de escasa altura.

En esta última región, casi plana, y en el fondo del valle fue donde tuvo lugar la batalla de Tarapacá.

DISPOSITIVO DE LAS TROPAS PERUANAS

El terreno era favorable al plan que iban a desarrollar los chilenos. y si éstos hubieran conseguido el efecto de sorpresa que esperaban obtener, aunque sus disposiciones no tendían a ello, el resultado podría haber sido desastroso para el ejército peruano: esa sorpresa era muy fácil de realizar, sin embargo, dada la ausencia absoluta de todo elemento de seguridad o de simple vigilancia del lado del defensor.

Las tres columnas chilenas, cuya constitución ya se ha indicado, emprendieron marcha en la madrugada del 27 sobre el pue-

blo y quebrada de Tarapacá para poner en ejecución el plan de ataque. La columna Santa Cruz partió primero, a las 3 de la mañana, y emprendió sobre Quillahuasa desde la pampa de Isluga, donde había pernoctado toda la División Arteaga, bordeando por el oeste la quebrada de Tarapacá; su misión era presentarse al amanecer por la boca norte de la quebrada para atacar desde allí la localidad; retrasada en su marcha, llegó a la altura del pueblo en pleno día y los hombres que la formaban, que habían vagado en la noche perdidos en la planicie, pudieron distinguir a las tropas peruanas completamente desprevenidas, que circulaban por las calles y plazas como en plena paz.

A las ocho de la mañana Santa Cruz bordeaba aún la quebrada por el oeste, cuando unos arrieros que salían de Tarapacá hacia Pachica se dieron cuenta de la presencia de las tropas chilenas en marcha a Quillahuasa y, regresando rápidamente al pueblo, dieron cuenta a los jefes peruanos de lo que acababan de ver. De este modo casual se dió el alerta a las confiadas tropas nacionales. Suárez ordenó entonces que se tocara generala y los batallones se hallaron dispuestos para la lucha en muy poco tiempo. Desde el primer momento la División Cáceres, que se hallaba al pie de las pendientes sobre las que aparecía el enemigo, recibió orden de ocupar lo más pronto posible las alturas al oeste de la quebrada para atacar al adversario señalado, a fin de dar tiempo a que las tropas tomaran un dispositivo.

El comando peruano se dió cuenta que era necesario abandonar el fondo de la quebrada y establecerse en las alturas, así como ocupar fuertemente la desembocadura sur del valle, y, en consecuencia, Suárez dictó, es claro que verbalmente, las breves órdenes siguientes:

Coronel Cáceres —Segunda División, alturas del oeste, que debía escalar con prontitud para desalojar a las fuerzas adversas que estaban a la vista.

Coronel Castañón—Con la primera compañía del "Arequipa" y la "Columna de Artillería", en la cuesta Visagra, para cerrar el paso a los que intentaran ingresar a la quebrada por el sur;

Coronel Bolognesi—Tercera División, pendientes del cerro Tarapacá;

Coronel Ríos —Quinta División, pendientes del cerro Redondo;

Coronel Bedoya —División Exploradora, en la población, donde también quedó el General Buendía.

En seguida despachó un propio, baqueano, para llamar de Pachica a las Divisiones Herrera y Dávila (Primera y Vanguardia) a las que ordenó acudir inmediatamente.

LA ACCION

Santa Cruz que había hecho adelantar al escuadrón de "Granaderos" hacia Quillahuasa y que seguía sus huellas, después de haberse perdido en la pampa hasta que salió el sol, al ver que la

sorpresa había fracasado y que el Coronel Cáceres escalaba las pendientes dirigiéndose contra él, abandonó su dirección de marcha y decidió hacerle frente; para ello se detuvo orientado hacia el sudeste y emplazó su artillería a la izquierda de su línea, al borde de la quebrada, a fin de tomar de flanco a los que escalaban la pendiente. Pero, a pesar de los potentes fuegos de la artillería de Santa Cruz y del fuego de la infantería de esta columna, la división Cáceres consiguió coronar las alturas; una vez en la planicie superior, inició el ataque, teniendo al "Zepita" en primera línea y al "Dos de Mayo" en segunda.

El "Zepita", en tres columnas de ataque, sólo rompió el fuego a la voz de mando, a 200 metros del enemigo, según las órdenes que tenía; se lanzó en seguida a la bayoneta decididamente y tomó los cuatro cañones que Santa Cruz utilizaba en su izquierda. Reforzado por el "Dos de Mayo", que lo seguía inmediatamente, continuó el ataque con todo vigor haciendo girar y retroceder un gran trecho la línea chilena, que quedó, después de su retroceso, con frente a la dirección de Quillahuasa, es decir, frente al norte, hacia donde había tenido la espalda al recibir el primer choque. Había efectuado una conversión en línea, retrogradando su izquierda.

Arteaga mientras tanto, que seguía con media hora de distancia a la columna de Santa Cruz, se vio obligado a empeñarse como segundo escalón de esta tropa, para contener su retroceso, confundiéndose con ella desde ese momento.

Entonces el Coronel Cáceres, detenido ante el número, pidió refuerzos, que se le enviaron con prontitud, formados por el Batallón "Iquique" y las columnas "Loa" y "Navales" de la Quinta División, que ya habían cooperado en el fondo de la quebrada a rechazar a la columna Ramírez, como veremos en seguida. En el momento en que este refuerzo llegaba, se presentó en el ala oeste de las fuerzas de Cáceres el escuadrón de "Granaderos", que al oír los tiros había regresado de Quillahuasa haciendo un gran rodeo, y que cargó sobre la derecha peruana, formada por el "Loa" y el "Navales", que acababan de ingresar a la lucha. Pero el Batallón "Iquique", que seguía de cerca a los anteriores, a órdenes de Alfonso Ugarte, contuvo la carga con su fuego en escalón retrasado, haciendo fugar a los "Granaderos", que escaparon desmoralizados, sin volver a mostrarse durante la batalla.

Aliviado el combate en esta forma, Cáceres y el Coronel Ríos de la Quinta, que sucumbió días después con cinco heridas recibidas en la batalla, sin haber querido retirarse de la lucha, secundados por Alfonso Ugarte, también herido en la cabeza, reiniciaron el avance de modo incontenible, rechazando hacia el sur a las columnas reunidas de Arteaga y Santa Cruz. A las 3 de la tarde este segundo esfuerzo se agotó por falta de municiones.

Felizmente los peruanos a esa hora ya habían rechazado definitivamente a la columna de Ramírez, que entró a la quebrada por Huarasiña desde que se produjeron los primeros tiros en el alto, y pudieron lanzar en apoyo de Cáceres y Ríos, contra el grueso chileno, a la División Exploradora, a la "Columna de Artillería" y a una fracción del "Arequipa" que ya eran innecesarias en el valle.

Gracias a este nuevo refuerzo, las tropas peruanas del alto siguieron avanzando y los chilenos, bajo la amenaza de ser rodeados,

se vieron obligados a retrogradar rápidamente, abandonando en poder de los soldados de Cáceres las dos piezas de artillería de la columna Arteaga.

Ramírez, que ingresó a la quebrada a las ocho de la mañana por Huarasiña, tuvo que emplear dos compañías para cubrir el flanco derecho de su ataque de las tropas de Castañón, que ocupaban las pendientes este de la cuesta de Visagra, y luego, continuando su progresión en la quebrada, tuvo que empeñar otras dos frente al cerro de Tarapacá para realizar la misma operación contra parte de la Quinta División y el Batallón "Ayacucho", de Bolognesi, que hacían contra él vivo fuego.

Con el batallón restante del Regimiento 2º de Línea desembocó frente a la población de Tarapacá, contorneando el espolón que cubre el pueblo por el sur y fue tomado de sorpresa por un fuego terrible que partía del lindero, ocupado en ese frente por el "Arequipa" y por la División Exploradora. Sin embargo, llegó hasta la plaza de armas del lugar, con grandes pérdidas; pero de allí fue rechazado por un poderoso contraataque que lo persiguió a fondo, valle abajo, por varios millares de metros. En estas condiciones, agotadas sus tropas por tan largo ataque y por el desorden y disgregación de su rápido repliegue, no tuvo más recurso que retirarse precipitadamente, perdiendo las banderas de combate de sus unidades y el estandarte del Regimiento 2º de línea, que fue tomado por el soldado Santos, del Batallón "Arequipa".

Al comenzar el retroceso de Ramírez, quedó libre el resto de la Quinta División peruana, que fue despachada en refuerzo de Cáceres, como hemos visto. Eran las diez de la mañana.

Ramírez, que murió en la retirada de sus unidades a Huarasiña, sólo había empleado su regimiento, dejando en la entrada de la quebrada sus dos piezas Krupp y el escuadrón de "Cazadores", sin darles misión de combate. Las piezas se reunieron después a las tropas de Arteaga y fueron tomadas ulteriormente. En cuanto a los "Cazadores", que quedaron sin órdenes precisas al comienzo de la acción, supieron esquivarse luego y no estuvieron presentes en ningún lado del campo de la lucha.

A las tres de la tarde el combate en el fondo de la quebrada, llevado a cabo por la División Bolognesi (Batallones "Ayacucho" y "Arequipa", menos una compañía con Castañón) y por la columna "Gendarmes" de la Quinta División, se detuvo por falta de fuerzas. En este momento la Exploradora, que rechazara a Ramírez en la población, ascendía las pendientes oeste para reforzar a las unidades que combatían en el llano superior bajo el comando del Coronel Suárez, quien se había encaminado al punto más peligroso e importante para dirigir el combate.

A las cuatro de la tarde, después del éxito general de los peruanos, la situación se había modificado en la forma siguiente:

Chilenos—Al sur de Huarasiña: 2 compañías del 2º de línea, que atacaron la cuesta de Visagra y fueron fácilmente rechazadas, adelantándose al grueso de su regimiento en el repliegue general.

—Entre San Lorenzo y Huarasiña: el resto de la columna Ramírez.

—Al sudoeste de Huarasiña: las columnas Arteaga y Santa Cruz, en desorden y mezcladas.

Peruanos—En la pampa oeste, frente al grueso chileno y a 200 metros de su línea.	Divisiones de Cáceres, Ríos, Bedoya; más una compañía del "Arequipa" y la "Columna de Artillería", confiadas a Castañón.
Entre Visagra y San Lorenzo, frente a Ramírez.	Batallón "Arequipa" (menos una compañía). Columna "Gendarmes" de Iquique.
—Al sudeste de San Lorenzo (en las alturas).	Batallón "Ayacucho".

Las Divisiones Primera y Vanguardia, que se hallaban en Pachica listas para seguir a Mocha en su marcha hacia Arica, recibieron oportunamente la orden de reunirse al grueso y regresaron en seguida hacia Tarapacá por Quillahuasa, que alcanzaron a las cuatro de la tarde, en el momento en que eran más necesarias, pues el ataque se había paralizado en todo el frente por falta de fuerzas.

Luego que llegaron estas divisiones, el comando ordenó que la Vanguardia reforzara a las tropas de la pampa del oeste y que la primera hiciera lo mismo con las del valle, para lo que dispuso que enviara uno de sus batallones a las alturas del sudeste en refuerzo del "Ayacucho" y el otro al fondo de la quebrada, para secundar al "Arequipa" y al "Gendarmes".

El ataque se reemprendió entonces en toda la línea. Los cañones de la columna Ramírez, que estaban en este momento con el grueso chileno, cayeron también en poder de los peruanos al efectuarse este nuevo avance.

A las cinco y media las tropas chilenas huían por la pampa de Isluga sin poder soportar el empuje del ataque general, perseguidas por sus vencedores, que por falta de municiones tuvieron que emplear las que dejaba el adversario, aprovechando también los fusiles Comblain que arrojaban por tierra los chilenos. Los cañones chilenos Krupp, abandonados en el combate por sus sirvientes, con sus municiones al pie, no pudieron ser utilizados por los artilleros peruanos, que no conocían su manejo; el Mayor Carrera hizo, sin embargo, algunos disparos.

La persecución a pie, a la bayoneta, efectuada por las tropas peruanas hambrientas y descalzas, se prosiguió hasta las siete de la noche, avanzando 8 kilómetros en pos del enemigo, después de haberse batido durante cerca de 12 horas.

RESULTADOS

Las pérdidas de los peruanos llegaron a 236 muertos y 337 heridos. Los chilenos tuvieron 758 muertos y heridos y 56 prisioneros, que fueron conducidos a Arica. Un estandarte, varias banderas de batallón y ocho cañones constituyeron los trofeos de los peruanos;

el material de artillería hubo que enterrarlo durante la noche en distintos lugares de Tarapacá, por no disponer del ganado necesario para transportarlo hacia Arica.

La batalla de Tarapacá fue para los peruanos una magnífica victoria. Unidades desprovistas de elementos de lucha, fatigadas, sin contar con caballería y artillería, supieron batir a fuerzas adversas que, además de tener la más completa superioridad material, contaban con la iniciativa en el ataque efectuada sobre seguro contra una tropa desprevenida.

Pero si el resultado fue brillante en el campo táctico, no modificaba en nada la situación estratégica del Ejército de Tarapacá. La región que éste ocupaba no ofrecía los recursos necesarios para prolongar la permanencia en ella; era improbable que llegara un refuerzo procedente de los gruesos de Arica o de las tropas que se organizaban, en desorden y con lentitud, en el territorio de Bolivia; las municiones que quedaban estaban a punto de agotarse y si aún existían algunos cartuchos de fusil —15 por hombre en los batallones mejor dotados— era por la estrecha economía que de ellos hicieron en la batalla. De otro lado era necesario recuperar cuanto antes el frente normal y reunirse al grueso, ya que la acción islada, en pésimas condiciones materiales, sólo hubiera servido para hallar la más completa destrucción.

Los chilenos, dueños absolutos del teatro de operaciones, de cuya ocupación no la distraía siquiera una finta que hubieran realizado las tropas de Tacna, estaban en aptitud de recomenzar la batalla dónde y cuándo quisieran, buscando para darla las condiciones que juzgaran más favorables para ellos.

Todo aconsejaba al comando peruano reiniciar la retirada, haciendo abandono del territorio cuya guarda se le había confiado.

Al día siguiente de la acción de Tarapacá el ejército peruano se dirigió a Pachica, a fin de ganar espacio al norte con la mayor prontitud para reunirse cuanto antes al grueso y obligar al enemigo, si volvía, lo que era muy probable, a realizar nuevos tanteos. En los días subsiguientes la marcha continuó sin mayor novedad por el itinerario que se da en seguida*:

Día	28 de noviembre, de Tarapacá a Pachica	19	kilómetros
„	29 Pachica a Mocha	12	„
„	30 Mocha a Pacomilla	17	„
„	31 En Pacomilla	—	„
„	1º de diciembre, de Pacomilla a Zipiza .	8	„
„	2 Zipiza a Sotoca	7	„
„	3 Sotoca a Jaiña**	10	„
„	4 Jaiña a Soga	16	„
„	5 Soga a Camiña	23	„
„	6 En Camiña	—	„
„	7 Camiña a Moquella	13	„
„	8 En Moquella	—	„

* Croquis Nº 4.

** En este punto las tropas encontraron algunos recursos enviados desde Arica por el Director Supremo de la Guerra, General Prado.

Día	9 Moquegua a Nama	17	kilómetros
,,	10 Nama a Mamuta	25	,,
,,	11 Mamuta a Esquiña	12	,,
,,	12 y 13 en Esquiña	—	,,
,,	14 Esquiña a Codpa	25	,,
,,	15 En Codpa	—	,,
,,	16 Codpa a Chaca	54	,,
,,	17 Chaca a la Pampa	30	,,
,,	18 La Pampa a Arica	28	,,

Cuando después de grandes penalidades llegaron a Arica los vencedores de Tarapacá, hallaron la más desdeñosa acogida de parte de los altos jefes de esa región, porque los dispersos de San Francisco para encubrir su delito echaron sombras a la reputación de los jefes y al valor de los soldados quienes, sin embargo, con la victoria del 27 de noviembre, acababan de poner en evidencia que fue injustificado el abandono que aquéllos hicieron del campo de San Francisco.

Las tropas de Arteaga batidas en Tarapacá se replegaron a la desbandada por la pampa de Isluga para alcanzar Negreiros al día siguiente.

Varios escritores hacen conocer la curiosa circunstancia de que los chilenos arrojaban en la fuga las prendas de su vestuario y equipo, en la creencia de que cediéndolas voluntariamente, se detendría la furia de la persecución de sus vencedores; muchos cruzaron el desierto casi desnudos, como lo afirman sus propios historiadores.

El grueso de las tropas chilenas cuya situación se ha dado al principio de este capítulo, recibió en Negreiros un parte escrito por el Comandante Vergara, fechado en el campo de batalla a las tres de la tarde, en el que previendo lo que iba a acontecer por el sesgo desastroso que tomaba el combate para su partido, pedía al grueso de Dolores que adelantara algunas tropas y elementos de vida sobre la pampa de Isluga, para recoger a los dispersos y auxiliar a las desordenadas unidades que iban a regresar al litoral por ese único y conocido camino. El General Baquedano, comandante general de la caballería, que había quedado con el mando en Dolores mientras Escala se dirigió a Pisagua para despachar de ese lugar otras tropas, recibió el aviso con oportunidad y adelantó alguna caballería, con acémilas cargadas de agua, víveres y municiones. La previsión de Vergara y las atinadas disposiciones de Baquedano, sumadas a la falta de caballería peruana por cuya ausencia no se pudo realizar la persecución a fondo, permitieron que muchos centenares de soldados chilenos llegaran a reunirse al grueso.

Días después de la batalla de Tarapacá, el Ministro de Guerra chileno ordenó el envío de tropas ligeras a cortar la retirada de los peruanos hacia Arica y hostigarlos durante la marcha. En cumplimiento de esta orden Baquedano dispuso que 300 jinetes de "Cazadores" y "Granaderos", que se hallaban en Tiliviche, marcharan al este para cumplir esa misión; pero el Comandante Yábar que los mandaba fue informado en Suca de que los peruanos habían ya pasado al norte, cuando en realidad se hallaban todavía en Camiña. Yábar regresó a Tana engañado por este falso dato.

También ordenó el comando chileno que el Coronel Urriola fuera a Tarapacá con un destacamento para enterrar a los muertos y recoger los heridos chilenos, que Buendía había dejado al cuidado de los habitantes de la ciudad.

OPERACIONES MARITIMAS

Las operaciones marítimas desde la toma de la "Pilcomayo" hasta fines del año 1879, no tuvieron gran importancia.

Unos barcos de la escuadra chilena establecieron el bloqueo de Arica y Mollendo; otros se dedicaron al transporte de tropas y al acarreo de víveres y municiones entre los puertos de Chile y los del territorio ocupado; algunos se dirigieron a los puertos del norte del Perú para perseguir los transportes y barcos menores que traían material de guerra de Panamá. Estos últimos capturaron una lancha torpedera a vapor, que navegaba aislada al Callao para ponerse al servicio de la escuadra peruana en la defensa de los puertos; esta lancha fue bautizada con el nombre "Guacolda" y sirvió en adelante entre las unidades chilenas.

"La Unión" logró burlar a los barcos chilenos del crucero y romper el bloqueo, transportando elementos de guerra del Callao a Mollendo, sin inconveniente alguno.

Entre las tropas transportadas al departamento de Tarapacá por los buques chilenos, se contaba la División de Reserva, a órdenes del General Villagrán. Esta división debió ir de Antofagasta a Pisagua para cubrir hacia el norte el avance a Iquique de las tropas de Escala, pero como la acción de San Francisco resolvió todo, se ordenó que Villagrán fuera directamente a Iquique. La División de Reserva estaba formada por los Batallones "Caupolicán", "Valdivia", "Chillán" y "Lautaro", el escuadrón 2º de "Carabineros de Yungay" y 10 piezas de artillería (4 Krupp y 6 de sistema francés).

Villagrán salió de Antofagasta el 30 de noviembre y el 1º del mes siguiente inició su desembarco en Iquique. El Batallón "Lautaro" fue dejado como guarnición de Antofagasta, uniéndosele a poco los Batallones "Colchagua" y "Melipilla", enviados de Valparaíso. Con éstos, el Ejército de Reserva alcanzaba un efectivo de cerca de 5000 hombres.

LA SITUACION POLITICA

La captura del "Huáscar", la toma de Pisagua, el desastre de San Francisco agitaron rudamente la opinión pública y quebrantaron la de los hombres de gobierno del Perú. El Presidente Prado, no encontrando en el país los elementos necesarios, barcos y armas, para continuar la lucha, pensó buscarlos en el extranjero y en consecuencia se embarcó en Arica el 26 de noviembre, llegando al Callao 4 días después; su entrada a Lima fue triste. El 18 de diciembre fue promulgado un decreto por el que Prado encargaba el mando al vicepresidente, General La Puerta, diciendo que estaba autorizado por el Congreso para "salir del país a hacer la guerra" y que, "asuntos muy importantes y urgentes requerían su presencia en el extranjero". El Presidente, enérgico y glorioso sostene-

dor de la honra nacional en 1866 contra los atentados de España, dejó el Callao el 17, en un vapor de la carrera; al día siguiente apareció el decreto a que nos referimos más arriba.

Luego que el Presidente salió del país, las tropas de Lima comenzaron a dar muestras inequívocas de franca protesta contra la autoridad de La Puerta; enorme muchedumbre recorría las calles en airadas manifestaciones. Don Nicolás de Piérola aprovechó estas circunstancias y, contando con la simpatía de las masas y la complacencia de los altos jefes del ejército que reclamaban una autoridad efectiva y enérgica, capaz de dirigir el país en tan crítica situación, se proclamó Jefe Supremo de la República el 23 de diciembre.

En el Sur ocurrieron también sucesos de gran importancia. Las fuerzas bolivianas de Tacna habían perdido toda consideración por Daza, su jefe político y militar, desde que éste regresó de Camarones sin batirse con el enemigo; sorda rebeldía animaba a las tropas contra su Capitán General, y aprovechando de que éste fue a Arica para establecer un nuevo proyecto de operaciones con el Contralmirante Lizardo Montero, encargado por Prado del comando de las tropas peruanas del Sur, se sublevaron el 27 de diciembre amenazando con capturar y fusilar al Presidente cuando volviera a Tacna. Daza tuvo noticia en Arica de la rebelión de sus tropas y temeroso de lo que pudiera acontecer se dirigió a caballo a Arequipa y de allí, cuando supo que en La Paz se había producido un movimiento análogo al de Tacna que le impedía regresar a su patria, se dirigió a Mollendo donde se embarcó para Europa. El General Campero reemplazó a Daza en la Presidencia de Bolivia y en la dirección de sus tropas, con beneplácito general.

En Chile, la fortuna de las armas asentó cada vez más la autoridad del Presidente Pinto y de los hombres públicos que lo acompañaban en el gobierno. Por esta época Sotomayor, ministro de guerra, pretendió regresar a Santiago y desentenderse de la dirección inmediata de las operaciones que hasta entonces había tenido a su cargo como verdadero General en Jefe; pero el gobierno y el pueblo chileno rogaron a Sotomayor que continuara al frente de los ejércitos del país a lo que éste, contando con los favores y el estímulo de la opinión pública, accedió de buena gana.

CONSIDERACIONES

La victoria peruana de Tarapacá evidencia, indiscutiblemente, el valor que tienen las fuerzas marítimas, en países de escasos recursos y faltos de vías de comunicación.

La situación de los ejércitos perú-bolivianos, y especialmente la del que ocupaba el departamento de Tarapacá, era precaria desde el momento en que el adversario dispusiera de la iniciativa de las operaciones y de la más absoluta libertad de acción estratégica. A partir de este momento, el comando aliado quedaba subordinado por completo a la acción del enemigo.

En estas condiciones, era fácil prever el fin que tendría la campaña que, a pesar de los esfuerzos de los aliados, estaba virtualmenmente decidida a favor de los chilenos por más que el comando de éstos diera prueba de innegable desconocimiento de las ventajas que había adquirido.

La elección por los chilenos del punto de desembarco fue equivocada, su inacción en Hospicio-Dolores demostraba el más grave error profesional, su pasividad en San Francisco y su estagnación después de ese choque, probaban la impericia de los altos jefes, así como el desconocimeinto de la propia potencia bélica y de los resortes morales y materiales que, conduciendo a las fuerzas a la batalla decisiva, proporcionan la victoria.

A pesar de los grandes errores del comando chileno, el ejército de Buendía estaba condenado a perecer tan pronto como el adversario tomara tierra con fuerzas superiores, como lo hizo, en Pisagua. La combinación ideada por Prado para hacer concurrir tropas del sur y del norte, dada la pasividad y disgregación de las fuerzas invasoras, hubiera podido dar tal vez una gran victoria a los aliados, por poco que el choque inicial se hubiera proseguido a fondo, arrojando materialmente a los chilenos al mar. Pero la operación, muy bien concebida, fue mal planteada; el Presidente y Director de la guerra y de las operaciones, conservando un importante núcleo de tropas peruanas en Arica, resultó constituyendo una reserva estratégica, tan duramente condenada en todo tiempo y, después, sin que pueda atribuírsele responsabilidad alguna por este hecho, su delegado, Daza, no tuvo la energía suficiente para llevar sus tropas a la batalla o, lo que es más probable, careció de esa virtud que no debe faltar ni en el más humilde soldado de fila: el honor militar.

El comando chileno debió ordenar la persecución de las tropas de Buendía inmediatamente que éstas, dando por perdida la acción, se retiraron del choque de San Francisco. Siquiera al día siguiente, el 20 de noviembre, cuando divisó a lo lejos a las columnas peruanas en marcha a la ciudad de Tarapacá, hubiera emprendido el seguimiento o, por lo menos, procurado tomar el contacto con ellas para informarse de su situación y ulteriores operaciones.

Lejos de proceder en esta forma, no tuvo presente que la ocupación de puntos del terreno no tiene en la guerra ningún valor y que los ejércitos deben buscar a los ejércitos con la intención fogosa de destruirlos, porque son ellos los que en buena cuenta impiden o hacen precaria la ocupación del territorio. La teoría de la conquista y ocupación de objetivos geográficos y la doctrina de la guerra de posiciones estaban ya en ese tiempo fuera de uso y cabe advertir que proceder de acuerdo con ellas era entonces tan anacrónico como lo sería en nuestros días.

La experiencia había demostrado ya, con exceso, que el combate no ha terminado mientras las fuerzas batidas no están completamente aniquiladas y no se ven obligadas a capitular o dispersarse.

La idea que el Teniente Coronel Vergara sugirió al Comandante en Jefe chileno era muy acertada. Pidióle el mando de algunos elementos, exclusivamente de caballería, para recobrar el contacto con el enemigo, reconocerlo e informar de su presencia y operaciones; su idea no fue buscar el combate contra fuerzas que suponía superiores al efectivo de una división. Pero Escala desvirtuó la concepción de su secretario, confiándole un destacamento pesado, integrado por infantería y artillería, que le impedirían disfrutar de la movilidad requerida para romper el contacto con rapidez. De esta

manera Vergara, durante su avance a Negreiros, mandando ya su destacamento de las tres armas, olvidó su primitiva idea y comenzó a darse cuenta de las dificultades que presentaba la operación dados los efectivos y naturaleza de las tropas que tenía a sus órdenes. Al primer dato que recibió en Negreiros sobre el efectivo aproximado de su presunto adversario, se amilanó más aún y pidió refuerzos al grueso. Se encontraba, efectivamente, demasiado fuerte y pesado para la tarea de recuperación del contacto y muy débil y poco potente para batir al adversario.

Escala quedó en Dolores pensando en la suerte que correría Vergara, y a la primera noticia decidió cuadruplicar el efectivo, haciéndolo muy elevado para simple reconocimiento y relativamente escaso para empeñar una acción formal. Las tropas frescas del Coronel Arteaga, que habían venido a Dolores desde Pisagua-Hospicio en las últimas horas del 19, sin haber tomado parte en el combate de ese día, fueron las encargadas de servir de grueso a la pesada punta que conducía Vergara.

Tanta importancia dieron entonces los chilenos a la simple toma de contacto, que dispusieron que la división partiera a órdenes del Coronel Arteaga, que por esos días desempeñaba el cargo de Jefe de Estado Mayor del Ejército, verdadero segundo del Comandante en Jefe.

Al recibir Vergara la orden de Arteaga para detenerse en Isluga o regresar a Negreiros, hizo bien en esperar a su jefe en el punto que había alcanzado, por donde aquél tendría que pasar, para evitar a su tropa fatigas inútiles.

Procedió también con notable celo y juiciosa actividad, dirigiéndose personalmente a espiar al enemigo, secundado por el excapitán conocedor de la región.

Sus informes permitieron que Arteaga trazara un plan y adelantara la ejecución de las operaciones.

Gravísimo error cometió el comando de las tropas peruanas al no establecer algunas compañías en protección sobre los principales accesos a la quebrada de Tarapacá; debió siquiera adelantar elementos ligeros para que cubrieran por el dato, los que, a falta de caballería, pudieron ser algunos soldados montados en caballos de oficiales o de requisición o, en último caso, algunos arrieros baqueanos de la región. Para disculpar esa imprevisión del comando no se puede argüir que las tropas estaban fatigadas y desmoralizadas después del desastre de San Francisco y de la lastimosa marcha en el desierto; justamente, por ese mismo hecho debieron haberse guardado, puesto que es muy fácil pedir un pequeño esfuerzo a tropas que saben que están en malas condiciones, es decir, en estado de ser fácilmente sorprendidas y destruídas.

Las disposiciones para el ataque, que dictó Arteaga, fueron pésimas; partían del concepto de que los peruanos no se defenderían, y ningún plan se debe fundar en prejuicios, sino en el cálculo exacto de realidades objetivas y tangibles. El papel que juegan sus tres columnas de ataque no corresponde a la superioridad de elementos de que disponía; dotado de artillería y con dos escuadrones íntegros, debía haber efectuado un potente y sorpresivo ataque con sus fuerzas reunidas, enviando elementos ligeros para cerrar las bocas de la quebrada y establecer la confusión entre los defensores;

unos cuantos soldados de infantería en las pendientes del cerro Tarapacá y cerro Redondo, deslizados en la noche por Huarasiña, hubieran dominado el pueblo e impedido que los peruanos escalaran esas pendientes.

Los planes de batalla y cualesquiera otros no deben basarse jamás en suposiciones antojadizas, sino en el exacto conocimiento del terreno y en las más cuidadosas informaciones sobre el enemigo.

En lo que se refiere a informaciones, Vergara sólo pudo reconocer al enemigo en forma somera e informó de él a su jefe de modo despectivo, como si fuera dable adivinar por el aspecto exterior, examinado de ligero, las virtudes militares que pueden encubrirse bajo un deshecho y raído uniforme.

La marcha de las columnas chilenas hasta los puntos de donde debían iniciar el ataque fue mal conducida; se efectuó sin asomos de seguridad, a ciegas, sin emplear debidamente la caballería y atentando contra la seguridad material de las propias tropas, que se hallaban tan ignorantes de lo que sucedía a su alrededor, antes del combate, como los desprevenidos defensores.

El ataque, llevado a cabo por tres agrupaciones independientes, era inconexo; sus distintos elementos no coadyuvaban sus operaciones, y, por razón de la distancia que separaba a cada una de las columnas del adversario común, iban a presentarse aisladas y sucesivamente en el campo de la lucha. Fue por estas razones que los peruanos se dieron tiempo para rechazar a las tropas chilenas que atacaron la población por el fondo del valle, ascendiendo la línea de vaguada, y para reforzar con esos mismos elementos, ya vencedores, a los defensores de la planicie del oeste.

Las malas disposiciones tomadas por Arteaga, dieron lugar a que éste se empeñara como un simple soldado en el ataque particular que pensó efectuar con su columna, sin atender a la conducción del conjunto de la operación.

Tan convencido estaba el jefe chileno de que acorralaría a su adversario que, en lugar de tener una tropa reservada, para dirigirla hacia el punto más favorable y en lugar de actuar con la artillería en masa, como se practicaba desde hacía años, dispersó todos sus elementos y abandonó voluntariamente, todos los medios que estaban a su alcance para hacer sentir su acción.

La maniobra que según parece les hubiera dado los mejores resultados consistía en marcha de noche a Quillahuasa, con todas las tropas reunidas, sobre la línea de retirada del enemigo; ocupar, también en la noche, con ligeros elementos, las cumbres este y oeste de la quebrada, para impedir que el adversario ganara la altura fácilmente y lanzar en la madrugada un ataque en masa, descendiendo de Quillahuasa a Huarasiña para arrollar, desde el terreno alto al bajo, todos los obstáculos que se opusieran a la progresión, lanzando finalmente al enemigo a la pampa plana de Isluga, sin obstáculos ni cubiertas, cuyos inconvenientes sufrieron ellos mismos al atardecer. Si el servicio de informaciones, entre el que hay que contar preferentemente el espionaje (aún cuando este se practique por medios rudimentarios), hubiera sido dirigido con criterio militar, habrían sabido los chilenos que había dos divisiones peruanas en Pachica, lo que los hubiera forzado a cubrirse de ellas con algunas tropas, mientras el grueso realizaba la opera-

ción principal; después hubieran procurado alcanzar esas dos divisiones con la caballería, dando aviso a Dolores, además, para que otras fuerzas procedieran a cortarles el camino hacia Arica.

Faltó precisión en las informaciones y fue errónea la elección de la dirección general de ofensiva.

Las disposiciones del comando peruano fueron muy atinadas.

Una vez que el Coronel Suárez recibió aviso de que los chilenos ambulaban en la planicie del alto, ordenó que las tropas más a la mano en esa dirección, que eran casualmente los batallones de línea que merecían más confianza y que no se habían batido el 19, se lanzaran sobre el adversario para cortarle toda iniciativa y fijarlo al terreno en que se le había descubierto. Esta disposición, como todas las que tienden a buscar al enemigo, tuvo franco éxito, y la operación fue tan enérgicamente conducida por el Coronel Cáceres, que no sólo logró arrebatar la iniciativa al adversario, sino que, por la rapidez y decisión de su ataque, se le impuso y determinó una verdadera sorpresa, que trocó el papel de los actores.

Las demás divisiones fueron enviadas a los puntos más importantes, con tendencia a dominar el terreno probable de la acción, ocupando las alturas. Esta disposición, desgranaba las fuerzas y no tendía sino a establecer un sistema defensivo con caracteres de hacerse permanente, dada la altura a que debían ascender las tropas y la distancia que las separaba, quedando como en una serie de reductos independientes. Felizmente, la operación de los chilenos era igualmente inconexa y desarticulada; de lo contrario, Cáceres hubiera podido chocar contra todo el grueso chileno con sólo su división, lo que implicaba para los peruanos empeñarse gota a gota.

Parece que Suárez había premeditado el plan de defensa que puso en práctica, puesto que si sus disposiciones hubieran nacido sólo de un **in promptu** de su indiscutido talento militar, habría organizado un ataque general contra las tropas chilenas visibles, a fin de dar abrumadora potencia a la operación desde el comienzo, como era lógico. Esta premeditación de Suárez le honra, cuando se le juzga desde el punto de vista profesional, porque demuestra que empleó juiciosamente los días que permaneció en la población, preguntándose a menudo qué disposiciones debería tomar en tal o cual caso o circunstancia en que se presentara al enemigo; afirmar lo contrario, como lo hacen algunos escritores con la intención de subestimar su mérito, sería desconocer el gran espíritu previsor que este jefe había evidenciado en toda la campaña y nos conduciría a suponer, por ignorancia de los preceptos del Arte de la Guerra, que las crisis estratégicas y tácticas se resuelven al azar de un chispazo de lucidez.

Ahora, el hecho de que no se hubieran definido los lineamientos generales de su plan, tomando acuerdo con los comandantes de división, y de que la dispersión que entrañaba el dispositivo fuera perjudicial a la defensa, no impide creer que el juicio de Suárez sobre la manera de defender el terreno estuviera formado con antelación.

El dispositivo adoptado por Suárez ofrecía la ventaja de reservar una parte de las tropas a órdenes del jefe, como base de todo movimiento, para conservar el pueblo como línea de partida y pun-

to de reunión, y para disponer de un núcleo de tropas, fácil de orientar en cualquiera dirección.

En esta vez los altos jefes peruanos conservaron hasta el fin su papel de dirección y coordinación general de los esfuerzos, pues Suárez no se trasladó a la línea de combate, cerca de las tropas que se batían en la planicie oeste, sino cuando la mayor parte de sus fuerzas se encontraban empeñadas en esa región, y cuando todo hacía traslucir que en ese lugar se iba a efectuar la etapa final de la lucha. El General Buendía, cuya autoridad moral había decaído, quedó en Tarapacá hasta el fin, atendiendo pedidos de refuerzos y dirigiendo hacia los lugares necesarios a las divisiones frescas.

Esta fue realmente, una batalla comandada, y los jefes dirigieron efectivamente, las operaciones con todo acierto durante su largo desarrollo.

Las divisiones de Pachica, prevenidas por propios que salieron de Tarapacá a las nueve de la mañana, suponiendo que Suárez se hubiera demorado una hora en impartir esta disposición, recibieron el aviso a más tardar a las once, puesto que, cumpliendo las órdenes que tenían, ya habrían dejado Pachica en las primeras horas del día, para dirigirse a Mocha, y estarían lejos del primer punto citado.

Para vencer los 20 ó 25 kilómetros que las separaban del campo de batalla emplearon 5 horas, lo que hace un magnífico promedio horario de marcha.

Cuando las Divisiones Primera y Vanguardia se presentaron en el campo, con un efectivo total de 1400 hombres, el comando peruano no las empleó juiciosamente.

Al comienzo de la acción pudieron dividirse las tropas en varios agrupamientos, como se hizo, porque no se conocía la intención ni las fuerzas del enemigo; pero, en el momento en que llegaron al combate las divisiones que iban a servir como reserva, ya no era posible seguir el mismo sistema, por cuanto el combate había atraído sucesivamente a las tropas hacia el sector en que el enemigo hacía mayor esfuerzo. El comando, sin pesar estas circunstancias, decidió empeñar una división por cada frente de combate, siendo así que sabía que la resistencia que iba a encontrar no era igual en el fondo de la quebrada que en el llano del alto.

Además, la Primera dividió aún más sus efectivos, repartiéndolos por igual entre las alturas del sudeste y el fondo del valle.

Los escritores chilenos, que para confesarse derrotados ponen a favor del adversario todas las ventajas, dicen que empleando de esta manera las divisiones de Pachica los peruanos realizaban "ataques concéntricos", y aplauden el plan de ataque como irresistible. Sin embargo lo más lógico hubiera sido echar esos 1400 hombres en el sector de la planicie del oeste, para envolver la izquierda de los chilenos y cortarles su dirección general de retirada, conservando mientras tanto a las tropas que mandaba Bolognesi frente a los chilenos de la quebrada.

Es innegable que el movimiento adelante hace dar a las tropas el máximo de su rendimiento; de aquí nace la indiscutible superioridad que en todo tiempo se ha atribuído a la ofensiva violenta sobre los temperamentos tácticos defensivos, los que no han llevado jamás sino a soluciones ambiguas cuando, abandonando su expec-

tativa inicial, se ha querido transformarlos en agresión contra el adversario. La ofensiva en general, cuya modalidad en el campo táctico es el ataque, proporciona además algunas otras ventajas: permite, desde el primer momento, imponer la propia voluntad, haciendo que el enemigo se vea obligado a olvidar sus planes mientras atiende a parar la agresión que recibe; suprime para el atacante las dudas y vacilaciones a que se vería sometido en caso de tenes que esperar la acción del enemigo para decidir la suya propia; favorece la iniciativa, que puede ser fácilmente combinada con la sorpresa para decuplicar las fuerzas; vuelve temeroso al soldado adverso y origina en su jefe la atonía o confusión, que impiden encontrar la réplica inmediata que es urgente, de más en más, pues el peligro de destrucción de la propia fuerza se hace inminente en grado sumo.

El soldado que recibe el ataque, considera que su adversario está mejor dotado, por cuanto se anima a lanzarse sobre él, o supone, por lo menos, que aquél tiene una moral superior; en ambos casos el ánimo del que recibe la agresión se deprime y el triunfo comienza a inclinarse a favor del más atrevido.

En la guerra jamás se debe olvidar el valor imponderable de las fuerzas morales; es cansado repetir que la batalla es un choque de estas fuerzas y que el que sepa conservarlas íntegras, por mayor tiempo, será quien obtenga la victoria.

Sin temor a incurrir en grave error, se puede deducir de lo antes expuesto y del hecho de armas a que se refiere este capítulo, que si la ofensiva en tesis general ofrece tangibles ventajas, nuestro soldado es especialmente apto y capacitado para ella. Lo mismo las guerrillas en San Francisco, que los victoriosos soldados de Tarapacá, o los de San Pablo, años después —sin querer insistir en la enumeración— han sabido dispersar a su adversario cuando se les ha lanzado con fe y ardor por el camino ofensivo, que es el más decisivo para vencer.

La retirada de los peruanos hacia Arica fue brillantemente conducida. El comando chileno dió en esa oportunidad una prueba de impericia, permitiendo que ella se realizara libremente.

Conviene tener presente en la batalla de Tarapacá la columna "Loa", formada por 226 bolivianos reclutados en Iquique y en la región salitrera del departamento de Tarapacá, estuvo a la altura de su deber.

CAPITULO VII

CAMPAÑA DE TACNA

1880

CONDICIONES GENERALES DE SU DESARROLLO

El teatro de Operaciones.- Relieve.- Hidrografía.- Clima.- Naturaleza del suelo.- Recursos.- Vías de comunicación.

Ejércitos combatientes.- El ejército aliado de Tacna.- El ejército de Chile.- Los medios materiales.

Planes de operaciones.- Plan de la ofensiva chilena.- Plan de los aliados.- Dispositivo aliado.

Operaciones preliminares.- Incursión a Moquegua.- Destrucciones en la bahía de la Independencia.- Cambio de teatro de operaciones.- Combate de Arica.- Expedición chilena a Mollendo.- La "Unión" en Arica.- El transporte "Oroya".

EL TEATRO DE OPERACIONES

* La extensión territorial comprendida entre los ríos Moquegua o Ilo por el norte, el Caplina que riega el valle de Tacna y los ríos Azufre y Azapa de Arica, por el sur, fue el teatro en que se enfrentaron los beligerantes en esta segunda campaña.

Las provincias de Moquegua, Tacna y Arica comprendidas en esta región, tienen las mismas características geográficas y, desde varios puntos de vista, su similitud es tan grande que pueden ser estudiadas conjuntamente.

Como las operaciones de guerra se desarrollaron esta vez exclusivamente en la banda de territorio más próxima al mar y como, de otro lado, la región nos es suficientemente conocida porque sigue formando parte del territorio nacional, el estudio del teatro de operaciones se hará prescindiendo de algunos de los detalles en que se ha insistido al tratar del departamento de Tarapacá.

El aspecto físico de Moquegua-Tacna es el de un gigantesco abanico cuyo puño estuviera en el macizo andino, siendo las varillas del mismo los ríos de escaso caudal y las quebradas secas que se desprenden o nacen de la cordillera para llegar al mar; estos

* Croquis Nº 8.

ríos y quebradas corren sobre una sucesión de planos descendentes que, a partir de los Andes y formando varios grandes escalones, alcanzan el litoral.

Las ciudades principales de esta región son Tacna, situada a 560 metros de altitud y a cerca de 50 kilómetros del mar, y Moquegua, a 1430 metros de altitud y 100 kilómetros del mar. Los puertos que sirven a estas ciudades y a sus valles son los de Arica e Ilo, respectivamente.

RELIEVE

La región andina de Tacna y Moquegua está constituída por un macizo de altas montañas y volcanes, que se caracterizan por la presencia de algunos salares de escasa extensión.

De la cordillera de los Andes se desprenden contrafuertes elevados que avanzan hacia el mar, dejando entre sí extensas pampas, sembradas de rocas, que forman glacis descendentes hacia el oeste. Por esas pampas corren algunas quebradas colectoras de las aguas, a las que afluyen las líneas de vaguada de las montañas y de los contrafuertes.

Descendiendo del macizo andino hacia el litoral se llega a la cadena llamada de la Costa. Las montañas alcanzan en esta zona poca elevación y, aunque innaccesibles en gran parte por su constitución exclusivamente eruptiva y rocallosa, presentan flancos abordables y de fácil pendiente.

Aparece más atormentado el relieve de la costa cuando se marcha paralelamente a la línea del litoral, porque hay que vencer uno tras otro los contrafuentes orientados de este a oeste, y sumirse en las profundas quebradas pedregosas, de pendientes abruptas, que es necesario cruzar marchando largo tiempo por los caminos en ladera que recorren sus vertientes.

El litoral, a diferencia del de Tarapacá, presenta una playa generalmente baja, continuada en gran extensión por placeres rocallosos, que forman duras rompientes. La ribera, de escasa elevación, se torna alta y escarpada en algunas regiones en las que las montañas aparecen dominando a pique las aguas del mar, tal sucede en el morro de Sama que tiene 1185 metros de altitud y en el de Arica que tiene 206 metros. Inmediatamente al sur de la caleta de Sama se encuentran los Altos de Juan Díaz, llamados ahora Sierra Morena, que son alturas paralelas al mar, de mediana elevación (590 metros), que se prolongan de norte a sur por cinco millas náuticas.

HIDROGRAFIA

El río Moquegua o Ilo, formado por el Torata, el Tumilaca y el de Otora o Estuquiña, baña todo el año el valle de Moquegua, que se prolonga pocas decenas de kilómetros al oeste de la ciudad del mismo nombre. Como es periódico y debe su caudal a las lluvías que caen en la vertiente occidental de los Andes, sus aguas son escasas, engrosando solamente en los meses de enero, febrero y marzo, en los que llega hasta el puerto de Ilo, que recibe en esta época riego abundante para todo el año.

El Locumba nace en la región de Candarave y está formado por el Ilabaya y el Curibaya que confluyen en el poblado de Mirave, a 36 kilómetros al este de la ciudad de Locumba. Un poco antes de alcanzar esta ciudad, el Locumba recibe por su margen norte al río Sinto, de escasísimo caudal. Las aguas del Locumba desaparecen, por infiltración y por la captación que se hace de ellas para el regadío, antes de llegar al mar; en época de creciente, sin embargo un hilo de aguas se vierte al océano.

El Sama, formado por el Estique, el Ticaco, el Ticalaco, el Salado o Cano y algunos otros ríos de menor importancia, se seca durante la mayor parte del año al llegar a la hacienda Coilona; sólo riega la caleta de su nombre en época de lluvias en la sierra*.

El Caplina, que cruza la ciudad de Tacna, es río de escaso caudal, que tiene sus nacientes en la región del Tacora, donde se forma por la reunión de varios pequeños ríos y principalmente por el canal de Uchusuma, que "sangra" al río de ese nombre en la frontera de Bolivia. Sus aguas desaparecen al oeste de Para, debido a la evaporación y a la permeabilidad del suelo.

Al sur de Tacna, bañando las inmediaciones del puerto de Arica, se encuentra la quebrada de Lluta, por la que pasa el río Azufre o Lluta, de corriente permanente, y el río de Azapa, llamado también de Arica, cuyo caudal es insignificante.

Las quebradas secas de la región Moquegua-Tacna que corren de este a oeste, paralelas a los contrafuertes andinos y a los ríos citados, ofrecen también, en cortos tramos de su vaguada, escasas corrientes de agua, especialmente en la época de lluvias en la sierra. Las principales de norte a sur son las quebradas de la Cruz, el Ingenio y Honda en la provincia de Moquegua; la quebrada de Honda o del Chero y la del Diablo, entre el Sama y el Caplina; las de Cobani, Viñani, Cauñani, Escritos, entre el Caplina y el río y quebrada de Lluta. Las aguas que suelen correr por estas quebradas proceden de filtraciones de la cadena de los Andes y se presentan despeñándose por ella en la época de lluvias, sin llegar nunca al mar.

CLIMA

En las pampas arenosas del litoral el clima es cálido y seco.

Marchando hacia los Andes por los planos inclinados que forman el relieve del terreno, la temperatura desciende y se ingresa en la región de las lluvias.

---

* El sistema de afluentes que forman el Sama dio lugar después de la guerra a largas discusiones de cancillería y a imposiciones armadas de Chile, porque al determinar en el pacto de Ancón que la cesión provisional del territorio de Tacna se hacía hasta el Sama, los peruanos pensaron que se tomaría por origen de éste el río Estique, que es el más meridional de los que lo forman, como establecía la geografía del Perú y la demarcación territorial de las provincias del departamento peruano de Tacna; pero los chilenos, en la misma forma que procedieron con Tarapacá, tomando como origen del Camarones el río Ajatama, para llevar más al norte su dominio definitivo, incluyendo en él las ricas borateras de Chilcaya, consideraron como fuente del Sama el río Salado, el más boreal de los cursos de agua que lo forman, e incluyendo así en las tierras cedidas provisionalmente casi toda la provincia tacneña de Tarata, a cuya posesión tenía derecho el Perú. Hoy tan enojoso asunto está terminado con la nueva línea de demarcación entre ambos pueblos, a raíz del Tratado que cancela toda diferencia entre el Perú y Chile.

En las quebradas encajonadas y profundas que presenta el litoral, la temperatura media es bastante elevada, porque la aereación es insuficiente; por otra parte, el hecho de existir en los valles "cochas" o estanques naturales o artificiales, en que los pobladores empozan el agua para asegurar los riegos en la época de sequía, hacen que en ellas grase el paludismo y otras enfermedades endémicas.

Las "camanchacas", niebla baja y densa, que reina en toda la extensión de ese territorio y que a veces "duermen" por semanas enteras en el fondo de las quebradas, constituyen un accidente atmoférico digno de tenerse en cuenta.

A veces una garúa fina y pasajera moja los cultivos y las tierras; y cada período de seis o siete años lluvias gruesas y persistentes, que caen durante varios días, hacen desbordar los ríos e inundan los campos.

NATURALEZA DEL SUELO

Aparte de borateras y calichales que no afloran en esta zona, la naturaleza del suelo es idéntica a la del departamento de Tarapacá.

Las pampas que se extienden, interminables, entre los cursos de agua ya citados, bajo la acción de los rayos solares y por la constante sequía, presentan las mismas características de desolación. El terreno, generalmente arenoso, está sembrado de piedras partidas y cantos rodados que hacen difícil la marcha; en las quebradas, extensos pedregales cubren las laderas y especialmente el fondo.

A estos obstáculos para la marcha, hay que agregar la dificultad que presentan las numerosas torrenteras secas, que es necesario cruzar, en desesperante sucesión, y los cambiantes médanos de arena que en las pampas desorientan al viajero.

RECURSOS

En los valles que los ríos citados forman, de los cuales el más ancho es el del Caplina, que alcanza 1500 a 2000 metros de norte a sur, los productos vegetales comprenden en gran proporción los de carácter industrial, como el algodón, viña, olivo. En Moquegua se cultiva el trigo y en todos los valles hay frutas y hortalizas, muy especialmente en Tacna y Arica, que han vivido siempre de la exportación de productos alimenticios a Tarapacá, región seca y árida por excelencia.

Para tener concepto global de los recursos de vida que ofrece esta región, basta recordar que el valle de Moquegua alojó durante dos meses cerca de 15,000 chilenos, al iniciarse la campaña, y el de Tacna 10,000 aliados durante cerca de un año, contándose entre éstos los defensores de Arica y considerando, desde luego, los recursos del Azapa y del Azufre. Sin embargo, es claro que no reinaba la abundancia, pero la vida fue posible sobre todo para los aliados, cortados del mar y del resto del Perú, que no recibían sino escasos elementos de Bolivia.

Como la escasez de caminos carreteros obligaba a transportar carga y pasajeros a lomo de bestia, la población caballar y mular

era importante, lo que hacía que se cultivaran extensos pastales; la exportación de ganado de beneficio a Tarapacá y el engorde que se realiza en estas provincias del que baja de la sierra, para seguir después a ese departamento, da lugar, también, a que el cultivo de plantas forrajeras esté muy desarrollado y que su producción sea abundante.

VIAS DE COMUNICACION

Al declararse la Guerra, Moquegua y Tacna se encontraban unidas con sus puertos respectivos por vías férreas. La de Moquegua a Ilo tenía 100 kilómetros de desarrollo y 61 la de Tacna al puerto de Arica.

Existían además numerosos caminos de herradura, que siguen por las extensas pampas que separan las poblaciones principales. Estos caminos pueden agruparse, para su enumeración, en longitudinales o paralelos al mar y de penetración; en esta última clasificación se deben considerar separadamente los que sirven a las provincias mismas y los que salen de ellas, como el que conduce de Arica, por Tacna, a La Paz.

A lo largo del litoral corre un camino que enlaza los puertos, caletas y parajes que existen cerca de la desembocadura de los ríos. De Norte a Sur tiene el siguiente itinerario:

Ilo a caleta de Ite	52	kilómetros
Ite a caleta de Sama	15	„
Caleta de Sama a Yaradas, en la boca de la quebrada del Caplina	48	„
Yaradas a Arica	40	„

Los dos primeros tramos, verdaderas sendas, son muy poco traficados.

El camino del interior, que puede llamarse así porque, paralelo al del litoral, cruza el territorio a 50 kilómetros más o menos del mar, uniendo Moquegua y Tacna, tiene el siguiente itinerario:

Hospicio —punto intermedio entre Moquegua e Ilo— a Sitana	40	kilómetros
Sitana a Buenavista	36	„
Buenavista a Tacna	38	„

Los caminos de penetración siguen por las quebradas, tan pronto en ladera por las vertientes, tan pronto por el fondo de los valles.

Los principales son los siguientes:

A lo largo del río Moquegua o Ilo:

Ilo-Loreto	11	kilómetros
Loreto a Estanques	10	„
Estanques a Osorín	10	„

Osorín a Hospicio	14	,,
Hospicio a Rinconada	28	,,
Rinconada a Moquegua	23	,,
Moquegua a Torata	28	,,

De Torata parten caminos a Turunturo por Coscore, de donde se puede seguir a Candarave o a Puno y a Bolivia por Tojolomada; también sale otro camino de Torata, por Otora, para Arequipa.

A lo largo del río Locumba:

Ite a Cameara	27	kilómetros
Cameara a Sitana	13	,,
Sitana a Locumba	11	,,
Locumba a Margarata	23	,,
Margarata a Mirave	14	,,
Mirave a Curibaya	30	,,
Curibaya a Candarave	28	,,
Mirave a Ilabaya	12	,,

A lo largo del río Sama:

De caleta de Sama a Coilona	30	kilómetros
Coilona a las Yaras	7	,,
Las Yaras a Buenavista	6	,,
Buenavista a Sama (pueblo)	12	,,
Sama a Sambalay Grande	32	,,
Sambalay a Sambalay Chico	13	,,
Sambalay Chico a Tarata	50	,,

De Tarata parten caminos a Puno por Mazocruz y por Chilicolpa; de Chilicolpa se sigue a La Paz por Pisacoma.

A lo largo del Caplina:

Yaradas a Para (no hay camino)	42	kilómetros
Para a Tacna	5	,,
Tacna a Calana	12	,,
Calana a Pachía	6	,,
Pachía a Palca, por San Francisco	25	,,
Palca a Portachuelo de Huaililllos	22	,,
Huaililllos, por el Tacora, a Uchusuma	65	,,

De Uchusuma se va por Ancomarca a La Paz, utilizando el siguiente itinerario:

Uchusuma a Umahuaicho	11	kilómetros
Umahuaicho a Tambo del Maury	12	,,
Maury a Chulluncayani	29	,,
Chulluncayani al Abra	10	,,
Abra a Santiago	13	,,
Santiago a San Andrés	19	,,
San Andrés a Nazacara, en que se vadea el Desaguadero	19	,,
Nazacara a Pojsana	12	,,

Pojsana a Contuyo	33	„
Contuyo a Viacha	21	„
Viacha a La Paz	30	„

A lo largo de la quebrada de Lluta y por las que desembocan en ella, como por la de Azapa, pasan los caminos que de Arica van a Bolivia, menos traficados que el de Tacna, entonces como ahora, con los siguientes itinerarios:

Arica por Tignamar a Tambo Quemado, en Bolivia, por el paso de Sajama	180	kilómetros
Arica por Putre y de allí al Tacora en el camino de Tacna a La Paz	144	„

Entre los caminos de penetración y los longitudinales se pueden notar algunos otros transversales o en tirante, muy traficados y que se emplearon durante las operaciones de la campaña de 1880, como los de:

Moquegua a Ilabaya	60	kilómetros
Hospicio a Locumba	58	„
Ilo a Sitana	60	„
Mirave a Sama, por Sambalay	50	„
Locumba a Sama	40	„
Locumba a Buenavista	48	„
Ite a Buenavista	48	„
Sama a Pachía	40	„
Tacna a Arica, por Chacalluta	58	„

Por último, la vía marítima enlaza los distintos puntos del litoral, separados por las siguientes distancias:

Mollendo a Ilo	56	millas.
Ilo a Ite	26	„
Ite a Sama	9	„
Sama - Arica	43	„
Arica a Pisagua	72	„

EJERCITOS COMBATIENTES

La fuerzas que iban a participar en esta campaña estaban formadas, del lado de los aliados, por el Primero y Segundo Ejércitos peruanos del Sur, y por las divisiones bolivianas estacionadas en Tacna, desde el comienzo de la guerra, y reforzadas a principios de estas operaciones por una división, que descendió del Altiplano a la reunión en Tacna.

El Primer Ejército del Sur, a órdenes del Contralmirante Montero, proporcionaba la guarnición de la plaza de Arica, organizada fuertemente como base marítima, que se quería conservar a todo trance en espera de acontecimientos navales que hubieran favorecido la reiniciación de operaciones de este género; el grueso de las tropas de este ejército, esperaba los sucesos en unión del ejército boliviano.

El Segundo Ejército del Sur, organizado por decreto del Dictador Piérola, de 31 de enero de 1880, estaba formado por tropas levantadas en el interior que estacionaban en Arequipa y por unidades de la misma procedencia que, en marcha por esa fecha hacia Tacna, habían alcanzado Moquegua donde permanecían a órdenes del Coronel Velarde *, con el nombre de Décima División del ejército de Montero.

En cuanto a los chilenos, dueños de Tarapacá, reorganizaban y reforzaban sus cuerpos de tropa en esta región, para presentarse en el nuevo teatro de operaciones con mayores fuerzas que las que ya hemos visto actuar. Algunas unidades del Ejército de Reserva, trasladado ya a Iquique, fueron consideradas aptas para tomar un puesto a lado de las formaciones del ejército de primera línea y pasaron a completarlo.

EL EJERCITO ALIADO DE TACNA

El Primer Ejército del Sur, a órdenes del Contralmirante Montero, que tuvo como jefe de Estado Mayor al Coronel Velarde, estaba formado en divisiones cuya constitución y número, en los primeros meses del año 1880, se da en seguida:

			Hombres
Primera División, Coronel P. Dávila	Batallón	"Lima" Nº 11	350
	,,	"Cazadores del Cuzco"	450
Segunda División, Coronel Cáceres	,,	"Zepita"	428
	,,	"Cazadores del Misti"	450
Tercera División Coronel Suárez	,,	"Pisagua"	420
	,,	"Arica"	270
Cuarta División, Coronel Mendoza	,,	"Victoria"	500
	,,	"Huáscar"	350
Quinta División, Coronel Herrera	,,	"Ayacucho"	420
	,,	"Arequipa"	370
Sexta División, Coronel Canevaro	,,	"Lima"	400
	,,	"Cazadores del Rímac"	320
División Solar	Guardia Civil de Tacna (policía)		20
	Columna	"Sama"	80
	,,	"Para"	60
	,,	"Artesanos"	80
Caballería, Coronel Méndez	Escuadrón	"Húsares de Junín"	150
	,,	"Guías"	180
	,,	"Franqueadores de Tacna"	150
	,,	"Gendarmes"	50
Artillería.	2 ametralladoras de 2 cañones		180
	2 cañones de a 12		
	8 cañones de a 4		

* Ex jefe de la Primera División en la batalla de San Francisco.

Las tropas de guarnición en la plaza fortificada de Arica, a órdenes del Coronel Bolognesi, estaban formadas por las siguientes divisiones:

			Hombres
Séptima División, Coronel Inclán.	Batallón	"Granaderos de Tacna" ...	200
	"	"Artesanos de Tacna" ...	250
	"	"Cazadores de Piérola" ...	340
Octava División, Coronel A. Ugarte.	"	"Tarapacá"	264
	"	"Iquique"	266

El Ejército Boliviano, bajo el mando del Coronel Camacho, que tenía como Jefe de Estado Mayor al Coronel Castro Pinto, estaba organizado en la forma siguiente:

Primera División, Coronel Zapata.	Batallón	"Viedma"	260
	"	"Tarija"	350
	"	"Sucre"	400
Segunda División, Coronel Acosta.	"	"Loa", que actuara en Tarapacá	350
	"	"Grau"	350
	"	"Chorolque"	350
	"	"Padilla"	350
Tercera División Coronel Murguía	"	"Murillo"	160
	"	"Colorados"	400
Cuarta División, *Coronel Gonzalez.	"	"Aroma"	260
	"	"Zapadores"	160
Caballería	Escuadrón	"Escolta"	60
	"	"Coraceros"	60
	"	"Vanguardia de Cochabamba"	161
	"	"Libres del Sur"	150
Artillería		2 ametralladoras de 6 cañones 2 ametralladoras de 10 cañones 6 cañones Krupp, m. 1879	220

A estas fuerzas aliadas se deben agregar los batallones pertenecientes al Segundo Ejército del Sur, que dieron la batalla de los Angeles en la región de Moquegua y cuyo total ascendía a 1300 soldados.

Adicionando, pues, las fuerzas aliadas que hicieron frente al Ejército de Chile en esta campaña, con esfuerzos sucesivos e inconexos, se tiene el siguiente total general:

En los Angeles	1.300 peruanos
En Tacna	4.061 bolivianos
	5.788 peruanos
En Arica	2.000 peruanos
	13.149

* El Coronel Ramón González era muy conocido por su sobrenombre, "Pachacha", lo que ha dado lugar a confusión sobre su patronímico.

EL EJERCITO DE CHILE

Las tropas chilenas tenían la siguiente composición, al ingresar al nuevo teatro de operaciones:

General en Jefe: General Escala.

Jefe de Estado Mayor: Coronel Lagos.

Comandante de la caballería: General Baquedano.

		Hombres
Primera División, Coronel Amengual.	Regimiento 3º de línea	1200
	" "Esmeralda"	1200
	Batallón "Navales"	600
	" "Valparaíso"	600
	Una batería de artillería	150
	Escuadrón de "Cazadores a Caballo"	200
Segunda División Coronel Muñoz.	Regimiento 2º de línea	1200
	" "Santiago"	1200
	Batallón "Atacama"	600
	" "Bulnes"	600
	Una batería de artillería	150
	Escuadrón de "Cazadores a Caballo"	200

		Hombres
Tercera División, Coronel Amunátegui.	Regimiento 4º de línea	1200
	" "Artillería de Marina"	1300
	Batallón "Chacabuco"	600
	" "Coquimbo"	600
	Una batería de artillería	150
	Escuadrón "Granaderos a Caballo"	250
Cuarta División, Coronel Barboza.	Regimiento "Buín" 1º de línea .	1200
	" "Lautaro"	1200
	Batallón "Zapadores"	600
	Una batería de artillería	150
	Escuadrón "Granaderos a Caballo"	250

Las baterías de que disponían las divisiones eran las cuatro Krupp de montaña que tenía el ejército; en cuanto a las baterías de campaña se consideraron independientes de las divisiones.

El Escuadrón 2º de "Carabineros de Yungay", llegó al teatro de operaciones poco después de que desembarcara el ejército, y muchas unidades del Ejército de Reserva fueron transportadas a éste, paulatinamente, a medida de las necesidades.

El efectivo de las divisiones desembarcadas en el primer momento da un total de 15,150 soldados, al que agregaremos oportunamente el de las demás tropas que Chile acumuló en el teatro de operaciones, semanas antes de la batalla del Alto de la Alianza.

LOS MEDIOS MATERIALES

Poco se habían modificado las condiciones materiales para la lucha del lado de los aliados.

En cuanto a armamento, las adquisiciones hechas en el extranjero eran realmente insignificantes para el género de guerra que se había emprendido; el transporte de pertrechos de Panamá al Callao y de aquí al teatro de operaciones, se había realizado con toda felicidad desde el comienzo de las hostilidades, gracias al espíritu de empresa de los jefes y tripulantes de las naves peruanas y a la inacción de los directores de la potente escuadra de Chile.

Algunos millares de fusiles Remington y Peabody, abundante dotación de municiones y 6 cañones Krupp modernos, que había adquirido Bolivia, comparables a los del adversario, constituían el refuerzo de material de que podían disponer los aliados.

Tributarios éstos de Chile y de la Argentina, en lo que se refiere a ganado de silla y de carga, tan pronto como se abrieron las hostilidades vieron que no tenían dónde adquirirlo, lo que era gravísimo mal en tales circunstancias.

Consta de los documentos oficiales, que las tropas de Montero no disponían sino de 10 mulos para el servicio de sus piezas de artillería; su abastecimiento en general, si hubieran tenido necesidad de desplazarse, era, pues, imposible y esta fue la causa principal de que en toda la campaña las tropas aliadas permanecieran a la defensiva, dejando que el enemigo dispusiera de todo el tiempo necesario, para hacer sus preparativos de ofensiva, y para imprimir a las operaciones el ritmo que mejor convenía a sus intereses y posibilidades.

Los chilenos, deseosos de vencer, habiendo preparado la guerra durante largos años, disponían de todos los elementos necesarios para dar movilidad y capacidad ofensiva a su ejército. Y cuando, frente a las dificultades que se presentaron, se dieron cuenta de los vacíos que debían llenar en su sistema, no vacilaron en colmarlos con atinadas medidas y la debida actividad.

Hemos visto que desde el comienzo de la guerra, el invasor disponía de Servicios para atender, conservar y proveer a las tropas; sabemos también que lo único que no previó fue lo que se refiere al Servicio de transportes, que había descuidado por falta de experiencia para la marcha, en territorios desprovistos de recursos.

En la guerra la masa sola no es suficiente para obtener la victoria; como en mecánica, su valor se mide por la cantidad de movimiento que pueda imprimírsele para el choque. Y este movimiento es función exclusiva de la aptitud de los Servicios, especialmente del de transportes, sin los cuales no hay maniobra ni operación posibles; la masa misma terminaría por disgregarse cuando cesara el movimiento, que es la fuerza que mantiene a sus moléculas reunidas.

La velocidad de las tropas para las marchas es igual en todos los ejércitos; las órdenes del comando para adoptar dispositivos de marcha y estacionamiento pueden ser igualmente atinadas; pero el transporte de municiones y material de guerra, de víveres, de agua, la recuperación de los efectivos gracias a la evacuación de los heridos, sólo puede hacerse disponiendo de abundantes elementos de

transporte dirigidos por órganos especializados en esas tareas. De la eficiencia de los Servicios, depende la movilidad de las masas combatientes.

Al hablar de la constitución de los ejércitos beligerantes se ha hecho notar que el chileno se hallaba formado por ese entonces en divisiones que tenían muy parecida capacidad de combate.

La formación de estos agrupamientos de tropas, no se había realizado sin grandes dificultades y prolongada discusión, entre el Gabinete de Santiago y el Ministerio de Guerra por un lado y el General Escala y sus amigos del Cuartel General por otro. Escala creía que la organización divisionaria, ya muy antigua y probada en todos los ejércitos del mundo, le restaba autoridad y decía, con inexplicable concepto profesional que, como Comandante en Jefe "no podía compartir su mando con nadie".

Otra grave discusión originó el nombramiento de Jefe de Estado Mayor, que recayó en el Coronel Lagos, al fin de larga disputa, por imposición del Ministro de Guerra.

En cuanto a los servicios, bajo la alta dirección del Ministro Sotomayor, funcionaban con regularidad en el ejército chileno y de su papel tenía este comando claro concepto. El Comisario General del ejército y armada, hizo viaje especial al teatro de operaciones y retornó a Santiago, llevando una razón detallada de las armas, municiones, ganado y material que eran necesarios y que prontamente remitió al ejército de operaciones *.

El comando del ejército chileno mantuvo el cargo de Director y Conductor General de Bagajes, especie de director del Servicio de transportes, para conducir todo el material necesario al ejército de operaciones. Asimismo dió la debida importancia al Servicio de telégrafos y al de vías férreas, que centralizó en igual forma que el anterior. Creó una Jefatura del Servicio de Sanidad, que para la nueva campaña había sido provista de personal idóneo y del material necesario formado en "Ambulancias".

En fin, desde el punto de vista de la instrucción, Sotomayor reunió en un regimiento de artillería las cinco brigadas de que disponía, con 34 cañones, habiendo reemplazado muy pronto el material tomado y ocultado por los peruanos en la batalla de Tarapacá, que también recuperó.

No debe olvidarse, además, que en la Maestranza de Artillería de Valparaíso, se fabricaba munición para las armas portátiles y para la artillería de la marina y del ejército.

PLANES DE OPERACIONES

La ocupación del departamento de Tarapacá por las fuerzas chilenas creaba nuevas preocupaciones para ambos beligerantes, pues debían atender a las consecuencias derivadas de ese hecho y preparar las nuevas operaciones activas que no podían menos de

* 500 caballos, 500 mulos, sin contar los que envió para los transportes de la intendencia, 300.000 raciones de reserva, 5000 cantimploras, 2000 capotes, 4000 pantalones de paño, 3000 chaquetas del mismo material, 5000 ternos de brin, 8000 ternos interiores, 1200 pantalones de artillería, 6000 kepís, calzado para todo el ejército, 8 lanchas con todo su material, 500 odres, 24 cocinas portátiles con sus mulos, arneses para la caballería y racionamiento seco para cubrir las necesidades de 14.000 soldados durante un mes.

producirse, dada la potencia militar de que aún disponían los aliados y su tenaz empeño en defender su derecha.

Entre los primeros problemas que se debían resolver se contaba el afianzamiento de la situación militar de uno y otro, profundamente trastornada por los resultados de la campaña anterior. Las tropas que formaron el ejército de Buendía, incorporadas al grueso de Tacna-Arica, necesitaban reposo y reorganización para recuperar su eficiencia duramente rebajada por los penosos esfuerzos que habían realizado; las fuerzas de Tacna, a órdenes del Contralmirante Lizardo Montero, debían reforzarse con unidades frescas y recibir su completo de armamento y elementos de lucha, pues todo indicaba que esos núcleos de tropa serían los que iban a soportar la nueva ofensiva del ejército chileno, que, dueño de la iniciativa de las operaciones, disponiendo en absoluto de la vía marítima, tenía entera libertad para maniobrar al adversario, enclavado en una estrecha zona del territorio, e imposibilitado para salir de ella.

A los aliados no les quedaba en estas condiciones, más que esperar al enemigo; hacerse fuertes en los puntos que ocupaban y confiar todo a la suerte de una gran batalla que, por el hecho de ser buscado y planteada **ad libitum** por el comando chileno, ofrecía pocas probabilidades de darles la victoria.

Para el gobierno de Chile, el objetivo político y económico de la guerra estaba alcanzado. Dueño de Tarapacá, como poco antes lo fuera de Atacama, se apropió militarmente de la propiedad particular y fiscal de estos territorios, para arbitrarse fondos y proseguir la guerra. Sus relaciones internacionales mejoraron, porque los pueblos vecinos, que habían seguido las fases de la lucha "con profundo interés de americanos y sincera simpatía por los países en pugna, pero como observadores imparciales", comprendiendo que Chile llevaba la mejor parte en la campaña marítima y en la primera terrestre, afirmaron entonces su imparcialidad declarándose más amigos aún y convencidos cultores de la no intervención. En lo militar, los chilenos, sin haber puesto decidido empeño en lograrlo, habían desorganizado el primero y más sólido escalón del ejército peruano, dando lugar además a que se estableciera cierta desconfianza entre los aliados, por la insólita actitud de los jefes y las tropas bolivianas durante la campaña que acababa de terminar.

Ahora bien, algunos dirigentes chilenos creyeron, antes de Pisagua, que la ocupación de Tarapacá daría fin a la guerra, más aún, si infligían un recio golpe a las fuerzas allí establecidas; pero la realidad burló tales infundadas expectativas, porque ni una ni otra circunstancia decidió a los aliados a insinuar la paz y ni siquiera a desmayar en sus aprestos bélicos, que, aunque con retardo y mala orientación, intensificaron con gran fe en el resultado final de la lucha*. En esta vez, como siempre, los hechos pusieron en evidencia que sólo doblegando la voluntad del defensor, para lo

* Conocemos la imprevisión de los gobernantes aliados del período prebélico y, en la época de que tratamos, se sabe que lo más urgente era buscar por cualquier medio los elementos navales que hacían falta preferentemente. A estas cuestiones nos referimos al hablar del retardo y mala orientación.

que es necesario aniquilar todos sus elementos de lucha, se pueden obtener los beneficios de la paz y dar por terminada una guerra.

En cambio, si es verdad que los combates realizados en el departamento de Tarapacá, no permitieron vislumbrar el final de la lucha, sirvieron para que ambos adversarios midieran sus fuerzas morales y materiales. De estos choques pudo deducirse con toda claridad que los chilenos habían traído a los territorios invadidos, una guerra destructora perfectamente preparada y conducida con ciega rabia, y que los aliados sólo iban a oponerles las virtudes que nacen del patriotismo, elevándolas, por lo que tocaba al Perú, a grado insuperable, con obstinada fe en sus destinos, orgulloso de sus tradiciones y confiado en el porvenir. Por su parte, Bolivia, después de la campaña de Tarapacá, iba a dar pruebas, precisamente en Tacna, de que sus hombres de guerra sabían sostener el honor de su bandera.

Nuevos proyectos de operaciones comenzaron a plantearse, pues, en ambos cuarteles generales, para buscar la decisión que no había proporcionado la primera campaña en tierra.

PLAN DE LA OFENSIVA CHILENA

Para Chile, la situación volvía nuevamente al punto en que se encontraba antes del desembarco en Pisagua. Esta vez contaba a su favor con mayor fuerza moral en sus dirigentes y en sus tropas, porque unos y otras habían palpado los graves inconvenientes que el adversario se esforzaba en superar.

Hasta hoy no se explican los chilenos por qué los aliados no se amilanaron a los primeros rudos golpes que recibieron. Algunos de sus escritores sostienen que después de Tarapacá era llegado para la Alianza el momento de pedir la paz. No creen que un pueblo, consciente de su derecho, vaya al sacrificio máximo para defenderlo. Su conocida política internacional, les hace pensar que el Perú debió rendirse entonces ante los hechos consumados, a fin de recuperar las energías perdidas y acrecentar su poder, con la reserva de emplearlo cuando creyera que valía lo que el de su enemigo.

A pesar de sus expectativas, los chilenos tuvieron pues que decidirse a correr la suerte de una nueva campaña, que era en su concepto tanto más urgente, cuanto mayor era el temor que les causaba la idea de que los aliados reacionaran y completaran en el intervalo sus medios de defensa. Los conductores de la opinión pública azuzaban a las masas en Santiago para forzar al Gobierno a reiniciar las hostilidades con la mayor premura y el gobierno, por su parte, de acuerdo con Sotomayor que continuaba en Tarapacá con la dirección efectiva de las operaciones, trataba de obviar los inconvenientes para trasladar al ejército, sea por mar sea a lo largo del litoral desierto; además, la fuerza moral revelada por los aliados, así como las dificultades que los chilenos habían vencido providencialmente, hacía que pesaran la situación con gran prudencia para no caer nuevamente bajo la acción del enemigo, ya experimentado a su vez, en las mismas inestables condiciones en que quedaron después de su desembarco en Pisagua. Por otra parte, los gobernantes chilenos no veían la finalidad de esta nueva campaña sino bajo una forma indirecta, comprendiendo con

vaguedad, como civiles que eran, que la posesión de los territorios conquistados no sería definitiva hasta no contar con la aquiescencia de su legítimo dueño, lo que obligaba a dominar las fuerzas de éste.

Con esta concepción general de la guerra y del desarrollo que debían darle, los chilenos comenzaron a hilvanar proyectos de operaciones y a discutir planes.

Las finalidades políticas coincidían ahora con los probables objetivos militares. Unas y otros se habían localizado en dos regiones:Lima - Callao; Tacna - Arica. Volvierón, pues, a suscitarse largas polémicas sobre la oportunidad y eficacia de la ofensiva sobre una u otra región. Los partidiarios de llevar la guerra a Lima pretendían que apoderándose de este centro político administrativo, de donde irradiaba todo esfuerzo, aniquilarían la defensa del Perú; creían, además, que Bolivia aminoraría su fe en el buen resultado de la guerra si veía caer la Capital del país aliado en manos del invasor; pero esta solución era juzgada como muy lejana y de escasa influencia sobre la actitud de Bolivia por los sostenedores de la ofensiva sobre Arica-Tacna, que la creían más decisiva por cuanto haría caer el punto natural de junción de las fuerzas de la Alianza, verdadero centro de enlace de ambos países, que quedarían cortados en lo sucesivo; de este punto podían los chilenos, por otra parte, conducir la ofensiva ulteriormente sobre el Perú o sobre Bolivia, si alguno de estos países cedía dejando al otro en la lucha o si se hacían más alarmantes los preparativos de uno de ellos.

La ofensiva sobre Lima obligaba a los chilenos a empeñar numerosas fuerzas en esa zona, lejos de sus bases de operaciones y de la patria estratégica; les hacía dejar Tarapacá y Atacama a merced de un golpe de mano del ejército aliado de Tacna y Arica que, no pudiendo trasladarse por tierra a Lima para defenderla, tendería a hacer el mayor daño posible a los invasores procurando reconquistar esos territorios que eran, por valiosos, el cebo tras el que se habían empeñado los chilenos. De emprender la ofensiva estratégica sobre Lima hubieran tenido que dejar en Tarapacá 6000 a 8000 hombres, mínimo, para disputar la región a sus legítimos dueños y esto hubiera rebajado los importantes efectivos que eran necesarios para la campaña en el norte; además, procediendo de esa manera se veían obligados a bifurcar las actividades de su escuadra para abastecer y apoyar a uno y otro núcleo del ejército, siendo así que la concepción más simplista aconsejaba tener todas las fuerzas reunidas.

Actuando sobre Tacna obviarían los chilenos todos los inconvenientes citados, operarían con una corta línea de comunicaciones lo que era una positiva ventaja y luego, conforme a la fácil experiencia hecha en Tarapacá en forma impensada, forzarían a los aliados a dar batalla en posiciones que ellos escogieran de antemano, tomando para esto todo el tiempo que juzgaran necesario.

En todas las campañas emprendidas por Chile en el Pacífico se comprueba el singular sistema de tomar la ofensiva estratégica, emprendida gracias al concurso de su marina que con claro juicio ha tratado siempre de que conserve la superioridad para llevar la guerra al territorio de su adversario y establecerse en él en espera de los acontecimientos. Su concepción estratégica no ha rebasado nun-

ca ese plan tipo, calcado de las operaciones de San Martín en 1820. En Paucarpata con Blanco Escalada; después de Guía donde los chilenos arrollaron fácilmente, bajo la dirección de Gamarra, a los escasos defensores de Lima; en Tarapacá y ahora en Tacna, el desarrollo de sus campañas, a base de la iniciativa de las operaciones propiciada por la superioridad naval, ha consistido en tomar la ofensiva estratégica para pasar a la defensiva táctica y permanecer cerca del litoral, con un pie en sus barcos y otro en tierra.

Según el anterior sistema, los chilenos no pensaron pues en cortar las comunicaciones de su adversario, sino como cuestión incidental, porque, como se verá en seguida, su plan consistió en establecerse en Ilo y fortificarse en ese lugar, a la expectativa de sucesos ulteriores.

Graves desacuerdos se produjeron por ese tiempo entre el Ministro de Guerra y el General en Jefe, por cuestiones de organización del ejército, discusiones que agriaron los ánimos y originaron la formación de camarillas alrededor de uno y otro jefe, como había sucedido en Atacama con el General Arteaga cuando la ocupación de aquel litoral. El resultado de estas discusiones y cambio de ásperas notas entre las altas autoridades del ejército fue que se retrasaran los preparativos de la campaña y que, contra los deseos del pueblo chileno, se postergara la iniciación de las operaciones activas. En fin, tras larga reflexión, el plan de operaciones quedó establecido según los lineamientos generales que se dan a continuación.

Por acuerdo del Gabinete de Santiago, trasmitido el 26 de diciembre y prevenido desde días antes, Sotomayor recibió orden de emprender campaña contra las fuerzas de Montero. Sin tomar en cuenta las ventajas positivas enunciadas más arriba, que escaparon en su mayor parte a los directores chilenos de la guerra, el Presidente Pinto y sus ministros pensaron en apoderarse de Tacna y Arica con la preferente intención de ofrecer estas provincias a Bolivia, esperando que con tal cesión ésta abandonara la lucha o, mejor aún, pusiera sus armas del lado del invasor. El obstáculo efectivo para la realización de este plan político había sido hasta poco antes el Presidente Daza, que recibió comunicaciones oficiales en este sentido de los dirigentes chilenos; entre éstas merece recordarse la que le remitiera Santa María con acuerdo de su gobierno, instándole a abandonar el Perú, comunicación que Daza presentó a Prado, oficialmente, obteniendo así el aplauso de los peruanos y la concesión de subsidios y otras ventajas para su país. Caído Daza, Santa María insistió en plantear su complot internacional, esperando que el nuevo presidente de Bolivia hiciera la paz luego que se le ofreciera Tacna y Arica "de las que —decía el propio Santa María a Sotomayor— trataremos de desprendernos a favor de Bolivia, como quien se desprende de una brasa de fuego".

En las órdenes que impartió el Gabinete para la conducción general de las operaciones y en las cartas particulares que recibió Sotomayor en Pisagua, se consideraba la expedición a Lima como "una fantástica locura", de donde se deduce cuán lejos veían los chilenos una posibilidad de alcanzar el centro principal del enemigo.

Respecto al empleo de su escuadra, desecharon el proyecto de efectuar incursiones con desembarco de tropas en el extenso litoral del Perú, y en el oficio en cuestión limitaron la acción de ésta a guardar Pisagua, conservando al mismo tiempo Atacama y Tarapacá; bloquear las costas de Moquegua para impedir el envío de refuerzos a Arica y Tacna; bloquear el Callao y perseguir a la "Unión"; algunos buques debían, además, hacer crucero entre el Callao y Panamá para impedir el transporte de armas y municiones. En carta particular, adjunta al oficio, Pinto daba algunas razones para no acercarse a Arica y para no bombardear el puerto a fin de "no exponer los buques a averías de consideración".

El oficio que transcribía el acuerdo del Gabinete recomendaba a Sotomayor que consultara a los jefes del ejército y de la armada sobre el plan que insinuaba y el Ministro, cumpliendo lo ordenado, reunió en Pisagua el 6 de enero de 1880, una junta de guerra a la que no asistió el Comandante en Jefe del ejército, pero sí el de la escuadra; esta junta aceptó de hecho todo lo que el Ministro, de acuerdo con el oficio del Gabinete, presentó a su consideración.

PLAN DE LOS ALIADOS

El Comandante en Jefe de las tropas peruanas de Tacna y Arica, Contralmirante Lizardo Montero encargado del mando por el Presidente Prado, no tenía efectivamente a sus órdenes a las tropas bolivianas de Tacna, cuyo jefe, gestor de la revolución contra Daza, actuaba con absoluta libertad; para las cuestiones de carácter general debían tomar acuerdo entre ambos.

Este mando mancomunado de ejércitos de distintos países que tenían una misma misión, dió lugar a desavenencias entre los altos jefes, que no se ahondaron gracias al buen espíritu que animaba a unos y otros para tolerarse y a la bien cimentada disciplina de las tropas que, hasta mayo de 1880, en que se realizó la batalla del Alto de la Alianza, llevaban ya más de un año de vida regimentaria.

El Dictador del Perú, Piérola, y el Presidente Provisional de Bolivia, Campero, mantenían por otra parte las mejores relaciones; uno y otro se hallaban en el serio compromiso de respetar la palabra que empeñaron al subir al poder, en tan graves circunstancias, y de robustecer los vínculos de la Alianza para rechazar al invasor.

Montero, a quien el Dictador contaba como su enemigo personal y político, en hermoso gesto aceptó el encumbramiento de Piérola y, deseoso de servir a su patria en los puestos de mayor peligro, relegó a último término intereses políticos y cuestiones personales para recibir con inteligencia y lealtad las órdenes emanadas del poder central, cuya legitimidad no discutía dadas las difíciles circunstancias por la que atravesaba el país.

Piérola con perceptibles fines políticos, cometió en cambio grave error con respecto al Ejército Peruano de Tacna, pues en lugar de concentrar toda su atención y sus innegables buenos deseos en él, dividió los escasos elementos de que podía disponer entre ese ejército, que llamó Primer Ejército del Sur, por decreto de 31 de enero de 1881, y el Segundo Ejército del Sur, que debía establecerse entre Arequipa y Moquegua, según el mismo decreto. Ansioso de

glorias militares, convencido de su talento y creyendo ingenuamente que sólo hace falta entusiasmo y actividad para acaudillar ejércitos, se reservó gran parte de las armas y otros elementos de guerra para armar e instruir un ejército que debía obedecer sus órdenes inmediatas en la Capital de la República, esperando dar con él la batalla final y obtener la victoria como digno galardón a su loable afán creador y reformador.

Dividiendo y encasillando celosamente el esfuerzo nacional, descuidó a las tropas de Montero que no sólo abandonó a su propia suerte, sino que aisló, condenándolas anteladamente al desastre*.

Como plan general de operaciones, Piérola ordenó a Montero, en suma, que "la defensa de Tacna debía ser el objetivo principal de la campaña".

DISPOSITIVO ALIADO

Antes de que se produjera el desembarco de las tropas chilenas en Ilo, Montero mantuvo por algún tiempo la esperanza de obstaculizarlo e impedir incursiones en las caletas semidesiertas y puertos del litoral. Con este fin, Ite, Sama y otros lugares, donde era factible efectuar un desembarco, recibieron escasas guarniciones que servirían, sobre todo, para prevenir de la presencia del enemigo y de sus intenciones.

Estas guarniciones, que no tenían la capacidad de resistencia necesaria para defender su puesto y que en ningún caso hubieran podido ser socorridas por el grueso, que se hallaba muy alejado y sin los medios de movilidad necesarios para acudir en su apoyo, eran elementos de simple vigilancia.

Cuando los chilenos revelaron sus intenciones y tomaron tierra en Ilo, dichas guarniciones recibieron orden de replegarse al grueso que por esa fecha se hallaba en Tacna.

OPERACIONES PRELIMINARES

Para abrir la nueva campaña bajo buenos auspicios, los chilenos efectuaron algunas operaciones preliminares que, según su concepto, debían favorecer las actividades guerreras que iban a reanudar. Pequeñas acciones navales, planteadas y conducidas sin buscar ningún fin de guerra aparente, como el combate y cañoneo de Arica; expediciones destructoras, de tipo anfibio, es decir, emprendidas mediante una estrecha combinación de los medios marítimos y terrestres, prepararon el traslado de las fuerzas chilenas de Pisagua a Ilo, facilitando en cierto modo el cambio del teatro de operaciones.

La osadía del Comandante peruano Villavicencio, que rompió el bloqueo de Arica con la corbeta "Unión", les dió también oportunidad para hacer algunos tiros de cañón sobre la corbeta y a tierra, sin resultado positivo.

---

* Escritos al calor de los acontecimientos, es cierto, pero con acopio de documentos, se pueden ver sobre este asunto los capítulos XVI - XVII de la Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia, de M. F. Paz Soldán.

INCURSION A MOQUEGUA

1º DE ENERO DE 1880

El 8 de diciembre de 1879 se presentaron en Ilo la "O'Higgins" y la "Magallanes" para establecer el bloqueo del puerto. Días después, el 26, el comandante de la división naval bloqueadora supo que la localidad había sido abandonada por su jefe y por la tropa que la guarnecía, para dirigirse a Moquegua por razones de política interna; comprendiendo que en esta última ciudad reinaba el desorden consiguiente a las disputas que sostenían los distintos jefes de la región, despachó a Pisagua a la "Chacabuco", que había relevado a la "Magallanes", para prevenir de la realización de estos sucesos al Ministro de Guerra y pedir algunas fuerzas con qué desembarcar en Ilo, inutilizar la vía férrea y molestar en esa forma a los peruanos.

Atendiendo al pedido del Comandante Viel, Sotomayor dispuso que se embarcara en Pisagua un batallón del Regimiento "Lautaro", un pelotón de granaderos a pie y un pelotón de pontoneros, más dos piezas Krupp. Estas tropas debían hacer rumbo al norte en el transporte "Copiapó", escoltado por la "Chacabuco" que había sido portadora de la noticia.

Los dos barcos chilenos llegaron a Ilo en la noche del 30 al 31 de diciembre y, en la madrugada, las tropas que conducían tomaron tierra por las caletas que se abren al norte y sur del puerto, ocupándolo fácilmente al aclarar el día.

Lo primero que hicieron las fuerzas desembarcadas fue cortar la línea telegráfica y habiendo tomado en Ilo el material rodante del ferrocarril, abandonado por los peruanos, los jefes decidieron emprender marcha a Moquegua para dar una sorpresa en esa ciudad.

Embarcadas las tropas fácil y rápidamente, tomando algunas precauciones para asegurar la pronta reparación de la línea si hubiera sido cortada, el Comandante A. Martínez, jefe del destacamento, y el ingeniero Stuven que formaba parte del mismo, llegaron a proximidad de Moquegua a las 7 de la noche del citado día 31, no sin haber inutilizado a la pasada la línea telegráfica de Hospicio a Tacna.

Desembarcadas las fuerzas en los alrededores de Moquegua, se apoderaron de las alturas que dominan el pueblo por el sur e intimaron rendición a la plaza que el Coronel Chocano, autoridad superior del lugar había abandonado para ocupar la fuerte posición de los Angeles.

En la mañana del 1º de enero de 1880, los jefes chilenos hicieron romper el fuego de sus cañones sobre la ciudad e ingresaron a ella poco después; una vez en la localidad, obligaron a que se les preparara rancho y después de realizar algunos excesos se retiraron a Ilo en la tarde de ese día, poniendo en libertad a los rehenes que habían tomado.

Al regresar a Ilo, encontraron levantado por los pobladores un tramo de la vía férrea; pero, con los rieles que a precaución había hecho transportar Stuven, pronto se restableció la línea. Mientras se realizaba la reparación, los soldados capturaron a los habitantes de los alrededores y los fusilaron en represalia, sin formalidad al-

guna, considerándolos autores o cómplices, por lo menos de aquella destrucción.

Llegados al puerto de Ilo, los chilenos inutilizaron las locomotoras de que se habían servido, efectuaron algunas otras destrucciones y, reembarcados en el "Copiapó", hicieron rumbo a Pisagua.

Navegando el convoy entre Ilo y Pisagua, el Comandante Viel, jefe de los barcos de la expedición, cañoneó la caleta de Ite so pretexto de reconocerla; la escasa guarnición peruana que la ocupaba, perteneciente al Batallón "Arequipa" se cubrió del efecto de los proyectiles con las ondulaciones del terreno y Viel, entusiasmado con el buen resultado que creía haber obtenido, pidió a los militares que organizaran el desembarco de algunas compañías que efectivamente, a poco, se dirigieron en botes a la playa; pero los defensores, abandonando sus cubiertas al cesar el cañoneo, abrieron vivo fuego de fusilería desde las rocas de la ribera y amedrentaron a los tripulantes de los botes que desistieron de la empresa con algunas pérdidas.

Continuando al sur, el convoy dio fondo el 4 en Pisagua y los expedicionarios tomaron tierra ese mismo día.

El 5, la "Chacabuco" renovó el bombardeo de Ite y procedió en la misma forma en la caleta de Sama, lamentándose el comandante de ella, en su parte oficial, de no haberlas incendiado "por lo frágil de su material de construcción".

DESTRUCCIONES EN LA BAHIA DE LA INDEPENDENCIA

28 DE ENERO

El "Blanco Encalada" y el "Amazonas" se presentaron este día en la bahía de la Independencia; desembarcaron fuerza armada que, con hachas y material inflamable destruyó e incendió muelles pescantes y lanchas; quemó las casas de los pobladores y volvió en seguida a sus naves para regresar al sur.

CAMBIO DE TEATRO DE OPERACIONES

24 - 25 DE FEBRERO

En los primeros días del mes de febrero de 1880 el Ministro de Guerra chileno tomó gran actividad para preparar el transporte de las tropas a su nuevo teatro de operaciones. Después de trasladarse a Iquique para mantener con los miembros del Gabinete de Santiago una conversación cablegráfica y luego que efectuó un ligero reconocimiento de la costa al norte de Pisagua para juzgar de visu las condiciones de las caletas y puertos de esa región, ordenó el embarco de las tropas que formó en dos escalones para los efectos del transporte: el primero quedó constituído por las tres primeras divisiones del ejército y el segundo por la Cuarta División, que permanecería en Pisagua hasta el segundo viaje de los transportes.

El 18 de febrero comenzó el embarque del material y del ganado y del 22 al 24 se realizó el de las tropas.

Este último día, previas varias proclamas y alocuciones patrióticas el convoy recibió instrucciones detalladas para la partida

y navegación y pasadas las 12 de la mañana comenzaron a levar ancla los 19 transportes que conducían al ejército. El "Blanco" que debía cerrar la izquierda a la partida, para tomar la punta durante el viaje, abandonó Pisagua a las 4 de la tarde.

El orden del Convoy era el siguiente:

"Blanco Encalada"
"Toro" con lanchas torpederas
"Itata", "Copiapó", "Loa", "Amazonas", "Magallanes",
"La Mar", "Limarí", "Matías", "Santa Lucía",
"Humberto", "Elvira", "Muzzi", "Lancha",
"Angamos", "Tolten", "Abtao",
Balsa.

Los barcos pasaron frente al puerto de Arica, mar adentro para no ser vistos, a las 2 de la madrugada del 25. A las 11 y 30 de la mañana de ese mismo día, frente a Ilo, se corrieron las señales convenidas para desembarcar.

Los elementos que tomaron tierra lo hicieron al norte y al sur del puerto y cuando avanzaron en forma convergente sobre el poblado, lo encontraron abandonado porque, no habiendo guarnición capaz de imponer respeto o detener al invasor, los habitantes creyeron que iban a realizarse escenas tan lamentables como las de la bahía de la Independencia.

Los chilenos encontraron en perfectas condiciones los elementos de carga y descarga del puerto: lanchas, muelles, grúas. Hallaron en la estación dos locomotoras intactas y varios vagones, bodegas y jaulas. Los tanques de agua y los pozos donde se surtía la población, tenían abundante dotación de ese elemento.

El desembarco continuó en los días subsiguientes y se dió por terminado el 29. El 1º de marzo llegó de Pisagua la Cuarta División y comenzó a desembarcar.

El transporte total de las tropas y su desembarco se realizaron como si se tratara de una simple operación comercial, sin que tuvieran cómo intervenir los lejanos defensores del suelo.

Los chilenos dejaron guarnecido el departamento de Tarapacá por las tropas del Ejército de Reserva que mandaba el General Villagrán. Después de un ligero encuentro en Atacama, el 6 de diciembre de 1879, que terminó con la derrota de un corto destacamento chileno por tropas de Bolivia y de la subsiguiente expedición punitiva, a la usanza chilena, se hallaba tranquila la región.

Al comenzar las operaciones activas en el nuevo teatro, el ejército de Villagrán, innecesario en el departamento de Tarapacá que se protegía con sus propios desiertos, fue transportado progresivamente en refuerzo de la masa principal.

COMBATE DE ARICA

27 DE FEBRERO

El "Cochrane" y el "Magallanes" bloqueaban el puerto de Arica hasta el 25 de febrero en que llegó del sur el "Huáscar" que debía reemplazar al primero de los citados barcos para que éste se dirigiera a Valparaíso a recorrer sus fondos.

El "Huáscar" había sido revisado cuidadosamente y compuesto con esmero en los meses que iban corridos desde su captura. Su armamento había sido reforzado con dos cañones Armstrong de 40 libras, modernísimos, cuyos proyectiles alcanzaban 7000 metros. Confiado al mando del Comandante Thompson, se presentó en Pisagua a fines de enero y poco después fue enviado a Arica con la misión señalada.

El 27 de febrero ya citado, el Comandante Thompson con marcada imprudencia se aproximó a los fuertes de Arica; pronto abriéronle fuego contra él las baterías de tierra y los poderosos cañones que montaba el monitor "Manco Cápac", mandado por el Comandante Sánchez Lagomarcino.

La "Magallanes" que voltejeaba al norte de la rada, se aproximó algo al producirse el cañoneo y disparó varios proyectiles sobre la plaza, valida del alcance de sus piezas y de que los cañones de la defensa no alcanzaban sino a 3500 metros, como máximum.

En estas condiciones los chilenos del "Huáscar" mantuvieron el combate por un período de 50 minutos recibiendo algunos proyectiles, uno de los cuales removió una de las planchas del blindaje. A las 9 y 30 de la mañana el "Huáscar" rompió el combate y se puso fuera del tiro de las baterías.

Poco después, a las 12, se aproximaron nuevamente los barcos chilenos para cañonear desde lejos, sin resultado, un tren de pasajeros que llegaba de Tacna. Pero, mientras se desarrollaban estos hechos, el "Manco Cápac" que había levantado vapor, salió de la rada para contener el atrevimiento del Comandante Thompson; con su reducido andar y aproximándose a su vez a las naves bloqueadoras, abrió el fuego contra ellas a la 1 de la tarde y pronto tuvo la satisfacción de verlos retirarse llevando serias averías en el "Huáscar" que se puso a tiro, y numerosos muertos y heridos entre los que se contaba el jefe de la División chilena que voló en fragmentos, destrozado por una granada. La "Magallanes" sufrió también algunas averías serias y se dirigió en seguida a Ilo, donde se hallaba el resto de la escuadra chilena. para dar cuenta de lo ocurrido.

El Ministro de Guerra de Chile y el Comandante en Jefe de la escuadra que se encontraban en el último puerto citado, se trasladaron entonces frente a Arica y emprendieron el cañoneo de la plaza con los cañones del "Huáscar" y del "Angamos" traído especialmente, este último, para emplear el largo alcance de sus piezas; ambos barcos hicieron llover sus proyectiles sobre el puerto durante siete días consecutivos, del 29 de febrero al 6 de marzo, sin ocasionar daños de consideración.

EXPEDICION CHILENA A MOLLENDO

9 AL 11 DE MARZO

Desde el principio del año 1880, el mando chileno decidió, para provocar al ejército de Tacna, realizar algunas expediciones que exacerbaran el espíritu público de las naciones aliadas y especialmente del Perú.

Con fecha 21 de enero y 3 y 28 de febrero, el Ministro Sotomayor publicó instrucciones al ejército y armada en las que indicaba que se debía "hacer sentir a los peruanos la crueldad y dureza de la guerra en su mayor amplitud"; ordenó "que se pasara por las armas, sin formación de causa, a los civiles que se mostraran rebeldes", y, al Comandante de la escuadra le previno que "debía hacer al enemigo todos los daños posibles", como destruir los elementos de carga y descarga de los puertos, incendiar las aduanas y los muelles, etc.

Fuerte protesta diplomática neutral produjeron estas instrucciones pero la protesta no pasó del cómodo y normal cambio de notas, memorandums y papelerías de estilo.

En cumplimiento de las disposiciones dictadas por Sotomayor, el General Escala pidió y obtuvo autorización para ordenar una incursión a Mollendo. El Coronel Barboza, jefe de la Cuarta División Chilena, disponiendo de tropas de todas las divisiones, fue el encargado de dirigir esta operación.

El "Blanco", la "O'Higgins", el "Amazonas" y el "La Mar" debían transportar y convoyar el destacamento, que quedó formado por las siguientes unidades:

Regimiento 3º de línea.

Batallón "Navales".

Batallón "Zapadores".

Un pelotón de "Cazadores a Caballo".

Una sección de pontoneros ingenieros.

El destacamento sumaba alrededor de 2300 hombres.

Hechos a la mar el día 8 de marzo, los expedicionarios recorrieron en algunas horas las 50 millas que separan Ilo de Mollendo y se encontraron frente al puerto a medianoche del 8 al 9.

El puerto de Mollendo, que había tenido para su defensa 2 cañones servidos por 150 artilleros, se encontraba desarmado por esta época, pues las piezas habían sido llevadas a la ciudad de Arequipa y la escasa guarnición estaba reducida a algunas decenas de soldados.

Llegado el convoy a Mollendo, Barboza ordenó que las tropas desembarcaran, horas antes de la salida del sol, al norte y sur del puerto y que marcharan después sobre la población; pero, las dificultades del desembarco y el cuidado a la guarnición peruana, que creían fuera más numerosa, dieron lugar a que esta operación no se considerara terminada sino a las 4 de la tarde del 9 en que todo el destacamento estuvo reunido en la plaza de armas del puerto.

Los pocos soldados peruanos de la guarnición se retiraron al interior al darse cuenta de la aproximación de tan potentes fuerzas chilenas, llevando consigo todo el material de ferrocarril, especialmente las locomotoras.

El 10 en la madrugada Barboza avanzó con el Batallón "Zapadores" hacia Mejía y Ensenada, pero sabiendo allí que la Divi-

sión de Arequipa, Segunda del Segundo Ejército del Sur, estaba trasladándose a Tambo en ferrocarril, por escalones, para repeler la agresión, resolvió replegarse a Mollendo.

Reunidas en Mollendo todas las fuerzas expedicionarias, con el temor que había ocasionado en ellas y en sus jefes la actitud decidida de la división de Arequipa que se aproximaba, iniciaron la destrucción por el incendio de las propiedades fiscales, estación, muelles, aduana, continuando con el de la población. Algunos desórdenes propios de estos casos ocasionaron la muerte de varios oficiales que quisieron imponer la disciplina.

Como con los primeros elementos de caballería que habían lanzado los chilenos hacia Ensenada y Tambo, habían destruído la línea férrea y como la división peruana esperaba concentrarse en este último lugar para actuar en fuerzas, demorando por estas razones su llegada a Mollendo, los chilenos aprovecharon tales circunstancias para reembarcarse durante el día 11 y navegar al sur al día siguiente, llegando a Ilo en la mañana del 13. Habían dejado tras ellos la más desoladora ruina y opacado sus armas con una operación que levantó hasta en Chile una ola de indignación y las más airadas protestas.

LA "UNION" EN ARICA

17 DE MARZO

Las continuas solicitaciones de refuerzos y abastecimiento de municiones y material que hacía el jefe del Primer Ejército del Sur al Dictador Piérola, determinaron a éste a enviar algunos de elementos pedidos al puerto de Arica. Como la única nave de guerra de que el Perú disponía por entonces era la corbeta "Unión", cuyo armamento le permitiría sostener un corto combate para escapar a favor de su velocidad, el Dictador dispuso que su tripulación fuera completada y que se revisara ligeramente la maquinaria, dándole orden de embarcar algún material que debía trasladar al Sur y entregarlo a las tropas de esa región, rompiendo para esto el bloqueo.

El Comandante Villavicencio, jefe de la "Unión" por ese entonces, recibió las instrucciones del caso para llevar a buen fin la misión que se había confiado a su talento y espíritu de empresa.

El 12 salió la "Unión" del Callao y se dirigió a Chala, donde tomó algunos datos sobre la situación y distribución de los barcos chilenos. En ese puerto Villavicencio se informó de que en Arica habían sido dos barcos sosteniendo el bloqueo y decidió entonces hacerse mar adentro para no ser visto y poder enfilar la boca del puerto en la noche, confiando el éxito de la operación a la astucia, al secreto que le permitiría actuar por sorpresa y a su conocimiento profundo de los más difíciles problemas de navegación.

Tal como se lo propuso, realizó el osado Comandante sus planes y en la madrugada del 17 los buques bloqueadores se dieron cuenta de que la "Unión" estaba anclada junto al "Manco Cápac", efectuando activísima operación de descarga y reaprovisionando al mismo tiempo sus carboneras.

Condell, nuevo jefe del "Huáscar", que con esta nave y el "Matías Cousiño" bloqueaba Arica, dispuso al notar la presencia de la "Unión" que el "Matías" tomara rumbo a Ilo, para pedir al comando que vinieran otras naves a obstaculizar por lo menos la salida de la corbeta peruana y entretener a ésta, así como para estorbarle sus operaciones de carga y descarga. Poco después, se aproximó al interior de la rada y abrió el fuego sobre la "Unión" a las 9 de la mañana. El cañoneo fue pronto respondido por los fuertes y por la corbeta misma, que no interrumpió por ello sus faenas.

A poco, el "Huáscar" rompió el combate, para reanudarlo en seguida y mientras tanto llegaron a Arica, casualmente, el "Cochrane" y el "Amazonas" procedentes del sur. Informado el Comandante Latorre, jefe del "Cochrane" del acontecimiento, y correspondiénle el comando por ser el de mayor graduación, dispuso que reiniciaran los fuegos los dos blindados y el "Amazonas", tan pronto como las tripulaciones atendieran a su alimentación.

Efectivamente, poco antes de la una de la tarde se generalizó nuevamente el combate. Durante el tiempo transcurrido en estas operaciones el "Manco Cápac" fuertemente protegido por su espeso blindaje, se adelanto 1000 metros fuera del puerto para imponer respeto al enemigo con su potente pero muy lenta artillería y obligarlo a conservar mayor distancia.

El combate prosiguió en estas condiciones hasta las 2 y 30 de la tarde en que los barcos chilenos tomados de prudencia se pusieron fuera de tiro concretándose a cerrar la salida de la rada. El "Cochrane" se estableció al centro, el "Huáscar" al norte y el "Amazonas" al sur, dividiéndose en sectores la vigilancia.

Cuando los chilenos se hallaban más confiados en la eficacia de sus medidas para impedir que la "Unión escapara, el Comandante Villavicencio, que había terminado sus operaciones en el puerto y espiaba el momento de salir al mar para hacer rumbo al Callao, se dio cuenta de que los Comandantes de los buques enemigos se trasladaban en bote al "Cochrane" para recibir órdenes; comprendiendo entonces que ésta era una ocasión favorable para burlar a sus adversarios, lanzó a su barco a toda máquina por entre el "Amazonas", de menor poder, y la isla del Alacrán que cierra la rada por el sur, abandonando el puerto, proa al sur, después de bordear la isla para ganar espacio en esa dirección.

Eran las 5 y 15 de la tarde, cuando la "Unión" rompió el cerco que le habían tendido los chilenos. Estos pensaron, después de pasada la confusión del primer momento, seguir al gallardo barco peruano; pero, a pesar de sus esfuerzos y tras de haber navegado algunas millas, comprendieron lo vano de su intento dado el andar de la corbeta y abandonaron la caza a las 7 de la noche.

La "Unión" fondeó en el Callao, sin otra novedad, el 20 de marzo. El pueblo todo, orgulloso de sus hombres, aplaudió frenéticamente la magna hazaña.

Las pérdidas ocasionadas por el porfiado cañoneo del 17, fueron insignificantes. La "Unión" tuvo un tripulante muerto y nueve heridos leves; las tripulaciones y barcos de Chile, no sufrieron daño importante.

EL TRANSPORTE "OROYA"

Otra empresa temeraria, verdadero golpe de efecto, fue la que el Jefe Supremo del Perú ordenó que realizara el débil transporte "Oroya".

Salido del Callao el 30 de marzo, burló a lo largo de dilatado litoral peruano a la poderosa escuadra chilena y se presentó en Tocopilla donde produjo viva alarma por hallarse en las líneas marítimas del Ejército de Chile.

En ese puerto destruyó los medios de transporte, regresando indemne al Callao, el 8 de abril, con un remolcador como presa y trofeo de tan arriesgada incursión.

CAPITULO VIII

CAMPAÑA DE TACNA

LOS ANGELES

Plan de campaña chileno.-Primeras operaciones.- Nuevo plan de campaña chileno

Operaciones en Moquegua.-La división peruana de Gamarra.- Agrupamiento de Baquedano.- Avance de Baquedano sobre Moquegua.

Batalla de los Angeles.- El terreno.- Dispositivo de Gamarra.- Plan de los chilenos.- La acción.- Resultados.

Consideraciones.

PLAN DE CAMPAÑA CHILENO

* La concepción que llevó al Comando Chileno a hacer desembarcar sus fuerzas en Ilo, no se fundaba en idea estratégica de consecuencias.

El Ministro Sotomayor y el Gabinete de Santiago acordaron que las tropas tomaran tierra en Ilo, simplemente porque este puerto ofrecía facilidades para desembarcar y recursos para subsistir por un período más o menos largo. Según el plan que trazaron, sólo trataban de establecerse en tierra para fortificarse y esperar, a la defensiva, que las tropas aliadas los atacaran. Para obligar a éstas a que se lanzaran al ataque, ya que no estaban forzadas a hacerlo porque disponían de recursos y conservaban dos de sus tres líneas de comunicaciones, los chilenos pensaron en realizar con su caballería incursiones de hostigamiento, a corto radio, a fin de sublevar la opinión pública del Perú y decidir a los jefes aliados a precipitar el choque.

Como se ve, el plan de los chilenos se fundaba en una estratagema, o subterfugio, que tendía a hacer caer en falta a los aliados, y que les reservaba, a su juicio, todas las probabilidades de vencer sobre seguro, arriesgando de su parte lo menos posible y contando con la docilidad del adversario que suponían sometido a su propia voluntad.

---

* Croquis Nº 9.

El Presidente de Chile, Pinto, era el responsable directo de esta pasividad y falta de sentido militar en las operaciones. Desconfiando de la aptitud de los Generales que comandaban el ejército chileno, había hecho acordar por su Gabinete el nombramiento de Sotomayor como autoridad suprema en el teatro de operaciones, desde el principio de la guerra; dividiendo de tal suerte el mando, éste se ejercitaba mal y la finalidad que se perseguía en cada una de las campañas no era tangible, sino de más en más confusa, por el equilibrio que se establecía entre las resoluciones ministeriales de carácter empírico, y las del comando militar, generalmente contrarias a las anteriores, tanto por razones técnicas como por oposición sistemática. Los términos medios que caracterizaban todas las decisiones restaban a éstas valor definido y la solución de cualquier problema era ambigua y, por consiguiente, inapropiada.

Los jefes capaces de dirigir la guerra, como el General Villagrán, eran empleados por el gobierno en tareas secundarias a fin de no dejarles oportunidad de ilustrarse, para que no se convirtieran en candidatos a la Presidencia de la República, que debía dejar Pinto en los últimos meses de 1880. Santa María y Sotomayor, los dos más calificados aspirantes a la primera magistratura, que tenían influencia directora en el gobierno, se disputaban las iniciativas para hacer méritos ante su pueblo y ponían todos los obstáculos imaginables al surgimiento de una personalidad militar, capaz de estorbar sus ambiciones personales.

Estas circunstancias especiales daban lugar a que el Gabinete quisiera dirigir la guerra desde Santiago, con absoluto desconocimiento de las bases sobre las que se asienta el comando de los ejércitos en campaña y la conducción general de las operaciones, que requiere decisiones tomadas de inmediato, en el teatro mismo de los hechos, para encauzar las corrientes morales y materiales que, confluyendo, forman la potencia de un ejército en operaciones.

Desde diciembre de 1879, cuando se proyectaba la ofensiva estratégica sobre las tropas de Tacna, Pinto, justificando su preferencia por la defensiva táctica que preconizaba tomar en un punto del litoral peruano, escribía a Sotomayor: "¿Por qué fue vencido Buendía en Dolores? Porque tomó la ofensiva. ¿Por qué fueron los chilenos rechazados en Tarapacá? Porque tomaron la ofensiva", y, días después: "La ofensiva requiere inteligencia, combinación, cálculos, ejército veterano, es decir, lo que Chile no tiene... con el arma moderna que permite al agredido disparar rápidamente y a gran distancia, el atacante necesita más audacia táctica... ¿De dónde sacamos jefes capaces de reunir estas condiciones?... Nuestra táctica debe consistir en obligar al enemigo a que nos ataque".

El 17 de enero de 1880 Pinto ratificaba su concepto, escribiendo a Sotomayor:

"Estamos haciendo la guerra en condiciones bien raras: sin General en Jefe, sin jefes secundarios que estén por su inteligencia y conocimientos a la altura del puesto que ocupan. Para todas las operaciones de guerra es preciso tener en vista estas circunstancias. No debemos emprender operaciones que exijan en los jefes más de lo que los nuestros pueden dar"

PRIMERAS OPERACIONES

Después de ocupar Ilo el 25 de febrero de 1880, como ya se ha dicho en el capítulo anterior, Sotomayor comenzó a dar cumplimiento al plan acordado.

Se trataba, de primera intención, de buscar el lugar en que debían fortificarse las tropas desembarcadas para esperar al enemigo a la defensiva y, por consiguiente, el Comando resolvió dedicar algunos días a efectuar minuciosos reconocimientos del terreno para hallar una zona: que estuviera suficientemente próxima a Ilo, para contar con el apoyo de la escuadra; donde hubiera agua potable, por consiguiente, cerca del valle; y que interceptara, además, las comunicaciones del ejército de Tacna con Arequipa, cerrando los caminos del litoral y el que hemos llamado del interior, que pasaba por Hospicio.

El ingeniero militar Stuven, que acompañaba al Comandante en Jefe de las tropas, procedió con actividad a revisar las locomotoras y vagones abandonados en Ilo y a remontar otros inservibles con piezas de repuesto; verificado el reconocimiento de la vía férrea en cierta longitud y disponiendo del aprovisionamiento necesario de carbón, que proporcionó la escuadra, Stuven ofreció a Sotomayor, desde el 2 de marzo, los convoyes que éste solicitaba para penetrar en el territorio.

El 2 salió de Ilo el primer reconocimiento con el que marchó Sotomayor y el 4 se despachó otro, que debía penetrar más adentro en la provincia invadida, para determinar la región en que las tropas se instalarían a la defensiva. Este último reconocimiento, dirigido por el Comandante Velásquez de la artillería y el Comandante Vergara de guardias nacionales, Avanzó hasta el Conde, a 19 kilómetros de Moquegua, que era el punto que había señalado Sotomayor como el más conveniente para el establecimiento de las tropas.

Vergara y Velásquez se detuvieron en el lugar indicado estudiando las ventajas y desventajas que presentaba y como quiera que se trataba de una región casi desierta, a 4 kilómetros del río que era la única fuente de donde se podía llevar agua suficiente para las tropas, y como, por ser escasamente habitada, los soldados tendrían que pasar el tiempo a la intemperie, soportando el fuerte calor del día y la helada de la noche, decidieron disuadir a su jefe de organizar tal posición. Además, los citados comandantes juzgaron que la región era insalubre y que durante las semanas, o meses tal vez, que las tropas permanecieran en ella en espera del enemigo, serían numerosas las bajas por enfermedad o muerte. Ante los inconvenientes expuestos, los encargados del reconocimiento, despreciando las ventajas que ofrecía el Conde para cortar la línea de comunicaciones más corta de que disponían los aliados de Tacna, propusieron a Sotomayor un nuevo dispositivo por el que las tropas deberían quedar cerca del mar, en Ilo, enviando vanguardias a Locumba y Moquegua, con tal que tuvieran la fuerza suficiente para detener al enemigo.

NUEVO PLAN DE CAMPAÑA CHILENO

Al tener Sotomayor, el mismo día 4, conocimiento de los temores y de las proposiciones de sus tenientes, presa de profunda va-

cilación no supo qué temperamento adoptar. El 7 se dirigió al Presidente Pinto comunicándole las causas de su incertidumbre e inacción; al terminar su carta daba a entender que, en caso de no poderse establecer en el Conde, convendría tal vez cambiar de plan y hacer una campaña ofensiva sobre Tacna; y, lamentando verse obligado a tomar la ofensiva, decía: "Siento mucho esta modificación. Creo que habríamos retardado el fin de esta campaña, pero habríamos asegurado el éxito, estando a la defensiva con la masa del ejército y ofendiendo con la caballería".

En tanto que el Ministro vacilaba, los soldados a sus órdenes interceptaron una carta que Montero dirigía al jefe militar de Moquegua en la que, dando respuesta a un pedido de refuerzo, le decía: "La situación es tal que a cada uno le corresponde defenderse como pueda"; como este párrafo demostraba claramente que los aliados tenían la intención de permanecer en Tacna, Sotomayor comprendió que era necesario emprender la ofensiva para obtener el fin perseguido en la campaña. Simultáneamente, el Presidente Pinto había también cambiado de parecer, y, al efecto, escribió el 8 a Sotomayor que "había poco que esperar de la caballería en vista de la dificultad del terreno y de las malas condiciones del ganado". Se inclinaban ambos directores, pues, a pasar a la ofensiva, cuando un buque de guerra inglés, el "Turquoise", que había tocado en Arica llevó a Valparaíso la noticia de que los jefes aliados, en conversaciones particulares, habían declarado que iban a esperar el ataque chileno en el punto en que se encontraban; esta noticia acabó de convencer a Pinto y pronto éste y Sotomayor estuvieron de acuerdo para buscar al enemigo, aceptando que pasara un breve lapso para preparar la ofensiva.

Desde el 12 de marzo comenzó a ponerse en ejecución el plan de marchar sobre Tacna y el Ministerio de Guerra en campaña dió las órdenes convenientes para cumplir este propósito, insistiendo al mismo tiempo en los pedidos hechos a Santiago, de material y elementos de transporte a fin de hallarse en condiciones de cruzar los desiertos sucesivos que le separaban de su adversario.

La escuadra recibió orden de reconocer minuciosamente Ite y Sama, por donde el Ministro pensó que era posible desembarcar parte de las tropas, a fin de ahorrarles la fatiga que representaba la marcha de Ilo o de Hospicio al valle de Locumba. Después del reconocimiento, los marinos debían arreglar el desembarcadero que Sotomayor deseaba, preferentemente, que fuera la caleta de Ite.

El ejército chileno en operaciones comenzó, pues, a prepararse para marchar al sur; mientras tanto, una parte de él recibía la misión de trasladarse a Moquegua para batir a las tropas peruanas que, dueñas de esa región, constituirían un peligro cuando el ejército avanzara sobre Tacna.

El Ejército de Reserva que atendía a la ocupación de Tarapacá, recibió orden de preparar una línea defensiva sobre la quebrada de Camarones, lo que no llegó a realizar, para impedir que durante la preparación de la ofensiva chilena, Montero intentara recuperar aquel departamento. A fin de evitar pesadas marchas desde Iquique y Pisagua, puntos donde se encontraba este ejército, hasta la quebrada en referencia, Villagrán hubo de construir muelles

de circunstancias en la caleta de Camarones y caminos de penetración y transversales en ese valle, con el objeto de transportar las tropas por la vía marítima.

OPERACIONES EN MOQUEGUA

Desde que las fuerzas chilenas ocuparon Ilo, sin que su comando definiera aún cuál debía ser la actitud y cuál el dispositivo defensivo que convenía a sus planes iniciales, nació en el ejército invasor la idea de batir a la débil división peruana que se sostenía en la ciudad de Moquegua; poco después, cuando los jefes de ese ejército decidieron marchar sobre Tacna, juzgaron más urgente aún emprender la citada operación preliminar porque, lógicamente, no querían avanzar hacia el sur dejando tan próxima a su base de operaciones y de partida a esa tropa enemiga. Además, corrían insistentes rumores de que el 2º Ejército del Sur, de Arequipa, estaba en vísperas de trasladarse a Moquegua por los caminos del interior con lo que aumentaría el peligro que representaba esa tropa, situada primero sobre el flanco y después sobre la espalda de las fuerzas chilenas y que podía efectuar una operación concurrente con el Ejército de Tacna.

La reflexión que hacía el comando chileno era juiciosa y la operación que iba a ordenar se ajustaba, en todo, a los preceptos que rigen las concepciones de la guerra.

LA DIVISION PERUANA DE GAMARRA

Como ya se ha dicho, por decreto de 31 de enero de 1880, el Dictador Piérola organizó dos ejércitos en el Sur de la República; uno de ellos, el Segundo, debía formarse con las tropas que se levantaran en Arequipa y con las que se reunieran en esta ciudad procedentes del interior; además, se agregarían a él las fuerzas del mismo origen que, a la dación del decreto, ya se hallaban cerca de la región de Moquegua en marcha hacia Tacna; estas últimas, que hasta entonces constituían la Décima División del Ejército de Montero y que marchaban a reunirse con éste, a órdenes del Coronel Velarde, tomarían el nombre de Primera División del Segundo Ejército del Sur. De tal manera, con fines personalistas de suspicacia política, se quería restar importancia a Montero y formar en esa zona del país un nuevo núcleo de tropas, que lo equilibrara, quitándole el prestigio de jefe único de las fuerzas del Sur.

El Coronel Andrés Gamarra, adicto al Dictador, fue designado por éste para tomar el mando de aquella división, y partió de Lima en compañía del Coronel Simón Barrionuevo, nombrado su jefe de estado mayor, a principios del mes de enero. Llegado a Tambo, tomó el mando de los Batallones "Canas" y "Canchis" que habían alcanzado este lugar en su marcha al sur y continuó con ellos sobre Moquegua donde se hallaban el Batallón "Grau" (ex "Huáscar") y el "Granaderos del Cuzco", que obedecían a Velarde.

La misión que Gamarra recibió del gobierno de Lima, expresada en los términos entonces en uso, puede sintetizarse así:

—Mantener el enlace entre los dos Ejércitos del Sur (uno en Tacna y otro en formación en Arequipa);

—Vigilar el puerto de Ilo para impedir desembarcos enemigos en esa región;

—Impedir, en todo caso, el avance al interior de cualquier tropa que llegara a desembarcar;

—Hallarse siempre en aptitud de formar cuerpo con la otra división del Segundo Ejército a que pertenecía.

Cuando Gamarra llegó a Moquegua, el Coronel Velarde, jefe militar de la región y comandante de las tropas de la ciudad, se negó a entregarle el mando hasta no recibir órdenes de su jefe inmediato, que lo había sido hasta el decreto de su creación del Segundo Ejército del Sur, el Contralmirante Montero. Las consultas a Tacna, a Lima y a Arequipa hicieron morosa la discusión, porque ni Montero ni Velarde habían sido notificados de las modificaciones introducidas por el Dictador en el orden de batalla.

Por fin, el 27 de febrero Gamarra se hizo cargo de su comando y Velarde pasó a Tacna como jefe de estado mayor del Primer Ejército.

La discusión entre los altos jefes de Moquegua dio lugar a que Gamarra, por sostenerla, no enviara guarnición al puerto de Ilo y cuando pensó en hacerlo, recibiendo el mando, ya los chilenos habían realizado el desembarco y ocupado el indefenso litoral. Entonces, ante la potencia de las fuerzas invasoras, el Coronel Comandante de la Primera División del Segundo Ejército se limitó a ocupar Moquegua, enviando ligeros elementos al Conde para vigilar el valle en la dirección general de Ilo.

A mediados del mes de marzo, cuando se realizó la batalla de los Angeles, la División Gamarra tenía la siguiente composición:

Jefe de Estado Mayor, Coronel Simón Barrionuevo.

Batallón	"Grau" Coronel Chocano	300 hombres
"	"Granaderos del Cuzco", Coronel M. Gamarra	300 "
"	"Canas", Coronel Alvarez	350 "
"	"Canchis", Coronel Velazco	300 "
Columna	"Gendarmes de Moquegua", Teniente Coronel Jiménez	50 "

El efectivo total de la división llegaba a 1300 hombres.

AGRUPAMIENTO DE BAQUEDANO

Las tropas que Sotomayor designó para luchar contra las fuerzas de Gamarra fueron puestas a órdenes del General Baquedano, comandante general de la caballería del ejército chileno; fue designado como jefe de estado mayor del agrupamiento, el Teniente Coronel A. Martínez.

Al General Baquedano se le encomendó batir a los peruanos estacionados en Moquegua y despachar en seguida a la caballería, tanto en persecución de estas tropas si obtenía el triunfo, como en la dirección general del río Locumba para practicar correrías en aquella región, preparando la próxima campaña del ejército.

Con este fin, el agrupamiento de Baquedano se formó con la Segunda División, del Coronel Muñoz, y con toda la caballería, a la que se agregó una compañía aligerada del Regimiento "Buín"; además, la artillería de la división fue reforzada.

El agrupamiento Baquedano quedó constituído en Ilo a partir del 10 de marzo y comenzó a prepararse para la difícil marcha que debía efectuar. En ésta lo que más preocupaba al Ministro de Guerra, muy justificadamente, era el abastecimiento de agua para las tropas, pues había el inconveniente de tener que cruzar el arenal a bastante distancia del río.

Esta circunstancia hizo que Sotomayor ordenara al General Escala que tomara todas las medidas convenientes para el abastecimiento de tan indispensable elemento, disponiendo además que un vagón cisterna del ferrocarril fuera puesto a disposición de Baquedano para proveer a las tropas durante la marcha. En cuanto a víveres, aparte de los que transportaría el ferrocarril, se dispuso que las tropas llevaran dos días de racionamiento.

El agrupamiento de Baquedano, así preparado, se consideró listo para partir el día 12; el detalle de las tropas que lo formaban era el siguiente:

		Hombres
Segunda División, Coronel Muñoz.	Regimiento 2º de línea	1200
	" "Santiago"	1200
	Batallón "Atacama"	600
	" "Bulnes"	600
	1 batería Krupp de montaña	150
	1 escuadrón de "Cazadores a Caballo"	200

A este fuerza orgánica se agregaban:

Una compañía aligerada del Regimiento "Buín" .	150 hombres
Una batería de montaña, modelo francés	150 "
Una batería Krupp de campaña	150 "
Un escuadrón de "Cazadores"	200 "
Dos escuadrones de "Granaderos"	400 "

El efectivo total alcanzaba a cerca de 5000 hombres, de los que 800 eran de caballería, disponiendo de 18 cañones.

AVANCE DE BAQUEDANO SOBRE MOQUEGUA

Para facilitar la marcha del agrupamiento, Baquedano lo dividió en dos escalones. En el primero, cuyo mando directo tomó para sí, por ser de caballería, se contaba con toda la caballería y la infantería aligerada; en el segundo, la infantería de línea y la artillería, que debía conducir el Coronel Muñoz.

El primer escalón partió de Ilo en la madrugada del 12 y alcanzó Hospicio el mismo día a las 10 de la noche. En este lugar el personal y la caballería consumieron toda el agua que había en los pozos, sin prever la llegada del segundo escalón que alcanzaría ese lugar más sediento, en razón de la mayor fatiga que experimentan los hombres, que marchan a pie; Baquedano confiaba en que la locomotora con el carro cisterna, que se había adelantado al Conde a

proveerse de agua, llegaría al día siguiente para esperar a las tropas de Muñoz.

En la madrugada del 13 la caballería prosiguió hacia el Conde que alcanzó en la mañana, después que la compañía del "Buín" desalojó a la columna de "Gendarmes Montados" que había apostado Gamarra en ese lugar para informarse de la presencia del enemigo. El primer escalón quedó perfectamente instalado en el río, cerca del Conde, a las 3 de la tarde de ese día, en espera del segundo que se creía que llegaría al día siguiente.

Para la infantería y artillería la marcha no fue tan favorable.

Muñoz partió de Ilo el mismo día que la caballería, pero a las 5 de la tarde, sin llevar ni las raciones que el Ministro le había ordenado, ni la provisión individual de agua; lo primero por falta de morrales en uno de los regimientos y lo segundo porque no tuvieron la precaución de completar las cantimploras de que carecían gran parte de los soldados del destacamento.

El Ministro cuando se dio cuenta de estas faltas por un tardío informe que presentó el Coronel Urriola, encargado del Servicio de Intendencia, ordenó que se proporcionara a la tropa algunas reses en pie. Razón tuvo Sotomayor al escribir por esos días a un colega del Gabinete de Santiago: "Si usted, compañero, estuviese por acá, vería cuán peligroso es hacer una campaña con este ejército. Por eso, me verá usted siempre inclinado a estacionarnos y hacer por donde el enemigo venga a nosotros".

Muñoz marchó, con un descanso de cuatro horas en la noche, hasta las 10 de la mañana del 13 en que alcanzó Estanques. En este lugar la tropa se proveyó escasamente de agua y continuó a las 5 y 30 de la tarde hacia Hospicio, marchando toda la noche y la mañana del 14. A las 8 de la mañana de este día, cuando el sol comenzó a quemar, los soldados, que habían agotado su escasa provisión de agua, empezaron a desbandarse para buscarla, sin acatar las órdenes de sus oficiales que pretendían mantenerlos reunidos; pronto la formación se deshizo y los dispersos y rezagados, en el mayor desorden, cubrieron el terreno en gran extensión.

Los que tenían noticia de la proximidad de los pozos de Hospicio, haciendo un último esfuerzo para hallar la satisfacción de su necesidad, precipitaron la marcha lo más que pudieron; pero cuando, a partir de las 10 de la mañana, alcanzaron el barracón y noria de Hospicio sufrieron cruel desengaño, pues los pozos estaban secos, consumidos por la caballería de Baquedano que había pasado la víspera por ese lugar.

Los más animosos, entonces, o los más desesperados, sabiendo que el río de Moquegua pasa a algunas leguas al norte y al oeste de Hospicio, se dirigieron hacia él, a pesar de las órdenes, exhortaciones y ruegos de sus superiores. Entonces el Coronel Muñoz, al presenciar la desbandada de sus soldados, ordenó que una parte de la artillería abriera el fuego contra esos centenares de dispersos que se alejaban a todo correr por la llanura, a fin de llamarlos al orden, poniéndolos en la disyuntiva de morir de sed o por el fuego de cañón. El orden se estableció en cierta medida con esta enérgica disposición, no sin que se produjeran ásperas e irrespetuosas pro-

testas de algunos jefes de cuerpo contra el Comandante de la División.

Los soldados de la columna de Muñoz, que fueron llegando uno a uno a Hospicio pasaron la tarde y noche del 14 en la más crítica y dura situación, esperando la llegada de los artilleros del agrupamiento que habían sido despachados hasta el Conde, para traer agua, montados en los caballos de la artillería de campaña y en las mulas de baste y conduciendo todas las cantimploras; sólo estuvieron de vuelta el 15 en la mañana.

Llegados los artilleros a Hospicio, el agua que conducían en 2000 cantimploras no alcanzó para apagar la sed de cerca de 4000 soldados y el motín continuó. Entonces, el Coronel Muñoz ordenó que la tropa, aprovechando de este pequeño auxilio, reemprendiera la marcha hacia el oasis del Conde a las 11 de la mañana del 15 lo que, en efecto, se realizó.

Los soldados marchaban sin orden, completamente desmoralizados y en el límite posible de esfuerzo, cuando a su frente se presentaron 100 granaderos y 100 cazadores que había enviado Baquedano con agua y vino. A poco, a la mitad de la tarde, la locomotora-cisterna abasteció también a la tropa y ésta llegó a las aguadas en las últimas horas del 15.

La locomotora con el carro cisterna, que había pasado por Hospicio el 12, antes que la caballería, para traer agua desde el Conde a este último lugar, se descarriló ese día en la bajada del Pacae donde los habitantes habían sacado unos rieles y, a pesar de los esfuerzos de Stuven y de su gente, reforzada por algunas decenas de cazadores que envió Baquedano, sólo pudo iniciar el regreso a Hospicio, con su carga, a medio día del 15, como hemos visto.

Baquedano, que no se había inquietado mucho por las penurias de los soldados del segundo escalón dio descanso durante los días 16 y 17; al amanecer de este último emprendió sobre Moquegua con parte de sus tropas.

BATALLA DE LOS ANGELES

22 de marzo

Baquedano constituyó el 16 una vanguardia de las tres armas, escogiendo las tropas menos fatigadas y se dirigió a Moquegua, el 17, con la intención de reconocer la situación de las tropas de Gamarra. Después de avanzar más de la mitad del camino que separa el Conde de la población, regresó a su vivac dándose por satisfecho con los datos que había obtenido de algunos pobladores de la región y de los vecinos que salían de la ciudad a los fundos del valle a realizar sus cuotidianos menesteres.

Por los informes recibidos supo que la división peruana tenía un efectivo muy inferior al que se le atribuía en el cuartel general chileno y que las tropas eran de poca solidez militar, allegadas con precipitación y faltas de artillería y elementos de lucha. Se informó, además, de que Gamarra había dado una proclama a sus tropas en la que decía: "que el enemigo sería batido en el terreno que él escogiera y no en el que éste quisiera imponer" con lo que, a juicio de los informantes, parecía indicar que abandonaría la ciudad pa-

ra defenderse en una posición cuyo nombre corría ya de boca en boca: los Angeles, alturas que dominan la ciudad, reputadas desde tiempo atrás como inexpugnables.

Baquedano, con la calma que siempre lo caracterizó para dirigir las operaciones, dio descanso a sus tropas el 18, seguro ya de ocupar Moquegua como lo deseaba, y se dedicó en ese día a organizar la marcha hacia el enemigo para darle batalla.

El 19 en la mañana ensayó su dispositivo de marcha haciendo avanzar a todo su agrupamiento hasta Calaluna, muy cerca de Moquegua, que había reconocido el 17 y donde había agua, hortalizas, frutas y pastos. Como la línea férrea pasaba por ese lugar, en ese día fue alcanzado el destacamento por la ambulancia "Valparaíso", enviada de Ilo por ferrocarril.

Mientras que las tropas chilenas se aproximaban a Moquegua, Gamarra, que se mantenía avizor y al tanto de las operaciones que éstas realizaban, dió comienzo a su plan de defensa trasladándose a los Angeles donde esperaba resistir con sus exiguos efectivos gracias al apoyo que brindaba el terreno.

El 20 en la mañana, Baquedano, aprovechando de la espesa camanchaca que envolvía la ciudad, se acercó a ella rodeándola por las alturas que la circundan con algunos patrulleros. A mediodía del 20, sin encontrar resistencia, en medio de las protestas pacíficas de los comerciantes extranjeros, ingresaron las fuerzas de Chile a Moquegua y pasando el río se establecieron en el Alto de la Villa, salida nordeste de la población, que hace frente a las alturas que ocupaban los peruanos.

* EL TERRENO

Al nordeste de la ciudad de Moquegua y a 25 kilómetros al interior se encuentra la villa de Torata.

Dos caminos principales unen ambas poblaciones: uno, directo, escala la mole rocallosa de los Angeles situada sobre la margen derecha del río que desciende de Tumilaca, llamado Moquegua al pasar por la capital de la provincia; el otro se desarrolla sobre la margen izquierda del mismo río, cuyo curso remonta algunos kilómetros aguas arriba de Samegua; después de pasar esta población el camino prosigue por el borde del río para luego cruzarlo y llegar, ingresando en la angosta quebrada seca de Quilinquile y ascendiendo por ella, a reunirse con el camino de los Angeles en el punto en que éste atraviesa la pampa de Mollisaja.

Lamiendo las faldas norte y sur, respectivamente, del macizo de los Angeles, corren de oriente a poniente los ríos Torata y Tumilaca cuyo caudal es escaso durante la mayor parte del año.

El río Torata, antes de alcanzar el valle de Moquegua, separa las alturas de los Angeles del cerro de Estuquiña; este tramo de la quebrada del Torata es muy encajonado y de fuerte pendiente. El río continúa su curso por las tierras altas del valle y se une a poco al Tumilaca, al sudoeste de la ciudad de Moquegua, en el punto llamado Trapiche.

---

* Croquis Nº 9

El Tumilaca, que nace en la laguna de Istunchaca y pasa por el poblado de aquel nombre, sigue paralelamente al anterior, por decirlo así, por el pie de las pendientes sur de los Angeles; deja a su margen derecha, casi perpendicularmente a su curso, la ya citada quebrada seca de Quilinquile; baña los linderos norte de Samegua, contornea los linderos del mismo lado de la ciudad de Moquegua y confluye después con el Torata como ya se ha dicho.

El camino llamado de los Angeles sale de la capital de la provincia cruzando por un puente el río de Moquegua, asciende el escarpado ribazo norte de este río, como de 50 metros de altura, y llega al Alto de la Villa; en este lugar se hallaba en aquel tiempo la estación terminal del ferrocarril de Ilo. Del Alto de la Villa, por los terrenos cultivados del pago de Charsagua, situados en el gigantesco terraplén existente entre los ribazos norte de Moquegua o Tumilaca y sur del Torata, se llega a la falda árida y pedregosa de los Angeles, que recibe el nombre de pampa de Tombolombo; después de cruzar la citada pampa se alcanzan las primeras pendientes del cerro de los Angeles, al que se asciende por un camino en zig-zag, de fuerte gradiente, sembrado de rocas. Entre el puente de madera que entonces existían, cuyos restos aún se ven y el comienzo de la cuesta de los Angeles hay una distancia de 5 kilómetros.

En la pampa de Tombolombo, situándose al pie del camino en zigzag y dándole frente, queda a la izquierda la desembocadura a la pampa del río Torata. A la derecha queda el escarpado ribazo norte del Tumilaca. Detrás de las alturas situadas a la derecha de la cuesta existe una profunda y angosta quebrada que nace en el cerro mismo de los Angeles y se abre sobre el Tumilaca, aguas arriba de Samegua.

El macizo de los Angeles puede abordarse de frente por la cuesta de su nombre, que es muy difícil de ascender e impracticable bajo el fuego; puede también rodearse yendo por Samegua a Quilinquile, pero este angosto pasaje es muy fácil de defender aprovechando los salientes llamados los Púlpitos, especie de balcones o cornizas por las que pasa el camino y que lo dominan a maravilla; en cuanto a intentar el acceso a la pampa del Arrastrado, planicie superior de los Angeles, por la quebrada del Torata, se considera hoy mismo como difícil hazaña, pues implica el escalamiento de grandes bloques de roca lisa, que forman paredes verticales, en las que no existen sino algunas resquebrajaduras, de qué asirse y pequeña cantidad de tierra vegetal que separa, formando cortos glacis, las inmensas rocas.

Así, pues, la posición de los Angeles, rodeada de muros naturales inaccesibles, circunvalada por fosos naturales con corrientes de agua, que no ofrecía sino dos caminos empinados fácilmente batidas por el fuego de los defensores, era, aparentemente, inexpugnable.

Su ocupación permitía conservar Moquegua bajo constante amenaza y guardaba el nudo de comunicaciones que parten de Torata sobre Candarave y el valle del Locumba, sobre Puno o Bolivia por Tres Ojos y sobre Arequipa por Otora y Omate. Esta misma red vial facilitaba el abastecimiento de los defensores, que podían, además, avituallarse en los bien cultivados valles de esa región y hasta recibir refuerzos de Arequipa.

DISPOSITIVO DE GAMARRA

Desde que el Comandante de la Primera División del Segundo Ejército conoció el desembarco de los chilenos en Ilo y supo que las fuerzas de éstos eran de efectivo abrumador para los escasos peruanos defensores de Moquegua, pensó en aprovechar el terreno para aumentar la capacidad de resistencia de su división.

Cuando tuvo noticias, por informaciones particulares, de que el efectivo del agrupamiento chileno que se dirigía sobre Moquegua era muy superior al de la División del Cuzco, que así también se llamaba a la Primera del Segundo Ejército por estar formada principalmente por recluta cuzqueña, Gamarra se afirmó en su idea de ocupar los Angeles, posición ya famosa en las guerras civiles. Para estar prevenido sobre el momento preciso en que debía abandonar Moquegua, Gamarra destacó hacia el Conde a la columna "Gendarmes Montados", que debía informar de la aproximación del enemigo.

El día 13, después del combate que sostuvieron los Gendarmes en el Conde, Gamarra tuvo conocimiento de que los chilenos estaban cerca y decidió trasladarse a las alturas que intentaba defender, donde sus tropas quedaron establecidas a partir del 20.

Como el macizo de los Angeles ofrecía al enemigo dos accesos posibles, el Comandante de la División dispuso que cada uno de ellos fuera ocupado por un batallón que debía relevarse con los otros dos cada 24 horas. El "Grau", a órdenes del Coronel Chocano, natural de la región y conocedor del terreno, ocupó la cima de los Angeles dando frente a la pampa de Tombolombo y concentrando sus elementos de fuego sobre el camino en zigzag; a su derecha tenía las escarpaduras de la quebrada del Torata, que no hizo vigilar porque las juzgaba inaccesibles. El Batallón "Granaderos del Cuzco", ocupó la altura de Quilinquile, adelantando una compañía a los Púlpitos.

Los Batallones "Canchis" y "Canas", que completaban la División Gamarra, fueron establecidos en la pampa del Arrastrado, como reserva general, a órdenes del jefe nombrado de día. Esperaban el atardecer del 21 para relevar a los Batallones adelantados; pero, llegada la hora, sólo el "Canchis" relevó al "Granaderos" en Quilinquile, porque el Coronel Chocano pidió autorización a Gamarra, que le fue concedida, para defender permanentemente los Angeles con su Batallón y enviar en la noche pequeños destacamentos que hostigaran al enemigo establecido en el Alto de la Villa.

Efectivamente, en la noche del 21 al 22, Chocano destacó veinte soldados de su batallón, hijos del lugar, que avanzaron cautelosamente y cayeron de sorpresa sobre un grupo de chilenos que hacían pastar caballos en un potrero de la ceja de Tombolombo. Los peruanos tomaron cuatro prisioneros, cuatro carabinas, algunos caballos e hicieron cinco bajas en la tropa chilena.

PLAN DE LOS CHILENOS

Establecido en el Alto de la Villa, Baquedano se informó de los caminos que conducían hacia el enemigo y ordenó que en la noche del 20 al 21 se efectuara un reconocimiento de la quebrada de Torata para comprobar si era verdaderamente inaccesible, según

los datos que había recibido. Para realizar esta tarea escogió dos soldados que habían sido mineros, los que escalaron con dificultad la vaguada que hemos descrito y le dieron parte al día siguiente de que, con algún esfuerzo, se podía llegar a un punto de la quebrada desde donde se dominaba la pampa del Arrastrado; este encaminamiento permitía aparecer atrás y por la derecha de los defensores de la cuesta.

Con los datos que tenía y con el resultado obtenido por el reconocimiento, Baquedano trazó un plan general de ataque que consistía en asaltar la posición por todos lados a la vez.

Para llevar su idea a la práctica decidió que, mientras él con una parte de las fuerzas hacia un ataque demostrativo por el frente, en la madrugada del 22, cañoneando la posición y avanzando por la pampa de Tombolombo, el Coronel Muñoz con fuerte proporción de soldados se traslara de noche por Samegua y el río Tumilaca a la quebrada de Quilinquile, para buscar por allí un pasaje que lo condujera sobre la espalda del defensor con intención de cortarle la retirada. En tanto que se desarrollaban estos ataques, el Batallón "Atacama" que debía subir en la misma noche por la quebrada del Torata, aparecería por sorpresa en la pampa del Arrastrado, tomando de revés a los defensores de la cuesta de los Angeles.

De esta manera Baquedano pensaba que los peruanos, fijados por el frente por las tropas que él mandaría directamente, verían quebrantada su resistencia por la inesperada aparición del "Atacama" y serían envueltos por las potentes fuerzas que operaban con Muñoz.

La distribución general de las tropas del agrupamiento fue la que sigue:

Con Baquedano	Batallón "Bulnes". Tres compañías del Regimiento "Santiago". Una batería Krupp de campaña. Una batería Krupp de montaña.
Con Muñoz	Regimiento 2º de línea " "Santiago", menos 3 compañías. Una batería de montaña (modelo francés) 300 jinetes de "Granaderos" y "Cazadores".
Con el Comandante J. Martínez	Batallón "Atacama".

La compañía ligera del "Buín" y la mayor parte de la caballería quedaron en el Alto de la Villa, formando reserva.

Establecido el plan en la forma indicada, Baquedano dispuso que los destacamentos de Muñoz y J. Martínez, jefe del "Atacama", emprendieran la marcha a las 9 de la noche del 21 de marzo, para actuar por sorpresa desplazándose en la obscuridad.

LA ACCION

La columna de Muñoz pasó por los aledaños de Moquegua en la noche del 21 y continuó sobre Samegua a fin de remontar el río Tumilaca y penetrar a la quebrada de Quilinquile; pero, extraviada en el camino, vagó largas horas por los campos hasta que un habitante de la región indicó la ruta por seguir; sólo al aclarar el día, y con retraso, Muñoz se encontró frente a la boca de la quebrada de Quilinquile por la que debía avanzar a Mollisaja, para cortar la retirada hacia Torata de los defensores de los Angeles.

El "Atacama", por su parte, que llegó a buena hora a la cañada del Torata, escuchó a su espalda la fusilería de los soldados peruanos que había enviado Chocano para sorprender a las tropas que cuidaban la caballada y su jefe, creyendo que el plan se hubiera trastornado, mandó consultar a Baquedano sobre lo que debía hacer; éste, ya informado de la escasa importancia del suceso, reiteró a Martínez la orden de avanzar en prosecución de la misión que había recibido.

El extravío de las tropas de Muñoz no se realizó sin que los habitantes de Samegua se informaran de hecho y, las insistentes preguntas de los chilenos sobre la dirección que debían seguir para tomar el camino de Quilinquile, revelaron la orientación general y el fin que parecían perseguir. Pronto, pues, Gamarra, conoció la aproximación del enemigo por algunos activos pobladores que le llevaron la noticia.

A las cinco de la mañana de 22 de marzo, las tropas de Muñoz, encajonados en un camino de ladera, cayeron bajo el fuego de los defensores de los Púlpitos que, a órdenes del Mayor García, había establecido el mismo Coronel Gamarra al saber que el enemigo intentaba algo en ese sector. Las dos compañías que defendían este lugar, una del "Canchis" y una del "Granaderos", abrieron un violento fuego que ocasionó a los chilenos numerosas pérdidas y los fijó al terreno por cuyos estrechos senderos sólo podía maniobrar la infantería de a uno; la caballería y artillería del destacamento sirvieron a Muñoz de verdadero estorbo, al comenzar la acción, hasta que los artilleros lograron emplazar a media ladera, en la margen sur del Tumilaca, un cañón transportado a brazo que abrió el fuego contra los defensores. La situación de Muñoz era crítica: su infantería detenida y embotellada en el desfiladero estaba bajo el fuego sin poder desplegar, los mulos de baste rodaban las laderas con su carga, la caballería cerrando la izquierda, sin poder dar media vuelta, obstruía el camino e impedía todo repliegue.

Gamarra que acudió a ese sector al iniciarse el tiroteo, se trasladó entonces al cerro Quilinquile, cabeza de quebrada, para tomar otra compañía del "Canchis" y enviarla en refuerzo, dando el triunfo "por asegurado".

Mientras en la quebrada se desarrollaban de 5 a 6 de la mañana estos favorables sucesos, la artillería de Baquedano había desencadenado el fuego, desde su emplazamiento en el Alto de la Villa, contra la cresta de los Angeles; algunas compañías chilenas lanzadas a la pampa de Tombolombo habían sufrido fuertes bajas por los fuegos del "Grau" y se hallaban clavadas al terreno sin poder avanzar. La situación en este sector también era aparentemente

favorable a los peruanos, cuando el Coronel Chocano vio, de improviso, aparecer numerosos soldados chilenos a su espalda, por la derecha, que abrían sobre él un fuego violento y se lanzaban a la bayoneta sobre el revés de sus trincheras. En pocos minutos más se entabló dura lucha entre ambas fuerzas, pero el número del atacante —600 contra 300— y el magnífico efecto de sorpresa que éste había conseguido, decuplicando sus fuerzas efectivas, hicieron ceder a los mal apercibidos defensores que, cañoneados de frente, se veían rodeados y cortados de sus reservas y de su línea de retirada.

En el momento en que los del "Grau" se replegaban combatiendo, se presentó entre ellos Gamarra que, como hemos visto, venía al grueso por refuerzos para los Púlpitos. Comprendiendo por la dispersión de las tropas de Chocano y por la dirección de ataque del batallón chileno, que la primera línea estaba perdida, ordenó el repliegue general para recobrar su frente normal de combate, haciendo retirar también a las reservas y disponiendo que se evacuara Quilinquile, a pesar de las ventajas que allí se estaban obteniendo.

Mientras tanto los del "Atacama" expurgaron las pircas de piedra en que Chocano asentaba su defensa y se apresuraron a plantar en el borde de la cresta de los Angeles, sobre el camino en zigzag, la bandera de su regimiento que fue distinguida por las fuerzas que, mandadas por Baquedano, actuaban en Tombolombo. Estas entonces, emprendieron la subida del macizo en plena confianza, al mismo tiempo que su artillería suspendió el tiro.

En Quilinquile, las tropas de Muñoz vieron con sorpresa que el fuego de fusil que las había detenido disminuía su intensidad y que los defensores evacuaban su magnífica posición; se rehicieron entonces, cobraron ánimo y, sin hallar resistencia seria, se encontraron a las 10 de la mañana en la pampa del Arrastrado, donde ya estaba el resto de las fuerzas chilenas.

RESULTADOS

En el campo de batalla quedaron 30 muertos y 70 heridos de las tropas peruanas y 100 muertos y 240 heridos de las chilenas.

Los batallones de Gamarra continuaron los fuegos durante su repliegue y sólo a las 10 y 30 terminó el combate de las retaguardias que se establecieron primero en Yacango a la altura del cerro Baúl, después en Torata, en Ilabaya, pasando en fin toda la división a la ciudad de Arequipa, por el camino de Omate.

Los chilenos se conformaron con el resultado que habían obtenido y no emprendieron la persecución. Sólo el 23 llegó Baquedano a Yacango y al día siguiente volvió a su campamento del Alto de la Villa.

A pesar de esta inactividad de Baquedano después de la batalla, los chilenos quedaron dueños de Moquegua y de sus alrededores y no tuvieron ya ningún temor para emprender operaciones sobre Tacna, dado que el agrupamiento enemigo más próximo se encontraba en Arequipa.

CONSIDERACIONES

El concepto que llevó a los chilenos a desembarcar en Ilo, dista mucho de responder a lo que aconsejaban las necesidades estratégicas de la campaña que se iniciaba.

En efecto, si el objetivo militar que perseguía el comando de las fuerzas invasoras en el nuevo ciclo de operaciones activas era la destrucción del Ejército de Tacna para romper la Alianza y tomar después la plaza de Arica, arrebatando así al defensor su último reducto en el Sur, debió escoger un punto de desembarco que permitiera, mediante una violenta y rápida ofensiva táctica, proseguir la ofensiva estratégica emprendida. Al no proceder con rapidez y energía daba tiempo a su adversario para que acrecentara sus fuerzas, tomara disposiciones sobre aviso de la situación y de las intenciones del atacante, o decidiera, sea emprender a su vez la ofensiva, sea ceder terreno momentáneamente para hacerse fuerte en el interior prolongando indefinidamente las operaciones.

En cuanto a la orientación general de la ofensiva estratégica, es innegable que estaba bien escogida, porque aparecía sobre una de las líneas de comunicaciones del adversario, cortando el enlace entre los agrupamientos principales de Arequipa y de Tacna. Pero hay que advertir, que si los chilenos obtuvieron estas ventajas fue sin que lo sospecharan siquiera; pues sabemos que las reflexiones que los indujeron a desembarcar en Ilo eran muy diferentes: imposibilitados de emprender campaña viniendo de Tarapacá por Camarones hacia Arica-Tacna, dadas las casi insalvables dificultades que opone el desierto, pensaron en valerse de la vía marítima para efectuar el traslado de sus fuerzas; como al sur de Arica no hay desembarcaderos favorables y no era lógico tampoco intentar un desembarco a viva fuerza en el citado puerto artillado, volvieron la vista a las caletas y puertos del norte. Orientado el Comando chileno en esa dirección, comenzó a tomar datos sobre las facilidades que ofrecían los distintos desembarcaderos e informado por el marino Viel, encargado de esta tarea, escogió Ilo como lugar más apropiado tanto en lo que se refiere a condiciones materiales para efectuar el desembarco, como en lo que atañe a seguridad táctica, por la gran distancia que lo separaba del grueso de las tropas aliadas. La cuestión del agua, de los víveres y de las facilidades que ofrecía la vía férrea, suprimió toda vacilación sobre los inconvenientes de desembarcar en Ilo y, exactamente como en la campaña de Tarapacá, este puerto como antes sucediera con Pisagua, sugestionó a los dirigentes chilenos únicamente por las condiciones que ofrecía para establecerse en el territorio, sin implicancia estratégica alguna.

Ahora bien, para poner en evidencia que los chilenos obtuvieron las ventajas antedichas sin buscarlas ni desearlas, basta recordar que el plan adoptado por el Gabinete de Santiago y por Sotomayor consistía en apoderarse de Ilo y establecerse en esa región a la defensiva, fortificándose en ella, para esperar que el adversario tomara la ofensiva como había sucedido en la campaña de Tarapacá.

Con este concepto, muy lejano de las desiderata militares más elementales, el comando chileno sólo trató, pues, al escoger el puerto de desembarco, de hallar facilidades materiales para tomar tierra, absoluta lejanía del enemigo para tener completa seguridad y abundancia de recursos de vida, a fin de subsistir tranquilamente hasta que el adversario buscara alguna decisión, que el comando chileno no quería encontrar.

A pesar de las horas angustiosas que pasara el ejército chileno anteriormente, a raíz del desembarco en Pisagua, cuando se anunció la presencia de Daza por el norte y de Buendía por el Sur, el comando de las fuerzas invasoras no había hecho experiencia y volvía a dar muestra de impericia e inactividad.

El plan acordado contemplaba, además, la realización de algunas sangrientas y ultrajantes incursiones, con las que pensaban los chilenos exacerbar a los peruanos y forzarlos a tomar la ofensiva, haciéndolos caer así en la red que creían haberles preparado.

El afán de excitar a los peruanos realizando depredaciones en su territorio para que estos arrastraran a sus aliados hacia el enemigo, provenía de que, disponiendo las tropas de Tacna-Arica de dos líneas de retirada completamente libres, por Candarave a Torata y Arequipa y por Candarave a Puno o a Bolivia, era necesaria atraerlos hacia el dispositivo defensivo de Ilo para evitar que el plan resultara nulo. No era posible sitiar por hambre a los aliados, por decirlo así, como a poco más hubiera sucedido con Buendía en Tarapacá si no se lanza a romper el cerco, porque aparte de que en la región en que vivían los aliados encontraban lo necesario, había un libre movimiento de recursos procedentes de la rica despensa del interior y del territorio de Bolivia.

Las conclusiones militares a que llegaron en su reconocimiento los Tenientes Coroneles Vergara y Velásquez desanimaron al director de la campaña sobre las posibilidades de establecerse a la defensiva en el Conde, como lo proponía, a caballo de la línea de comunicaciones Tacna-Arequipa. Sotomayor, que no podía dirigir la guerra sino con el concepto con que se dirige una operación comercial, no supo ver los inconvenientes que presentaba su plan, amoldado dentro de las opiniones del lejano Gabinete de Santiago.

En cambio, el disparatado dispositivo que propusieron los jefes encargados del reconocimiento estuvo a punto de ser aceptado y sólo la oficiosidad de los ingleses del "Turquoise" y la correspondencia interceptada a Montero, salvaron la situación de los chilenos obligándolos a pasar a la ofensiva que no habían ideado ni preparado.

El dispositivo de espera propuesto por Vergara y Velásquez, ofrece a la crítica las consideraciones siguientes:

Establecer el grueso en Ilo con dos vanguardias alejadas, en Locumba y en Moquegua, era para los chilenos presentarse fraccionados, sin potencia en ningún punto, brindando a los aliados una fácil victoria por poco que éstos se hubieran propuesto conseguirla.

Sin apoyo posible entre las vanguardias y el grueso, sin esperanza de que un elemento socorriera al otro oportunamente, separados como se proponía que estuvieran por dos o tres jornadas de marcha, tal dispositivo estaba muy mal planteado y estudiado.

Como los agrupamientos estaban tan alejados uno de otro, era necesario que cada uno pudiera valerse de por sí, lo que obligaba a darle las armas y efectivos suficientes, dividiendo así el ejército chileno en tres fracciones casi iguales, cada una de las cuales era más débil que el grueso de las tropas aliadas; o bien, para darles beneficio de estas fracciones, sin poder disponer, en caso dado, de la suficiente capacidad de resistencia, se debilitaría el grueso en la fuerza necesaria para recogerlas o apoyarlas.

Si las vanguardias chilenas, por combinación táctica, se replegaban ante los aliados para atraerlos hacia el grueso, les cedían las regiones de recursos en que se hallaban, para lanzarse bajo su inmediata presión en el seco arenal, condenadas a un seguro desastre y a la dispersión consiguiente. De lo contrario, debían resistir en su puesto a fuerzas superiores, lo que hacía poco probable su triunfo, ya que, como hemos visto, no estaban en condición de ser socorridas por el grueso.

Cuando se examina este plan y se estudia luego la marcha de Baquedano a Moquegua, se siente uno tentado de participar de la opinión que tenían Pinto y Sotomayor sobre la deficiencia profesional de los jefes chilenos. Sin embargo, la reprobable dualidad que estableció el gobierno de Santiago para la dirección de la guerra y para la conducción de las operaciones, que encargaba tanto a Sotomayor como al General en Jefe, puede haber sido una de las causas de tan repetidos desaciertos e imprevisiones, puesto que es sabido que en estos casos cada uno confía en que el otro resolverá los problemas que se presentan. Pasado el conflicto el mal se agrava, porque todos se hacen inculpaciones creyendo haber tenido razón.

El General que estime su reputación y tenga clara noción de sus deberes para con la Patria, de lo que dió pruebas el General Escala, poco después de los Angeles, debe rechazar influencias extrañas o empíricas que conducen a los mayores desastres. Escala, en las condiciones en que actuaba era responsable de todo lo malo que sucediera, llevando el Ministro Sotomayor, hasta hoy, la gloria de todo lo que se hiciera o que resultara bien.

El gobierno debe dejar a su Generalísimo toda latitud para proceder como mejor convenga a las finalidades de la guerra y al plan inicial cuya ejecución le ha confiado, limitándose a proporcionarle con la mayor solicitud todos los medios necesarios para obtener el éxito que persigue.

El comandante de las tropas debe ser siempre el único responsable y para que esta responsabilidad sea real, es necesario dejarle libre iniciativa, de modo que pueda adoptar con entera independencia los medios de que dispone al fin que se trata de alcanzar. Los dirigentes de un país no deben intervenir directamente en las operaciones de guerra, y menos aun cuando se encuentran lejos del teatro de operaciones, por calificados estrategas que se crean; sólo el General, situado frente a frente de las dificultades y ventajas del momento, es el llamado a determinar lo que debe hacerse en la zona en que se mueven los ejércitos, donde ejercerá la autoridad más absoluta, bien entendido que subordinándose al Plan de Campaña que haya recibido o al Plan de Guerra que existiera, en el caso de ser comandante del total de las fuerzas nacionales.

Antes que someterse a la acción demasiado directa o absorbente del gobierno, el General, en provecho del éxito final y de los bien entendidos intereses de la Patria, debe sacrificarse y abandonar el mando si no lo puede ejercer plenamente; por su parte, el gobierno, debe tener absoluta confianza en su General y dejarlo actuar en las condiciones señaladas, o bien, si no merece o ha perdido dicha confianza, debe relevarlo inmediatamente.

En un ejército no hay más que dos papeles que cumplir: obedecer y mandar. La presencia de consejeros, oficiales u oficiosos, debe rechazarse perentoriamente; porque el hombre que lleva todo el peso de la tarea y asume ante el país la responsabilidad de sus decisiones, no debe inspirarse en las opiniones de los solícitos irresponsables que lo rodean o que se afanan por rodearlo y menos aún en los interesados consejos de quienes actúan autoritariamente, pero a la sombra, para reclamar las glorias si hay éxito o para ajusticiar si sobreviene un desastre.

Es extraño que, tan luego como las fuerzas chilenas desembarcaron en Ilo, su comando no hubiera dictado disposiciones para buscar el choque con Gamarra que, dados sus efectivos, se ofrecía como fácil presa.

Estas disposiciones, para las que gozaba de entera libertad, debió darlas el jefe de las fuerzas desembarcadas aun cuando pensara, como al principio, permanecer a la defensiva; puesto que, en todo caso, las tropas de Moquegua formaban un núcleo importante que hubiera concurrido a la batalla general.

Nada explica esta pérdida de tiempo del comando chileno, siendo así que en la guerra: proceder rápido, vale proceder dos veces. Por otra parte, no se debe olvidar jamás, que la guerra se caracteriza por una feroz e incontenible agresividad destructora, si se quiere proceder de acuerdo con los principios inmutables del Arte.

Aun cuando sólo fuera desde el punto de vista de los recursos que podrían obtenerse una vez que desaparecieran las fuerzas de Gamarra, que obstruían los caminos y consumían, era conveniente lanzarse sobre ellas para desbaratarlas.

Al estudiar los preliminares de los Angeles cabe hacer comparaciones entre la resistencia a la fatiga y la fuerza moral del soldado aliado y la del chileno.

En la marcha de Ilo a Moquegua, las tropas de Muñoz se desbandan, se amotinan y amenazan a sus superiores; éstos, por su parte, acallan a cañonazos la protesta que levanta su innegable imprevisión, negligencia y falta de cálculo para cubrir las necesidades de las tropas. Peores calamidades, aunque impuestas por las circunstancias e independientes de la voluntad de los jefes, habían sufrido las tropas aliadas en el departamento de Tarapacá sin que desmayaran un ápice en el cumplimiento de su deber.

Gamarra, al conocer la potencia de los elementos con que Baquedano iba a abordarlo, debió retrogradar lentamente, cambatiendo con empecinamiento y siempre en forma agresiva, a fin de atraer al enemigo al interior para separarlo de su grueso y fatigarlo inútilmente, sin ofrecer batalla sino cuando todas las ventajas estuvieran de su lado; y, este momento se hubiera presentado, forzosamente, por el natural fraccionamiento de las tropas de Baquedano que

habría tenido que empeñarse en una guerra de desgaste que diluye los efectivos a través de los angostos pasos de la sierra, donde vale poco la fuerza del número, que no siempre encuentra espacio para emplearse.

En lugar de formar un frente rígido y vidrioso, Gamarra debió dar elasticidad, o más bien plasticidad a su sistema, por escasos que fueran sus medios, para embotar la acción del enemigo.

Defender Moquegua, no implicaba exactamente morir al pie de sus muros, y así lo comprendió Gamarra abandonando la ciudad de primera intención. Sin embargo debió hacerlo con más amplio concepto, pues, avanzar y retroceder, hostigar al enemigo, hacerlo desgastar y empeñar gran parte de sus fuerzas, caer sobre sus destacamentos débiles, mantenerse como una constante amenaza en ese flanco, hubiera valido más que resistir a pie firme, con ostentación de valor, pero sin más finalidad que conservar tal o cual cresta sin importancia.

Las tropas de Gamarra habían recibido una misión neta y explícita, los cuatro puntos capitales que comprendía, no se oponían entre sí; y, la orden que tenía de enlazar los dos Ejércitos del Sur, así como la de retardar al enemigo en su marcha al interior, en caso de no haber podido impedir el desmbarco, se ajustaba a la manifiesta intención de llevar a esa zona a la división de Arequipa.

El dispositivo adoptado por Gamarra, ocupando una formidable posición para equilibrar sus fuerzas con las del adversario, merece alabarse. Su organización en la altura, con vanguardias orientadas hacia los encaminamientos principales que podía tomar el adversario y disponiendo siempre de un grueso de dos batallones, le hubiera permitido contrarrestar el ataque; la organización en profundidad permite, sobre todo en la guerra de montaña, y ha permitido en todos los tiempos, parar los acontecimientos imprevistos y hallarse en condiciones de detener el movimiento circundante que el enemigo, imposibilitado para atacar de frente, tratará siempre de realizar. Hay que anotar, sin embargo, que las ideas anteriormente expuestas no fueron las que determinaron a Gamarra a proceder en esa forma, sino la simple necesidad de dar descanso a sus tropas gracias al sistema de relevos; felizmente los relevos no llegaron a efectuarse sino en parte, puesto que si se hubieran realizado, cada sector habría estado ocupado siempre por tropas nuevas que, mal orientadas sobre los sucesos de la víspera, estarían inciertas e incapacitadas para llenar su rol.

El defensor no tomó la precaución ineludible de vigilar los caminos principales, adelantando pequeños efectivos para prevenir la aproximación del enemigo y poder disponer sus elementos en consecuencia. De manera fortuita, gracias al patriotismo del alcalde y del maestro de escuela de Samegua, que viendo llegar la columna Muñoz a su pueblo a las 3 de la madrugada, ensillaron sus "chusquitos" y galoparon a dar parte a Gamarra, al que alcanzaron a las 4 de la mañana, se enteró éste de la presencia de los chilenos a cuyo encuentro se dirigió en seguida con una compañía del "Canchis" en refuerzo.

El atacante se condujo atinadamente: realiza sus desplazamientos en la noche, burlando así las facilidades de observación que tiene el que ocupa las alturas; los reconocimientos minuciosos efec-

tuados la víspera le habían permitido conocer el punto débil de la defensa; buscó la sorpresa, factor esencial del éxito, tomando su dispositivo en la obscuridad, de tal modo que en la madrugada se produjo el asalto con todas las probabilidades favorables; las tropas de asalto fueron agrupadas silenciosamente al pie de la obra, donde el "Atacama" espera que la luna se oculte para escalar el barranco.

El plan de ataque era bueno: los ataques conducidos de frente sobre un enemigo en posesión de las alturas, están condenados siempre al fracaso; en la guerra de montaña el golpe decisivo debe asestarse en la dirección general de la línea de retirada; a veces, el simple amago de cortarla, basta para obtener la evacuación de la posición.

La columna Muñoz que avanza por Samegua a Quilinquile, encuentra dificultades para su internación en la quebrada porque el reconocimiento del camino se ha hecho en forma imperfecta: las tropas se pierden primero y se apelotonan después. Esa columna, de grueso efectivo, no responde a las características que deben tener las que actúan en la guerra de montaña: por los angostos senderos que recorren los terrenos quebrados, la unidad máxima de marcha debe ser el batallón, y en todo caso, es menester avanzar progresivamente, cubierto por vanguardias tanto más alejadas cuanto más estrechos y difíciles sean los caminos; así, el grueso tiene suficiente espacio por delante para no hallarse, de improviso y en formación de marcha, bajo el fuego del enemigo. La caballería, en esta clase de operaciones, debe ser reemplazada en su misión de seguridad por infantes aligerados que obtienen la misma velocidad en estos terrenos, pues ya se ve cómo los 300 jinetes chilenos sólo constituyeron un estorbo.

La potencia que Baquedano dió a la columna Muñoz restaba fuerzas al conjunto, y, en cambio, esas tropas no podrían utilizarse completamente en caso de llegar sobre la línea de retirada de los peruanos, en cumplimiento de su misión, pues no tenían espacio suficiente para desplegarse y emplear todos sus medios; de otro lado, su avance, fácilmente detenido, permitía que el defensor, neutralizándolo, concentrara todo su esfuerzo sobre las demás columnas chilenas de ataque.

El ataque que dirigía Baquedano, personalmente, sólo tenía una acción fijante, dependiente del esfuerzo que se iba a realizar en ambos flancos.

El Batallón "Atacama" es el que decide la acción, gracias a su inopinada aparición sobre el flanco del defensor. El Coronel Chocano que juzgaba inaccesible ese flanco, no se cuidó de asegurarlo y tan convencido estaba de la impracticabilidad del terreno que en su parte dice que: "los zapadores chilenos habrían tallado un camino, durante la noche, en los farallones".

Una infantería decidida y bien comandada, siendo de pequeño efectivo, no encuentra nunca terrenos impracticables. El efecto de sorpresa sobre la espalda o flanco de un enemigo en posición, origina casi siempre la derrota del ocupante descuidado o negligente.

CAPITULO IX

CAMPAÑA DE TACNA

BATALLA DEL ALTO DE LA ALIANZA

Preparación de la ofensiva chilena.- Reconocimientos sobre Locumba.- Cambio de General en Jefe.

Avance al Sur del Ejército de Chile.- Operaciones de la caballería.- Marcha de las divisiones.- Traslado del Ejército de Reserva.

Planes de batalla de los aliados.- Toma de mando del General Campero.- Avance hacia el Sama del Primer Ejército del Sur.

El Ejército de Chile en el valle de Sama.- Reconocimiento de los chilenos sobre Tacna.- Las tropas chilenas y aliadas la víspera de la batalla.

Batalla del Alto de la Alianza.- El terreno.- Dispositivo aliado de ocupación del terreno.- Plan de ataque de los chilenos.- La batalla.- Resultados.

Operaciones del Segundo Ejército del Sur.

Operaciones marítimas.

Consideraciones.

*PREPARACION DE LA OFENSIVA CHILENA

Cuando las altas autoridades políticas de Chile y el comando de su ejército acordaron marchar sobre Tacna para buscar en esa región al Primer Ejército del Sur, procedieron febrilmente a acumular los elementos que permitieran conducir la ofensiva en buenas condiciones.

La falta de visión militar del Ministro Sotomayor, que le hizo aferrarse a la idea de continuar al sur por tierra, operación cuyos inconvenientes parece que nadie le hizo notar, dio lugar a que sólo dedicara su atención al transporte de los elementos de vida que necesitaban las tropas para cruzar los pesados arenales que se extendían entre su base de partida y el campo de batalla que los aliados habían impuesto con su inacción. El abastecimiento de agua ocupó preferentemente la atención del Comando.

---

* Croquis Nº 8.

Al estudiar el teatro de operaciones han sido señaladas las distancias que separan los valles sensiblemente paralelos de Ilo, Locumba, Sama y del Caplina, a través de los cuales se iba a efectuar la marcha al sur del ejército chileno; se ha visto, además, la naturaleza del terreno en que iban a desarrollarse las operaciones, así como su escasez de recursos y su falta de agua potable. A fin de salvar las dificultades que todo esto significaba, el Ministro Sotomayor pidió a su gobierno que le enviara, a la brevedad posible, 1000 mulas adiestradas para transportar equipajes, víveres, y especialmente agua, y solicitó asimismo que fuera aumentada la dotación, ya importante, de odres y depósitos para agua de que disponía *.

Como las fatigas que habían soportado los cuerpos montados ocasionaron numerosas bajas en la caballada, pidió y obtuvo que s recompletaran los efectivos de ganado de dichos cuerpos, haciendo notar la necesidad de que los caballos llegaran lo más pronto posible al teatro de operaciones, a fin de dar tiempo a que se aclimataran al desierto antes de abrir la campaña.

En cuanto a la acumulación de material, municiones y víveres, se ha visto anteriormente el abundante abastecimiento que había enviado la Comisaría General del Ejército.

Desconfiando el Ministro de la capacidad de transporte de los animales de carga de que disponía, hizo armar carretones, en parte traídos de las oficinas salitreras por la vía marítima, que, tirados por mulas y por yuntas de bueyes requisadas en la región, debían acompañar a las divisiones.

Estudiando la naturaleza de los caminos, que iban a seguir las tropas dispuso, además, que se establecieran depósitos de agua a lo largo de las pistas que llevan de Hospicio a Locumba y Sitana, a fin de que los hombres y el ganado encontraran este elemento durante la marcha.

En tanto que se realizaban los antedichos preparativos, la tropa se ejercitó en el tiro de guerra, tanto para intensificar esta instrucción como para evitar que el ocio ahondara la indisciplina y desmoralización de que ya habían dado alguna prueba los soldados chilenos en Mollendo, y en la marcha a Moquegua, antes de los Angeles.

Desde el punto de vista de la preparación de las operaciones y a instancias del Comandante Vergara, Sotomayor ordenó en su oportunidad que la caballería se trasladara al valle de Locumba y ulteriormente al de Sama, como se verá en seguida. Dictó también las disposiciones convenientes para que nuevas fracciones del Ejército de Reserva se trasladaran desde Tarapacá al teatro de operaciones, en refuerzo del Ejército del Norte.

RECONOCIMIENTOS SOBRE LOCUMBA

Desde Moquegua, después de la batalla de Los Angeles, de conformidad con las órdenes a que ya nos hemos referido, el General Baquedano despachó dos reconocimientos a cargo de oficiales, con la misión de alcanzar el valle del río Locumba para tomar datos.

* Recordemos, como dato curioso, que las fuerzas de Montero sólo disponían orgánicamente de 10 mulos.

Estos reconocimientos cumplieron su misión y regresaron a dar cuenta de ella en los primeros días del mes de abril.

Por este tiempo el Comandante Dublé, jefe de Estado Mayor de una de las divisiones que estacionaban en Ilo, pidió autorización para dirigirse sobre Locumba a fin de reconocer el camino que las tropas iban a seguir cuando se emprendiera la marcha hacia el enemigo; el General Escala concedió gustoso la autorización pedida y Dublé partió de Ilo el 31 de marzo ingresando al día siguiente, por Sitana, al valle del Locumba.

En este valle actuaba, con el fin de informar a Montero de la aproximación de los chilenos, el escuadrón peruano "Flanqueadores de Tacna", a órdenes del Comandante Albarracín, el mismo que avanzara hasta Tana con Daza en la campaña de Tarapacá. Al tener noticia este jefe de la llegada del pelotón que dirigía Dublé, le tendió una emboscada, en la ciudad de Locumba, de la que no escaparon sino cuatro chilenos, entre ellos Dublé que fue el primero en emprender la fuga logrando alcanzar Ilo el 2 de abril.

CAMBIO DE GENERAL EN JEFE

Las discusiones entre Sotomayor y el General Escala, de las que ya se ha hablado, se agriaron sobre manera por estos días y como el Ministro había prevenido de ellas a su gobierno, con quien actuaba de acuerdo, aprovechó de esta favorable circunstancia para dictar resoluciones que exasperaron a Escala y lo forzaron a renunciar. Este, comprediendo que hacía un desairado papel y viendo su autoridad minada por las disposiciones de Sotomayor y la acuciosidad de algunos de los jefes que lo rodeaban, pidió licencia para dirigirse a Santiago a presentar sus quejas; entonces, la licencia le fue concedida inmediatamente por el Ministro, quien, además, le señaló el buque en que debía embarcarse y le dió un plazo perentorio para salir del teatro de operaciones.

La partida de Escala mejoró la situación de los comandos superiores, pues desapareció la división que existía entre los altos jefes, los que hasta entonces habían formado dos camarillas hostiles.

El General Comandante de la caballería, Baquedano, que era el único General en campaña en la provincia ocupada, se hizo cargo del mando, provisionalmente, con la aprobación del Gobierno de Santiago que no veía en él un hombre capaz de hacer plataforma política de los éxitos que pudiera obtener, pues sus condiciones personales no le permitirían nunca brillar más de lo que a los políticos, a quienes él desdeñaba a su vez cordialmente, les conviniera.

El 3 de abril se hizo cargo del mando el General Baquedano, de quien el Comandante Vergara escribía al Presidente Pinto, al mes justo, lo que sigue: "...Usted sabe bien que en materia de concepciones, Baquedano dejará bastante que desear, porque es...; pero, lo cierto es que en el fondo tiene más tino que otros que parecen más inteligentes que él".

AVANCE DEL EJERCITO DE CHILE AL SUR

Inmediatamente después del encuentro de Los Angeles, la situación de las tropas chilenas en la provincia de Moquegua era la siguiente:

En Ilo, el Cuartel General, la Primera, Tercera y Cuarta Divisiones, mandadas por los Coroneles Amengual, Amunátegui y Barboza, respectivamente, y los Servicios. En Moquegua, la Segunda División, del Coronel Muñoz, y la caballería.

Las rutas que había estudiado el Comando chileno para que las divisiones se trasladaran al valle de Locumba, y en seguida al de Sama eran:

La que partiendo de Ilo y siguiendo la línea férrea hasta Estanques dobla al sur en este punto para llegar a Sitana, sobre el valle de Locumba;

La que partiendo del mismo puerto sigue por Estanques hasta Hospicio de donde, casi en ángulo recto, toma al sur sobre la ciudad de Locumba;

La que partiendo de Moquegua hacia el mar, alcanza Hospicio, para continuar sobre Locumba en la misma forma que la anterior.

Parece que no fue considerada por los chilenos la ruta que, partiendo de Moquegua, sin bajar hasta Hospicio, llega al Conde y de este punto sigue a Locumba, acortando diez kilómetros la precedente.

Esta fue la que tomó el General Alvarado en su desgraciada campaña de 1822-1823; la misma que iban a tomar las fuerzas peruanas que debieron concurrir de Arequipa a la batalla del Alto de la Alianza, las que llegaron tarde.

Finalmente, Sotomayor dispuso que una parte de las tropas fuera transportada por mar a la caleta de Ite, de donde continuaría al valle de Sama.

Para preparar el avance del ejército y proteger la instalación de los depósitos de agua y víveres a lo largo de los caminos que se han señalado, el Comandante en Jefe dispuso que la caballería precediera el movimiento general, como ya se tenía dispuesto desde antes de la batalla de Los Angeles; para dictar esta medida, influyó, además, la sorpresa que recibiera el Comandante Dublé, que puso sobre aviso a los chilenos de la presencia en los valles del sur de una parte de la caballería aliada, a la que juzgaron indispensable desalojar para ocupar la cortadura del Locumba, a fin de encaminarse con toda seguridad contra el grueso enemigo.

OPERACIONES DE LA CABALLERIA

Como en los días en que decidió el Comando chileno el envío a Locumba de las fuerzas de caballería, había llegado y desembarcado en Ilo el 2º Escuadrón de "Carabineros de Yungay", del Ejército de Reserva, pudo hacer partir de Moquegua y de Ilo dos columnas independientes de esta arma, que debían encargarse de la misión señalada. El Comando creyó además, que haciendo efectuar a estas columnas una marcha concéntrica sobre Locumba, sería más fácil envolver y batir al escaso y mal montado escuadrón de bravos voluntarios de Tacna, que mandaba el Coronel Albarracín.

La caballería chilena que partió de Moquegua a órdenes del Comandante Vergara, que había seguido a Baquedano sin función determinada en la expedición contra las tropas de Gamarra, estaba formada por los regimientos de "Cazadores a Caballo" y "Granaderos a Caballo", alcanzando un efectivo total de cerca de 600 hombres, deducidas, las bajas ocasionadas por las enfermedades y por la falta de ganado.

Las tropas de esta misma arma que salieron de Ilo, estaban a órdenes del Comandante Vargas, jefe del 2º Escuadrón de "Carabineros de Yungay", con 150 hombres de efectivo.

Vergara partió de Moquegua el 8 de abril y se dirigió a Hospicio de donde continuó el 9 sobre Locumba, permaneciendo en la pampa durante la noche a fin de entrar a la ciudad de este nombre el día 10.

El mismo 8 salió de Ilo el Comandante Vargas y, por el camino llamado de la costa, siguió a Locumba que alcanzó el 10 al mismo tiempo que Vergara, conforme se le había ordenado.

En Locumba, contrariando sus expectativas, los comandantes chilenos no encontraron al escuadrón peruano de Albarracín que, convenientemente informado de la aproximación de tan numerosas tropas, había abandonado la población remontando el valle y aparentando dirigirse al interior para despistar a los chilenos. En efecto: llegado a Mirave sobre el curso del mismo río Locumba, Albarracín tomó al sur, hacia el valle de Sama, para continuar en éste su misión de vigilancia y de cobertura. Este fue el camino que, en sentido contrario, siguió Miller en 1821 para dar la batalla de Mirave.

Los chilenos, por su parte, estacionaron en Locumba hasta el 14 en que Vergara decidió marchar sobre la falsa pista trazada por Albarracín, internándose a su vez hacia Mirave con uno de sus escuadrones. Como en este lugar no encontrara noticias sobre la caballería peruana continuó sobre Ilabaya, adonde llegó el 15 de abril, sin hallar a su adversario. Desalentado por su inútil incursión resolvió regresar a Locumba, para reunirse al grueso de su destacamento; cuando llegó a este lugar el 17, supo que Albarracín se encontraba en el Sama y, comprendiendo que había sido burlado, dió órdenes para seguir el mismo día con todas sus tropas hacia Buena Vista, a fin de recobrar el contacto y rehacer su fracasada operación.

En la mañana del 18 se encontró frente a Buena Vista y supo que en la localidad se hallaba efectivamente el Escuadrón "Flanqueadores de Tacna", porque la descubierta de 20 cazadores que envió por delante fue destrozada y capturada por los jinetes peruanos.

Al conocer este hecho por los pocos fugitivos de su descubierta, Vergara se detuvo breves instantes para dictar sus disposiciones de ataque. A poco lanzó una parte de sus jinetes sobre el pueblo, intentando con el resto una complicada maniobra de rodeo que fracasó no bien iniciada, pues Albarracín burló todas las combinaciones y rompió el contacto, como convenía para dirigirse hacia Tacna. Vergara, enfurecido por su nuevo fracaso, se ensañó contra 40 aldeanos que habían empuñado hoces y hachas para defender sus propiedades.

El 19, Vergara, dando su misión por terminada, sin pensar en conservar el contacto ni mantenerse en la cortadura del Sama para proteger la desembocadura ulterior de las divisiones, se dirigió de Buena Vista a Ite, adonde llegó a mediodía del 20 de abril, después de ordenar un prolongado descanso en el arenal.

En sus afanes, la caballería chilena había perdido algunos hombres y numerosos animales de silla, agotados por tan movidas como infructuosas operaciones.

El 20, en la caleta de Ite, los soldados de Vergara encontraron pequeños depósitos de víveres dejados allí por la escasa guarnición peruana de la caleta, que se había retirado a Tacna, por orden superior, al tener conocimiento del desembarco de los chilenos en Ilo.

En esa misma caleta se hallaba por estos días el 1er. Escuadrón de "Carabineros de Yungay", con su jefe el Comandante Bulnes, que fuera capturado por el "Huáscar" y la "Unión" cuando navegaba en el transporte chileno "Rímac"; este escuadrón estaba recién desembarcado de las naves que lo trajeron de Iquique, donde había formado parte del Ejército de Reserva *. Por esos días, el 1º de "Carabineros" tenía 250 hombres de efectivo.

Vergara, a título de político influyente con los hombres del Gobierno, y no obstante ser simple oficial de complemento, había pedido a Sotomayor que se le nombrara Comandante General de la caballería del ejército de operaciones, arma de su preferencia, en reemplazo del General Baquedano que ahora mandaba en jefe el ejército. Pero, como su nombramiento no se efectuó sino en la última semana del mes, contrariando los legítimos derechos de Bulnes que era el Teniente Coronel de línea más antiguo y los no desdeñables de Yábar de "Granaderos", de Soto Aguilar de "Cazadores", de Vargas del 2º de "Carabineros", el Comandante Bulnes no se puso a sus órdenes en Ite, y se dirigió a los alrededores de Buena Vista, a partir del 26 de abril, con claro concepto de la misión de cobertura que tocaba a la caballería en esa fase de las operaciones.

MARCHA DE LAS DIVISIONES

Al mismo tiempo que se realizaban las operaciones de la caballería, las divisiones chilenas emprendían marcha al valle de Sama, señalado como centro de concentración y base de partida para la ofensiva sobre Tacna.

La **Primera División**, del Coronel Amengual, salió de Ilo el 8 de abril y siguió por Estanques y el camino de la costa a Locumba. La marcha se realizaba por escalones de unidades constituídas, que se llevaban una jornada de distancia, saliendo de Ilo un escalón cada día. Las tropas de Amengual comenzaron a llegar a Lo-

* El Comandante Bulnes y el personal de su escuadrón, tomado por los peruanos en el transporte "Rímac" habían sido canjeados, en enero de 1880, con los marinos y tripulación sobrevivientes del "Huáscar", prisioneros en Chile. Los primeros pasaron su cautiverio en la mejor, más sana y provista de las ciudades serranas que se encuentran cerca de Lima, que fue especialmente escogida y señalada: la ciudad de Tarma, considerada siempre como magnífica estación climática; los segundos, en la helada isla de San Bernabé, al sur de Chile.

cumba el 11, en que alcanzó ese lugar el Regimiento "Buin" 1º de línea, permutado días antes en el orden de batalla con el 3º de línea, que quedó afectado a la Cuarta División.

A pesar de todas las precauciones tomadas por Sotomayor para facilitar la marcha de las tropas, el avance de la Primera División fue un desastre efectivo. Cada cuerpo de tropa iba acompañado por un convoy de mulas con cargas de agua y por cierto número de carretones halados por bueyes, en que se transportaban víveres y elementos de vida; además, como ya se ha dicho, anticipadamente, habían establecido depósitos de agua a medio camino. Pero, el cálculo sobre las cantidades requeridas de este elemento no respondía a las necesidades reales, aumentadas enormemente por las malas disposiciones de la marcha y por el sofocante calor propio del arenal.

Las tropas se dispersaron pronto porque los hombres de fila, agotados por la fatiga, se detenían a voluntad alargando indefinidamente las columnas; otros arrojaban sus capotes, sus mantas y todo lo que les hacía peso y sofocaba como el armamento, que debieron recoger las tropas montadas en los días subsiguientes. No se había previsto lo conveniente para dar de beber al ganado que transportaba el agua y éste perecía a lo largo de la ruta, disminuyendo el número de cargas de tan indispensable elemento. En el movible y profundo arenal los carretones, con su pesada carga, se hundían hasta el eje de las ruedas y obligaban a los soldados a imprevistos esfuerzos para sacarlos de esos verdaderos atolladeros de arena, donde los bueyes no encontraban piso firme en qué apoyarse. Pronto surgieron riñas entre los hombres de tropa para arrebatarse el racionamiento de agua y estas riñas trajeron consigo luchas sangrientas; la intervención enérgica de los oficiales, para obtener orden, dió lugar a sordas y enconadas protestas que culminaron con la muerte de algunos de ellos por sus propios soldados; éstos pagaron su delito con el fusilamiento inmediato, ejemplarizador, sin formación de causa *.

En tan malas condiciones, el camino recorrido por la Primera División quedó sembrado de efectos militares y jalonado, de trecho en trecho, por sangrientos cadáveres y por hombres y animales muertos de fatiga y de sed.

Sólo el 18 de abril logró Amengual ver a su división reunida en Locumba, de donde, después de algunos días de descanso y reorganización de las unidades, continuó al valle de Sama, alcanzando Buena Vista al atardecer del 30 de ese mes.

La Tercera División, mandada por el Coronel Amunátegui, partió de Ilo el 22.

La experiencia que obtuviera Sotomayor con el desastre de la División Amengual le hizo exagerar las precauciones para la marcha de las demás. Mientras se reemplazaban los carretones por mulas de carga que fueron pedidas a Chile con gran insistencia, se recompletaron los depósitos de agua y víveres del camino y se estudiaron nuevas rutas tomando más datos sobre las ya conocidas.

La división Amunátegui pasó por Estanques hacia Hospicio y de ese lugar emprendió la marcha a Locumba, con mayor orden

* Ekdahl, ob. cit.

que la Primera División, aunque siempre por escalones. De Locumba, Amunátegui continuó a Buena Vista adonde llegó el 30 de abril, al mismo tiempo que la División Amengual.

La Segunda División, del Coronel Muñoz, bajando de Moquegua a Hospicio siguió de este punto a Sitana. Con esta división marchó el material de artillería que se le había afectado para operar sobre Moquegua, cuando la acción de Los Angeles.

Muñoz salió de Moquegua el 27 de abril, llegó el 28 a Hospicio y marchó sobre Sitana en la noche del 28 al 29; el 30 se hallaba en Locumba y el 3 de mayo en Buena Vista sobre el valle de Sama. Al desocupar Locumba, Muñoz hizo incendiar el pueblo por orden del comando chileno, para vengar la sorpresa que sufrió el Comandante Dublé en los últimos días de marzo.

La Cuarta División, mandada por el Coronel Barboza, se embarcó en Ilo en los transportes "Itata" y "Santa Lucía" que, escoltados por la "Covadonga", llegaron a Ite el 28 de abril. En estos mismos barcos fue transportada al sur toda la artillería de campaña, más una batería completa de este material, modelo 1880, que acababa de llegar del Ejército de Reserva.

La Cuarta División, una vez en tierra, partió de Ite a Buena Vista en la noche del 29 de abril y alcanzó el valle de Sama el 3 de mayo, lo que hace cuatro jornadas para cubrir la distancia de 48 kilómetros que existe entre los dos lugares señalados.

El material de la artillería de campaña, cuyo ganado salió por tierra de Ilo a Ite, por el camino del litoral, no alcanzó Buena Vista sino el 11 de mayo, pues la operación de su desembarco y, sobre todo, la subida de las alturas empinadas y arenosas que dominan la playa de la caleta de Ite, exigieron varios días de pesado trabajo. Se hizo necesario formar plataformas sucesivas en la pendiente, a manera de escalones, e izar las piezas por medio de cables.

TRASLADO DEL EJERCITO DE RESERVA

Este ejército, que ocupaba Tarapacá a órdenes del General Villagrán, fue enviando casi todas sus unidades, una a una, por disposición de Sotomayor, al teatro de operaciones de Moquegua-Tacna.

Cuando el grueso de las tropas de Baquedano se hallaba en el valle de Sama, éste ya tenía a sus órdenes los siguientes cuerpos del Ejército de Reserva: 1º y 2º de "Carabineros de Yungay", que ya hemos visto actuar en Locumba y en el Sama, con Vargas y Bulnes, respectivamente; la batería de campaña de 6 cañones del Comandante Jarpa, recién desembarcada en Ite; el Batallón "Cazadores del Desierto", que permaneció algunos días de guarnición en la misma caleta; el Batallón "Chillán" y uno llamado de "Pontoneros". Todos estos cuerpos se reunieron al grueso días antes de la batalla del Alto de la Alianza.

Otros batallones del Ejército de Reserva: "Valdivia" y "Caupolicán", así como el 2º Batallón del Regimiento "Atacama", quedaron de guarnición en Ilo-Hospicio con el objeto de contener los movimientos que pudiera realizar la división peruana de Arequipa, segunda del Segundo Ejército del Sur, que los chilenos sabían que estaba en movimiento sobre Torata.

En fin, los chilenos dicen que en la caleta de Ite habían 1000 jinetes, que a veces llaman cuerpo de caballería y también "Cazadores del Desierto".

En el departamento de Tarapacá quedaron el Comandante General del Ejército de Reserva, con el Batallón "Concepción", los depósitos de reemplazos del ejército de operaciones y algunos otros batallones en formación. Este ejército tenía un efectivo de 4000 hombres disponibles, después de haber canjeado por soldados robustos a los enfermos y heridos del ejército de operaciones, enviados por mar desde Ilo para que fueran hospitalizados en Iquique y La Noria, donde habían sido organizadas algunas instalaciones ad hoc.

Exagerando sistemáticamente sus triunfos, a fin de fomentar el orgullo nacional y el espíritu de cuerpo tan necesario entre los hombres de fila, los escritores chilenos, y aún los jefes de guerra en sus partes oficiales, rebajan casi siempre sus efectivos, haciendo consentir que en la batalla de Tacna, por ejemplo, no combatieron sino 16.000 soldados, siendo así que un simple cómputo de sus fuerzas, que siempre mantuvieron en conformidad con sus cuadros de organización por el fácil sistema de reemplazos enviados del Ejército de Reserva por la vía marítima, demuestra que sus unidades sumaban el día de la batalla cerca de 18.000 combatientes *.

PLANES DE BATALLA DE LOS ALIADOS

Con la rígida consigna dada por Piérola a Montero para "que no abandonara Tacna sin batalla"; éste se creyó obligado a permanecer en la ciudad y en su valle para hacer la defensa inmediata de la población. Afirmábase Montero en esta decisión, al ver que la falta de medios de movilidad obligada a las tropas a sus órdenes a no intentar ningún desplazamiento.

Con el fin de defender Tacna, los jefes de los ejércitos aliados comenzaron a idear la mejor forma de batir al invasor cuando se aproximara. Varios planes se presentaron a la consideración del comando superior, que pronto se vió perplejo sin saber cual de ellos convenía adoptar.

El Contralmirante Montero y el Coronel Camacho, jefe del ejército boliviano de Tacna, auspiciaban cada uno un plan, que fueron los que quedaron finalmente en discusión. El afán de sostener lo que ellos creían inmejorable y decisivo, originó un profundo desacuerdo entre los comandos de ambos ejércitos que, de agravarse, hubiera tenido las peores consecuencias.

El Plan de Montero consistía en defender Tacna en los alrededores de la ciudad, tanto para cumplir puntualmente la orden del

* El documentado escritor Ekdahl sostiene que en Ite había antes de la batalla 1500 infantes y 1000 jinetes del Ejército de Reserva, pero con desconcertante ingenuidad declara que no sabe el nombre de las unidades en que estaban formados; en seguida agrega que esas tropas fueron conducidas al campo de batalla y, sin embargo, no da sus nombres en el detallado dispositivo que expone para explicar las operaciones tácticas: por fin, dice que esos 2500 hombres fueron llevados a Buena Vista, cuando el grueso estuvo en ese lugar. Parece, pues, que los 1000 jinetes se refundieron en los cuerpos de caballería ya existentes y que los de infantería, aparte de los soldados del "Chillán", el "Zapadores" y los "Pontoneros", que figuran en el dispositivo de combate, se refundieron también para completar los efectivos de los cuerpos de su arma.

Dictador al que quería demostrar la más completa obediencia, a fin de borrar rencillas políticas, como para aprovechar la vía férrea a Arica, en la medida de lo posible, pensando hacer en este puerto, o a sus inmediaciones, una última resistencia.

El plan de defensa de Montero estaba fundado en la mayor energía, pues tendía a mantener el terreno confiado a su custodia, a pie firme, hasta el último extremo. Después de la batalla de Tacna, en caso de sufrir una derrota, Montero pensaba replegarse a Arica, quitándose él mismo toda línea de retirada, para hacer una defensa final que indudablemente, dados los efectivos en presencia, hubiera sido el más completo y abnegado aunque también estéril sacrificio.

A tal punto llegaba el firme deseo de Montero de cumplir la orden recibida que, cuando alguien propuso hacer la defensa en Calana para impedir que el enemigo se apoderase de este punto sobre el Caplina, aguas arriba de Tacna, se negó rotundamente.

En apoyo de su plan el Contralmirante argumentaba, que permaneciendo en Tacna las tropas quedarían cerca de los recursos que brindaba esa región, sin necesidad de hacerlos transportar hacia adelante.

Por otra parte, para el Contralmirante Montero, era de una pieza el dispositivo estratégico tendido por él entre Arica y Tacna; podía suceder que las fuerzas que guarnecían ambos puntos se encontrasen o no reunidas en la primera batalla que pensaba dar, pero, en cambio, no dejaría abandonada la plaza de Arica y las divisiones que la ocupaban. Existía en su mente un enlace imaginario, sobre todo moral, entre las fuerzas de Tacna y Arica y, por otra parte, estaba poseído de un ferviente anhelo de evitar que Tacna fuera hollada por el invasor.

Los jefes peruanos eran de la opinión de Montero, excepto el Coronel Inclán, que opinaba por la defensa en el valle de Sama.

El Plan de Camacho, con el que estaban de acuerdo los jefes bolivianos, excepto el jefe de estado mayor del ejército de esa nacionalidad, Coronel Castro Pinto, quien participaba de las ideas de Montero, consistía en avanzar sobre el Sama para defender Tacna en ese valle.

Las ventajas principales que este plan ofrecía, según sus partidarios, consistía en que las tropas podrían retirarse fácilmente al Altiplano o simplemente a la cabecera de la sierra con mejor orientación que partiendo de Tacna y en que, a su juicio, en Sama, era posible batir con más probabilidades de éxito al enemigo, que en razón de la naturaleza de los caminos, se creía que se presentaría frente al valle por escalones sucesivos.

Aducía Camacho a su favor, que las tropas del Segundo Ejército del Sur, de Arequipa, hallarían así acortada la distancia que debían recorrer para aparecer a la espalda del invasor, ya que el Primer Ejército avanzaría una larga jornada a su encuentro. Decía, finalmente, en oposición al afán de Montero por conservar los recursos de Tacna, que trasladándose al Sama se contaría con los ele-

mentos de vida de este otro valle, sin perjuicio de aprovechar siempre los de aquella ciudad organizando una línea de abastecimiento. Por último, Camacho contaba con que la insalubridad del valle de Locumba ocasionaría al ejército chileno, por poco que éste se detuviera en él, numerosas bajas por enfermedad.

TOMA DE MANDO DEL GENERAL CAMPERO

No se había llegado todavía a ningún acuerdo, a pesar de haberse efectuado por varios jefes un reconocimiento hacia el valle de Sama, cuando el General Campero, Presidente Provisorio de Bolivia, anunció su pronta llegada a Tacna.

Noticias confidenciales, cartas del Coronel Camacho e insinuaciones del Jefe Supremo del Perú habían hecho comprender al distinguido jefe que regía los destinos de la república aliada, la necesidad de trasladarse al teatro de operaciones para conciliar las opiniones valiéndose de la autoridad que le daba su elevado cargo, su prestigio personal y la amplitud y profundidad de sus conocimientos militares que nadie discutía.

Después de despachar de La Paz una división en refuerzo de las tropas de Camacho, Campero se puso en camino a Tacna el 14 de abril, acompañado del Ministro del Perú en Bolivia, y llegó a esta ciudad en la noche del 19, al día siguiente que la división de refuerzo, después de cinco días de ininterrumpida marcha.

Cuando Campero llegó a la zona de reunión del ejército aliado, ya era tarde para avanzar al Sama porque las fuerzas adversas y sobre todo su caballería, estaban en posesión de ese valle, verdad que en forma poco sólida, como se ha visto; por esos días, precisamente, se había producido el choque entre el escuadrón peruano de Albarracín que fue desalojado del terreno y las fuerzas superiores de Vergara. Tratar de adelantarse al norte en estas circunstancias a fin de alcanzar el Sama, era caer, justamente por escalones, bajo la acción de las tropas chilenas, ofreciéndose ante ellas en las mismas difíciles condiciones en que se pretendía sorprenderlas.

AVANCE HACIA EL SAMA DEL PRIMER EJERCITO DEL SUR

Campero hizo notar todas estas dificultades que eran tangibles y, para ponerlas más en evidencia, ordenó que el ejército aliado avanzara algunos kilómetros al norte. La fecha que señaló para iniciar la marcha fue el 25 de abril, más, los inconvenientes que se presentaron para que los cuerpos se hallaran en condiciones de salir, hicieron postergar días tras día el avance, que sólo pudo efectuarse a principios del mes siguiente. Con estos primeros tropiezos comenzaron a desistir de su empeño los partidarios de la defensa en el Sama.

El 2 de mayo, las tropas dejaron por fin el valle del Caplina y emprendieron marcha al norte, avanzando sólo 8 kilómetros, hasta las alturas llamadas de Intiorco. Con esta corta excursión, se comprobó que la operación propuesta no era factible y las divisiones regresaron nuevamente a Tacna, que alcanzaron el 4, después de pasar algunas penurias por la escasez de recursos y por la falta de agua, que hubo que acarrear desde el Caplina.

Esta experiencia convenció a los partidarios más recalcitrantes de la defensa en el Sama, de la imposibilidad de llevar su idea a la práctica.

Campero aprovechó de este desplazamiento para escoger una posición defensiva al norte de Tacna porque, por su parte, no era tampoco partidario de la defensa en el valle mismo o en las puertas de la ciudad.

La posición que escogió el Generalísimo aliado era precisamente el cerro de Intiorco, límite que alcanzaron los cuerpos en la marcha del día 2. Campero ordenó que las tropas, vueltas a Tacna, el 4, regresaran a Intiorco a partir del 7, quedando definitivamente instaladas en la posición escogida el 10 de mayo. Por esos días se bautizó la cerrillada que ocuparon las tropas con el nombre de "Alto de la Alianza".

EL EJERCITO DE CHILE EN EL VALLE DE SAMA

Con la artillería de campaña desembarcada en Ite en los primeros días de mayo, que sólo llegó al campamento de Buena Vista el 11, quedó terminada la concentración de las fuerzas chilenas en el valle del Sama.

El campamento se estableció en Buena Vista - Las Yaras, sobre ambas márgenes del río. En Buena Vista, al norte del río, se instaló el Cuartel General, la Cuarta División y la artillería de campaña. En Las Yaras se dispusieron sobre una misma línea, con frente al sur y de derecha a izquierda, la Primera, Segunda y Tercera Divisiones: cada división adelantó algunos elementos de protección quedando, además, cubiertas por una parte de la caballería que se estableció en servicio de avanzadas.

La artillería de montaña distribuída desde Ilo entre las divisiones, se emplazó en las alas del dispositivo, a la altura de las tres divisiones de primer escalón.

Por este tiempo comenzaron a llegar al Sama, procedentes de Ite, siguiendo la pista que había tomado la Cuarta División, las tropas antes citadas del Ejército de Reserva.

El Ministro Sotomayor, que quedó en Ite durante algunos días para presenciar el desembarco de víveres, forrajes y otros elementos, con los que formó una base secundaria en esa caleta, sólo alcanzó el campamento de Buena Vista-Las Yaras el 16 de mayo; en Ite quedó una corta guarnición encargada de conservar los depósitos de víveres y de municiones.

Como por esos días el Cuartel General chileno tuviera noticia de que el Segundo Ejército Peruano del Sur entraba en actividad y comenzaba a marchar de Arequipa sobre Moquegua, Sotomayor ordenó que los batallones dejados en Ilo ensancharan su frente, trasladándose uno de ellos a Hospico, para cerrar la vía más directa y para que previniera oportunamente de la aproximación de aquellas tropas peruanas.

En estas condiciones corrían los días en Sama e iba a darse por terminada la preparación de la ofensiva táctica de los chilenos, cuando, en la noche del 20 de mayo, inmediatamente después de cenar, murió en el campamento el Ministro Sotomayor. Según opinión de los que lo rodeaban, su muerte se debió a un ataque de apo-

plegía; pero, también corrió la versión, posiblemente infundada, de que el Ministro había sido envenenado por algunos de sus subordinados, en la comida que tomaba cuando le sobrevino la crisis que lo llevó en pocos minutos a la tumba.

La muerte del Ministro originó el mayor desconcierto entre los altos jefes, que dando muestras de evidente falta de disciplina, se reunieron a espaldas del General en Jefe para deliberar si debían cumplir las órdenes que éste impartiera o si convenía reemplazarlo con alguno de los jefes presentes; en la discusión se uniformaron las opiniones en el sentido de obedecer y respetar al General nombrado, en espera de la decisión del Gobierno; Baquedano no llegó a conocer esta insólita actitud de sus subalternos. Por su parte el Gobierno, al tener noticia de la muerte de su factotum, se vio también confundido, sin saber qué partido tomar; alarmado por la noticia de la reunión de los jefes para elegir superior y desconfiando de la capacidad de Baquedano, propuso a éste que constituyera un triunvirato formado por él mismo y los Coroneles Vergara y Velásquez; pero Baquedano empleó la astucia para eludir el cumplimiento de esta proposición y continuó ejerciendo el mando.

RECONOCIMIENTOS DE LOS CHILENOS SOBRE TACNA

La caballería chilena no había permanecido inactiva durante los primeros días del mes de mayo, pues, aparte del servicio de avanzadas que hiciera, realizó algunos reconocimientos hacia el enemigo que proporcionaron buenos datos al comando. El 10 de mayo, dí en que los aliados se instalaban en la posición de Intiorco, el 1er. Escuadrón de "Carabineros de Yungay" llegó a proximidad de esta altura, a órdenes del Comandante Bulnes y dió cuenta a Baquedano de la presencia en ese lugar de las tropas de Tacna.

Para verificar el dato, Baquedano ordenó al Coronel Lagos que se trasladara con un escuadrón a proximidad del lugar señalado por los carabineros, a fin de practicar nuevas investigaciones. Lagos partió del campamento el 13 de mayo y regresó el mismo día, confirmando las informaciones del Comandante Bulnes.

Comprobada la veracidad de la noticia, Sotomayor y Baquedano acordaron, el 19, realizar un reconocimiento en fuerzas antes de la batalla, para precisar el frente ocupado por los aliados, conocer con más detalles el emplazamiento y dispositivo de sus tropas y medir el alcance de sus piezas de artillería y de las del defensor; de este modo pensaban trazar un juicioso plan de ataque.

Baquedano cumplió este acuerdo el 22, a pesar del fallecimiento del Ministro, aunque personalmente juzgaba innecesario tal reconocimiento, despachando este día a su Jefe de Estado Mayor, Velásquez, para que realizara esa operación preparatoria del combate.

Velásquez partió con Vergara, Comandante General de la caballería, acompañado por los Coroneles jefes de división, muchos jefes de cuerpo y otros de los estados mayores, sumando un total de 200 oficiales. La tropa que marchaba con los jefes encargados del reconocimiento pasaba de 1000 hombres, de los que 700 eran de caballería con 300 infantes "ancados", llevando, además, dos piezas Krupp de campaña.

Llegados frente al Alto de la Alianza, los jefes chilenos se distribuyeron sobre el terreno para cumplir cada uno su tarea. Vergara, con parte de la caballería, contorneó la derecha de los aliados y determinó el extremo derecho del dispositivo de defensa; Velásquez operó frente al ala izquierda aliada con algunas fuerzas. En el centro, donde quedó la infantería, los artilleros rompieron el fuego de sus piezas para medir con los proyectiles disparados la distancia que los separaba de la línea y provocar los disparos de la artillería aliada, lo que en efecto consiguieron, a fin de conocer su alcance y emplazamientos. Los fuegos de artillería proporcionaron los resultados que se buscaban: se apreció la distancia, desde el punto en que se hallaban los cañones chilenos en 4000 metros y se comprobó que el alcance máximo de las baterías aliadas no llegaba sino a 3000 o menos.

El mismo 22 regresó a Buena Vista el Coronel Velásquez con detalladas informaciones sobre las fuerzas aliadas, el terreno que éstas ocupaban y los caminos que se podían seguir para abordar favorablemente la línea defensiva.

LAS TROPAS CHILENAS Y ALIADAS LA VISPERA DE LA BATALLA

El comando chileno, con pleno conocimiento de las circunstancias en que iba a emprender la batalla y según el plan trazado por Baquedano, que analizaremos en seguida, determinó que el avance de las tropas hacia la posición aliada se realizara en dos jornadas, a partir del día 25 de mayo.

La distancia que separa Buena Vista de Tacna es de 38 kilómetros y como los aliados se hallaban a 8 al norte de esta última ciudad, las tropas de Chile debían recorrer sólo 30 kilómetros para abordar a los defensores del Alto de la Alianza. Ahora bien, entre los valles del Sama y del Caplina, a media distancia entre ambos, se encuentra Quebrada Honda que tiene 500 a 600 metros de ancho por 10 de profundidad, y que corre sensiblemente de este a oeste o sea casi paralela al frente de los aliados, del que sólo distaba 10 a 11 kilómetros.

Quebrada Honda era, pues, una buena base de partida para el ataque y Baquedano resolvió ocuparla el 25 de mayo, para salir de ella en formación de combate el 26, acortando de tal modo la distancia que separaba ambos ejércitos y economizando fatiga a sus soldados, que de esta manera partirían frescos el día de la batalla.

En cumplimiento de esta resolución, Baquedano organizó las fuerzas el 24 y señaló a cada jefe de división el papel que debería desempeñar en los días subsiguientes. Convencido íntimamente, como antes lo había estado el General Escala, de que la organización en divisiones le quitaba parte de su acción directa en el combate por la carencia de una fuerza que sólo él pudiera empeñar, y desconfiando de la capacidad de sus subordinados para encomendarles tareas especiales de oportunidad, tacto y buen juicio durante la lucha, decidió reservar una división a sus órdenes inmediatas para emplearla según sus deseos y cuando lo juzgara conveniente; pero, a fin de no quitar a nadie su comando y mantener el juego de cuatro divisiones en primera línea, en lugar de designar como re-

serva una de ellas, entresacó de todas cierto número de unidades que puso a órdenes del Coronel Muñoz de la Segunda División, con el nombre de División de Reserva. Esta quedó constituída por los siguientes cuerpos, que sumaban 4000 hombres:

Regimiento "Buín", 1º de línea
" 3º de línea
" 4º de línea
Batallón "Bulnes"

El comando de la Segunda División recayó entonces en el Teniente Coronel Barceló.

Dispuso, además, que el 1er. Escuadrón de "Carabineros de Yungay" le sirviera de escolta, a fin de substraer al Comandante Bulnes, el más antiguo de los jefes de caballería, a la autoridad de Vergara, Comandante General del arma, que todos los profesionales miraban mal porque sin antecedentes militares y sólo por influencia política había llegado a ese puesto. Con la misma idea, así como para hacer muy fuerte esta división, afectó el 2º Escuadrón de "Carabineros de Yungay" y el Regimiento de "Cazadores a Caballo" a la Cuarta División, dejando a Vergara, únicamente, el mando de los "Granaderos a Caballo" y esto por intermedio del jefe de la unidad, que lo era el Comandante Yábar.

El 25 de mayo el ejército chileno dejó Buena Vista-Las Yaras y emprendió la marcha sobre Quebrada Honda. La caballería, excepto el 1er. Escuadrón de "Carabineros de Yungay", recibió orden de quedarse en el valle de Sama para evitar el transporte de agua y forraje para la caballada: los escuadrones sólo deberían marchar al atardecer del 25, para alcanzar en la noche el estacionamiento de Quebrada Honda.

El orden de marcha fue el siguiente:

60 mulas con odres de agua, conducidas por arrieros civiles, con una patrulla de caballería como escolta; este elemento de la columna partió con anticipación.

1er. Escuadrón de "Carabineros de Yungay", designado como vanguardia.

Primera División.

Batallón "Pontoneros"

Artillería de Campaña.

300 mulos y
80 carretones } con municiones, agua y víveres.

División de Reserva
Cuarta División
Tercera División
Segunda División

Entre las 9 y 11 de la mañana el ejército de Chile abandonó su campamento del valle de Sama y de 4 a 6 de la tarde bajaba el borde norte de Quebrada Honda, donde debía estacionar.

Las tropas permanecieron en el fondo de Quebrada Honda, desplegándose por divisiones con el frente al sur y enviando cada una dos compañías a puestos avanzados, al borde meridional; el servicio general de avanzadas fue puesto bajo las órdenes del Coman-

dante del Batallón "Atacama". El escuadrón de Bulnes se dispersó en pequeños puestos delante de las avanzadas de infantería.

En este dispositivo las tropas se dispusieron a pasar la noche recibiendo sus jefes las órdenes necesarias para salir al día siguiente hacia el Alto de la Alianza, en formación articulada como diríamos hoy, listos para tomar la de combate ya determinada desde Buena Vista de conformidad con el plan de ataque establecido por el General en Jefe.

El resto de la caballería llegó a Quebrada Honda, pasada la medianoche.

La marcha no había presentado grandes dificultades porque la distancia por recorrer era corta y porque las precauciones tomadas para el abastecimiento de agua cubrieron las necesidades de la tropa.

Sin embargo, los arrieros enviados por delante, que debían detenerse en Quebrada Honda para esperar a las columnas con las cargas de agua que conducían, fueron sorprendidos y capturados por una fracción del regimiento peruano "Húsares de Junín", que permanecía en vigilancia en ese lugar. Los arrieros con sus cargas y la mayor parte de la escolta fueron conducidos al Alto de la Alianza, donde declararon a Campero que el ejército a que pertenecían estaba en marcha a Quebrada Honda, fuerte de 22.000 hombres.

En cuanto a las fuerzas aliadas, posicionadas desde el 10 de mayo en el terreno que iban a defender, efectuaron durante los días corridos hasta la víspera de la batalla, varios ejercicios o simulacros desarrollados bajo hipótesis de ataque que planteaba el General Campero. Las tropas estacionaban en el dispositivo que se había adoptado, sin abandonar sus emplazamientos de combate de la línea defensiva que permanecía "armada", por decirlo así.

Como a pesar de los numerosos espías que Campero había enviado al campo enemigo no conocía con precisión el efectivo de las tropas chilenas, se alarmó muy justificadamente cuando los arrieros capturados el 25 le informaron sobre la fuerza total de ellas y le refirieron la llegada de tropas frescas del Ejército de Reserva, desembarcadas días antes en Ite.

Ante la superioridad numérica del adversario, bruscamente revelada, Campero comprendió que su dispositivo de defensa perdía mucho de su eficiencia y pensó poner a su favor la sorpresa para aumentar con ella la potencia de sus fuerzas. Con este deseo reunió el mismo 25 una junta de guerra para tomar opiniones sobre la posibilidad de avanzar esa noche hacia Quebrada Honda, a fin de caer sorpresivamente sobre las fuerzas chilenas allí estacionadas. Discutidas las probabilidades de éxito que ofrecía la operación, pronto los jefes aliados estuvieron de acuerdo sobre sus ventajas y resolvieron, en consecuencia, emprenderla a la mayor brevedad.

Como la marcha no había sido planteada ni estudiada de antemano y respondía realmente a una improvisación, no dictaron los jefes aliados órdenes juiciosas para llevarla a cabo, limitándose a disponer que cada unidad "avanzara rectamente a su frente", dotándolas de guías de la región que iban a verse obligados a marchar en plena pampa, para conservar el paralelismo de las distintas columnas, apartándose así de las pistas por ellos conocidas y "huelladas", por las que habitualmente hacían el tráfico.

El ejército aliado emprendió el avance a medianoche del 25 al 26, siguiendo a una vanguardia formada por dos divisiones y algunas otras tropas cuyo comando se confió al Coronel Suárez; el grueso marchaba tras la vanguardia, pero algo desplazado a la derecha; la retaguardia constituída por la división del Coronel Herrera, una división boliviana y parte de la caballería, a órdenes del citado Coronel, marchaba sobre la izquierda del eje seguido por la vanguardia.

Al principio la marcha se efectuó con absoluto orden, en medio del decidido entusiasmo de todos; pero, al cabo de un par de horas los guías habían perdido el camino y las columnas comenzaron a cruzarse. Campero entonces, para que no aumentara la confusión que ya se iniciaba, debió desplegar gran energía y actividad para detener el movimiento general que, de continuarse en esas condiciones, hubiera originado el más grave e irremediable desastre.

Cuando gran parte del ejército aliado se detuvo, el General en Jefe, dando por fracasada la operación ofensiva sobre Quebrada Honda, dispuso que sus ayudantes tomaran el camino de regreso y encendieran fogatas en el Alto de la Alianza que debían servir de faro para que las divisiones volvieran a la línea defensiva.

Mientras se cumplían estas disposiciones, las divisiones de la titulada retaguardia, que marchaban a la izquierda del eje general de marcha y disponían de guías más expertos, habían continuado a su frente sin vacilaciones ni extravíos y pronto alcanzaron la línea de avanzadas de la infantería chilena, habiendo burlado de manera casual la vigilancia de los puestos de caballería de Bulnes, por cuyos intervalos pasaron sin ser sentidas. Recibidas a tiros por las avanzadas, Herrera hizo responder los fuegos y continuó su progresión en magníficas condiciones, produciendo la mayor alarma y la más espantosa confusión entre las divisiones chilenas, sorprendidas en pleno sueño. La operación se desarrollaba para Herrera en forma muy favorable, pues logró desalojar de sus posiciones a las compañías de avanzadas con las que se encontró; pero, no oyendo los disparos de los otros agrupamientos aliados comprendió que se hallaba solo y resolvió replegarse dándose cuenta de que las tropas del ejército a que pertenecía se habían extraviado. de que las demás tropas del ejército a que pertenecía se habían extraviado.

Cuando Herrera iniciaba su retirada, los chilenos, repuestos de la sorpresa, al ver que sólo era un ataque local el que se estaba efectuando hicieron emplazar una batería en el extremo derecho del dispositivo y dispararon a ciegas, produciendo bajas en sus propias tropas y la consiguiente alarma en las de Herrera, que apresuraron su retirada al comprobar que habían quedado aisladas y que todo el campo chileno estaba en alerta.

Las divisiones aliadas que habían emprendido el regreso a sus posiciones a las 3 de la mañana, orientadas por las fogatas encendidas en el "Alto", comenzaron a llegar a sus emplazamientos a partir de las 6 de la mañana del 26 de mayo. Las tropas de Herrera, que combatieron en el borde meridional de Quebrada Honda de 2 a 3 de la madrugada, sólo alcanzaron la posición a las 7 de la mañana.

Tales fueron las operaciones llevadas a cabo por uno y otro ejércitos la víspera de la batalla del Alto de la Alianza.

BATALLA DEL ALTO DE LA ALIANZA

26 de mayo de 1880

* Después de infructuosa y aniquiladora marcha nocturna, los aliados se encontraban reinstalándose en sus sectores defensivos entre 6 y 7 de la mañana del 26, en tanto que el ejército chileno trepaba los arenosos taludes sur de Quebrada Honda, para dirigirse sobre Tacna y contra sus defensores.

Llegaba el Coronel Herrera al "Alto" a las 7 de la mañana, cuando las divisiones de Baquedano rompían la marcha hacia Tacna, formadas en línea de columnas por divisiones a intervalo de despliegue, en el dispositivo escalonado que había fijado su jefe.

Sólo 10 kilómetros de arenal separaban a ambos ejércitos, y el aliado pudo a poco descubrir, entre la niebla de la mañana y en la línea del horizonte, a las gruesas columnas chilenas que avanzaban pesada y silenciosamente. La lucha que los soldados de la Alianza habían esperado largo tiempo en Tacna-Arica, iba por fin a producirse; enérgicas exclamaciones de entusiasmo patriótico se escaparon de esa larga línea de hombres dispuestos a chocar, casi sin elementos de guerra, con un adversario sensiblemente doble en número, dotado con exceso de todos los medios necesarios para obtener la victoria y engreído por sus triunfos que, no por impensados y aleatorios que hubieran sido, dejaban de influir favorablemente en la moral de sus hombres de fila.

En el resultado general de la operación que se iba a desarrollar tenía que influir, asimismo, el hecho de que los aliados permanecieran ligados al terreno, confiando la solución del problema de guerra que se planteaba al simple poder mecánico de sus armas de fuego, que eran escasas y poco potentes. La defensiva es indudablemente el peor sistema de defensa, porque cede al atacante, manifiesta y anticipadamente, todas las ventajas; la moral hace crisis en esta situación, pues se halla íntimamente ligada al movimiento adelante y sólo un valor y decisión a toda prueba pueden permitir que una tropa resista en su puesto, por largas horas como lo hicieron los aliados, a un avance reglado cuidadosamente y apoyado por superior artillería.

EL TERRENO

La posición elegida por Campero se hallaba a 8 kilómetros al norte de la ciudad de Tacna.

El Alto de la Alianza, con pendientes suaves en todos sentidos, es una simple lomada en arco muy tendido, cuya convexidad hace frente al norte, es decir, a la dirección general del ataque chileno.

Con buen campo de tiro hacia adelante y elevándose muy pocos metros sobre el nivel del terreno que la rodea, permitía batir por el fuego a toda tropa que se aproximara dentro del alcance máximo de las armas. A la espalda de la posición y hasta llegar al valle del Caplina, se levantaban una serie de pequeñas alturas de are-

* Croquis Nº 9.

na cuyas ondulaciones permitían la instalación a cubierto de las reservas y la defensa del terreno palmo a palmo, si alguna fracción de las fuerzas defensoras debiera retroceder.

Como los aliados ocupaban el lado interior del arco, los refuerzos de la línea tenían que recorrer poco espacio para llegar a los extremos del dispositivo; lógicamente, sucedía lo contrario para el atacante.

La proximidad de la ciudad de Tacna había permitido el abastecimiento de las tropas, mediante un simple servicio de acarreo de agua y víveres en los pocos kilómetros que separaban a los defensores de su centro de recursos *.

A derecha e izquierda de la posición existen dos depresiones poco profundas. Por la de la derecha, o sea al oriente, pasa el camino de Sama Grande a Tacna; la de la izquierda, occidental, es casi intransitable por los movimientos del terreno que presenta y por su configuración especial.

El camino que une a Tacna con Buena Vista sale de la primera ciudad y llega, zigzagueando, al centro de la lomada que ocupaban los aliados; después de vencer la pequeña altura, sigue al norte por en medio de la pampa para alcanzar Quebrada Honda. Este camino fue el eje, perpendicular a la línea de defensa, a lo largo del que atacó el ejército chileno.

El suelo del "Alto" y el terreno que lo rodea es de arena rojiza, bastante profunda, que hace difícil la marcha de la infantería e impide el pasaje de carros; el movimiento de éstos sólo puede efectuarse por los caminos ya citados, simples pistas de piso endurecido por el tráfico continuo de acémilas y peatones.

Inmediatamene al oriente del Alto de la Alianza se hallan los contrafuertes de la cordillera de los Andes, siendo el cerro Intiorco, del que se desprende la lomada, la simple prolongación de uno de aquellos.

En el plano superior de la altura que escogiera como posición defensiva, el General Campero hizo construir algunas obras ligeras para cubrir a las tropas del fuego y especialmente para emplazar la artillería. Estos trabajos consistían en simples parapetos formados por sacos llenos de arena que, sin ofrecer protección efectiva ni siquiera contra los fuegos de infantería, constituían en cambio magníficos puntos de referencia para el fuego de la artillería del atacante, por su color más obscuro que el del terreno y por su elevación. Con el nombre de reductos se construyeron cuatro de estos recintos, uno a la derecha de la línea, dos al centro y uno a la izquierda.

Como complemento de estos arreglos defensivos, los soldados fueron dotados de un saco de yute que debían llenar con arena para cubrirse del fuego de fusil.

Además de estas precauciones, que en realidad no dieron el buen resultado que de ellas se esperaba, el General Campero ordenó que los jefes de unidad refirieran el terreno para hacer más eficaz el tiro de la infantería y de la artillería.

---

* Algunos pomposos escritores militares han llamado "servicio de etapas" a este elemental mecanismo de abastecimiento por acarreo; considerando a la ciudad de Tacna, además, como base de operaciones del ejército que se hallaba, simplemente, en sus aledaños.

DISPOSITIVO ALIADO DE OCUPACION DEL TERRENO

El General Campero hizo ocupar la posición del Alto de la Alianza, en un desarrollo lineal de algo más de 2000 metros, por las tropas de infantería peruana y boliviana alternadas por divisiones.

Constituyó una línea de defensa, dividida en centro y dos alas, en la que intercaló la artillería y ametralladoras de que disponía haciéndolas tomar emplazamientos en los reductos. En segunda línea formó reservas parciales con tropas de ambas nacionalidades, a órdenes de los comandantes de los sectores, disponiendo que la caballería formara a la altura de estas últimas y detrás de las alas, tanto para cubrir los flancos del propio dispositivo, como para hallarse en aptitud de salir al llano y rodear los del atacante si éste vacilaba o sufría un fracaso.

El dispositivo general de los aliados, contando de derecha a izquierda los elementos que lo formaban, fue constituído en el orden siguiente:

PRIMERA LINEA

Ala Derecha Contralmirante Montero	6 cañones Krupp 2 ametralladoras	en el reducto de la derecha, Coronel Flores.
	Batallón "Murillo", de la Tercera División Boliviana*.	
	" Lima Nº 11" " "Cuzco"	Primera División peruana, Coronel Pastor Dávila.
	" "Lima Nº 21" " "Cazadores del Rimac"	Sexta División peruanana, Coronel Canevaro**
Centro, Coronel Castro Pinto	1 cañón rayado 2 ametralladoras	en reducto***.
	Batallón "Loa" " "Grau" " "Chorolque" " "Padilla"	Segunda División boliviana, Coronel Acosta.
	1 cañón rayado 2 ametralladoras	en reducto***.

* La Tercera División boliviana tenía, como se ve, uno de los batallones en primera línea y el otro en segunda.

** En iguales condiciones que la anterior estaba al comienzo de la acción la Sexta División peruana, del Coronel Canevaro, que tenía el Batallón "Lima" Nº 21 a órdenes directas del jefe de la división, en segundo escalón; luego de iniciado el combate, este batallón pasó a ocupar el lugar que hemos señalado en el dispositivo. Al "Lima" Nº 21 se le llama en algunos documentos Batallón "Canevaro".

*** Estos dos cañones rayados, sistema francés La Hite, partieron de Bolivic formando una sección de artillería llamada "Los Rayados". Según el parte del Estado Mayor boliviano, redactado bajo la dirección de Campero después de la batalla, se emplazaron en la forma que indicamos.

Ala Izquierda, Coronel Camacho	Batallón "Pisagua" „ "Arica"	Tercera División peruana, Coronel Suárez.
	„ "Zepita" „ "Misti"	Segunda División peruana, Coronel Cáceres.
	7 cañones de a 4 y 2 Blackley de a 12	en el reducto de la izquierda, Coronel Panizo*.

SEGUNDA LINEA

Reserva del Ala Derecha	Batallón "Nacionales" de la División Solar**	
	„ "Colorados" (llamado "Alianza")	Tercera División boliviana, Coronel Murguía.
	Batallón "Aroma" (llamado "amarillos") Batallón "Zapadores"	Cuarta División boliviana, Coronel Gonzáles.
Reserva del Centro	Batallón "Arequipa" „ "Ayacucho"	Quinta División peruana, Coronel Herrera.
	Columna "Sama", de la División Solar.	
Reserva del Ala Izquierda	Batallón "Huáscar" „ "Victoria"	Cuarta División peruana, Coronel Mendoza.
	„ "Viedma" „ "Tarija" „ "Sucre"	Primera División boliviana, Coronel Zapata.
Detrás del Ala Derecha	Escuadrón "Húsares de Junín" „ "Guías" „ "Flanqueadores de Tacna" „ "Gendarmes"***	peruanos
Detrás del Ala Izquierda	Escuadrón "Coraceros" „ "Vanguardia de Cochabamba" „ "Libres del Sur" „ "Escolta"	bolivianos

---

* Por razones que ignoramos, no tomó parte en la batalla una pieza peruana de a 4, de las 8 que existían.

** Se conocía con el nombre de "Nacionales" y también con el de Sexta División a las tropas formadas en Tacna por la reunión de las columnas de voluntarios de "Sama" y de "Para", llamadas también "Agricultores", y la Guardia Civil de Tacna, más una corta columna de artesanos y comerciantes de la ciudad, a órdenes del Coronel Solar. Su efectivo nominal alcanzaba a 240 hombres.

La División Solar también estuvo fraccionada, porque desde la toma del dispositivo recibió orden de destacar como reserva del centro, el lado de la Quinta División peruana a la columna "Sama", de 80 hombres.

*** Este era un escaso escuadrón, mal montado, compuesto por gendarmes procedentes de Tarapacá, que habían sido reunidos con los gendarmes de la guarnición de Tacna. Su efectivo total no alcanzaba a 50 hombres.

PLAN DE ATAQUE DE LOS CHILENOS

El reconocimiento practicado el 22 de mayo, bajo la dirección del Coronel Velásquez, originó largas discusiones entre los altos jefes del Ejército de Chile sobre la manera cómo convendría conducir la ofensiva táctica que tenían planteada.

En la reunión de jefes en que se discutió el punto, el Coronel Vergara propuso que el ataque se efectuara envolviendo la derecha de la línea defensiva. Para llevar a cabo esta operación, el citado Coronel sugería que todo el ejército, esquivando la posición que ocupaban los aliados, se trasladara en la dirección del pueblo de Calana situado al este de Tacna, aguas arriba del Caplina; la caballería debía marchar a la cabeza del ejército para llegar primero a aquel lugar, formar atajos en el río y hacer desviar sus aguas hacia Pampa Blanca a fin de dejar a Tacna y sus defensores sin ese indispensable elemento de vida. El grueso del ejército, en tanto, proseguiría su marcha hasta sobrepasar el ala derecha de la defensa, debiendo rebatirse en seguida para atacar a los aliados por el flanco y retaguardia, a fin de hacer perder toda su potencia a la posición que ocupaban y cortarles el camino a Tacna y al Caplina. El plan no contemplaba ningún ataque frontal, lo que pone en evidencia que su concepción era ajena a los preceptos más rudimentarios del arte militar; es sabido, en efecto, que sólo se puede maniobrar a un enemigo previamente fijado.

Velásquez, dándose cuenta de la falla que presentaba el plan de Vergara, pidió que fuera modificado en el sentido de que sólo una parte del ejército realizara el envolvimiento propuesto, debiendo el resto fijar al adversario por medio de un ataque frontal.

Las opiniones parecieron uniformarse cuando alguien propuso que fuera sólo una división la que emprendiera el movimiento excéntrico, hacia el este de la posición aliada. Pero el General Baquedano se opuso a este nuevo proyecto, fundándose en que sería difícil enlazar material y moralmente al grueso y a las fuerzas destacadas y dar a los dos ataques el requerido sincronismo. Con esta objeción se obscureció más la idea de la maniobra envolvente, que parecía cada vez más irrealizable.

Baquedano después de escuchar todas las argumentaciones que hicieron los jefes en apoyo de sus respectivos planes, opinó que el ataque debía ser frontal, únicamente, para explotar al máximum, con todas las fuerzas reunidas en un solo campo, la enorme superioridad numérica de que disponía. Temeroso de emprender evoluciones a la vista del enemigo, que podía aprovechar a su favor cualquier error o desorden en las formaciones y movimientos; conociendo la insuficiencia de algunos comandos subordinados; recordando el fracaso del movimiento envolvente que ordenó ejecutar al Coronel Muñoz en Los Angeles; y convencido de que sus soldados sólo eran capaces de lanzarse en masa sobre el adversario, estrechamente unidos, sin intentar operación alguna que los apartara de un solo eje de marcha, decidió que se tomara la solución más simple que era, a su juicio, atacar de frente la posición.

El 24, Baquedano reunió nuevamente a los jefes superiores para darles a conocer sus disposiciones definitivas y ponerlas al co-

rriente de los detalles de ejecución que había acordado con su jefe de estado mayor.

En esta reunión los comandantes de grandes unidades se enteraron de que el ejército chileno debía marchar el 25 a Quebrada Honda, para seguir el 26 sobre Tacna atacando la posición de los aliados. Recibieron órdenes precisas sobre lo que debía hacer cada gran unidad en esos dos días y se informaron de que el ataque de la posición enemiga sería conducido en forma estrictamente frontal; supieron que el esfuerzo principal se haría por la derecha y que, en consecuencia, el centro de gravedad del dispositivo de ataque sería llevado a ese lado; que las divisiones entrarían al fuego escalonadas etre sí, retrasando la izquierda del dispositivo general; que se constituiría una división de reserva, de que ya se ha hablado, entresacando unidades de infantería de todas las divisiones; que la caballería cubriría las alas del dispositivo, quedando afectada en gran parte el ala izquierda del ataque; y, por último, que la artillería, accidentalmente a órdenes del Comandante Novoa a causa de la elevación de Velásquez al cargo de jefe de estado mayor, apoyaría el ataque de toda la línea, sin depender de los Comandantes de división, excepto la batería del Capitán Fontecilla, que quedaba afectada a la Cuarta División, porque Baquedano quería que ésta fuera muy fuerte para que se bastara de por sí en el extremo del frente que él consideraba secundario.

Se ha expuesto ya lo que se refiere a la marcha de Buena Vista a Quebrada Honda y a la corta detención en este lugar. En cuanto a los desplazamientos, dispositivo general, formaciones de cada gran unidad, encaminamientos y horas de ejecución para el ataque del 26, los jefes de cada división, los de la caballería y el de la artillería recibieron órdenes verbales el día 25 en la tarde, ratificando y ampliando las ya trasmitidas, para levantar el vivac de Quebrada Honda en la madrugada del 26, subir a la pampa a partir de las 6 de la mañana, efectuando los desplazamientos laterales que fuera necesario, y encontrarse en este lugar a las 7, en el dispositivo ordenado, listos para emprender el avance hacia el enemigo.

El dispositivo general sería el siguiente:

		Primera División
	Segunda División	
Cuarta División		Tercera División
		División Reserva

El ataque debía realizarse según los lineamientos generales que se exponen a continuación:

La Primera y Segunda Divisiones, después de que se hubiera realizado un cañoneo preliminar que debía efectuar toda la artillería, romperían el ataque cuando se hallaran a buena distancia, debiendo ir más adelante la Primera.

La Tercera debía marchar en columna desplegada, en segundo escalón de las anteriores y sobre el intervalo que existía entre ellas, para reforzarlas y apoyarlas cuando fuera necesario.

La Cuarta, dotada de caballería y artillería afectada en propiedad, atacaría cuando se pusiera a la altura del primer escalón, lo que tendría que producirse con posterioridad al ataque de la Primera y Segunda Divisiones, puesto que marchaba alineada con la Tercera.

La División Reserva se emplearía, a juicio del Comandante en Jefe, en apoyo de una u otra ala o para atender cualquier circunstancia imprevista, o, principalmente, para formar una segunda ola de ataque sobre la izquierda del frente defensivo, lógicamente quebrantado y desgastado por el choque de las tres primeras divisiones chilenas.

De lo que va dicho se deduce que el plan de ataque consistía, en suma, en echar todo el ejército atacante sobre un ala o, mejor dicho, sobre la mitad izquierda del frente defensivo, con repetidos esfuerzos sucesivos, crecientes en magnitud. En tanto, sobre la otra ala sólo se trataría de fijar al defensor, lanzando sobre él a la Cuarta División reforzada con caballería y artillería; la primera de estas armas estaba destinada a facilitar la cobertura del ala exterior de la división o a parar una sorpresa o, en fin, a detener momentáneamente al adversario imponiéndole respeto si ocurría un fracaso; la artillería le daría potencia de fuegos para el ataque y le permitiría sostenerse contra las baterías de la derecha aliada, cuyo emplazamiento, como el de todas las demás, había sido determinado en el reconocimiento del 22 de mayo.

El resto de la artillería, seis baterías, se desplazó y distribuyó en el terreno por brigadas (grupos). Las de campaña, cuyo arrastre en el arenal era difícil, se retrasaron algo al principio de la acción, pero pronto alcanzaron a las de montaña que, a lomo, cambiaban más fácilmente de emplazamiento progresando casi al pie de la infantería del segundo escalón.

El Regimiento de "Granaderos a Caballo", a órdenes del Coronel Comandante General de la Caballería, Vergara, recibió la misión de cubrir el flanco derecho del ataque y garantizar especialmente a la brigada de artillería de Salvo cuyas posiciones de batería rebasaban al comienzo, en algunos centenares de metros, el extremo derecho del dispositivo de ataque de la infantería.

Para el avance, Baquedano ordenó que las divisiones marcharan en línea de columnas por batallón, a intervalo de despliegue, hasta que entraran bajo el fuego; en este momento cada gran unidad debería tomar formaciones desplegadas de combate.

La distancia entre el primer y segundo escalón del ataque se fijo en 3000 metros, y la que debía existir entre este último y la reserva, en 4000 metros, lo que daba ocho kilómetros de profundidad contando la propia profundidad de los distintos escalones. Los últimos elementos no podrían pues entrar en acción, sino dos horas después que los primeros.

LA BATALLA

Algunos minutos después de las 7 de la mañana del 26 de mayo las columnas de ataque chilenas que formaban las distintas piezas del rígido dispositivo establecido por el General Baquedano,

rompieron la marcha por la pampa arenosa, ligeramente ondulada y ascendente, que conduce de Quebrada Honda al Alto de la Alianza.

A las 8 y 30 de la mañana, después de que las tropas habían marchado algunos kilómetros, la Primera División, que era la más adelantada, recibió orden de hacer alto para esperar a la artillería de campaña cuyos carros se atascaban en la arena blanda del desierto, y para dar tiempo a que las otras divisiones recuperaran sus distancias y tomaran sus intervalos.

El Comandante Novoa llegó a formar su línea de artillería, como a las 9 de la mañana, disponiendo sus baterías de derecha a izquierda en la forma siguiente:

Brigada Salvo { 4 cañones Krupp de montaña
2 ametralladoras
6 cañones Krupp de campaña

Esta brigada se emplazó a la derecha y un poco adelante de la Primera División y se empleó en cañonear el ala izquierda aliada, tratando especialmente de silenciar a la batería peruana de Panizo, instalada en el reducto de dicha ala.

Brigada Fuentes { 5 cañones Krupp de campaña
6 cañones franceses de montaña

Brigada Frías { 6 cañones Krupp de campaña
2 ametralladoras
4 cañones Krupp de montaña.

Estas dos brigadas tenían la principal misión de batir los reductos del centro aliado; la de Frías, además, por estar situada bastante a la izquierda del dispositivo, coordinaría su acción con la Batería Fontecilla, de 5 cañones Krupp de montaña que seguía a la Cuarta División, cañoneando el reducto de la derecha aliada mandada por el Coronel Flores.

Cuando las brigadas de artillería tomaron la distribución señalada y se instalaron en batería, abrieron el fuego sobre la posición de los aliados, cuyas piezas respondieron inmediatamente, iniciándose entre ambas artillerías un duelo que duró cerca de dos horas. Este largo cañoneo fue ineficaz por la falta de destreza de los apuntadores y por la carencia de conocimientos técnicos en ambos bandos: los cañones Krupp de que disponían los dos ejércitos estaban dotados de schrapnells, pero los artilleros no conocían su manejo y los empleaban como granadas percucientes, haciendo que no produjeran efecto alguno por la naturaleza del terreno en el que se enterraban sin estallar, formando simples embudos con el consiguiente humazo. Además, los cañones de los aliados no tenían alcance suficiente para llegar a la zona en que, conociendo esta circunstancia por el reconocimiento del 22, se habían colocado los chilenos; y, por otra parte los, infantes de Campero tenían orden de desocupar durante el cañoneo su línea de resistencia y cubrirse con los pliegues del terreno que existían detrás de aquella, bastante próximos para acudir a defenderla cuando pasara la acción de la artillería y conviniera iniciar el fuego de fusil.

Mientras que se realizaba el duelo de artillería, las divisiones chilenas se aproximaban lentamente a sus objetivos, restablecían sus formaciones alteradas por la fatiga de la marcha y orientaban a sus unidades subordinadas preparando el despliegue general. La Cuarta División, que debía recorrer mayor camino, se abrió hacia la izquierda adelantándose algo más que la Tercera, de su mismo escalón. La Primera y la Segunda, seguidas de cerca por las baterías de montaña de la derecha que no encontraban tanta dificultad como las de campaña para progresar, habían llegado a 2000 metros de la línea del defensor.

A las 11 de la mañana cesó en parte el fuego de la artillería chilena, habiendo enmudecido también algunas piezas de la aliada y el comando chileno dió orden a las Primera y Segunda Divisiones para emprender el ataque.

La Primera desplegó entonces en formación de combate, precedida en guerrilla por el "Valparaíso" que ocupaba todo su frente, llevando los Batallones "Navales" y 1º del "Esmeralda" en primer escalón, con el "Chillán" y el 2º del "Esmeralda" en segundo escalón, sobre las huellas de los anteriores; el Batallón "Pontoneros", cerraba la izquierda.

La Segunda puso sus cinco batallones: Regimiento 2º de Línea, Regimiento "Santiago" y 1er. Batallón del "Atacama" en una sola línea, precedidos por tres compañías en guerrilla, una de cada cuerpo.

La Tercera formó en línea los dos batallones del Regimiento "Artillería de Marina" en cabeza, seguidos por el "Chacabuco" y el "Coquimbo", una tras otro, en la misma formación.

La Cuarta División, que ya se encontraba frente a la derecha aliada, pero retrasada con respecto a las divisiones de primera línea formó sus cuatro Batallones: "Zapadores", Regimiento "Lautaro" y "Cazadores del Desierto", en una sola línea, cubiertos por tres compañías en guerrilla, adelantadas a razón de una por cada cuerpo.

La División de Reserva, que permanecía en este momento a 2000 metros atrás de la Tercera, que por su parte estaba a cerca de 2000 de la Primera y Segunda, formó los tres regimientos de que se componía: 1º, 3º y 4º, de línea, en columna de regimientos, dejando al Batallón "Bulnes", también formado en línea, que cerrara la izquierda.

En cuanto a la caballería: detrás de la batería de Fontecilla, afectada a la Cuarta División, seguía el Regimiento de "Cazadores a Caballo" y el 2º Escuadrón de "Carabineros de Yungay", formados en columna de escuadrones; a la derecha, Vergara con el Regimiento "Granaderos a Caballo", permanecía a la altura de la Tercera División alargándose a su derecha, para impedir un ataque de flanco y para cubrir a la Brigada Salvo; el 1º de "Carabineros de Yungay" permanecía cerca de la División de Reserva, como escolta del Comandante en Jefe, con quien marchaba.

Ataque de la Primera y Segunda Divisiones chilenas.— Lanzadas adelante estas dos divisiones, casi simultáneamente, y avanzando desplegadas en la forma ya expresada, cayeron a poco bajo la acción de los fuegos de fusil de la defensa que diezmaron sus fi-

las, quebrantaron su empuje y las detuvieron al pie de las pendientes del "Alto", haciéndolas vacilar y retroceder, finalmente, en completa dispersión hacia sus puntos de partida.

El Coronel Camacho, jefe del ala izquierda aliada, había procedido en la siguiente forma: viéndose seriamente amenazado por el potente ataque de la Primera División chilena que, dando amplitud a su frente de empeño por el desplazamiento lateral de sus batallones de segundo escalón, se extendía hasta desbordar el extremo izquierdo de la defensa, ordenó que las baterías del Coronel Panizo que se encontraban con la primera línea de infantería, cambiaran de posición para no estar tan a la mano del adversario y se trasladarán más a la izquierda con la intención, al mismo tiempo, de contrarrestar por el fuego la amenaza de desbordamiento; para llenar el claro dejado por la artillería, ordenó que la Cuarta División peruana, reserva de su ala, ocupara el intervalo. Alarmado poco después por el número de las fuerzas chilenas que veía orientadas hacia su sector, dispuso que la Primera División boliviana, también de su reserva, prolongara la izquierda de la primera línea formando con ésta el dispositivo llamado "en martillo", que se empleaba para parar las acciones sobre el flanco de la línea de batalla. Como después de dar estas órdenes de empeño no le quedaba disponible sino la caballería boliviana, arma que no se empleaba normalmente como refuerzo a pie, pidió al General en Jefe que le repusiera con otras las reservas que había empeñado, en realidad, prematuramente.

Cuando el General Campero recibió el pedido de refuerzos ya había observado, por su parte, desde el puesto que ocupaba inmediatamente detrás del centro, que el atacante hacía su esfuerzo principal sobre el ala izquierda de la posición y confiando, además, en la pericia y energía de Camacho, creyó conveniene atender en seguida su pedido. Pero como el centro de la línea también se hallaba atacado, aunque con menos brío, por las tropas chilenas de la Segunda División —que se había empeñado en forma dislocada por la indisciplina del Comandante del Regimiento 2º de línea, Teniente Coronel del Canto, que no quiso obedecer a su jefe, el Teniente Coronel Barceló, como veremos— Campero ordenó que la Quinta División peruana, reserva del centro, entrará a la línea entre éste y el ala izquierda y se trasladó personalmente a ala derecha para pedirle a Montero, no amenazado aún por el ataque de la Cuarta División chilena que avanzaba con estudiada lentitud, que le cediera en beneficio de la izquierda algunos batallones de su reserva parcial.

Los batallones "Zapadores", "Colorados" y "Aroma", designados por Montero, se trasladaron en seguida a la izquierda y muy pocos minutos hacía que los once batallones chilenos de la Primera y Segunda Divisiones se hallaban en precipitado repliegue, corriendo con sus unidades mezcladas a buscar refugio entre las filas de la Tercera División que permanecía en alto, sin arriesgarse a intervenir, cuando llegaron los refuerzos que enviaba Campero. En esta situación el Coronel Camacho, creyendo que el momento era oportuno para explotar el desorden producido en las filas del ata-

cante, se lanzó fuera de sus parapetos con todas las tropas que tenía a su cargo para perseguir a los fugitivos y acentuar el revés sufrido por los batallones chilenos.

Con el "Colorados" y el "Aroma" en cabeza, Camacho descendió con sus divisiones el glacis de arena de la posición y, llegado al llano, emprendió con energía el avance en seguimiento de sus atacantes. El Coronel Castro Pinto, jefe del centro, siguió el movimiento de la izquierda, arrastrando tras de sí a las tropas a su cargo que abandonaron los parapetos y saltaron adelante con la mayor decisión.

En esta carrera, los aliados llegaron a un punto en que los "Granaderos a Caballo" de Vergara, instados por los infantes chilenos, se lanzaron en una carga demostrativa que, a pesar de haber sido contenida con toda energía por los batallones aliados que formaron cuadros, hizo ver a Camacho la conveniencia de no profundizar más su contraataque y de regresar a sus posiciones.

Mientras que la carga de los granaderos entretuvo a las fuerzas de Camacho y Castro Pinto, la Primera y Segunda Divisiones se rehicieron y volvieron sobre sus pasos, amparadas por la Tercera que había recibido orden apremiante de avanzar para restablecer el combate.

Ataque de la Tercera División chilena.— A la 1 de la tarde esta división se desplegó en formación de combate y avanzó hacia los soldados aliados de Camacho y Castro que se encontraban en plena pampa.

Las tropas de la Primera y Segunda Divisiones chilenas se plegaron al movimiento, aunque siempre en desorden, mezclándose además con las unidades de la Tercera. En esos momentos la superioridad numérica de los chilenos era abrumadora y como ya Camacho había impartido órdenes para regresar a la posición combatiendo en retirada, fácil fue a los chilenos avanzar con rapidez haciendo numerosas bajas en las filas de los aliados.

En el vigoroso contraataque desencadenado por los aliados, y en el ulterior repliegue a la posición, fueron heridos o muertos varios jefes: el Coronel Camacho jefe del ala izquierda de la defensa y Comandante en Jefe del ejército de Bolivia, fue herido gravemente en un muslo y fueron muertos el General boliviano Pérez, Jefe de estado mayor de las tropas de la Alianza, el Comandante Llosa primer jefe del "Zepita", el Coronel Luna primer jefe del "Misti", el Comandante Mac Lean primer jefe del "Arica", el Coronel Mendoza Comandante general de la Cuarta División, el Coronel Barriga primer jefe del "Huáscar" y quedaron heridos el Coronel B. Suárez, Comandante general de la Tercera División y el Comandante Iraola primer jefe del Batallón "Arequipa". En total quedaron fuera de combate, el jefe de Estado Mayor de la Alianza, el jefe del Ejército boliviano y cinco primeros jefes de cuerpo.

Con tan sensibles bajas, sin contar el gran número de jefes subordinados y oficiales que quedaron fuera de combate, los soldados del ala izquierda de la defensa diezmados en proporción a las pérdidas de oficiales ya enunciadas, habiendo gastado su dotación de municiones y sin refuerzos de ninguna clase, alcanzaron la planicie superior del "Alto" y al llegar vieron cómo se iniciaba en esa

momento el ataque contra la derecha de la línea, sin esperanza de mejoramiento, al mismo tiempo que notaron que la caballería boliviana, establecida detrás de su ala al comienzo del combate, ya no se encontraba en su puesto.

Cuando los escritores chilenos declaran que en este sector del frente emplearon 10.500 hombres, se puede asegurar que la masa sería más potente * y esta circunstancia y el cúmulo de adversidades que afligían a los aliados permitió que se realizara la ruptura del ala izquierda aliada. La aproximación de la División de Reserva influyó también moralmente; esta división se mantuvo fresca y en orden y sólo tuvo 7 heridos, por explosión de granadas, durante toda la batalla.

Ataque de la Cuarta División.— La División Barboza encontró su tarea muy aligerada y fácil de realizar, porque la mayor parte de las fuerzas que guarnecían el ala derecha aliada, que era su objetivo, había debido trasladarse en refuerzo de la izquierda.

El Contralmirante Montero no disponía como reserva parcial sino de los "Nacionales", del Prefecto Solar. El "Colorados" y la Cuarta División boliviana habían pasado al otro extremo y aún el "Lima" Nº 21, a órdenes de Canevaro, llegó a marchar algunos centenares de metros hacia la izquierda, cuando se produjo la crisis en esa región, para volver a poco a su emplazamiento en la línea.

Cuando la Cuarta División chilena llegó a tiro de fusil, los "Nacionales" avanzaron a prolongar la derecha del ala y toda la línea de Montero abrió un violento fuego que volvió prudentes a los batallones chilenos. En el momento en que éstos se hallaron al pie de la altura que ocupaban los aliados, ya se había producido en la izquierda la más irremediable y honrosa derrota y Montero, que no disponía ni de su caballería que había enviado poco antes al ala izquierda para contener la dispersión de la caballería boliviana, siendo envuelta en ella, debió evacuar la posición y replegarse a Tacna dejando en el campo los cadáveres de los primeros jefes del "Rímac", de la columna "Para" y del Escuadrón "Gendarmes", Fajardo, Alcázar y Vidal.

A las 2 y 30 de la tarde los chilenos eran dueños del terreno de la acción.

La Primera División chilena, desobedeciendo las prudentes órdenes que dió Baquedano para no avanzar sobre Tacna, descendió al valle y después de cañonear la ciudad con la Brigada Salvo, la ocupó, al atardecer de ese día, encontrándola abandonada. En esta fase final de la batalla, el comandante Bulnes acompañó a estas tropas con la parte que le quedaba de su Escuadrón 1º de "Carabineros", repartido en diversas comisiones.

RESULTADOS

La batalla del Alto de a Alianza dió a los chilenos la posesión absoluta de todo el Sur del Perú, hasta la línea del río Moquegua, no quedaba en esta región sino la débil guarnición de Arica que,

* No incluyen en esta cifra, indudablemente, a la División de Reserva que, aunque se encontraba en ese lado, se sabe que no llegó a actuar.

materialmente, sería muy fácil de dominar y las escasas tropas de Leiva, Segundo Ejército del Sur, que por diversas circunstancias no presentaron combate. Este hecho de armas cortó virtualmente la Alianza Perú-Boliviana, porque suprimió el punto principal de contacto entre ambos países, dio lugar a que el invasor se estableciera en cuña entre sus territorios, no dejando a los aliados más comunicación que la que puede realizarse, a través de páramos helados y abruptas montañas, siguiendo los interminables y difíciles senderos de las serranías andinas.

En el campo de batalla los chilenos se apropiaron de 10 cañones de los cuales 4 Krupp, 3 ametralladoras, fusiles y municiones; en cambio, sólo tuvieron 23 oficiales y 470 soldados muertos y 1700 heridos.

Las pérdidas de los aliados, entre muertos, heridos y prisioneros, llegaron a 150 oficiales y 2500 de tropa.

Sólo al día siguiente de la batalla el comando chileno despachó a Calana una parte de la caballería para buscar dispersos; pero, ésta fue recibida a tiros en la citada población y volvió a Tacna. Pocos días después partieron potentes fuerzas para efectuar una tardía persecución, que se limitó a extorsionar a los indefensos labriegos de la comarca.

Los aliados se retiraron remontando el valle del Caplina. El mismo 26 se separaron las fuerzas, por nacionalidades, haciendo esos heroicos guerreros una emocionante despedida en el pueblo de San Francisco, al este de Pachía. De ese lugar los peruanos siguieron por Torata a Arequipa, que alcanzaron a comienzos de junio con cuatro piezas de artillería y los bolivianos por Yarapalca a La Paz, donde ingresaron a partir del 10 del mismo mes, conduciendo sólo dos de sus seis cañones Krupp.

OPERACIONES DEL SEGUNDO EJERCITO DEL SUR

* Después que la Primera División de este ejército se replegó de Los Angeles a Arequipa, el Dictador intensificó en esta región los trabajos tendientes a acrecentar el poder militar de las tropas que formaban el Segundo Ejército del Sur.

Procedente de Lima, conduciendo algunos elementos de guerra y con instrucciones expresas del Dictador, llegó a Arequipa el 22 de abril el Coronel Recavarren, que debía asumir el cargo de subjefe de Estado Mayor de ese ejército.

Cuando Recavarren preparaba el avance al Sur del Segundo Ejército para hostilizar a los chilenos en su marcha sobre Tacna, según las órdenes que tenía, sobrevino un rompimiento entre este jefe y el Coronel López, Jefe de Estado Mayor del Ejército. Por estos días llegó a Arequipa el 30 de abril el Coronel Leiva, nombrado Comandante en Jefe por el Dictador.

Leiva autorizó la partida de la vanguardia del ejército que, formada en dos divisiones, debía preceder al grueso, según los planes de Recavarren; esta vanguardia salió de Arequipa el 14 de mayo, para esperar en Torata al resto de las fuerzas del Segundo Ejército.

---

* Croquis Nº 8.

El 19 partió de Arequipa el grueso, a instancias del Dictador y al llamado insistente de las tropas de Tacna, alcanzando el 26 el pueblo de Torata, donde se reunió a su vanguardia como se había dispuesto, el mismo día que Campero daba batalla en el Alto de la Alianza.

El efectivo total de las tropas del Segundo Ejército del Sur llegaba a cerca de 2400 hombres con 6 cañones.

La vanguardia de Leiva había tomado antes del 26 el enlace con Montero por medio de propios, y recibió el pedido urgente de éste para "que se aproximara a Locumba a fin de molestar al enemigo". En consecuencia, el Comandante del Segundo Ejército avanzó a Moquegua, que alcanzó el 28, y el 29 al Conde de donde, por el camino que no habían utilizado los chilenos en su avance al sur, se dirigió el 30 de mayo hacia Locumba *.

Tomando este camino, evitó el contacto y burló como convenía, a las fuerzas chilenas que quedaron entre Ilo-Hospicio precisamente para impedir su concurrencia a Tacna; esas fuerzas chilenas formadas en los Batallones "Caupolicán", "Valdivia" y 2º del Regimiento "Atacama", tenían alrededor de 1800 soldados.

Al llegar a la Cuesta del Bronce, cerca de Locumba, Leiva tuvo noticia de la batalla realizada 4 días antes por un telegrama de Bolognesi, trasmitido de Arica vía Mollendo-Arequipa, en el que éste indicaba "que defendería la plaza de Arica a todo trance", pero que había facilidades para salvarla si el Segundo Ejército atacaba a Baquedano en Tacna o si lograba introducirse en Arica, en socorro de los defensores.

Leiva comprendió la indicación de Bolognesi de manera muy diferente, y, dando todo por perdido, se dirigió a Mirave a donde llegó el 1º de junio, después de una marcha forzada. De este lugar envió propios en busca del General Campero pidiéndole un punto de reunión, y, sin esperar respuesta, continuó al norte procurando alcanzar Arequipa.

El 8 de junio el Segundo Ejército se hallaba nuevamente en Torata, cuando su jefe recibió una orden telegráfica del Dictador para que las tropas se dirigieran a "salvar Arica"; pero Leiva, que ya había sido informado de Arequipa, por telégrafo, de que aquella plaza estaba en poder de los chilenos desde la víspera, continuó sobre esta última ciudad que alcanzó el 15 de junio.

OPERACIONES MARITIMAS

Después de la llegada al Callao, el 8 de abril, del vapor peruano "Oroya", la escuadra chilena que venía del sur siguiendo sus aguas, fondeó en el mismo puerto y notificó el bloqueo a partir del 10 de ese mes.

Ya durante el mes de marzo los barcos chilenos habían realizado algunas incursiones sobre las islas de Lobos y otras que, por no tener guarnición, se ofrecían fácilmente para empresas de esta clase. La destrucción de muelles, lanchas y demás elementos de em-

* Mientras Leiva marcha de Moquegua hacia Tacna, por los caminos llamados de la costa, Montero, realizada ya la batalla del Alto de la Alianza, se dirigía hacia Arequipa por Torata en sentdio contrario, siguiendo los caminos de la sierra.

barque se efectuó en repetidas ocasiones, a partir de marzo, sin que su ejecución tuviera, lógicamente, gran repercusión en el desarrollo general de la guerra.

El 22 de abril el jefe de las fuerzas bloqueadoras del Callao, Contralmirante Riveros, para "probar el alcance de sus cañones y la pericia de sus artilleros", ordenó que los barcos se aproximaran al puerto y rompieran el fuego sobre el muelle, la población y la corbeta "Unión", que se hallaba acoderada a la dársena. El bombardeo, respondido activamente por las baterías de la plaza, duró dos horas y media, sin resultados de consideración.

El 10 de mayo, Riveros ordenó otro bombardeo. Iniciado éste a la 1 de la tarde terminó a las 5 y 30, con parecidos resultados al del mes anterior. La escuadra chilena disparó 500 proyectiles sin ocasionar daños importantes y, en cambio, el "Huáscar" sufrió una avería en la línea de flotación.

El 25 se produjo un combate entre las lanchas cañoneras chilenas que rondaban la bahía durante la noche y la lancha peruana "Independencia", comandada por el heroico Teniente Segundo de Marina José Gálvez; entablada la lucha entre esta lancha y la chilena "Janequeo", pronto zozobraron las dos porque Gálvez arrojó sobre la enemiga, estando ambas borda a borda, una carga explosiva a la que dió fuego a tiros de revólver. La "Guacolda", otra lancha chilena que acudió a ese lugar, recogió los náufragos y heridos.

En todo el tiempo que transcurrió desde la iniciación del bloqueo hasta la toma de Arica, a pesar de que la flota bloqueadora destacó continuamente hacia el norte sus más veloces barcos, para apresar a los transportes peruanos que traían de Panamá elementos de guerra, éstos se recibieron en distintos puntos del litoral y, además, se transportaron de uno a otro sin que las naves chilenas lograran impedirlo.

CONSIDERACIONES

No cabe duda que la preparación de la ofensiva del ejército chileno sobre Tacna fue debidamente realizada por Sotomayor, quien atendió cuidadosamente a todos los detalles necesarios para garantizar la buena ejecución de la marcha de las tropas. El empleo de carretones para cruzar las pampas fue sin embargo un fracaso, del que dedujo el comando chileno la más dura experiencia.

En cambio, los comandantes de división y de las demás unidades subordinadas del Ejército de Chile, no estuvieron a la altura de su tarea ni respondieron a las ciudadosas previsiones del Ministro de Guerra. Poco experimentados en esta clase de operaciones, no supieron imponer en sus tropas el orden requeridos, ni graduar los esfuerzos del soldado, dando lugar con sus malas disposiciones a que se perdieran los resultados que debían esperarse de tan cuidadosa preparación.

En las operaciones de la caballería chilena, que precedieron al avance de las divisiones, cabe comparar el proceder del Comandante Vergara con el del Comandante Bulnes.

El primero, después de fatigar inútilmente su ganado y realizar la innecesaria represalia contra los lugareños de Locumba, regresa a Ite sin finalidad determinada, abandonando voluntariamente las posibilidades de contacto con el enemigo y sin cuidarse de cubrir con sus datos, que hubieran sido muy oportunos y necesarios, el avance de las divisiones que sabía que marchaban a esa región. Bulnes, al contrario, sin desgastar su ganado en correrías inconducentes, conserva sus fuerzas reunidas en el punto en que hacían falta y toma a su cargo la misión principal, que era conservar la línea del Sama, adonde la infantería iba a llegar exhausta.

La caballería, como arma dotada de gran movilidad, que puede alcanzar un punto o una línea cuya ocupación es urgente, que puede adelantarse para formar un margen de seguridad, que informa con prontitud de cualquier suceso, que es apta para conservar el terreno momentáneamente y que puede romper el contacto con facilidad para reemprender el combate si es necesario, es forzosamente la llamada a preceder de accidente en accidente geográfico, de valle en valle en este caso, a los elementos de otras armas, más pesados, que necesitan plena seguridad para dirigirse al centro de recursos elegido, con la certidumbre de alcanzarlo.

La caballería aliada cumplió bien su rol, dados los escasos efectivos de que disponían. Los "Flanqueadores de Tacna", desempeñaron su misión de vigilancia en el valle de Locumba, previniendo oportunamente de la aproximación de los chilenos; este escuadrón, bien conducido, se replegó muy juiciosamente en dirección excéntrica llevando al adversario por una pista falsa y ocasionándole el consiguiente desgaste; después, supo romper el contacto en el Sama con toda oportunidad.

Los "Húsares de Junín", adelantados por el Comandante en Jefe aliado a Quebrada Honda, cumplieron asimismo un rol de protección y se apoderaron de las cargas de agua del ejército chileno, lo que era el máximum de hostilidad que esos débiles elementos podían emprender contra las potentes fuerzas del grueso adverso.

La caballería peruana dio, pues, muestra evidente de estar bien empleada y mejor comandada, lo que hace pensar en los éxitos que hubiera podido obtener siendo más numerosa y potente. Disponiendo de mayor fuerza material, habría conquistado el ascendiente moral sobre la caballería adversa, pudiendo obstaculizar la marcha de las divisiones chilenas o, tal vez, destruir o desordenar gravemente sus distintos escalones sucesivos.

En un territorio desierto, en el que los recursos se encuentran espaciados de dos en dos jornadas de infantería, es evidente que las tropas montadas, que disponen de más movilidad, tienen para sí todas o casi todas las ventajas.

Cuando los chilenos decidieron emprender la ofensiva sobre Tacna, Sotomayor debió ordenar el embarque en Ilo y el desembarque en Ite o en la caleta de Sama de todas sus tropas a pie. Sus jinetes y el ganado de la artillería pudieron marchar por tierra, ya que su embarco y desembarco es más moroso y difícil, haciéndolos acompañar con algunas compañías aligeradas para poder tomar los desembarcaderos y favorecer la llegada de la infantería por la vía marítima que se ofrecía, ancha y abierta a entera disposición del ejército invasor.

La búsqueda y adiestramiento de animales de baste, la fabricación de odres para transportar el agua y demás preparativos, produjo mayor demora, materialmente, y fue tarea más pesada de lo que hubieran sido las distintas fases del transporte marítimo.

Sotomayor y Escala debieron evitar por todos los medios a su alcance, la desbandada en que las divisiones cruzaron los arenales que se extienden entre el valle de Moquegua y el de Locumba, marchando a la buena suerte, sin concepto militar y fatigándose más de lo necesario. Un comando militar, acertado y juicioso, que sabe que hay que conservar el orden más riguroso en las marchas para economizar con avaricia las fuerzas físicas de la tropa, que son la base de las fuerzas morales, no hubiera ordenado esa operación si no se veía obligado a hacerlo por poderosas razones.

Sotomayor, que probablemente no había jamás realizado una marcha entre las filas de un batallón y que no comprendía la importancia de evitar esas fatigas, se obstinó en que las divisiones marcharan por tierra.

La marcha de las divisiones chilenas del valle de Moquegua al de Locumba y ulteriormente al de Sama, fue pésimamente realizada.

Las tropas de la Primera División, excedidas por la fatiga, rompieron con sus jefes todo vínculo moral y efectuaron la marcha en forma desastrosa. Comparando la marcha de esta división, efectuada por escalones en todo el calor del día, con la marcha de Hospicio a Sitana de la Segunda División, que se realizó con todas las tropas reunidas y en un solo salto durante la noche, se halla la diferencia entre los métodos de mando de ambos jefes.

Se debe anotar que la Primera División sirvió de ensayo para disponer la marcha de la Segunda y Tercera y que el Coronel Muñoz, de la Segunda, ya había hecho experiencia personal en la marcha de Estanques al Conde antes del encuentro de Los Angeles. La disciplina de las tropas de la Segunda División era también superior, sin lugar a duda, y ya su jefe había revelado una terrible energía cuando cañoneó en Hospicio a sus propios soldados que, desesperados por la sed, se desbandaron en busca de agua.

La marcha de la Cuarta División del Coronel Orozimbo Barboza, que debía recorrer el camino más corto, fue tan desastrosa como la de la Primera División debido a la indisciplina que cundía entre sus filas, según propia declaración de los chilenos.

En esta campaña el comando chileno procedió más juiciosamente que al abrir la de Tarapacá, porque tomó del Ejército de Reserva el mayor número posible de tropas para reforzar la masa total de su ejército de operaciones. La carencia de ciertos elementos y la condición de reclutas de los cuerpos del Ejército de Reserva que quedaron en Tarapacá, le impidieron aumentar más aún sus fuerzas.

Sin embargo, los tres batallones que dejaron los chilenos en Ilo para garantizarse de una empresa cualquiera del Segundo Ejército del Sur, les hizo perder 1500 hombres que debieron concurrir a la batalla general. Efectivamente, una vez transportadas al Sama todas las tropas y elementos del ejército de operaciones, la verdadera base de éste era Ite, o bien el mismo valle de Sama, y, por

consiguiente, bastaba establecer ligeros elementos de observación en el valle de Moquegua para prevenir al grueso de la aproximación del enemigo.

Cubrirse con fuertes efectivos contra tropas que pudieran aparecer por el norte, era demostrar que se desconfiaba del éxito de la operación planteada sobre Tacna y, en este caso, más valía echar esos 1500 hombres en la balanza para asegurar esta operación que, una vez efectuada permitiría, como sucedió, descuidar el valle de Moquegua que sólo había servido como base de partida de la ofensiva. Ese fue un atentado contra la economía de las fuerzas, que sirve para obtener la acción en masa o sea la potencia en el esfuerzo.

Por otra parte, hemos visto ya, al tratar de las operaciones del Segundo Ejército del Sur, que estas tropas chilenas de Ilo-Hospicio fueron completamente inútiles, por cuanto Leiva pudo llegar hasta muy cerca de Locumba sin que ellas se lo impidieran por descuido en su servicio de informaciones y por falta de actividad.

El plan general que impuso Piérola al comando de las tropas de Tacna, era el más atinado; a pesar de que muchos escritores tratan de ver sordas intrigas políticas y emulación con Montero en la resolución adoptada por el Dictador. Pero, basta recordar lo que se ha dicho a propósito de la movilidad del ejército de Tacna- Arica, para comprender que la defensa por la defensa era lo único que podía pedírsele. Los soldados de la Alianza, incapacitados para efectuar un desplazamiento cualquiera, no podía hacer otra cosa que oponerse sobre una línea, como una muralla viviente, al avance del invasor.

Estas fuerzas "ancladas" al terreno por la deficiencia de su organización y elementos, no podían emprender operación alguna y su escasa potencia residía precisamente en su inmovilidad. Lanzadas a realizar largas marchas se hubieran fundido a la primera jornada y, por poco que se exagerara la amplitud del movimiento, habrían caído en el desastre sin batalla.

Como se ve, en esta lucha nacional cada día iban a ser mayores las calamidades originadas por la imprevisión de que parecían haber hecho gala los gobernantes peruanos y los dirigentes militares del período pre-bélico que no supieron ver o, lo que es peor, no supieron imponerse patrióticamente.

Los planes de Montero y de Camacho tenían una idea directora que les era común: la idea de la defensiva pasiva.

La potencia de las armas de fuego, acrecentada en aquel tiempo por la invención del cartucho metálico y el fusil de aguja, y el alcance y poder de las bocas de fuego, hizo generalizar la creencia de que la defensiva era todopoderosa y que bastaba que los soldados, en una línea, dispararan a su frente para segar las filas del adversario que, imprudentemente, se lanzara al ataque.

Se ha visto que los chilenos intentaron también la defensiva y que, muy a pesar, tomaron la ofensiva táctica sólo cuando supieron que su adversario los aventajaba en pasividad; la conquista del territorio, que era el fin político que los chilenos perseguían en la guerra, fue otro de los móviles que los decidió a buscar al dueño del suelo, donde quiera que se encontrara, para tratar de desalojarlo.

Los aliados, por el contrario, haciendo una guerra defensiva, estaban cada vez más convencidos de que su rol era simplemente rechazar al enemigo o por lo menos infligirle el mayor número de pérdidas, como lo manifiestan en todos los partes y documentos oficiales, en que parecen conformarse con hacer costosa la batalla y con ceder sólo después de haber ocasionado fuertes bajas al invasor.

Además de esto, los aliados, que iniciaron la guerra con una vigorosa ofensiva marítima y que se lanzaron impetuosamente contra las fuerzas chilenas que ocupaban el cerro de San Francisco, tenían en la campaña de Tacna serios impedimentos materiales, insuperables, que les impedían buscar al enemigo. Era el primero como ya se ha expuesto, la falta absoluta de un servicio de transportes que permitiera trasladar detrás de las tropas los elemenos necesarios para la vida y el combate y el segundo, que tenía igual importancia, era la falta de una superioridad manifiesta en el arma de caballería.

Al tratar de la organización general de las fuerzas beligerantes, se han dado las características de la caballería de ambos contendientes y se han explicado algunas de las causas de la desigualdad a que aludimos; refiriéndonos en particular a la campaña de Tacna, se puede agregar que la superioridad numérica de esta arma era abrumadora en el lado chileno.

La confianza que producía esta superioridad hizo que la caballería chilena fuera emprendedora y se lanzara en incursiones atrevidas, muy provechosas para el mando, al que orientaba sobre las posibilidades del enemigo y los recursos y vialidad del territorio.

La caballería aliada, por el contrario, se limitó a desempeñar algunas tareas a corto radio, tal como lo permitían sus fuerzas, sin poder oponerse a la ación del adversario, ni tomar la iniciativa.

Las informaciones que proporciona la caballería, cuando domina en el teatro de operaciones, arrastran tras de si al comando más vacilante, describiéndole a diario la situación del enemigo y ofreciéndole así la posibilidad de actuar con entera libertad de acción y en completa seguridad. Si a esto se agregan las ventajas que da el hecho de disponer de mayor movilidad, en territorio cuya naturaleza es hostil al hombre, se comprende fácilmente la enorme importancia que tiene esta arma en la guerra a campo abierto.

Es importante hacer notar que en los planes de los aliados existía la idea de garantizarse una salida del campo de Tacna. Para Montero la dirección de repliegue era Arica, para Camacho la retirada era hacia el interior.

En el plan de Montero, primaba el deseo de dar cumplimiento a las instrucciones dictadas por el Jefe Supremo de la Nación. Se ha dicho ya que Montero quería, además, salvar a Tacna de un combate en las calles y pretendía replegarse al puerto de Arica, en caso de revés, para hacer nueva resistencia.

El plan de Camacho aparece de primera intención más brillante que el anterior, porque daba siquiera un paso en la dirección del enemigo; pero, sus fundamentos no eran lógicos.

La idea de defender el Sama se fundaba en la suposición de que los chilenos permanecerían algún tiempo en el valle de Locumba, como si fuera posible imponer al enemigo la propia voluntad. Y, dando esto por hecho, Camacho esperaba adelantarse a la concurrencia con el Segundo Ejército del Sur, facilitando a éste la tarea; en cambio, por contar con los lejanos soldados del Coronel Leiva, abandonaba a los de Bolognesi. En el mismo concepto, Camacho esperaba que las enfermedades endémicas del valle de Locumba restaran efectivos a las divisiones invasoras, como si los chilenos fueran a detenerse en este valle todo el tiempo que convenía al plan que él preconizaba.

Por otra parte, Camacho contaba con que las fuerzas chilenas alcanzarían el Sama por escalones, a los que esperaba batir uno tras otro, sin pensar que aquellos podían tomar el valle precedente, de Locumba, como centro de reunión y base de partida. Llevado por esta idea Camacho hubiera visto, después de trasladarse al Sama, que era más conveniente organizar la defensa en el valle de Locumba, porque dadas las distancias que separaban estos valles entre sí y el de Locumba con el de Moquegua, era más probable que en aquel se presentaran los invasores por escalones.

La potencia de la caballería chilena, que mantenía a su comando perfectamente informado, permitía, además, que todos los proyectos de Camacho pudieran ser burlados por el invasor.

El plan tenía pues fundamentos falsos, y ponerlo en práctica hubiera originado, tal vez, un desastre mayor.

Campero por su parte, con el afán de conciliar las opiniones, para obtener la cooperación franca de todos los jefes y unificar sus pareceres, propuso primero un corto avance al norte, porque ya no era la oportunidad de ocupar el Sama y terminó por adoptar el plan de Montero, con las modificaciones que le sugerían sus mayores conocimientos y experiencia de la guerra, que había practicado en Africa entre tropas francesas.

El reconocimiento de la posición del Alto de la Alianza que ordenó Baquedano, por sugerencia del Ministro Sotomayor, fue indudablemente bien planteado y mejor conducido. De la exposición ya hecha sobre la forma en que se realizó y del comentario sobre los planes de ataque que se fundaron en él, se puede juzgar la importancia que tuvo y las ventajas que dio a los chilenos, permitiéndoles lanzarse sobre seguro contra la posición aliada y evitándoles tanteos en la conducción de la operación.

El avance a Quebrada Honda de todo el Ejército de Chile, fue una operación lógicamente concebida y ajustada a las necesidades del momento; este desplazamiento previo, verdadero salto en la marcha adelante, permitía tomar aliento, reconstituir las unidades, ordenar sus formaciones y adoptar un dispositivo apropiado para salir en busca del enemigo con las mayores ventajas posibles.

Muy lejos de la idea preconcebida de Camacho, que esperaba que el ejército se presentara por escalones sucesivos, el comando chileno conservó sus unidades reunidas en el momento en que, gracias a su buen servicio de informaciones, sabía que iba a chocar con el enemigo.

Avanzando a Quebrada Honda, Baquedano impidió que sus tropas marcharan de noche a proximidad del enemigo, lo que siempre es una operación peligrosa, porque se pueden sufrir errores en la dirección de marcha o caer en manos del adversario por desprevenido que éste se encuentre.

En cuanto a la ejecución de la marcha, el dispositivo adoptado hace ver la absoluta seguridad que tenían los chilenos de que los aliados no podían dar siquiera un paso al frente. Su columna la formaron con completo descuido, como si se tratara de una marcha en plena paz. Y esta confianza del mando chileno aboga aún más a favor el reconocimiento del 22 y del buen servicio de informaciones proporcionado por la caballería.

La idea que tuvo Campero de caer por sorpresa sobre el vivac chileno de Quebrada Honda era brillante, indudablemente. Pero las marchas de noche se preparan no sólo en los días que preceden inmediatamente a la batalla, sino durante la instrucción técnica del tiempo de paz.

Lamentablemente, la improvisación de cuadros de oficiales que los aliados debieron realizar frente a la invasión, había dado lugar a que no existiera en éstos la homogeneidad necesaria para la acción de conjunto de los numerosos elementos que forman un ejército.

Campero estaba capacitado para concebir esa operación y para decidir de la oportunidad en que podía realizarse, como lo hizo; pero no encontró en las filas los jefes subordinados, oficiales y tropa aptos para ejecutarla.

La ocupación de la posición por las tropas aliadas adolecía de algunos defectos.

El dispositivo que dio Campero a las tropas, desarticulando las divisiones para emplazar sus batallones en puntos a veces alejados, rompía los lazos tácticos; y, la intención del Generalísimo aliado de hacer ver a los unos la manera cómo se comportaban los otros en el combate, le hizo, además, romper el vínculo nacional que une moralmente y levanta el espíritu de los hombres que defienden una misma causa.

Campero, al hacer esta mezcla de los combatientes de ambas nacionalidades, parece que tenía más fe en unos batallones que en otros y los intercaló para establecer el equilibrio de sus virtudes y conocimientos en cada tramo del frente. O quería, tal vez, que en caso de que cediera una parte de la línea, las inculpaciones se hicieran por igual a los soldados de los dos países de la Alianza.

Cualquiera que fuera la razón que decidió al Comandante en Jefe a proceder en esta forma, parece que tal disposición no fue muy atinada, porque en todos los partes aliados se le señala como una de las causas que determinaron la derrota.

Las tropas que permanecían en segundo escalón no formaban, por el hecho de estar distribuídas a lo largo de la línea, una masa potente capaz de decidir la lucha a favor de los aliados en un momento y un punto dados.

En los partes oficiales se plantea polémica sobre si las reservas de las alas y centro estaban a cargo de los comandantes de estos elementos de primera línea, o si sólo debían recibir órdenes del

comando superior; pero este hecho está fuera de discusión porque, en el desarrollo de la batalla, Camacho empeñó sus divisiones de segunda línea por su propia voluntad y Montero, asimismo, hizo pasar a primera línea a los "Nacionales". Se afirma más todavía esta cuestión cuando se ve a Campero trasladarse a la derecha para pedir a Montero que envíe sus reservas a la izquierda y cuando ordena personalmente el empeño de las del centro, a pedido de Camacho, sin que Castro Pinto las proporcionara sino después de recibir orden superior.

Y así, no pudiendo el Comandante en Jefe disponer directamente de las reservas particulares, aparece el otro error del dispositivo: la falta de una reserva táctica general.

Entre los diversos planes de ataque que formularon los chilenos, el que tenía mayores probabilidades de conseguir una victoria decisiva era ciertamente el que, en una u otra forma, buscaba el envolvimiento de los defensores. Se sabe que nada influye más poderosamente en la moral del defensor que el tener noticia de la presencia a su espalda de agrupamientos enemigos que lo amenacen con cortarle la línea de retirada.

La idea de tomar Calana para desviar el curso del Caplina y dejar a los defensores sin agua era, en cambio, particularmente absurda porque si los chilenos trataban de ocupar Tacna iban a necesitar del mismo precioso elemento.

La ventaja principal que ofrecía el envolvimiento de la derecha del ejército aliado era cortar a éste la línea de retirada que va al interior, obligándolo a trasladarse a la plaza de Arica, para lo que le era necesario cruzar el extenso arenal que separa ambas poblaciones. Procediendo de esta manera, se hubiera forzado a los aliados a efectuar una retirada análoga a la que realizaron los peruanos después de San Francisco hacia Tarapacá, que podía ser fácilmente explotada por el vencedor por poco que hubiera hecho mover a su potente caballería.

Pero parece que Baquedano quería, precisamente, impedir la retirada hacia Arica, prefiriendo que el enemigo se replegara al interior a fin de separar los dos agrupamientos de tropas aliadas. Efectivamente, el Ministro de Guerra y Baquedano sólo habían hecho desembarcar en Ite los elementos de vida más necesarios para un corto período de tiempo, conservando los demás a bordo con la mira de abastecer al ejército por Arica "tan pronto como esa plaza fuera tomada", y en estas condiciones el Comandante en Jefe chileno quería aislar Arica, cuyas defensas eran muy temidas, como veremos después, a fin de apoderarse de la plaza con la mayor premura para recobrar sus líneas de comunicaciones por la vía marítima. De este modo Baquedano pensaba vencer dos resistencias sucesivas, en orden decreciente, facilitando la tarea de sus tropas procurando obtener frente a Tacna una victoria que, simplemente le abriera el paso hacia Arica, aunque no ocasionara la destrucción completa de las fuerzas aliadas.

El Comandante en Jefe chileno, como se puede apreciar desde el planteo de la batalla, que fue la primera de las grandes acciones de armas que dirigió, sin contar como tal la de Los Angeles, tenía un sistema particular de orientar las operaciones; este sistema de-

fectuoso y erróneo, nacía de su íntima concepción militar y de su visión monocular sobre la conducción general de la guerra. Falto de vuelo en la ideación de planes, acostumbrado a mandar tropas de pequeño efectivo con las que son imposibles las combinaciones de gran aliento, sin experiencia propia o adquirida por el estudio, lento y prudente en la concepción y con absoluta pasividad y sumisión a las decisiones superiores, que no interpretaba para no arriesgar nada de su parte, no concebía sino el ataque frontal, en masa, en un solo campo, sin efectuar maniobra alguna por temor de formar destacamentos que, por desconfianza, consideraba aventurados en cualquier circunstancia en que se le pidiera hacerlos. De esta tendencia suya culpaba a los jefes que le estaban subordinados, reprochándoles falta de acierto para comandar independientemente, en lo que tenía alguna razón, y culpaba a su propia tropa, que no consideraba apta sino para "atacar de frente" *.

En cuanto a la orientación de las fuerzas sobre su punto de aplicación, es decir, en lo que se refiere a la concepción estratégica de las operaciones, Baquedano no buscaba la batalla decisiva en cada acción de armas que dirigía, limitándose a golpear frontalmente al adversario para conquistar el terreno que éste ocupaba y, conformándose con ello, recomenzar las operaciones un poco más allá, dentro del mismo molde. Para él, la guerra parecía ser cuestión de tiempo y conquista de posiciones sucesivas cuya ocupación le permitiera marchar paso a paso en busca de una decisión, que esperaba obtener por el aniquilamiento progresivo del adversario: en lugar de socavar la base del muro para obtener su desplome, levantaba uno tras otro los bloques que lo forman.

Baquedano rechazó los planes atrevidos de Vergara y también los de Velásquez, su jefe de Estado Mayor, que procuraba conciliar las ideas del primero y las del Comandante en Jefe, cuyo carácter y preparación profesional conocía muy de cerca, y el plan que adoptó, en definitiva, fue el más simple. Sin embargo, en su plan de batalla Baquedano se aventuró a ordenar el desbordamiento de la izquierda del defensor, lo que ya era un germen de maniobra que respondía a su intención general.

La inmovilidad de los aliados en sus posiciones favoreció la acción de Baquedano, permitiéndole trazar en plena calma y muy lejos del enemigo un detallado plan de acción, para dos días consecutivos, montando así sus fuerzas en un sistema rígido que llevó hasta el choque como una maquinaria armada de antemano, corriendo con ello todos los riesgos que representa este proceder frente al enemigo.

En lo que respecta al plan general y dispositivo de ataque, se puede decir que respondía a la situación del momento, a la calidad de ambos ejércitos y a la intención de maniobra del jefe que lo dispuso.

La acumulación de fuerzas contra la izquierda aliada tendía a obtener una decisión local en ese lugar, mientras que se fijaba la derecha de la defensa por una división convenientemente reforza-

* "¡Soldado chileno: de frente, de frente!", era su expresión favorita.

da, capaz de sostener el combate por su cuenta, dejando entera libertad a las demás tropas.

El ataque de la Primera y Segunda Divisiones, ligeramente escalonadas, propendía a obtener esfuerzos sucesivos, dispuestos en profundidad.

El amplio frente que Baquedano señalaba a la Primera División, extrema derecha del ataque, tendía a facilitar el desbordamiento.

La Tercera División, en el intervalo de las dos primeras, marchaban en el fiel de la balanza, por decirlo así, para echar su peso al lado más conveniente. El empeño de esta división iba a producirse después del de la Cuarta División, extrema izquierda del ataque, realizando estas dos divisiones, en el sistema general, el mismo juego de esfuerzos sucesivos, ahora, en el sentido del frente, que habían hecho las dos primeras en su ala respectiva.

En fin, la División de Reserva se hallaba en condición de parar cualquier eventualidad, lanzándose a apoyar y a socorrer una u otra de las alas del ataque y jugando, para el conjunto, el mismo papel que tenía la Tercera División en el ataque sobre el ala izquierda aliada.

Pero, si es verdad que el mecanismo estaba bien montado, también es cierto que no funcionó a tiempo en la batalla, por la excesiva prudencia de Baquedano, que había dado demasiado espacio en profundidad a los diversos elementos que lo formaban.

La caballería se limitó a cubrir el ataque, desempeñando un rol simplemente auxiliar, sin que Baquedano pensara en disponer de ella para operaciones de mayor aliento, prolongando el rodeo del frente, verbigracia, para hacerlo más amplio y profundizarlo rápidamente.

La artillería también fue absorbida por el comando superior, haciéndola servir totalmente al desarrollo general de la operación dispersando la potencia de sus proyectiles en todo el frente, e impidiéndole socorrer a su infantería según las necesidades que se presentaran en cada caso particular.

En esta forma, el enlace entre las armas sólo se realizaba en la mente del Caudillo que se reservaba celosamente la dirección de la batalla, haciendo actuar a los distintos elementos según sus puntos de vista, sin atender a la cooperación que cada cual podía necesitar de los demás en un momento dado.

El ataque de la Primera y Segunda Divisiones chilenas fue conducido por sus jefes en formaciones muy cerradas y de manera desordenada, lo que dio lugar a que una vez llegadas al pie de las pendientes de la posición se encontraran en el límite de sus fuerzas, habiendo sufrido, además, muchas bajas que les hicieron ceder el terreno conquistado. Es cierto que el valor y decisión del defensor fueron los que decidieron para desencadenar la fuga del atacante.

La orientación tomada por la Primera División chilena fue la justa para caer sobre su objetivo y prolongarse después a su derecha, a fin de desbordar la posición, doblándose como una vara flexible alrededor de la extrema izquierda aliada. El dispositivo que tomó esta división favorecía la ejecución de la maniobra que se le había

encomendado, pues llevaba tres ondas sucesivas de ataque: la primera, formada por las guerrillas del "Valparaíso", estaba encargada de la toma de contacto; la segunda era la tropa que realizaría el choque frontal; la tercera, de igual potencia que la anterior, debía prolongar la derecha, como lo realizó, quedando los "Pontoneros" en última línea para reforzar a cualquiera de los dos escalones precedentes. Pero, si el dispositivo de despliegue respondía a la tarea por desempeñar, en cambio, el emplazamiento de cada unidad estuvo mal determinado, porque los batallones encargados de prolongar la derecha tuvieron que efectuar un desplazamiento lateral bajo el fuego del defensor, lo que era peligroso y entrañaba una pérdida de tiempo.

La Segunda División, como sólo debía efectuar una acción frontal, se desplegó en una línea, enviando adelante ligeros elementos de contacto. La insubordinación del jefe del Regimiento 2º de línea, que se adelantó llevado de entusiasmo patriótico para recuperar su bandera y todo lo que había perdido el cuerpo en la batalla de Tarapacá, cuando estuvo a órdenes de Ramírez, hizo que este ataque llegara a la posición disperso en profundidad.

La extensión del frente que debió ocupar la Primera y la circunstancia anotada en el avance de la Segunda, hizo que estos ataques perdieran su impulso al entrar bajo el fuego certero de la defensa, no siendo, por otra parte, alimentados con oportunidad por la Tercera, que se encontraba muy lejos, ni apoyados en ese momento por la artillería que, forzosamente, para no tocar a su propia infantería había suspendido el fuego, por no tener misión señalada para esta fase de la acción.

La alimentación del ataque correspondía a los segundos escalones que debían haber organizado los divisiones de primera línea; pero, creyendo contar con el apoyo inmediato de la Tercera División, los jefes de divisiones no lo hicieron y, por su parte, Baquedano no dispuso nada a este respecto. Muy al contrario, el Comandante en Jefe obstaculizó la alimentación del ataque por haber dispuesto desde el comienzo que la Tercera permaneciera tan alejada de la primera línea.

El comandante de la **Tercera División**, después de formar en columna a sus unidades, a fin de tener la profundidad requerida para desplazarse lateralmente hacia un punto cualquiera del amplio frente que ocupaban las dos primeras divisiones, lejos de avanzar a juiciosa distancia de las tropas de primera línea para secundarlas oportunamente, las dejó partir acompañándolas sólo cuando fue conminado a hacerlo por orden superior, siendo arrastrado, además, por la Primera y Segunda, que querían recuperar lo que habían perdido.

En el desorden producido por la dispersión y retroceso de las divisiones de primer escalón se vio envuelta la Tercera, que resultó así aparentemente próxima por la carrera de las de primera línea que vinieron a buscarla. Entonces su jefe, al emprender el avance, se conformó con repartir sus fuerzas en dos partes iguales para formar núcleos de reunión a los fugitivos, sin preocuparse de cargar su centro de gravedad sobre una u otra ala en ese nuevo ataque. Este se realizó, pues, con las unidades mezcladas, sin inten-

ción definida, y con los lazos tácticos rotos, lanzándose las tropas sobre la posición aliada como una brava y numerosa muchedumbre, sin orden ni concierto tácticos.

Dado que el General Baquedano no se hallaba cerca de las tres primeras divisiones que hacían el esfuerzo principal del ataque y desarrollaban su plan de maniobra, sino que se encontraba al lado de las reservas como simple espectador de los sucesos que se realizaban a su vista, debió haber encargado a algún jefe especialmente nombrado, o al de la Tercera División, que coordinara la acción total de las fuerzas de la derecha, tomando francamente el mando de ellas *.

El ataque de la **Cuarta División**, que era efectivamente independiente de los anteriores, fue conducido en parecidas condiciones, aunque con estudiada lentitud. El despliegue en una sola línea de las unidades que la formaban pone en evidencia que la operación que iba a realizar consistía, únicamente, en fijar de frente al defensor para impedirle acudir a su izquierda.

Del escalonamiento que tenían entre sí las divisiones se deduce que el ataque de la Cuarta División debió producirse inmediatamente después que el de la Segunda, que iba a llegar al choque, a su vez, después que la Primera; esto se aprecia fácilmente cuando se ve que la Cuarta avanza, durante el duelo de artillería, a una línea que pasaba entre la que ocupaba la Segunda y la Tercera. Pero, cundo llega el momento de avanzar para caer a tiempo contra el ala de Montero e impedirle que envíe refuerzos a la izquierda, el comandante de la Cuarta acorta la velocidad con que debía progresar, permaneciendo a la expectativa de los sucesos de su derecha y eludiendo, en el momento preciso, la parte que le tocaba en la tarea general. Esto permitió que Campero "enrocara" sus reservas de sector y lograra dispersar a la Primera y Segunda que se vieron así, sacrificadas.

La **artillería y la caballería** tuvieron, como se ha visto, una misión secundaria y no llegaron a poner a prueba todos sus medios de acción.

La gruesa **División de Reserva** que constituyó Baquedano resultó, por la excesiva distancia a que fue colocada, fuera de tiempo para emprender una acción eficaz. En caso de haberse aproximado hacia los primeros escalones, hubiera estado en condición de lanzarse tras las huellas del ataque de las tres primeras divisiones, para profundizar la acción de éstas e intervenir a fondo, sobrepasándolas, cuando se produjo el desquiciamiento de la línea aliada.

El dispositivo de los aliados era fuerte en las alas y débil en el centro. Parece que hubiera habido la idea de envolver al atacante y de lanzarse sobre sus flancos. Esta característica particular hizo que en la batalla se tuvieran que realizar largos desplazamientos para hacer acudir las reservas a los puntos amagados.

En el desarrollo de la batalla, que hizo crisis especialmente sobre el ala izquierda aliada, el Coronel Camacho se vio realmente sorprendido por el desarrollo que dio a su frente la Primera División chilena y por la realización del movimiento desbordante que

* Todas las tropas que tienen una sola misión, deben tener un solo jefe.

no esperaba. Procedió entonces, con toda oportunidad, a prolongar su ala izquierda para oponerse al intento de desbordamiento; pero, sorprendidos los chilenos a su vez por esta rápida parada que no creyeron recibir, vieron a todas sus tropas fijarse al terreno sin que el enemigo cediera una pulgada, sino más bien intensificara sus fuegos y demostrara cierta agresividad; ante esta circunstancia, sus filas perdieron la fe en el movimiento adelante, que veían fracasar rotundamente.

Los chilenos impedidos de avanzar e imposibilitados para continuar en la línea que habían alcanzado, que se hacía cada vez más insostenible, por el acertado fuego del defensor, iniciaron, lentamente al principio, un movimiento de reflujo, en busca de apoyo.

En este momento Camacho debió, como lo hizo en forma brillante, saltar de sus trincheras para precipitar la fuga lanzando sobre el adversario un vigoroso contraataque; pero, este contraataque tenía que ser de alcance limitado, es decir, conducido con toda energía pero con sólo una parte de las tropas y llevado hasta una distancia prudencial, para acabar con la moral de las divisiones chilenas del primer escalón y desbaratar sus filas, sin tratar de conseguir la decisión final de la batalla.

Procediendo de esta manera, Camacho hubiera mantenido la mayor parte de sus tropas en la línea de defensa, conservándolas para garantizar el regreso en orden de las unidades lanzadas adelante; estas últimas pudieron haber sido sólo los batallones "Colorados" y "Aroma" (o "Amarillos") que venían frescos del ala derecha y que no se necesitaban conservar en la línea porque no estaban especialmente afectados a ella. Así habría evitado la carga de los "Granaderos", no hubiera buscado a los fugitivos entre los elementos en orden de la Tercera División chilena, y principalmente, destrozadas las dos primeras divisiones de ataque, conservando en cambio las propias tropas en la posición, hubiera estado en condiciones de recomenzar la lucha en la misma forma, confiando en la posibilidad de destruir en seguida la Tercera y los elementos mezclados y en desorden de la Primera y de la Segunda.

Dos contraataques sucesivos, conducidos en esta forma, hubieran dado cuenta de los lazos morales y del orden táctico de las tres primeras divisiones chilenas.

Lamentablemente, el bravo y experto Coronel Camacho, llevado de patriótico entusiasmo y de su fe ciega en el éxito, se lanzó a fondo con todas sus fuerzas, queriendo devolver el ataque profundo que el enemigo había intentado, a pesar de que no disponía sino de tropas en línea, incapacitadas por su dispositivo inicial para realizar esfuerzos sucesivos. Fijado a su vez al terreno por haber llegado al límite de su capacidad de ataque, se vio pronto obligado a retroceder en desorden, pensando dar media vuelta en la línea de defensa y hacer frente nuevamente; pero, al llegar a ella perdió todas las ventajas que había obtenido y se halló en el caso de la Primera y Segunda Divisiones chilenas, con la notable diferencia de que no tenía ningún elemento fresco capaz de apoyarlo o recibirlo o, dicho con claridad, capaz de contener a sus tropas con el ejemplo.

Si a este error se agregan las crueles pérdidas que sufriera el ala izquierda en este imprudente movimiento adelante, entre las que se contó la inutilización del mismo comandante de esa ala, es fácil darse cuenta del porqué del retroceso general.

En otros términos, el hecho de que las primeras divisiones chilenas vieran su empuje quebrantado por los fuegos de Camacho, demostraba a éste la conveniencia de continuar en la misma forma, explotando con mesura las ventajas obtenidas en cada choque parcial. Lanzarse fuera de la línea con todas las tropas, para emprender un ofensiva ilusoria era hacer el juego del enemigo, abandonando la posición.

El Contralmirante Montero, jefe del ala derecha aliada, estuvo imposibilitado de sostener su sector, en forma mejor de lo que lo hizo. Desde el momento en que los principales batallones de su reserva parcial pasaron al ala izquierda, perdió casi toda su capacidad de resistencia y se halló imposibilitado para cumplir su misión.

Después, rota la línea en el ala izquierda y bajo la amenaza inminente de verse envuelto, se vió obligado a ceder. Sabido es que en un sistema defensivo rígido y poco profundo, basta "practicar una brecha para que el resto quede inútil".

Su última fuerza disponible, su caballería, la envió de propia iniciativa en apoyo del ala izquierda para contener la dispersión de la caballería boliviana; con esto puso en evidencia su solidaridad en el mando con los demás sectores y su afán de mantener la posición, que comprendía que caería con relativa facilidad tan pronto como se desquiciara algún elemento del sistema.

La defensa del ala derecha fue vigorosa, acusándolo así las numerosas pérdidas sufridas y la muerte de tres primeros jefes de cuerpo.

Algunos escritores dicen que convenía traer las tropas de Arica a la batalla del Alto de la Alianza, para aumentar los efectivos a órdenes inmediatas de Campero; pero este último no tomó tal medida por no desguarnecer esa plaza fuerte que jugaba un papel preponderante en el sistema aliado y por no exponerla a un golpe de mano de la marinería de los numerosos barcos bloqueadores. Además, los chilenos dueños absolutos como eran de la iniciativa de las operaciones, podrían desviar la ofensiva en el último momento, para lanzarse sobre Arica o emprender un ataque en cuña entre Tacna y Arica.

La idea, también expresada, de que las fuerzas de Bolognesi llegaran por ferrocarril en el momento mismo en que se realizaba la batalla, tiene mucho de utópica y poco sentido práctico de las realidades del combate.

CAPITULO X

CAMPAÑA DE TACNA

TOMA DE ARICA

Organización militar de la plaza de Arica.- Fuerzas de la guarnición.- El terreno.- Las defensas.

Avance de los chilenos sobre Arica.- Constitución de las fuerzas.- Planes chilenos.- Intimaciones de rendición y bombardeo de la plaza.

Situación y planes de los defensores.

El asalto.- Dispositivo de las fuerzas de la defensa.- Plan y dispositivo de asalto.- Ataque a los fuertes del Este - Lucha en el Morro.- Ataque a los fuertes del Norte.- Fin de la acción.- El "Manco Cápac" y la "Alianza".

Otras operaciones.- El bloqueo del Callao.

Consideraciones.

ORGANIZACION MILITAR DE LA PLAZA DE ARICA

* En capítulos anteriores, al estudiar las operaciones realizadas en el primer año de la guerra, se ha dejado entrever la importancia que tomó el puerto de Arica.

Determinaron esta importancia, razones de distinto orden.

Desde el punto de vista geográfico, Arica ofrecía ventajas particulares. Como puerto presenta una buena y profunda rada, bien abrigada de los vientos del sur por la mole del Morro y la isla del Alacrán, lo que permite operaciones de embarque y desembarque con bastante comodidad. La circunstancia de que el puerto tuviera vida propia disponiendo de los recursos de los valles de Azapa y Lluta, a diferencia de los demás puertos del sur que carecen de productos agrícolas; así como la ventaja de estar unido a Tacna por una ferrovía en buenas condiciones de servicio y de corto recorrido eran, innegablemente, condiciones muy especiales que los directores peruanos de la guerra supieron explotar.

---

* Croquis Nº 11.

Desde el punto de vista exclusivamente militar, el puerto de Arica ofrecía facilidades para ser artillado a fin de constituir un abrigo seguro para las escasas naves de guerra de que disponía el Perú y se hallaba en situación tal, tan próximo a los probables teatros de operaciones, que todo indicaba ocuparlo y defenderlo como base naval y militar.

Por último, y esto era lo principal, las vías más apropiadas para unir las fuerzas militares de Bolivia y del Perú se encuentran en la zona a la cual sirve el puerto de Arica y era lógico utilizarlo como puerto de salida y entrada para toda clase de elementos bélicos.

Cuando la guerra fue inminente, el Presidente Prado hizo transportar al puerto de Arica todo lo que fue posible para organizarlo como una plaza fuerte. Pronto el mismo Director Supremo de la Guerra se estableció en él y ordenó la concentración de importantes fuerzas aliadas en la zona de Arica-Tacna. De esta manera Arica, que era un puerto simplemente comercial, vio a poco la transformación de sus actividades y se convirtió en núcleo central de fuerzas y elementos de guerra.

Por órdenes expresas de Prado, el Prefecto Zapata, inició los trabajos necesarios para la defensa del puerto y, desde la primera quincena de abril de 1879 el Contralmirante Montero, investido de la autoridad de jefe de la plaza, continuó las obras de fortificación y defensa.

Mientras se organizaba el poder militar de Arica se desarrolló la campaña de Tarapacá, y cuando Prado dejó el mando de las fuerzas del Sur a Montero, éste con las unidades peruanas establecidas alrededor de Arica, continuó atendiendo a la guarnición y a las necesidades de la plaza. Un año después de tomar la jefatura, el 3 de abril de 1880, Montero reunía los ejércitos del Perú y de Bolivia en Tacna y entonces designó al Coronel Bolognesi para llenar las funciones de Jefe Militar de Arica.

El Coronel Bolognesi recibió de Montero instrucciones precisas para la defensa de la plaza, que en último extremo "debía hacer volar con todos los defensores y todos los asaltantes". Secundado por un pequeño estado mayor, disponía de dos divisiones peruanas y de los artilleros de los fuertes; además, había algunos ingenieros voluntarios militarizados y oficiales especializados en trabajos de ingeniería que debían atender, desde el punto de vista técnico, las obras o arreglos que se hicieran en los fuertes, así como la colocación de minas con las que se completarían los medios de defensa.

El monitor "Manco Cápac", anclado en la rada, cooperaría a la defensa del lado del mar como batería flotante, a órdenes de su jefe, Sánchez Lagomarcino que ya en anteriores ocasiones había puesto a raya a los barcos chilenos, que se aventuraron a cañonear el puerto. La lancha-torpedo "Alianza", secundaba al "Manco Cápac".

FUERZAS DE LA GUARNICION

Las tropas que Bolognesi tenía a sus órdenes el día del asalto a la Plaza de Arica estaban organizadas en la siguiente forma:

Jefe de Estado Mayor, Coronel La Torre.

Séptima División, Coronel J. Inclán	Batallón "Artesanos de Tacna"	391	hombres
	" "Granaderos de Tacna"	218	"
	" "Cazadores de Piérola"	196	"
Octava División, Coronel A. Ugarte	Batallón "Tarapacá"	216	"
	" "Iquique"	302	"
Fuertes	Del Norte	76	"
	" Este	92	"
	" Morro *	160	"

La suma de estos efectivos da 1651 hombres, más las tripulaciones del "Manco Cápac" y de la lancha "Alianza", con 127 entre ambos, lo que hace un total de 1778 hombres. A esta cifra hay que agregar el personal de la Jefatura y Estado Mayor de la Plaza, así como el de la comandancia de las divisiones que daba 21 jefes y oficiales, y la oficialidad de los cuerpos y fuertes, sin contar las dependencias, como: Subprefectura, Capitanía del Puerto, Parque, Proveeduría, Maestranza, Hospital, Ambulancia. Estas cifras arrojaban un total de 2028 combatientes **.

Además, según algunos documentos, existía un escuadrón de 50 voluntarios montados en mulas y caballos de paso, con la designación de Escuadrón "Lluta". Esta fuerza no figura sin embargo en los estados oficiales, lo que prueba que su organización fue, tal vez transitoria y efímera.

Todas estas unidades habían sido creadas durante el conflicto y algunas carecían casi por completo de instrucción militar de guerra. En cuanto al armamento, el "Artesanos" estaba dotado de fusiles Peabody, el "Granaderos" de Remington y los demás cuerpos de Chassepot.

EL TERRENO

En el seno sur de una amplia rada se encuentra el puerto de Arica, al pie de las pendientes septentrionales del Morro que avanza en el mar y se prolonga, por decirlo así, en la isla llamada del Alacrán que se levanta muy poco sobre las aguas.

La mole del Morro, de 206 metros de altitud, domina la población y forma la extremidad de un contrafuerte de la cadena marítima que abriga al puerto y al vecino valle de Azapa, cuyo río corre entre él y la extremidad meridional de las alturas del Condorillo; estas últimas alturas de 50 a 80 metros de altitud y de cumbre plana, forman un macizo arenoso de 5000 metros de longitud que se alarga de norte a sur al oriente del puerto.

---

* Entre los que se contaban los marineros salvados del naufragio de la "Independencia", con su jefe, More.

** Del "Estado de las Fuerzas defensoras de Arica, disponibles el 5 de Junio de 1880", firmado por el Coronel La Torre.

El valle de Azapa tiene la dirección general de sudeste a noroeste y sus aguas se vierten al mar a 600 metros al norte de la población de Arica. Siguiendo su curso pasan varios caminos que conducen a Bolivia, tocando en la hacienda Buena Vista, situada a 3 kilómetros de Arica, valle adentro.

Por el extremo norte del macizo del Condorillo pasa el río Azufre, que forma el valle de Lluta mejor cultivado que el anterior y que disfruta de más agua. Cruzando la quebrada del Azufre pasan los caminos que conducen a Lluta en el mismo valle; a Chacalluta, situado en la desembocadura del río a cerca de 10 kilómetros al norte de Arica y, por fin, a Tacna, ciudad a la que se une el puerto por un camino de herradura y una vía férrea, ambos paralelos al litoral en su primer tramo.

Las alturas que dominan por el sur y sudeste el puerto de Arica son el Morro y los cerros Cabras y de la Cruz, más al sur de las cuales se destaca cerro Gordo y cerro Chuño. De aquí, con sensible inclinación al sudeste, el contrafuerte que termina en el Morro sigue al interior.

Excepto, pues, la cadena de alturas del sur y sudeste que están inmediatas al puerto, éste se encuentra en un amplio llano limitado al oriente por la extensa lomada del Condorillo.

La playa que se extiende al sur del Morro al otro lado de la población de Arica, es cor ocida con el nombre de La Lisera y algo más abajo con la denominación de playa de Quiane. El puerto se une con estas playas por varios senderos que tramontan la cadena, cruzándola entre el Morro y Cerro Gordo y entre éste y cerro Chuño.

Las pendientes del Morro son inaccesibles del lado del mar, abruptas por el sur y por el norte, siendo practicables cuando se viene del este por el lomo de las cerrilladas ya mencionadas, que con él forman el contrafuerte.

LAS DEFENSAS

Los chilenos que han exagerado sistemáticamente sus triunfos, dan gran importancia a las débiles defensas de sacos llenos de arena que en el último momento se establecieron alrededor de Arica. Efectivamente, si es cierto que desde el comienzo de la guerra se pensó en la organización militar de ese puerto, esto sólo se hizo con la mira de alejar por el fuego a los barcos chilenos y, en consecuencia, los cañones no podían cooperar a la defensa terrestre, habiendo sido ímproba tarea el remover los afustes sólidamente afirmados para obtener que algunas piezas apuntaran al este, es decir, al lado de tierra.

Este último trabajo se inició bajo la dirección del ingeniero Elmore, a partir del momento en que se supo con seguridad que los chilenos emprenderían sobre Tacna su segunda campaña.

Cuando se produjo el desembarco del invasor en Ilo, se comenzó en Arica, con la precipitación del caso, la construcción de un largo parapeto de sacos llenos de tierra o arena que formarían recinto a la ciudad y a los fuertes por el oriente.

Esta línea de parapetos, interrumpida en largos trechos, no tenía más de un metro cuarenta de altura y estaba formada por los citados sacos terreros, tendidos a lo largo de ella y superpuestos en

tres hiladas; el espesor sería de 60 a 80 centímetros de tierra floja. Con una longitud total de 3 kilómetros, incluyendo los espacios vacíos, estaba trazada en línea quebrada y enlazaba los bastiones de la defensa entre el fuerte "San José" del agrupamiento del Norte y el "Ciudadela" del agrupamiento del Este.

Las baterías que completaban el sistema estaban también protegidas por sacos llenos de tierra, arrumados en una o varias hileras. Como en estos lugares el parapeto tuviera mayor altura que en el resto de la línea y como el recinto de cada batería fuera regularmente cerrado, de forma cuadrangular, se dio a estas simples defensas, el pomposo nombre de "fuertes".

Los elementos de la defensa se encontraban en el siguiente orden, siguiendo de norte a sur el trazado de la línea:

Primeramente la Batería "San José", mandada por el Mayor Martínez, con 2 cañones Parrot de 150 libras. Desde esta batería comenzaba el parapeto de sacos que corría hacia el sudeste hasta llegar al cementerio de la población, también organizado en reducto abierto a la gola.

Al sur de la Batería "San José", siguiendo la orilla del mar y apartándose del parapeto, después de cruzar el lecho del Azapa, se hallaba la Batería "Santa Rosa", a órdenes del Mayor Soto, con un cañón Vavasseur de 250 libras.

Después de esta batería y sobre la misma línea que las dos anteriores, bastante cerca de la población, se encontraba la Batería "Dos de Mayo", armada de un cañón igual al anterior, que estaba a órdenes del Mayor Goitizolo.

A la reunión de estas tres baterías que comandaba en conjunto el Teniente Coronel Ayllón, y que batían tanto al mar como a tierra, se les llamó Fuertes del Norte, teniendo, como se ha visto, 76 artilleros para su servicio.

Bajo los fuegos de los Fuertes del Norte fondeaba el monitor "Manco Cápac" que disponía de dos cañones de a 500 libras.

Del cementerio, donde hemos dejado la línea de sacos de arena, ésta se inflexionaba algo al sur hasta alcanzar el Fuerte "Ciudadela", situado en la eminencia llamada Chuño, dotado de un Vorúz de 70 libras y 2 Parrot de a 100. Este fuerte era mandado por el Mayor Nacarino.

El Fuerte llamado del "Este", situado más hacia el mar que el anterior, dominando La Lisera, se encontraba sobre una eminencia del terreno llamado Cerro Aniani y tenía 2 cañones Vorúz de a 100 libras y uno de a 70, mandados por el Mayor Meza.

Estas dos últimas baterías, conocidas con el nombre de Fuertes del Este estaban bajo el mando del Teniente Coronel Medardo Cornejo.

En fin, los Fuertes del Morro se componían de dos baterías llamadas "Alta" y "Baja", comandadas ambas por el Capitán de Navío More.

La Batería "Alta" estaba formada por un cañón Vavasseur de 250 libras, 2 Parrot de a 100 y 2 Vorúz de a 70 y se hallaba situada en la planiciie superior del Morro; algunas de sus piezas podían batir a tierra y al mar.

La Batería "Baja", algo más al sudeste, tenía cuatro cañones Vorúz de a 70 libras y estaba comandada por el Capitán de Corbeta Espinoza, segundo de More en el Morro.

Entre estas distintas baterías y entre los llamados Fuertes, se habían establecido, algunas minas de escasísimo poder, como veremos, y en Cerro Gordo, que se levantaba entre el Morro y los Fuertes del Este, se habían cavado elementos de trinchera paralelos al alineamiento que formaban el "Este" y el "Ciudadela".

En suma: las defensas consistían en 4 cañones mal cubiertos del lado de tierra, en el norte; una línea de sacos que los unía con el reducto del cementerio y la prolongación de esta línea, interrumpida hasta cerca del "Ciudadela". Este Fuerte y el del "Este" que sumaban 2 baterías de 3 cañones cada una, y, en fin, en el Morro, 9 cañones descubiertos del lado de tierra.

Las minas establecidas en los intervalos de la línea de parapetos, en las zonas pasivas existentes entre uno y otro de los fuertes, en el recinto mismo de alguno de éstos, así como en algunos pasajes obligados, estaban constituídas por cargas explosivas de a libra y media, o de doce o de treinta libras. La escasez de fulminantes hizo que se emplearan algunos del servicio de torpedos de la lancha "Alianza" y que se improvisaran otros con las sustancias químicas que se hallaron en el puerto. Los conductores eléctricos que debían dar fuego a estas cargas explosivas se improvisaron, por falta de material apropiado, destorciendo un viejo cable de hierro que estaba abandonado en la playa y aislando los alambres, que de él se obtuvieron, con dos capas superpuestas de papel especialmente preparado, que los envolvía; estos alambres conductores no llegaron a ser enterrados, pues, en gran parte de su recorrido se hallaban simplemente sobre el suelo. Las pilas que habían de producir la energía eléctrica necesaria para determinar la explosión, fueron también improvisadas con productos químicos y elementos de circunstancias, adquiridos o recogidos en las farmacias de la localidad.

AVANCE DE LOS CHILENOS SOBRE ARICA

Vencedores en el Alto de la Alianza, los chilenos necesitaban ocupar Arica, tanto para apoderarse efectivamente del territorio invadido, destruyendo el último foco de resistencia, cuanto para recobrar su línea marítima de operaciones apropiándose de esa base importante. El juego era indudablemente el mismo que pensaron hacer para ocupar Iquique, después que se produjo el choque de San Francisco.

Para lograr sus fines el Comando chileno dispuso, tan pronto como desapareció en Tacna todo peligro, el reconocimiento de los caminos que conducen a Arica y el de los accesos de la Plaza, confiando esta tarea a la caballería que podía trasladarse con facilidad al citado puerto.

El 28 de mayo, dos días después de la batalla del Alto de la Alianza, partió hacia Arica medio escuadrón del 1º de "Carabineros de Yungay" alcanzando Hospicio ese mismo día.

El 29 y el 30, los "Carabineros" llegaron a Chacalluta, en la margen norte del río Azufre, estableciéndose en esa región y to-

mando el enlace de datos con la escuadra chilena que bloqueaba el puerto, por medio de botes que ésta desprendió.

Los "Carabineros" informaron al Comando de las destrucciones que los aliados habían efectuado en la vía férrea y, en consecuencia, Baquedano dio orden para que los "Pontoneros", se adelantaran por ferrocarril para arreglar los desperfectos, bajo la protección de la caballería, debiendo dejar la vía expedita para las dos locomotoras y cuarenta carros intactos que los chilenos habían encontrado en la estación de Tacna, al ocupar esa ciudad.

El 1º de junio salió de Tacna y llegó a Chacalluta una fuerza más importante encargada de mantenese en observación y asegurar la aproximación de las tropas que iban a operar contra la plaza. Esta fuerza estaba constituída por el Regimiento "Cazadores a Caballo" y el 2º Escuadrón de "Carabineros de Yungay".

El mismo día en que la caballería a que nos referimos en el párrafo anterior llegó a la altura del puente de Chacalluta, que los peruanos habían destruído, fue sorprendida al anochecer por una descarga de tiradores peruanos apostados en la margen sur del Azufre, que no ocasionó mayor daño. El 2, al tantear un vado, una patrulla que descendía del talud norte del río por un estrecho sendero, fue sorprendida por la explosión de una mina que hizo volar a dos soldados.

La explosión se realizó, desgraciadamente, en momentos en que se hallaba cerca el ingeniero Elmore, organizador y experto del sistema de minas que se había establecido en la Plaza y sus alrededores y la rápida búsqueda que emprendieron los jinetes chilenos hizo caer prisioneros al ingeniero y a su ayudante principal. En los bolsillos de Elmore se encontraron —según versiones chilenas— los planos y derroteros de las minas y de sus líneas de fuego.

Con estos reconocimientos y pequeños éxitos materiales, se inició con ventaja la reunión de las fuerzas chilenas que iban a efectuar el asalto de la Plaza.

CONSTITUCION DE LAS FUERZAS

Aprovechando el material rodante abandonado por los aliados y previas ligeras reparaciones efectuadas en la línea, contando además con la zona de seguridad que proporcionaba la caballería, Baquedano ordenó el traslado de una fuerte división a Chacalluta, que se encargaría de la toma de Arica.

Las tropas llegaron a Chacalluta en la siguiente forma:

El 2 de junio, el Regimiento "Buín" 1º de línea 1200 hombres
y el 3º de línea .... 1200 ,,

Este último regimiento a órdenes del Comandante Castro, su jefe nato, a quien se había designado para tomar el mando de la División que actuaría sobre la Plaza.

El 3, por la misma vía, el Regimiento 4º de línea 1200 hombres
El Batallón "Bulnes" .... 600 ,,
3 baterías de campaña ....
1 de montaña .... } 500 ,,

Como se ve todas estas tropas pertenecían a la División de Reserva que constituyó Baquedano para el Alto de la Alianza, la que no llegó a actuar, no sufriendo sino siete bajas en dicha acción.

A este efectivo se deben agregar los 600 hombres de caballería que ya se encontraban en Chacalluta y, posteriormente, los 1200 hombres del Regimiento "Lautaro" que fue llamado por telégrafo, alcanzando el vivac de la división el día 5; este regimiento de la Cuarta División había sufrido, asimismo, muy pocas pérdidas.

Baquedano, Velásquez y Lagos, que tenía el título de primer ayudente del General en Jefe, llegaron en el tren que condujo a la artillería.

Todas las unidades antes citadas habían sido recompletadas en Tacna, con soldados de otros regimientos, para darles su efectivo máximo, excepto, desde luego, los regimientos que habían formado en la División de Reserva durante la batalla del Alto de la Alianza, que no sufrieron pérdidas.

El efectivo total de las tropas que iban a tomar parte en el asalto de Arica ascendía a 6500 hombres con 22 cañones y 2 ametralladoras.

PLANES CHILENOS

El General Baquedano en perfecto acuerdo y constante comunicación con el Comandante La Torre, jefe de la escuadra bloqueadora del puerto, con quien se enlazaba hasta por señales, decidió buscar emplazamientos para la artillería que había hecho traer de Tacna, y al efecto, el 4 de junio pasó el Lluta o Azufre, sobre el que había hecho construir un puente provisional, y se dirigió a las alturas del Condorillo para reconocer las defensas de la Plaza y medir las distancias.

Le acompañaban en este reconocimiento los Coroneles Velásquez y Lagos. Iban con ellos, además, dos piezas de montaña y el 1er. Escuadrón de "Carabineros de Yungay" cuyo completo había llegado de Tacna por tierra el día anterior, pues el Generalísimo seguía haciéndose escoltar por el escuadrón del Comandante Bulnes, a quien tenía particular deferencia por ser de la misma arma y por su condición de más antiguo y muy bien calificado.

Con el anteojo, Baquedano observó el terreno, juzgó de la potencia de los llamados fuertes y de la solidez de la posición. Con las piezas de montaña ordenó hacer algunos disparos para calcular la distancia y después de apreciar en 5000 metros, luego de haber recibido a su vez algunos disparos que hicieron los defensores, se retiró alarmado, ordenando entonces que viniera de Tacna el Regimiento "Lautaro" para cooperar a la acción.

El mismo 4 en la tarde, el General en Jefe ordenó que se trasladara toda la artillería al Condorillo haciéndola acompañar por el 3º y el 4º de línea y por el Batallón "Bulnes", con un escuadrón de "Cazadores a Caballo". El resto de las tropas debía quedar en Chacalluta.

El 5 en la mañana, el traslado de estas fuerzas estaba terminado y se había tomado acuerdo con el Comandante La Torre para proceder de consuno al bombardeo del puerto y de las defensas.

La primera idea de Baquedano era conseguir la entrega de la Plaza por un bombardeo enérgico, que demostrara al defensor la inutilidad de toda resistencia.

Pero, antes de proceder por medios de fuerza que podían aumentar entre los defensores el deseo de resistir, exaltando su coraje por el hecho de verse cañoneados sobre seguro y a mansalva, Baquedano decidió intentar otros procedimientos que le permitieran economizar sus fuerzas y no correr el peligro, que sabemos poco serio, de ver volar sus batallones por el efecto de las minas que, en cumplimiento de su consigna, harían estallar los defensores.

INTIMACIONES DE RENDICION Y BOMBARDEO DE LA PLAZA

Para lograr sus fines el Comandante en Jefe chileno dispuso que en la mañana del 5 se presentara un parlamentario ante el jefe de la Plaza y le ofreciera una capitulación honrosa, permitiendo la salida de los defensores con sus armas y bagajes, a cambio de alejar el peligro que corrían sus hombres y de apoderarse de la codiciada puerta de salida al mar, base ulterior de sus operaciones.

Para el desempeño de esta comisión fue designado el Mayor Salvo, que se encontraba con su batería en posición. A las 6 de la mañana se presentó este jefe ante la línea defensora, algo al norte del cementerio, pidiendo, en la forma establecida por las leyes de la guerra, ser introducido cerca del Jefe de la Plaza para conferenciar con él.

El parlamentario que se presentó acompañado por un Capitán, un Alférez, un abanderado, un corneta y dos ordenanzas, fue recibido por el Comandante Zavala del Batallón "Tarapacá" y, de acuerdo con los procedimientos en uso, fue conducido, aislado, a la casa en que Bolognesi se alojaba con su cuartel general.

Recibido por el Jefe de Arica e informado éste de la proposición que traía, respondióle en seguida: "Tengo deberes sagrados y los cumpliré hasta quemar el último cartucho".

Llamó después, por medio de sus ayudantes, a los demás Jefes de unidad de la plaza, refiriéndoles en breves frases la conferencia que acababa de tener con el parlamentario y, a presencia de éste, sometió al voto la cuestión. Ninguno de los quince jefes * que lo rodeaban disintió de la respuesta dada por Bolognesi y Salvo partió, despedido cordialmente por ellos, a llevar a su General la noticia de tan heroica resolución.

Conocida la respuesta de que fue portador el Mayor Salvo, Baquedano dio orden de abrir el fuego de la artillería de tierra contra la población de Arica y sus defensas. El cañoneo, iniciado a las ocho de la mañana del mismo día 5 de junio, duró cerca de cinco horas, sin que en él tomara parte la escuadra. El resultado fue realmente nulo, viéndose obligados los chilenos a cambiar de posición repetidas veces y, en fin, a cesar el fuego porque sus disparos fueron respondidos con mucha precisión por los Fuertes del Este y del Norte.

---

* Estos fueron: Bolognesi, Inclán, Ugarte, Arias Aragüez, Varela, More, J. M. La Torre, Zavala, Sáenz Peña, Francisco, Benigno y Medardo Cornejo, Chocano, Bustamante, Ayllón, Lagomarsino.

En este día, cuando no quedaban ya esperanzas de rendir la Plaza por amenazas, Baquedano reemplazó al Comandante Castro, encargado del mando de la División, por el Coronel Lagos.

El 6 de junio el nuevo Jefe de la División recomenzó el bombardeo para intimidar a los defensores, según el plan de Baquedano que, desde el día anterior en la tarde, se había retirado a Chacalluta para dejar libertad e iniciativa al jefe encargado de la conducción del asalto.

En el cañoneo de este día, Lagos buscó el enlace con la Escuadra a la que pidió su cooperación. Iniciado el fuego a las 11 de la mañana por las baterías de tierra, pronto abrió sus fuegos la Escuadra que hizo sus primeros disparos a partir de la 1 y 30 de la tarde.

El fuego de las baterías chilenas fue tan inútil como el de la víspera. En cambio, la lucha entre la Escuadra y los cañones del puerto tuvo muy distinto resultado.

El Comandante chileno La Torre se aproximó con sus buques bastante cerca del Puerto con la intención de lograr efectos considerables contra las fortificaciones. La "Magallanes", "Covadonga" y el "Loa" se acercaron por el sur del Morro para batir los Fuertes del Este, y las baterías del Morro, que querían tomar de revés; el "Cochrane", que mandaba La Torre, abrió el fuego en la rada misma, recorriéndola de norte a sur repetidas veces, pero a conveniente distancia.

Los proyectiles lanzados de a bordo no ocasionaron daños de consideración en la Plaza; pero, el hecho de que los buques se pusieran a tiro de las baterías peruanas, dio lugar a que algunos proyectiles de éstas dieran en el blanco, originando averías de consideración en la "Covadonga", que fue perforada por dos granadas peruanas a la altura de la línea de flotación, viéndose obligada a retirarse del combate para dirigirse a Pisagua y en el "Cochrane" que recibió en uno de los portalones un proyectil de los fuertes, que ocasionó 27 bajas sin causar daño a la nave.

A las 4 de la tarde cesó el cañoneo por ambas partes.

Mientras se disparaba, cerca de las 4 de la tarde, Lagos ordenó que el Regimiento "Lautaro", puesto a órdenes del Coronel Barboza desde días antes avanzara de Chacalluta por el camino de la playa en dirección a la Batería "San José"; otra pequeña fracción de tropas, pertenecientes al "Buín", se desprendió de las alturas del Condorillo amenazando, concéntricamente con el "Lautaro", las Baterías del Norte. Poco habían avanzado estas tropas, cuando fueron tomadas bajo el fuego certero de esas baterías que desordenaron sus filas y los obligaron a retroceder por el camino que habían traído.

Convencidos los chilenos, por la actitud enérgica de los defensores de Arica, que no tenían otro recurso que lanzarse al asalto y no deseando darlo por temor a las minas, Lagos pensó en intimar por segunda vez la rendición de la Plaza. Al efecto, tan luego cesó el fuego, envió al ingeniero peruano Elmore, bajo palabra de honor de volver prisionero al campo chileno, a proponer la entrega de la Plaza.

Este nuevo parlamentario recibió respuesta análoga a la que Bolognesi había dado al chileno Salvo; no siendo, sin embargo, reconocido en su carácter de tal por los jefes reunidos en junta.

Ahora bien: a pesar de esta última gestión, que parece hubiera sido un ardid, Lagos convencido de antemano de que la guarnición no quebrantaría su consigna dispuso que, mientras volvía Elmore, las tropas se pusieran en movimiento para la fase preparatoria del plan de asalto que ya había trazado.

SITUACION Y PLANES DE LOS DEFENSORES

Antes de que se realizara la batalla del Alto de la Alianza, los defensores de Arica alentaban, íntimamente, la mayor fe en el éxito de sus armas. Sabían que las fuerzas de Campero estaban bien mandadas y que eran numerosas, tal vez las de mayor efectivo y poder material que se había organizado en el país. Confiaban en la ayuda material que proporcionaría a esas tropas la juiciosa utilización del terreno y en el acrecentamiento de su poder de desgaste por el hecho de permanecer a la defensiva. Contaban, además, con que la aproximación desde Arequipa del Segundo Ejército del Sur desbarataría todos los proyectos del invasor. Por otra parte, según los planes de Montero, que los defensores conocían perfectamente, sabían que en el peor de los casos Arica sería el punto de reunión de todas las tropas peruanas.

En la segunda quincena de mayo, cuando el ejército chileno se instaló en el Sama después de los Angeles y de obtener algunos otros éxitos de pequeña importancia, la ansiedad que ocasionaba la próxima solución del problema embargó la atención de los defensores que, de otro lado, para mayor inquietud suya, supieron que Leiva no avanzaba con la decisión y rapidez necesarios.

Como en la guerra todo es previsión, a pesar de sus tranquilizadoras expectativas, los defensores se esmeraron en arreglar sus posiciones para hallarse listos contra cualquier emergencia. Ya desde ese momento comenzó a afirmarse en el Comando de Arica el deseo de glorificar con su heroísmo el desastre que, por azares de la guerra, pudiera tocar al ejército de Tacna.

Anhelantes siguieron los altos jefes de la Plaza la operación que se realizó el 25 de la noche sobre Quebrada Honda, que iba a adelantar la hora de la decisión, y los primeros telegramas recibidos el 26, al iniciarse la batalla y durante su desarrollo, aumentaron aún más su patriótico entusiasmo y la fe puesta en sus hermanos de armas que luchaban en el Alto de la Alianza, cuyo lejano cañoneo escuchaban distintamente en Arica.

Los telegramas recibidos el 26 decían en forma lacónica:

Tacna 11 y 30 a. m.

"Batalla comienza".—Ríos.

Tacna, 12 y 25 a. m.

"Principian a llegar bolivianos en fuga. Los chilenos amenazan la izquierda con el objeto de pasarse a Arica". — Gonzáles.

Tacna, 1 y 30 p. m.

"Llegan noticias que los chilenos huyen. Los dispersos se reúnen en la plaza.— Ríos.

Después..., ninguna noticia..., hasta que a las cinco de la tarde se presentó en Hospicio un soldado natural del puerto, perteneciente al Batallón "Arica", que informó al telégrafo que las tropas de la Alianza se retiraban al interior. Al día siguiente cinco dispersos confirmaron el dato y refirieron cómo se había perdido la batalla, terminando por pedir su alta en los cuerpos de la guarnición.

Indudablemente, el hecho de que los aliados hubieran sido batidos en el Alto de la Alianza hacía innecesaria la conservación de la Plaza de Arica, que sólo valía como sostén de esas tropas y como base naval para una escuadra que no existía efectivamente.

Sin finalidad práctica alguna, pero con un elevado deseo de cumplir con su deber, los Jefes de Arica, reunidos en número de 27 * al día siguiente de recibir tan desalentadora noticia, acordaron en junta de guerra morir en la demanda para dar mayor lustre a las armas nacionales, inmerecidamente opacadas por el abrumador poder material de que disponía el invasor. Las tropas pasaron en seguida a sus puestos de combate y no se pensó en otra cosa que en morir al pie del pabellón de la Patria.

La única esperanza que quedaba a los aislados defensores de Arica consistía en la posibilidad de que Leiva acudiera en socorro de la Plaza o que llegaran algunas tropas de Montero, que se creía que volvieran en ayuda de la guarnición. Bolognesi ha dejado testimonios fehacientes de su férrea decisión de luchar hasta el fin, en documentos telegráficos y manuscritos que reproducimos por su homérica resonancia y por constituir el armazón de su plan.

"Arica, 26 de mayo de 1880.— 8 p.m. Señor General Montero. Pachía.—Dice el Coronel Bolognesi que aquí sucumbiremos todos antes de entregar Arica. Hágannos propios, comuníquenos órdenes y noticias del ejército y de los auxilios de Moquegua.—Manuel C. de la Torre, Jefe de Estado Mayor General.

"Arica, 30 de mayo de 1880.—Prefecto.— Arequipa.— Esfuerzo inútil. Tacna ocupada por el enemigo. Nada oficial recibido. Arica se sostendrá muchos días y se salvará, perdiendo enemigo si Leiva jaquea aproximándose Sama y une con nosotros. — Bolognesi.

"Arica, 2 de junio de 1880.—(Recibido en Arequipa el 2 a las 12 y 38 p. m.)— Prefecto.— Arequipa.— Toda caballería enemiga en Chacalluta. Compone ferrocarril. No posible comunicar Campero. Sitio o ataque resistiremos.— Bolognesi.

"Arica, 2 de junio de 1880.—(Recibido en Arequipa el 3 a las 6 y 35 a. m.)—Prefecto.—Arequipa.—Enemigo todas armas por trenes a dos leguas acampado. Espero mañana ataque.—Bolognesi.

"Arica, 3 de junio de 1880.—Prefecto.—Arequipa.—Avanzadas enemigas se retiran. Continúan siete buques. Apure Leiva para unírsenos. Resistiremos.—Bolognesi.

---

* Estos fueron: Bolognesi, Inclán, Arias Aragüez, Varela, Ugarte, La Torre, Lagomarsino, Tizón, O'Donovan, Zavala, More, Paz, Sáenz Peña, Raygada, Espinoza, Francisco, Medardo y Benigno Cornejo, Ayllón, Nacarino, Chocano, Blondel, Elmore, Barrios, Zela, Belaunde.

"Arica 5 de junio de 1880.—Recibido en Arequipa el 5.—Prefecto.—Arequipa.—Apure Leiva. Todavía es posible hacer mayor estrago en el enemigo victorioso. Arica no se rinde y resistirá hasta el sacrificio.—Bolognesi.

"Arica, 5 de junio de 1880.—(Recibido en Arequipa el 5 a las 9 a. m.—Prefecto.—Arequipa.—Parlamento impone rendición. Contestación previo acuerdo de jefes: quemaremos el último cartucho. —Bolognesi.

"Arica, 5 de junio de 1880.— (Recibido en Arequipa el 5 a las 2 y 40 p. m.)—Prefecto.—Arequipa.—Suspendido por enemigo cañoneo. Parlamentario dijo: "General Baquedano por deferencia especial a la enérgica actitud de la Plaza, desea evitar derramamiento de sangre". Contesté, según acuerdo de jefes: "Mi última palabra es quemar el último cartucho". ¡Viva el Perú!.—Bolognesi.

"Arica, 6 de junio de 1880.—(Recibido en Arequipa el 6, a las 10 y 30 p. m.).—Prefecto.—Arequipa.—A las 12 y 50 principió fuego artillería enemiga. A las 2 "Loa", "Magallanes", "Covadonga" y "Cochrane" sobre baterías y "Manco Cápac". Combate general. Batería "San José" a los 10 disparos apagó una batería del cerro. "Manco Cápac" hizo cambiar rumbo al "Cochrane" que a h. 3 tuvo incendio por proyectil Morro y salió combate. A las 4 caballería e infantería por norte, que huyeron luego de fuego nuestros.

"Gran entusiasmo. Enemigo hizo 264 cañonazos. No hay desgracias. Jefes agradecen saludo Arequipa. Felicito en su nombre al país por el día.—Bolognesi".

Tal era la situación en que Bolognesi y sus subordinados se encontraban en la madrugada del 7 en que se realizó el asalto, habiendo escrito días antes la siguiente carta, en la que, por curiosa coincidencia, previó hasta el día en que se realizaría el ataque.

"Arica, junio 4 de 1880.—Señor General Montero o Coronel Leiva:

Este es el octavo propio que conduce, tal vez, las últimas palabras de los que sostienen en Arica el honor nacional.

No he recibido, hasta hoy, comunicación alguna que me indique el lugar en que se encuentra, ni la determinación que haya tomado.

El objeto de ésta es decir a U. S. que tengo al frente 4000 enemigos poco más o menos, a los cuales cerraré el paso, a costa de la vida de todos los defensores de Arica, aunque el número de los invasores se duplique.

Si U. S. con cualquier fuerza, ataca, o siquiera jaquea la fuerza enemiga, el triunfo es seguro. Grave, tremenda responsabilidad vendrá sobre U. S. si, por desgracia, no se aprovecha tan segura, tan propicia oportunidad.

En síntesis, actividad y pronto ataque o aproximación a Tacna, es lo necesario por parte de U. S., por la nuestra, cumpliremos nuestro deber hasta el sacrificio.

Es probable que la situación dure algunos días más y aunque hayamos sucumbido, no será sin debilitar al enemigo hasta el punto en que no podrá resistir el empuje de una fuerza animosa, por pequeño que sea su número.

El Perú entero nos contempla. Animo, actividad, confianza y venceremos sin que quepa duda.

Medite U. S. en la situación del enemigo, cerrado como está el paso a sus naves.

Ferrocarril y telégrafo fueron inutilizados; pero hoy ya funcionan los trenes para el enemigo.

Todas las medidas de defensa están tomadas. Espero ataque pasado mañana. Resistiré.

Hágame propios cuantos sea posible.

Dios guarde a U. S.—Francisco Bolognesi".*

EL ASALTO

7 DE JUNIO

Después del cañoneo y las intimaciones de rendición, los chilenos se dieron cuenta de la inutilidad de estos procedimientos para quebrantar la férrea voluntad del Jefe de la Plaza y de sus heroicos subordinados, y decidieron, en consecuencia, a pesar del recelo que les inspiraban las defensas de la posición, lanzarse al asalto para imponerse por la fuerza gracias a la superioridad de sus efectivos, que acrecentarían poniendo al servicio de éstos las ventajas que proporciona la sorpresa.

Guiado Lagos en la formación de su plan por los datos que le proporcionó un chileno radicado largos años en Arica, que por estos días acompañaba al cuartel general chileno, le fue fácil orientar sus tropas para el asalto.

En cuanto al defensor, sus medios eran indudablemente menos potentes de lo que el temor de los chilenos los hacían aparecer. No todos los cañones, como ya lo hemos dicho, se hallaban en condiciones de batir las direcciones de tierra; siendo en su mayor parte piezas pesadas de sitio, su empleo se hacía difícil para el defensor que no podía dar la debida rapidez a las operaciones necesarias para hacer partir sus tiros sobre un enemigo en movimiento. Lo reducido del efectivo de la guarnición y la naturaleza de las tropas, en su mayoría reclutas, no permitía hacer una defensa de larga duración, ni mucho menos rechazar al asaltante definitivamente. Los parapetos y obras construídas para la defensa eran débiles y más que cubrir del fuego o formar un serio obstáculo para el asaltante, eran magníficos blancos y servían para denunciar los lugares en que se encontraban los defensores. Es constante que para los trabajos faltaron hasta herramientas, que hubo de adquirir el Coronel Bolognesi en las últimas semanas. En cuanto a las minas, tan temidas por las tropas de Chile y que dieron lugar a escenas de infundada represalia, eran efectivamente de escaso poder y su acción fue absolutamente nula.

* En la obra Arica, de Gerardo Vargas Hurtado, fecundo escritor nacional, se encuentran importantísimos y muy minuciosos detalles históricos. Lima, 1921 Imp. Americana.

DISPOSITIVO DE LAS FUERZAS DE LA DEFENSA

Además de la guarnición de cada Fuerte, formada por los artilleros que servían las piezas, Bolognesi distribuyó los batallones de que disponía reuniéndolos preferentemente alrededor de las obras del Morro y del Este que, a su juicio, formaban el sector más importante. En el largo parapeto que unía el "Ciudadela" con el "San José", pasando por el cementerio, se distribuyeron algunas compañías del "Tarapacá" y del "Iquique"; de esta manera, cuando se presentó Salvo el 5 en la mañana, fue recibido por el Comandante Zavala, primer jefe del "Tarapacá".

La distribución de la infantería de la defensa cristalizó cuando, durante el cañoneo del día 6, se produjo el avance del Regimiento "Lautaro" y de algunas compañías desprendidas del Condorillo sobre los Fuertes del Norte. Esta operación, que al decir de los chilenos fue un simple reconocimiento, hizo creer al Coronel Bolognesi que el ataque se produciría por ese lado y, celoso de sus funciones, dispuso que se trasladara a esa región en la misma tarde del 6, la Octava División completa, dividiendo así sus fuerzas entres las dos grandes reparticiones de la posición.

De esta manera el "Iquique", a órdenes de su primer jefe el Teniente Coronel Sáenz Peña *, quedó a proximidad de las Baterías del Norte y el "Tarapacá" entre la derecha de ese batallón y el reducto del cementerio; la División formada por estos dos batallones, mandada por el Coronel Ugarte que tenía como jefe de Estado Mayor al Coronel Bustamante, pasó la noche del 6 al 7 en avanzadas en esta región. La séptima División, a órdenes de su Comandante General el Coronel Inclán, que tenía como jefe de Estado Mayor al Coronel O'Donovan, fue repartida entre los Fuertes del Este en la siguiente forma: en el "Ciudadela", Batallones "Granaderos de Tacna", mandada por el Coronel Arias Aragüez y "Cazadores de Piérola" mandado por el Coronel Francisco Cornejo; en el Fuerte del "Este", el "Artesanos de Tacna" mandado por el Coronel Varela con quien permanecían Inclán y O'Donovan.

En la tarde del 6, cuando Elmore se presentó a Bolognesi como enviado de Lagos, previno a los jefes amigos suyos que el ataque principal, según sus sospechas, se realizaría sobre los Fuertes del Este; pero la noticia no llegó a conocimiento de Bolognesi o éste no le dio debido crédito.

En la madrugada del 7 de junio, al producirse el asalto chileno, el dispositivo de las tropas era, pues, el que acabamos de señalar.

PLAN Y DISPOSITIVO DE ASALTO

Temeroso Lagos de fracasar en la empresa que se le había encomendado, exageró las precauciones para obtener un éxito seguro.

Era indudable que el Morro debía ser el objetivo principal del ataque, porque en él concentraban los defensores sus medios más potentes y era el lugar llamado, por dominar la plaza y sus alrededores, a ser el baluarte final de la defensa. Pero, como sus acce-

---

* Don Roque Sáenz Peña, que llegó a General de Brigada del Perú y que ocupó la primera magistratura en la República Argentina, de donde era natural.

sos eran muy difíciles, se hacía necesario buscar la línea más practicable del terreno para llegar a su cima, contando con vencer a los defensores que se interpusieran en el camino que llevaba a la "Llave de la posición". Escalar la altura desde su base era lo más laborioso que podía hacerse y todo indicaba la conveniencia de apoderarse grado a grado de las pendientes, para lo que era necesario ocupar desde el comienzo las alturas desguarnecidas que se hallaban más próximas al objetivo. Tenía así determinado el punto en que debía producirse el ataque y la dirección general que había que darle.

Para atropellar en su avance a quien quisiera oponérsele, necesitaba lanzar el mayor número posible de tropas sobre el punto que deseaba forzar y, para aumentar esa potencia era necesario proceder por sorpresa, decuplicando, gracias a ella, el esfuerzo de sus soldados. Como el terreno no permitía los desplazamientos a cubierto, Lagos empleó la noche para ocupar su base de partida.

Con esta concepción, las líneas generales del dispositivo de ataque fueron las siguientes:

Sobre cada uno de los Fuertes del Este, atacaría un regimiento de infantería, mientras un tercero marcharía detrás para reforzar, recoger o apoyar a los primeros, si fuera necesario. Una parte de la caballería seguiría este movimiento, para limitar cualquier retroceso de las tropas asaltantes y cortar brutalmente todo intento de fuga. La misión de "cortar la retirada a los defensores", que atribuyen a esa caballería que marchaba tras las propias columnas de ataque, es absurda e increíble, porque los soldados batidos no se retiran jamás por la línea de mayor resistencia, es decir, por entre las filas de quienes los acaban de vencer y, si tal hubiera sido efectivamente la razón que movió a Lagos a poner la caballería cerrando la izquierda del ataque, eso demostraría la mayor ignorancia de su parte sobre las realidades del combate, según el fundamento dado más arriba.

La artillería, con un batallón de sostén, debía cañonear al defensor desde sus emplazamientos de la víspera y, durante la fase preparatoria del asalto, se encargaría de avivar las fogatas encendidas en el Condorillo para despistar a la guarnición sobre los desplazamientos que se estaban realizando; con este mismo fin se despachó a Elmore a esa hora.

Por último un Regimiento, el "Lautaro", avanzaría desde el norte concéntricamente para fijar a los defensores de ese extremo de la posición, desviar la atención de los peruanos complicando el problema de la defensa o dar de revés sobre los elementos del Morro, fuertemente atacados de frente. Tras de este Regimiento, otra fuerza de caballería impediría que los infantes chilenos vacilaran en el cumplimiento de su deber.

La consigna expresa de "no dar cuartel" y la manera de utilizar su propia caballería, pone en evidencia el modus operandi del jefe de las fuerzas asaltantes.

ATAQUE A LOS FUERTES DEL ESTE

Cuando, cerca de las 8 de la noche del día 6, Elmore regresaba al campamento chileno para dar cuenta de su cometido, encontró a las tropas trasladándose desde las alturas donde las había deja-

do hacia el valle de Azapa, realizando así el desplazamiento que él había sospechado y comunicado a los jefes de Arica.

Durante el transcurso de la noche fueron designados el Regimiento 4º de línea para atacar el fuerte del "Este" y el 3º para proceder en igual forma contra el "Ciudadela"; el Regimiento "Buín", 1º de línea, quedaba encargado de marchar detrás del intervalo de los dos anteriores, para reforzarlos si eran diezmados en el asalto. El escuadrón de "Cazadores a Caballo", que formaba en este agrupamiento, cerraría la izquierda con la misión ya señalada.

A medianoche, después de una marcha silenciosa, todas estas tropas se hallaban sobre la parte alta de los cerros que quedan al este del Morro, permaneciendo los Regimientos de primera línea como a 1000 metros de los Fuertes que debían atacar, bien orientados y listos para emprender el avance en cuanto comenzara a aclarar el día.

Lagos instalóse cerca del Regimiento "Buín", es decir, con la reserva.

A las 5 de la mañana del 7 de junio, los Regimientos chilenos de primera línea, perfectamente orientados sobre sus objetivos, ya visibles en la claridad de la mañana, rompieron la marcha en formación de asalto. La orden disponía que el movimiento se iniciara a cerca de las 4 y 30 de la mañana; pero el Comandante Castro, del 3º de línea,, con la atonía que produce el miedo, no dio la señal de partida hasta que uno de sus dos jefes de Batallón desencadenó de por sí el asalto, arrastrando a su tropa a pesar del Jefe del Regimiento *; el otro Mayor jefe de batallón, rompió también la marcha, en segundo escalón como estaba ordenado, no sin que uno y otro enrostraran su conducta al Comandante Castro que quedó atrás, fuera de las filas de su unidad.

El Jefe del "Buín", a pesar de que se hallaba en situación menos peligrosa, detuvo también a su Regimiento, lo hizo desviar de la dirección general de ataque desorientándolo adrede hacia la izquierda y, por fin, no secundó a los Batallones de primera línea *. Tal era la influencia moral de las famosas e inofensivas minas explosivas.

Retrasado pues el ataque, el 3º y el 4º recuperaron el tiempo perdido lanzándose cuesta arriba "a paso de trote". Se hallaban ya a 300 o 400 metros de los Fuertes, cuando fueron descubiertos por la guarnición del "Este" que disparó sobre ellos sus pesados cañones de sitio cargados desde hacía días y dio la alarma al "Ciudadela" que pronto abrió también el fuego.

Los batallones chilenos, formados en columnas cerradas de asalto, respondieron entonces, sin detener su avance, y el fuego de fusil se hizo vivísimo por ambas partes.

La sorpresa táctica planteada por Lagos se había realizado totalmente. Los defensores dispararon sus cañones, reglados para una distancia mayor que aquella a que se presentaba de improviso el asaltante, y sus proyectiles, pasando por alto no produjeron resultado alguno. El hecho de que los cañones quedaran neutralizados por razón de la proximidad a que se hallaban los chilenos, hi-

* El chileno Molinare, actor en Arica como subteniente del 4º de línea, describe este hecho con abundancia de detalles, pintándolo con vivos colores.

zo perder gran parte de su potencia a la defensa y el número abrumador de fuerzas enemigas que los tiradores peruanos veían aparecer a su frente, en densas formaciones de ataque, les hizo comprender que no quedaba otra expectativa que sacrificarse por el honor nacional, sin esperanza alguna de éxito.

El encuentro se produjo entre 420 peruanos que ocupaban el "Ciudadela" y 387 que ocupaban el "Este" ** contra 2400 chilenos en primera línea, apoyados por 1200 más que seguían a las columnas de asalto, escoltados por cerca de 200 jinetes.

Los asaltantes, llegados al pie de los parapetos rasgaron con sus "corvas" y sus bayonetas los viejos y asoleados sacos con arena seca que los formaban, vaciándolos fácilmente y obteniendo paso franco. La lucha comenzó, cuerpo a cuerpo, en el interior de cada Fuerte; en ella, sería ingenuo declarar que venció el más numeroso.

El espíritu de sacrificio de los defensores, que tan vivamente había sabido despertar y desarrollar el Coronel Bolognesi, se evidenció entonces en grado excelso; los soldados no sólo lucharon con bravura contra lo imposible, sino que buscaban la muerte con deliberada intención heroica.

En el "Ciudadela", el Coronel Arias Aragüez paseando tranquilamente primero sobre el parapeto y después en la plataforma del polvorín, sable en mano, muere matando al soldado de Chile que le pedía con respeto ante su valor que se rindiera. Mueren con él Zela y Tomás Chocano, segundo y tercer jefe de su Batallón; Francisco Cornejo y Vizcarra, primero y segundo jefes del "Cazadores"; Nacarino, jefe de la Batería. En fin, cuando el "Ciudadela" era una pira sangrienta, el cabo Alfredo Maldonado cumpliendo la terrible misión que tenía, pone fuego al polvorín del Fuerte y vuelan por los aires, destrozados, gran número de asaltantes y casi todos los defensores.

En el "Este", que fue el primero en descubrir a las tropas atacantes, el 4º de línea se vio detenido largo rato por los esfuerzos del "Batallón Artesanos" que, animado por Inclán, O'Donovan y su jefe directo el Coronel Varela, mantenía con denuedo su posición hasta quedar reducido a 100 hombres. En este momento, herido Varela gravemente, amenazada la posición de ser rodeada por su derecha por donde aparecía una compañía del "Buín", Inclán ordenó la evacuación del fuerte en conformidad con las órdenes anticipadas de Bolognesi, para ocupar las zanjas que se habían cavado en Cerro Gordo como posición de repliegue y antemural de las baterías del Morro, último baluarte de la defensa.

En el repliegue por la planicie superior de la cerrillada combatiendo en ordenada formación, cayeron numerosos soldados del "Artesanos" hasta que los restantes coronaron Cerro Gordo, donde iban a ofrecer al asaltante una nueva y esforzada resistencia.

Antes de instalarse en su nueva posición, esos héroes tuvieron el inmarcesible orgullo de ver volar el "Ciudadela" de cuya guarnición, infantería y artillería no sobrevivió sino una veintena de hombres.

** Efectivos señalados en el parte diario del Coronel Marcelino Varela, Comandante del "Artesanos", que era jefe de la línea en la noche del 6 al 7.

El combate en los Fuertes del Este había terminado. En charcos de sangre "en que la caballería entraba la uña", según la expresión del secretario de Baquedano, se instaló Lagos con los "buínes".

El ataque del 3º y 4º de línea prosiguió sin detención contra Cerro Gordo y ulteriormente sobre el Morro.

LUCHA EN EL MORRO

Gracias a la resistencia en los Fuertes avanzados, las Baterías del Morro que mandaban More y Espinoza, cerca de las que se encontraban Bolognesi, La Torre y Alfonso Ugarte, lograron hacer algunos disparos contra la cola de las columnas de asalto, sin poder hacerlo sobre los primeros elementos para no ofender a los propios camaradas.

Desde el Morro, Bolognesi comprendió a los primeros tiros y a la vista de las masas de ataque, que la decisión del combate tendría lugar en este punto y ordenó al Coronel Alfonso Ugarte que fuera al otro lado de la población, a traer de refuerzo a los dos batallones que mandaba.

En Cerro Gordo, mientras esta orden se cumplía, se iba desarrollando el combate frente al total de las fuerzas asaltantes.

Llegados a este cerro los pocos "Artesanos" que quedaban a órdenes de Inclán y O'Donovan y del segundo jefe del batallón, Francisco Chocano, se defendieron bravamente contra el 3º y 4º de línea que, sumando ahora sus fuerzas, rodeaban la eminencia y la asaltaban por todos lados.

Pronto, los más rápidos asaltantes llegaron al cuerpo a cuerpo. Allí, como Arias Aragüez en el "Ciudadela", Inclán de pie se bate personalmente y cae, sable y revólver en mano, en el fragor de la pelea. O'Donovan, su jefe de estado mayor, lo sigue en el camino a la inmortalidad destrozado a bayonetazos.

En el momento en que los chilenos dominaban la resistencia de Cerro Gordo, aparecían escalando las pendiente nordeste del Morro los batallones "Iquique" y "Tarapacá", de la División Ugarte, que sus jefes, Sáenz Peña y Zavala, en cumplimiento de la orden recibida, han conseguido traer de los Fuertes del Norte y de la línea del cementerio.

El Coronel La Torre, jefe de estado mayor de la Plaza, había ordenado minutos antes que el "Tarapacá", ya en marcha, se dirigiera a Cerro Gordo para contener los progresos del enemigo y en este empeño, lanzados los "tarapaqueños" contra la eminencia, fueron recibidos con descargas cerradas que diezmaron sus filas, haciendo caer entre los primeros a su primer jefe, Comandante Zavala, y al segundo del mismo batallón, Benigno Cornejo; esta pérdida no les hizo ceder, sin embargo, pues continuaron el ataque a Cerro Gordo, hasta que su tercer jefe recibió orden de Bolognesi para replegarse al Morro.

En el Morro, de este modo, a las 8 y 30 de la mañana se hallaba medio Batallón "Iquique" que había sufido bastantes bajas al escalar la altura por los disparos partidos de Cerro Gordo, situado a 200 metros de distancia, siendo herido su jefe, Sáenz Peña; el otro medio batallón, a órdenes del 2º jefe mayor Salazar, que murió

en este momento, y del 3er. Jefe, había quedado a media pendiente, fijado por los fuegos de Cerro Gordo. Los restos del "Tarapacá" a órdenes del mayor Salamanca, se encontraban también en la planicie superior del Morro y, en fin, algunos "Artesanos" sobrevivientes, a órdenes de su segundo jefe, Francisco Chocano. A estos pocos infantes había que sumar los artilleros de las Baterías "Baja" y "Alta" que, con los marineros de la "Independencia", no llegaban a 160.

Concentrada la defensa en la cima del Morro y atacada vigorosamente por los Regimientos chilenos, engreídos por sus éxitos sucesivos, el cuerpo a cuerpo fue encarnizado; no se pedía ni se daba cuartel y, como siempre, la victoria final debió corresponder a los que luchaban a razón de cinco contra uno.

En esta fase final del combate murió Bolognesi, que, derribado por una descarga, se incorporaba para hacer fuego con su revólver cuando un chileno le destrozó el cráneo de un culatazo. Murieron también More y el Coronel Bustamante, jefe de estado mayor de la Octava División, así como el Mayor Blondel, 3er. jefe del "Artesanos".

Alfonso Ugarte, comandante general de la Octava División, viendo que todo esfuerzo era ya inútil, tomó una bandera y desafiando a la muerte, que hasta entonces le había respetado, se lanzó a caballo al abismo por los empinados farallones del Morro que caen al mar. De este modo ofrendó a la Patria el tributo de su vida y llegó a la altura de sus heroicos camaradas que más felices que él, ya habían realizado el sagrado holocausto.

El 2º jefe de las Baterías del Morro, Capitán de Corbeta Espinoza, logró hacer reventar dos cañones de las baterías. Los demás cañones no pudieron ser inutilizados porque no existían, ya, los soldados que debían realizar esa tarea.

Las temidas minas, cuya fuente eléctrica se hallaba en el recinto del Fuerte del Morro, rotos sus alambres conductores o por la ineficiencia de su instalación, no dieron fuego.

ATAQUE A LOS FUERTES DEL NORTE

Al aclarar el día 7 y cuando ya se hacía terrible fuego en los Fuertes del Este, los defensores de los Fuertes del Norte vieron avanzar, a lo lejos, con un batallón por la playa y otro al este de la línea del ferrocarril, al Regimiento "Lautaro" escoltado por un Escuadrón de "Cazadores" y por el 2º de "Carabineros", a órdenes todas estas fuerzas del Coronel Barboza.

Reconocidas las intenciones del enemigo, el Comandante Ayllón mandó abrir el fuego de los cuatro cañones de la batería a su cargo y las piezas del monitor "Manco Cápac" secundaron a los Fuertes disparando sobre el enemigo visible en plena pampa. El defecto de las punterías, la naturaleza del terreno, cuyas ligeras ondulaciones ofrecían numerosos ángulos muertos y zonas no batidas, así como la formación adoptada por los chilenos del "Lautaro", permitió a éstos, sin embargo, continuar el avance hacia los Fuertes del Norte.

En el momento en que los asaltantes comenzaron a convertirse en un peligro para las Baterías, sus defensores vieron desguarnecido el propio frente, pues los batallones "Iquique" y "Tarapacá", que eran su inmediato sostén, partían a órdenes de Ugarte, con Sáenz Peña y Zavala, por disposición del Jefe de la Plaza hacia el sector del Morro, más violentamente atacado.

Poco después, mientras los del "Lautaro" avanzaban con toda prudencia, volaba el "Ciudadela", y luego se oía el estampido que producía la voladura de los cañones del Morro.

El Comandante Ayllón, que no había perdido de vista el desarrollo del combate en el Morro, decidió también volar sus piezas, logrando hacerlo con dos de las cuatro de que disponía, después, sus soldados tirotearon al "Lautaro" y se retiraron ulteriormente, rodeados de enemigos por todas partes, hacia la población, donde todavía combatieron en unión de los dispersos de los Batallones "Iquique" y "Tarapacá", que habían sio diezmados y cortados en la subida del Morro.

A las 9 de la mañana, la lucha en todos los sectores había terminado.

FIN DE LA ACCION

La artillería chilena no cooperó al ataque por temor de herir a los batallones de asalto y su Jefe, cuando vio banderas chilenas en el Morro avanzó hacia la población para ofrecer su apoyo, pero ya en ese momento el puerto mismo estaba ocupado por las fuerzas de Chile.

Los soldados peruanos dispersos del Morro y los de los Fuertes del Norte, más numerosos porque no habían sufrido el ataque directo, fueron perseguidos por las calles de la población, extrayéndolos de los consulados extranjeros y del templo, donde se habían refugiado, para fusilarlos en masa en la plaza de armas, a pesar de estar desarmados y acogerse a las leyes de la guerra *.

El "Lautaro", que atacó por el norte, fue la primera unidad chilena que ingresó en formación al puerto de Arica y a poco lo hizo el Batallón "Bulnes", afectado como sostén de la artillería del Condorillo, así como el 1er. Escuadrón de "Carabineros de Yungay". Estas tropas pusieron orden en las demás fuerzas chilenas que, cuando alcanzaron el puerto descendiendo del Morro, enardecidas por la lucha, se dedicaron a los excesos antes señalados.

EL "MANCO CAPAC" Y LA "ALIANZA"

Desde el "Manco Cápac" los marinos que lo tripulaban distinguieron perfectamente todas las fases del combate y comprendieron pronto el resultado final que éste había de tener.

Al ver que pasadas las 8 de la mañana se izaba una bandera chilena en el Morro, el Comandante Sánchez Lagomarcino, que ya había disparado sus cañones sobre las compañías del "Lautaro"

* Estas escenas las describe con sentida frase el doctor E. Uriburu, secretario de la Legación Argentina en Lima, durante la Guerra. Episodios del Pacífico, pág. 156. Buenos Aires, 1899.

que avanzaban en el llano del norte, dispuso que se hicieran los preparativos convenientes para volar el buque que comandaba.

Al efecto, los tripulantes depositaron una carga de dinamita en la proa y dispusieron lo necesario para abrir las válvulas. Hecho esto, la tripulación se embarcó en los botes y se entregó prisionera al "Itata", en tanto que el "Manco", al comenzar a sumergirse, se destrozaba por la explosión de la carga explosiva.

La "Alianza", de rápido andar, recibió orden del Comandante Lagomarcino para dirigirse al Norte. Así lo hizo, siendo perseguida por el "Cochrane" y el "Loa"; el blindado sólo la siguió hasta Sama y el "Loa" que continuó la persecución, la vio volar cuando estaba a punto de capturarla cerca de la playa. Sus tripulantes, que tomaron tierra a proximidad del puerto de Ilo cayeron prisioneros de las tropas chilenas que guarnecían esa región.

OTRAS OPERACIONES

La región Sur del Perú quedaba de hecho en poder de Chile después de la toma de Arica; sin embargo, en los alrededores de Tarata algunos dispersos, a órdenes del Coronel peruano Prado, hostigaban a las tropas chilenas. Barboza, con una fuerte división, fue encargado de avanzar hasta Tarata para reducir esa fuerza, lo que efectivamente realizó el 21 de julio ocupando ese lugar y después Ticaco.

Albarracín en Mirave y el Comandante Jiménez de los Gendarmes de Moquegua, establecida en el Sama, efectuaban también tareas de hostigamiento contra las fuerzas chilenas. Gruesos destacamentos de caballería fueron enviados en su persecución, sin lograr hallarlos.

En fin, como se aseveraba que en Moquegua había una numerosa fuerza peruana, Baquedano confió a Salvo un destacamento de las tres armas que avanzó de Ilo a Moquegua. Alarmado Salvo en este lugar por nuevos datos, pidió refuerzos, que le fueron enviados con el Coronel Lagos, llegando así a formarse en Moquegua una fuerte división que, a poco, volvió al grueso por ser innecesaria.

Con estas cortas excursiones, los chilenos asentaron su dominio provisional hasta la línea del río Moquegua por el norte y hasta Tarata por el este.

EL BLOQUEO DEL CALLAO

Mientras se desarrollaban en el Sur los hechos señalados, en el mar, frente al Callao, la escuadra chilena sufría rudos golpes que rebajaban su poder moral y material.

Hemos seguido los incidentes del bloqueo hasta el hundimiento de la lancha torpedera "Janequeo" por el heroico Teniente peruano Gálvez. Este suceso se realizó el 25 de mayo, víspera de la batalla de Tacna.

El transporte armado "Loa" en crucero por el lado norte de la rada del Callao, avistó el 3 de julio una balandra que se encontraba anclada, aunque con sus velas desplegadas. El comandante del transporte ordenó entonces que un oficial se aproximara en un bote para reconocerla y como éste al hacerlo la encontrara aban-

donada, aunque cargada y como éste al hacerlo la encontrara abandonada, aunque cargada al tope de frutas, aves y algunos sacos, dispuso lo conveniente para remolcarla al costado del "Loa".

Llegado cerca de su nave, el oficial dio cuenta a su jefe de la comisión que se le había encomendado y éste ordenó que se trasbordara la carga.

La operación se realizaba con toda tranquilidad, cuando al levantar el último saco se produjo una formidable explosión. Un resorte sostenido en descanso por el peso del último saco debía distenderse cuando éste faltara, provocando el encendido de un fulminante colocado en contacto con una fuerte carga de pólvora disimulada en el fondo de la balandra.

La violenta explosión originó en el "Loa" una enorme vía de agua, que dio con el transporte en el fondo del mar en cinco minutos escasos.

Algunos tripulantes se salvaron en botes o a nado, siendo recogidos muchos de ellos por los peruanos.

El tercer bombardeo del Callao se realizó en los días 30 y 31 de agosto y 1º y 3 de setiembre. El único proyectil que aprovecharon los chilenos fue uno que cayó en el entrepuente de la "Unión" y pasó hasta una cámara ocasionando algunos daños y heridos.

En los dos últimos días del bombardeo, los jefes de la plaza del Callao hicieron avanzar hacia los buques chilenos, que permanecían bastante lejos para no ponerse a tiro de las baterías de la ribera, algunas lanchas cañoneras que, cumplida su misión ofensiva, volvieron al puerto sin lograr grandes resultados.

La "Covadonga" se hallaba el 13 de setiembre cañoneando el puerto de Chancay, cuando sus jefes distinguieron una embarcación cerca de la playa. Aproximóse a ella un bote con algunos tripulantes, que vieron que estaba vacía y construida y equipada con el mayor lujo, como elegante bote de paseo. Entusiastas con la adquisición que habían hecho, la remolcaron al costado de su buque, donde fue meticulosamente reconocida antes de izarla a bordo. Cuando se procedió a esta operación, pasando cabos por sus argollas de popa y proa, la acción de su propio peso, al comenzar a dejar el agua, soltó un disparador oculto que hizo explotar una fuerte carga de pólvora.

En medio de la confusión del primer instante, los marinos de Chile se dieron cuenta de que su buque estaba perdido y comenzaron a abandonarlo con precipitación. Tres minutos después de producida la explosión, la "Covadonga" sólo asomaba sus palos fuera del agua.

Algunos tripulantes se salvaron dirigiéndose hacia el Callao, siendo recogidos por la "Pilcomayo", una de las naves bloqueadoras, y otros cayeron prisioneros en la ribera.

En la noche del 16 al 17 de setiembre, las lanchas cañoneras peruanas, burlando la vigilancia de los barcos y de las fuerzas sutiles chilenas, lograron transportar a la isla de San Lorenzo un grupo de soldados de infantería con la intención de capturar a la guarnición que los bloqueadores habían establecido en ella. Cuando las fuerzas de desembarco tocaron tierra, los soldados chilenos se dispersaron y ocultaron siendo imposible hallarlos en el breve tiempo en que los atacantes permanecieron en la isla.

Al ruido producido por algunos disparos escapados a los fugitivos, las lanchas chilenas acudieron, y en mayor número, secundados pronto por los buques de su escuadra, forzaron a los asaltantes a reembarcarse tan pronto como vieron que la sorpresa había fracasado.

Los peruanos sólo ocasionaron algunas bajas en los tripulantes de las lanchas enemigas y se retiraron en seguida al puerto.

Chancay, Ancón y Chorrillos sufrieron la ira provocada entre los chilenos por los sucesos anteriores.

Reunidos los jefes de la Escuadra Chilena en junta de guerra, acordaron pedir autorización a su gobierno para proceder contra las indefensas poblaciones citadas, sin pretender hacerlo contra el Callao "por la mala calidad de las pólvoras" y, probable y lógicamente, para escapar a la acción de los cañones del Puerto.

En respuesta, el gobierno chileno ordenó al jefe de su Escuadra que pasara un ultimatum pidiendo que se le entregara el "Rímac" y la "Unión", anclados en el puerto, bajo la amenaza de proceder al bombardeo. El Jefe de la Plaza respondió a esta original demanda diciendo al Almirante que "podía avanzar al puerto para tomar los barcos que pedía".

Fracasado el ultimátum, los chilenos cañonearon el 22 de setiembre las poblaciones de Chancay, Chorrillos y Ancón, sin resultados sensibles para los defensores.

Paralelamente a estas últimas operaciones se desarrollaba la expedición de Lynch en el norte del Perú y se iniciaban los arreglos para las conferencias de paz que tuvieron lugar en Arica.

CONSIDERACIONES

El objetivo militar de los chilenos estaba bien definido: ocupación de la plaza de Arica para dominar por completo en el teatro de operaciones, arrebatando al dueño del suelo su último baluarte; búsqueda de una salida al mar para recobrar la línea normal de comunicaciones y para adelantar al norte su base de operaciones de Pisagua, desbaratando el último rezago de resistencia y rompiendo por completo el enlace entre las fuerzas de la Alianza.

En lo que se refiere a la preparación estratégica de la operación sobre Arica, Baquedano supo tomar con precisión las medidas necesarias: reconocimiento previo por tropas de caballería, toma y mantenimiento del contacto, establecimiento de una zona de seguridad para garantizar la llegada de las fuerzas frente a sus puntos de aplicación; transporte escalonado de los gruesos economizando la fatiga de las tropas; utilización de soldados especializados para el arreglo antelado de la vía que había de permitirle presentar las tropas combatientes en el mejor pie; funcionamiento ordenado y previsión juiciosa de los abastecimientos para pasar largos días frente al enemigo, explotando los recursos del valle de Lluta y ulteriormente los de Azapa, completados con elementos enviados desde Tacna.

Otra cuestión que debía atender el General en Jefe era la referente a la cantidad de tropas que había que emplear para obte-

ner un éxito seguro, y a la naturaleza de esas tropas, que tomó en este caso de las que no habian llegado a combatir en el Alto de la Alianza.

El abandono en la vía del material rodante del ferrocarril, que como en Pisagua hicieron los aliados por falta de previsión, fue una gran facilidad que encontró Baquedano sin esperarlo.

Si Montero pensó hasta el último momento en trasladarse al puerto de Arica, nada más fácil que tener listo el material necesario para hacerlo cuando llegara la oportunidad y si, como sucedió, desistió de su idea, esas locomotoras listas para partir hubieran llevado siquiera el aviso de los sucesos de Tacna al Coronel Bolognesi.

Receloso el General chileno de la potencia de los defensas de la Plaza, fue prudente en señalar las condiciones en que debía realizarse el ataque. Hizo personalmente los reconocimientos que juzgó necesarios y midió las distancias; aumentó, llamando de Tacna al "Lautaro", las fuerzs que al principio había creído suficientes; tomó cuidadosamente el enlace con la Escuadra pidiéndole su colaboración y, en fin, para evitar el sacrificio de sus soldados, parlamentó y ofreció una capitulación honrosa a los defensores.

La prudencia del General en Jefe chileno se evidencia con el hecho de emplazar la artillería al límite extremo de su alcance, para evitar que fuera ofendida innecesariamente por las baterías de la Plaza.

Es indudable que el planteamiento general de la operación que se ejecutó el 7 de junio se debió en gran parte a la acción personal del Comandante en Jefe. El dispositivo de los Regimientos de Asalto, 3º, 4º y 1º, hace recordar al que tomaron las Divisiones Amengual, Barceló y Amunátegui en la batalla del Alto de la Alianza. La inacción a que fue obligada la caballería, recuerda asimismo esa batalla. A mayor abundamiento, el hecho de "tomar al toro por los cuernos", según la expresión favorita de Baquedano, revela también su influencia directa en la elaboración del plan de asalto.

El avance del "Lautaro" y de las tropas del "Buin" sobre Arica, antes del asalto, que hizo cambiar en parte el dispositivo de la defensa, se presenta a primera vista como una finta preparada, con la que logró el atacante desorientar al defensor obligándolo a dividir sus fuerzas. Pero los mismos chilenos, para disimular el rápido y desordenado retorceso de sus compañías, dicen que sólo se trató de un reconocimiento, haciendo caer por tierra la idea de que hubieran procedido conscientemente para lograr esa dislocación del dispositivo.

Ahora, si se acepta esa operación como un simple reconocimiento, se ve que su finalidad era incierta, porque nada había que reconocer aproximándose a 2000 ó 3000 metros de la Plaza; por otra parte, las ventajas que proporcionaba eran nulas y hasta contraproducentes, porque ese repliegue bajo la acción de los fuegos de la Plaza, consentido según ellos, no podía traer sino la desmoralización de sus propias tropas que no era posible que se dieran cuenta de tales sutilezas de su Comando; se aumentaba, en cambio, la moral del defensor que veía fugar a su adversarios a los primeros tiros.

Parece pues que la idea de Baquedano al ordenar ese avance no era atacar ni tampoco reconocer, sino tantear la energía de los defensores y medir la manera cómo reaccionaban ante ese amago de ataque, hecho ingenuamente y sin mayores alcances.

En los bombardeos que antecedieron a la ejecución del asalto se nota que, a pesar de sus esfuerzos, Baquedano no logró estar en perfecto enlace con la Escuadra. En el primer bombardeo ésta no tomó parte, siendo así que ninguna señal era más clara que las mismas detonaciones y fogonazos de la artillería ligera chilena que estaba a la vista de los marinos, como lo estaba toda la Plaza y sus alrededores. En el bombardeo del 6, la Escuadra demoró dos horas largas para acompañar a los cañones del Ejército.

En fin, se puede establecer que en el combate la Escuadra desempeñó un papel pasivo, de mera vigilancia, mientras sus compatriotas se batían. Aceptamos que no pudieran abrir el fuego antes de desencadenarse el asalto, porque eso hubiera sido echar a perder la sorpresa y aceptamos también que en las primeras horas, cuando no había luz, no podía disparar a ciegas; pero, su acción debió hacerse sentir contra el "Manco Cápac", contra los parapetos de sacos que hacían frente al este, contra los soldados del "Tarapacá" y los del "Iquique" que recorrieron la llanura de norte a sur por 2000 metros y, finalmente, contra los Fuertes del Norte, en apoyo del "Lautaro" que veían avanzar en dirección perpendicular a la de sus tiros y que no llegó a dichos Fuertes sino alrededor de las 8 de la mañana.

La dirección general del ataque estuvo bien elegida.

Indudablemente, el bastión principal de la defensa era el Morro y a conquistarlo debían tender todos los esfuerzos; una vez que éste estuviera en poder del asaltante, el resto de la defensa quedaba inútil. Para corroborar esta aserción basta imaginarse lo que habría sucedido si el ataque principal hubiera sido lanzado en otra dirección cualquiera, por ejemplo, de las baterías del Norte hacia el Morro o de los atrincheramientos del cementerio al mismo lugar: en primer término no se hubiera realizado la ventajosa sorpresa del Morro y se habría necesitado tal vez largos días para dominar, una tras otra, las sucesivas resistencias que opusiera el defensor; por otra parte, el camino más corto para llegar al Morro era el que conducía, ascendiendo gradualmente, por la planicie superior de la cerrillada.

Verdad es que siguiendo este eje se tomaba la línea de mayor resistencia del defensor, pero en el combate se trata precisamente de buscar al enemigo para romper su dispositivo, si se dispone de las fuerzas suficientes para hacerlo, como era el caso, en el punto en que éste se juzga más fuerte; procediendo en esta forma, se consigue un resultado seguro y se doblega más rápidamente su voluntad.

Para distraer la atención del defensor u obligarlo a dividir sus fuerzas, Lagos dispuso que Barboza avanzara por el arenal con el resto de las tropas. Pero, si la idea era buena, la ejecución fue pésima.

Ya hemos visto actuar a este Coronel, en el Alto de la Alianza, donde condujo su ataque, que tenía casualmente el mismo papel de

fijación del adversario, con calculado acompasamiento esperando que se aclarara la situación y se pronunciara la derrota para entrar en acción. Frente a Arica empleó parecido procedimiento, como demostramos en seguida con la fuerza probatoria de los números.

La distancia que debía recorrer era de 10 kilómetros, de Chacalluta a las Fuertes del Norte y, según los partes chilenos, emprendió su movimiento a las 4 de la mañana, empleando por consiguiente alrededor de cuatro horas para cubrir esa distancia. Se sabe, que excepto algunos disparos de las baterías y uno que otro del "Manco Cápac", este Regimiento no sufrió otra causa de retardo en su marcha.

Partiendo a las 4 de la mañana y disponiendo del camino del terraplén del ferrocarril y de los caminos que unen Arica con Chacalluta por la pampa, no puede atribuirse ni a la naturaleza del suelo ni a falta de orientación, la lentitud de su marcha. Si hubiera tomado el debido empeño, pudo estar con las primeras luces del día a 2 ó 3 kilómetros de las baterías, y no a las 8 de la mañana, cumpliendo entonces su papel de fijación de los batallones "Iquique" y "Tarapacá", que defendían ese sector. Bolognesi no hubiera llamado a dichos batallones en ese caso, o bien éstos no hubieran podido "desengancharse" sino con grandes pérdidas; de esta manera, el asalto al Morro hubiera sido menos duro, tomando cada elemento chileno la parte que le correspondía en la pelea.

Lagos, al ordenar el traslado a ocultas de los regimientos que atacaron el Morro, para establecerlos a distancia de asalto, debió también fijar la línea que debía alcanzar Barboza* durante la noche o la hora en que debía pronunciar su ataque, para que ambos se produjeran simultáneamente, desorientando al defensor y embrollando sus disposiciones.

La forma de poner a las tropas de asalto frente a sus objetivos, con la intención de proceder por sorpresa, fue bien determinada.

El traslado de los regimientos de ataque se realizó bajo la protección de las sombras de la noche.

Para asegurar el secreto, Lagos recurrió además al ardid de avivar las fogatas del campamento a fin de engañar a la guarnición de Arica sobre sus intenciones y parece, por otra parte, que despachó a Elmore como parlamentario irregular con el propósito de distraer al defensor, a sabiendas de que los peruanos no aceptarían esa intimación por conducto desusado, y con la certidumbre de que el ingeniero informaría a sus compatriotas de la situación en que dejaba al atacante; por eso, cuando Elmore regresó, ya encontró a las tropas chilenas en pleno desplazamiento por el valle de Azapa hacia las alturas inmediatas al Morro.

La designación de la base de partida, a buena distancia de ataque, bien orientada sobre los objetivos, donde la tropa debía permanecer en silencio, lista a lanzarse al asalto antes de aclarar el día, contribuyó también a la consecución del fin perseguido.

---

* Era fácil determinar esa línea, aunque no hubieran habido puntos de referencia, señalando el tiempo que debía marchar. Mas, en este caso constituía una magnífica referencia el casco del "Watteree", nave yanqui atascada en el arenal a 3 kilómetros al norte de Arica, cerca de la vía férrea, y como a Kilómetro y medio tierra adentro, hasta donde fuera arrojada por la fuerte marejada de 1868

Si los comandantes de los regimientos chilenos no se retardan, como sucedió a la hora de partida del ataque, éste hubiera llegado hasta el pie de las trincheras a cubierto por las últimas sombras, sin dar lugar, siquiera, a que los defensores ocuparan los parapetos. Como se ha visto, el retraso fue solo de algunos minutos que bastaron para que la guarnición de los fuertes se apercibiera.

El ataque, por sugestión muy probable del General en Jefe, fue organizado en profundidad, disponiendo los regimientos en columna de compañía. Seguía después un regimiento en segundo escalón, escoltado aún por la caballería.

Estos esfuerzos sucesivos, renovados constantemente, que iban a producirse en orden creciente de fuerzas; tenían que dar cuenta de la defensa.

Los militares chilenos que estudian hoy el asalto, dicen que éste se realizó por saltos, ocupando objetivos sucesivos. Fundamentan su opinión afirmando que Lagos dispuso que, una vez conquistados los fuertes "Este" y "Ciudadela", los Regimientos 3º y 4º se detuvieran para esperar al "Buín" y emprender los tres el asalto del Morro. Si esto fuera cierto, Lagos no hubiera situado a los "buínes" tan lejos en el dispositivo inicial, lo que fue en todo caso un grave error, ni estando cerca de ese regimiento hubiera permitido al Comandante Ortiz, por íntimas razones que conocemos, retrazar el momento de partida y desviar después su unidad. Además, las ideas de objetivos sucesivos, marcha por saltos y fijación de tiempos de detención en el ataque, son tan modernos como el establecimiento de redes de alambres, que estos mismos escritores dicen que debió tender Bolognesi delante de sus fuertes *.

Se distinguió con claridad la existencia de un campo principal, donde actuó el Jefe, y de un campo secundario.

Cabe hacer respecto a las baterías chilenas de la División de asalto, análogas consideraciones que las ya hechas sobre la cooperación de la artillería de la escuadra.

La caballería chilena, que no podía tener un papel importante en el asalto de los Fuertes, porque no estaba dotada como hoy del armamento necesario par aavanzar a la altura de la infantería, ni éste era su modo normal de empleo en aquella época, se limitó a "guardar las salidas de Azapa y Lluta para impedir que los defensores se retiraran". Ya sabemos cuán absurda es esta especie, forjada años después de la realización de los hechos. Esa caballería constituyó, en realidad, lo que hoy llamamos "línea de seguridad del campo de batalla", la que antes se tenía rubor de presentar, pero que desde la Guerra de 1914 - 1918 ha pasado a ser norma reglamentaria, para contener a los posibles tránsfugas, que siempre los hay. La guerra ha de estudiarse con alto concepto humano; sin dejarse influenciar por el amor propio, ni por el color de las banderas.

Fue grave error de los jefes peruanos el no enviar delante de sus posiciones algunas patrullas, que tal vez pudieron adelantarse

---

* Repetimos que la idea de organizar alambradas ya había sido lanzada y que hasta se había puesto en práctica, pero su empleo no estaba generalizado como hoy. Esto en el supuesto de que Bolognesi hubiera dispuesto de los elementos necesarios para establecer esas defensas accesorias.

hasta montadas, para que espiaran los movimientos del enemigo o para que, por lo menos, vigilaran en las direcciones más peligrosas*. Durante las noches, algunos vigilantes aislados pudieron ser lanzados a 1000 ó 2000 metros de los parapetos y, en los puntos obligados de pasaje, pudieron establecerse escuchas. Estos procedimientos se han empleado siempre**.

Además de este servicio de vigilancia, se debieron establecer a 500 metros adelante de las obras algunos puestos avanzados que previnieran de la aproximaicón del adversario y que combatieran replegándose.

La instalación de las minas había corrido a cargo del ingeniero Elmore quien, según se dice, era el único poseedor del secreto de su organización, que no tuvo tiempo de comunicar a sus jefes al ser tomado prisionero por sorpresa; aún aceptando ésto, que es fundamentalmente absurdo, no cabe duda que cuando regresó a la Plaza, como parlamentario de Lagos, pudo revelar a Bolognesi dicho secreto que, en su papel de simple ejecutante, no le correspondía conservar. A nadie se le puede ocurrir tampoco que no tuviera un solo ayudante o trabajador enterado del emplazamiento de esos dispositivos. Ni mucho menos se puede suponer que Bolognesi tolerara a Elmore tal independencia y autonomía para proceder por sí y ante sí.

Las minas, pues, no dejaron de funcionar por falta de dirección técnica, como pretenden los historiadores civiles empeñados en todas partes del mundo, en presentar como incapaces de tareas técnicas a los militares profesionales; sino, porque el cañoneo de los días anteriores dislocó probablemente los alambres conductores o éstos estarían mal instalados o, porque siendo improvisados, como los fulminantes, no comunicarían el fuego, o, por fin, porque los militares defensores no las ejercitaron, puesto que sabían lo poco que valían esos improvisados mixtos.

La versión chilena, según la cual al capturar a Elmore encontraron en su bolsillo los planos y derroteros de las minas, es tangiblemente equivocada, porque, en primer lugar, el ingeniero no iba a tener consigo los planos cuando se ocupaba en instalar una carga explosiva independiente del sistema en el sendero del puente de Chacalluta, que se encontraba bastante lejos de Arica, si se considera que Elmore se desplazaba a pie; en segundo término, si hubieran encontrado los planos, como lo afirman, no habrían tenido tanto temor y azoramiento por dichos elementales ingenios, cuyos emplazamientos y escasa eficiencia les quedaba revelados.

De todo este famoso sistema minado, y durante toda la operación, la única mina que explotó fue la de Chacalluta, ya mencionada, que hizo volar a dos soldados; varios miles de hombres circularon en esos días por aquel terreno, sin que exista la menor mención de los accidentes que debieron sufrir; ni mucho menos, tampoco, durante el asalto, ni después de él, porque ningún parte

* Elmore ingresó al recinto fortificado, a desempeñar su comisión de parlamentario, sin ser visto ni recibido por nadie. El Subprefecto de Arica hizo un viaje a Chaca y regresó a la plaza con una recua de mulas, en la noche del 5, sin ser visto ni por los chilenos ni por los peruanos.

** Desde los anseres capitolinum, hasta los perros de trinchera.

ni documento se refiere a estas explosiones. No se debe confundir —como en su parte oficial lo pretenden los chilenos— la voladura heroica del polvorín de los Fuertes, ni la destrucción con dinamita de los cañones, con la tan esperada y temida deflagración de las citadas minas, que sólo sirvieron para justificar crueles represalias de las tropas enardecidas por la lucha.

La principal enseñanza de esta acción de armas reside en la comprobación que hacemos del viejo precepto que quiere que: de dos fuerzas que chocan, como en mecánica, la más potente y animada de mayor velocidad sea la que incline a su favor la resultante.

Al calcular la potencia de cada una de estas fuerzas, se sobreentiende que adicionamos los elementos morales y los materiales que las forman; considerando a los primeros como un cuarto, o tal vez menos, de la potencia total. Generales hay que han fracasado por creer que un soldado suyo, por ser suyo, vale como tres del contendiente... No se debe olvidar, además, que los valores morales aumentan a medida que crece la potencia material, que es la única que da seguridad y confianza en el éxito, acrecentando el entusiasmo y atrevimiento.

Por esto, si es verdad que el combate de Arica, en lo que se refiere al choque de las fuerzas materiales, no permite sino la antes citada comprobación, dada la desproporción de efectivos y medios de lucha; en cambio, la excelsitud de las fuerzas morales del vencido, deja lección perdurable para los peruanos.

El sacrificio premeditado y espontáneo de Bolognesi, de sus jefes subordniados y de su soldados fue un hecho que, según lo insinuaba Montero al Coronel, al darle su consigna, "como estertor de la muerte sacudió hasta las últimas fibras del corazón de la Patria".

Aquello fue un suicidio colectivo, que sólo pudo ser realizado por hombres que saben alcanzar la altura de lo divino; por soldados que, al inmolarse libre y consentidamente en aras de la Patria, presentían la lección que su actitud significaba para los peruanos de hoy y de mañana.

CAPITULO XI

CAMPAÑA DE LIMA

1881

CONDICIONES GENERALES DE SU DESARROLLO

Acontecimientos Preliminares.- Expedición de Lynch.- Conferencias de Paz en Arica.

Características del teatro de operaciones.- Vías de comunicación.

Planes de operaciones.- La ofensiva chilena sobre Lima.- Proyectos de defensa.

Organización de los ejércitos opuestos.- Ejército peruano.- Ejército chileno.

Apertura de la campaña.-Transporte del primer escalón del ejército chileno.- Transporte del grueso del ejército.- Marcha de Pisco a Lurín.- Acción del Manzano.

El bloqueo del Callao.

Consideraciones.

* ACONTECIMIENTOS PRELIMINARES

Luego que las fuerzas chilenas conquistaron el objetivo territorial que sus dirigentes perseguían y lograron apropiarse manu militari de las riquezas minerales de Atacama y del litoral sur del Perú, el Gobierno de Chile se manifestó dispuesto a firmar la paz siempre que los aliados le cedieran las provincias que ocupaba con sus armas. Así cuando, desde comienzos de agosto de 1880, se planteó la posibilidad de una mediación de Estados Unidos, los gobernantes chilenos manifestaron su aquiescencia para que las amistosas gestiones de paz se llevaran a efecto.

Sin embargo, la opinión pública en Chile, sin penetrar o avalorar las dificultades inherentes a la reanudación de las operaciones, alucinada con los triunfos que su ejército había obtenido, instaba a su gobierno para que se lanzara en la aventura de abrir campaña contra Lima, donde juzgaba que residía toda la potencia militar del Perú.

---

* Croquis Nº 12.

En cuanto a Bolivia, cuyo escaso poder bélico había desaparecido en el Alto de la Alianza más rápidamente de lo que esperaba, ya no estaba en condiciones de ser considerada como potencia beligerante y, a pesar de que hubieron arreglos diplomáticos para establecer una confederación del Perú y Bolivia, muy favorable para ésta, la solidez de la Alianza había disminuído, abandonando los bolivianos los campos de batalla, seguros de su impotencia que, en realidad, era más bien imaginaria que efectiva.

En estas condiciones los chilenos tenían, pues, completa latitud para realizar nuevas empresas, que produjeran el aniquilamiento total de las fuerzas de su principal contendor, a quien deseaban imponer una paz ventajosa. Pero era indudable que más le convenía no abrir campaña formal a fin de economizar esfuerzos y sangre, contando con la mediación en marcha y en atención a la imposibilidad material en que creían hallarse para obtener una victoria decisiva contra los peruanos, que se organizaban alrededor de su Capital.

La solución intermedia, entre seguir en la inacción y abrir operaciones en gran escala, fue proporcionada por la iniciativa de un jefe chileno, Lynch, amigo íntimo del Presidente Pinto.

EXPEDICION DE LYNCH

4 de setiembre al 1º de noviembre

El Capitán de Navío de este nombre, jefe político y militar de Tarapacá, propuso desde el mes de julio que se le confiara una parte de las tropas del ejército de operaciones para dirigirse a los puertos del Norte del Perú, que no habían sentido los efectos de la guerra, a fin de llevar a ellos la desolación y la muerte

Además de lograr la finalidad específica de la guerra, que consiste en tesis general en hacer el mayor daño posible al enemigo para doblegar su voluntad, esta operación tendía a obligar a los aliados, o por lo menos al Perú, a que pidiera la paz. Por otra parte, si los aliados habían perdido con las regiones invadidas una fuente abundante de recursos, en cambio, gran extensión del territorio peruano y, sobre todo, los más poblados y ricos centros agrícolas de la costa no habían sufrido directamente el flagelo de la guerra y parecía necesario que lo sintieran de cerca.

Había algo más: Pinto encontraba en la expedición propuesta por Lynch un medio de distraer las exigencias de la opinión pública y de hacer pasar el tiempo en espera de soluciones definitivas. La proposición del emprendedor marino chileno fue, pues, aceptada.

Ya Lord Cochrane, en la guerra de la Revolución Emancipadora, había realizado parecidas empresas y Blanco Encalada había copiado los procedimientos del marino inglés en las guerras de Chile contra la Confederación Perú-Boliviana.

En su propuesta, con el objeto de tranquilizar a los miembros del gobierno chileno, Lynch ofrecía no ocasionar daños innecesarios y respetar juiciosamente los derechos de los neutrales para evitar complicaciones internacionales, y, con el fin de garantizar la corrección de sus procedimientos en lo referente a esta última cues-

tión, pidió y obtuvo que se le adjuntara un jurisconsulto como efectivo director en la materia.

A fines de agosto de 1880 Lynch recibió un pliego de instrucciones firmado por el Coronel Vergara, que hemos visto actuar desde el principio de la contienda y que ahora ocupaba el Ministerio de Guerra y Marina. Las instrucciones determinaban, en síntesis, que la expedición debía recorrer la costa peruana entre Quilca y Paita, imponiendo contribuciones en dinero o en especies bajo la amenaza de destruir las propiedades, con la única taxativa de no molestar a los neutrales y de no internarse a más de "seis leguas" del litoral.

Las tropas confiadas a Lynch fueron las siguientes:

Regimiento: "Buín"

Batallón "Colchagua"

" "Talca"

Medio escuadrón de "Cazadores"

" " "Granaderos".

Una batería Krupp.

Una sección de ingenieros.

Con las tropas debía marchar el ingeniero Stuven, que ya había dado pruebas de notable aptitud para destruir lo que hallaba a su paso.

Los transportes que debían conducir a los expedicionarios fueron el "Itata" y el "Copiapó", a los que escoltaría la "Chacabuco".

El convoy, así constituído, se hizo a la mar el 4 de setiembre de 1880 y el 8 se hallaba frente al Callao. De este puerto la expedición continuó al Norte, presentándose en Chimbote el 10.

En Chimbote, Lynch impuso cupos a las ricas haciendas de la región, ordenó muchas destrucciones con positivo daño para el comercio y, dejando parte de sus tropas en ese puerto, se dirigió con el resto de ellas al de Supe, donde procedió en igual forma.

En la mañana del 17 los expedicionarios, reunidos nuevamente en Chimbote, abandonaron el puerto con rumbo a Paita. En su viaje se detuvieron brevemente en las islas de Lobos para hacer algunas destrucciones.

El 18, habiendo tenido noticia de que el vapor "Islay" de la compañía inglesa traía un importante cargamento para el gobierno del Perú, lo visitaron y extrajeron de él estampillas y moneda peruana de papel, por valor de 8.025.000 soles.

El 19 las fuerzas tocaron en Paita; el 24, ya de regreso, en Eten; el 27 ingresaron a Chiclayo. De este lugar, el 5 de octubre, salió sobre Trujillo una parte de los expedicionarios; pero, cuando efectuaban una marcha lenta, extorsionando a los habitantes de la región que atravesaban, recibieron orden de dirigirse al Sur para sumarse al movimiento general del ejército que estaba en vísperas de embarcarse para abrir campaña sobre Lima; dejaron entonces la zona que recorrían y tomaron sus naves en Malabrigo el 24 de octubre

Deteniéndose frente al Callao y frente a Quilca, Lynch llegó a Arica el 10 de noviembre.

El valor de las destrucciones realizadas fue avaluado en 6 millones de soles y las contribuciones, percibidas hasta en chafalonía de oro y plata, dieron 30,000 libras esterlinas, 15,000 soles de plata y 5000 en papel moneda, sin contar los valores tomados en el "Islay".

CONFERENCIAS DE PAZ EN ARICA

Algunos países europeos e hispanoamericanos habían hecho tentativas para impedir la continuación de la guerra. Los gobernantes de Estados Unidos, que seguían de cerca estas actividades diplomáticas, decidieron adelantarse al movimiento pacifista y propusieron su mediación.

Los Ministros de Estados Unidos residentes en el Perú, Bolivia y Chile, pusiéronse pronto de acuerdo, según las instrucciones de su gobierno, hallando buena acogida en las cancillerías de los países interesados.

Después de las negociaciones preliminares de los mediadores, se reunieron en Arica los plenipotenciarios de los tres países beligerantes, a bordo de la "Lackawanna", nave norteamericana fondeada en la rada.

La primera reunión tuvo lugar el 22 de octubre, cambiándose a partir de ese día las propuestas y contrapropuestas de los representantes diplomáticos. Las sesiones se clausuraron, sin llegar a ningún acuerdo, el 27 de octubre.

El Perú proponía que las cosas volvieran al estado en que se hallaban el 14 de febrero de 1879, pedía una indemnización para ambos aliados por la injusta guerra a que habían sido provocados y exigía la devolución del "Huáscar" y de la "Pilcomayo".

Bolivia se adhirió a esta propuesta, quedando los aliados de acuerdo, además, en que si la parte contraria no aceptaba estas condiciones se le propondría someter el diferendo al arbitraje de los Estados Unidos.

Chile, por su parte, pedía una cuantiosa indemnización pagadera en libras esterlinas (20 millones de pesos), cesión incondicional de los territorios perú-bolivianos hasta la quebrada de Camarones, ocupación militar de Tacna y Arica en tanto que fuera cancelada dicha indemnización, devolución del "Rímac" y declaración expresa del Perú de no exportar el salitre que pudiera hallarse en otra región de su territorio, con derechos más bajos que los que él impusiera al suyo, para evitar una probable competencia.

En estas duras condiciones no fue posible llegar a un acuerdo y como no aceptara Chile el arbitraje que los aliados proponían, las conferencias fracasaron continuando entonces la guerra con mayor encarnizamiento, dado el encono que produjera la exposición de las pretensiones máximas de cada uno de los contendientes.

Al amparo de estas negociaciones oficiales, y mientras ellas se realizaban, el gobierno chileno, con manifiesta inconsecuencia a la gestión de Estados Unidos, dió a sus agentes diplomáticos la misión de arreglar, separadamente, la paz con Bolivia.

En esta nueva tentativa para romper los lazos que unían a los aliados, el gobierno de Chile proponía a Bolivia un tratado de alian-

za, comprometiéndose a conquistar para ella todo el territorio peruano que deseara y ofreciéndole oficialmente, además de Tacna y Arica, los departamentos peruanos de Puno y Arequipa.

Los diplomáticos de Bolivia con noble gesto, que no debe ser olvidado por los hombres de esa nacionalidad, rechazaron en forma pública y oficial esta propuesta que, si es cierto que era de efectivo practicismo, les impedía en cambio cumplir honrosamente sus compromisos con el Perú.

CARACTERISTICAS DEL TEATRO DE OPERACIONES

La distintas regiones de la costa del Perú tienen grandes similitudes, en lo referente a su geología y aspecto físico. Las características generales de los teatros de operaciones del Sur, y especialmente las del teatro de Tacna, son pues comunes con las de la zona del territorio peruano donde se realizó la Campaña de Lima.

En esta última región no existe ya la cadena marítima o de la costa, sumergida en el Pacífico algo más al sur, y las estribaciones o ramales de la cordillera de los Andes aparecen inmediatamente después del litoral, como gigantesco tabique que separa la costa de la sierra. No pasa de 40 kilómetros el ancho medio de la zona litoral, en la que los ríos desprendidos de la cordillera hacen el último tramo de su recorrido para desembocar en el mar. Los contrafuertes de los Andes avanzan en algunos puntos hasta la misma playa, donde terminan a pico formando morros, o constituyen laberínticas cerrilladas arenosas, o en fin, se deforman y alargan de sur a norte para determinar, sea un glacis de suave pendiente, sea un ribazo escarpado, a cuyo pie bate el oleaje.

La región del litoral comprendida entre el valle de Pisco y el del Rímac, en que se efectuaron las operaciones de esta campaña presenta una serie de ríos paralelos que corren de este a oeste, determinando la formación de valles alargados que cortan, como verdaderos oasis, la aridez y monotonía del desierto que los separa.

Su clima es cálido, por la ausencia de nubes que velen los rayos solares y por la reverberación y calor radiante de las arenas en el desierto.

En los valles, la corriente periódica de los ríos origina empozamientos de agua que favorecen la propagación del paludismo. Esta enfermedad es endémica, principalmente en los valles de Mala y Lurín, pero no ocasionó muchas bajas en el ejército invasor dado el corto tiempo que las tropas permanecieron en ellos.

Examinaremos estas cortaduras del terreno siguiendo de sur a norte, es decir, en el sentido en que avanzó el ejército invasor.

El valle de Pisco, de abundantes recursos, que se ensancha en la región más próxima al mar, se encuentra servido por el puerto de su nombre a diez kilómetros al sur del que se presenta la amplia bahía de Paracas o Independencia, que ofrece tranquilo abrigo de los vientos alisios.

Recorriendo 23 kilómetros al norte se alcanza el valle de Chincha, rico en cultivos de toda clase y que ofrece algunas poblaciones de relativa importancia y capacidad, como las dos ciudades de su nombre y su puerto, Tambo de Mora. De este valle, cruzando la

pampa del Ñoco, de tierra endurecida y cortada por numerosas "llocllas" de bordes a pico y variada profundidad, que dificultan la marcha de carros y ganado de carga, se alcanza la quebrada de Topará, a 22 kilómetros de Chincha. Esta quebrada, seca en la mayor parte del año y de muy pequeña importancia, ofrece pocos recursos y agua escasa, que hay que captar del subsuelo por medio de pozos.

Del Topará, por pampas onduladas de arena blanda, que ocasiona gran fatiga en la marcha, se alcanza la cortadura del Cañete. El valle de este nombre es importante y de abundantes recursos; está servido por el puerto de Cerro Azul. El río que lo baña llega siempre al mar, y en época de lluvias se vuelve correntoso e invadeable.

Del Cañete, después de cruzar la zona cultivada de su margen norte, se entra nuevamente en la pampa que lo separa del valle de Asia llamado, aguas arriba, valle de Coaillo. Este valle, muy estrecho, y encajonado por abruptas pendientes que lo acompañan hasta la playa oceánica, ofrece pocos recursos y el caudal del río que lo riega no llega al mar sino en los meses de verano, en que se precipitan las lluvias en la sierra.

Del río de Asia o Coaillo el terreno recobra su monotonía y desolación hasta alcanzar el rico y bien cultivado valle de Mala, no sin cruzar antes algunos contrafuertes bajos de la cordillera.

La zona comprendida entre este último valle y el de Lurín, presenta regiones de aspecto diferente: tan pronto la pampa plana y desierta de arena profunda, fatigante para la marcha; tan pronto ligeras ondulaciones medanosas o cañones pedregosos de taludes escarpados. La región llamada de Caracoles presenta en reducción las características del terreno de la sierra, en cuanto a su tortuosidad y arrugamiento.

En la árida extensión de terreno que separa los Valles del Mala y del Lurín sólo se encuentra el pequeño poblado de Chilca. Los cultivos de este distrito eran de poca importancia y su riego se hacía con el agua extraída de pozos de escaso rendimiento.

Antes de llegar al valle del Rímac se encuentra el de Lurín que, por su cercanía a los centros poblados de Lima y por los recursos abundantes y variados que ofrece, tiene gran importancia. Las aguas del río Lurín llegan al mar durante todo el curso del año, lo que permite el amplio cultivo de las tierras. La zona en producción en aquel tiempo era extensa y el valle que cuenta con importantes haciendas, es ancho, sensiblemente plano y abrigado por las alturas que lo circundan en su ensanchamiento final frente al mar, y en su curso superior. Sus productos principales eran los alimenticios que encontraban fácil mercado en los grandes centros de consumo de su proximidad; bastantes hectáreas de terreno estaban asimismo dedicados al cultivo de plantas forrajeras necesarias para los animales de carga y silla empleados, entonces, como único elemento de transporte. Los recursos eran pues favorables para el establecimiento de tropas en la región.

Las localidades que existen en el valle de Lurín, como Pachacamac y Lurín y las haciendas de panllevar, ofrecían además cómodo alojamiento para una parte de las tropas

La distancia que separa este valle de los cultivos del río Surco, derivado meridional del Rímac, es en término medio de 22 kilómetros, lo que hace una jornada corta de infantería. En cambio, si la distancia no es larga, la naturaleza del terreno es relativamente difícil porque los caminos o pistas, mejor dicho, que entonces unían ambos valles eran simples huellas que cruzaban el arenal, pesado y profundo, que existe al este y al oeste del Cerro Tablada alargado de norte a sur y muy próximo al mar.

VIAS DE COMUNICACION

Las distancias que separan estos valles son, en término medio, las siguientes:

Del	Pisco al Chincha	23	kilómetros
,,	Chincha al Topará	22	,,
,,	Topará al Cañete	34	,,
,,	Cañete al Asia	35	,,
,,	Asia al Mala	29	,,
,,	Mala a Chilca	25	,,
	Chilca al Lurín	39	,,
,,	Lurín al Surco, derivado del Rímac	22	,,

Existen muchos otros caminos y "travesías" —caminos transversales o en tirante— que unen entre sí estos valles, aumentando o disminuyendo la distancia por recorrer según el punto de partida tomado en un valle o el de llegada que se quiera alcanzar en el siguiente.

PLANES DE OPERACIONES

Tan pronto como la ocupación del Sur del Perú por las huestes de Chile fue un hecho, la opinión pública de este país volvió los ojos a Lima donde existía un nuevo Ejército Peruano. Los conductores de la opinión pública, sabiendo además que el Presidente Pinto era opuesto a la campaña sobre Lima, se dedicaron a exigir que ésta se realizara con manifiestos fines de oposición política al mandatario.

Abierta la discusión entre el gobierno, la opinión pública y los comandos militares, sobre la mejor forma de reiniciar las operaciones activas, fueron propuestas soluciones muy variadas.

Algunos miembros del gobierno proponían permanecer en statu quo, ocupando el territorio conquistado y organizando su explotación sistemática, para aliviar los gastos de la guerra. Desprovisto el Perú de su principal renglón de ingresos fiscales esperaban que la guerra languideciera, sin obligar a mayores gastos, creyendo que una gestión amistosa pusiera fin al conflicto o que el Perú se convenciera de su impotencia. Según este proyecto la Escuadra, bloqueando el Callao e impidiendo la llegada de los elementos de guerra que pudieran adquirir los peruanos, contribuiría a asfixiar el país invadido.

Esta solución, que confiaba los resultados a la acción del tiempo, era calurosamente impugnada por los que alegaban que de tal modo se daba tiempo y lugar para que el Perú reaccionara, se favorecía, la reorganización del escaso poder militar de Bolivia, se demostraba temor de buscar al enemigo y se hacía un desairado papel internacional excitando, tal vez, con la inacción, la animosidad de velados enemigos que si no habían intervenido antes era por respeto a las tan abultadas victorias chilenas.

Otro proyecto de operaciones que tendía a salvar las objeciones anteriores, proponía que, para dar movimiento y actividad a la guerra, así como para precipitar al Perú a aceptar una solución ventajosa para Chile, se hicieran incursiones a los puertos del litoral enemigo, sin mover el grueso de las tropas de las posiciones conquistadas, efectuando operaciones combinadas por mar y tierra al estilo de las que propuso y realizó Lynch.

Afirmaban su opinión, los que tal proponían, señalando las ventajas materiales que reportó la empresa de dicho jefe y haciendo notar la conveniencia de que la Escuadra se moviera, pues estaba realmente paralizada en el bloqueo, sufriendo el desgaste de la inacción y las pérdidas que le ocasionaban las constantes celadas que le tendían los peruanos; el hundimiento del "Loa" y el de la "Covadonga", efectuado por los peruanos en este interregno, que no se había realizado en el período activo de la campaña marítima, daba apoyo a esta idea. En cambio, la actitud levantada que encontrara Lynch en todos los puntos en que tocó y las órdenes termiminantes del Dictador Piérola, puntualmente obedecidas, para que no se pagaran los cupos que imponían los expedicionarios, demostraron que de esta manera indirecta no se lograría abatir la moral del defensor que contaba con gran reserva de energía, entretenida por la presencia en la Capital de un numeroso aunque poco eficiente ejército.

Con la intención de separar a Bolivia del Perú, para infligir a este último país un rudo golpe moral, alguien propuso apoderarse de Arequipa a fin de dar más efectividad a los ofrecimientos hechos a Bolivia para que ocupara este departamento peruano. Se contaba con destruir el núcleo de fuerzas que existía en la ciudad de ese nombre; pero, las dos campañas sucesivas realizadas contra los núcleos de Tarapacá y de Tacna habían demostrado que estos asaltos parciales no rebajaban la vitalidad del pueblo peruano. Sin embargo, este plan tenía muchos partidarios porque, tras de ofrecer una fácil victoria dadas las escasas fuerzas peruanas que existían en esa región, no exigía acrecentar los efectivos del ejército ni prolongar demasiado la línea de comunicaciones.

Pero, contrariando toda discusión serena y moderada, ya había hincado en el pueblo chileno el aguijón de las glorias militares y las masas querían saber, con ansiosa insistencia que en la Capital de los Virreyes ondeaba el pabellón de Chile.

El gobierno se oponía a la campaña sobre Lima porque conocía el esfuerzo y gastos que iba a ocasionar y comprendía que los 25.000 soldados que estaban en armas no bastaban para lanzarse a la empresa, ya calificada por Pinto de "fantástica locura". Efectivamente, era necesario dejar sólidas guarniciones en los territorios conquistados, que estaban expuestos a los golpes de mano del Ejér-

cito Boliviano o de las tropas peruanas de Arequipa, y esto hacía pensar a los dirigentes chilenos que, para conservar Tacna y Arica se necesitaban alrededor de 5000 hombres, debiendo quedar, además, cerca de 2000 distribuídos entre Atacama y Tarapacá; este cálculo, muy fundado, hacía ver que para la campaña de Lima no se dispondría sino de 18,000 combatientes, a pesar de que Baquedano prometía llevarla a buen fin con este efectivo.

La necesidad de aumentar las fuerzas que iban a expedicionar sobre Lima, obligaba, pues, a sostener bajo banderas a cerca de 50,000 hombres y esto demandaba fuertes gastos durante los varios meses que se emplearan en la campaña. La distribución de esos 50,000 soldados sería la siguiente:

30,000 sobre Lima.

10,000 en los territorios ocupados.

10,000 de reserva y para las guarniciones de Chile.

Ahora bien, el Congreso Chileno, para halagar el espíritu público y hacer oposición al Gobierno, logró que se decidiera la ofensiva sobre Lima a pesar de todos los inconvenientes que la operación presentaba.

El Comando del Ejército, que había tomado parte en la discusión, cuando se le solicitaba informe, estuvo de plácemes tan pronto como se unificaron las ideas para abrir campaña sobre Lima. La inacción estaba gastando los resortes morales de la tropa y nadie era, lógicamente, más celoso de las glorias militares que los jefes y oficiales del ejército de operaciones.

Además, el rotundo fracaso de las conferencias de Arica llevó a la conciencia de todos los chilenos el convencimiento de que el Perú no estaba desarmado aún y que no se creía impotente para continuar la lucha, dadas las exigencias que presentaba para firmar la paz; por esto el gobierno chileno tuvo que convenir en que la situación obligaba a activar la guerra contra el Perú, trasladando el ejército de operaciones hacia Lima.

LA OFENSIVA CHILENA SOBRE LIMA

Decidida la ofensiva sobre Lima, fue necesario resolver varias cuestiones importantes. En primer lugar, de acuerdo con el cálculo de efectivos que se había hecho, era necesario enviar al Ejército del Norte el mayor número posible de unidades del de Reserva, ya suficientemente instruídas y organizadas en los largos meses transcurridos desde su formación. Pero como estas tropas, que pasaban ahora a primera línea, habían estado guarneciendo las regiones conquistadas, hacía falta movilizar otras que la reemplazaran; con este objeto, el gobierno de Chile, que hasta entonces había completado sus batallones enganchando voluntarios, llamó esta vez obligatoriamente a cierto número de hombres que debían ingresar al servicio, dada la circunstancia de que ya no había quien se alistara por su propia voluntad.

La brusca elevación de efectivos y la necesidad de emprender lejanas operaciones durante largos meses, obligó también a aumentar el rendimiento de los Servicios, procediendo a su reorganiza-

ción. En fin, el ganado, armamento, municiones, vestuario, que se necesitaba, aumentó en cantidad y esto exigió un activo transporte de esos elementos entre Chile y el puerto de Arica, de donde debía partir el ejército expedicionario.

Para atender a las necesidades de las tropas se había dispuesto que un delegado del servicio de abastecimientos del ejército se hallara en el territorio en que éstas permanecían, a fin de mantener estrecho enlace con el comando y dar forma, ante el organismo central de Santiago, a los pedidos de toda naturaleza que aquél estableciera.

Por ese tiempo se había nombrado al General Maturana para desempeñar el cargo de Jefe de Estado Mayor del Ejército y este general, bajo la dirección de Baquedano, dió muestras de gran actividad para gestionar la pronta entrega de todos los elementos necesarios para las tropas.

Otra cuestión que absorbió la atención del gobierno fue la compra y fletamiento de buques, para poder transportar al norte la enorme masa de tropas del ejército así reforzado. Con fuerzas menos importantes y una línea de comunicaciones más corta, es decir, en las condiciones en que se trasladó de Antofagasta a Pisagua y de este puerto a Ilo, los barcos podían ser poco numerosos y tenían la facilidad de efectuar varios viajes, realizando el transporte por escalones. Pero, en el caso de la campaña sobre Lima las condiciones eran diferentes, porque no pudiendo realizar varios viajes sino con 15 ó 20 días de intervalo entre uno y otro, tomando en cuenta la larga navegación y el embarque y desembarque de efectivos importantes, era necesario aumentar la fuerza de cada uno de los escalones, para que, una vez en tierra, pudieran defenderse de por sí; tan atinada reflexión hacía caer en un verdadero círculo vicioso. Por estas razones, el gobierno debió adquirir más barcos y el comando tuvo que establecer sus cálculos muy cuidadosamente.

La elección de la región en que se debería realizar el desembarco era otra de las cuestiones capitales de que dependía el éxito de la operación. El comando pensó desembarcar en el Callao, a viva fuerza, como lo propusiera Lord Cochrane en 1820, pero este proyecto fue pronto abandonado por los riesgos que presentaba; planteado el desembarco al norte de Lima, la idea fue desechada asimismo por las dificultades de vida que presenta esa región; y, según el informe del General Maturana, por los inconvenientes que existían para recorrer la árida zona que media entre el Chancay y el Chillón; finalmente, teniendo en cuenta que la ejecución de este último proyecto implicaba un alargamiento innecesario de la línea de comunicaciones, decidió desembarcar al sur de Lima, donde esperaba eliminar los inconvenientes antes citados.

Después de escogida la región en que se debía efectuar el desembarco, faltaba determinar el punto preciso en que éste debía practicarse y, entonces, las consideraciones sobre proximidad del enemigo, facilidades materiales del desembarcadero y condiciones favorables de vida, comenzaron a intervenir para fijar la elección.

La circunstancia de que el primer escalón debiera permanecer aislado de 15 a 20 días en el territorio enemigo, sin esperanza de socorro durante ese tiempo, hacía pensar tanto en la necesidad

de que fuera potente para bastarse a sí mismo, cuanto en la conveniencia de que tomara tierra bastante lejos del adversario, para evitar cualquiera desagradable sorpresa. Estas consideraciones hicieron elegir la bahía de Paracas o Independencia, que reunía las condiciones necesarias. Es claro que en el estudio y resolución final de este problema los chilenos tuvieron en mira, constantemente, las condiciones en que iniciara su ofensiva estratégica el General San Martín.

En la preparación de la ofensiva jugó un importante papel el Ministro de Guerra, Vergara, que acompañaba al ejército en las mismas condiciones y con igual actividad que la que desplegara en las primeras campañas el Ministro Sotomayor. Arbitrario también, como éste, desdeñando por ignorancia los rígidos formalismos del orden militar, disgustó a poco al Almirante Riveros, que bloqueaba el Callao, quien llegó a presentar su renuncia, y al General Baquedano, que hubo de amenazarlo personalmente antes de la partida de Arica, obligándole a retirar una insolente nota que presentara a propósito del embarque del grueso del ejército. A partir de este último suceso, declinó mucho la influencia de Vergara ante el ejército y Baquedano mandó las tropas real y efectivamente.

PROYECTOS DE DEFENSA

El Dictador, desde su ascensión al poder, dió pruebas de innegable dinamismo para establecer la defensa de Lima. Su afán organizador halló vasto campo donde ejercitarse, disponiendo de omnímoda autoridad en tan graves circunstancias. Lástima grande fue que, desconociendo el Arte de la Guerra y teniendo infundado desdén por la capacidad de los militares que patrióticamente obedecían sus órdenes, tomara bajo su absoluta y absorbente dirección todas las cuestiones militares que interesaban a la defensa. Su tarea debió limitarse a mover los resortes de que disponía como político y gobernante para constituir las fuerzas y dotarlas convenientemente, dejando el comando a los encargados de ejercerlo. Piérola no quiso comprender que el momento era grave y difícil para abandonar su propia función y lanzarse a efectuar ensayos en la ajena.

Al estudiar la defensa de Lima, como lo hemos hecho en todo el desarrollo de esta obra, conviene señalar con precisión los errores que originaron el desastre, pues callarlos equivaldría a inculpar al soldado, al peruano, cuyas virtudes de hombre de guerra le han llevado a batirse con heroismo, en toda circunstancia, a pesar de tener pleno conocimiento de que a veces, como en esta ocasión, era conducido al sacrificio más estéril, por imprevisión y, si se quiere, por impericia.

Cuando se produjo la renovación del poder, provocada por el batallón que mandaba Piérola con el título de Coronel, no existían en la Capital sino algunos cuerpos recientemente movilizados y de escaso efectivo.

Pronto los decretos sucedieron a los decretos para improvisar un organismo militar fuerte en el número, aunque débil en eficiencia combativa y en elementos apropiados de lucha. La improvisación

de cuadros superiores, llamando de todas partes a los hombres que podían servir de jefes y oficiales; la organización de un sistema de defensa que no se sujetaba a principio militar alguno; la construcción de cañones de modelo improvisado, fundidos en Lima y en el Callao haciendo prodigios de invención, con material jamás usado por las industrias bélicas *; la adquisición de algunos millares de fusiles y cartuchos; el montaje improvisado de los cañones de los barcos en los "puntos más estratégicos", distrajeron la febril actividad del Dictador.

El Alcalde de Lima, transformado súbitamente en técnico de ingeniería militar, fue encargado de la construcción de un atrincheramiento que debía rodear la población para defenderla cuando esta disposición comenzó a ser cumplida, el Dictador juzgó que los trabajos no eran apropiados ni eficientemente dirigidos, y suspendió su ejecución.

En las alturas que rodean la Capital, como el cerro San Cristóbal, el San Bartolomé y el de Vásquez, el Dictador dispuso la construcción de plataformas para emplazar piezas pesadas que entresacó de las que formaban la defensa del Callao, que tomó de los buques y que adquirió a última hora en pequeño número. Ordenó que se estableciera una batería en cerro La Regla, a 6 kilómetros al norte de Lima, con los cañones salvados de la fragata "Independencia"; luego hizo bautizar con pompa, en suntuosa ceremonia, las baterías establecidas en el San Cristóbal, que dominaban la ciudad desde 400 metros de altura, con todos los inconvenientes que esto produce. dándoles el nombre de "Ciudadela Piérola".

La fe que las masas depositaron en el Jefe Supremo del Estado, las fuerzas ocultas de la política que lo ensalzaban, y la angustia que oprimía a los peruanos por sus recientes y sucesivos desastres, que no atribuían a la improvisación, como debían, hicieron creer al pueblo en el milagro de una reacción favorable a la causa nacional. El entusiasmo reinó, pues, de las últimas a los primeras capas sociales y la confianza en el triunfo alentó a los que ignoraban que la victoria no ha sido nunca fruto exclusivo de la actividad, de la buena fe y de pomposas proclamas.

Después de la toma de Arica, el Dictador creyó que pasaría un largo lapso hasta que el ejército chileno se dispusiera a presentarse a las puertas de Lima y descuidó algo la defensa de la Capital; este período de menor actividad se debió, también, al adormecimiento que produjo en los espíritus la esperanza de arreglos definitivos que parecían ofrecer las conferencias de paz de Arica.

Cuando a fines del año 1880 Lima supo que el invasor se hallaba en Pisco, nuevos bríos animaron a todos para hallar los me-

---

* Aguzando el ingenio en vista de la escasez de material de artillería, algunos ingenieros peruanos propusieron al Dictador la fabricación de cañones en las fundiciones de Lima y del Callao. Aceptada la propuesta, se inició el trabajo en las condiciones señaladas y se tuvo cañones "White" de la fundición de ese nombre, y otros varios, entre los que se contaban principalmente los "Grieve", del nombre de ese ingeniero que, bañando en bronce los ejes de acero de los truques del ferrocarril, para darles mayor espesor, los taladró en seguida a lo largo del cilindro, formando interiormente un rayado helicoidal; adaptando a esos tubos un cierre de cuña, quedaron los ejes transformados en cañones de 60 mm. cuyo afuste fue fácil construir en las carrocerías de la Capital.

dios de impedir que ingresara a la Capital, llegando algunos hasta a alentar la ilusión de arrojarlo a sus naves.

El Dictador ordenó entonces el trazado de dos líneas de defensa —de San Juan y de Miraflores— casi paralelas y a cerca de 10 kilómetros una de otra, que debían formar un doble cerco defensivo a la ciudad y, como el tiempo apremiaba, consideró suficiente cavar algunas zanjas en la arena movediza, levantando y reforzando los inestables parapetos con "pircas" de piedra partida. Se emplazaron en dichos parapetos baterías a barbeta y, en fin, en los accesos de las líneas se pusieron cargas de pólvora y dinamita ligeramente enterradas, que se esperaba que explotaran al pisar sobre sus detonantes o estopines.

En este sistema, los fuertes y ciudadelas establecidos en las alturas que circudan la Capital, armados de piezas de artillería gruesa, que ya hemos citado, resultaron inútiles por su alejamiento.

Determinadas las líneas de defensa, el Dictador dotó a cada una de ellas de guarnición propia bajo comando independiente, y las tropas esperaron allí al enemigo con entusiástica resolución.

Según el concepto de Piérola, el adversario debía embestir sucesivamente las dos líneas de defensa, cuyas guarniciones resistirían el choque a pie firme, deteniendo y dispersando por el fuego al atacante. En la primera línea, de San Juan, contempló además la formación de una reserva que debía, probablemente, reforzar el punto más amagado o el lugar donde el choque de las fuerzas hiciera crisis.

Tal era la fe del Dictador en la eficacia de la defensa por el fuego, que cuando se le dijo que los chilenos se aproximaban en número de 30,000, respondió que debían tener "tres veces ese efectivo para que llegaran siquiera 10,000 a Lima". Su sistema o plan se basaba pues, como lo evidencian sus propias palabras, en la suposición de que el atacante, al arrojarse sobre cada línea de defensa sufriría más de 40,000 bajas por los efectos del fuego, a los que, con conmovedora e ingenua arrogancia, atribuía mayor potencia de la que en realidad tenían.

ORGANIZACION DE LOS EJERCITOS OPUESTOS

Se ha visto brevemente, en cuanto a los medios materiales, la diferencia enorme que existía entre los organismos militares que iban a batirse en las puertas de Lima.

Desde el punto de vista moral es innegable que las fuerzas de Chile, por el simple hecho de ser veteranos y por la importancia de sus elementos de lucha, debían disponer de mayor confianza en el triunfo y esto, sin contar que, por fáciles que hubieran sido sus anteriores victorias, dado el cúmulo de errores cometidos por los aliados, ellas acrecentaban sus lazos morales aunque sólo fuera por la simple compenetración que existía entre los jefes y la tropa.

El Ejército Peruano, en cambio, estaba formado por tropas reunidas a última hora, que no habían asistido a campaña alguna, que apenas conocían los rudimentos de la instrucción del soldado dada por instructores también improvisados. En él, las fuerzas morales

sólo nacían de esa elevada devoción por los destinos de la propia nacionalidad que alienta en el pecho de todo patriota. Las virtudes cívicas de los improvisados jefes se revelaron grandiosas en el momento de la crisis y si tanto valor, tanto heroísmo, hubiera sido convenientemente, encauzado, la victoria material habría premiado ese consciente sacrificio y ese deseo ardiente de arrojar a sus naves al invasor.

EJERCITO PERUANO

Durante el año 1880 se habían reunido en Lima numerosos contingentes llegados del interior y del norte; muchísimos ciudadanos de Lima empuñaron también las armas y el Dictador pudo formar numerosas unidades de infantería.

Las tropas más jóvenes fueron organizadas desde el comienzo del año en batallones de cerca de 600 hombres, que se agruparon en divisiones de 3 batallones. Estas divisiones fueron reunidas a su vez en dos agrupamientos, para constituir los ejércitos titulados del Norte y del Centro, que a poco se refundirían para formar el Ejército de Línea.

El Dictador llamó después, cuando el peligro de ataque a Lima fue inminente, a todos los peruanos de 18 a 60 años que vivían en la Capital, los que debían reunirse en determinadas fechas y horas para recibir instrucción militar. Estos reclutas fueron agrupados en batallones de 400 plazas nominales, a órdenes de jefes y oficiales "provisionales", nombrados por Piérola entre las personas más distinguidas de la localidad, y formaron el Ejército de Reserva, o simplemente la Reserva. A este ejército pertenecían además, una "Columna Volante", constituída por las cinco columnas de policía (celadores) de la Capital y una "Columna de Honor" formada por oficiales de línea que el Dictador agrupó como soldados, desdeñando sus servicios siquiera como conductores de las compañías de la Reserva.

Por este tiempo decretó Piérola que el ejército que guardaba Arequipa, con la denominación de Segundo Ejército del Sur, se llamara en adelante Ejército de Arequipa, confiando su dirección inmediata a Solar, ex-Prefecto de Tacna.

Cuando los chilenos demostraron claramente sus intenciones de atacar Lima por el sur, Piérola reunió en uno solo a los Ejércitos del Norte y del Centro, formados hasta entonces por divisiones de tres batallones, y lo organizó en cuatro cuerpos de ejército con la denominación de Ejército de Línea; los cuerpos de ejército debían obedecer las órdenes del Jefe Supremo de la Guerra, sin dejar por eso de estar bajo el mando de los comandantes de los ejércitos del Centro y del Norte, General Vargas Machuca y Coronel J. N. Vargas, respectivamente. Como es fácil comprender, esta original organización dió lugar a numerosas complicaciones de comando.

Las tropas del Ejército de Línea quedaron encargadas de la primera línea de defensa, llamada de San Juan y el Ejército de Reserva quedó a cargo de la segunda línea, de Miraflores.

Los cuerpos de ejército estaban formados por la reunión de 2 a 3 divisiones a las que se dió un comando propio. El detalle de su constitución era el que sigue:

Primer Cuerpo de Ejército, Coronel Miguel Iglesias.	Batallón "Cajamarca" 3 " "Cajamarca" 21 "Guardia Peruana". " "Tacna" " "Callao" " "Trujillo" " "9 de diciembre" " "Junín" 1 " "Ica"

Este cuerpo tenía tres divisiones mandadas por los Coroneles Noriega, Cano y Arguedas y, con los artilleros y algunos jinetes que estuvieron en su sector durante la batalla, alcanzaba un efectivo total de 5200 hombres.

Segundo Cuerpo de Ejército. Coronel Belisario Suárez.	Batallón "Huánuco". " "Paucarpata" " "Jauja" " "Ancash" " "Concepción" " "Zepita".

El segundo Cuerpo de Ejército estaba formado en dos divisiones mandadas por los Coroneles Aguirre y Cevallos. Este cuerpo tenía, en las mismas condiciones que el anterior, 2800 hombres de efectivo.

Tercer Cuerpo de Ejército, Coronel J. Pastor Dávila.	Batallón "Piura" " "Libertad" " "Cazadores de Cajamarca" " "Unión" " "Junín" 2 " "23 de diciembre" " de Reserva "Nº 40". 5 columnas de Guardia Civil (llamadas "Columna Volante").

Las dos divisiones de que constaba estaban mandadas por los Coroneles Canevaro y Marín; con los elementos de otras armas, que lo acompañaban, alcanzó un efectivo total de 4300 hombres.

Cuarto Cuerpo de Ejército, Coronel Andrés A. Cáceres.	Batallón "Lima" "Canta" " "28 de Julio" " "Pichincha" " "Piérola" " "La Mar" " "Manco Cápac" " "Ayacucho"

Formaba tres divisiones mandadas por los Coroneles Ayarza, Pereira y Lorenzo Iglesias. Su efectivo, con la artillería de su sector, llegaba a 3508 hombres.

La caballería fue improvisada, montando a algunos aficionados y unos pocos soldados veteranos en caballos de paso, requisados apresuradamente y, por consiguiente, muy inferiores a los de la caballería chilena; quedó organizada en brigadas, llamando así a la reunión de dos escuadrones que sumaban alrededor de 300 jinetes; las brigadas debían recibir órdenes del Estado Mayor General, que no las llegó a emplear en las misiones que hubieran podido desempeñar de haber estado mejor montadas.

El Ejército de Reserva, comandado totalmente por jefes, oficiales y clases "provisionales" de tanta instrucción militar como la que tenían sus soldados, estaba dividido en dos Cuerpos de Ejército y fue puesto a órdenes del Coronel J. M. Echenique, con el Coronel Julio Tenaud como jefe de Estado Mayor. Su distribución era la siguiente:

Primer Cuerpo de Ejército, Coronel Correa y Santiago.	Batallón Nº 2
	,, ,, 4
	,, ,, 6
	,, ,, 8
	,, ,, 10
	,, ,, 12
	,, ,, 14
	,, ,, 16

Las dos divisiones en que estaba formado el Primer Cuerpo de Ejército de la Reserva que tomaron parte en la batalla de Miraflores estaban mandadas por los Coroneles Derteano y Benavides.

Segundo Cuerpo de Ejército, Coronel Orbegoso.	Batallón Nº 18
	,, ,, 20
	,, ,, 22
	,, ,, 24
	,, ,, 26
	,, ,, 28
	,, ,, 30
	,, ,, 32
	,, ,, 34
	,, ,, 36
	,, ,, 38

El Segundo Cuerpo de Ejército constaba de tres divisiones.

El Batallón Nº 40, formó parte del Tercer Cuerpo de Ejército de Línea, a órdenes del Coronel Pastor Dávila.

El efectivo total de la Reserva llegaba a cerca de 6000 hombres.

La artillería peruana estaba distribuída en las dos líneas de defensa y en los fuertes establecidos, como ya se ha dicho, en las alturas que rodean Lima. Su mando era independiente de los Cuerpos de Ejército.

Las piezas de la línea de batalla estaban organizadas, nominalmente, en un regimiento a lomo y una volante, que tomaron parte en la batalla de San Juan, distribuidos a lo largo de la línea. En la batalla de Miraflores, algunos cañones que fueron retirados del primer campo citado y otros montados y establecidos de ante-

mano en esta línea, que formaban el surtido más heterogéneo, fueron los que cooperaron a la acción de la infantería, ocupando los titulados reductos y uno que otro espaldón improvisado.

A la artillería ligera estaban afectadas, además, 20 ametralladoras de variados sistemas y modelos.

Las piezas pesadas de que disponían los defensores de Lima procedían en pequeña parte de recientes adquisiciones hechas en el extranjero, que se habían logrado desembarcar a pesar del bloqueo en Supe, Chancay, y otros puntos de la costa inmediatamente al norte de Lima; de estos lugares fueron trasladadas a la Capital, en improvisados carretones halados por bueyes. Los cañones de la vieja fragata "Apurímac", fondeada en el Callao, y los de algunos otros barcos paralizados por el bloqueo, como el monitor "Atahualpa" y la "Unión", fueron también desmontados para ponerlos en servicio de la defensa de Lima; asimismo, contribuyeron a la defensa los cañones de la perdida fragata "Independencia", recuperados por el "Huáscar". En fin, algunos cañones de los adquiridos para contener la agresión de España en 1866 fueron removidos de sus afustes en el Callao para emplazarlos en los fuertes y baterías que se organizaron.

Al abordar el estudio de las acciones de armas de esta campaña, y para cada una de ellas, daremos la organización y distribución del material de artillería.

EJERCITO CHILENO

Vergara había palpado, personal y directamente, las deficiencias de organización del ejército chileno y cuando llegó al Ministerio se empeñó en subsanarlas. Como ya encontró planteada la cuestión de aumento de efectivos, se dedicó con actividad a la organización de las nuevas unidades.

Cada provincia chilena había formado un batallón para constituir el Ejército de Reserva, y Vergara dispuso que estas tropas, una vez organizadas, armadas y equipadas, se trasladaran a los territorios conquistados para cubrir las guarniciones que se habían convenido establecer en ellos. Los nuevos batallones debían intensificar allí su instrucción para hallarse en condiciones de pasar a primera línea si fuera necesario.

Las tropas que hasta entonces había mandado el General Villagrán en Atacama y Tarapacá, que ya tenían varios meses en filas, debían trasladarse, tan pronto como fueran relevadas, a reforzar el ejército de operaciones al que pertenecerían en adelante. Esta medida permitió acrecentar bruscamente el efectivo del Ejército del Norte, sin disminución sensible de su eficiencia.

El Ministro organizó el Estado Mayor General del Ejército en campaña, dándole todas sus prerrogativas y señalando sus funciones. En la misma forma procedió con el Servicio de Sanidad que había dado poco beneficio hasta entonces.

Compró dos nuevos transportes y fletó cuatro buques de vela, equipándolos convenientemente. Dispuso que en Santiago y en el teatro de operaciones se abrieran delegaciones de la Intendencia General del Ejército, cuya central funcionaba en Valparaíso.

Por otra parte, el comando del Ejército había reorganizado el servicio de municionamiento, constituyendo un Parque Central con 100 cartuchos por combatiente y 38 proyectiles por pieza. Este Parque surtía a los Parques de División, que llevaban también 100 cartuchos de fusil o carabina por plaza y, a su vez, se abastecía del Depósito General, que tenía una dotación igual a la suma de los dos anteriores.

El Parque y Maestranza de Valparaíso fabricaba proyectiles para la artillería del ejército y de la escuadra y cartuchos de fusil o carabina.

Vergara señaló los efectivos de tropa que debían mantener la ocupación de las provincias conquistadas, estableciendo la siguiente distribución general de las fuerzas:

En Chile ...	2.500	hombres
Frente a las tribus de Arauco ...	4.500	"
En Antofagasta ...	700	"
En Iquique ...	800	"
En Tacna y Arica ...	6.500	"
En el Ejército de Operaciones ...	30.000	"

Lo que daba un total de 45,000 hombres. Parece que el efectivo frente a las tribus de Arauco no era tan importante; los chilenos lo establecen así para disminuir la cifra que corresponde al ejército de operaciones y para acrecentar la importancia de la lucha interna que sostenían contra esas tribus, a fin de hacer notar que sostenían dos guerras a la vez.

Luego que Vergara hizo la distribución general de las fuerzas, se dedicó especialmente al ejército de Baquedano, que organizó en tres divisiones compuesta cada una de dos brigadas. Los dos escuadrones de "Carabineros" fueron reunidos en un cuerpo, a órdenes del Comandante Bulnes; de este modo había tres regimientos completos de caballería, que afectó a razón de uno por cada división.

La organización del ejército de operaciones quedó establecida en la forma siguiente:

Ministro de Guerra y Marina en Campaña.

Comandante en Jefe, General de División Baquedano *

Jefe de Estado Mayor, General de Brigada Maturana.

Inspector General, General de Brigada Saavedra.

Comandante general de artillería, Coronel Velásquez.

Comandante general de caballería, Teniente Coronel Letellier.

Intendente General, Dávila Larraín.

Jefe de Sanidad, doctor Allende.

* Este General fue promovido a divisionario después de la toma de Arica.

Primera División

Comandante general, General de División, Villagrán.
Jefe de Estado Mayor, General Urrutia.

1ra. Brigada, Capitán de Navío Lynch.	Regimiento	"Atacama".
	"	"2º de línea".
	"	"Talca".
	"	"Colchagua"
	Batallón	"Quillota"*.
2da. Brigada, Coronel Amunátegui.	Regimiento	"4º de línea".
	"	"Chacabuco"
	"	"Coquimbo"
	Batallón	"Melipilla".

Caballería, Regimiento "Granaderos a Caballo".
Artillería, dos brigadas de campaña y una de montaña, con un total de 36 cañones y 3 ametralladoras.

Después de un grave incidente disciplinario surgido entre Baquedano y Villagrán, que veremos oportunamente, Lynch fue nombrado comandante general de esta división.

Segunda División

Comandante general, General de Brigada Sotomayor.
Jefe de Estado Mayor, Teniente Coronel Silva Vergara.

1ra. Brigada, Coronel Gana.	Regimiento	"Buin"
	"	"Esmeralda"
	"	"Chillán"
2da. Brigada, Coronel Barboza	Regimiento	"Lautaro"
	"	"Curicó"
	"	"3º de línea"
	Batallón	"Victoria".

Caballería, Regimiento "Cazadores a Caballo".

Artillería, una brigada más dos piezas de campaña y una brigada de montaña, sumando 26 cañones y 3 ametralladoras.

Tercera División

Comandante general, Coronel Lagos.
Jefe de Estado Mayor, Teniente Coronel Gorostiaga

1ra. Brigada, Coronel Urriola.	Regimiento	"Zapadores"
	"	"Aconcagua".
	"	"Artillería de Marina"**
	Batallón	"Navales".

* Que sólo se reunió a su División en el momento mismo en que se realizaba la batalla de Miraflores.

** Este regimiento pasó ulteriormente a la Primera División.

2da. Brigada, Teniente Coronel Barceló.	Regimiento	"Santiago"
	"	"Valparaíso"
	"	"Concepción"
	Batallón	"Bulnes"
	"	"Valdivia"
	"	"Caupolicán"

Caballería, Regimiento "Carabineros de Yungay".

Artillería, una brigada de campaña y una batería de montaña, haciendo en total 18 cañones y 2 ametralladoras.

El ejército de Baquedano contaba, pues, con 19 regimientos de dos batallones y 7 batallones autónomos de infantería; 3 regimientos de caballería y 2 regimientos de artillería, uno de campaña y uno de montaña, con trece baterías formadas en brigadas (grupos de esa arma).

Orgánicamente cada regimiento de infantería tenía de 1000 a 1200 soldados y cada batallón 600; cada regimiento de caballería constaba de 500 jinetes formados en dos escuadrones de dos compañías de 100 hombres cada una, más las tropas del comando del regimiento y otros elementos, y las brigadas de artillería contaban 360 hombres, a razón de 180 por batería de seis piezas. Según estas cifras, el ejército que expedicionó sobre Lima tenía:

25,100 hombres de infantería (contando regimientos de 1100).
1,500 " " caballería,
2,430 " " artillería, lo que arroja un total de 29,030 soldados, sin contar los comandos, los servicios, etc., lo que hace llegar su efectivo, lógicamente, a 30,000 hombres, por lo menos, que eran los que previó Vergara. Además, en la campaña fueron acompañados por cerca de 1000 súbditos chinos que, atemorizados, se ofrecieron voluntarios en los valles del sur de Lima; estos hombres, que recibieron vestuario completo de infantería, servían a los soldados como guías, espías, peones y "cargueros".

La Primera División tenía 10,480 soldados	8900 infantes
	500 jinetes
	1080 artilleros
La Segunda División, tenía 8,510 soldados	7200 infantes
	500 jinetes
	810 artilleros
La Tercera División, tenía 10,040 soldados	9000 infantes
	500 jinetes
	540 artilleros

La artillería chilena contaba con 74 cañones Krupp y 6 Armstrong, más 8 ametralladoras Gattling agregadas a las baterías de montaña *.

* 50 piezas de campaña:
12 Krupp 87 mm., mod. 1879 y 1880.
32 Krupp 75 mm., mod. 1879 y 1880.
6 Armstrong, 66 mm., mod. 1880.
30 de montaña:
26 Krupp de 75 mm., 1876 y 1879.
4 Krupp de 60 mm., 1878.

APERTURA DE LA CAMPAÑA

* Decidida por el gobierno de Chile la iniciación de la campaña sobre Lima, Vergara encaró el problema del transporte de las tropas, ganado y material en los barcos de que disponía, los que resultaban escasos para la gran cantidad de elementos que era necesario desplazar.

De conformidad con el plan ya trazado, el Ministro dispuso, previo acuerdo de una junta que hizo reunir en Arica en los primeros días de noviembre, que la Primera División, Villagrán, se trasladara a Pisco debiendo seguirlo lo más pronto posible la primera brigada de la Segunda División, para formar con ella el primer escalón desembarcado.

Cuando los transportes hubieran dejado en tierra a estas fuerzas, debían volver a Arica para conducir al norte el resto del ejército, compuesto por la segunda brigada de la Segunda División y toda la Tercera División, más los batallones "Quillota" y "Melipilla" pertenecientes a la Primera, que debían llegar del sur, en breve.

El plan original consideraba que el primer escalón, constituído por la mitad del ejército, serviría para garantizar el desembarco del segundo, que, por llevar mayor efectivo e ir con él el comando y los servicios, se contaba como grueso del ejército; pero, cuando Vergara regresó a Arica después de dejar instalado en Pisco a Villagrán, se informó de que no podía embarcarse el segundo escalón en la fecha predeterminada porque, debido a partes y datos erróneos de los comandantes de unidad, no había llegado a su conocimiento que faltaban muchos elementos para que el resto del ejército tuviera la movilidad requerida.

Entonces Vergara, mientras instaba a Santiago para el pronto envío de dichos elementos, ya pedidos en su ausencia por el Comandante en Jefe, reunió a principios de diciembre, una nueva junta de guerra que determinó la postergación de la partida del grueso para mediados de mes, por los inconvenientes de última hora a que nos hemos referido.

La misma junta, en vista de este retraso, resolvió que, para ganar tiempo y obviar la falta de mulos y depósitos para agua tan necesarios en la marcha de Pisco a Lurín, el grueso fuera desembarcado en Chilca, donde se hallaría más cerca de Lima desde el comienzo de la operación. Los informes que Vergara y sus acompañantes habían traído del norte, sobre la inmovilidad manifiesta de los defensores de Lima, contribuyeron a que este nuevo plan encontrara aceptación general, puesto que economizaba fatiga a las tropas y salvaba las molestias de una larga marcha en el desierto.

Esta nueva disposición exigía que la Escuadra hiciera un tercer viaje, suplementario, para llevar a Chilca el escalón ya desembarcado en Pisco, dando lugar a que las fuerzas estuvieran fraccionadas a proximidad del enemigo. Para salvar esta dificultad Baquedano propuso que Villagrán marchara por tierra de Pisco a Chilca, a fin de encontrarse en esta caleta el mismo día en que el grueso iniciara en ella su desembarco. Presentada esta solución, el

---

* Croquis Nº 12.

Ministro se opuso a ella fundándose en que la marcha sería muy pesada y ocasionaría fatigas inútiles a la tropa; la discusión continuó, adoptándose al fin de ella un temperamento intermedio, que consistió en disponer que la Brigada Gana de la Segunda División y la artillería de campaña de la Primera División quedaran en Pisco, de donde serían recogidas por los primeros barcos que dejaran en Chilca al segundo escalón, debiendo continuar la marcha por tierra, de acuerdo con la proposición de Baquedano, la Primera División con Villagrán.

Según el plan delineado más arriba, se realizó el cambio del teatro de operaciones.

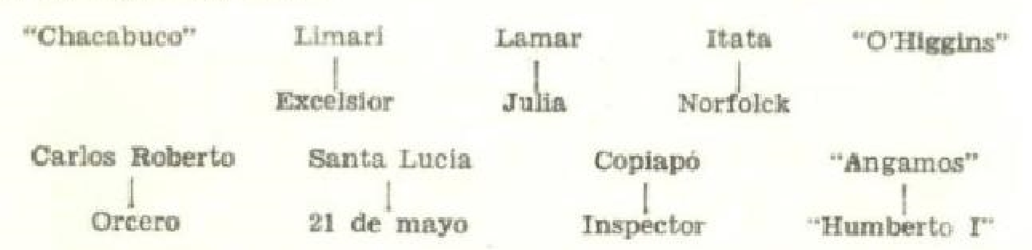
TRANSPORTE DEL PRIMER ESCALON DEL EJERCITO CHILENO

Luego que la primera junta de guerra, realizada el 6 de noviembre, determinó la forma en que debía hacerse el traslado de las fuerzas, el General Baquedano comenzó a dictar disposiciones al efecto. Según ellas, la Primera División principió a llegar por ferrocarril al puerto de Arica a partir del 8 de noviembre y el 12 comenzó a embarcarse en los numerosos transportes fondeados en la rada.

La operación del embarque, bajo la celosa vigilancia personal del Ministro, se llevó a cabo con rapidez y en la noche del 14 estaba terminada. El 15 en la mañana el convoy quedó listo para zarpar, debiendo ser escoltado por la "Chacabuco" y la "O'Higgins". La Brigada Gana partiría poco después.

Los catorce transportes que formaban esta flota, de los cuales 7 navegarían tomados a remolque por los otros, conducían agua, víveres y forrajes para atender a las necesidades de 10.000 hombres y del ganado correspondiente durante 15 días.

Los barcos zarparon de Arica el 15 en la tarde, en la formación que se indica en seguida. A bordo del "Itata", Vergara acompañaba a los expedicionarios.



Para no desbaratar la formación se prescribió que la velocidad de los barcos fuera sólo de seis millas por hora con lo que, aunque la navegación fue lenta, no ocurrió novedad alguna presentándose los barcos frente a Pisco en la mañana del 19 de noviembre de 1880.

El mismo día, Villagrán procedió a desembarcar las tropas y el 20 ocupó Pisco; el 21, un pelotón de "Granaderos" tomó Caucato; el 23, a órdenes de Amunátegui, llegó a Ica un destacamento de las tres armas que ocupó la población sin resistencia. Como consecuencia de la entrada a esta ciudad, dos días después circulaban libremente los trenes entre Ica y Pisco, manteniendo en estrecho enlace a Villagrán con Amunátegui; el 26, el Comandante Yábar

con un destacamento de las tres armas ocupó Chincha Alta, Chincha Baja y, por mar, una fracción de este mismo destacamento se apoderó de Tambo de Mora.

Se puede decir, pues, que el 30 de noviembre los chilenos eran dueños absolutos de los valles de Ica, Pisco y Chincha, donde no habían encontrado resistencia porque el Coronel Zamudio, jefe militar de esa región, no disponía sino de unos pocos milicianos mal armados con los que sólo pudo levantar algunos rieles del ferrocarril, cuyo material rodante había hecho trasladar a Ica.

El 2 de diciembre, cuando ya el Ministro Vergara navegaba de regreso al Sur, llegó a Pisco la Brigada Gana, de la Segunda División, que había salido de Arica el 27 de noviembre. Los barcos que la transportaron fueron el "Huanay" "Dordrecht", "Chile" "Elvira Alvarez" "Matías Cousiño" y "Elena", escoltados por el "Abtao" y la "Magallanes".

TRANSPORTE DEL GRUESO DEL EJERCITO

Cuando Vergara logró reunir los medios que hacían falta al segundo escalón del ejército ordenó, según el acuerdo tomado en la segunda junta de guerra que se realizó el 7 de diciembre, que éste comenzara su embarque.

Las tropas chilenas que estacionaban a lo largo del Caplina, principiaron a llegar a Arica a partir del 10 y el embarque de todos los elementos terminó el 14. El 15, al mes justo de haber partido el primer escalón, dejó el puerto de Arica el segundo escalón del ejército, el que iba a tocar en Pisco un mes después que el primero.

La flota que conducía al grueso estaba formada por 21 transportes de los que 11 iban a remolque. Los buques de guerra que escoltaban al convoy eran el "Blanco", el "Cochrane", el "Angamos" y la "O'Higgins" que llevaba un transporte a remolque. En plena travesía alcanzó al convoy el "Itata", que venía directamente de Valparaíso conduciendo al Batallón "Melipilla" perteneciente a la Primera División.

Además de estos barcos, seguían las aguas del convoy los transportes "Edmond", "Roberto", "Elena" y el "Abtao", con la misión de recoger en Pisco a la brigada Gana, pues así se había perfeccionado el plan definitivo de transporte que se adoptó en la segunda junta de guerra de Arica.

La formación que el comando dió al convoy que transportaba al segundo escalón, fue la siguiente:

Blanco Encalada

				Angamos	
Chile	Paita	Copiapó	Limarí	Santa Lucía	
Humberto	Julia	Norfolck	Excelsior	Juana	
				O'Higgins	
				Otto	
Cochrane	Pisagua	Castle	Lamar	Cousiño	Amazonas
	Avestruz	Lota	Orcero	Murzi	Wilhlem

* Croquis Nº 12

Este segundo convoy llegó frente a Pisco el 19. Después de realizado con premura el embarque de las tropas de Gana y de la artillería de campaña de la Primera División, la flota continuó al norte el 21 alcanzando ese mismo día la caleta de Chilca, al abrigo de cuya punta ancló para dar tiempo a que los buques de guerra reconocieran un desembarcadero favorable, lo más cerca posible del valle de Lurín.

El desembarco de las tropas comenzó el 22 en la caleta de Curayacu, escogida como la más propicia. Un oficial de artillería fue de los primeros que desembarcaron, para adelantarse a reconocer los caminos a Lurín; de vuelta éste, informó que las pistas en el arenal no permitía el transporte de artillería rodada, razón por la que el Coronel Velásquez pidió autorización para desembarcarla ulteriormente por la caleta de Pescadores, cerca de la boca del río de Lurín.

Las primeras tropas que alcanzaron el valle de Lurín fueron las de la Brigada Gana, que recibieron la misión de tomar posesión de ambas márgenes del río, en la región del puente principal, para asegurar la llegada de los demás cuerpos del ejército que, a medida que desembarcaban, eran enviados en su seguimiento para aposentarse.

A partir del 27, en que desembarcaron en Curayacu las últimas unidades, se hallaron en el valle de Lurín todas las tropas del Ejército Chileno.

* MARCHA DE PISCO A LURIN

Como se ha visto al tratar del retraso del segundo escalón, Villagrán había recibido orden de trasladar por tierra, de Pisco a Chilca, a su División, menos la artillería de campaña, debiendo partir del primer punto citado el 14 de diciembre a fin de hallarse en Chilca, según los cálculos hechos, el 22 de ese mes, al mismo tiempo que el segundo escalón.

Esta orden, que Baquedano trasmitió a Villagrán despachando un barco especialmente encargado de comunicarle los acuerdos de la Segunda Junta de Guerra, era terminante. En la parte considerativa de ella se daba a entender al jefe de la Primera División que, de su puntualidad y buena ejecución dependía el éxito del plan general.

A pesar de esto, el comandante de la Primera División no se aventuró en el desierto sino después de enviar varios reconocimientos para estudiar la situación y rendimiento de las aguadas, habiendo hecho practicar, además, algunos pozos suplementarios en el cauce del Topará. El 13 resolvió marchar, para lo que reunió en Tambo de Mora a todas las tropas de la División.

En Tambo de Mora se alarmó nuevamente por la escasez de agua que, según últimos informes, iba a sufrir en la marcha hacia Cañete y postergó su salida; pero, un oficial enviado en reconocimiento dió cuenta de que la alarma era infundada y Villagrán ordenó entonces que la Brigada Lynch siguiera al norte el 17, debien-

* Croquis Nº 12

do hacerlo en dos escalones para no agotar las aguadas; el 18 debía seguir el mismo itinerario, en la misma disposición, la Brigada Amunátegui.

Con estas indecisiones y retardo en la partida, se hizo imposible la llegada de la Primera División a Chilca, en la fecha fijada por el Comandante en Jefe.

El 19 Baquedano tocó en Pisco con el convoy que conducía al segundo escalón, como hemos visto, y allí recibió de manos del Coronel Gana distintas notas de Villagrán en que éste le daba cuenta de la forma como estaba desempeñando su cometido. La primera de estas notas, fechada el 10 de diciembre, en respuesta a la del 7 del mismo mes en que se le señalaba su misión, discutía la posibilidad de alcanzar Chilca el 22 y "declinaba toda responsabilidad" por el hecho de que parte de sus tropas no tenía cantimploras y el agua era escasa en el desierto que debía atravesar; la segunda nota, dirigida al Coronel Gana, tenía por objeto pedir a éste que hiciera presente a Baquedano que las dificultades de la marcha le impedirían llegar a Chilca en la fecha fijada; en fin, la tercera, participaba que la Brigada Lynch saldría de Tambo de Mora al norte el 17 y la Brigada Amunátegui la seguiría el 18, debiendo encontrarse ambas en Cañete el 20. Como se ve, Villagrán no iba a alcanzar Chilca el 22, ni había partido de la región de Pisco el día 14 como se le ordenara.

Baquedano, malquisto con Villagrán en quien veía un poderoso rival profesional, superior a él desde muchos puntos de vista, aprovechó de esta circunstancia para humillarlo respondiéndole en violenta nota que la "responsabilidad de los actos que se ejecutan corresponde siempre al que manda y nunca al que obedece". Le ordenaba en la misma nota que dispusiera el inmediato regreso a Pisco de la Brigada Amunátegui puesto que el retraso sufrido hacía innecesario su traslado por tierra, siendo preferible que lo hiciera por la vía marítima, ordenaba, asimismo, que la Brigada de Lynch continuara la marcha que ya había iniciado.

Después, dio cuenta al Ministro de estos hechos y obtuvo que éste desautorizara a Villagrán y ordenara su reemplazo en el comando de la División. Ya ha habido ocasión, en capítulos anteriores, de hacer notar cómo la ambición de los políticos de Santiago había hecho postergar injustamente a Villagrán y realzar a Baquedano cuyas posibilidades no le permitirían pretender la Presidencia de Chile. La decisión tomada contra Villagrán revistió pues, más que todo, carácter político; Vergara comprendía que procediendo de este modo anulaba para siempre el prestigio de Villagrán, quien, por otra parte, consideraría a Baquedano como el único causante de su desgracia.

Al recibir las nuevas instrucciones que le impartía Baquedano, Villagrán dispuso el regreso a Pisco de la Brigada Amunátegui que comenzó a embarcarse en este puerto a partir del 25 en los barcos que Baquedano envió por ella después de haber dejado en tierra a las fuerzas del segundo escalón; el 26, Amunátegui desembarcó en Curayacu.

La Brigada Lynch continuó al norte en dos escalones mandados por el Jefe de la Brigada, que conducía el primero, y por el Co-

ronel Juan Martínez. El 19 ambos escalones alcanzaron la quebrada seca de Topará, donde se surtieron de agua en los pozos propios del Jaguey y en los otros que Villagrán había mandado limpiar o cavar. El 20 las tropas siguieron entre médanos hasta alcanzar Herbay, en la margen meridional del Cañete.

En este último punto una parte del regimiento peruano de caballería "Cazadores del Rímac", a órdenes del Coronel Sevilla, que tenía la misión de hostilizar al enemigo en su avance al norte, intentó de noche una sorpresa abriendo fuego violentamente sobre las avanzadas chilenas que emprendieron la fuga en busca de refuerzos; después de realizada la sorpresa, los jinetes peruanos se replegaron ante el número, sin haber ocasionado daño de importancia con su nocturno tiroteo.

El 21 llegó Lynch a Cerro Azul, después de haber hecho pagar gruesas contribuciones de guerra a las haciendas de Cañete, donde se le agregaron como auxiliares alrededor de 1000 súbditos chinos (coolíes) braceros del valle.

Los chilenos alcanzaron el 22 el río Asia, bordeando el morro de ese nombre, para descansar en la noche en la playa arenosa y escasamente cultivada en que ese río desemboca.

El 23 ambos escalones llegaron a Bujama, en el valle de Mala, donde se reunieron con un pelotón de "Cazadores" que había adelantado Baquedano para servir de guía y remitir datos a la Brigada. En Bujama algunos grupos de civiles, ocultos en el tupido monte de esa hacienda, recibieron a tiros a los chilenos.

Lynch entró en Chilca el 24; el 25 pasó por las alturas arenosas, en anfiteatro, que dominan la caleta de Curayacu donde se estaba terminando el desembarco del grueso del ejército chileno y, en la tarde, descansó en Lurín. El escalón de tropas que conducía el Coronel Juan Martínez llegó al mismo valle el 26, al día siguiente.

Cuando el último elemento de la Brigada Amunátegui de la Primera División —Regimiento "Coquimbo", venido por mar— quedó instalado en Lurín el 27, Baquedano comunicó a Villagrán la resolución que había recabado del Ministro para sancionar su falta de puntualidad en el cumplimiento de las órdenes. Dispuso además, que la División quedara a cargo de Lynch, que la comandaría en lo sucesivo, ordenando a Villagrán que se trasladara a Chile a dar cuenta de sus actos.

ACCION DEL MANZANO

27 DE DICIEMBRE

Hemos visto cómo en Herbay los "Cazadores del Rímac" intentaron una sorpresa contra las fuerzas de Lynch. Poco después, los mismos "Cazadores" que se habían replegado a Mala regresaron en parte a la región de Bujama donde recibieron a tiros a Lynch, junto con algunos civiles.

El Coronel Sevilla, que disponía de 25 músicos y 250 soldados, de los cuales 150 con lanza y sable y 100 con carabina, recibió orden después de realizados los hechos anteriores de trasladarse a Calango para hostilizar desde allí al enemigo; pero sabedor del de-

sembarco de los chilenos en Lurín, decidió replegarse a Lima, para lo que debió tramontar los contrafuertes que forman el divortium aquarum entre el Mala y Lurín. Según sus cálculos, debía alcanzar este útlimo valle a la altura de Cieneguilla, para continuar por Manchay a Lima.

Cumpliendo su deseo, Sevilla llegó el 27 al origen de la quebrada de Pueblo Viejo, en el valle de Lurín, de donde envió un emisario a Lima comunicando el itinerario por el que se replegaba. Este grave error fue costosamente pagado, porque el estafeta cayó en manos de los chilenos de la Brigada Barboza, que vivaqueaba en esa región, y que se dispuso en seguida a capturar al Regimiento de Sevilla.

El despliegue de fuerzas chilenas en las lomas del Manzano, que el citado itinerario señalaba como punto de pasaje, tendía a no dejar escapar a uno solo de los "Cazadores". Barboza dispuso que el Regimiento "Curicó", el 3º de línea, el "Lautaro", el Batallón "Victoria" y una batería de montaña se escalonaran, estrechamente enlazados, en el camino que debía seguir el regimiento peruano; una parte de las tropas ocupó las alturas y el resto, con la artillería, el estrecho pasaje de la quebrada. En estas condiciones los chilenos se pusieron en acecho para sorprender a Sevilla.

Efectivamente, en la noche del 27, cuando los jinetes peruanos se internaron en masa en el desfiladero con la intención de abrirse paso hacia Lima, fueron sorprendidos por los fuegos de las numerosas tropas chilenas apostadas en las alturas. A pesar de la desproporción de efectivos y de las desgraciadas circunstancias por que atravesaban, los jinetes peruanos se defendieron toda la noche hasta que al aclarar, Sevilla y una parte de su diezmado Regimiento, fueron hechos prisioneros. El Capitán Azcona, que en plena sorpresa atinó a ganar las alturas, se mantuvo en ellas hasta muy entrado el día, siendo hecho prisionero, finalmente.

EL BLOQUEO DEL CALLAO

Después de realizar ineficaz bombardeo contra las indefensas poblaciones de Chancay, Ancón y Chorrillos, en el mes de setiembre, los barcos de Chile permanecieron frente al Callao sin efectuar operación alguna de importancia, guardando solamente la entrada del puerto y con la preocupación principal, según propia declaración, de impedir que la "Unión", acoderada a la Dársena, intentara abandonar su fondeadero y forzar el bloqueo.

Del lado peruano se efectuaron, en cambio, algunos empresas que, sin dar grandes resultados prácticos, atemorizaron e hicieron cada vez más prudentes a los bloqueadores.

Corría el mes de noviembre, cuando, aceptada la campaña sobre Lima, el comando chileno necesitó que algunos barcos de guerra escoltaran los transportes que debían conducir de Arica a Pisco y a Chilca a las fuerzas del ejército; Vergara ordenó, en conssecuencia, que se levantara en parte el bloqueo del Callao. El "Blanco" y otros barcos, con el Comandante Riveros, llegaron al puerto de Arica el 12 de noviembre. Poco después el "Cochrane" abandonaba también el bloqueo por orden del Ministro de Guerra

y Marina en campaña y, desde entonces, sólo el "Huáscar" y algunas naves no blindadas quedaron frente al Callao.

En la madrugada del 6 de diciembre la lancha peruana "Arno" atacó a las lanchas bloqueadoras que se cubrían de noche tras el dique flotante que existía en el centro de la rada. A poco el combate se hizo general, tomando parte en él las lanchas chilenas "Fresia", "Guacolda", "Colocolo" y "Tucapel". Como estas últimas llevaron la peor parte, a pesar de su potencia, debió intervenir el "Huáscar", llegando a ponerse a tiro de las baterías del Callao que abrieron el fuego inmediatamente. El cañoneo continuó breve tiempo, hasta que la "Fresia" recibió a popa un proyectil que le ocasionó varias bajas y la obligó a dirigirse a San Lorenzo, que no llegó a alcanzar, hundiéndose cerca de esta isla en 10 brazas de agua.

En represalia de este hecho, y para tratar de tocar a la «Unión», el Capitán Viel, jefe accidental del bloqueo, ordenó que se disparara diariamente sobre este barco, aprovechando un nuevo cañón Armstrong, de gran alcance, que montaba el «Angamos». El 9, 10 y 11 de diciembre se realizó esta operación, verdadero tiro de hostigamiento que diríamos hoy, el que no se pudo proseguir a partir de este último día porque el cañón ya citado, al hacer un disparo, se desmontó y cayó al mar.

Con esto terminaron las operaciones de la Escuadra de Chile frente al puerto del Callao, antes de que el ejército de ese país atacara las líneas de San Juan y Miraflores.

CONSIDERACIONES

Las circunstancias que rodearon la formación y desembarco del primer escalón chileno para facilitar el transporte de todo el ejército al teatro de operaciones de Lima, hacen aparecer a esta fracción como jugando el rol de vanguardia estratégica en la campaña que se iniciaba.

Efectivamente, una vanguardia estratégica, que tiene en la conducción general de las operaciones papel análogo al que juega la vanguardia dentro de los límites reducidos del campo operativo, debe asegurar la posesión del territorio en que el grueso quiera actuar, favorecer la llegada a él del resto de las tropas, reconocer el país e informar sobre sus características, tomando además el contacto lejano con las fuerzas del defensor. Para llenar su misión, esta vanguardia debe poseer ciertas condiciones de fuerza que le permitan bastarse a sí misma durante un tiempo más o menos largo y que favorezcan su acción de reconocimiento y contacto; como su rol independiente le obliga, por otra parte, a garantizar su propia seguridad, es necesario que disponga de suficiente espacio entre ella y el enemigo, para no caer de primer golpe bajo su acción y, para llenar este especial requisito, conviene hacerla aparecer por sorpresa en la región donde va a operar, a fin de aumentar su libertad de acción e impedir que el adversario disponga de tiempo para modificar sus dispositivos.

Examinando superficialmente parece que, por ciertas analogías, el escalón que comandaba Villagrán hubiera desempeñado el

papel de vanguardia estratégica. Pero cuando, se profundiza en las disposiciones de Baquedano y Vergara y se sigue el desarrollo de la operación, se observa que el comando chileno no tuvo el más lejano deseo de proceder en forma tan ajustada a los preceptos del Arte.

Como se ha visto, la falta de medios de transporte obligó a separar a las tropas chilenas en dos escalones y la potencia que se dio al escalón Villagrán dependía más que todo de la misma circunstancia, es decir, de la capacidad de las naves: su desembarco, lejos de los gruesos adversos, fue hecho con la mira de no provocar la lucha hasta no estar en fuerzas, y el punto elegido para tomar tierra no se escogió por razones estratégicas, sino con la idea de impedir que los peruanos atacaran aisladamente a los escalones. Al respecto conviene no olvidar que el segundo escalón trataba de desembarcar también en la región de Pisco, con el fin de agrupar todas las fuerzas en un punto desde el que se pudiera proseguir por tierra. No se tomaba, pues, un dispositivo estratégico, sino que se procuraba agrupar las tropas lejos del enemigo para luego actuar en masa.

La falta de cantimploras, odres y elementos de transporte para abastecerse de agua entre Pisco y Lurín, inconveniente que sólo se conoció en Arica a última hora, obligó al segundo escalón a desembarcar más al norte, sin ordenar que la titulada vanguardia avanzara a cubrir el desembarco, pues, según el plan primitivo de Vergara, ese primer escalón debía reembarcarse en Pisco mientras el segundo, recién llegado, se instalaba en Lurín.

En estas condiciones, no se ve con claridad cuál era el móvil que llevó a Baquedano a proponer que Villagrán marchara por tierra hacia Lurín. Se fundaba esta proposición en la necesidad de que las fuerzas estuvieran agrupadas; pues, si Baquedano hubiera pensado que Villagrán era vanguardia estratégica, no le hubiera ordenado que llegara a Chilca en el mismo día en que debía desembarcar, en ese lugar, el segundo escalón; en efecto, no era posible considerar como vanguardia a esas fuerzas que alcanzarían agotadas el punto de la cita, apareciendo en ese lugar al mismo tiempo que el grueso, sin conocer ni haberse apoderado del terreno para formar una zona de seguridad.

Se comprueba, pues, que en ningún momento se pidió a la titulada vanguardia estratégica que diera al grueso la libertad de acción necesaria, por sus informaciones, ni la seguridad y protección que debía proporcionarle con sus masas.

Llegado Baquedano a Pisco, resta fuerzas a Villagrán, porque, con la única preocupación de las facilidades de transporte, no piensa, ni había pensado antes en su seguridad estratégica, como quieren hacerlo consentir hoy los panegiristas del comando chileno.

Es notable la falta de previsión del comando chileno al no ordenar el reconocimiento previo de las caletas en que podía efectuarse el desembarco; si temía que esto revelara sus intenciones, se podía reconocer las caletas y puertos del sur y norte de Lima para

despistar al defensor; en fin, sus marinos debían estar en condiciones de dar datos ciertos sobre las características de cada desembarcadero. Llegados los barcos frente a Chilca, recién se dan cuenta los chilenos que esta caleta queda lejos de Lurín y la abandonan, pero se conforman con avanzar hasta Curayacu, para después reconocer el camino y ordenar el desembarco de la artillería de campaña en Pescadores. Verdad que los once kilómetros que separan las dos caletas es una pequeña distancia, pero creemos, sin afirmarlo, porque ello depende de circunstancias variables, como la naturaleza de la playa, los vientos reinantes en aquellos meses y las mareas, que la operación hubiera sido menos fatigante desembarcando todo el ejército en Pescadores, con lo que se obtenía la ventaja de ocupar inmediatamente el valle de Lurín, sin marchas suplementarias ni sobresalto alguno.

La idea de que existieran fuerzas peruanas en el valle de Lurín no era en todo caso un inconveniente, porque así como el primer oficial que saltó a tierra en Curayacu corrió a Lurín a examinar los caminos que unían ambos puntos, pudo reconocer también la ausencia de fuerzas adversas para proceder con mayor tranquilidad y sobre seguro. Pero sucedió que ya la orden estaba impartida...

La marcha de Lynch, dada la ausencia de tropas peruanas importantes en la región que cruzó, no deja enseñanza sino en lo que se refiere a las condiciones que hay que satisfacer para vencer las etapas o jornadas que él cubrió como en plena paz. Sin embargo, por muy favorable que pareciera su situación, Lynch no debió descuidar la ocupación previa de las cortaduras del terreno que trataba de alcanzar con el grueso, operación que debió realizar su caballería. Abandonar un valle para lanzarse a otro a ciegas, es correr el riesgo de estrellarse contra fuerzas importantes que ocupen la etapa, especialmente dispuesta para contener al que avanza, que se halla, después de la marcha en el arenal, en condiciones de manifiesta inferioridad. Cerrar la aguada a tiros, a una tropa que ha marchado 30 ó 40 kilómetros de desierto, es una operación fácil de realizar y de grandes resultados.

La acción de la Caballería de Sevilla hace ver, en cambio, de cuánto puede ser capaz una tropa mandaba enérgicamente y los grandes resultados que se pueden obtener, con efectivos suficientes, ocupando las avenidas que desembocan de la sierra para hostilizar el flanco de un adversario que marche a lo largo del litoral. Es indudable que para oponerse a Lynch bastaban dos batallones bien mandados, que hubieran actuado por las cabeceras de la sierra, marchando paralelamente a él, y que, desembocando por golpes rápidos y enérgicos sobre su flanco, le habrían ocasionado enormes pérdidas.

En este caso, Lynch hubiera tenido que adelantar a su caballería y algunos batallones para que ocuparan de antemano la cortadura que pretendía alcanzar, cubriéndose además de los caminos que bajan del alto de los valles, y esto le hubiera obligado a

fraccionar sus tropas corriendo el grave riesgo de ser batido en detall; o bien, hostigado en esa forma, habría hecho frente a su adversario, abandonando su misión en busca de un combate que le diera libertad de acción, para lo que debía internarse en los cañones de los ríos; ahora bien, en estos estrechos pasajes, donde no vale la superioridad numérica, pudo ser fácilmente burlado y forzado a batirse en difíciles condiciones. Claro es que las tropas peruanas encargadas de esta tarea debían ser maniobreras y estar habituadas a las operaciones en terreno quebrado, y sus jefes tener un criterio amplio de las posibilidades bélicas, que sólo se adquiere mediante el conocimiento de los hechos de guerra del pasado.

CAPITULO XII

CAMPAÑA DE LIMA

BATALLA DE SAN JUAN

El terreno.- Accesos de la línea de defensa.- El campo de batalla.

Dispositivo de la defensa.- La línea de resistencia.- Distribución de las fuerzas.

Planes chilenos para el ataque.- Los reconocimiento.- Combate de Rinconada.- Plan definitivo de ataque.

La batalla.- Avance de las fuerzas chilenas. Combate contra la derecha peruana.- Combate contra el centro de la línea.- Combate contra la izquierda de la línea.- Acción de la caballería chilena.- Fin de la primera fase de la batalla.

Ataque al Morro Solar.- Combate en Chorrillos.- Fin de la segunda fase de la batalla.

Resultados.

Consideraciones.

EL TERRENO

* Entre el río Lurín y los terrenos de cultivo que se extienden en la margen sur del Rímac, bañados por el canal de regadío llamado río Surco, se encuentra una pampa arenosa y árida que presenta colinas de poca elevación, con depresiones más o menos profundas de terreno blando, conocida con el nombre de Tablada de Lurín.

Limitando a la Tablada por el lado de tierra, y a cuatro kilómetros del mar por término medio, corre una línea de alturas rocallosas de mayor consideración, que son los últimos contrafuertes occidentales de la cadena de los Andes. Estas alturas se hallan cortadas transversalmente por dos angostas quebradas secas, llamadas de la Bocana y el Cenicero, que comunican la Tablada con la quebrada, seca también, de Manchay, que se abre más al este enlazando los valles de Lurín y del Rímac.

---

* Croquis números 13 y 14.

Entre las alturas que presenta la Tablada la más notable es el cerro del mismo nombre, llamado también Corvina por la forma que presenta su lomo superior; esta altura, aislada, se alarga sensiblemente de nordoeste a sudeste a pocas centenas de metros del mar, dominando la pampa desde 50 a 80 metros de altura.

ACCESOS DE LA LINEA DE DEFENSA

Tres caminos principales, cruzaban la pampa ondulada que separa los indicados valles. El de la Playa, que corre entre el mar y el cerro Tablada y desemboca en los campos de la hacienda Villa por la playa de Conchán y que, por las dos abras de Santa Teresa, conduce a Chorrillos; el de la Tablada, llamado así porque recorre el "tablazo" o "tablada" que se extiende al lado este de la altura del mismo nombre, desemboca frente a la hacienda San Juan, de donde sigue al pueblo de Surco y a Barranco y, por último, el de las Lomas o de Atocongo, que partiendo de la Venturosa en el valle de Lurín, sigue al pie de las pendientes oeste del contrafuerte andino ya citado, y continúa a Lima por la hacienda Tebes.

Aparte de los anteriores, por el fondo de la quebrada seca de Manchay, corre el camino de este nombre que desemboca por Pampa Grande en la hacienda Rinconada, del valle de Ate.

EL CAMPO DE BATALLA

* Tomando de Lurín a Lima cualquiera de los tres primeros caminos, para llegar a los cultivos del río Surco es necesario sortear una línea discontinua de colinas, que corre entre el cerro San Francisco y el Morro Solar. El Morro, con 284 metros de altitud, formando una ciclópea garra, entra al mar dividido en tres secciones principales conocidas con los nombres de Morro Solar propiamente dicho, Salto del Fraile y cerro Marcavilca; este último forma con el Morro la caleta de La Chira y el Morro con el Salto del Fraile, la playa conocida con el nombre de la Herradura. Al pie de las pendientes norte del Salto del Fraile, se encuentra el balneario de Chorrillos.

La cerrillada arenosa y de escasa elevación que une el San Francisco y el Morro, forma un ángulo de 90 grados cuyo vértice adelantado hacia el Lurín lo constituyen los cerros hoy conocidos con el nombre de Zig Zag, debido a la manera como están dispuestas sus tres cumbres principales **.

Siguiendo del Morro Solar al cerro San Francisco, estas alturas se conocen, por tramos, con los nombres de Santa Teresa, que forman dos abras que unen a nivel los campos de Chorrillos y los de Villa; de San Juan que comenzando en el Zig-Zag se alarga has-

---

* Croquis Nº 14.

** Cuando la guerra, estos cerros eran designados con el nombre de cerros de Santa Teresa, que hoy se da a las colinas más bajas por donde se abren los cuellos de ese nombre y de Villa, que dejan paso a los dos ramales en que se divide el río Surco al fin de su curso, para empozarse en las lagunas y pantanos de Conchán o de Villa.

ta la casa hacienda de ese nombre *; y de Pamplona, que se levanta después de una interrupción de la cadena, dejando también amplio pasaje a nivel, y cuyas cinco cumbres en línea son la prolongación de una grupa, desprendida del San Francisco, que es conocida con el nombre de cerro Cascajal.

Inmediatamente al pie de las pendientes orientales del alargado San Juan y paralelamente a esta cerrillada, se hace visible una hondonada que parece haber sido antiguo cauce del río Rímac; en la otra margen de esta hondonada se yerguen las colinas de San Tadeo, dominadas por el cerro San Juan. Más al este de estas dos cerrilladas corre, también paralelamente a los Pamplona y a la cadena del San Juan y de nordeste a sudoeste, el cerro Papa de varias cumbres elevadas que se levanta como un enorme tabique, dejando paso en sus extremidades norte y sur a los caminos de las Lomas y de la Tablada, respectivamente.

Viniendo del Lurín hacia Lima, detrás de la cerrillada de Santa Teresa-San Juan-Pamplona, se halla el borde de los cultivos del Surco que, separados por tapias en aquel tiempo, formaban una ancha banda de sementeras hasta el río de este nombre.

Chorrillos dista de las colinas de Santa Teresa tres kilómetros y Barranco de las de San Juan, cerca de cuatro.

Como se verá al hablar del dispositivo de la defensa, la batalla se desarrolló en la cadena de pequeñas alturas a que nos venimos refiriendo, para terminar en el Morro Solar.

DISPOSITIVOS DE LA DEFENSA

Piérola, personal y directamente, sin permitir que intervinieran en la conducción de las operaciones los altos jefes, entre ellos los tres Comandantes de ejército de las Campañas del Sur: Buendía, Montero y Leiva, de los que se había rodeado tomándolos, precisamente, como simples ayudantes de campo, dispuso la ocupación de una línea del terreno que daba frente a la dirección por donde juzgó que se presentaría el enemigo.

El Dictador eligió esta línea en vista del plan general de defensa que había ideado, el que, según es fácil comprobar al analizar las condiciones en que se desarrolló, contemplaba la ocupación de una barrera rígida que debía detener el empuje enemigo, confiando en que los efectos del fuego le originarían tales pérdidas que lo harían desistir de su empeño. Como podía suceder que, a pesar de todo, el atacante rompiera la barrera, ordenó la formación de otra un poco más atrás, ante la que esperaba que, en el peor de los casos, sólo llegara la mitad de las fuerzas, disminuídas por su primer esfuerzo.

A fin de dar mayor potencia a la línea de San Juan, Piérola trató de que tuviera un vasto y favorable campo de tiro; para lo que la estableció en posiciones dominantes que, además de permitir el tiro desde largas distancias, obligaría al enemigo a escalarlas bajo el fuego; las tropas que ocuparan esta línea debían, a su juicio, ser las más sólidas y mejor comandadas, con fuertes efectivos

* Cerro Viva el Perú, es la pequeña cumbre final del San Juan.

y bien dotadas de artillería; a mayor abundamiento, el sistema sería reforzado por el apoyo material y moral que daban las minas con las que intentaba "hacer volar al asaltante". La confianza ilimitada en el poder terrible de los fuegos, cuyos efectos parecía fácil calcular en los "ejercicios de rifle", confianza de que participaban entonces muchos ejércitos del mundo, hizo aceptable para los neófitos este plan general de defensa. Sin embargo, era muy original y contraria a todo precepto la desproporcionada longitud dada a la línea de defensa, lo que, ocasionando gran dilución de los efectivos, la hacía poco sólida en todos sus puntos. Parece que para el Dictador, desde el momento en que los efectivos estaban compensados aproximadamente, no hacía falta tomar un dispositivo estudiado sino que bastaba que cada tirador disparara a su frente buscando su adversario particular, por decirlo así, para que los soldados del ataque cayeran uno a uno en estos duelos singulares, en que todas las ventajas estaban en apariencia al lado del defensor que había escogido su terreno y no sufría menoscabo en sus aptitudes para el tiro, puesto que estaba en reposo y a cubierto.

Esta concepción de la batalla, que se apartaba de los preceptos más rudimentarios del Arte de la Guerra, desdeñando la organización en profundidad que sirve para detener el ataque en fuerzas sobre un punto del sistema defensivo, era completamente ilógica y no contemplaba absolutamente, ya que no el movimiento adelante, ni siquiera la posibilidad de parar lo imprevisto constituyendo reservas fuertes y bien establecidas.

LA LINEA DE RESISTENCIA

Esta puede considerarse dividida, aunque tal no fue la intención del jefe que la organizó, en centro y dos alas.

En el ala derecha se estableció el Cuerpo de Ejército que mandaba el Coronel Miguel Iglesias; en el centro el de Cáceres; en la izquierda el de Pastor Dávila; quedando el de Suárez detrás del intervalo de los dos últimos.

Iglesias ocupaba las colinas al pie del Marcavilca, que avanzan hacia el sur, y las abras y cerros de Santa Teresa, extendiéndose hasta la cumbre más occidental del cerro hoy llamado Zig-Zag *. Cáceres ocupaba las cumbres central y oriental del Zig-Zag y los cerros que lo prolongan al norte hasta el llamado Viva el Perú, delante de la casa de San Juan, inclusive. Pastor Dávila ocupaba la cerrillada del Pamplona hasta la grupa más occidental del San Francisco —cerro Cascajal— por cuya abra pasa el camino de las Lomas: como la línea de los Pamplona se halla a 600 metros adelante del alineamiento del San Juan-Viva el Perú y a cosa de 500 metros más al norte, dejando entre uno y otro un ancho espacio llano y abierto, se cavó en esta región una zanja o trinchera en tirante que, además de llenar el vacío que existía entre la izquierda de Cáceres y la derecha de Pastor Dávila, servía para mantener la continuidad de las posiciones que estos dos Cuerpos ocupaban en las citadas colinas.

* Que en el Croquis número 14 aparece marcado con un número 1

Delante de las posiciones del Primer Cuerpo de Ejército quedaba el llano de Villa, que se extiende por varios kilómetros hasta llegar a la cabecera norte del Corvina o Tablada, por cuyas faldas desemboca el camino o pista de la Playa y pasa el de la Tablada. Delante de las posiciones de Cáceres, Cuarto Cuerpo de Ejército, después de cruzar la hondonada del antiguo cauce del Rimac, venciendo los glacis de arena que forman sus riberas, se encuentran las colinas aisladas de San Tadeo y más al este el cerro Papa. Y, en fin, delante del Tercer Cuerpo de Ejército, Pastor Dávila, se abre extensa pampa, ligeramente ondulada, conocida con el nombre de Arenal de San Juan, que se extiende hasta el cerro Papa situado a dos kilómetros adelante. Por el pie norte del Papa, y entre este cerro y la cadena formada por los contrafuertes de los Andes, pasa el camino de las Lomas y, hoy, la vía férrea a Lurín.

La organización material de esta línea fue hecha con apresuramiento, disponiendo la construcción de parapetos formados por "pircas" de piedra partida, continuadas por simples zanjas cavadas en la arena.

Las pircas tenían de un metro a metro y medio de altura y eran formadas por la superposición de pequeños trozos de roca o "lajas" acomodadas cuidadosamente. Su espesor era de 80 centímetros a un metro, lo que bastaba para detener las balas de fusil, pero no las de cañón que desmoronaban el inestable amontonamiento; cualquier proyectil que tocaba en las rocas, además de rebotar en la forma más desfavorable para los defensores, las despedazaba en menudos trozos, planos y cortantes, que formaban otros tantos proyectiles lanzados en todas direcciones. En el borde superior de las pircas se habían practicado escotaduras en forma de almenas, por las que asomaban la boca de los cañones de la defensa.

La línea de parapetos, de los que algunos habían sido formados con sacos de arena, corre, como puede comprobarse hasta hoy, por la cresta militar de la cerrillada que, por ser de suave y uniforme pendiente, hace que la cresta topográfica se vea confundida a menudo con la anterior; se ha dicho que la línea seguía las cumbres, porque en éstas se construyeron pequeños fortines, abiertos a la gola, que eran una especie de reductos para la resistencia final sirviendo de observatorios y puestos de mando de los Comandantes de División y de Cuerpo de Ejército.

Los distintos elementos de la línea de pircas estaban enlazados entre sí por zanjas cavadas en la arena, que cortaban los caminos principales y los cuellos que permiten franquear el sistema de colinas que ocupaba la defensa; estas zanjas, que se utilizaban como trincheras, tenían un metro a metro y medio de profundidad y el espesor de su parapeto de arena llegaba a dos metros.

En las pasajes obligados, así como en la pampa arenosa que se extiende delante de la posición, se habían enterrado cargas de pólvora o de dinamita y bombas automáticas que debían explotar cuando el atacante pisara los estopines o detonadores ligeramente cubiertos por una capa de arena; otros de estos ingenios debían explotar cuando los soldados asaltantes recogieran del suelo algunos objetos visibles y de poco valor, como relojes, cuchillos y otros que parecían abandonados en tierra y que habían sido atados al

detonador por una pequeña cuerda. Como detrás de la línea de defensa también se habían establecido estas cargas explosivas, parecía que se daba por hecha la ocupación de ella por el atacante.

Además de estos trabajos, en los que intervinieron no pocos mercenarios contratados como técnicos para las cuestiones de explosivos, el Dictador había hecho derribar algunas tapias y nivelar el terreno que quedaba detrás de las líneas, construyendo puentecillos de circunstancias en las acequias de regadío, para formar caminos que permitieran la circulación entre los puntos más alejados del frente y uniendo éste con Chorrillos y Barranco. Estas pistas recibieron el nombre de "caminos estratégicos".

DISTRIBUCION DE LAS FUERZAS

El Primer Cuerpo de Ejército tenía en línea, de derecha a izquierda, los Batallones "Guardia Peruana", que cerraba el ala en las alturas sur de la caleta de la Chira y le seguían, dando frente a los caminos que llevan de Santa Teresa a Villa, en las dos abras y en el Zig-Zag más occidental, los Batallones "Cajamarca" Nº 3, "Nueve de Diciembre", "Tacna", "Junín", "Ica" y "Cajamarca" Nº 21. Adelante de estas fuerzas, el Cuerpo de Iglesias tenía el Batallón "Callao" y el Escuadrón "Lanceros de Torata" que ocuparon el lindero sur de la casa hacienda de Villa, y el "Trujillo, establecido en la pequeña altura más adelantada al sur del Zig-Zag *.

Este Cuerpo de Ejército, además de contar con el apoyo de las baterías instaladas en la cima del Morro, formadas por dos cañones Parrot de 70 de ánima lisa, un Rodman, de a 500, también de ánima lisa, y un Withwort de a 30 establecido para batir hacia el mar, tenía:

En Marcavilca	dos Clay, lisos de a 32 * *. un obús de a 12.
Al oeste y este de las abras de Santa Teresa	15 White 4 Grieve 4 Walgely 2 Vavasseur 1 Armstrong.
En el Zig-Zag occidental	4 White 12 Grieve 2 Selay * * *

Disponía, además, de la mayor parte de las ametralladoras que en número de 20, tenía el ejército nacional.

El Cuerpo de Cáceres extendía en primera línea, de derecha a izquierda, los Batallones "Lima", "Canta", "28 de Julio", "Pichincha", "Piérola", "La Mar", "Manco Capac" y "Ayacucho", este úl-

* Llamada hoy cerro Centza.

** Viejos cañones de marina.

*** De fabricación peruana, como los Grieve y los White.

timo, que llevaba el número 83 entre los de línea, cubría el espacio abierto que existe entre Viva el Perú y los Pamplona y enlazaba al Cuarto con el Tercer Cuerpo de Ejército.

La artillería de este Cuerpo estaba distribuída así:

En los Zig-Zag central y oriental	8 White 2 Grieve.
En las cumbres entre los anteriores y el Viva el Perú	11 White 2 Grieve.

El Cuerpo de Dávila tenía en línea, de derecha a izquierda, los Batallones "Libertad" que se enlazaba con el "Ayacucho" de Cáceres, "Piura", "23 de Diciembre", "Cazadores de Cajamarca", "Unión", "Cazadores de Junín", o "Junín 2º", Nº 40 de la Reserva, más cinco columnas de Guardia Civil. De éstas, una fue enviada adelante, al cuello que existe entre el cerro Papa y el cerro Volcán, hoy llamado Mina o Forero, para guardar esa angostura por donde pasa el camino de las Lomas.

Otras dos de estas cinco columnas, el Batallón de Oficiales de línea, sin mando, llamado "Columna de Honor" y 8 piezas White, a órdenes del coronel Velarde, fueron enviadas a Monterrico Chico para prolongar la línea y establecer continuidad con el Batallón "Pachacamac" y Batallón Nº 14 de la Reserva que, con 4 piezas White, habían sido instalados en Rinconada —valle de Ate— para guardar la desembocadura hacia Lima del camino de Manchay. (Ver Croquis 13).

El Cuerpo de Suárez que tenía un campamento provisional cerca de la casa hacienda de San Juan, estaba formado por los Batallones "Huánuco", "Paucarpata", "Jauja", "Ancash", "Concepción" y "Zepita".

La caballería, que quedó reducida en el Manzano, a pesar de estar nominalmente afectada por brigadas a los Cuerpos de Ejército, recibía órdenes del Estado Mayor General y su actuación fue poco importante. Gran parte de su personal estaba a pie y los soldados que tenían caballos de paso * no podían ser debidamente utilizados por el mal estado de éstos, lo que hizo que permaneciera agrupada detrás de la línea desempeñando misiones muy secundarias.

El armamento de la infantería era de los más variados sistemas y calibres y el de la caballería era tan inadecuado que fue cambiado días antes de la batalla, quedándose la tropa sin conocer bien el manejo y empleo del nuevo.

PLANES CHILENOS PARA EL ATAQUE

* * Desde el 27 de diciembre el ejército chileno estaba tranquilamente instalado en Lurín, separado de la inmóvil línea de defensa peruana por 20 kilómetros escasos y disponiendo de los ribazos

---

* Los aguilillos —de andadura especial— eran los más apreciados, según consta en los partes oficiales.

** Croquis Nº 13.

escarpados del río de ese nombre como formidable línea de defensa. Las tropas estacionaban a caballo del camino que une el pueblo de Lurín con el puente principal del río del mismo nombre, formadas por brigadas sucesivas. El Comando se estableció en San Pedro y el Estado Mayor en Lurín.

El estacionamiento estaba cubierto al norte, es decir hacia la dirección general de Chorrillos, por la Brigada Amunátegui que relevó a Gana y que ocupaba las ruinas del Templo del Sol en la margen septentrional del río; y, al este por la Brigada Barboza que estacionaba en Pachacamac vigilando las direcciones del alto Lurín y de Manchay.

Cuando Baquedano estuvo en posesión de tan buena base de partida, comenzó a idear la forma de quebrantar la resistencia que ofrecieran los peruanos para poder alcanzar Lima.

Perfectamente informado de la organización de las fuerzas peruanas por las noticias que proporcionaba el espionaje, fácil de sostener en una gran ciudad y más aún cuando sus defensores no guardaban secreto de los planes y operaciones del ejército, el comando sólo tuvo que dictaminar sobre la forma de romper la línea de defensa para lo que necesitaba conocer el emplazamiento exacto que ésta ocupaba, estudiar sus accesos y probar la resistencia que podía ofrecer.

Disponiendo de todo el tiempo que quisiera para realizar las citadas operaciones, puesto que los peruanos no cambiarían de actitud y, por otra parte, provisto de todos los recursos de vida que pudiera necesitar, proporcionados por la Escuadra que lo abastecía y por los valles que estaban bajo su dominio y explotación, nada obligaba al comando chileno a proceder precipitadamente.

El buen resultado que dio el tanteo previo de la línea defensiva del Alto de la Alianza, favoreciendo la concepción y desarrollo de los planes de ataque, hizo pensar a Baquedano en la conveniencia de proceder en parecida forma, ordenando que en sucesivos reconocimientos se tomara el contacto momentáneo con el enemigo para hallar los elementos necesarios a la elaboración de su plan de batalla.

LOS RECONOCIMIENTOS

El estudio de la línea que ocupaban los peruanos debía hacerse desde muy distintos puntos de vista y efectuarse tanto por tierra como por mar, puesto que en principio se quería contar con el apoyo potente de los fuegos de la Escuadra, cuya intervención era fácil por el hecho de que las dos líneas de defensa llegaban hasta la playa por su derecha.

Desde el 24 de diciembre, para prevenir una sorpresa y conocer la distancia efectiva que lo separaba de los ejércitos adversos, Baquedano envió sobre Ate, por el camino de Manchay, cuatro compañías de infantería y 150 jinetes. Al mismo tiempo que este agrupamiento medía la distancia y probaba la resistencia que ofrecían los defensores, debían informar sobre las condiciones de vialidad y los recursos que presentaba esa región. El reconocimiento, después de cambiar algunos tiros con las avanzadas peruanas de

Rinconada y Pampa Grande, volvió a su punto de partida para dar cuenta de su misión e informar sobre la naturaleza del terreno.

Al día siguiente, un escuadrón se desprendió de Lurín hacia Villa por el camino de la Playa; mantuvo frente a la hacienda un ligero tiroteo y regresó con nuevos informes. Conocían así los chilenos, gracias a estos reconocimientos, dos de los accesos más favorables para llegar al dispositivo de los defensores y sabían que la línea se extendía entre esos dos puntos extremos.

Ansiosos por delimitar la zona en que podían proceder libremente, dirigieron hacia el Alto Lurín, el 27, un nuevo golpe de sonda que llegó hasta Cacto en la quebrada de Sisicaya, dando cuenta de no haber encontrado más resistencia que la que opusieron algunos civiles armados.

En este día terminaba la concentración de los chilenos en Lurín; era dispersado en el Manzano el Regimiento "Cazadores del Rímac" y se despachaba a Chile al General Villagrán.

Conocidas ya tres de las principales direcciones, Lagos avanzó hasta frente a Villa, el 28, para formarse una idea más completa sobre el terreno y la defensa.

El 30 partieron por Manchay hacia Ate un centenar de jinetes con la misión de observar de revés las posiciones peruanas de San Juan. Preparaban al mismo tiempo el reconocimiento personal que el Comandante en Jefe y el Ministro de Guerra querían hacer de esa región, por donde el último pretendía que se realizara el ataque para burlar el sistema defensivo de los peruanos apareciendo por su espalda.

El 2 de enero de 1881 se realizó el reconocimiento que hizo Baquedano personalmente.

Hasta entonces no se habían medido las distancias ni reconocido las posiciones del centro de la línea de San Juan, lo que se efectuó el 3 enviando un corto reconocimiento por el camino de las Lomas, que fue detenido en el arenal de San Juan, después de pasar el cerro Papa. A partir de este día los defensores ocuparon con una columna de Guardia Civil el cuello entre el cerro Papa y el Mina.

El 5 de ese mismo mes, el Coronel Barboza efectuó un nuevo reconocimiento por Manchay para precisar algunos datos.

Decididos ya los chilenos a atacar por los caminos de las Lomas, de la Tablada y de la Playa, realizaron un nuevo reconocimiento el día 6, que debía llevarlos a la formación de su plan de ataque.

Este reconocimiento que dirigió Baquedano y en el que tomaron parte los oficiales de los estados mayores del ejército y de las divisiones, se hizo llevando 4 piezas de artillería —2 Krupp y 2 Armstrong— para medir las distancias de tiro; servían de escolta varias compañías de infantería y 2 escuadrones, más 100 infantes montados.

Estos elementos llegaron a las 8 de la mañana frente a Villa y abrieron el fuego de artillería, con toda prudencia, desde 8000 a 9000 metros. La infantería se adelantó algo más que las piezas de artillería.

Los jefes y oficiales de estado mayor, una vez que se hubo señalado a cada gran unidad la misión que posiblemente le incumbiría, se dispersaron en el terreno estudiando cada uno su zona de acción.

Al día siguiente, el General Maturana, Jefe de Estado Mayor General, volvió al terreno de la víspera con algunos jefes para precisar varias cuestiones que quedaron obscuras y estudiar lo que se refería al sector de la defensa comprendido entre Santa Teresa y San Juan.

Para definir las discusiones suscitadas en el Cuartel General chileno sobre la dirección general que debía tomar el ataque, Baquedano decidió que se efectuara, el 9, un reconocimiento en fuerzas sobre Ate, por la quebrada de Manchay y Rinconada. La dirección de esta operación fue confiada al Coronel Barboza, como lo veremos en seguida.

El 10, Baquedano y su estado mayor efectuaron un reconocimiento final hacia Villa-San Juan.

También se efectuaron reconocimientos de la línea de San Juan desde los barcos de la escuadra. El 2 de enero, el "Gaviota" navegó cerca de la playa reconociendo el terreno que ocupaban los peruanos y observando y refiriendo las baterías que desde el Morro batían el mar. El 4 del mismo mes, Lagos y Lynch se embarcaron en la "Magallanes" para efectuar el mismo recorrido y fijar los puntos de importancia de la línea de defensa y, principalmente, los que interesaban al ataque que iba a efectuar el segundo de los citados. El 5 el Almirante Riveros hizo en el "Toro" una inspección ocular de los objetivos que debía batir.

COMBATE DE RINCONADA

9 de Enero

Cumpliendo la misión de reconocimiento que le fuera encomendada, Barboza partió de la hacienda Manchay en el valle de Lurín, a las 12 de la noche del 8 de enero y estuvo al amanecer frente al portachuel de Rinconada, en la desembocadura de Pampa Grande al Valle de Ate.

Las unidades que constituían el destacamento Barboza eran las siguientes:

Regimiento 3º de línea.
1 Batallón del "Lautaro".
1 compañía del "Buín", montada,
1 escuadrón de "Granaderos",
1 pelotón de "Cazadores", y,
2 piezas de montaña. En total, estas unidades sumaban cerca de 2500 hombres.

En Rinconada, a órdenes del Coronel Vargas que recién se habían hecho cargo del mando de las tropas de esa región, existía una guarnición peruana formada por el batallón "Pachacamc", de 180 hombres de efectivo, un escuadron de 100 hombres, pertenecientes a la Primera Brigada de caballería, a pie, y 50 de la Tercera Brigada montados. Estas tropas habían comenzado a cavar una

zanja que, según su jefe, debería tener dos metros de ancho para levantar detrás de ella, con las tierras de la excavación, un parapeto que facilitara su defensa; la zanja debía cortar por completo los caminos que desembocan de Pampa Grande, alcanzando por sus extremos, derecho e izquierdo, respectivamente, las alturas de la Molina y las de Melgarejo separadas cerca de 2 kilómetros.

En las primeras horas de la mañana del 9 el Coronel Vargas vio aparecer numerosas fuerzas chilenas en el Portachuelo de Manchay, que avanzaban hacia Rinconada por en medio de Pampa Grande y que ya ocupaban, también, las alturas de Melgarejo y de la Molina, que habían escalado previamente.

Vargas pidió entonces a sus superiores inmediatos que el Batallón Nº 14 de la Reserva, que era el que se hallaba más próximo, lo apoyara en la defensa, pero el jefe de esta unidad había recibido orden de no abandonar su propio campamento.

En estas condiciones, secundado voluntariamente por otra pequeña fuerza que descansaba en los alrededores, Vargas combatió enérgicamente hasta las 10 de la mañana, hora en que se vio forzado a replegarse hacia Vásquez donde, a favor de las baterías fijas de esa región y de las tropas de la Reserva que allí, existían, esperaba reorganizarse para volver adelante.

Los chilenos, una vez dueños del pasaje, lanzaron puntas de caballería sobre las haciendas de Melgarejo y la Molina de donde se replegaron al recibir fuegos de las baterías pesadas del cerro Vásquez. Poco después, conseguidos los resultados que buscaban, Barboza ordenó a la 1 de la tarde el regreso de sus fuerzas al campamento de Lurín, alcanzando sus vivaques ya entrada la noche.

Los peruanos tuvieron un oficial y seis hombres de tropa muertos y ocho heridos; los chilenos dos oficiales y un soldado muertos y quince heridos.

A partir de este día el comando peruano aumentó las fuerzas que ocupaban la Rinconada de Ate, que fueron, en lo sucesivo, el Batallón 14 de la Reserva, el mismo Batallón "Pachacamac" y 4 piezas White.

PLAN DEFINITIVO DE ATAQUE

Cuando el comando chileno precisó el frente que ocupaba la línea de defensa, reconoció las organizaciones defensivas de ésta y estudió sus accesos más favorables, comenzó a idear la forma de lanzar sobre ella un ataque general, en las mejores condiciones.

Baquedano tenía también circunstanciadas informaciones, recibidas por los más variados conductos, sobre la organización, instrucción, disciplina y armamento de los defensores, hallándose por consiguiente en condiciones de calcular el esfuerzo que era necesario efectuar para quebrantar la defensa *.

---

* El Dictador había contratado en Lima los servicios de extranjeros mercenarios para la colocación de minas en las líneas de defensa; estos hombres, después de cobrar su trabajo, pasaron al Ejército Chileno, donde también cobraron por los datos que suministraban.

En el combate de Rinconada los chilenos capturaron a un inglés Murphy, ingeniero de la hacienda y trapiche de Melgarejo, que dio datos muy completos y precisos sobre la defensa.

Larga discusión se entabló en el Cuartel General chileno sobre la manera como debía efectuarse el ataque, sobre la orientación general que convenía darle, los objetivos por alcanzar, la repartición de las tropas sobre el frente de ataque y la oportunidad en que éste debía ejecutarse; al respecto se extendieron en consideraciones de todo género Baquedano, Maturana, Vergara, cuya autoridad había disminuído como ya se ha dicho desde la enérgica actitud que en Arica adoptó Baquedano, y los jefes que comandaban las divisiones.

Vergara logró, en el curso de estas discusiones, que Baquedano accediera a reunir el 11 una junta de guerra para fijar en forma definitiva el plan de ataque que debía adoptarse. Asistieron a la junta Vergara, Baquedano, Maturana, Velásquez, Lynch, Sotomayor, Saavedra y algunos miembros del séquito del Ministro; Lagos, jefe de la Tercera División, no concurrió porque estaba enfermo. En la junta se plantearon dos proposiciones principales que defendían, el Ministro apoyado por el General Maturana, y Baquedano, secundado en la discusión por el Coronel Velásquez.

El Ministro proponía que el ataque se efectuara por la quebrada de Manchay, en la dirección general del valle de Ate, para aparecer detrás de las dos líneas que defendían Lima. Fundaba su proposición en que de esta manera se burlaba a la defensa y se aparecía en una dirección inopinada, cortando a las tropas peruanas de la ciudad de Lima y del valle del Rímac, con lo que se impedía su retirada sea a las poblaciones de los alrededores, sea a la sierra por los caminos que corren a lo largo del citado valle. Agregaba que, no contando con el apoyo moral y material de sus organizaciones defensivas, los peruanos se desbandarían, según su manera de pensar, o que por lo menos, ofrecerían una resistencia muy débil.

Maturana, que había presentado el 9 de enero un informe circunstanciado al Comandante en Jefe, abundaba en los mismos conceptos, haciendo notar que si el ataque chileno se lanzaba en la dirección de Chorrillos las fuerzas peruanas de Miraflores podían contraatacar de flanco y aún amenazar la retirada a Lurín de los chilenos; el Jefe de Estado Mayor proponía, además, que se hiciera una finta hacia Chorrillos con una parte de las tropas, al mismo tiempo que se desencadenaba el ataque principal por Ate, dándose la mano ambos agrupamientos después de quebrantar las primeras resistencias del defensor.

Pero Baquedano se oponía a que se lanzara el ataque por Machay, alegando que el camino por recorrer era más largo que el de la Tablada y que, careciendo uno y otro de agua, era preferible tomar el más corto para presentar batalla con las fuerzas en las mejores condiciones. Hacía notar, por otra parte, que internándose por Manchay se desperdiciaba voluntariamente el apoyo de la Escuadra.

Velásquez, que secundaba a Baquedano en la discusión, agregaba que el ejército no disponía de suficientes medios de transporte para llevar con las tropas el agua que fuera necesaria; que la artillería de campaña no podía marchar por Manchay; que se descubría el centro de operaciones de Lurín, al efectuar este desplazamiento lateral; que el ejército podía ser atacado en malas condi-

ciones mientras realizaba por la quebrada de Manchay una marcha de flanco; que si se producía un fracaso, las tropas no tendrían expedita su línea natural de retirada, pues los peruanos la podían interceptar; que apareciendo sobre el flanco de ambas líneas de defensa, el comando peruano tendría facilidades para reunir en una sola masa a la totalidad de las tropas que las guarnecían; además, hacía notar que los peruanos, después del combate de la Rinconada, habrían reforzado esta ala de su dispositivo.

También se propuso en la junta adoptar un temperamento intermedio, consistente en dividir las fuerzas para fijar al defensor en el frente de San Juan con una división, atacando simultáneamente por Rinconada-Monterrico Chico, con las otras dos divisiones. Pero, esta idea fue rechazada pronto por los riesgos que su ejecución podía ocasionar.

De la discusión que venimos siguiendo se pone en claro que, a pesar de que los chilenos conocían perfectamente las posibilidades y el sistema de defensa que habían adoptado los peruanos, temían excesivamente sufrir un fracaso. Esta comprobación sirve para evidenciar la escasa capacidad maniobrera y potencia ofensiva que los jefes chilenos concedían a sus propias tropas, a las que ya hemos visto marchar al ataque escoltadas por la caballería.

En fin, en la misma junta, por imposición de Baquedano que no sometió a votación los distintos planes presentados, quedó acordado, siguiendo la decisión del Comandante en Jefe, que el ataque se hiciera frontalmente y por el camino más corto *.

En cuanto a la distribución de las fuerzas, Baquedano dispuso que cada división chilena atacara a uno de los Cuerpos de Ejército de la línea de defensa. Formó además, para tener tropas a su directa disposición, una División de Reserva cuyo mando confió al Coronel Arístides Martínez, constituyéndola con los Regimientos "Zapadores" y "Valparaíso", de las dos brigadas de la Tercera División, y el 3º de línea, de la Segunda División.

Las cuatro brigadas de artillería de campaña, que estaban distribuídas en las divisiones, según el orden de batalla dado por el Ministro Vergara, fueron también agrupadas a instancias del Coronel Velásquez, quedando organizadas en un regimiento de 50 piezas, que se llamó Nº 2 de Artillería y cuyo mando se confió al citado Coronel. La artillería de montaña y las ametralladoras, que la integraban, continuaron formando parte de las Divisiones, conforme estaban distribuídas en el orden de batalla inicial.

La caballería, regimientos "Cazadores", "Granaderos" y "Carabineros", fue separada también de las divisiones y agrupada bajo el mando del Comandante General de esa arma, Teniente Coronel Letellier, quien sólo debería obedecer las órdenes del Comandante en Jefe.

---

* Véase el parte del General Baquedano. (Documentos de la Primera y Segunda Ediciones)

LA BATALLA

13 de enero

* Adoptado por los chilenos un plan general de ataque, tras larga discusión, les era necesario llevarlo cuanto antes a la práctica para evitar que circunstancias inesperadas impidieran o cortaran su ejecución. Los chilenos que sabían, además que los trabajos de defensa seguían realizándose, pensaron en lanzarse pronto sobre el enemigo para no dar lugar a que el reforzamiento de la posición fuera tal vez un obstáculo para su avance.

El 12 de enero Baquedano reunió a los jefes de división y de brigada y a los de la caballería y la artillería y, después de hacer reglar los relojes por el suyo, les trasmitió verbalmente la orden de ataque para el día siguiente:

El Comandante en Jefe sólo dijo:

"Esta tarde a las seis, marchará todo el ejército para caer sobre el enemigo antes de aclarar. La Primera División atacará el ala derecha del enemigo, la Segunda el centro por San Juan y la Tercera el ala izquierda".

En realidad esta orden se contraía solamente a la fijación de la hora de partida, puesto que en los reconocimientos sucesivos y durante las largas discusiones habidas en el Cuartel General y en el propio terreno de ataque, ya estaban todos los jefes al corriente de la tarea que correspondía a cada gran unidad en el desarrollo de la operación.

Las misiones de cada división habían sido fijadas en la forma siguiente:

La Primera División, de Lynch, contando con el apoyo de fuegos de la Escuadra, además de los de su propia brigada de artillería de montaña, debía asaltar la derecha peruana en el sector comprendido entre el mar y el saliente de la línea formada por las tres cumbres del Zig-Zag. En su avance ocuparía la casa de la hacienda Villa, donde se sabía que el defensor tenía elementos evanzados. Después de ocupar el Zig-Zag debía continuar sobre Chorrillos, recibiendo a su derecha el apoyo de la segunda División que cooperaría a su acción, particularmente en esta segunda fase.

La Segunda División, de Sotomayor, tenía por misión romper el centro de la línea peruana, avanzando inmediatamente a la derecha de la Primera en el sector comprendido entre los Zig-Zag exclusive y el abra que se forma, a la altura de la hacienda San Juan, entre la cadena de este nombre que remata con cerro Viva el Perú y las cadena de los cerros Pamplona. Luego que ocupara su objetivo debía rebatirse hacia su izquierda para favorecer el avance de Lynch y cooperar con la división de éste a la progresión general sobre Chorrillos.

La tercera División, de Lagos, debía atacar la cadena de los cerros Pamplona para fijar a sus defensores e impedir que reforzaran el centro de la línea. Como esta división debía actuar en un ala

---

* Croquis número 14.

en forma casi independiente, el General Baquedano, para equilibrarla en artillería con la Primera que recibía el apoyo de fuegos de la Escuadra, le afectó una de las brigadas de campaña que había reservado a órdenes de Velásquez. Al iniciarse el combate en la izquierda chilena (División Lynch), el Comandante en Jefe dispuso, además, que el Regimiento de Caballería "Carabineros de Yungay" pasara a órdenes de Lagos. De este modo, dándole fuerzas de todas las armas, conseguía que pudiera bastarse a sí misma, con lo que él quedaba más libre para atender al campo principal. El juego era igual al que se puso en acción en el Alto de la Alianza, cuando la constitución independiente de la Cuarta División, Barboza.

La División de Reserva, encargada al Coronel A. Martínez que debía seguir tras el intervalo de la Primera y Segunda; las tres brigadas de campaña restantes del Regimiento Nº 2 de artillería, con Velásquez; la caballería, fuerte de dos regimientos completos, con Letellier, permanecerían a órdenes del Comandate en Jefe.

AVANCE DE LAS FUERZAS CHILENAS

Recibida la orden de partida, todos los cuerpos de tropa se pusieron en movimiento a partir de las 5 de la tarde del 12, a fin de hallarse una hora después en la margen septentrional del río Lurín. (Croquis Nº 13).

La Primera División, que ya tenía a la Brigada Amunátegui en las ruinas del Templo del Sol, la Tercera División, la División de Reserva y la artillería de campaña, pasaron por el puente de hierro (único). La Segunda División pasó por puentes y pasaderas improvisados en las Palmas y en la Venturosa.

Se puede adelantar que la Segunda y Tercera Divisiones iban a cruzarse durante el avance nocturno por la Tablada, porque Baquedano quiso contarlas por su número de orden, de izquierda a derecha, al formar la línea general de ataque.

Las instrucciones impartidas en los días anteriores para reglar el avance de las unidades hacia la posición peruana, indicaban que éstas marcharían hasta las 12 de la noche, hora en que debían detenerse donde se encontraran, para reemprender la progresión a las 3 y 30 de la mañana, a fin de que llegaran, al aclarar el día, frente a la línea de defensa.

A las 6 de la tarde se inició el movimiento general de las fuerzas chilenas:

La División Lynch emprendió el avance en cuatro columnas paralelas*; de éstas, tres seguían las pistas que conducen a Villa por la Tablada y una, que además de la infantería que la formaba comprendía la artillería de montaña y el parque de la División, marchaba por el camino de la Playa. La División hizo alto a las 12 de la noche, después de dejar atrás la masa del Corvina o Tablada.

La División Sotomayor tomó primero el camino de las Lomas y después de pasar Atocongo se orientó al noroeste, a su izquierda, para cambiar aquel camino por el de la Tablada, que debía llevarla

* Véase los acápites dos y tres de la página 389

frente a San Juan. A las 12 de la noche se detuvo atravesada entre esos dos caminos, sin haber llegado a alcanzar el que le correspondía.

La División Lagos, seguida por una brigada de artillería de campaña, avanzó por el camino de la Tablada y oblicuó después al nordeste, a su derecha, para tomar el camino de las Lomas. A medianoche se detuvo, cuando su cabeza de columna recién se desprendía del camino que había tomado a la partida.

La División de Reserva, seguida por las tres brigadas restantes de artillería de campaña, tomó el camino de la Tablada y como su misión en el combate era seguir tras el intervalo de la Primera y Segunda sin tener que oblicuar a ningún lado, resultó deteniéndose a la altura de la Primera División, aunque sólo lo hizo a las 2 de la mañana por haber esperado el desfile de la tercera que, como se ha visto, la precedió en el orden de marcha.

La caballería alcanzó la cola de las divisiones a las 3 de la mañana.

A las 3 y 30, conforme había ordenado Baquedano, todas las fuerzas reemprendieron la marcha.

La División Lagos no había acabado de reiniciar el movimiento para cambiar el camino de la Tablada por el de las Lomas, cuando sus primeros elementos se vieron detenidos por el desfile de la División Sotomayor, que llegaba a su ruta. Lagos hubo de detenerse hasta que Sotomayor concluyera de pasar, tratando de recuperar en seguida el tiempo perdido.

En estas condiciones, las tropas chilenas prosiguieron la marcha con las primeras luces del día, avanzando entre una espesa neblina que impedía al defensor la observación.

La caballería se instaló, entonces, a cubierto de las vistas del defensor, detrás de las estribaciones meridionales de cerro Papa, donde debía permanecer en espera de las órdenes del Comandante en Jefe.

La progresión se había efectuado con todo reposo y en completa calma, aprovechando la luz de la luna que se ocultada a las 4 de la mañana y dando a las tropas 20 minutos de descanso en cada hora de marcha.

En Lurín quedó una compañía del "Curicó" y un pelotón de "Granaderos", con la misión de custodiar los bagajes y demás elementos de esa naturaleza.

COMBATE CONTRA LA DERECHA PERUANA

* La División Lynch, que seguía en cuatro columnas paralelas, se encontró al aclarar el día frente a la línea cerro Zig-Zag y hacienda Villa, que distinguía perfectamente a pesar de una rala y baja neblina matinal que impedía la visión a larga distancia y que es propia de esta región.

Los defensores conocían la aproximación de los chilenos por un desertor de las ambulancias de Lynch, que se presentó en Villa y dió cuenta de que el ejército a que pertenecía estaba en marcha

* Croquis número 14.

habiendo él abandonado a su unidad, en el alto que ésta realizó en la madrugada, a cinco kilómetros escasos de la casa hacienda. El alerta se dió pues en el campo peruano y Lynch, sin sospechar de qué se trataba, observó en la noche, según dice en su parte, numerosos cohetes de señales, en colores, que cruzaban el espacio.

Las columnas de la Primera División iban orientadas, de izquierda a derecha: sobre las alturas de Marcavilca que forman el sur de la caleta de la Chira; sobre Villa y las abras de Santa Teresa, por el fondo de los campos de Villa; y, sobre el Zig Zag, adonde se dirigían dos de ellas.

Entre 5 y 5 y 30 de la mañana se abrió el fuego en todo este frente partiendo numerosos disparos de la casa de Villa. Pero, los chilenos continuaron avanzando porque la fusilería era ineficaz a la distancia a que se hallaba el asaltante y el fuego de cañón era casi nulo por la impericia de los artilleros, por la calidad del improvisado material cuyo alcance era muy corto, y por la naturaleza de las municiones que se enterraban sin explotar en la arena blanda de la pampa.

A las seis de la mañana la casa hacienda de Villa era evacuada por sus defensores, que se replegaron combatiendo hacia las abras de Santa Teresa.

En este momento, las tres columnas de la derecha habían sido atraídas por los fuegos que partían del saliente de la línea constituído por el Zig-Zag y la de la extrema izquierda continuaba progresando lentamente sobre el Marcavilca. La unión y continuidad se había roto, pues, en la Primera División.

La brigada de artillería de montaña de la División Lynch, emplazada a conveniente distancia de tiro, abrió sus fuegos y los mantuvo durante todo el combate batiendo las cumbres del Zig-Zag y del Santa Teresa que lo prolonga al oeste.

Llegadas las dos columnas de la derecha de Lynch a la loma arenosa que forma pie a las pendientes sur del Zig-Zag, los efectos del fuego de los defensores fueron más potentes y el Comandante de la Primera vió a sus tropas en situación difícil, agotadas y detenidas bajo la acción directa de los peruanos. Esperaba que en este momento le facilitara su tarea el ataque que debía realizar a su derecha la División Sotomayor, según se había convenido, pero como ésta no se hacía sentir aún frente a sus objetivos, ni se le distinguía por la neblina, mandó avisar a Baquedano de lo que acontecía y le pidió refuerzos.

Cuando Lynch pidió refuerzos al Comandante en Jefe, tenía sus tropas en la siguiente disposición:

Columna de la extrema izquierda, progresando más allá de la casa hacienda de Villa hacia cerro Marcavilca, donde la atraían los fuegos del saliente de ese cerro.

Columna central de la izquierda atacando, por rebatimiento a su derecha, las pendientes oeste del Zig-Zag más occidental y recibiendo fuegos de éste y de las alturas que siguen al noroeste, cerro actualmente llamado Cabras y vecinos.

Columnas central derecha y extrema derecha atacando, respectivamente, las pendientes sur de los Zig-Zag occidental y central. Estas recibían los fuegos del Zig-Zag oriental, que nadie atacaba hasta ese momento*.

Al conocer el Comandante en Jefe chileno la detención sufrida por la Primera División y darse cuenta de que la Segunda se había retrasado efectivamente, ordenó que la Reserva, que estaba a la mano, se empeñara para prolongar la derecha de Lynch y apoyar su ataque. Luego, envió nuevos ayudantes con la misión de buscar y guiar a Sotomayor, pues los primeros emisarios despachados con este fin no habían logrado dar con las fuerzas que éste mandaba. En conformidad con las órdenes recibidas, el Comandante de la Reserva avanzó hacia las dos cumbres más orientales del Zig-Zag, que desbordaba por su derecha, poniendo dos regimientos en primera línea y uno en segundo escalón. En el momento en que Martínez entraba a la línea y abría el fuego, se oyó un vivísimo fuego de fusilería frente a San Juan, producido por la Segunda División que había hallado por fin sus objetivos, aunque descentrándose bastante a su derecha y habiendo perdido el enlace lateral con Lynch.

Con el apoyo de los 3300 infantes de Martínez, que convergían con los 7700** que Lynch tenía empeñados contra ese tramo de la posición, sin contar la columna extrema izquierda, la resistencia de los defensores aminoró por el hecho de tener que atender a todos los puntos de su frente al mismo tiempo. Después de obstinada lucha, el Coronel Iglesias, abrumado por el número, ordenó a las 8 de mañana la evacuación del Zig-Zag y de las abras de Santa Teresa para replegarse al Morro Solar: esta peligrosa maniobra de flanco bajo el fuego se realizó con el mayor éxito, desplazándose las tropas por escalones sobre su derecha hasta alcanzar la altura señalada, a la que había que ascender penosamente, dada la inclinación de la pendiente.

En tanto que se producían estos hechos en el ala derecha de Lynch, la columna de su extrema izquierda, formada por un regimiento y un batallón que hacían un total de 1700 soldados, aparte de los anteriores, había continuado avanzando y se había apoderado de las más bajas elevaciones del Marcavilca, donde se detuvo en la imposibilidad de proseguir por el fuego de los defensores.

La Escuadra chilena cooperó a la toma de esta parte de la línea de defensa, lanzando sus proyectiles contra el seno que formaba el dispositivo de Iglesias entre Marcavilca y el Zig-Zag. El "Cochrane"', la "O'Higgins", el "Blanco" y la "Pilcomayo", a órdenes del Contralmirante Riveros, fueron los barcos que participaron en esta acción.

Las desiguales fuerzas que actuaron en la derecha peruana se habían batido, sin embargo, desde las 5 hasta las 8 de la mañana.

---

* Al hacer el estudio de esta batalla, en el terreno, conviene tomar como observatorio el cerro Zig-Zag occidental y el cerro San Juan para ambos extremos del frente general de ataque.

** Véase el Capítulo anterior: Organización de los ejércitos opuestos. A la División Lynch hay que descontarle el "Quillota" y agregarle, en cambio, el Regimiento "Artillería de Marina".—Véase, también, la página 389, citada.

COMBATE CONTRA EL CENTRO DE LA LINEA

La División Sotomayor debía atacar las alturas del San Juan, de menor elevación, que prolongan los cerros Zig-Zag hasta Viva el Perú. Para hacerlo debía desembocar por el cuello que existe al pie de las pendientes sudoeste del cerro Papa, que lleva frente a esas alturas.

Señalando este objetivo a la Segunda División, Baquedano pretendía que el esfuerzo de ésta se sumara por la derecha al que debía efectuar la Primera. Pero, como Sotomayor se extravió, en la noche y en la niebla, después de cruzar el cuello del cerro Papa, su acción no se desarrolló según las previsiones del comando.

Efectivamente, cuando Sotomayor desembocó al Cauce Seco del Rímac por el cuello Papa Sur, orientó su División más al norte del eje que le correspondía y vagó algún tiempo, vacilando sobre la dirección general que debía seguir*. Al sentir a su izquierda los primeros tiros, que pronto fueron en aumento, comprendió que era urgente que se lanzara hacia el enemigo y entonces apresuró su marcha reglándola por las detonaciones, que sabía que debían quedar siempre a su izquierda. Llegado entre las colinas de San Tadeo, como la neblina impedía tomar puntos de referencia y como en este momento la reserva prolongaba la derecha de Lynch desplazando hacia Sotomayor el fragor del combate, éste cargó todavía más a la derecha su eje de marcha y cuando alcanzó a distinguir la cerrillada que ocupaban los peruanos ordenó a su primera Brigada, del Coronel Gana, que se lanzara al ataque en la dirección que llevaba. En este momento, la primera Brigada estaba orientada oblicuamente al frente que ocupaba el defensor, hacia la derecha del Viva el Perú, es decir sobre el claro que existe entre este cerro y el primero de los Pamplona.

Al recibir la orden, Gana desplegó su Brigada haciendo avanzar al "Buín" sobre el cuello y altura Viva el Perú que quedaban a su izquierda, para cubrirse atacando hacia ese lado. Los Batallones del "Chillán" y del "Esmeralda", continuando a su frente, atacaron a los defensores establecidos en la zanja de que ya se ha hablado, que unía la altura antes citada y el cerro Pamplona. La brigada de montaña de la Segunda apoyó este ataque emplazándose en las ondulaciones de San Tadeo, de donde podía disparar por encima de sus propias tropas. Como se ve, el ataque de Sotomayor estaba completamente fuera de su eje, pues casi daba la espalda a las tropas de Lynch y Martínez y presentaba su flanco izquierdo a una parte del frente que tenía orden de atacar.

Este error del jefe de la Segunda División hizo que su ataque se realizara, providencialmente, sobre la línea de menor resistencia del defensor, en el punto de junción de los cuerpos de Cáceres y Dávila, que sólo se unían por la zanja donde se encontraba el Batallón "Ayacucho", en una zona viable, que no exigía escalar la

---

* Escritores chilenos afirman que el retardo se produjo porque Sotomayor sólo emprendió la marcha a las 4 y 30 de la mañana, en lugar de hacerlo a las 3 y 30, como estaba ordenado. Pero, si tal hubiera sucedido, Sotomayor no se habría cruzado con Lagos antes de sobrepasar el cerro Papa, lo que se comprueba recorriendo el terreno o midiendo las direcciones y velocidades de marcha sobre la carta.

altura bajo el fuego. Además, atacando oblicuamente sobre ese tramo de la línea peruana, los de la segunda amenazaban la espalda de Pastor Dávila, cuyas posiciones del Pamplona estaban muy adelantadas con relación a la cadena del San Juan.

Cuando el Jefe de Estado Mayor peruano, General Silva, se dió cuenta de que el "Buín" avanzaba sobre el cuello del cerro Viva el Perú ordenó que el Batallón "Huánuco", de la reserva de Suárez, se trasladara a ese lugar para reforzar el frente. El "Huánuco" alcanzó la línea y se batió bravamente, pero ya empezaba el reflujo de los defensores en ese tramo de las organizaciones, atacadas por tres regimientos de los que dos amenazaban con romper por el llano y envolver la posición; Silva al notar la vacilación de las tropas ordenó que el "Paucarpata" secundara al "Huánuco", pero éste ya había soltado el terreno y retrocedía con el resto de las tropas defensoras arrastrando en su retirada al "Paucarpata" que sólo llegó a hacer algunos disparos, desde el llano al cuello, que en este momento caía en poder del asaltante.

Al mismo tiempo el "Ayacucho", extrema izquierda de Cáceres, que defendía la zanja, recibía el ataque de los Regimientos "Chillán" y "Esmeralda" y comenzaba a vacilar. Entonces el Jefe de Estado Mayor peruano, atento a todos los detalles, dispuso que el "Ancash" también de la División Suárez, lo reforzara; pero, cuando éste llegaba a la línea se produjo la dispersión del Batallón "Libertad", extrema derecha de Dávila, que ocupaba el más meridional de los Pamplona. Este último batallón se veía atacado por delante y a su derecha por la Brigada de Barboza de la División Sotomayor que, con sus batallones escalonados, se lanzaba en prolongación de la derecha de Gana y por los Batallones de este Coronel, que avanzando sobre el "Ayacucho", amagaban su espalda.

La dispersión del "Libertad" arrastró consigo al "Ayacucho" y al "Ancsah" que venía en refuerzo y la brecha del centro de la línea, abierta por el "Buín", se ensanchó entonces enormemente. La División Sotomayor quedó así en posesión de la zona que se extiende entre el cuello Viva el Perú inclusive y el Pamplona sur inclusive.

En este momento se había ya producido el repliegue al Morro del Cuerpo de Iglesias y Silva había ordenado que Suárez se retirara a Chorrillos. Eran las 8 y 30 de la mañana.

La situación de Cáceres, aislado en la defensa y cuya extrema izquierda había sido desalojada, se volvió entonces crítica e insostenible, encuadrado como estaba entre los asaltantes del Zig-Zag y los de Viva el Perú y fuertemente batido por la artillería de campaña que, siendo ese el único lugar por donde no habían infantes chilenos a quienes pudiera ofender dada la proximidad a que se hallaban los combatientes en resto de la línea, concentraba sus fuegos sobre él. Cáceres dio entonces la orden de repliegue hacia Chorrillos. Además, como la Segunda División chilena tenía la misión de cooperar con la Primera en el ataque general a Chorrillos, las unidades que la formaban, comenzando por el "Buín", iniciaron un rebatimiento hacia su izquierda que amenazaba con cortar la retirada de las tropas peruanas del Cuarto Cuerpo de Ejército.

Durante la lucha, el General Silva dió orden de que una brigada de caballería se trasladara hacia la izquierda, a fin de apoyar a los combatientes del Coronel Canevaro, pertenecientes al Cuerpo Dávila, que se mantenían en los Pamplona del centro; ordenó también a otra brigada que favoreciera la retirada del resto de las fuerzas de Cáceres. Estas misiones fueron satisfactoriamente cumplidas, a pesar de que los medios materiales de que disponía esta arma no eran apropiados para tareas de tal magnitud.

COMBATE CONTRA LA IZQUIERDA DE LA LINEA

Pastor Dávila, por orden del comando peruano, había adelantado una columna de Guardia Civil (celadores) que, a órdenes del comisario Negrón, debía defender el cuello que se abre entre el extremo nordeste del cerro Papa y el cerro Mina o Volcán, como entonces se llamaba. El resto de sus tropas ocupaba las cinco colinas del Pamplona; su derecha se daba la mano con los cuerpos de Cáceres en la forma ya indicada y por su izquierda, sin poder ocupar los cuellos del Cascajal por falta de efectivos, debía enlazarse con el Coronel Velarde que permanecía, con dos columnas de Guardia Civil, la "Columna de Honor" y ocho piezas de artillería, en el cerro de Monterrico Chico.

La División Lagos, reforzada por una brigada de campaña y por el Regimiento de "Carabineros" que fue puesto a sus órdenes al comenzar la batalla, como se ha dicho, debía desembocar por el cuello que guardaba Negrón, con una columna de "Celadores", para avanzar y desplegarse en el arenal de San Juan, a fin de proceder al ataque de los Pamplona.

Lagos debió esperar, en la madrugada, que pasara delante de su columna la que conducía Sotomayor*; después se entretuvo en desalojar a Negrón, lo que, dados los efectivos, fue fácil tarea. En seguida dio a sus tropas un ligero descanso que nada justificaba y, en fin, cuando avanzó sobre los Pamplona precedido por algunas compañías en orden disperso, halló que estas alturas ya habían sido evacuadas por sus defensores que, amenazados por la espalda y cortadas del resto de la línea, se retiraban en orden, por Tebes y la Palma, hacia las posiciones de Miraflores.

ACCION DE LA CABALLERIA CHILENA

Cuando Baquedano se informó de que la División Sotomayor había practicado una ancha brecha en la línea de defensa, ordenó al Comandante Letellier que hiciera avanzar un regimiento de caballería por el Llano de Pamplona**, cargando sobre las tropas en retirada en la dirección general de Lima, que le mandó "ocupar". Letellier despachó en seguida, desde el cuello sudoeste de cerro Papa donde se encontraba, al Regimiento "Granaderos" que,

---

* Era prescripción táctica dejar pasar primero a la columna que estuviera conducida por el Jefe de mayor jerarquía o antigüedad.

** Terrenos, entonces sin cultivo, que se extendían al oeste de los cerros Pamplona, casi hasta el río Surco.

cruzando el arenal e ingresando al llano de Pamplona por la hondonada que se supone antiguo cauce del Rímac, persiguió con éxito a los dispersos de Pastor Dávila y Cáceres. En esta correría, los jinetes chilenos después de sablear a los aislados llegaron hasta cerca de Tebes, donde fueron detenidos con numerosas bajas por el fuego de fusil de los infantes peruanos que se retiraban en orden y por los cañones de la Calera, en cuyos estanques, de bordes relativamente elevados, se había emplazado una batería ligera que correspondía al sistema defensivo de Miraflores.

Al mismo tiempo que se realizaba esta acción de los "Granaderos", los "Carabineros" según órdenes especiales del Comandante en Jefe, abandonaron a la Tercera División cuyo éxito estaba asegurado, para lanzarse por el cuello del camino de las Lomas hacia la pampa del Cascajal; luego que desembocaron en la pampa doblaron a su derecha para llegar frente a Monterrico Chico, donde fueron detenidos por los fuegos de las tropas de Velarde, allí emplazadas.

En cuanto a los "Cazadores", que partieron de Lurín sirviendo de escolta al Comandante en Jefe, siguieron con Letellier y el Cuartel General chileno por el abra de Viva el Perú hacia la casa hacienda de San Juan, donde ya se reorganizaba la Segunda División.

FIN DE LA PRIMERA FASE DE LA BATALLA

La primera fase de la batalla había terminado entre las 8 y 30 y 9 de la mañana.

Frente a la derecha peruana se habían empeñado 11,700 infantes chilenos, de Lynch y Martínez, apoyados por los fuegos de la Escuadra y de una brigada Krupp de montaña contra 5200 reclutas, mal armados, del Cuerpo del Ejército de Iglesias.

Frente al centro habían atacado 6100 infantes con 12 piezas de montaña y dos Regimientos de caballería que apoyaban de cerca la operación, contra los Batallones peruanos "La Mar", "Manco Cápac", "Ayacucho" de la izquierda de Cáceres y el "Libertad" de la derecha de Dávila, reforzados por el "Huánuco", "Paucarpata" y "Ancash", del cuerpo de Suárez, que formaban en total 7 batallones de línea con 400 hombres cada uno, sin la necesaria instrucción.

Contra la izquierda peruana atacaron 6800 hombres, más una brigada de campaña, una batería de montaña y 500 jinetes, teniendo la División Pastor Dávila parte de sus elementos en Monterrico Chico, parte en el cerro Mina o Volcán y siendo atacada en su ala derecha, simultánea y casualmente, por la División Sotomayor.

Además de estas fuerzas, las tres brigadas de campaña que quedaron a órdenes de Velásquez*, concentraron el fuego de sus 38 piezas Krupp sobre distintos puntos de la línea peruana, cooperando ventajosamente a la acción general y en particular contra Cáceres.

* Más una sección de dos piezas, afectadas en el orden de batalla a la Segunda División.

A las 9 de la mañana los "Granaderos" y "Carabineros" se articulaban en la región del Cascajal, para cubrir al grueso del Ejército Chileno de las direcciones de Monterrico y de Tebes, nordeste y norte, respectivamente. La División Lagos, vuelta fácilmente a sus formaciones de marcha, hacía alto en el llano de Pamplona cerca de San Juan. La División Sotomayor se reorganizaba en San Juan, donde también se hallaba el Cuartel General chileno con el Regimiento "Cazadores" y el Regimiento 3º de línea, de la Reserva de Martínez.

La División Lynch, en tanto, acompañada por los Regimientos "Valparaíso" y "Zapadores", de la Reserva, que habían desembarcado al llano de Chorrillos después de apoderarse del semicírculo de alturas que rodean por el norte la hacienda Villa, se dirigía, rebatiéndose a su izquierda, sobre el macizo del Morro Solar de donde partía un violento fuego de artillería y fusilería. La cuarta columna de Lynch continuaba en posesión del saliente más meridional del cerro Marcavilca y comenzaba a avanzar para darse la mano, por la derecha, con el grueso de su División.

La artillería de campaña recobrando la brigada afectada a la Tercera División, a órdenes del Coronel Velásquez ocupó, con las 50 piezas de que constaba, las alturas conquistadas por Sotomayor —cuello del cerro Viva el Perú— de donde cañoneó a los dispersos que se dirigían a Chorrillos y a Surco; después descendió a San Juan, recibiendo a poco nuevas misiones.

Si es verdad que la línea de defensa estaba ya quebrantada, el momento era todavía incierto para los chilenos y Baquedano subió a la eminencia situada al oeste del cerro Viva el Perú (cerro San Juan, o Aviación, según se denomina ahora) para observar el campo y dictar nuevas disposiciones. Mientras esto acontecía, Lynch fracasaba en las faldas del Morro y, en Chorrillos, el Coronel Suárez agrupaba en su Cuerpo de Ejército a todos los dispersos que alcanzaban esa localidad y sus alrededores.

ATAQUE AL MORRO SOLAR

La Primera División chilena que había logrado llegar al pie de las pendientes del Morro Solar, en el tramo comprendido entre las huacas y ruinas de Armatambó y las colinas de Santa Teresa, pretendió escalarlo abriendo el fuego de su brigada de artillería de montaña emplazada en las alturas últimamente citadas y haciendo trepar sus columnas por la pendiente arenosa y empinada que conduce a las cumbres más altas de la sección sur del Morro, propiamente dicho.

Los Regimientos "Artillería de Marina", "Chacabuco" y 4º de línea iniciaron la ascensión abriendo un violento fuego, pero como los defensores orientaron contra ellos sus ametralladoras y cañones haciendo converger además el fuego de sus fusiles, se vieron obligados a detenerse en la mitad de la pendiente. La detención de la infantería chilena bajo el fuego dominante de los defensores, no podía prolongarse por las pérdidas que sufría y pronto los regimientos chilenos retrogradaron, abandonando el terreno conquistado, hasta llegar a la línea de donde habían partido, es decir, a la falda del Morro.

Lynch, después de dar un ligero descanso a estas tropas, hizo entrar en línea al Regimiento "Atacama" y al "Talca" e intentó nuevamente, apoyado más de cerca por su brigada de artillería, el escalamiento de la pendiente; el resultado fue análogo al de la primera vez. En el momento en que todas las columnas de asalto retrogradaban descendiendo la altura, intervinieron en su favor los Regimientos "Colchagua" y 2º de línea, dando un impulso momentáneo al ataque que, apesar de ser llevado a cabo por siete regimientos, fracasó nuevamente descendiendo las pendientes en precipitado desorden.

El Coronel Iglesias aprovechó brillantemente de esta crisis del atacante lanzando un furioso contraataque, ladera abajo, al Batallón "Trujillo" comandado por el Coronel Borgoño. Tal fue el ímpetu de esta vigorosa acción ofensiva, que los batallones chilenos replegáronse precipitadamente dejando los cañones de la brigada Jarpa, sin más guarnición ni defensa que la de los sirvientes de las piezas.

Borgoño llegó a 40 metros de los cañones de Jarpa, que se vió obligado a abrir el fuego de metralla y a defender su material con los Winchesters de los sirvientes. Desgraciadamente, este golpe ofensivo de los peruanos no podía ir muy lejos por la enorme diferencia de efectivos entre ambos contendientes.

Efectivamente, los chilenos, después de tomar espacio, cuando Borgoño comenzó a regresar a su posición, se reorganizaron y volvieron a avanzar, ahora con prudencia, hasta el pie de las pendientes. En este momento Lynch, que había pedido refuerzos al Comandante en Jefe, recibió el apoyo de los Regimientos "Zapadores" y "Valparaíso" de la Reserva, que el Coronel Martínez le brindó oportunamente por propia iniciativa. Con este brusco aumento de efectivos, la Primera División pudo aferrarse al terreno abriendo las tropas y las baterías un fuego continuo y a buena distancia, que era eficazmente respondido por los defensores.

Las baterías de Jarpa que comenzaban a escasear de municiones fueron alcanzadas en este instante crítico, cuando ya sus sirvientes por falta de proyectiles habían retirado las piezas hacia atrás, por todo el parque de municiones de la Primera División, que, como sabemos, había marchado desde Lurín en seguimiento de su unidad, por el camino de la Playa. Por otra parte, la cuarta columna de Lynch formada por el Regimiento "Coquimbo" y el Batallón "Melipilla", que hemos visto detenerse en las primeras estribaciones del Marcavilca, había reemprendido la marcha y escalaba las cumbres más elevadas, viniendo sobre los peruanos desde esa nueva dirección concurrente.

Estas circuntsancias estabilizaron el combate frente al Morro y aliviaron a los chilenos.

Baquedano, que había recibido a las 10 y 30 de la mañana el pedido de auxilio de Lynch, ordenó al Coronel Lagos que enviara una de sus Brigadas en apoyo de la Primera y de la Reserva, lo que éste hizo efectivamente despachando a la Brigada Barceló hacia la derecha de las fuerzas empeñadas contra el Morro y en prolongación de ellas.

A las 11 de la mañana, El Morro estaba completamente rodeado en la siguiente forma:

Cuarta columna de Lynch, formada por el Regimiento "Coquimbo" y el Batallón "Melipilla", marchando por la arista superior del Marcavilca.

De derecha a izquierda, Primera, Segunda y Tercera columnas formadas, respectivamente, por los Regimientos "Artillería de Marina", "Chacabuco", y 4º de línea; "Atacama" y "Talca"; "Colchagua" y 2º de línea; más, los Regimientos "Zapadores" y "Valparaíso" de la Reserva, que los prolongaban por la derecha, escalando las laderas del Morro en todo su frente.

Regimientos "Santiago" y "Concepción" y Batallones "Bulnes", "Valdivia" y "Caupolicán", de la Brigada Barceló, trepando las pendientes del contrafuerte llamado Salto del Fraile, por el lado del antiguo cementerio de Chorrillos hoy completamente desaparecido *.

La artillería de campaña que mandaba Velásquez y las brigadas de montaña de la Segunda y Tercera División cooperaron también al asalto, batiendo con su fuego a las tropas y baterías defensoras del Morro, como a los soldados peruanos que hacían la postrer resistencia en Chorrillos; de esta manera, incluyendo la brigada de artillería de Lynch, habían ochenta cañones que hacían fuego sobre las tropas ya muy mermadas del Coronel Iglesias. La artillería se emplazó, tomando 1000 metros de distancia entre las baterías de campaña y las de montaña, en la región que hoy ocupa la Escuela de Aviación "Jorge Chávez" e inmediatamente más al sur.

Después de un violento cañoneo, las tropas chilenas se lanzaron al asalto del Morro, avanzando cada unidad cuando se lo permitía el fuego del defensor. A partir de las 12 y 30 de la mañana, algunos batallones llegaron a las cumbres y emprendieron contra los defensores un rudo ataque a la bayoneta; la lucha prosiguió en la planicie superior del Morro, propiamente dicho, hasta las 2 y 30 de la tarde en que los últimos defensores, ya impotentes para resistir, fueron hechos prisioneros. Entre éstos se hallaba el Coronel Iglesias, Secretario de Guerra del Dictador y el Coronel Guillermo Billinghurst, que hacía de Jefe de Estado Mayor del Ejército del Norte.

Los artilleros de las baterías prefirieron rodar las empinadas pendientes del cerro, que dan a la playa, para no caer prisioneros. De ahí, los que quedaron con vida después de la hazaña, se retiraron por la orilla del mar hacia la línea de Miraflores, sin llegar a lograr su intento, pues fueron tomados por algunos jinetes chilenos que cerraban a esas horas el pedregoso camino de la playa de Agua Dulce.

En el Morro, contra lo que aseveran los escritores chilenos que no se explican tan obstinada defensa, no habían otros soldados que los del Cuerpo de Iglesias, cuyo efectivo orgánico era de sólo 5200 hombres, sin descontar las numerosísimas bajas sufridas en la pri-

* Boca norte del actual túnel a la Herradura.

mera fase de la batalla. Los que asaltaron el Morro fueron en número de 15,600 infantes, sin deducir las bajas producidas en la primera parte de la lucha; formaban 12 regimientos y 4 batallones, apoyados por 80 piezas de artillería ligera y por la pesada de los barcos, que habían continuado batiendo las baterías del defensor *.

COMBATE EN CHORRILLOS

En Chorrillos, numerosos dispersos de Cáceres opusieron resistencia en las calles y especialmente en la estación del ferrocarril. Baquedano que se había trasladado a 1000 metros delante de San Juan, en la dirección de Chorrillos, lanzó sobre el pueblo a la Segunda División, a la Brigada Urriola de la Tercera y al Regimiento 3º de línea de la División de Reserva que le acompañaba desde poco después que ésta se empeñó contra los Zig-Zag. Cuando estas tropas precedidas por el "Esmeralda" al que seguía la brigada de montaña de la Segunda División, se hallaban cerca de Chorrillos, se presentó contra ellas por sorpresa el Batallón peruano "Zepita", que comandaba el Coronel Recavarren, del Cuerpo de Suárez, que en ese momento se retiraba por Barranco a Miraflores.

El Coronel Recavarren, viendo la tenaz resistencia que hacían los defensores del Morro, se había desprendido de su Cuerpo de Ejército para lanzarse de propia iniciativa a reforzar a Iglesias. En su camino se dio con las unidades chilenas ya citadas, que habían llegado hasta la línea férrea que une Chorrillos con Lima; en el choque que siguió inmediatamente a la sorpresa, Recavarren hizo desbandar al "Esmeralda" y llegó al pie de los cañones chilenos, pero los Regimientos "Lautaro" y 3º de línea restablecieron la situación destrozando a los del "Zepita" y a los numerosos dispersos que se le habían unido, haciéndolos retrogradar hasta la estación del ferrocarril.

A mediodía los chilenos, que habían montado un ataque en fuerzas contra los dispersos de Chorrillos, se lanzaron sobre esta población. El "Concepción" y el "Bulnes" que descendían del Salto del Fraile atacaron por ese lado del balneario; las Brigadas Urriola y Gana avanzaron contra el lindero de la vía férrea (ya se ha visto lo que aconteció al «Esmeralda»); la Brigada Barboza y el 3º de línea emprendieron el asalto por el lindero que hace frente a la población de Barranco.

El combate en las calles y en la estación del ferrocarril, donde los dispersos se defendieron hasta el fin, fue de poca duración, dados los efectivos, aunque sostenido con terrible energía; los chilenos, alardeando hasta hoy de haber ganado una nueva batalla en Chorrillos, se encarnizaron contra los indefensos habitantes y luego se dispersaron en la población.

FIN DE LA SEGUNDA FASE DE LA BATALLA

Los vencedores sólo hicieron 280 prisioneros en el Morro, cifra que representa el valor y heroismo de los 5200 soldados que iniciaron la batalla en el Primer Cuerpo de Ejército. Estos prisioneros

* Regimientos con 1100: Coquimbo, Artillería de Marina, Chacabuco, 2º y 4º de línea, Atacama, Talca, Colchagua, Zapadores, Valparaíso, Santiago, Concepción; Batallones con 600: Melipilla, Bulnes, Caupolicán, Valdivia.

fueron embarcados, poco después, por el muelle de los baños de Chorrillos con toda la consideración debida a su inmerecido infortunio.

Baquedano, luego que cesó el combate, dispuso que la Primera División y la de Reserva estacionaran al pie de las pendientes del Morro, la Segunda, Tercera y la Caballería debían establecerse entre San Juan y Chorrillos, el Cuartel General con el Ministro de Guerra y el Comandante en Jefe se instalaron en San Juan.

En la noche del 13 al 14 gran número de oficiales y soldados de varios regimientos abandonaron sus vivaques y se dedicaron al saqueo e incendio de Chorrillos. Rotas las puertas de los establecimientos en que existían licores, los saqueadores bebieron copiosamente y, a la medianoche, comenzó entre ellos un verdadero combate disputándose los objetos encontrados en las lujosas residencias veraniegas de la plutocracia limeña; muchos hombres de tropa y varios oficiales fueron asesinados o quemados vivos y las casas entregadas a las llamas *. Entre estos últimos pereció el Comandante Dublé, jefe de alta significación.

El 14 en la mañana los oficiales recogieron a la mayor parte de la tropa y Baquedano ordenó algunos cambios en el dispositivo de estacionamiento. La División Lagos recibió orden de instalarse inmediatamente al sur de Barranco que, según instrucciones particulares de Baquedano, debía incendiar por completo; estas instrucciones fueron cumplidas adlitteram y Barranco ardía por todas partes el 14 a las 10 de la mañana; el incendio de este pueblo, como el de Chorrillos, duró hasta después del 16 de enero. En dicho día 14 el Cuartel General se trasladó al local de la Escuela Militar y todas las tropas se orientaron hacia Lima, en cuyo camino iban a encontrar la línea defensiva de Miraflores.

RESULTADOS

Los peruanos sufrieron alrededor de 6000 bajas y los chilenos cerca de 4000. El material de artillería peruano se perdió casi en su totalidad.

El vencedor quedó en condiciones de entrar a Lima, luego que hubiera quebrantado la resistencia que opusiera en Miraflores el Ejército de Reserva y las tropas de línea recobradas de San Juan.

CONSIDERACIONES

Piérola, por las razones antes expuestas y por otras que corren en la interlínea y que no es el caso repetir, cometió graves errores al establecer su plan de defensa.

La línea que las tropas debían defender era demasiado larga y, por consiguiente, débil en todos sus puntos. Parece que el Dictador no suponía que cuando se abre una brecha en un punto cualquiera de un sistema de defensa, como el suyo, el resto resulta inútil. No había pensado seguramente en que el enemigo no atacaría en una larga cadena de tiradores, como él en su caso parece que

* "Carta Política", de Manuel J. Vicuña, Secretario chileno del Cuartel General, y párrafo pertinente de las Consideraciones.

lo hubiera hecho, sino que forzosamente concentraría sus fuerzas aún sin quererlo; pues las tropas de ataque se agrupan siempre sobre el centro o sobre un ala, según lo permita el terreno, tratando de apelotonarse para, muy erróneamente, acompañarse en el peligro buscando el tacto de codos. Esta noción la tiene cualquier hombre que ha servido en filas aunque sea un año.

Cuanto más extenso sea el frente por defender, el jefe debe ser más avaro de las reservas que le servirán, para impedir el envolvimiento, para llenar las brechas que se produzcan y, principalmente, para emplearlas en el último momento en la dirección en que el enemigo revele mayor potencia. Aniquilado el ataque principal, fácil es batir, aisladamente, a las fuerzas de menor capacidad ofensiva que actúan contra el resto del frente.

Es cierto que hubo un momento histórico —guerra Francoprusiana de 1870 - 1871— en que se creyó que la potencia del fuego bastaba para detener al enemigo, llegando a elevarse a sistema de guerra la defensiva pasiva, como la practicara el hábil General Campero en el Alto de la Alianza. Pero, los resultados de dicha guerra demostraron muy pronto lo infundado de esa concepción y, en 1880, ya era sabido por los militares que, si el fuego permitía desgastar al atacante, era siempre necesario lanzar sobre él algunos batallones frescos para determinar la derrota. El Dictador ensayaba la defensiva sin conocer sus elementales secretos.

A fin de contar con las fuerzas necesarias para oponerse a la voluntad del enemigo, cortando sus iniciativas y torciendo sus intenciones, era necesario tener el mayor número de tropas en el campo de batalla, gran parte de las cuales, en conformidad con las anteriores consideraciones, debían formar una reserva táctica. Lejos de esto, el Dictador fraccionó sus fuerzas en dos grandes escalones que debían presentar dos batallas sucesivas.

Procediendo de esta manera, no sólo era débil en todos los puntos de su frente defensivo por la desmesurada extensión dada a éste, sino que también, por decirlo así, era débil en profundidad. Guardó una reserva estratégica que no concurrió al campo de batalla principal y que estuvo obligada a ver cómo se consumaba la derrota, a su alcance, para pretender que esta reserva formada por tropas desmoralizadas por el primer fracaso, detuviera al enemigo en "la batalla del día siguiente".

Además, la organización de dos líneas defensivas restaba fuerza moral al defensor de la primera, pues los hombres que la formaban comprendían que el Dictador daba casi por seguro que fueran desalojados de ella.

Otro error de carácter general era la inverosímil multiplicación de los comandos, desdeñando los más elementales principios de organización militar, es decir, olvidando el Arte Militar.

Cada jefe de cuerpo de ejército obedecería al comandante de su ejército y, además, recibía órdenes del Jefe de Estado Mayor General y del Dictador. La caballería, afectada a los cuerpos de ejército no obedecía sino al Estado Mayor y la artillería, asimismo, emplazada entre las filas de los batallones de primera línea, apoyaba a la defensa según las órdenes del Comandante General del arma, de los jefes de los nominales regimientos de artillería y del Estado Mayor General.

El Ejército de Reserva no debía cumplir sino las órdenes emanadas de sus propios Jefes, quienes las recibían a su vez, sea del Dictador, sea del Jefe de Estado Mayor, debiendo negar su cooperación en cualquier otro caso, como cuando el combate de Rinconada. En esta forma la Reserva parecía formar un ejército independiente, especie de tropa distinguida, cuyos pasos eran reglados con particular predilección por el mismo Dictador.

En cuanto a la idea de defender Lima ocupando una posición organizada con antelación, era indiscutiblemente buena. Las tropas indígenas del Ejército de Línea, faltas de instrucción militar y desconociendo casi en absoluto la finalidad de la guerra por su escasa cultura cívica, no podían iniciar la batalla ni mucho menos continuarla por una acción ofensiva que requiere muy sólidas cualidades morales y materiales. Su movilidad era además deficiente, presentándose la situación, en lo que a esto se refiere, en peores condiciones que la que atravesaron los aliados antes de la batalla del Alto de la Alianza. Los soldados del Ejército de Reserva, que carecían de todo cuanto, materialmente, constituye la eficiencia combativa de una gran unidad, no eran sino hombres llenos de fe en los destinos de la nacionalidad, que habían empuñado un rifle para hacer blanco en el enemigo, sin más concepto de las operaciones militares que el que tenían sus improvisados jefes y el Supremo Director de la Guerra.

En esta situación era realmente imposible emprender operaciones ofensivas, y se hacía necesario esperar al enemigo, simplemente, para desgartarlo por el fuego y explotar sus errores; apenas se podía pensar en un contraataque de alcance limitado, cuyo radio no debería sobrepasar el campo de la acción. Estas circunstancias hubieran determinado a un director militar de las operaciones a buscar en la masa la potencia que faltaba a esas fuerzas, no disgregándolas en dos escalones independientes.

Las razones anteriormente expuestas, hacen ver el error que cometen los que pretenden que Piérola debió ordenar la ocupación del valle de Lurín.

Esta ocupación, que no era factible dada la calidad de las tropas y los medios de que éstas disponían, presentaba además dificultades de otro orden.

En efecto: la presencia en Pisco de la División Villagrán dio el alerta al defensor que se orientó hacia el sur; pero ese hecho no proporcionaba un dato definitivo, tal que hubiera permitido un desplazamiento general hacia el Lurín, pues, de haberlo hecho así, con injustificada precipitación, se habría abandonado Lima a las fuerzas del segundo escalón chileno, que no se sabía dónde se hallaba ni dónde quería desembarcar. Tampoco se debía ocupar Lurín con una parte de las tropas, pues, esto era exponerlas a un sacrificio seguro e inútil, ya que la batalla no se habría de realizar en Lurín y esas fuerzas se encontrarían aisladas frente a un adversario superior.

En la duda sobre las intenciones del enemigo y sin disponer de tropas maniobreras, lo que equivale a cuadruplicar las distancias, era pues imposible trasladar el grueso a Lurín, ni enviar a este valle una fracción importante de tropas.

Tal vez algunos elementos ligeros pudieron retardar la ocupación del valle, con la condición de replegarse ante fuerzas superiores, pero no es esto los que piden, los que preconizan la ocupación de Lurín. Vicuña Mackenna dice que "Lurín fue abandonado sin disparar un tiro", lo que es realmente triste, pues elementos de caballería, por ejemplo, como lo decimos más arriba, pudieron hostilizar al invasor siquiera algunas horas, dando una muestra de la energía y decisión que iba a emplear la defensa.

Probablemente el comando peruano tuvo la idea que enunciamos, pero el arma de caballería pasaba por la más grave crisis. Montada en caballos de paso, mal armada y sin instrucción, no era realmente capaz de desempeñar una misión de osadía y atrevimiento y pronto, los que así pensaron, debieron ver la imposibilidad de poner en práctica su proyecto.

Juzgando la cuestión desde el punto de vista del agresor, si el valle hubiera estado fuertemente ocupado el comando de las fuerzas invasoras no habría ordenado el desembarco ni en Chilca ni en Curayacu, sino más lejos y, sobre todo, bien informado como estaba y disponiendo de la iniciativa y movilidad más completas, pudo burlar al defensor desembarcando tal vez en Chorrillos o en la Chira, por ejemplo.

En fin, no se debe inculpar a los defensores el no haber ocupado Lurín, porque eso era establecerse en una dirección preconcebida ya que sólo el 22 supieron los peruanos que la Escuadra Chilena iniciaba el desembarco del total de las fuerzas en Curayacu. Cuando recibieron el aviso ya era tarde para impedir la operación, y sólo una fuerza muy rápida, que pudiera trasladarse en poco tiempo al lugar del desembarco y bastante potente, para constituir un serio obstáculo, la habría retardado hasta la llegada de tropas más importantes.

Algunos escritores sugieren también que el valle de Lurín pudo ser talado, pero esto no hubiera debido hacerse mientras no se tuviera la seguridad de que el invasor trataba de ocuparlo. Por otra parte, en un valle de importancia esa operación no es jamás completa, siendo de advertir, además, que la Escuadra Chilena traía los víveres necesarios para algún tiempo y que podía surtirse nuevamente, sea de los valles de Mala, Pisco y otros donde se podría realizar la explotación de los recursos locales, sea estableciendo una corriente permanente de abastecimientos con los territorios ocupados por ellos en el Sur.

La organización material de la línea de resistencia era aceptable.

Hacia adelante, los defensores disponían de un buen campo de tiro que obligaba a atacar escalando las alturas. Se debió establecer tropas de vigilancia bastante alejadas para prevenir, sobre todo de noche, de la aproximación del enemigo; los Batallones "Callao" y "Trujillo", adelantados en el sector de Iglesias, se hallaban muy cerca del propio grueso, originando con su repliegue la cesación del fuego de la línea principal, lo que era peligroso porque el atacante podía perseguirlos de cerca, para cubrirse con ellos mismos del fuego de la defensa. La columna de celadores de Negrón, en el cuello Papa-Mina, no tenía precisamente una misión de vigilancia sino de resistencia. Nuevamente se nota, al hablar de la se-

guridad de la línea de defensa, la necesidad urgente que tenía el defensor de poseer una caballería eficiente.

Las minas y bombas automáticas distribuídas delante de las líneas, servían de apoyo moral al defensor, que esperaba hasta el último momento ver volar al atacante. Pero, como manos mercenrias habían colocado la mayor parte de estos ingenios, el defensor no sabía con precisión dónde se hallaban y temía salir de sus trincheras hacia adelante.

Mucho se habla hoy de la conveniencia que había de establecer obstáculos, como alambradas y otros, en los accesos de la línea peruana, pero no será demás repetir que los que tal escriben hacen crítica injusta, por anacrónica.

En la línea misma, se ha criticado siempre que su trazado corriera sobre la cresta topográfica, siendo así que corre por la cresta militar, es decir, sin dejar ángulos muertos delante del frente; esta falsa apreciación proviene de la existencia de pequeños fortines, construídos en las cumbres principales, del mismo material y de la misma altura que las "pircas" de la línea, para que sirvieran, así elevados, como reductos de la resistencia final, hallándose en ellos al comienzo de la acción los observatorios y los puestos de mando.

Los parapetos de "pirca" de piedras tenían el espesor necesario para detener los proyectiles, pero su material de construcción, los hacía peligrosos por los rebotes y los cascos de roca que saltaban, al caer los tiros, como nuevos proyectiles lanzados en todas direcciones.

Detrás de la línea también habían sido enterradas numerosas bombas automáticas que servirían para detener la persecución, en caso de que los defensores se vieran obligados a abandonar sus líneas.

La construcción de comunicaciones que enlazaban los distintos elementos de la defensa y permitían la llegada y desplazamientos de las reservas, era acertada. Sin embargo, se debe tener presente que el hecho de que no hubiera reservas importantes hacía innecesario este trabajo; parece, pues, que los caminos en referencia se hicieron, principalmente, para dar facilidades de acceso durante los largos dias que la línea permaneció "armada" y no, precisamente, para los desplazamientos en la batalla.

Las informaciones de que disponía Baquedano, proporcionadas por el sistema de espionaje que previamente estableció y por las noticias que recibió circunstancialmente, le permitieron reglar todos los detalles de la operación que iba a dirigir. Para ampliar los datos que tenía sobre la defensa y palpar materialmente la resistencia que ésta podía presentar, procedió a efectuar, como sabemos, una serie de reconocimientos que disiparon toda duda y le permitieron establecer un plan fundado en el exacto conocimiento del enemigo.

La teoría de la guerra enseña que no se puede maniobrar sino a tropas previamente fijadas y también aconseja no lanzarse a ciegas en lo desconocido, elaborando planes con elementos inciertos de discusión. En el caso que estudiamos, el defensor se había fijado al terreno por su propia voluntad, ofreciéndose resignadamente a recibir todos los golpes que el atacante quisiera asestarle y, co-

mo hemos visto en el párrafo anterior, los secretos y detalles de la organización estaban en poder de ese mismo enemigo que, en tales condiciones, jugaba con los dos ejércitos en la más absoluta libertad.

Con estas excepcionales ventajas, Baquedano podía lanzarse sobre seguro contra el mal apercibido defensor de Lima, en la forma que la pluguiera; sin embargo, la discusión entre los conductores chilenos de la guerra fue laboriosa, porque sus conocimientos del Arte no eran muy completos. Por otra parte, no encontrando dificultades reales imaginaron algunas, que dieran relieve a la operación que iban a efectuar y es por esta circunstancia, que en los partes oficiales que el Comando envió a Chile, se anota que los peruanos tenían todo dispuesto para inundar el valle del Surco haciendo desbordar las aguas del Rímac * y se da a entender que Baquedano no conocía la división de las fuerzas defensoras en dos líneas sucesivas, lo que contradice poco después, en los mismos documentos, cuando presenta como una concepción militar de primer orden su disposición para que algunas tropas cubrieran al ejército, durante el ataque al Morro Solar, de la línea defensiva de Miraflores.

Indudablemente, si los chilenos lanzaban el ataque general por Manchay, para ingresar al valle del Rímac, por la Rinconada de Ate, corrían el riesgo de que el defensor, dando frente a su izquierda con ambas líneas, resultara reunido totalmente y dispuesto en profundidad; ésta debió ser la causa principal de que el ataque se realizara por la Tablada, los demás argumentos presentados en la junta de guerra de Lurín, eran realmente inconsistentes. Que los peruanos podían atacar el flanco de las fuerzas chilenas mientras desfilaban por la quebrada seca de Manchay o que podrían correrse al sur para cortar a los chilenos de su precaria base de Lurín, eran dos inconvenientes que no tenían fundamento serio: en efecto, los chilenos sabían que los dos ejércitos peruanos estaban "anclados" al terreno, que no querían abandonar porque éste formaba el elemento principal de su escasa potencia y porque, aunque lo hubieran querido, no habrían podido hacerlo; de otro lado el ejército chileno no debía pensar en conservar la base circunstancial del río Lurín, que había tomado sólo como línea de partida, cuando al frente tenía Lima que era el objetivo final de la campaña y, por último, salvo el caso de que los peruanos obtuvieran una victoria decisiva, no se hubieran trasladado al Lurín, abandonando Lima que trataban de cubrir directamente, para correr el albur de quedar con los frentes invertidos.

En oposición a estos inconvenientes, cuya poca solidez es tangible, el ataque por Manchay permitía envolver al defensor, cortarlo de Lima y de los caminos que van a la sierra; penetrar entre sus dos líneas lo que era indiscutiblemente peligroso, ofreciendo sin embargo la oportunidad de batir uno tras otro a los dos ejércitos peruanos, después de haber trastornado su sistema defensivo; en fin, el ataque en esta dirección burlaba a la defensa y, sobre todo, no hacía el juego del enemigo.

Dando por resueltas las anteriores observaciones, sólo quedaba por discutir la objeción de Baquedano, referente a que la Escua-

* Lo que es absolutamente imposible.

dra no apoyaría el ataque si el ejército avanzaba por Manchay. Este inconveniente era efectivo, pero la cooperación de la Escuadra se hubiera hecho sentir, en ese caso, cañoneando las defensas más occidentales, mientras se producía el ataque en la parte oriental del frente.

Baquedano en la junta de guerra impuso finalmente su decisión, haciendo caso omiso de las ideas de los demás miembros de ella. En esta forma quedó determinada la orientación general del ataque.

El Comandante en Jefe chileno distribuyó las tropas en la forma que el Dictador Piérola deseaba que lo hiciera; esto dice muy mal de la pericia de Baquedano. Las fuerzas chilenas atacaron en un dispositivo realmente lineal, aunque por unidades constituídas, embistiendo simultáneamente y con igual potencia todo el amplio frente que ocupaban los peruanos; esta falta se agravó al producirse el empeño de la División de Reserva que, por razones de última hora, debió entrar en la misma línea por orden del Comandante en Jefe. A partir del momento en que tal sucedió, los chilenos no tenían tropas disponibles de infantería, quedando todas absorbidas en el combate; en estas condiciones, el ataque no podía ser alimentado.

El Comandante en Jefe chileno, que sabía hasta el número de cuerpos de ejército que los peruanos tenían en línea, dispuso que cada división chilena atacara a cada uno de ellos; no escogió una dirección general de ataque y, por el contrario, reguló sus movimientos según la formación tomada por el defensor, subordinando su iniciativa a la de éste, sin que nadie ni nada le obligara a hacerlo. Se puede decir, sin embargo, que pretendió hacer un esfuerzo mayor por su izquierda, porque ésta ala fue engrosada por la presencia de la Diviisón de Reserva; pero, en contradicción, como dió excesivo frente a la Primera y Segunda Divisiones, diluyendo las tropas, contrarió la aparente concentración de fuerzas; a esto se agregó en la ejecución, el extravío de la División Sotomayor.

La dirección en que, según el párrafo anterior, parece que Baquedano quiso hacer mayor esfuerzo, era justamente la menos indicada para obtener la decisión de la batalla, pues lanzaba al defensor contra su segunda línea, como sucedió, permitiéndole hacer resistencia ulterior o favoreciendo su reforzamiento.

Como en la batalla del Alto de la Alianza, el General chileno lanza a sus soldados a un ataque frontal, en el que el esfuerzo de las unidades debè dar la decisión, sin que el comando ponga nada de su parte para facilitarles la tarea, ni establezca combinación alguna.

La orientación que debe llevar el esfuerzo principal debe ser la que ofrezca más fáciles desembocaduras, sobre los puntos sensibles del adversario; la que permita alcanzar éstos por sorpresa, es decir, a cubierto; la que caiga sobre sus líneas de retirada o acorrale al adversario hacia una región donde los obstáculos del terreno le impidan maniobrar y aún defenderse.

El ataque decisivo, realizado en estas condiciones, exige importante concentración de fuerzas frente al punto que se ha elegido para romper el dispositivo adverso, a fin de dar el golpe sobre seguro por la potencia de la masa empeñada y por la posibilidad de

alimentar, ulteriormente, el ataque. Mientras que se desarrolla este ataque, si es posible por sorpresa, el resto de las fuerzas enemigas deben ser atraídas por ataques secundarios que fijen su atención y les impidan acudir en socorro del punto en que se trata de efectuar la ruptura.

La dirección más favorable para atacar la línea de San Juan era por la diagonal de los Pamplona más orientales, al pie del cerro Cascajal, hacia Chorrillos. Una división debía atacar el frente comprendido entre el mar y San Juan, retrasando su ala izquierda para permitir los tiros de la escuadra; en tanto que tres divisiones, incluyendo la de reserva, debían romper el frente en los Pamplona para lanzarse hacia Barranco-Chorrillos, cubriéndose con algunas unidades de la dirección general de Miraflores. Los defensores arrojados hacia la caleta de Chorrillos se hubieran visto obligados a abandonar sus posiciones para batirse en el llano del río Surco, encerrados entre el mar y las fuerzas atacantes.

Baquedano supo burlar las expectativas del defensor, que contaba mucho con las ventajas de su magnífico campo de tiro, ordenando la ejecución de una marcha nocturna que lo puso frente a sus objetivos al aclarar el día, sin dar lugar a que los fuegos lejanos de la defensa le ocasionaran pérdidas importantes. Procediendo de esta manera, los defensores sólo se dieron cuenta del ataque cuando éste se hallaba muy cerca, lo que neutralizó en gran parte el efecto de sus tiros. No cabe duda, y hay que reconocerlo, que Baquedano había adquirido alguna experiencia después de la batalla del Alto de la Alianza, donde atacó de día y de la toma de Arica, donde Lagos efectuó el asalto en la madrugada.

El avance de los chilenos del río Lurín a la línea defensiva de San Juan fue bien hecho, procediendo cada división en el más completo orden; pero, si la marcha se realizó sin tropiezos, gracias a la luz de la luna y al tiempo de que se disponía, en cambio, las disposiciones del comando superior fueron erróneas.

Efectivamente, nada obligaba al General Baquedano a ordenar que Lagos y Sotomayor, cruzaran sus columnas, como no fuera el pueril capricho de contar las divisiones por su número de orden en la línea de ataque. El Comandante en Jefe pudo disponer que cada división saliera del estacionamiento marchando a su frente, sin cambiar de camino una vez emprendida la marcha, lo que, además de los retardos que originó, dió lugar al extravío y confusión de las tropas.

Si Baquedano juzgaba de todo punto necesario dar esta disposición a las divisiones, por el caráter y condiciones personales de los comandantes de división o, probablemente, porque Lagos merecía mayor confianza para actuar aislado, el General debió ordenar que ese cruzamiento se efectuara el 12, en pleno día y en el valle de Lurín, antes de emprender la marcha ofensiva.

Otro error más grave aún del General chileno, fue lanzar sus divisiones al azar hacia adelante, sin garantizarles la llegada a la línea de partida del ataque; esta línea, que era por lo menos la de los cerros Papa y Tablada, debió haber sido asegurada por la caballería desde el atardecer del 12. La ejecución de esta medida de previsión no hubiera revelado la inminencia del ataque, como puede creerse, si se procedía con discreción para apoderarse de los pun-

tos principales del pasaje a la caída del día. Baquedano no pensó que los peruanos podían haber decidido realizar esa noche un movimiento análogo al suyo, que lo hubiera sorprendido en la pampa originando la mayor confusión entre sus soldados que no tenían a este respecto ninguna orden.

Se puede decir que Baquedano no esperó esto, porque conocía las dificultades que el adversario tenía para moverse; pero, la guerra está hecha de imprevistos y ninguna operación debe comenzar a ejecutarse sin haber examinado todas las posibilidades. La previsión es la primera virtud del comando.

A mayor abundamiento, si los peruanos hubieran adelantado, como debieron, algunos elementos de caballería hacia los cuellos norte y sur del cerro Papa y a las desembocaduras norte del cerro Tablada, pudieron tomar bajo sus fuegos a las divisiones chilenas, sorprendiéndolas en formación de marcha y ocasionando, ya que no un desastre, por lo menos la postergación del plan de ataque y una confusión que pudo tener graves consecuencias.

Examinando el plan de ataque de los chilenos, se debe hacer notar que Baquedano no tuvo la idea de desbordar, siquiera, la línea peruana.

En cambio, obsérvese cómo, en esta vez, con la experiencia obtenida en el Alto de la Alianza sobre el empleo de la reserva, la adelantó convenientemente, tanto, que llegó a empeñarla en forma prematura.

Lynch tenía un amplio frente de ataque y, para atenderlo, disolvió su división en cuatro columnas que iban a actuar separadas, sin prestarse mutuo apoyo. Los fuegos de la defensa le hicieron enmendar automáticamente su error, pues atrajeron tres de sus columnas hacia el saliente que forma el Zig-Zag, obligándolo a concentrar sus esfuerzos y a buscar en forma sucesiva, los objetivos de su sector, en oposición a su dispositivo original que tendía a asaltar todos los puntos a la vez.

Esta convergencia automática no bastó sin embargo, porque, realizada tardíamente, con vacilaciones y desplazamientos laterales bajo el fuego, originó numerosas pérdidas que clavaron sus filas al terreno. Confiaba demasiado en el apoyo que debía prestarle el ataque que a su derecha iba a efectuar Sotomayor, y, habiendo empeñado simultáneamente todas sus columnas y roto el enlace con la de su extremo izquierdo que se separaba cada vez más, dirigiéndose de Villa hacia Marcavilca donde la atraían los fuegos de esa saliente, se vio obligado a pedir refuerzos, pues no tenía a sus órdenes ningún elemento disponible con qué alimentar el ataque.

Además, como no había orientado desde el principio sino dos de sus columnas sobre las alturas del Zig-Zag, la tercera, que había avanzado por el llano entre la casa de Villa y estas alturas, atacaba como viniendo del oeste, y Lynch no podía sacar del fuego ninguna unidad para cubrirse del Zig-Zag oriental, de donde el defensor batía de flanco a sus columnas de ataque fijadas al pie de las pendientes de los otros dos.

Martínez, contrariamente, partido al ataque por orden de Baquedano, tomó un dispositivo conveniente pues sólo puso dos regimientos en primera línea y se reservó uno para alimentar el ataque o parar los imprevistos.

La acción conjunta de estas divisiones determinó la evacuación de los Zig-Zag por el defensor y entonces fue fácil para los chilenos correrse de altura en altura, por Santa Teresa, hacia el pie del Morro.

Sotomayor, perdido en la pampa, empleó toda su energía para avanzar cuando se dió cuenta de que el combate se estaba realizando sin su cooperación. Después de precipitar su avance, cuando se encontró frente a la posición lanzó sus Brigadas contra ellas sin intentar orientarlas sobre sus verdaderos objetivos. En su mente primaba a todo, en ese momento, la urgencia de entrar al fuego.

Ya hemos visto cómo su ataque se desarrolló, impensadamente, en la forma más favorable para él.

El dispositivo adoptado por Sotomayor facilitaba también su operación. Verdad es que él no hizo sino señalar una dirección general, pero, el ataque del "Buín" sobre Viva el Perú le permitía dominar el pasaje del cauce antiguo del Rímac, gracias a la ocupación de aquella altura. Barboza, orientado oblicuamente sobre los Pamplona occidentales, iba, inopinadamente, a cubrir la derecha de los batallones de Gana que progresaban por el llano y a favorecer su avance.

Largos no llegó a jugar el rol que tenía señalado, Parece que su acción fue demasiado lenta.

La caballería chilena fue empleada con éxito y oportunidad; profundizó la brecha practicada por la infantería tan pronto como aquella se produjo y convirtió a los dispersos en fugitivos, acentuando la derrota del defensor. Luego, a suficiente distancia, cubrió hacia Monterrico Chico y hacia Lima la reorganización de las unidades.

La artillería de montaña, afectada a las divisiones, tuvo un rol restringido porque al aclarar completamente el día, cuando se dispuso a hacer fuego, ya su propia infantería se hallaba muy próxima de la línea del defensor. Su cooperación fue más eficaz en el asalto al Morro, cuya altura favorecía el tiro por encima de las propia tropas. Su acción fue la que hoy atribuímos a la artillería de apoyo directo.

La artillería de campaña tropezó en la madrugada con el mismo inconveniente que la de montaña, pero, como se hallaba más atrasada y no dependía de las divisiones, pudo concentrar sus fuegos escogiendo los puntos en que no actuaba la propia infantería; después logró tomar un emplazamiento que le permitió disolver algunos grupos de dispersos y, en el asalto al Morro cooperó asimismo eficazmente. Nótese que su acción puede ser comparada, según la terminología actual, al rol de artillería de acción de conjunto.

La defensa dió pruebas innegables de actividad e iniciativa, así como de un temple moral a toda prueba. No de otro modo puede calificarse la tenacidad de los soldados de Iglesias, batiéndose de 5 a 8 de la mañana contra fuerzas de triple efectivo y replegándose, después, en perfecto orden y de flanco bajo el fuego, a una nueva posición que defendieron brillantemente hasta las 2 y 30 de la tarde.

En el centro de la línea, el General Silva se esforzó por retardar el momento en que ésta debía caer, forzosamente, dada la enorme superioridad de los medios puestos en acción por los chilenos. A pesar de la gran desproporción de efectivos, esos soldados se batieron, también, durante tres largas horas.

Iglesias, Silva, Cáceres, Suárez y Pastor Dávila dieron muestras de iniciativa y de un ardiente deseo de cumplir con su deber. Pero, las disposiciones generales eran malas y los medios de defensa de que disponían eran escasos y, sobre todo, improvisados. Los resultados, a pesar del valor de los jefes y del espíritu de sacrificio de las tropas tenían que ser desfavorables a estos hombres que sólo se presentaban armados de sus virtudes personales.

La tarea de los jefes peruanos y la de los soldados que les obedecían, consistió simplemente en resistir a pie firme la avalancha de proyectiles y de soldados de Chile. Era todo lo que se les había ordenado hacer y lo hicieron, heroicamente, dejando en el campo la mitad de sus efectivos.

El asalto al Morro constituyó, realmente, una segunda fase de la batalla, aunque en ella no se empeñara sino una parte mínima de los efectivos peruanos.

Iglesias se batió heroicamente y sostuvo la posición que había elegido hasta que desapareció toda esperanza de auxilio; tal vez contando con esta resistencia se hubiera podido lanzar desde Miraflores, en un esfuerzo desesperado, a todos los hombres en armas que allí se reunían. Después del desgaste que los chilenos habían sufrido durante el combate, orientados en su mayor parte sobre el Morro, donde eran virilmente contenidos y fatigados por largas horas de marcha y de lucha, la irrupción en masa de todas las fuerzas peruanas, lanzadas de Miraflores por Barranco y de Monterrico y Vásquez por Tebes y Surco, hubiera podido trastornar los resultados, volviendo, vencedor al vencido. Iglesias esperaba, probablemente, esta enérgica reacción que el Dictador no quiso desencadenar, dejando reposar ese día a sus tropas, para empeñarlas al subsiguiente en condiciones desfavorales.

No faltan escritores que pretenden que los chilenos debieron proseguir la ofensiva sobre Miraflores, en el día 13; eso mismo se imaginaría Piérola cuando hacía sus fantásticos cálculos. Pero el comando chileno no pudo realizar esa operación porque era necesario reconstituir las unidades y establecer los lazos orgánicos y morales quebrantados por las 4000 bajas sufridas en el combate. No era lógico, tampoco, presentarse ante tropas frescas, como las del ejército de Reserva, con soldados agotados física y moralmente.

Otros pretenden que los chilenos no debieron atacar al Morro, sino sitiarlo; pero, como el comando chileno estaba aún incierto sobre la actitud que tomarían los soldados peruanos reunidos en Miraflores, no era posible pedirle que se conformara con conservar a su espalda un núcleo de bravos defensores, cuyo número e intenciones ignoraba.

Estos últimos razonamientos abogan, asimismo, a favor de la idea de lanzarse con todas las fuerzas peruanas de Miraflores sobre Chorrillos; para esto hacía falta un comando atrevido, que estu-

viera capacitado para darse cuenta de las oportunidades que ofrece la guerra y que supiera lo versátil que es la victoria.

En fin, otros escritores quieren ver un triunfo decisivo si los peruanos hubieran atacado en la noche del 13 la población de Chorrillos, donde una parte de las tropas chilenas se había entregado a los más tristes desbordes. Pero creemos, a pesar de la "Carta Política" del chileno Manuel J. Vicuña, que esas tropas desbandadas no llegarían a un par de miles de hombres que no restaban capacidad combativa a las divisiones invasoras estacionadas sobre Chorrillos y San Juan, con la división Lynch en segundo escalón al pie del Morro.

Para justificar la afirmación de que los chilenos desbandados y saqueadores no pasaban de dos mil basta tener presente que entonces, y aún ahora, los alcoholes almacenados en Chorrillos no alcanzan para embriagar a ese número de hombres.

El deber del que escribe la Historia Militar de un pueblo consiste, entre otras cosas, en aquilatar y hacer conocer el espíritu de la tropa y el valor moral de las masas, examinando, a través de la narración y análisis de los acontecimientos de guerra, la parte de responsabilidad que les toca en el desastre o la influencia que han tenido en la victoria.

Para no extraviar el criterio del lector conviene, pues, presentar con toda franqueza las causas determinantes de los resultados generales, porque, de lo contrario, la experiencia que se trata de obtener sería falsa, y como tal, peligrosa.

CAPITULO XIII

CAMPAÑA DE LIMA

BATALLA DE MIRAFLORES

Organización de la línea de defensa de Miraflores.- Plan del Dictador Piérola.- El terreno.- Las defensas.- Distribución de las fuerzas peruanas.

El Armisticio.

Disposición de los chilenos.- Preparación del ataque.

La batalla.- Ataque de Cáceres.- Acción de la caballería.- Ataque de los chilenos.- Fin de la batalla.

Entrega de Lima y ocupación del Callao.

Consideraciones.

ORGANIZACION DE LA LINEA DE DEFENSA DE MIRAFLORES

* La línea de defensa de Miraflores se extendía, como la de San Juan, por largos kilómetros.

Las obras que la formaban eran más incompletas aún que las de San Juan, pues la premura del tiempo y la íntima convicción que tenía Piérola sobre la potencia de las defensas encargadas al Ejército de Línea le hicieron descuidar, en parte, la organización de esta segunda barrera que llegó a creer casi innecesaria. Cuando el fracaso del 13 desbarató sus infundadas esperanzas, ya era tarde para completar los deficientes trabajos efectuados y para organizar debidamente los intervalos o vacíos existentes entre las originales obras que había ordenado levantar.

El sistema de defensa adoptado respondía a un concepto singular de la organización defensiva. El plan a que se había sometido la ejecución estaba basado en la extraña e inaudita idea de que el enemigo atacaría de frente sobre los puntos de mayor resistencia y, en este absurdo supuesto, para quebrantar el ataque fueron construídos una serie de bastiones en línea a los que se dió la mayor solidez posible, pero separándolos entre sí un espacio mucho más extenso que el que podían alcanzar eficazmente las armas de la defensa.

---

* Croquis Número 15.

Estos bastiones aislados, o simples islotes de resistencia, no formaban un sistema, y sólo podían defenderse de frente, pues eran verdaderas lunetas, abiertas a la gola como tales, siendo lo mas grave que los intervalos que las separaban tras de ser muy grandes, no tenían guarnición fija ni contaban con obras intermedias.

Como la artillería fue emplazada en las mismas lunetas, es decir, entre las tropas de la línea de fuego, quitaba espacio a los defensores de ellas; sólo efectuaba disparos a su frente, con amplios sectores privados de fuego; estaba expuesta al primer golpe de mano; atraía los fuegos de la artillería adversa sobre la propia infantería; y, en estas condiciones, no batía los intervalos que brindaban paso franco al atacante y eran el camino más fácil.

La guarnición de estas lunetas, que recibieron el sonoro nombre de reductos, estaba constituído originalmente por los batallones del Ejército de Reserva; pero, después de San Juan, la situación mejoró impensamente porque los dispersos del Ejército de línea y los batallones que habían abandonado en orden el campo de batalla, ocuparon los intervalos de las obras.

PLAN DEL DICTADOR PIEROLA

El plan que adoptó el Dictador estaba vaciado en el mismo molde que el que había servido para la defensa de la línea de San Juan. Este plan no obedecía a ningún sistema y consistía, simplemente, en ocupar una línea del terreno más o menos reforzada por algunos trabajos cuya disposición caprichosa se apartaba de los preceptos técnicos: desde estas obras, se debía hacer fuego al frente como en un polígono de tiro.

Piérola, sin informaciones de ninguna clase, que jamás pensó en buscar, supuso antojadizamente que los chilenos partiendo de Chorrillos atacarían la línea defensiva con una parte de sus fuerzas, para pronunciar simultáneamente un ataque potente por la región del valle de Ate (este de Lima), a fin de cortar la retirada a los defensores. A pesar de que nada indicaba que los chilenos pretendieran proceder en esta forma, el Dictador, dando por efectiva esta simple suposición suya, distribuyó las fuerzas del Ejército de Reserva en dos grandes agrupamientos que iban a servir, a su juicio, para detener cada uno de estos dos imaginarios ataques. Después, pensando que tal vez el ataque se produjera sólo sobre su derecha, dejó instalarse en ese tramo de la línea a los batallones batidos en San Juan; pero siempre conservó once batallones de Reserva en la región de Vásquez, posiblemente para no reconsiderar sus primeras disposiciones o con alguna otra finalidad, que es desconocida y no se puede ni siquiera intuir.

Piérola confiando como en la batalla del 13 en la potencia de los fuegos, distribuyó parte de sus fuerzas en una larga línea de cerca de 12 kilómetros de frente; los demás elementos de que disponía fueron instalados a 8 ó 10 kilómetros más atrás, completamente excéntricos. La línea peruana corría de Monterrico Grande, por Mendoza, Calera, La Palma y Miraflores hasta el mar; atrás

de esta línea habían fuerzas inactivas en el Callao, que en parte fueron llamadas a Miraflores a última hora en el cerro San Cristóbal, en el de San Bartolomé, en las alturas del Pino y principalmente en la de Vásquez.

Cometiendo estos errores capitales y algunos otros de no menor importancia, Piérola se aprestó a la lucha lleno de fe en la supuesta potencia de sus sistema defensivo.

EL TERRENO

La región comprendida entre Chorrillos y San Juan que ocupaba el invasor, y la línea establecida por el Dictador, es plana, aunque cortada por innumerables tapiales construídos en todas direcciones para cercar los cultivos. Generalmente, al pie de las tapias corren acequias de escaso caudal, a veces secas, cuyo ancho medio de borde a borde no llega por lo regular a metro y medio.

En la sección de la línea que se encuentra más próxima al barranco que da al mar, existían como obstáculo y parapeto algunos amontonamientos de cantos rodados, los desmontes producidos por la excavación de estanques cuyos bordes forman, y, en ese entonces una que otra construcción insignificante, edificada sobre los pequeños montículos de tierra que cubren las ruinas incaicas y que son conocidas con el nombre de "huacas". La más alta de estas últimas, que no pasa sin embargo de treinta metros, es la huaca Juliana situada cerca del pueblo de Miraflores, en el lindero opuesto al que ocupaba la defensa.

El obstáculo de mayor importancia para el atacante se presentaba a la derecha de la línea de defensa; lo constituía una quebradilla, paralela al frente de la defensa, que se abría desde el mar hasta la línea férrea que une Lima con Chorrillos la que pasa, por el origen de dicho zanjón, a cerca de dos kilómetros del mar. Esta depresión, situada a 1000 metros del lindero sur del antiguo Miraflores y conocida con el nombre de quebrada de Almendariz, no constituye obstáculo considerable, porque su profundidad es de 20 metros en término medio, siendo de suave pendiente los taludes que la forman.

En el centro e izquierda de la línea peruana, donde no se llegó a combatir, las huacas y estanques eran mas numerosos. A lo largo de estas sección corre de Monterrico a Tebes el canal de regadío llamado río Surco, de 2 a 3 metros de ancho y de caudal escaso, franqueable por consiguiente por tropas de infantería, sin presentar dificultades insalvables para las otras armas; de Tebes la línea se apartaba cada vez más del río Surco, pues éste corre más al sur. Las elevaciones importantes del terreno que existen en el extremo izquierdo de la línea se hallan detrás de ella y bastante lejos; el cerro de San Bartolomé, una de cuyas grupas, conocida con el nombre de cerro Agustino, avanza sobre el lindero este de la ciudad de Lima, y otra, menos importante, sobre la hacienda Vásquez, cuyo nombre recibe; al sudoeste del San Bartolomé se alzan las alturas aisladas de El Pino y al este los cerritos, también aislados de la hacienda Asesor que cierran la desembocadura del camino que de Lurín, por Manchay, Pampa Grande y Rinconada, conduce al valle de Ate y a Lima.

Además de las elevaciones citadas, que se encuentran en la margen sur del Rímac, el cerro de San Cristóbal, de 400 metros de altura y que se levanta sobre los linderos nordeste de la Capital, en la otra orilla del río, debía, según el Dictador, jugar papel muy importante en el sistema de defensa que había ideado.

Volviendo a la derecha de la línea defensiva, se puede agregar que de la región de Chorrillos, donde permanecieron los chilenos la víspera de la batalla, se llegaba a la línea de defensa por varios caminos que la encontraban perpendicularmente. Los principales de éstos, en aquel tiempo, eran: la carretera de Chorrillos a Lima y la vía del ferrocarril que, separándose en algunos puntos y reuniéndose en otros, corren sensiblemente paralelas pasando por la población de Barranco, para seguir luego por el lindero oriental de Miraflores; otro camino corría más al este, pasando cerca del pueblo de Surco, para seguir rectamente por La Palma a Limatambo y, en fin, casi paralelo al anterior se abre el que une Lurín a Lima, por Tebes y San Borja. Aparte de los caminos citados y de los numerosos "Callejones" que cruzan el terreno, esta región es viable en todos sentidos, presentando campos cultivados, ralas arboledas y, en ese tiempo, una que otra casa hacienda pequeña o construcción aislada.

LAS DEFENSAS

La línea de resistencia corría por el norte de la quebrada de Almendariz y seguía, después, al sur de las casas de las haciendas de La Palma, Calera, Mendoza y norte de Monterrico Grande; de este modo, la citada quebrada empalmaba como obstáculo delantero con el cauce del río Surco. El ala izquierda de la línea se apoyaba en los cerros San Bartolomé y Vásquez y el ala derecha en el mar. Algunos elementos de tropa la prolongaban más a la izquierda aún, y hacia adelante, disponiendo de cañones emplazados en los cerros de Asesor.

A lo largo de esta línea habían sido construídos los reductos a que ya nos hemos referido, que cerraban los principales caminos y estaban espaciados entre 600 y 1000 metros.

Los reductos fueron ideados para resistir proyectiles de artillería. Su perfil comprendía una banqueta para que los tiradores alcanzaran la cresta de fuegos de la obra; un parapeto de tierra y de sacos llenos del mismo material, de dos metros de altura sobre el nivel del suelo y de cinco metros de espesor y, en fin, para cada reducto, una zanja cavada en la dirección del enemigo como foso de la obra, que tenía 7 metros de ancho y 2 metros y medio de profundidad; para llenar estos fosos se había pensado en "acarrear agua en cubos". La pesada tarea que implicaba la construcción de estas obras, hizo que casi todas quedaran inconclusas por falta de tiempo y de elementos de trabajo.

Ya se ha dicho que en los grandes intervalos que separaban a los reductos sólo existían como defensas, para ligar las obras, las tapias cuya casual orientación permitía hacer frente al atacante; algunas de éstas fueron aspilleradas cuando llegó de San Juan la tropa de línea que las ocupó, practicándose en ellas dos y hasta tres

filas de aspilleras, según su altura. Además, en uno que otro lugar, donde las tapias no eran favorables para hacer fuego en la dirección en que se esperaba al atacante, se levantaron cortos parapetos formados por sacos llenos de tierra.

Los reductos, numerados a partir del más próximo al mar, se hallaban en los lugares que se indican en seguida:

Reducto Nº 1, al sur de Miraflores y entre este pueblo y la quebrada de Almendariz.

Reducto Nº 2, inmediatamente al este de la línea férrea y en el mismo alineamiento.

Reducto Nº 3, entre el anterior y el Nº 4, que se hallaba inmediatamente al este del camino de Surco a La Palma.

Reducto Nº 5, en los potreros situados entre el Nº 4 y el camino que va a San Borja, llamado también Camino Real de Lurín, donde se había levantado un atrincheramiento cerrado, algo retrasado con respecto a la línea, para emplazar artillería aprovechando los desmontes del estanque de la Calera;

Reducto Nº 6, aprovechando del estanque de Valverde, en la orilla norte del río Surco;

Reducto Nº 7, entre Valverde y la hacienda Mendoza donde se había levantado el Nº 8;

Reducto Nº 9, sobre el camino Matasango-Camacho, en la región del puente que allí cruza el río Surco;

Reducto Nº 10 en los bordes del mismo río, ocupando la margen opuesta a la casa hacienda de Monterrico Grande.

En la derecha de la línea, sobre un pequeño movimiento del terreno situado a 400 metros detrás de ella, se había establecido una batería, "Alfonso Ugarte", con cuatro piezas pesadas que debían hacer fuego hacia el mar y a tierra. Fuera de alcance práctico con la línea de defensa había artillería: a la izquierda, en la grupa de Vásquez, a dos kilómetros atrás del reducto de Monterrico; en cerro San Bartolomé aún más lejano, y, en la "Ciudadela Piérola", formada en la cumbre del San Cristóbal, situado en la otra margen del río y a 10 kilómetros, por lo menos, del punto más próximo de la línea.

El terreno que se extendía delante de la línea de defensa quedó compartimentado por los tapiales, sin que el defensor despejara su campo de tiro; tampoco se trazaron hacia atrás los caminos o pistas necesarias para comunicar a los distintos elementos de la defensa y asegurar la circulación de las tropas.

DISTRIBUCION DE LAS FUERZAS PERUANAS

El Ejército de Reserva, comandado por el Coronel Echenique, estaba afectado desde antes de la batalla de San Juan a la defensa de la línea de Miraflores. Pero, como el Dictador imaginó que los chilenos podían atacar al mismo tiempo partiendo del sur y del este, es decir, de Chorrillos donde se encontraban y también de Ate, donde no tenían ningún elemento, dispuso que este ejército se fraccionara en dos agrupamientos, como se ha dicho.

En cumplimiento de esta disposición, el Primer Cuerpo de Ejército de la Reserva, formado por dos divisiones al mando del Coro-



nal Correa y Santiago, recibió orden de ocupar los ocho reductos de la derecha; debiendo el Segundo Cuerpo de Ejército, formado por 11 batallones organizados en tres divisiones, permanecer a la expectativa en la región Vásquez-El Pino, a órdenes de su propio comandante, el Coronel Orbegoso, con quien permanecía el jefe del Ejército de Reserva, Coronel Echenique; estos batallones tendrían la guardia de los reductos Nos. 9 y 10, de Matasango y Monterrico Grande.

La distribución del Primer Cuerpo de Ejército de la Reserva, fue como sigue:

Primera División Coronel Derteano.	Reducto Nº 1,	batallón Nº 2,	Coronel Lecca
	Reducto Nº 2,	batallón Nº 4,	Coronel Ribeyro
	Reducto Nº 3,	batallón Nº 6,	Coronel Colina
	Reducto Nº 4,	batallón Nº 8,	Coronel Rivera
Segunda División Coronel Benavides.	Reducto Nº 5,	batallón Nº 10,	Coronel León
	Reducto Nº 6,	batallón Nº 12,	Coronel Montero
	Reducto Nº 7,	batallón Nº 14,	Coronel Ramírez
	Reducto Nº 8,	batallón Nº 16,	Coronel Ramos

La mayor parte de estos altos jefes, así como los oficiales que les obedecían, sólo tenían el título de tales.

Estando en esta disposición, cuando a mediodía del 13 comenzaron a llegar a Miraflores los dispersos del Ejército de Línea, fueron organizados en cuerpos o se agruparon de por sí los pocos hombres que habían quedado en cada unidad, conservando ésta sus mismos nombres aunque los efectivos estaban reducidos, en cada uno, a menos de la mitad.

Entonces el Dictador repartió estas tropas en Divisiones, que reunió en Cuerpos de Ejército, encargándolos a los Coroneles Cáceres, Suárez y Pastor Dávila. Además de las unidades de línea reorganizadas, Piérola llamó del Callao a los Batallones "Guarnición de Marina", "Guardia Chalaca" y a la columna de celadores de ese puerto.

La distribución de las fuerzas fue hecha por el Dictador en forma tal que, por prevención expresa, los batallones de la Reserva debían concretarse a defender sus reductos, obedeciendo solamente a sus propios jefes, sin considerarse englobados en los Cuerpos de Ejército de Línea. El 15 en la mañana, la repartición general de las fuerzas del frente, quedó establecida en la siguiente forma:

El Primer Cuerpo de Ejército de Línea a órdenes del Coronel Cáceres, con los Coroneles Noriega y Cevallos como comandantes de división, ocupaba la línea en el sector comprendido entre el mar y el reducto Nº 3, inclusive. Las unidades que lo formaban eran, enumeradas de derecha a izquierda:

Batallón "Jauja" con 320 soldados, entre el mar y el reducto Nº 1. Detrás de este Batallón, como guarnición de la batería "Alfonso Ugarte", se establecieron los batallones "Trujillo", "Guardia Peruana" y "Callao", que sumaban en total 300 plazas;

En el reducto Nº 1 el batallón Nº 2 de la Reserva con 250 hombres y entre éste y el reducto Nº 2 los Batallones "Marina", "Guardia Chalaca", "Celadores del Callao", "Lima", "Canta" y "28 de Julio", con 1300 hombres en total;

En el reducto Nº 2, el batallón Nº 4 de la Reserva con 300 hombres a los que seguían hacia la izquierda lo que quedaba de los Batallones "Concepción", "Libertad" y "Paucarpata" que sumaban 1050 hombres.

En el reducto Nº 3, el batallón Nº 6 de la Reserva, con 280 hombres. Este batallón formaba la izquierda del cuerpo de Cáceres que, en total, tenía un efectivo de 3800 hombres para cubrir cerca de 2000 metros de frente y 3 reductos, incluyendo la guarnición de la batería "Alfonso Ugarte" que también debía proporcionar.

Al Coronel Suárez, con el Segundo Cuerpo de Ejército de Línea y los Coroneles Canevaro y Lorenzo Iglesias como jefes de división, confió la defensa del sector comprendido entre el reducto Nº 3 exclusive y el Nº 5 inclusive; las fuerzas de que disponían eran:

Entre los reductos 3 y 4, 750 hombres formados en los Batallones "Junín", "Ica", "Huánuco" y "Cazadores de Junín". Entre los reductos 4 y 5 tenía el resto de los Batallones "Manco Cápac", "La Mar" y "Pichincha" que hacían un total de 700 soldados. Estas fuerzas, más los batallones 8 y 10 de la Reserva que tenían 600 hombres entre los dos, daban para el Cuerpo de Suárez un total general de 2050 hombres, con los que debía cubrir dos reductos y un frente total de 2500 metros.

El Coronel Pastor Dávila, jefe del Tercer Cuerpo de Ejército, con los Coroneles Aguirre y Pereira, debía defender la extensión comprendida entre el reducto Nº 5 exclusive y el 8 inclusive. Para hacerlo, disponía de los Batallones de Reserva 12, 14 y 16 que sumaban 750 hombres y el resto de los batallones "Unión", "Piura", "23 de Diciembre" y "Cazadores de Cajamarca" con los que alcanzaba un efectivo total de 2000 hombres.

Cáceres disponía de 15 cañones y 8 ametralladoras de los calibres y sistemas más variados; detrás del frente que ocupaba se hallaba la batería "Alfonso Ugarte" con dos cañones Rodman y dos Parrot, que debían batir los accesos de la línea de defensa hasta la vía férrea por su izquierda y responder al fuego que hicieran los barcos chilenos. Los Cuerpos de Suárez y de Dávila tenían también algunas piezas de los más variados sistemas que se contaban, por lo general, a razón de dos por reducto. El total de piezas ligeras y ametralladoras no llegaba a 30*, siendo de advertir que las piezas pesadas que tomaron parte en el combate sólo fueron las 4 de la batería "Alfonso Ugarte".

EL ARMISTICIO

Después de la jornada de San Juan el comando chileno se dió cuenta de que sus tropas atravesaban por un período de crítico desquiciamiento moral, dada la dureza del combate del 13, de lo que eran prueba innegable los vergonzosos acontecimientos que tuvieron lugar en Chorrillos en la noche que sucedió a la batalla; necesitaba, además, recompletar por la rada de Chorrillos sus abastecimientos y hacer acercar las fracciones del Parque General y de la

* De las cuales 3 eran Vavasseur, 2 Grieve salvadas de San Juan, varias White de la fundición limeña de ese nombre que estaban emplazadas desde antes y otros que se trajeron de Lima ese día. Además, había piezas ligeras de varios sistemas y calibres.

Comisaría que habían quedado en Lurín; era efectivo, también, que la fatiga ocasionada por la marcha de Lurín a San Juan, el combate subsiguiente y la orgía a que se entregó en Chorrillos una parte de las fuerzas, las había llevado a un pasajero, pero profundo agotamiento físico. Por otra parte, Baquedano no conocía bien el terreno en que iba a actuar y temía un esfuerzo desesperadoo de los defensores de Miraflores, que se sabía que estaban reforzados por los hombres del Ejército de Línea sobrevivientes de San Juan.

En tales circunstancias, el comando chileno creyó conveniente retardar la continuación de las operaciones activas, planteando negociaciones de paz. Una vez que los altos jefes y los polítios chilenos que acompañaban al ejército se pusieron de acuerdo sobre las ventajas que esta dilación reportaría, comisionaron a Isidoro Errázuriz, secretario del Ministro Vergara, para que acompañado por el Coronel Iglesias, prisionero peruano del Morro Solar, se presentara ante el Dictador Piérola a fin de iniciar los preliminares de una combinación diplomática que cortara los males de la guerra.

Al presentarse los comisionados ante la línea de Miraflores, se pasó aviso al Dictador, quien ordenó que se permitiera la entrada al Coronel Iglesias y no a Errázuriz, a quien no reconocía poderes suficientes para tratar, pues era hasta injurioso enviar en tan elevada misión a un simple secretario privado. A Iglesias le dijo el Dictador que estaba dispuesto a escuchar a los comisionados que los chilenos le enviaron, si venían en condición de plenipotenciarios. Cuando el Coronel Iglesias regresó a Chorrillos, en cumplimiento del compromiso de honor que había contraído con Baquedano para volver prisionero, dio cuenta de la respuesta de Piérola.

Poco después los chilenos insistieron en su gestión y se dieron maña para hacer saber al Dictador por intermedio de Guillermo Lira Errázuriz, que la condición previa para iniciar los arreglos que proponían eran la desocupación inmediata de la línea de Miraflores y la entrega del Callao, lo que Piérola rechazó de plano.

En esta negociación, falsa o verdadera, trascurrió casi todo el día 14, según lo deseaban los chilenos.

En Lima, en tanto que se producían estas tentativas de paz, la expectativa era grande y la aflicción de los extranjeros ante el probable saqueo de sus propiedades, como ya había sucedido en Chorrillos, los hizo acudir donde sus Diplomáticos en demanda de garantías. Los heridos de San Juan, llegados a Lima informaron también del fracaso absoluto del sistema de Piérola en aquella batalla y pronto los habitantes de la Capital, perdida la fe, se convencieron de que la línea de Miraflores, peor organizada aún por el Dictador, no sería un baluarte bastante sólido para defenderlos.

El Cuerpo Diplomático de Lima, reunido por iniciativa del Ministro de Italia, cuyos connacionales eran especialmente perseguidos por los chilenos, resolvió entonces pedir la venia del Dictador para hacer gestiones de paz ante el Cuartel General Chileno. Aceptado por Piérola el procedimiento que proponían los diplomáticos, éstos se dirigieron hacia Chorrillos alcanzando dicho Cuartel General a medianoche del 14.

A partir de este momento comenzaron las gestiones que permitieron llegar a un Armisticio que debía vencer el 15 a mediano-

En el reducto Nº 2, el batallón Nº 4 de la Reserva con 300 hombres a los que seguían hacia la izquierda lo que quedaba de los Batallones "Concepción", "Libertad" y "Paucarpata" que sumaban 1050 hombres.

En el reducto Nº 3, el batallón Nº 6 de la Reserva, con 280 hombres. Este batallón formaba la izquierda del cuerpo de Cáceres que, en total, tenía un efectivo de 3800 hombres para cubrir cerca de 2000 metros de frente y 3 reductos, incluyendo la guarnición de la batería "Alfonso Ugarte" que también debía proporcionar.

Al Coronel Suárez, con el Segundo Cuerpo de Ejército de Línea y los Coroneles Canevaro y Lorenzo Iglesias como jefes de división, confió la defensa del sector comprendido entre el reducto Nº 3 exclusive y el Nº 5 inclusive; las fuerzas de que disponían eran:

Entre los reductos 3 y 4, 750 hombres formados en los Batallones "Junín", "Ica", "Huánuco" y "Cazadores de Junín". Entre los reductos 4 y 5 tenía el resto de los Batallones "Manco Cápac", "La Mar" y "Pichincha" que hacían un total de 700 soldados. Estas fuerzas, más los batallones 8 y 10 de la Reserva que tenían 600 hombres entre los dos, daban para el Cuerpo de Suárez un total general de 2050 hombres, con los que debía cubrir dos reductos y un frente total de 2500 metros.

El Coronel Pastor Dávila, jefe del Tercer Cuerpo de Ejército, con los Coroneles Aguirre y Pereira, debía defender la extensión comprendida entre el reducto Nº 5 exclusive y el 8 inclusive. Para hacerlo, disponía de los Batallones de Reserva 12, 14 y 16 que sumaban 750 hombres y el resto de los batallones "Unión", "Piura", "23 de Diciembre" y "Cazadores de Cajamarca" con los que alcanzaba un efectivo total de 2000 hombres.

Cáceres disponía de 15 cañones y 8 ametralladoras de los calibres y sistemas más variados; detrás del frente que ocupaba se hallaba la batería "Alfonso Ugarte" con dos cañones Rodman y dos Parrot, que debían batir los accesos de la línea de defensa hasta la vía férrea por su izquierda y responder al fuego que hicieran los barcos chilenos. Los Cuerpos de Suárez y de Dávila tenían también algunas piezas de los más variados sistemas que se contaban, por lo general, a razón de dos por reducto. El total de piezas ligeras y ametralladoras no llegaba a 30*, siendo de advertir que las piezas pesadas que tomaron parte en el combate sólo fueron las 4 de la batería "Alfonso Ugarte".

EL ARMISTICIO

Después de la jornada de San Juan el comando chileno se dió cuenta de que sus tropas atravesaban por un período de crítico desquiciamiento moral, dada la dureza del combate del 13, de lo que eran prueba innegable los vergonzosos acontecimientos que tuvieron lugar en Chorrillos en la noche que sucedió a la batalla; necesitaba, además, recompletar por la rada de Chorrillos sus abastecimientos y hacer acercar las fracciones del Parque General y de la

* De las cuales 3 eran Vavasseur, 2 Grieve salvadas de San Juan, varias White de la fundición limeña de ese nombre que estaban emplazadas desde antes y otros que se trajeron de Lima ese día. Además, había piezas ligeras de varios sistemas y calibres.

Comisaría que habían quedado en Lurín; era efectivo, también, que la fatiga ocasionada por la marcha de Lurín a San Juan, el combate subsiguiente y la orgía a que se entregó en Chorrillos una parte de las fuerzas, las había llevado a un pasajero, pero profundo agotamiento físico. Por otra parte, Baquedano no conocía bien el terreno en que iba a actuar y temía un esfuerzo desesperadoo de los defensores de Miraflores, que se sabía que estaban reforzados por los hombres del Ejército de Línea sobrevivientes de San Juan.

En tales circunstancias, el comando chileno creyó conveniente retardar la continuación de las operaciones activas, planteando negociaciones de paz. Una vez que los altos jefes y los polítios chilenos que acompañaban al ejército se pusieron de acuerdo sobre las ventajas que esta dilación reportaría, comisionaron a Isidoro Errázuriz, secretario del Ministro Vergara, para que acompañado por el Coronel Iglesias, prisionero peruano del Morro Solar, se presentara ante el Dictador Piérola a fin de iniciar los preliminares de una combinación diplomática que cortara los males de la guerra.

Al presentarse los comisionados ante la línea de Miraflores, se pasó aviso al Dictador, quien ordenó que se permitiera la entrada al Coronel Iglesias y no a Errázuriz, a quien no reconocía poderes suficientes para tratar, pues era hasta injurioso enviar en tan elevada misión a un simple secretario privado. A Iglesias le dijo el Dictador que estaba dispuesto a escuchar a los comisionados que los chilenos le enviaron, si venían en condición de plenipotenciarios. Cuando el Coronel Iglesias regresó a Chorrillos, en cumplimiento del compromiso de honor que había contraído con Baquedano para volver prisionero, dio cuenta de la respuesta de Piérola.

Poco después los chilenos insistieron en su gestión y se dieron maña para hacer saber al Dictador por intermedio de Guillermo Lira Errázuriz, que la condición previa para iniciar los arreglos que proponían eran la desocupación inmediata de la línea de Miraflores y la entrega del Callao, lo que Piérola rechazó de plano.

En esta negociación, falsa o verdadera, trascurrió casi todo el día 14, según lo deseaban los chilenos.

En Lima, en tanto que se producían estas tentativas de paz, la expectativa era grande y la aflicción de los extranjeros ante el probable saqueo de sus propiedades, como ya había sucedido en Chorrillos, los hizo acudir donde sus Diplomáticos en demanda de garantías. Los heridos de San Juan, llegados a Lima informaron también del fracaso absoluto del sistema de Piérola en aquella batalla y pronto los habitantes de la Capital, perdida la fe, se convencieron de que la línea de Miraflores, peor organizada aún por el Dictador, no sería un baluarte bastante sólido para defenderlos.

El Cuerpo Diplomático de Lima, reunido por iniciativa del Ministro de Italia, cuyos connacionales eran especialmente perseguidos por los chilenos, resolvió entonces pedir la venia del Dictador para hacer gestiones de paz ante el Cuartel General Chileno. Aceptado por Piérola el procedimiento que proponían los diplomáticos, éstos se dirigieron hacia Chorrillos alcanzando dicho Cuartel General a medianoche del 14.

A partir de este momento comenzaron las gestiones que permitieron llegar a un Armisticio que debía vencer el 15 a mediano-

che. Como el fin que perseguían los pobladores de Lima y sus defensores era arreglar la paz, todo hacía suponer que para llenar los trámites necesarios, este Armisticio sería prorrogado.

En esta confianza, los peruanos hicieron algunos arreglos simples en el dispositivo de sus tropas y permanecieron a la expectativa, en tanto que los chilenos disponían sus fuerzas haciéndolas avanzar hacia la línea de Miraflores, adoptando un dispositivo de ataque. Baquedano, Velásquez y su estado mayor se dedicaron a efectuar prolongados y minuciosos reconocimientos y el Almirante Riveros llegó a tomar tierra en Chorrillos para ponerse de acuerdo sobre la cooperación que el Ejécito pedía a la Escuadra en el ataque a la línea peruana.

A las 2 y 15 de la tarde del día 15 de enero la diputación del Cuerpo Diplomático, encargada de las gestiones de paz, presidida por su decano Tezanos Pinto, Ministro del Salvador, llegaba a la residencia de Piérola en Miraflores para darle cuenta del estado en que se hallaban las negociaciones, que convenía apresurar antes de la medianoche de ese día en que fenecía el Armisticio, cuando, no habiendo terminado de saludarse, se inició en la proximidad de Miraflores, intenso fuego de fusilería que fue seguido a poco por el cañón de las baterías y de la Escuadra de Chile, que en esta vez se encontraba lista, a tiro y con sus elementos expeditos.

DISPOSICIONES DE LOS CHILENOS

Habiendo ganado el comando chileno el tiempo que deseaba merced a las negociaciones que planteó el 14, mientras salían de su Cuartel General los parlamentarios que debían entrevistarse con el Dictador, el Coronel Lagos por orden de Baquedano incendiaba el pueblo de Barranco, con el propósito de impedir que sus soldados se desbandaran al pasar por allí hacia Miraflores o se ocultaran en las casas de esa población.

Baquedano había ideado en el transcurso de ese mismo día un plan de ataque a la línea peruana de Miraflores que, como todos los planes suyos era de la más clara simplicidad. Consistía este plan como el de San Juan, en atacar de frente con tres divisiones en primera línea y mantener una en segundo escalón, que marcharía tras la huellas de las anteriores.

Además, el Comandante en Jefe había tomado contacto personal con el Jefe de la Escuadra, acordando entre ambos que los fuegos de los barcos de guerra deberían dirigirse sobre el pueblo de Miraflores y el extremo derecho de la línea de defensa, tomando los barcos el alejamiento necesario, tanto para poder dominar el barranco que cae a pico sobre el mar como para escapar a la acción de las baterías peruanas.

Baquedano trató en seguida de la distribución de las tropas de ataque y después de algunas vacilaciones y contraórdenes, resolvió que la Tercera División, del Coronel Lagos, que había sufrido poco en la batalla de San Juan, se orientara sobre la derecha peruana, debiendo hacerlo la Primera División sobre el centro y la Segunda, del General Sotomayor, sobre la izquierda. La división de Reserva, que mandaba el Coronel Martínez, avanzaría tras las pri-

meras citadas, siguiendo la línea de separación de las Divisiones Lagos y Lynch.

El 15 en la mañana, a pesar de que según los usos de la guerra el Armisticio impedía hacer todo desplazamiento, Baquedano ordenó que las tropas comenzaran a tomar su dispositivo y a ocupar la base de partida del ataque, que señaló bastante próxima a la línea peruana.

La Tercera División desembocó al norte de la población de Barranco y, protegida por algunas compañías en guerrilla que se aproximaron abusando de la buena fe de los peruanos hasta cerca de 300 metros de su línea, desplegó las unidades de que se componía cubriéndolas con los tapiales situados a 600 u 800 metros del Cuerpo de Ejército de Cáceres. Los regimientos de la Tercera se formaron en el borde sur de la quebrada de Almendariz, disponiendo a su izquierda, hacia el mar, a la Brigada Barceló que tendió de izquierda a derecha al Regimiento "Concepción", a los Batallones "Caupolicán" y "Valdivia" y al Regimiento "Santiago" que formaba su propia derecha. La primera Brigada, del Coronel Urriola, dejando un claro a su izquierda, que debía ocupar el Regimiento "Aconcagua" designado para atacar a lo largo de la vía férrea y de la carretera, puso en línea al este del terraplén del ferrocarril, al Batallón "Navales" que hacía frente a la derecha del Cuerpo de Ejército de Suárez.

La División de Reserva se estableció a 900 metros detrás de ese claro, con un Regimiento al este de la vía férrea. Algo más atrás, a la salida de Barranco, se emplazaron las 50 piezas de campaña del Regimiento Nº 2, o reserva de artillería, que mandaba el Comandante Novoa. En esta misma región y un poco más al este se hallaban reunidos los Regimientos de Caballería "Carabineros" y "Granaderos".

Mientras que en primera línea se realizaban estos movimientos, el "Aconcagua" se aproximaba por el pueblo de Barranco, para llenar el intervalo que le estaba reservado; la Primera División, descansaba inmediatamente al norte de las últimas casas de Barranco, habiendo salido a las 11 de la mañana de Chorrillos, y las Brigadas de Sotomayor se encontraban a la salida de esta última población y de San Juan donde habían estacionado.

En tanto que las tropas se desplazaban, Baquedano acompañado por Lagos, Velásquez y numerosa cabalgata comenzó a reconocer la línea peruana bajo la protección de las guerrillas de sus batallones de primera línea.

En este momento— eran las dos y treinta de la tarde, cuando los Diplomáticos saludaban al Dictador— se abrieron los fuegos con general sorpresa. Como en la batalla de San Francisco, no se ha llegado a saber de fijo cuál de los dos contendientes fue el primero en disparar; las versiones son naturalmente contradictorias y no permiten establecer la verdad. Sea como fuere, es natural que dos ejércitos enemigos que se hacen frente a 300 metros de distancia abran el fuego, sea por un disparo casual que alarma a todos, sea por torpeza de un soldado que no quiere perder un objetivo visible o por mil razones más.

En todo caso, los responsables del incidente que abrió la batalla fueron los chilenos que se aproximaron a tan corta distancia de la

línea de defensa, tomando dispositivos de ataque a la vista de sus ocupantes y efectuando imprudentes reconocimientos.

Respetando los usos y costumbres de la guerra, si el comando chileno buscaba efectivamente la paz como parecía proponerlo, no debió mover ni un soldado más adelante de la línea Barranco-San Juan que ocupaba el 14, al convenir el Armisticio.

PREPARACION DEL ATAQUE

Al cambiarse los primeros tiros entre las tropas de la Tercera División y las de Cáceres y Suárez, el Comandante en Jefe chileno y todo su séquito desaparecieron en veloz carrera hacia Barranco. Llegados a este lugar, Baquedano y sus acompañantes detuvieron sus caballos y el primero comenzó a dictar disposiciones para precipitar el traslado hacia adelante de las fuerzas que todavía quedaban en escalón. Ordenó a Lynch que marchara hacia la derecha de la Brigada Urriola; activó la marcha del "Aconcagua", que poco después llegaba al claro que le estaba destinado en la línea. Dispuso que la caballería se aproximara e indicó a la artillería de campaña que se retirara de la posición en que estaba, que juzgaba muy aventurada si los peruanos, abandonando sus trincheras, se lanzaban al ataque.

Al pasar la Primera División chilena de Lynch, a la altura del Comandante en Jefe, que luego se estableció durante toda la batalla en el camino que une Barranco y Surco, el General ordenó que el Regimiento "Artillería de Marina", el Batallón "Melipilla" y una brigada de artillería de montaña de esta División, formando un destacamento aparte, se trasladaran hacia la derecha del emplazamiento reservado a Sotomayor, donde debía establecerse en escalón retrasado, para cubrir la derecha del dispositivo general de ataque.

En tanto, el fuego era en la línea cada vez más intenso por la entrada en acción de los cañones de la Escuadra, que disparaban sobre la población de Miraflores y sobre la batería "Alfonso Ugarte", y por los tiros de la artillería de campaña chilena que cañoneaba la línea de defensa.

LA BATALLA

15 de enero

Mientras ocurría en el lado chileno lo que acabamos de referir, en el lado peruano, al sentirse los disparos, se produjo, la mayor confusión: todas las tropas estaban en sus puestos desde la víspera, pero nadie esperaba la batalla, a pesar de que los desplazamientos de las fuerzas chilenas hacían desconfiar de la palabra empeñada por sus dirigentes, civiles y militares.

El General Silva, Jefe de Estado Mayor de Piérola, pasaba revista en esos momentos a los batallones de Pastor Dávila, en la izquierda de la línea peruana y debió aproximarse apresuradamente a Miraflores para averiguar la causa de la ruptura del fuego y para dirigir el combate. El Dictador, que iniciaba en Miraflores una ceremoniosa conferencia con el Cuerpo Diplomático, como se ha

dicho, tomó su caballo y se alejó hacia Vásquez, donde había de permanecer en compañía del Coronel Echenique durante todo el desarrollo de la batalla.

Mientras tanto el "Blanco", el "Huáscar", la "O'Higgins" y la "Pilcomayo", situados frente a Miraflores y a conveniente distancia, habían abierto el fuego de sus potentes cañones contra la población de Miraflores.

ATAQUE DE CACERES

Abiertos los fuegos en ambas líneas, las tropas de Cáceres que tenían cerca a las fuerzas de la División de Lagos, obtuvieron tan buenos resultados con sus tiros que hicieron replegar a las guerrillas adelantadas por esa división. Al mismo tiempo, después del retroceso del Comandante en Jefe chileno y del grueso pelotón de oficiales que le acompañaba, se vió desde la línea peruana cómo la artillería de campaña adversa evacuaba con precipitación el emplazamiento que había tomado horas antes.

Estos hechos, que demostraban momentánea debilidad por parte del enemigo, hicieron comprender a Cáceres que tal vez un ataque fulminante y lanzado con toda energía podía dar cuenta de las imprudentes fuerzas chilenas que provocaban el combate.

Mientras tanto el "Blanco", el "Huáscar", la "O'Higgins" y la "Pilcomayo", situados a la altura de Miraflores y a conveniente distancia, habían abierto el fuego de sus potentes cañones contra la población de Miraflores y la derecha de la línea peruana que batían de enfilada, fijando de preferencia sus punterías en la batería "Alfonso Ugarte" que, vista desde el mar aparecía para los chilenos como un magnífico punto de mira, levantándose sobre el borde superior del barranco que forma la playa.

La brigada de artillería de montaña de la División de Lagos abría también el fuego sobre la derecha de la línea, dirigiendo sus proyectiles tanto sobre las tropas de Cáceres como sobre las de Suárez que, según sabemos, tenía su derecha frente al Batallón "Navales" de la primera Brigada de Lagos. Este fuego de artillería de los chilenos era respondido por los cañones y ametralladoras de la línea peruana y , muy eficazmente, por los cañones de la batería "Alfonso Ugarte" que orientaba sus dos Rodman sobre los barcos de la escuadra chilena, disparando con sus dos Parrot, más ligeros, sobre las tropas chilenas que atacaban la línea defensiva y en la dirección general de la desembocadura de los caminos que vienen de Barranco.

Cuando Cáceres se convenció de que la inmovilidad de los batallones chilenos que tenía al frente, ocultos tras los tapiales, era debida a la superioridad de fuegos que había conquistado, decidió lanzarse fuera de las cubiertas que ocupaba a la primera oportunidad, para acentuar la crisis por la que atravesaba su contendiente. Efectivamente, a poco, algunas compañías chilenas iniciaron un tímido movimiento general sobre la línea peruana en cumplimiento de disposiciones dictadas por Lagos, y Cáceres juzgó que era llegado el momento de atacar a su vacilante enemigo.

Cuando los batallones de Lagos y especialmente la extrema izquierda de Barceló estuvieron fuera de sus abrigos el jefe de la derecha peruana ordenó cargar sobre ellos a los Batallones "Guarnición de Marina" * y "Jauja". Estas unidades salieron con gran decisión en busca del enemigo al que hicieron volver caras y persiguieron por largo trecho, deteniéndose finalmente para tomar aliento.

Pero, la carga a la bayoneta del "Marina" y del "Jauja" no podía realmente seguir más adelante por la escasez de sus efectivos, y los chilenos, comprendiéndolo así, recobraron el orden y prevenidos además de la aproximación del "Aconcagua", volvieron sobre sus pasos haciendo replegar hacia la línea de defensa a los dos bravos batallones que Cáceres había empeñado.

La situación se estabilizó, momentáneamente, después de realizado este vaivén de fuerzas entre la línea peruana y 400 metros delante de ella. Pero, Lagos, pocos minutos después, comprendiendo que sus tropas no habían cumplido honrosamente con su deber en esta fase preliminar del combate, instó a sus jefes de batallón a salir nuevamente adelante, lo que en efecto realizaron éstos con toda prudencia, a favor de las numerosas cubiertas que brindaban las tapias.

Cáceres esperaba esta iniciativa de parte de los chilenos para emprender un nuevo contraataque con mayor potencia, a fin de buscar la decisión, procurando envolver por sus dos flancos a las fuerzas de la Brigada Barceló que le hacía frente, y especialmente por el flanco derecho en el que quedaba el claro que debía ocupar el "Aconcagua", de la primera Brigada. Saltando de las cubiertas con todas las tropas que le obedecían, se lanzó entonces a fondo agrupando en su extrema izquierda a los Batallones "Concepción", "Libertad" y "Paucarpata", con la intención de introducirse en el intervalo dejado por los chilenos.

En esta segunda salida, el Coronel Suárez, que supo apreciar la oportunidad que se presentaba para un ataque general, sacó adelante una parte de las tropas de su sector y atacó al Batallón "Navales" que hacía frente a su derecha.

Como ya había llegado a este sector el General Silva, jefe de Estado Mayor General, hizo entrar a la línea entre Cáceres y Suárez al Batallón "Unión", que había traído de la izquierda de Suárez en vista de que el fuego se iniciaba en la derecha y porque recibió el dato, cuya falsedad se comprobó poco después de que los chilenos habían roto y envuelto el ala derecha por el lado del mar.

El éxito de este movimiento adelante fue francamente favorable a los peruanos. Los batallones de las dos Brigadas de Lagos, desmoralizados por la primera carga, comenzaron a retroceder siendo enérgicamente persiguidos; pocos minutos después, ante el empuje incontenible de los peruanos, el retroceso se convirtió en precipitada fuga que les hizo dejar en el terreno cuatro de las piezas de artillería de montaña que los apoyaban y numerosos muertos y heridos.

El brillante esfuerzo de Cáceres y Suárez debió detenerse a pesar del indiscutible éxito que estaba alcanzando, por falta de

---

* Comandado por el heroico Fanning.

alimentación del ataque, es decir, por falta de elementos de segundo escalón que profundizaran la acción de los primeros batallones y porque los chilenos, en cambio, se aproximaban en su retroceso a la División de Reserva del Coronel Martínez; además, en este momento entraba en línea el primer batallón del Regimiento "Aconcagua" que llegó a la carrera para llenar su intervalo. Sin embargo el citado batallón, que alcanzó la línea chilena cuando ésta se hallaba en pleno retroceso, fue arrastrado por el reflujo general deteniéndose sólo entre las filas del 2º Batallón del mismo Regimiento, que le seguía a cierta distancia.

A las tres y treinta la situación se estabilizó nuevamente, volviendo los peruanos a su línea sin ser molestados por el adversario que, atemorizado, esperaba la llegada de las demás divisiones para reemprender la marcha adelante. En esta situación, pocos minutos antes de las cuatro de la tarde, Lagos, convencido de la impotencia de sus tropas y no deseando sufrir un nuevo ataque en las mismas condiciones, que juzgaba desastrosas para los batallones que mandaba, pidió refuerzos a la División de Reserva cuyo jefe puso a sus órdenes, inmediatamente, a los Regimientos "Zapadores" y "Valparaíso".

Durante este tiempo la batería "Alfonso Ugarte", fuertemente cañoneada desde el mar, comenzó a perder los artilleros que atendían a las piezas y los soldados de infantería que se le habían afectado para su defensa. Los pocos soldados que quedaban de los Batallones "Guardia Peruana" y "Callao", cuyo efectivo había sido fuertemente rebajado en la primera fase de la batalla de San Juan, abandonaron la guarnición del fuerte que sólo quedó sostenido por el "Libres de Trujillo" con tan escasos combatientes que, realmente, esa región estuvo desde ese momento sin fuerzas que la defendieran.

Hasta aquí, Cáceres había sabido mantener a raya, gracias a su agresividad, a 3600 soldados de la Brigada Barceló y a más de 2000 soldados del "Zapadores" y del "Valparaíso" apoyados por los fuegos de la escuadra y por la brigada de montaña de Lagos*

Suárez, por su parte, con los 750 soldados de su extrema derecha había desalojado a 600 hombres del Batallón "Navales" que se le enfrentaba y a cerca de 1200 del Regimiento "Aconcagua" que llegaban frescos a la pelea, pero que se vieron comprendidos en la confusión y retroceso general.

ACCION DE LA CABALLERIA

Cuando se iniciaba con todo orden el reflujo de los peruanos hacia su línea, después de haber rechazado a los batallones chilenos, Baquedano ordenó que el Regimiento "Carabineros de Yungay" bajo el mando del Comandante Bulnes, cargara sobre el flanco este de las tropas de Suárez que se encontraban retrocediendo en el llano. Bulnes se encaminó en seguida a cumplir la misión que le había asignado el General en Jefe; pero, en este momento apareció por su derecha la escasa y mal montada caballería perua-

* Recuérdese que los batallones de Lagos no sufrieron pérdidas en San Juan.

na formada por los Escuadrones "Lanceros de Torata" y "Escolta", cuyo efectivo total no llegaba a 200 soldados, los que habían recibido la misión de proteger a Suárez contra la caballería adversa.

Ante la presencia de la caballería peruana, Bulnes orientó sus escuadrones sobre ella para evitar una carga de flanco, abandonando por cubrirse y por combatir con la caballería adversa, el cumplimiento de la misión general que había recibido.

En ese momento, inmediatamente detrás de los "Carabineros" se hallaban ya los batallones de Lynch y de Barboza que iniciaban su despliegue, y la caballería peruana, mandada por el Coronel Bermúdez, volvió bridas para reinstalarse tras de la línea de defensa dado que, con su simple presencia y la atracción que efectuó sobre la caballería chilena, había logrado impedir la carga contra el ala de Suárez quien, en el ínterin, se encontraba ya en sus líneas. Bulnes quedó burlado sin haber cumplido la misión que se le había asignado y, entonces, lanzó sus escuadrones contra las fuerzas atrincheradas del Cuerpo de Pastor Dávila siendo rechazados a tiros, con grandes pérdidas.

A partir de ese momento, los regimientos chilenos de caballería fueron más prudentes, y su acción, que el terreno obstaculizaba, se volvió nula durante el resto de la batalla.

ATAQUE DE LOS CHILENOS

A las cuatro de la tarde la totalidad de las fuerzas chilenas se encontraba frente a la línea defensiva e iniciaba su despliegue aproximándose en formaciones de combate, precedidas por sus compañías de guerrilla, hasta situarse muy cerca de los atrincheramientos.

La disposición de las fuerzas peruanas no había variado, en tanto, excepto en lo que se refiere a los batallones que se desprendieron de la batería "Alfonso Ugarte", y que se dirigieron hacia atrás a pesar de los esfuerzos de Silva para contenerlos.

Pocos minutos después de aquella hora, la primera línea chilena se hallaba así distribuída:

En el ala izquierda: la Tercera División completa, habiendo sido alcanzada por el Regimiento "Aconcagua" que ocupaba el intervalo ya indicado y por el Batallón "Bulnes" que llegó con toda precipitación desde Chorrillos; los elementos de esta División se hallaban mezclados, sin romper la constitución de las unidades, con los de la División de Reserva que tenía a esa hora sus tres regimientos en primera línea. Estas tropas recibían apoyo de fuegos de la brigada de artillería de montaña de la Tercera, de una parte de la artillería de campaña y de los cañones de la Escuadra.

En el centro: La División Lynch, en enlace por su izquierda con el Batallón "Navales" de la Tercera, tenía, de izquierda a derecha, los Regimientos 2º de línea, "Atacama", "Talca" y "Colchagua" de la brigada del Coronel Juan Martínez; seguían a éstos el "Chacabuco" y más a la derecha, el 4º de línea y el "Copiapó" que Lynch dejó al principio en escalón para cubrir su derecha hasta que entrara en la línea la brigada Barboza, de la Segunda División, que debía prolongarlo por ese lado. Además de los fuegos de una de sus

brigadas de montaña, la División Lynch recibía el apoyo de fuegos de la mayor parte de las 50 piezas de campaña, junto a las que disparaban algunos cañones peruanos que habían sido tomados en San Juan con abundante municionamiento.

En el ala derecha: Desplegó la Brigada Barboza a órdenes de Sotomayor, jefe de la Segunda División, poniendo en línea los Regimientos "Curicó", "Lautaro" y el Batallón "Victoria".

Sotomayor, cuyo flanco derecho estaba descubierto, recibió a sus órdenes al Regimiento "Artillería de Marina", al Batallón "Melipilla" y a una brigada de artillería de montaña, que, como ya hemos dicho, fueron separados por Baquedano de la División Lynch y permanecieron en el flanco derecho cuya guarda se le había confiado, en escalón retrasado, sin tomar parte activa en la batalla.

La Brigada de Barboza estaba apoyada por los fuegos de la brigada de artillería de montaña de su División.

En segunda línea Baquedano dispuso que, para reemplazar a la División de Reserva, ya empeñada, se quedara a sus órdenes la Brigada Gana de la División Sotomayor la que quedó instalada al este de la vía férrea; esta brigada estaba formada por los "Regimientos "Buín", "Esmeralda" y "Chillán". Además, Baquedano disponía como reserva de sus tres regimientos de caballería.

Para completar el dispositivo, finalmente, cerca de las 4 y 30, cuando ya había comenzado el avance ofensivo, Lynch fue alcanzado por el batallón "Quillota" que acababa de llegar de Lurín. Este Batallón, organizado al mismo tiempo que el "Melipilla", había quedado en Chile al iniciarse la campaña, siendo trasladado después a Pisco, de donde siguió por tierra para reunirse al grueso en el instante que acabamos de señalar.

Convenientemente reforzados y acompañados en el ataque por todas las fuerzas reunidas, los primeros escalones chilenos se hicieron agresivos y pronto Lagos, deseando recuperar lo que había perdido, ordenó que sus tropas avanzaran sobre el sector de la línea de defensa que quedaba a su frente.

En este momento las fuerzas de que Lagos disponía, sumadas a las de Martínez, llegaban a 8000* hombres con los que debía atacar desde el borde del barranco que da al mar hasta algo más al este de la línea férrea o sea poco más de 2000 metros. Esta enorme densidad de tropas le permitía lanzar su ataque con la mayor confianza en el exito y con mayor razón aún si se tiene en cuenta que los defensores eran poco numerosos, como había podido comprobarlo cuando hicieron sus salidas, y que se hallaban, además, fatigados y diezmados por hora y media de combate que debieron sostener contra el doble de fuerzas.

Lagos se sentía apoyado, también, por la Brigada Gana de la División Sotomayor que, formando reserva general, se hallaba situada inmediatamente detrás de su derecha y por la mayor parte de los fuegos de artillería, inclusive los de la Escuadra.

---

* Regimientos "Santiago", "Concepción", "Aconcagua", 3º de línea", "Zapadores", "Valparaíso"; Batallones "Bulnes", "Valdivia", "Caupolicán", "Navales".

Con todas estas ventajas, el ataque de Lagos y Martínez tenía las más cabales condiciones para romper el frente peruano, débilmente defendido por algo menos de 3000 hombres, de los que gran parte, no debiendo obedecer las órdenes de Cáceres, sólo tenían por misión hacer fuego a su frente desde los titulados reductos.

Lanzados los chilenos sobre la línea de defensa, pronto franquearon con sus últimos escalones la quebradilla de Almendariz, que les sirvió como base de partida, a cubierto de los fuegos, y de ahí cargaron sobre los peruanos en densas columnas de ataque.

Los regimientos "Santiago" y "Concepción" que actuaban en las alas de la Brigada Barceló fueron encargados de envolver el frente de Cáceres. Los demás regimientos y batallones debían atacar frontalmente, haciéndolo el 3º de línea en la dirección general de la batería "Alfonso Ugarte". *

Al cabo de una hora de tenaz resistencia, el movimiento adelante y la superioridad de fuerzas del atacante se impusieron al defensor, paralizado, que debió sostener rudo choque dejando, en lucha encarnizada, más de la mitad de sus efectivos en el campo.

Lagos y Martínez, continuaron de frente hacia el pueblo de Miraflores, enviando algunos batallones sobre el flanco derecho del Cuerpo de Ejército de Suárez, tan pronto como rebasaron la línea ocupada por éste.

Por su parte, las tropas de la Primera División siguieron el movimiento de avance que se producía a su izquierda, atacando, a su vez, con relativa prudencia, al Cuerpo de Ejército que le hacía frente.

Lynch avanzaba con más de 7000 hombres sobre los 2000, escasos, que defendían el amplio frente encomendado a Suárez.

El avance de Lynch fue detenido, sin embargo, y hubo un momento en que se creyó que su ataque fracasaba, llegándose a tocar "diana" en las líneas peruanas; pero, los batallones de Lagos y Martínez que se rebatían sobre su propia derecha, tomando de revés la línea de Suárez, hicieron que las tropas de este bravo Coronel evacuaran la posición que desde ese momento era insostenible. Muchos heroicos soldados de este sector y del que defendía Cáceres, prefirieron morir en sus puestos antes que abandonarlos y los chilenos debieron emplear toda energía para dominar los últimos defensores que ya moribundos, disparaban aún sus fusiles.

Lynch, que había recibido a su izquierda el apoyo por rebatimiento de Lagos y Martínez, procedió en auxilio de la Brigada de Barboza en la misma forma, ordenando que una parte de sus tropas se rebatiera a su propia derecha. Con el resto de su División, Lynch prosiguió de frente, en persecución de los fugitivos, hasta alcanzar la región de Limatambo, de donde hubo que regresar llamado por Baquedano que consideraba imprudente esa internación profunda en el sistema defensivo de los peruanos extendidos, según

---

* Como dice el General J. R. Pizarro, ya fallecido, que fuera sobreviviente de la guerra y asistente a esta acción, en su "Conferencia sobre la Batalla de Miraflores": "Todas las columnas de ataque, sin preocuparse absolutamente de los reductos, penetraron por los intervalos obligando a los defensores de las obras, por este solo movimiento a evacuarlas precipitadamente".

Era muy lógico que esto sucediera: se toma al fuerte por su lado dócil; nadie desea hacer el juego del enemigo.

lo había dispuesto el Dictador, hasta el lejano cerro de San Cristóbal.

La Brigada Barboza de la Segunda División, que fue la única de esta unidad que tomó parte en el ataque, se concretó a atacar la derecha del Cuerpo de Ejército de Pastor Dávila que estaba diluído en extensísimo frente; y, gracias a la cooperación de los batallones de Lynch, logró que ese Cuerpo evacuara sus posiciones. La izquierda de Dávila no llegó a batirse porque ya la derrota estaba consumada en la derecha y centro de la línea general y su situación se volvió insostenible.

A pesar del enorme efectivo que emplearon los chilenos, los ataques de Barboza y de Lynch pasaron por grave crisis, pues sus tropas, faltas de municiones, que habían quemado sin control, dieron media vuelta a la mitad del ataque y los oficiales y jefes debieron sablear a sus propios soldados para obligarlos a recobrar su puesto en la lucha o a permanecer en él. Durante largo rato, las unidades que obedecían a estos jefes permanecieron ocultos tras de las tapias que el defensor no había tenido el cuidado de demoler, hasta que recibieron municiones y vieron que los batallones de su izquierda se rebatían sobre la espalda de los defensores que ellos tenían al frente; sólo entonces recomenzaron el ataque, hasta la total expurgación de la línea peruana.

Como el ataque del ejército chileno se había realizado por una sucesión de esfuerzos escalonados que partieron de la izquierda de su línea, el combate duró desde las 4 y 30 de la tarde hasta las 6. La línea peruana fue cayendo también por tramos, de la derecha de Cáceres a la izquierda de Pastor Dávila, a medida que las unidades chilenas rebatiéndose sobre su propia derecha inutilizaban las defensas, actuando en concurrencia con las tropas que atacaban frontalmente cada tramo.

La Brigada Gana de la Segunda División, que Baquedano dejó atrás para reemplazar a la División de Reserva ya empeñada, no llegó a tomar parte en la lucha. Así como el destacamento encargado de cubrir la derecha chilena, formado por tropas de la Primera División.

FIN DE LA BATALLA

Un poco después de las 6 de la tarde, las tropas chilenas se hallaban completamente en posesión de la línea de resistencia peruana, ocupaban el pueblo de Miraflores, que había sido violentamente cañoneada por la Escuadra, y, a lo lejos, veían desaparecer a uno que otro sobreviviente de la defensa, que se esfumaba en las primeras sombras de la noche. Los soldados chilenos de los distintos regimientos, mezclados en el fragor de la lucha se buscaban entre ellos y se reunían a sus unidades. El Sol, en el poniente, se ocultaba tras la línea de barcos de Chile.

El Coronel Cáceres, gravemente herido en una pierna, agrupaba a los dispersos en la plazuela de la Exposición de Lima, tratando de darles cohesión para formar con ellos una fuerza capaz de contener el natural y muy posible desborde de la soldadesca chilena. En tanto, los 11 batallones de la Reserva, que Piérola no había dejado combatir, se retiraban de Vásquez "a sus hogares", di-

sueltos por orden del Dictador quien, por su parte, tomaba el camino de Chocas a Canta acompañado por algunos altos jefes y por un batallón de línea que conservaba relativo orden.

La resistencia ofrecida por el improvisado Ejército Peruano, desarmado en comparación con el del invasor, y muy mal organizado y dirigido por el Supremo Comando, que no presenció el desastre, había sido heroica y digna de parangonarse con la de Arica y la del Morro Solar. El único dato que existe sobre las bajas sufridas por estos bravos soldados, es el que da el General Baquedano en su parte al gobierno de Chile; este Jefe señala la enorme cifra de 12,000 bajas en el lado peruano; pero, dado que sólo combatieron 7850 hombres, en los dos sectores que sostuvieron el ataque, de Cáceres y de Suárez, se ve que esta cifra es falsa y que el General chileno, al darla, pretende abultar su victoria. Además, la cifra citada en el parte deja traslucir la impresión que produjo en el ánimo de Baquedano la tenaz y heroica resistencia de los peruanos, que lucharon durante cuatro horas contra fuerzas dos veces más numerosas y dotadas de toda clase de elementos, llegando a ponerlas en peligro de ser batidas.

El número de jefes y oficiales muertos y heridos en el lado peruano, fue igual a las tres cuartas parte de su efectivo. En el lado chileno, las pérdidas totales ascendieron a algo más de la décima parte de los efectivos empeñados.

ENTREGA DE LIMA Y OCUPACION DEL CALLAO

Como resultado del choque de Miraflores, que acabó con las fuerzas organizadas por el Dictador, sólo quedaron a la Nación las tropas del lejano Ejército de Arequipa, de reducido efectivo, que no podían en ningún caso resolver la situación de guerra que se desarrollaba en el Perú. Los vencedores tenían pues abiertas las puertas de la Capital, donde hubieran podido ingresar desde el primer momento, sin encontrar resistencia de importancia; pero Baquedano, receloso de que los peruanos sostuvieran un nuevo combate en los alrededores de Lima, decidió aplazar la entrada en la ciudad dejando que el tiempo aclarara la situación.

Por otra parte, los chilenos tenían informaciones precisas sobre las defensas organizadas en las alturas que rodean Lima y conocían que, aparte de la artillería del Callao, había quedado en ese puerto una escasa guarnición que podía batirse a la desesperada. Se debe advertir, además, que tenían noticias de que algunos cuerpos de la Reserva no habían tomado parte en la batalla, ignorando que el Dictador había ordenado su total disolución con la sintética orden: "A sus hogares".

En Lima, en tanto, la situación era muy diferente de cómo la imaginaba el Comando chileno. Las masas populares, mal conducidas por agitadores de la opinión pública, perdida la fe en los hombres que habían llevado a la Nación al desastre, se desbordaron y queriendo castigar en alguna forma a los chinos de los valles del sur de Lima que se plegaron a los chilenos, señalaron a todos los súbditos de ese Imperio como espías y guías del ejército invasor, decidiendo saquear sus propiedades. El espectro de la hambruna que se cernía sobre la Capital, fue también causa determinante pa-

ra proceder de tal modo. Ya lo habían hecho los franceses cuando la Comuna de París.

En la noche del 15 al 16, barrios enteros de tiendas de asiáticos fueron puesto a saco por el populacho que, no conforme con inutilizar las mercaderías o apropiarse de ellas, incendió los almacenes creando así un nuevo peligro para los habitantes.

La impotencia absoluta para defenderse, el levantamiento de las masas populares y la angustia que testimoniaban los extranjeros por conservar sus bienes, decidieron al Coronel Torrico, Alcalde de Lima a tratar la entrega de la Capital con el Comandante en Jefe chileno.

En la mañana del 16, tomada esta resolución por los personeros comunales, Torrico, acompañado por algunos Ministros extranjeros y por los jefes de los barcos de guerra neutrales fondeados en el Callao, se presentó ante Baquedano y acordó con él la forma en que ingresaría a la ciudad el ejército vencedor.

En esta reunión, el Almirante francés du Petit-Thouars hizo comprender enérgicamente al Comando Chileno que el menor daño que sufriera Lima, contrario a las usanzas de la guerra, sería castigado por los barcos neutrales de estación cañoneando los buques chilenos*.

En ese mismo día 16 se preparó en el Callao la voladura de las piezas de artillería que defendían el puerto y el hundimiento de los barcos de guerra y transporte que aún le quedaban al Perú.

En la noche del 16 al 17 de enero el populacho saqueó nuevamente el barrio comercial chino, con resultados menos desastrosos que el día anterior, porque la Guardia Urbana, formada por extranjeros armados y por las compañías de bomberos de distintas nacionalidades que existían en Lima, patrullaron la ciudad e impidieron la repetición de las tristes escenas del 15 en la noche.

El 17 en la mañana, Torrico se presentó nuevamente en el Cuartel General chileno para arreglar la hora en que debían ingresar las tropas a Lima. Mientras tanto, el Capitán de Navío Villavicencio, ex jefe de la "Unión", inutilizaba las piezas pesadas del San Cristóbal y el Gobernador Militar del Callao, Capitán de Navío Astete, hacía volar los cañones y dirigía la destrucción y hundimiento del monitor "Atahualpa", de la corbeta "Unión", de los transportes "Limeña", "Chalaco", "Talismán", "Oroya" y "Rímac" y de la lancha cañonera "Armó"; las demás lanchas recibieron orden de escapar hacia el norte a todo vapor, sin ser alcanzadas por los barcos bloqueadores que emprendieron su persecución.

En la tarde del 17 Baquedano formó una división especial, que puso a órdenes del General Saavedra a quien nombró Gobernador de Lima, para ocupar la Capital. Las fuerzas que constituyeron esta división fueron los Regimientos "Buín" y "Zapadores", el Batallón "Bulnes", formado desde el principio de la guerra por los policías de Santiago y Valparaíso, 3 baterías de montaña a órdenes del Coronel Velásquez y los Regimientos de "Carabineros" y "Cazadores".

---

* Este noble gesto del marino francés, está perpetuado en el monumento que le ha erigido la gratitud nacional en la plaza pública y avenida que lleva su nombre en la Capital de la República.

El 18, la División Lynch ocupó el Callao, día en que Baquedano y su séquito se instalaban en el Palacio de Gobierno de Lima.

Las demás tropas estacionaron en los días subsiguientes en los cuarteles de la Capital, siendo a poco trasladadas a los locales del Estado que ofrecían la requerida amplitud, como la Biblioteca Nacional, la Escuela de Ingenieros y el Palacio de la Exposición, lugares en los que, según se comprenderá, destruyeron todo lo que sus jefes no enviaron a Chile como botín de guerra.

CONSIDERACIONES

La defensa por el fuego exige cierta densidad de éste, que impida al enemigo romper la cortina de proyectiles. Para obtener esta densidad de fuegos se deben satisfacer dos condiciones: en primer lugar, es necesario formar focos de fuego que se enlacen estrechamente para que sus haces se complementen y, en segundo término, se necesita disponer de armas de gran rapidez de tiro a las que hay que dotar, por consiguiente, de abundante municionamiento. La primera de estas condiciones no supo contemplarla el Dictador y la segunda no la obtuvo por la naturaleza de las armas que se usaban en aquel entonces.

La defensa de una línea por medio del fuego no da jamás resultados definitivos. El atacante será detenido bajo el fuego, porque sufre gran desgaste en sus fuerzas materiales como resultado de los tiros del defensor; pero; entonces se aferra al terreno para burlar la acción de la defensa, caso en que es menester que ésta tenga fuerzas frescas, disponibles, para parar sus ulteriores acometidas. O bien, vacila, se retira, caso en el que es necesario perseguirlo e impedirle reorganizarse algo más lejos. En ambos casos, el fuego sólo sirve para desgastar al atacante, no pudiendo hallarse la decisión sino por el empleo de tropas que estén especialmente reservadas para asestarle el golpe final. Sólo el movimiento adelante es decisivo, expresión que no quita nada al innegable valor de los fuegos bien empleados, es decir, empleados para lo que sirven, sin esperar de ellos nada más.

La necesidad de dar la mayor densidad posible a los fuegos y la condición **sine qua non** que obliga a tener fuerzas reservadas, exige que las tropas estén reunidas y montadas en un dispositivo flexible que permita acudir al punto o puntos por donde el atacante quiera ejercitar su iniciativa. El dispositivo lineal es el que menos se aproxima a estos **desiderata** capitales del sistema defensivo: los hombres en una línea se encuentran empeñados a su frente y no pueden dejar el terreno que ocupan para trasladarse al punto amagado y, si lo hicieran, sería necesario que efectuaran un peligroso desplazamiento de flanco bajo el fuego; el simple hecho de que estén en línea da lugar a que ocupen larga extensión de terreno, lo que hace débil la defensa en todos sus puntos y morosos los recorridos de un extremo a otro. En fin, principalmente, no hay elementos en profundidad capaces de sostener al primer escalón, ni de dar el golpe decisivo.

Piérola, además de que dispersó sus unidades en el sentido del frente, escalonó algunas con excesiva y desmesurada profundidad,

sin el más remoto concepto de maniobra, y contando con que los chilenos iban a tener que batirse, sucesivamente, contra cada fusil. Lejos de ser el más numeroso y potente en el campo de batalla, instaló sus fuerzas en todos los puntos a la vez.

En su plan, dejó correr libremente la fantasía y pensando, probablemente, que él hubiera atacado por varios puntos al mismo tiempo abarcando con sus batallones todo el campo que le hacía horizonte, organizó la defensa en forma de parar las más improbables eventualidades de este su antojadizo concepto. Era absurdo, sin embargo, suponer que los chilenos procedieran en esta forma, pues ello implicaba separar las fuerzas delante de un enemigo en posición que, por el hecho de estar en su propio territorio, había que suponer bien informado.

En seguida, el Dictador vacila sobre el valor de sus propias concepciones y acepta a última hora que el ataque se realizaría sólo por el camino más corto entre Chorrillos y Lima. Sin embargo, siempre deja una parte de sus fuerzas al este, en Vásquez-El Pino; como si quisiera ofrecer dos batallas al mismo tiempo, o garantizarse una salida, o salvar una parte de los soldados que él consideraba como más útiles a la Patria.

No se le ocurrió tampoco que para formar un plan se necesita adquirir datos objetivos y reales, que constituyen su fundamento. Y no supo que es necesario disponer de informaciones para garantizar la propia libertad de acción, tratando de impedir que el enemigo haga lo mismo, a fin de permanecer en seguridad. Un solo jinete, baqueano, enviado hacia Manchay y después por Monterrico Chico, San Juan, habría bastado para informar de que nada debía temerse por el este de Lima, lo que hubiera permitido hacer concurrir todas las fuerzas al campo de batalla.

La economía de las fuerzas, la concentración y convergencia de los esfuerzos, las informaciones, la seguridad, el enlace, fueron asuntos completamente ignorados por el Dictador; y no se podía pedir que tuviera idea de ellos, un financista notable y emprendedor político, carente de esa peculiar preparación.

Es innegable pues que el Dictador, que no aceptaba las indicaciones de los altos jefes del ejército, reservando para sí todas las iniciativas, cometió gravísimos errores, deducidos todos del original e imperdonable pecado de omnisciencia, en que incurrió.

En cuanto a la naturaleza de las obras de defensa se ha visto que, si es verdad que la tropa trabajó, los reductos no se ensamblaban en un sistema que los hiciera solidarios, sino aislados y dislocados, por falta de elevada dirección capacitada y vigilante y por la obcecación de quienes suponían que las batallas se ganan, exclusivamente, con las proclamas de los dirigentes y con la abnegación y espíritu de sacrifcio de las tropas.

Otros son los elementos de la victoria, que escapan a quienes no han trabado el debido conocimiento con las leyes y preceptos del Arte de la Guerra.

El hecho de decir en documentos públicos que el cerro San Cristóbal sería el último baluarte de la resistencia, hace suponer que el Dictador pensaba combatir, retrocediendo paso a paso, hasta la cumbre de dicho cerro. Esto era, indiscutiblemente, desconocer las realidades del combate que dimanan del cabal conocimiento de

los hechos y de los principios universales de la razón y la voluntad que permiten señalar sus factores psicológicos determinantes.

Probablemente para cumplir este designio es que, desde los primeros instantes, Piérola guarda "fuerzas para la batalla del día siguiente", con lo que pone en evidencia su poca fe para vencer en el primer encuentro, de San Juan, y demuestra su pasividad ante los sucesos que no sólo arrollarían a su provisional gobierno, sino al país entero, haciendo caer ilustres y laboriosas vidas en el campo de las sucesivas batallas parciales con que obsequió al invasor.

Al presentarse los agentes diplomáticos del comando chileno ante el Dictador, éste hizo muy bien en rechazarlos mientras no vinieran premunidos de todos los poderes usuales para pactar. La buena disposición que demostró para abrir negociaciones formales, fue un gesto de conciliación que impide que sus detractores repitan el concepto de que quería obtener, para engrandecerse, un triunfo personal a costa de la sangre de sus connacionales. Autorizar la gestión del Cuerpo Diplomático fue una atinada medida que sirvió para moderar el rechazo que hizo de las torcidas negociaciones que le ofrecían los chilenos.

Tal vez el Dictador no supo penetrar que esas negociaciones, por la circunstancia de ser pedidas por el invasor, acusaban su propia debilidad y que una ofensiva enérgica, en masa, hubiera sorprendido a los chilenos aun desorganizados y desmoralizados, impidiéndoles emplear todos sus medios, de los que pudiera disponer a su antojo al día siguiente. Para justipreciar esto, hacía falta un General en el Comando Supremo.

Los chilenos quebrantaron real y efectivamente el Armisticio con el desplazamiento de sus tropas, llevadas hasta la distancia de asalto. Desde el momento en que su Jefe mismo se paseaba, acompañado de su Estado Mayor, a tiro de fusil de la línea peruana, estaba rompiendo el convenio establecido que, conforme a los usos de la guerra, obligaba a no aprovechar de él para mejorar o cambiar el dispositivo, ni menos para tomar ventajas sobre el adversario.

Cuando dos ejércitos enemigos se dan frente, es lógico que la mala fe de uno desencadene la ira del otro, esto, en el supuesto de que los peruanos hubieran disparado primero; pero, hay documentos fehacientes de origen chileno, en que se consigna que Velásquez había pedido a Baquedano repetidas veces que le permitiera abrir el fuego de artillería; además, consta que los barcos se mantenían en línea de fila, con gran esfuerzo contra el oleaje, desde que medió la mañana, esperando la señal para iniciar el cañoneo.

No era tampoco una muestra de querer respetar el Armisticio, el hacer avanzar a Lagos desde 3 kilómetros, donde se hallaba, hasta 400 ó 300 metros de la línea peruana donde quedaron sus guerrillas; apoyándolo, además por otra división establecida a corta distancia y por 50 cañones de campaña en batería.

Probablemente uno de los soldados de Lagos, con el afán de tomar su sitio, pasando sobre los tapiales y entre las acequias, debió hacer partir un tiro que bastó para que se encendiera la batalla.

Luego que Baquedano abandonó la primera línea, al abrirse los fuegos y tan pronto recuperó la calma, dictó varias disposiciones muy atinadas.

En efecto: apresuró el despliegue de las unidades que no habían llegado aún a la línea a fin de tomar con la mayor rapidez posible un frente de combate, y, comprendiendo que la artillería de campaña se había adelantado demasiado, autorizó su repliegue en atención al pedido que al respecto le hiciera el Coronel Velásquez.

Como hasta ese momento la batalla sólo se desarrollaba en el frente que ocupaba Lagos, y desde la primera salida de los peruanos se notó su tendencia a envolver el ala derecha chilena, por el momento en el aire, Baquedano dispuso la formación de un destacamento especial que, sin dejarse absorber por el combate, guardara en escalón el flanco derecho del dispositivo general de ataque. Estas tropas las tomó de la cola de la Primera División, cuando creyó que los elementos que había visto desfilar en cabeza bastaban para cubrir el frente de empeño que a esta división correspondía.

La constitución de este destacamento respetaba el principio de la economía de las fuerzas, porque esas tropas iban a combatir en el mismo campo que el grueso si el enemigo se presentaba frente a ellas, y tenían por otra parte, el efectivo estrictamente indispensable para proporcionar un margen de seguridad con su propia capacidad de resistencia; en cambio, al organizar el destacamento, Baquedano, olvidó afectarle caballería para facilitarle la búsqueda y trasmisión del dato, lo que hubiera aumentado su eficiencia como tropa de seguridad, permitiéndole, además, actuar con mayor profundidad y garantizarse a sí misma por las informaciones.

Este elemento de caballería, al adelantarse en la dirección que se quería cubrir, hubiera informado, además, que no existía peligro alguno en esa región, y, garantizándose así, con el dato, simplemente, se pudo liberar de su tarea al destacamento nombrado como guardaflanco.

Ulteriormente, cuando Baquedano supo y autorizó el empeño de la División de Reserva, paralizó a sus órdenes a los elementos de cola del Ejército, que pasaban en ese momento a su alcance, ordenando que la Brigada Gana, de la Segunda División, no desplegara a la derecha de Barboza, como iba a ejecutarlo. El Comandante en Jefe chileno procedió en esta circunstancia con muy claro criterio táctico, improvisando disposiciones que le permitieron reacomodar su plan de ataque, fracasado hasta entonces por la precipitación de Lagos y el atolondramiento de los soldados que este Coronel mandaba.

Además, guardó como reserva a los tres regimientos de caballería que cuidaba celosamente por ser originario de esta arma, deseando siempre, como se ha visto, conservarlos a sus órdenes para emplearlos al fin de la batalla. Es verdad que el campo a la lucha no se prestaba para el empleo de la caballería, como quedó demostrado con la corta e infructosa correría del Regimiento de "Carabineros", y esta debe haber sido otra de las razones que decidieron al comando chileno para dejarla inactiva. Sin embargo, empleada con osadía, enviando verbigracia, dos regimientos por el llano del este, pudo amagar la espalda del defensor, confundirlo más de lo que estaba y obtener algunos éxitos que hubieran adelantado la decisión o que, por lo menos, la hubieran hecho menos costosa.

La adivinación de las posibilidades del enemigo y la oportunidad para explotar las circunstancias favorables son dos de las cualidades que debe tener un jefe de tropas durante el combate. Es indudable que para poseerlas se requiere amplia experiencia de la guerra y conocimiento profundo de la psicología del soldado, condiciones ambas que sólo se adquieren viviendo por largos años dentro del organismo militar.

Desde los primeros tiros, Cáceres supo darse cuenta de todas las ventajas que le ofrecía el momento en que se hallaba. El veloz retroceso personal de Baquedano y el repliegue de la artillería de campaña fueron para él indicios suficientes de la inquietud del enemigo que tenía a su frente. Comprendió, además, que dada la enorme diferencia de efectivos de ambos ejércitos, tal debilidad no podía ser sino momentánea, y decidió explotar esta oportunidad lo más pronto posible.

El hecho de que los chilenos hubieran avanzado desde Barranco hasta frente a sus líneas le hizo creer que, una vez dada la primera impulsión a esas tropas, que tenían el íntimo convencimiento de que debían atacar, no tardarían en emprender el movimiento adelante sin reflexionar que su avance iba a ser prematuro. En estas condiciones esperó que el adversario diera un paso hacia él, para explotar el instante de crisis que debía de producirse en sus filas al salir de las cubiertas para afrontar el fuego.

La operación resultó tal como Cáceres la había previsto, y los dos batallones que desprendió de sus líneas dieron cuenta, rápidamente, de la agresividad de los chilenos.

Era también de prever que Lagos ordenara un segundo avance con mayores fuerzas y más claro estudio del terreno, debiendo, por consiguiente, adelantar más en este segundo ataque que en el primero. Cáceres previno al efecto a todas las tropas, para que saltaran simultáneamente de las trincheras a fin de equilibrar los efectivos y preparar el envolvimiento de las alas del atacante, que quedarían tanto más flotantes cuanto mayor fuera el campo que ganaran a su frente.

Esta nueva salida de los peruanos fue otro éxito, favorecido por la pericia de Cáceres, que supo agrupar oportunamente una parte de sus fuerzas sobre el intervalo que existía en la línea chilena, con lo que trataba de envolver y detener cualquier contraataque de elementos adversos que hubieran quedado en escalón.

Pero el ataque, en cualquier circunstancia en que se desencadene, debe ser alimentado por fuerzas frescas, ya que la energía que requiere el movimiento adelante, la fatiga que trae consigo, las bajas que ocasionan, hacen que tenga un límite más allá del cual no se puede proseguir.

El ataque languidece cuanto más se aleja de su base de partida y requiere entonces que otras tropas lo continúen con renovada energía; de lo contrario, decreciendo progresivamente la presión que se hace sobre el enemigo, éste termina por reaccionar y se aferra al suelo, o si tiene tropas disponibles, devuelve el ataque que ha sufrido.

Tal sucedió con los ataques de Cáceres y también con el de Suárez, cuyo golpe de vista y acierto corrían parejas con el del primero. La energía de estos ataques había sido tan notable que, a pesar de que los peruanos confesaron su impotencia para seguir adelante,

puesto que regresaron a su posición, no fueron molestados por los chilenos, a los que se habían impuesto rudamente.

Poco después debió empeñarse en auxilio de la División de Lagos la del Coronel Martínez, que lo hizo de propia iniciativa en vista de la crítica situación de las tropas de primera línea, con cargo de dar cuenta al Comandante en Jefe. Y, en tanto que los chilenos se reforzaban, Cáceres veía desaparecer los batallones de guarnición en la batería "Alfonso Ugarte" y no podía, siquiera, tomar a sus órdenes directas a los batallones de la Reserva que ocupaban los reductos de su sector.

Para tomar el dispositivo de ataque, el comando chileno ordenó que se trasladara a la línea el Batallón "Bulnes", que al mismo tiempo que guardaba el embarcadero de Chorrillos, realizaba la urgente tarea de higienizar la villa cubierta por los despojos del combate y por los restos de los chilenos que se mataron entre sí en la noche del 13 al 14; dispuso, además, que el Batallón "Quillota", fatigado como estaba por las largas jornadas que acababa de efectuar, concurriera a la batalla. Estos hechos evidencian el empeño que tenía Baquedano y su consejeros para hacer acudir todas las fuerzas al campo de la lucha, con exacto criterio bélico, pensando que "nunca se es demasiado fuerte para vencer".

En cambio, el Dictador Piérola disponía de 11 batallones de la Reserva, con cerca de 4000 hombres, que permanecían inactivos en Vásquez a sus órdenes directas.

A las muy acertadas disposiciones del Comandante en Jefe chileno se agregaban las de sus Comandantes de División.

Lagos pide refuerzos que le proporciona en seguida, en vista de la situación, el Coronel Martínez.

Lynch, mientras llega la Brigada Barboza de la Segunda División, cubre su flanco derecho, que era el de toda la línea en ese momento, dejando una parte de sus tropas en escalón retrasado.

Bulnes, como aclaramos en seguida, escapa al peligro en que se ve envuelto cuando quiere desencadenar su carga contra las tropas de Suárez.

En fin, los Comandantes de División conservaron durante el ataque el más estrecho enlace entre ellos y se prestaron, como veremos eficaz cooperación.

Si la caballería del Comandante Bulnes hubiera cargado a las tropas de Suárez cuando se presentó a lo lejos la caballería peruana, hubiera corrido el peligro de verse entre dos fuerzas enemigas: de un lado la infantería de Suárez, que seguramente se hubiera detenido para hacerle frente con toda la energía de que acababa de dar pruebas, y de otro los cortos escuadrones del Coronel Bermúdez que habrían cargado sobre él, de revés o de flanco, cuando se hallase empeñado contra la infantería.

Bulnes pensó en dominar el peligro que lo amenazaba para poder dar cumplimiento a la misión que se le había encomendado; sin embargo, como lo comprobaron los hechos, ésta fue una errónea disposición suya, pues, por correr tras de peligros secundarios, descuidó la misión principal que se le había señalado, dando tiempo a que la infantería de Suárez recuperara su línea de parapetos. Debió destacar parte de sus fuerzas para cubrirse de la amenaza de la

caballería peruana, lanzándose con el resto de sus escuadrones sobre la infantería que se le había señalado como objetivo de la carga; de este modo cumplía su misión, que interesaba al desarrollo general de la batalla, sin neutralizar sus fuerzas empeñándolas en un combate parcial e independiente.

En el ataque, como había podido apreciarse en San Juan cuando el "Buín" se rebatió sobre su izquierda, se nota del lado chileno la aplicación sistemática de un procedimiento táctico favorable al ataque.

Lagos y Martínez, sin dejar de avanzar sobre Miraflores, envían una parte de sus tropas contra el flanco derecho de la línea de Suárez para favorecer la tarea de Lynch; éste procede en igual forma, contra Pastor Dávila, para favorecer a Barboza. De este modo, tan pronto como se practica una brecha todas las tropas tienden a ensancharla atacando el flanco adverso que ha quedado descubierto por la ruptura del frente.

La más absoluta cooperación rigió el empleo de las diferentes unidades, que de esta manera se auxiliaron mutuamente para el logro de la decisión final.

Otro procedimiento táctico, que demuestra que los comandos chilenos habían hecho innegables progresos, es el de profundizar los ataques para conmover a fondo el dispositivo adverso, impedirle una reacción y llevar el choque hasta sus elementos más alejados, a fin de hacer más completa la ruptura de un punto del frente.

Lagos continúa su avance sobre la población de Miraflores, donde era de suponer que hubieran algunas tropas en segundo escalón o donde, por los menos, debían reunirse los dispersos; Lynch procede en igual forma, penetrando hasta Limatambo.

Parece que Piérola no supo escuchar a sus colaboradores leales, pues, cuando éstos existen, deben influir sagazmente en el ánimo de su jefe para lograr que reconsidere sus disposiciones, si éstos lindan con lo absurdo; también se puede creer que a aquéllos le faltaba entereza para decir la verdad, mal que a veces se presenta en las colectividades porque la indiferencia o la abulia aconsejan no asumir responsabilidades, dejando al superior hasta la responsabilidad propia, cuando éste se manifiesta absorbente e impositivo. Sucede, asimismo, que los espíritus mediocres o timoratos encuentran más cómodo conservar la propia situación personal, antes que sacrificarse por los bien entendidos intereses generales.

Cuando existen estos colaboradores, que no cumplen su deber con lealtad para consigo mismos, porque todo lo que valen se lo deben al superior, no sólo conceden y acatan sino que aún aplauden lo que éste hace, a sabiendas de que no proceden bien, para no enemistarse con el poderoso o para no perder su gracia. Es muy conocido este mal, que se presenta en todas las latitudes, y su comprobación no constituye enseñanza especial; pero es necesario recordar a menudo su existencia, para limitar los desastres y calamidades que produce tanto en la paz como en la guerra.

La Historia, por la generalización que ofrece sobre las acciones y pasiones de los hombres, es la más apta para apreciar, en cada pueblo, la mayor o menor virulencia de los males morales y debe poner en juego todos los resortes capaces de curarlos, cuando tienden a hacerse endémicos.

En la batalla de Miraflores, los soldados peruanos dieron una prueba más de sus excelsas virtudes cívicas y demostraron, con su espíritu militar y cualidades guerreras, sacrificándose conscientemente y a sabiendas de todos los errores del Comando Supremo, que merecían una alta dirección más capacitada, que fuera apta para obtener los beneficios a que su esfuerzo y constancia los hacían acreedores.

CAPITULO XIV

CAMPAÑA DE LA SIERRA

OPERACIONES EN 1882

Situación política y militar de los países beligerantes en 1881.- Expedición Letellier.- Sangrar.

Campaña de la Breña.- Fuerzas opuestas.- Primeras operaciones.- Operaciones en el interior.- Primer combate de Pucará.- Acuchimay.

Ofensiva de Cáceres.- Marcavalle.- Segundo combate de Pucará.- Evacuación del interior por los chilenos.

Combate de San Pablo.- Planes de Iglesias y formación de su ejército.- El combate.

Consideraciones.

SITUACION POLITICA Y MILITAR DE LOS PAISES BELIGERANTES EN 1881

Realizada la ocupación de Lima, cesaron en parte las preocupaciones de orden militar de los dirigentes chilenos; por el momento, parecía que no les embargaba otra idea que la de recomendar al comando la imposición de cupos y contribuciones.

Sin embargo, parte de las tropas peruanas que fueron batidas en San Juan y en Miraflores se habían retirado en orden hacia el interior, donde seguía ejerciendo el mando el Dictador Piérola; entre sus manifestaciones de mando podemos recordar que, por decreto de 1º de febrero de 1881, ascendió a General al Coronel Cáceres.

Por este tiempo existían también otras fuerzas que levantó en el Norte de la República el Contralmirante Montero, Jefe Político y Militar del Norte, quien era secundado por el Coronel Miguel Iglecias, nombrado Comandante en Jefe de dichas fuerzas. En el Sur, era Jefe Político y Militar el ex-Prefecto de Tacna, Pedro A. del Solar, quien por intermedio del Coronel La Torre, Comandante en Jefe del Ejército de Arequipa, tenía a sus órdenes esas tropas veteranas incrementadas por numerosos voluntarios. Además, en todo el país se habían levantado montoneras que hostigaban a los destacamentos chilenos de ocupación.

Las actividades políticas de los caudillos militares y jefes de partido peruanos eran un tanto tortuosas y la influencia que ejercitaba Chile para oponerlos unos a otros llegó, so pretexto de buscar las bases de paz más favorables al Perú, hasta auspiciar el movimiento de opinión que llevó al mando a García Calderón, el 22 de febrero de 1881, con violenta oposición de Piérola, que a poco quedó designado a su vez, por un Congreso reunido en Ayacucho, como Presidente Constitucional.

El General Cáceres, que quedara en Lima gravemente herido después de la batalla de Miraflores, escapando a la vigilancia de los chilenos, abandonó por esos días la Capital para dirigirse al interior y Piérola lo nombró entonces, por decreto de 25 de abril, Jefe Político y Militar del Centro de la República en reemplazo del Coronel Echenique.

Con Piérola y García Calderón como Presidentes y tres Jefes Políticos, del Norte, Centro y Sur, proseguía la ocupación, cuando el 7 de octubre la guarnición de Arequipa desconoció la autoridad de Piérola y aceptó el gobierno de García Calderón; pocos días después Montero procedió en la misma forma, aceptando ser Vicepresidente de García Calderón el 23 de octubre, y arrastrando consigo a Iglesias, que había ascendido a General, en ese mismo mes, con fecha de febrero.

A poco de realizados estos cambiamientos políticos, el 16 de noviembre, Montero, como Vicepresidente del gobierno de García Calderón, después de la captura y expatriación de éste por los chilenos, asumía el mando de la Nación, en tanto que Piérola lo renunciaba para trasladarse a Europa, dejando a órdenes de Cáceres a las tropas acantonadas en Ayacucho que le obedecían. Cáceres, entonces, el 24 de noviembre, se proclamó Jefe Supremo. A fines de 1881, no quedaban, pues, sino Montero y Cáceres como supremas autoridades; pero, al comenzar el año de 1882, en enero, Cáceres se sometió a Montero, quedando éste en definitiva como Presidente del Perú.

Desde mediados del año anterior —1881— los chilenos se habían establecido en toda la costa del Perú, distribuyendo guarniciones en los distintos puntos del litoral o en los próximos a él. De esta manera las tropas invasoras vivían sobre el país, imponían cupos en la región más industrial y rica del territorio y, además, cobraban los derechos de aduana.

Las montoneras de que ya se ha hablado, inquietaban sin embargo a los ocupantes, ocasionándoles no pocos trastornos en sus disposiciones y obligándoles a abandonar sus guarniciones para lanzarse en agotantes correrías tras enemigos que no podían jamás alcanzar. Entre estas incursiones fueron las principales, por la duración que tuvieron, las que dirigió el Comandante Letellier en la sierra y las efectuadas sobre Cañete, Ica y Tacna.

Mientras que estos sucesos se desarrollaban en el Perú, en Santiago, el Presidente Santa María, que reemplazó a Pinto el 18 de setiembre de 1881, viendo que cada vez eran más importantes las fuerzas nacionales que se organizaban en el territorio ocupado, pensó en la necesidad de emprender operaciones activas para aniquilar esos grupos de peruanos cuya actitud impedía firmar la paz que Chile quería imponer. Convencido el Presidente de esta nece-

sidad, ordenó a mediados de noviembre que volvieran a las armas los licenciados del ejército que habían hecho la guerra, para recompletar los efectivos de los batallones de ocupación, que correspondían a los extinguidos regimientos de operaciones, y los de algunos batallones como el "Maule", el "San Fernando" y el "Rengo", que no habían alcanzado a tomar parte activa en la campaña de Lima.

Con este llamamiento, el ejército chileno de ocupación se elevó nuevamente a cerca de 20,000 hombres, con los que trataba de expedicionar sobre Junín, donde Cáceres se tornaba cada vez más agresivo, y sobre el Ejército de Arequipa. Las dos expediciones, según el concepto de Santa María, debían realizarse simultáneamente para impedir que al atacar sólo uno de los agrupamientos, éste se retirara al interior esterilizando la ofensiva chilena y buscando apoyo en el otro agrupamiento, con el que, luego que se reunieran, formaría una fuerza relativamente poderosa.

EXPEDICION LETELLIER

Abril a Julio de 1881

Cuando Lagos comandaba el ejército de ocupación, antes de que se desarrollaran los sucesos políticos anteriormente citados, algunas fuerzas peruanas se aproximaron hasta cerca de Chosica, de donde hostilizaron a los destacamentos aislados de los chilenos.

Para rechazarlos y dar espacio a las tropas de ocupación que se veían cada vez más estrechadas en Lima y sus alrededores, el Comandante en Jefe dispuso, en el mes de abril, que partiera una expedición al interior a órdenes del comandante Letellier.

Ya en el mes de marzo había hecho una incursión hacia la misma región el Comandante Alcérreca, con algunos cientos de jinetes, regresando pronto a la Capital, rechazado por los montoneros del Comandante Albarracín, sin haber logrado penetrar más alla de Chosica.

Letellier salió de Lima el 15 de abril de 1881, sirviéndose para transportar sus tropas del ferrocarril que corría entonces hasta Chicla, con 1392 hombres de las tres armas*. Del término de la ferrovía continuó a la Oroya y de allí al Cerro de Pasco, que alcanzó el 27 del mismo mes, haciendo retirar hacia Huánuco al Coronel peruano Aduvire, que guarnecía la región con escasas fuerzas.

Letellier, que no encontró ninguna resistencia efectiva que vencer, se dedicó en el Cerro a cobrar cupos, que impuso con la más clamorosa injusticia hasta a los neutrales de esa región. Seguía en sus extorsiones, habiendo lanzado puntas hasta Jauja, que Cáceres abandonó por falta de fuerzas retirándose a Huancayo y hasta Huánuco por el norte, cuando fue llamado por el nuevo Comandante en Jefe, Lynch, que se había hecho cargo del mando el 17 de mayo; este Jefe quiso así dar término a los abusos de Letellier, contra quien se presentaban continuas quejas, originando protestas de los mismos chilenos.

---

* 22 artilleros, 160 jinetes y 1210 infantes.

Los expedicionarios, después que su jefe dejó correr algún tiempo de la llamada a Lima para continuar en la explotación de los habitantes que hacía provechosa para sí mismo, comenzaron a dirigirse a la Capital, que alcanzaron el 4 de julio.

Pero Letellier no abandonó la sierra con la misma facilidad con que la había ocupado, pues los indios excedidos por sus depredaciones se levantaron contra él y persiguieron a su destacamento durante todo el trayecto de regreso, ocasionándole algunas pérdidas.

SANGRAR

28 de Junio

Una compañía del "Buín" que destacó Letellier a Sángrar, pueblecito situado a tres leguas de Casapalca, mientras el grueso permanecía en ese lugar, fue batida el 26 de junio por el Coronel peruano Norberto Vento con 100 soldados del Batallón "Canta", combatientes en San Juan y Miraflores, y 40 paisanos armados.

CAMPAÑA DE LA BREÑA

* A fines de 1881 las tropas chilenas de ocupación ascendían a 15,000 hombres, sin contar los numerosos y bien dotados batallones que guarnecían Tarapacá y Tacna.

Estos 15,000 hombres se hallaban distribuídos en la siguiente forma:

En Huacho	1200	hombres
En Trujillo	3500	,,
En Lima	4500	,,
En el Callao	5600	,,

Las fuerzas de Lima se hallaban distribuídas por el comando chileno en las posiciones dominantes que ofrece la ciudad, en sus salidas norte y este, frente a la desembocadura de los caminos de Canta y de la Oroya, habiendo enviado, además, durante un corto período, dos batallones a Chosica para que cubrieran el estacionamiento del grueso de las empresas de los peruanos.

En diciembre de 1881 comenzó a prepararse la expedición chilena que ordenó Santa María que avanzara hacia Junín.

Por este tiempo, el General Cáceres había organizado algunas fuerzas, estableciendo su cuartel general en Matucana; contra ellas se iba a lanzar Lynch, que desempeñaba el cargo de Comandante en Jefe del ejército de ocupación.

FUERZAS OPUESTAS

Las tropas de Cáceres estaban constituídas sobre el base de contingentes voluntarios, encuadrados por los numerosos oficiales que habían quedado sin mando y por algunos patriotas distingui-

---

* Croquis número 16

dos, con grado de oficiales, que trataban de enmendar los errores cometidos en campañas anteriores, dando prueba de su abnegación y del ardiente deseo de ver libre de enemigos el territorio nacional.

La constitución de este ejército era la siguiente:

Comandante en Jefe, General Cáceres.
Jefe de Estado Mayor, Coronel Tafur.
Comandante de las guerrillas, Coronel Ramírez.

Primera División	Batallón	"Tarapacá"
	"	"Zepita"
Segunda División	"	"Junín"
	"	"Tarma"
Tercera División	"	"Ica"
	"	"Huancayo"

Batallón "América".
Escuadrón "Cazadores del Perú".
Cuatro cañones Krupp de montaña.
Maestranza.
Sanidad.
Pagaduría.

Estas unidades y servicios formaban el núcleo principal del ejército, a órdenes directas de Cáceres, existiendo, además:

La Cuarta División, mandada por el Coronel Vento, compuesta de los Batallones "Canta" Nº 1 y 2, que estacionaba en la región de Canta, cubriendo los caminos que conducen por esta quebrada desde Lima, al alto valle del Rímac.

La División Vanguardia, del Coronel Bedoya, formada por los Batallones "Alianza" y "Huacho" y el Escuadrón "Dos de Mayo" que estacionaba en Chancay.

La División de Panizo, acantonada en Ayacucho.

Las tropas que Lynch iba a conducir al interior fueron separadas en dos destacamentos que debían mandar el mismo Lynch y el General Gana, Jefe del Estado Mayor de las tropas de ocupación.

El destacamento que el Comandante en Jefe tomó a sus órdenes inmediatas estaba formado por los Batallones 3º de línea, "Santiago", "Esmeralda", "Maule", dos compañías del "Buín", dos baterías de montaña y el Regimiento "Carabineros de Yungay". Su efectivo total alcanzaba a 3500 hombres*.

El destacamento de Gana estaba formado por los Batallones "Lautaro", "Aconcagua" y "San Fernando", dos baterías de montaña y un escuadrón de "Cazadores a Caballo", sumando cerca de 2000 soldados.

---

* Como se ve, los regimientos de infantería, al producirse la desmovilización, habían quedado convertidos en batallones; éstos debían tener 900 plazas, según decreto dado en Santiago el 28 de marzo de 1881.

PRIMERAS OPERACIONES

El 1º de enero de 1882 salió de Lima el Contralmirante Lynch para dirigirse, por el Chillón, hacia la quebrada del Rímac, que quería alcanzar más arriba de Chicla, marchando por Lachaqui en la cabecera del río Santa Eulalia, para cortar la retirada a Cáceres.

Gana salió de Lima hacia Chosica el 5 de enero. Su misión era entretener a Cáceres por el frente para dar tiempo a que Lynch diera el desarrollo debido a su avance envolvente.

La fecha convenida para que Lynch alcanzara Chicla, fue el 8 de enero, pero las dificultades del camino en la región de montaña que debía recorrer y las lluvias, nevadas y tempestades que azotan la sierra por esos meses no lo dejaron avanzar. El 8 de enero, después de haber perdido una parte de su efectivo en el camino, Lynch alcanzó Chicla sólo con la caballería de su destcamento. La artillería debió regresarla a Lima escoltada por tropas de infantería, y el resto de esta última arma llegó en parte por el camino que había seguido la caballería y en parte por otras rutas que le permitieron alcanzar la quebrada aguas abajo del punto de reunión señalado.

Por su parte, Cáceres, desde mediados de diciembre del año anterior, había llamado a la concentración de Chosica-Matucana a las tropas que dejó Piérola a sus órdenes en Ayacucho, cuando renunció al mando; estas fuerzas, a órdenes del Coronel Panizo, a pesar del insistente llamado que se les hacía, no acudieron al lugar de la cita. Por este tiempo se había disuelto la división del Coronel Vento, que debía actuar en Canta y se sublevaba en Matucana el Escuadrón "Cazadores del Perú" que servía de escolta al General.

En estas tristes circunstancias, Cáceres tuvo conocimiento, con toda oportunidad, de la operación que dirigía Lynch contra él y viendo que la fuerza de cualquiera de los dos destacamentos chilenos era superior a la suya que había quedado reducida a 2500 hombres, sin los requeridos elementos de vida y guerra, decidió retirarse a Tarma para ganar tiempo y hacer que sus adversarios dieran un golpe en el vacío. El repliegue al interior se inició a partir del 4 de enero.

En Chicla, Lych comprendió las dificultades enormes que presentaban las operaciones en la sierra y resolvió volver a Lima, que alcanzó el 10, dejando el mando del total de las tropas al General Gana, su Jefe de Estado Mayor.

El General Gana recibió, poco después, orden de continuar hacia el interior y para hacerlo se le envió desde Lima a Chicla, señalado como centro de reunión, todos los elementos que eran necesarios para emprender la campaña.

La división que debía operar en el interior fue constituída por las siguientes tropas:

Batallón	"Lautaro ...	750 hombres
"	"Chacabuco" ...	800 "
"	"Tacna" 2º de línea ...	820 "

Regimiento "Carabineros de Yungay" ...... 400 hombres
" "Cazadores a Caballo" .... 50 "
Dos baterías de montaña (12 cañones) y 4 ametralladoras .... 400 "

Lo que da un total de 3220 hombres, para los que se enviaron de Lima 1250 animales de carga, entre los que se contaban 100 mulos y 600 caballos de la artillería de campaña que quedaba en la Capital.

Gana dejó Chicla el 19 de enero y el 21 llegó a Casapalca. De este lugar fraccionó en dos escalones sucesivos a su división, para tramontar las cumbres de Monte Meiggs, hacia Morococha y después a Pachachaca, utilizando para transportar a la tropa todas las acémilas de que disponía. El 23 la división se hallaba frente a la Oroya, cuyo puente fue ocupado previamente por un destacamento de caballería que desalojó a los pocos defensores que había dejado allí el General Cáceres.

El 25 entró en Tarma el General Gana, creyendo encontrar a su adversario en esa ciudad, pero Cáceres se había retirado ya hacia Jauja para favorecer su reunión con el Coronel Panizo, que debió aproximársele desde Ayacucho, con las fuerzas que comandaba.

Después de dar este golpe en el vacío, el general chileno comprendió, como Lynch, que no era apto para este género particular de guerra y resolvió destacar un grupo de treinta jinetes hacia Jauja para tomar el contacto. Al informarse, cuando éstos regresaron, de que los peruanos del Ejército del Centro se hallaban ya más al sur, trasladó la división a Jauja y cuando alcanzó esta ciudad renunció al mando, entregándolo al Coronel del Canto, del "Tacna", mientras él tomaba la vuelta a Lima.

OPERACIONES EN EL INTERIOR

Del Canto tomó el mando con gran entusiasmo y en sus actividades fincaron los chilenos las mejores expectativas. El mismo día en que el nuevo comandante de la expedición pudo dar órdenes a la tropa, es decir, el 1º de febrero, dispuso que una partida de caballería se dirigiera hacia el enemigo y ordenó que la mitad de las tropas saliera el 2 por la margen oeste del Mantaro para reunirse con él en Concepción, adonde esperaba llegar el 4 con el resto de las fuerzas, tomando el camino más corto que pasa por la margen este del río.

Efectivamente, del Canto salió de Jauja el 3, pero al llegar a Concepción no halló a la otra columna, mandada por el Coronel Robles del "Lautaro", que había tenido un retraso por la rotura de un puente*.

* Los soldados chilenos cruzaron un puente colgante el paso acompasado y éste cedió, sepultando en las aguas del río a muchos hombres y numerosas acémilas cargadas

El 4 en la tarde los dos destacamentos chilenos se hallaban ya próximos y sobre la margen este del Mantaro, sirviendo como vanguardia las fuerzas de del Canto, que continuó a Huancayo y alcanzó el caserío de la hacienda La Punta al anochecer.

En la noche del 4 al 5, en tanto que Cáceres estacionaba en Pucará para continuar hacia Ayacucho a buscar la reunión con el Coronel Panizo, los chilenos pernoctaron en el caserío de la hacienda La Punta.

PRIMER COMBATE DE PUCARA

5 de Febrero de 1882

* El General Cáceres, comprendiendo que el choque con su perseguidor era inminente, ordenó al Coronel Secada que a las primeras luces del día ocupara el cuello que se abre entre Pucará y Marcavalle, cuyas alturas ofrecen fácil defensa, no encontrándose sino a 3 kilómetros escasos de la primera población.

En este día la organización y fuerza de las tropas que formaban el Ejército del Centro, eran como sigue:

General Cáceres, Jefe Político y Militar del Centro, Director de las operaciones.

Coronel Secada, Comandante en Jefe del Ejército del Centro.

Batallón "Zepita" } de línea.
" "Tarapacá" }

" "América" } de cívicos.
" "Huancayo". }

Escuadrón "Cazadores del Perú".

Cinco piezas de montaña.

El efectivo total de estas fuerzas ascendía a 1000 hombres.

Como Cáceres lo había previsto, el 5 de febrero en la madrugada, aparecen por el camino que viene de Zapallanga a Pucará las tropas chilenas que mandaba del Canto, seguidas a corta distancia por las fuerzas del Coronel Robles que formaban el agrupamiento más numeroso.

A las 6 de la mañana, en tanto que la infantería chilena avanzaba hacia el río que corta perpendicularmente el camino, su artillería emplazada en las pendientes de cerro Rojo, situado en la margen opuesta del pueblo, abría un violento fuego sobre las fuerzas peruanas, que, según las órdenes recibidas oportunamente se trasladaban hacia el cuello de Marcavalle, donde era más fácil la defensa.

El General Cáceres, personalmente, tomando la 4ª Compañía del "Zepita" la emplazó en las pendientes que dominan los caminos que vienen del río. Esta compañía, escalonada por mitades, debía contener a las tropas de del Canto, hasta que el grueso peruano se hallara a buena distancia.

* Croquis número 17

Al encontrar resistencia, los chilenos reforzaron sus compañías de cabeza, lo que obligó a Cáceres a tomar una compañía del "Tarapacá" para reforzar a su vez a la que mantenía el combate. El tiroteo prosiguió con intensidad sin que los chilenos a pesar de sus fuegos de artillería, obtuvieran ventaja alguna. Del Canto ordenó entonces que una fracción de sus tropas rodeara la derecha del defensor para quebrantar su resistencia, pero Cáceres, al notar esta operación, ordenó que su escolta echara pie a tierra para impedir por el fuego el envolvimiento, logrando paralizar a los chilenos con facilidad.

Luego que Cáceres obtuvo que el grueso de las fuerzas peruanas, a órdenes del Coronel Secada, alcazara el cuello de Marcavalle donde éste tendió su línea, ordenó que las compañías de retaguardia que habían detenido fuerzas superiores, sufriendo intenso cañoneo durante cerca de 5 horas, iniciaron su repliegue para instalarse tras el grueso.

Del Canto creyendo entonces que los soldados del Ejército del Centro se declaraban derrotados, ordenó a un escuadrón de "Carabineros" que se lanzara en persecución de ellos, pero éste fue pronto detenido a tiros con algunas pérdidas. La artillería chilena, que había cambiado entretanto de emplazamiento cañoneaba de más cerca y con mejores resultados a las fuerzas que se replegaban, pero sin llegar a dar la necesaria confianza a su infantería para seguir adelante.

Cuando las compañías peruanas de retaguardia estuvieron fuera del alcance de la división chilena, ésta emprendió con rapidez tras ellas, pero, después de escalar la pendiente, al descubrir en el cuello de Marcavalle a todas las tropas de Cáceres intactas y en perfecto orden que le ofrecían batalla, desistieron de su actitud y tomaron la vuelta del camino por donde habían venido, yendo a estacionar en Huancayo.

Los peruanos, que habían conseguido ampliamente el fin que se propusieron alcanzar, mantuvieron con gallardía su posiciones de Marcavalle desde las 12 del día, hora en que los chilenos se retiraron, hasta las 2 de la tarde en que Cáceres ordenó continuar la marcha por Ñahuinpuquio hacia Izcuchaca, que alcanzaron ese mismo día.

Las pérdidas en las filas peruanas alcanzaron a 21 muertos y 27 heridos; las de los chilenos pasaron de 200, lo que se explica por la facilidad que tuvieron los defensores para hacer fuego, parapetándose en posición dominante.

ACUCHIMAY

Cáceres, libre de la persecución de del Canto, se dirigió contra el Coronel Panizo, que no había cumplido sus órdenes; mediante una marcha envolvente apareció en la proximidades de Ayacucho, por el punto en que menos se le esperaba, para reducir toda resistencia.

El 22 de febrero, después de un corto cañoneo y combate, ambas tropas peruanas formaban una sola que, a poco, había de imponerse a la división chilena de ocupación.

OFENSIVA DE CACERES

El Ejército del Centro permaneció en Ayacucho, engrosada por las fuerzas allí existentes con las que alcanzó un total de 1200 hombres, hasta principios de junio en que emprendió la ofensiva sobre los chilenos de del Canto que continuaban ocupando el departamento de Junín. Las fuerzas chilenas estacionaban en Huancayo, cubiertas: hacia Ayacucho por el Batallón "Santiago" que ocupaba Zapallanga y Pucará, con una compañía adelantada sobre el cuello de Marcavalle; y, hacia la Oroya, donde había una pequeña guarnición para conservar la linea de comunicaciones con Lima, por una compañía del "Chacabuco" estacionada en Concepción*.

El plan de la ofensiva que emprendió Cáceres estaba basado, principalmente, en la ayuda que proporcionaba al ejércaito la sublevación de las indiadas de la región que, independientes u organizadas, actuaban con el nombre de compañías de guerrilla. Gracias a esta circunstancia especial, Cáceres no carecía de los efectivos necesarios y esto le permitió dividir sus tropas en tres agrupamientos que iban a ser verdaderos núcleos de las guerrillas, a los que orientarían dentro del plan general de la ofensiva.

Este plan consistía en atacar de frente a los chilenos establecidos a lo largo del valle para, remontando de sur a norte las márgenes del Mantaro, destruir sucesivamente sus distintos escalones; al mismo tiempo, otras fuerzas, por medio de amplios desplazamientos de circunvalación caerían sobre la línea de comunicaciones del enemigo, destruyendo las pequeñas guarniciones establecidas a lo largo de ella y cortando al grueso la retirada a Lima.

Poniendo en práctica su resolución, el General Cáceres adelantó dos destacamentos: uno a órdenes del Coronel Gastó, que debía rodear Huancayo por el este para caer por las alturas sobre las tropas chilenas de Concepción y otro, a órdenes del Coronel Máximo Tafur, que circunvalaría Huancayo por el oeste para trasladarse a la Oroya, cuyo puente debía cortar. Mientras tanto el grueso de las fuerzas avanzó a Paso, cerca de Marcavalle, a fin de distraer al adversario con repetidos reconocimientos que dieran tiempo a que las fuerzas adelantadas tomaran espacio y aprovecharan de los necesarios beneficios de la sorpresa, en que se fundaba la operación.

MARCAVALLE

9 de Julio

** En la noche del 8 al 9 de julio, Cáceres se aproxima a Marcavalle y en la madrugada del 9 lanza un ataque envolvente sobre esta posición.

Según el plan de ataque, el Coronel Secada con un batallón y cuatro piezas de artillería debía atacar de frente el cuello de Marcavalle; sobre las alturas del oeste, el Coronel Manuel Tafur, con

---

* En la División del Canto habíanse producido 434 deserciones en los meses que iban corridos.

** Croquis número 17.

dos batallones, debería proceder en la misma forma sobre el este del cuello, desbordándolo por las alturas de ese lado, debían atacar dos batallones con cuatro piezas de artillería y el Escuadrón "Escolta", a órdenes del mismo general Comandante en Jefe. *

Como se ve por la distribución de las fuerzas, que además eran reforzadas por columnas de guerrilleros repartidas en todo el frente de ataque, Cáceres pretendía envolver los dos flancos del enemigo tanto para obtener una decisión rápida, cuanto para continuar sobre Pucará y Zapallanga que eran los objetivos sucesivos que quería alcanzar ese día. Su dispositivo respondía a las necesidades del momento, porque, disponiendo de fuerzas numerosas que era necesario emplear en masa para imponerse desde el primer instante a las compañías chilenas, no hacía falta conservar una reserva y menos aún si se tiene en cuenta que él conducía en persona el agrupamiento más potente, que no iba a estar fijado desde el comienzo de la acción y que era, en realidad, una masa de maniobra que iba a emplear a voluntad según el giro que tomaran los acontecimientos.

Lanzado el ataque en esta forma, a pesar de que las compañías chilenas de Pucará y de Zapallanga se movieron hacia adelante para acudir al combate, la que defendía Marcavalle fue arrollada y las otras dos, con fuertes pérdidas, debieron replegarse a Huancayo en busca del apoyo del grueso.

La consecutiva acción que realizaron las tropas del Ejército del Centro contra las fuerzas frescas chilenas, que habían llegado hasta Pucará en apoyo de las de Marcavalle, se conoce con el nombre de Segundo Combate de Pucará.

En los combates de Marcavalle y Segundo de Pucará, los chilenos sufrieron 300 bajas.

CONCEPCION

9 de Julio

El mismo día en que se producía el ataque de Cáceres sobre los chilenos establecidos al sur de Huancayo, Gastó alcanzaba Concepción, al norte del mismo lugar, y después de un combate tenaz ocupaba esa localidad.

Los chilenos cuentan como héroes a los 100 soldados del "Chacabuco" que formaban la guarnición y que quedaron íntegramente en el campo, en el supuesto de que todos murieron luchando, hasta el fin; pero lo que sucedió, efectivamente, fue que los guerrilleros, excedidos por los ultrajes que inferían los chilenos a los pobladores de la comarca, no dejaron un solo sobreviviente.

Tal fue, casi al fin de la guerra, el digno paralelo del combate de Germania, realizado por regulares chilenos al comienzo de esta misma lucha, contra 100 húsares perú-bolivianos de los que no quedaron sino dos o tres "como trofeo".

* El Ejército del Centro disponía ahora de 4 Krupp de montaña y 4 cañones de ánima lisa, de avancarga

EVACUACION DEL INTERIOR POR LAS FUERZAS CHILENAS

Del Canto, seriamente impresionado por los sucesos de Marcavalle y Pucará, decidió abandonar el departamento de Junín para regresar a Lima por la Oroya. En la noche del 9 al 10 los batallones chilenos, en los que se contaban varios centenares de soldados que no habían hecho un tiro, abandonaron Huancayo precipitadamente y en desorden; como lo prueba el que dejaran en los cuarteles que habían ocupado gran parte de sus enfermos y heridos, documentos y ropa, armamento y municiones, no llevando consigo, en suma, sino lo que pudieron cargar personalmente.

Cáceres estacionó esa noche en Pucará y Zapallanga, a muy pocos kilómetros de Huancayo.

Cuando del Canto pasó por Concepción, el 10 de julio, creyó recoger a la guarnición chilena de ese pueblo e incorporarla a sus fuerzas; pero solamente halló los cadáveres mutilados de sus soldados, cuyos restos estaban esparcidos en toda la localidad. Entonces, sin detenerse, ordenó el incendio de la pequeña población y continuó sobre Tarma incendiando al paso, entre otras, las poblaciones de Matahuasi y San Lorenzo.

Para reorganizar sus fuerzas y no aparecer como fugitivo en la Capital, del Canto se dirigió a Tarma; pero, el 15 se vió sitiado por Cáceres que había recobrado el contacto en el citado día.

Ante fuerzas realmente superiores, Cáceres no quiso emprender un combate azaroso en las calles y se limitó a guardar todas las salidas de la población, estableciendo guerrillas en las alturas con la consigna de desprender "galgas" sobre los chilenos cuando éstos se animaran a desalojar la ciudad, donde todo contribuía a hacerles la vida insostenible. Sin embargo, a pesar de las cuidadosas disposiciones tomadas por los peruanos, olvidaron lo que era esencial: establecer un servicio nocturno de vigilancia y del Canto, aprovechando esta increíble ventaja, escapó en la noche del 17, verdad que con que infinitas precauciones, por un camino extraviado que lo llevó al puente de la Oroya.

El destacamento del Coronel Máximo Tafur, enviado por Cáceres sobre este puente desde antes del asalto de Marcavalle, no había podido llegar en la fecha fijada por las dificultades que presentaba la marcha por las alturas. Después, cuando del Canto se hallaba rodeado en Tarma, la operación fue juzgada innecesaria, pues la captura de éste se daba por segura y, por el contrario, Cáceres procuró que el puente quedara intacto para utilizarlo en operaciones ulteriores.

Del Canto, gracias a esta serie de circunstancias favorables pudo servirse del puente de la Oroya, que ordenó quemar después de utilizarlo, para librarse de sus perseguidores y dirigirse a Chicla, donde Lynch había establecido una fuerte división de 3000 hombres, a cargo del Coronel Urriola.

Cáceres, por su parte, permaneció en Tarma por varios meses a fin de allegar los elementos necesarios para abrir nuevas operaciones, Por el momento, había logrado ampliamente los fines que se había propuesto, consiguiendo desalojar a los chilenos del Centro del país.

COMBATE DE SAN PABLO

13 de Julio de 1882

*En febrero de 1882 el Ejército del Norte, cuya formación conocemos, que sólo alcanzaba un efectivo total de cerca de 400 hombres, tuvo que cambiar de jefe porque el Contralmirante Montero emprendió viaje a Huaraz para atender a las negociaciones de paz planteadas por los enviados norteamericanos que presidía M. Trescott. El Contralmirante escogió un jefe capaz de reemplazarlo y la designación recayó en el General Iglesias, cuyo prestigio se había cimentado en el Morro Solar durante la batalla de San Juan y que se hallaba libre del ligero cautiverio que sufrió.

Tan luego como Iglesias se hizo cargo del Ejército del Norte, trató con energía de mejorar la condición de éste. Empeñando su crédito personal y explotando el ascendiente que tenía sobre sus codepartamentanos, logró levantar cuerpos de improvisados soldados que armó a sus expensas con fusiles que hizo introducir por Iquitos, dotándolos además, con varios cañones de ánima lisa que hizo fundir en esta última población. Constituyó, además, elementos ligeros que hostigando a las fuerzas chilenas de ocupación, dueñas del litoral, las obligaron a internarse en la sierra del norte para buscar y batir esos elementos. Las primeras operaciones de Iglecias se concretaron a debelar el levantamiento encabezado en Chota por el doctor José Mercedes Puga, que desconocía su autoridad.

PLANES DE IGLESIAS Y FORMACION DE SU EJERCITO

Se hallaba en Chota el Ejército del Norte, cuando sus jefes supieron, a fines de junio, que dos fuertes destacamentos chilenos habían emprendido la marcha desde Trujillo y Pacasmayo hacia el interior, dirigiéndose a Cajamarca por Cajabamba y San Pablo, respectivamente, donde ya habían llegado ligeros elementos de caballería. El General Iglesias, atento a la defensa del territorio que se le había confiado, organizó entonces sus tropas en dos divisiones, llamadas Primera y Segunda, con las que ideó batir ambas columnas adversas a la vez, señalando desde Chota el objetivo que debía alcanzar cada División. Procediendo en esta forma adoptó la solución más simple y factible al parecer, pero la más ilógica y ajena a todo principio y experiencia de guerra; error inicial fue éste, que el General corrigió con oportunidad, tan luego como el comienzo de la ejecución se lo hizo comprender.

Según el plan original, la Primera División, a órdenes del Coronal Lorenzo Iglesias, Jefe de Esta ɔ Mayor del Ejército, debería atacar a las tropas chilenas que ocupaban la región San Miguel - San Pablo, "buscando al enemigo para batirlo donde se le encontrara". La Segunda División, a órdenes del Comandante en Jefe del Ejército, General Miguel Iglesias, debía avanzar contra las tropas señaladas en la región de Cajabamba, para lo que pasaría por Cajamarca.

* Croquis número 18.

La Primera División estaba compuesta por las siguientes unidades:

Batallón	"Callao"	128	hombres
Columna	"Libres de Trujillo"	87	"
"	"Chota"	69	"
"	"Bambamarca"	58	"
"	"Hualgayoc"	28	"

lo que daba un efectivo de 370 soldados. Durante el camino se unieron a la División las columnas:

"Llapa"	22	hombres
"San Miguel"	25	"

que se habían organizado al conocer la aproximación de los chilenos; el efectivo llegó, pues, a 417 hombres.

Esta División había partido directamente de Chota el 6 de julio siguiendo la ruta de Bambamarca, Hualgayoc, Quilcate y San Miguel, donde se estableció el 9. En ese lugar los habitantes le hicieron saber que el enemigo ocupaba San Pablo con 600 hombres pertenecientes a los batallones "Talca", "Concepción" y al Regimiento "Granaderos a Caballo", a órdenes del Mayor Saldes; entonces, conocida la superioridad numérica del destacamento chileno, el Coronel Iglesias permaneció en San Miguel y dio cuenta de la imposibilidad de atacar si no se le enviaban refuerzos.

Estas informaciones hicieron modificar el plan original del Comandante del Ejército, que dispuso el refuerzo inmediato de la Primera División enviando 30 hombres del Batallón "Trujillo" y la "Columna de Honor" formada por 68 oficiales subalternos. Además del envío de refuerzos, dictó nuevas órdenes tendientes a concentrar todas sus tropas sobre las fuerzas enemigas que se hallaban más próximas, disponiendo que la Segunda División secundara el ataque de la Primera, para lo que debía marchar de Cajamarca por Chumbil a fin de atacar San Pablo, simultáneamente, por dos direccciones convergentes. Las órdenes dadas indicaban que la operación concurrente se debía realizar en la mañana del 13 de julio, bajo la dirección del Jefe del Ejército que esperaba llegar al campo oportunamente. Para cumplir estas órdenes, los refuerzos y la Segunda División partieron de Cajamarca el 11, a fin de acudir a la cita.

Recibidos los refuerzos, la Primera División avanzó hasta Capellanía, punto situado a 10 kilómetros de San Pablo, donde permaneció la noche del 12.

La Segunda División había alcanzado Chumbil el mismo día, pasando la noche en ese lugar. Su composición era la siguiente:

Batallón "Trujillo"	85	hombres
"Columna de Artillería"	60	"
Escuadrón "Vengadores de Cajamarca"	56	"

Estas fuerzas sumaban un total de 201 hombres con dos piezas —un obús de a 12 y un Blackley de a 4— conducidos por la "Columna de Artillería".

EL COMBATE

Situadas ambas divisiones en los lugares que se ha indicado, el Coronel Lorenzo Iglesias, director de operaciones de la Primera División, cuyo Comandante en Jefe era el Coronel Justiniano Borgoño, decidió precipitar los acontecimientos lanzando sus tropas al ataque de San Pablo en la madrugada del 13, sin esperar, según se había convenido, el avance de la Segunda División. Para poner en práctica su idea dispuso sus tropas sigilosamente durante la noche del 12 y se halló al aclarar el 13 en las pendientes que dominan el pueblo por el norte.

Por su parte los chilenos, que conocían la proximidad de las fuerzas del Coronel Iglesias, tenían sus tropas emboscadas en los movimientos del terreno de la salida de San Pablo y al producirse el avance de los peruanos a las 6 y 30 de la mañana del 13, rompieron sorpresivamente el fuego sobre las columnas de asalto y desbarataron su formación, quebrantando los repetidos ataques que emprendieron las tropas nacionales. La posesión del cerro Batán fue tenazmente disputada por ambos contendientes siendo obligados los peruanos, que llegaron a tomarlo, a salir de él debido a los potentes fuegos adversos y a la superioridad del número. A las 9, la Primera División emprendió en desorden la retirada, siendo perseguida por la caballería chilena hasta La Laguna, lugar situado a tres kilómetros de San Pablo, donde el Coronel Lorenzo Iglesias logró reformar sus tropas. Su intento había fracasado, pues, por completo.

En tanto que el anterior ataque se realizaba la Segunda División, abandonando Chumbil en la mañana a órdenes del Coronel Callirgos Quiroga, Prefecto del departamento y director de operaciones de la División, cuyo Comandante general era el Coronel Manuel Cayo, alcanzó las cumbres del Cardón a las 8 y 30 y su jefe esperó allí que se reunieran los rezagados de su columna, cuyo alargamiento le impidió tomar disposiciones hasta las 9. Recién en esta hora el Comandante de la Segunda, retrasado a la partida, y desordenado en la marcha, pudo dictar sus órdenes de ataque. El despliegue se efectuó en la cumbre del Cerro Cardón haciendo aparecer en formación a los habitantes del lugar, que estaban refugiados en las alturas, para que los chilenos creyeran que las fuerzas atacantes eran de mayor efectivo; este ardid tuvo buen resultado, pues los chilenos afirman en sus partes que la División que se presentó en el Cardón a las 9 de la mañana, tenía cerca de 1000 hombres.

A las 9 y 15, la Segunda División rompió el fuego de sus cañones sobre las tropas chilenas que se encontraban victoriosas en su lucha con la Primera División, en la plaza del lugar. Después de breve cañoneo, Cayo ordenó que sus soldados descendieran de la altura sobre el pueblo, haciéndolo los batallones sobre la región de la Capilla y el "Escuadrón Vengadores", pie a tierra, hacia el cerro Montón; luego que las tropas peruanas alcanzaron esta línea se lanzaron al asalto, sin que los chilenos se atrevieran a esperarlas, pues, atemorizados por la energía del ataque y por la aparente fuer-

za numérica del agresor, emprendieron precipitada y efectiva retirada hasta Tembladera, que alcanzaron el 14 en rapidísima e ininterrumpida marcha.

La Primera División que había avanzado nuevamente tan pronto como oyó el cañón, se dirigió rectamente en persecución de los fugitivos, saliendo de La Laguna y llegando tras las fuerzas chilenas, por San Luis, hasta el punto llamado el Molino. En su marcha hizo numerosos prisioneros, sembrando de cadáveres chilenos el camino.

Las bajas peruanas alcanzaron a 51 muertos y 57 heridos; las de los chilenos llegaron a 87 muertos y 28 heridos y prisioneros. Los peruanos dueños del campo de la lucha permanecieron en él hasta el 15, en que regresaron triunfantes a Cajamarca.

CONSIDERACIONES

Los desastres sufridos por el Perú en los años de 1880 y 1881 no abatieron el espíritu del país. La población se levantó unánime para vindicar el honor nacional y repeler a las tropas chilenas de ocupación

Efectivamente, las fuerzas vivas de la nacionalidad no habían sido afectadas por las victorias de los chilenos en la costa, pues era sabido por todos y lo demostraban las operaciones realizadas en guerras anteriores, que el foco de la energía nacional reside en el interior del territorio donde la población y los recursos son abundantes, aunque sus núcleos estén dispersos en la amplia y atormentada región andina.

Las características de la sierra permiten y favorecen, por otra parte, la acción de pequeños grupos de tropa que pueden defenderse por largo tiempo.

Comprendiéndolo así, los jefes del ejército que se habían batido en Tacna, en San Juan y Miraflores, las grandes batallas campales de orden defensivo, decidieron cerrar al invasor el paso al interior y salir de su propio terreno para, desprendiéndose de la altura, amagar los destacamentos en que forzosamente tenía que dividirse el ocupante, si quería mantener bajo su autoridad los espaciados centros poblados de la costa.

A pesar de que esta concepción era la que ofrecía más ventajosas expectativas, como fue simple fruto de la iniciativa particular, no dio todo el resultado que podía esperarse de ella, porque los esfuerzos realizados, inconexos y faltos de orientación general, se diluyeron en el espacio y en el tiempo. La ausencia de un fuerte y respetado poder central que coordinara la acción de todos hacia un fin común y principalmente la carencia de armas y otros elementos de guerra, impidieron dar a estas operaciones la amplitud que podían haber tenido.

En estas condiciones, los chilenos se limitaron a enviar al interior destacamentos de todas las armas, cuyo efectivo estaba graduado para imponerse a los agrupamientos aislados de defensores, sin que esta disgregación de tropas restara potencia a las fuerzas que conservaban el territorio conquistado en la costa.

Además, los chilenos orientaron su política de ocupación en el sentido de hacer cada vez más inconexos estos esfuerzos, oponiendo

uno a otro a los caudillos y ofreciendo arreglos de paz a todos y cada uno de ellos; de este modo, las divergencias entre los jefes de la resistencia del interior fueron cada vez más hondos y sus dislocados esfuerzos se hicieron menos peligrosos para Chile. A tal punto llegó la oposición entre los caudillos, y hasta de sus satélites, que se dio el lamentable caso de que llegaran a luchar entre ellos.

La expedición que Lynch condujo al interior estaba lógicamente concebida. El ataque frontal en la guerra de montaña, que hace el juego del enemigo le permite ofrecer resistencias sucesivas, está condenado, siempre, al fracaso más rotundo.

Sin embargo, si la concepción era lógica, el Comandante en Jefe chileno no tomó en cuenta las dificultades que oponía el terreno para la ejecución del plan y procedió a lanzar los dos ataques convergentes con sólo cuatro días de separación, siendo así que el uno podía tomar el contacto en dos horas, empleando el ferrocarril, como lo hizo, y el otro necesitaba marchar durante cerca de 10 días.

Este error provino de que, dada la actitud agresiva de Cáceres que se aproximaba demasiado a la Capital, Lynch creyó que éste trataría de resistir a todo trance, enclavándose al terreno y porfiando en obtener ventajas contra el destacamento de Gana; en este supuesto, el Comandante en Jefe chileno pensó que la resistencia que hicieran los peruanos al avance de Gana, le daría tiempo para aparecer por su espalda. Ahora bien: para que la maniobra tuvieéxito en la forma en que se había planteado, era necesario que la marcha del destacamento Lynch se realizara en el más absoluto secreto, a fin de aparecer por sorpresa sobre la línea de comunicaciones de los "breñeros"; pero, ninguna disposición del mando chileno se contrajo a conseguir ese secreto, que era, por otra parte, muy difícil de lograr operando en territorio enemigo, entre pobladores amantes de su suelo y ante un caudillo valiente y avisado.

Estas circunstancias determinaron de antemano el fracaso de la expedición chilena.

En la difícil situación que atravesaba Cáceres al tener noticia de la ofensiva chilena, no le quedaba más recurso que replegarse al interior, ya que pretender oponerse a la acción conjunta de dos destacamentos de efectivo superior era afrontar el peligro de la destrucción completa de sus fuerzas, que no convenía que desaparecieran al primer golpe, pues constituían el núcleo de futuras organizaciones*.

El repliegue de Cáceres, por ser espontáneo y oportuno, se realizó con el mayor orden, dejando a sus adversarios en el vacío después de realizar un serio y agotador esfuerzo.

El General peruano dio, en cambio, excesiva profundidad a su movimiento retrógrado, marchando sin cesar hasta trasponer el Mantaro. La dispersión de una parte de sus improvisadas fuerzas, la sublevación de otras y la actitud del Coronel Panizo, fueron las causas que motivaron esta amplia retirada que, en otras circuns-

* Ya hemos visto cómo en los Angeles el Coronel Gamarra erró al querer contener el primer paso hacia el interior del Ejército chileno, que trataba justamente de destruirlo para poder avanzar a Tacna

tanciass, hubiera debido terminar en Morococha, Pachachaca o la Oroya, a fin de obstaculizar por lo menos la progresión del invasor, haciéndole sufrir duras pérdidas antes de que pusiera el pie en los valles andinos.

Ulteriormente, ya en el interior, el papel que correspondía al Ejército del Centro era oponerse a toda empresa que intentaran los chilenos, retirándose continuamente ante ellos, hasta hallar ocasión favorable para atacarlos. En tanto que estas operaciones tuvieran lugar, se recompletarían las propias fuerzas y se conseguiría que el enemigo desgastara las suyas por las enfermedades, la deserción, que alcanzó elevadas cifras, o por la hostilidad de los habitantes y del medio físico.

En esta segunda fase de las operaciones, se comprueba también una falla en las disposiciones de Cáceres, pues éste pierde voluntariamente el contacto con el invasor. La conservación de este contacto le era indispensable, no tanto para tener informaciones que le proporcionaban voluntariamente todos los habitantes de la región, sino para estar suficientemente cerca de su adversario a fin de explotar los errores en que incurriera. La resistencia en regiones montañosas pierde gran parte de las ventajas que ofrece el terreno cuando no se hace una defensa agresiva, que saque partido de todas las dificultades que encuentra el que avanza. Así se obtienen repetidas ventajas parciales que, sumadas, llevan a favorables resultados, a veces imprevistos.

La diferencia de efectivos y el deseo de engrosar sus fuerzas buscando la reunión con las tropas de Ayacucho puede explicar esta conducta del General peruano, quien hubiera obtenido, tal vez, brillantes éxitos atacando separadamente a las dos columnas en que del Canto dividió sus fuerzas para marchar por ambas márgenes del Mantaro; esta operación hubiera sido favorecida, además, si la rotura del puente hubiera sido preparada por el defensor, y no casual, para aislar aunque fuera momentáneamente a los dos agrupamientos adversos.

El combate de retaguardia que se realizó en Pucará hace conocer la consistencia moral de ambos adversarios y permite calcular la magnitud de las empresas que los peruanos podían realizar, de haber estado unidos en todo el país y debidamente armados.

En este combate, los chilenos lograron la más cabal sorpresa perdiendo en seguida las ventajas que ésta les proporcionaba por su medrosidad y vacilación ante las activísimas y enérgicas disposiciones de los peruanos. Es verdad también que el terreno fue, en ese caso, el factor decisivo de la lucha.

Cáceres, en el combate de retaguardia que dirigió, dio nuevas pruebas de sereno juicio y especial talento para discernir sobre la conveniencia de empeñarse a fondo contra su adversario. El fin que perseguía era retirarse a Ayacucho y no se dejó entretener por el combate que le ofrecían los chilenos; en medio del natural atolondramiento que produce una lucha inesperada, el General supo romper el contacto, contener al enemigo e imponerle su voluntad.

La acertada maniobra de las compañías encargadas de cubrir la marcha del grueso, la elección juiciosa de posiciones escogidas de antemano con toda reflexión, el escalonamiento ordenado de las tropas, la cobertura de los flancos y la enérgica resistencia de

los soldados ante fuerzas enormemente superiores, demostraban lo que esas tropas eran capaces de realizar cuando, como en este caso, se hallaban bien comandadas. Este combate y la numerosa deserción en país extranjero puso en evidencia la calidad de aquellos soldados de Chile y su poca aptitud para la guerra de movimiento en terreno de montaña, así como la impericia de su comando ante situaciones que requieren pronta decisión.

Cuando las tropas de Cáceres tomaron la ofensiva, conocedor éste del terreno en que actuaba, adoptó un plan que estaba absolutamente de acuerdo con las ideas directoras de las operaciones de montaña. Efectivamente, cortar la línea de comunicaciones del adversario, aparecer a su espalda, en tanto que se le fija de frente por un ataque enérgico, son los procedimientos que caracterizan la ofensiva en las regiones montañosas.

De estos ataques, el que se lanza de frente, que no obtendrá jamás resultados decisivos por poco avisado que sea el defensor, debe tener la potencia necesaria para enganchar al adversario bajo una amenaza seria, que no pueda ser burlada con simples retaguardias a cuya acción retardatriz se presta el terreno; debe poseer la capacidad de resistencia suficiente para impedir que el enemigo rompa el círculo en que se encuentra encerrado, precisamente por esa línea de menor solidez que, una vez desechada dejaría a las fuerzas encargadas de cumplir misiones sobre la espalda en el más grave aislamiento y cortadas de sus propias bases; debe, en fin, tener los efectivos requeridos para aprovechar de la menor vacilación del adversario que será entonces perseguido a fondo, tratando de arrojarlo contra las fuerzas que operan en sus líneas de comunicaciones, acorralándolo entre el obstáculo que ellas representan y los pasajes de retirada con que cuenta, que ya han sido inutilizados a esa hora. En montaña es mucho más fácil obtener resultados de aniquilamiento.

El ataque envolvente, en cambio, que puede tener por objetivo la línea de comunicaciones del advesario o tender simplemente a desquiciar su dispositivo con una amenaza inmediata, no necesita grandes efectivos porque debe actuar por sorpresa, lo que decuplica su potencia y porque, como opera sobre los puntos sensibles del sistema adverso, todo golpe que dé, por pequeño que sea, determina grandes resultados.

En su plan, Cáceres realizó cuidadosamente tales condiciones, a pesar de que la agresión que dirige sobre la espalda de los chilenos, por ser doble, implica aparentemente una innecesaria dispersión de fuerzas. Es probable que Cáceres despachara dos destacamentos —Gastó y Tafur— para desempeñar parecida misión pensando engañar al adversario con ese doble movimiento envolvente que tendía a despistarlo. Con todo, o Gastó cortaba las comunicaciones a los chilenos interponiéndose en su línea de retirada, caso en el que no hacía falta inutilizar el puente de la Oroya; o Tafur cumplía su cometido y entonces Gastó no iba a servir sino para duplicar inútilmente su acción. Se puede objetar, sin embargo, que el uno tenía la misión de envolvimiento cerca del campo de batalla y el otro, Tafur, cumplía una operación de mayor radio y de alcance estratégico.

Debe anotarse, finalmente, que los ataques de Cáceres y de Gastó lograron producirse con el más completo sincronismo.

Después de Pucará, ante la fuga de los chilenos, parece que Cáceres se dijo, como Temístocles: "a enemigo que huye, puente de plata", y es por esto que el plan que principió a desarrollar con brillo se opaca y no alcanza resultados decisivos. La evacuación por los chilenos del centro de la República, satisfizo a Cáceres por el momento.

Nótese en el parte chileno sobre Pucará cómo los jefes de este ejército se han atribuído siempre planes y resultados que ni concibieron ni lograron; ello puede dar la medida del ingenio y fantasía de sus historiadores*.

En ellos se habla de tres ataques separados que tuvieron lugar en el Primer Pucará, se cuentan 100 muertos peruanos y 38 prisioneros y, en fin, se informa a la superioridad de que las fuerzas de Cáceres han quedado totalmente disueltas.

En el combate de San Pablo, cuyo desarrollo fue regido por un plan absolutamente lógico en su segundo planteamiento, se presenta nueva oportunidad para aplaudir a nuestro soldado que sin armas, sin instrucción, sabe lanzarse sobre el adversario con energía y tenacidad.

Estas cualidades que el soldado peruano evidencia en el campo de batalla no fueron debidamente aprovechadas en muchas ocasiones por los jefes, que en algunos casos demostraron desconocerlas.

El ataque prematuro del Coronel Lorenzo Iglesias que, batiéndose aislado, contrarió las órdenes recibidas, y la tardía acción que emprende el Coronel Callirgos Quiroga, sin tomar debidamente las precauciones de marcha que exigen las "cornizas" que, bordeando el abismo, forman los caminos de la sierra, permitieron que de la división chilena de San Pablo se salvaran algunos centenares de hombres que estaban condenados a caer prisioneros.

Después de la lucha, el Coronel Lorenzo Iglesias enmendó su error lanzándose con todo acierto y energía en persecución de las fuerzas chilenas, para lo que escogió la dirección más favorable. El Jefe de la Segunda División recuperó también, con su atrevimiento en el ataque y con el ardid que concibió e hizo ejecutar, el tiempo que había perdido

---

* Ver documentos de este Capítulo, en las anteriores ediciones.

CAPITULO XV

CAMPAÑA DE LA SIERRA

OPERACIONES EN 1883

Situación general después del combate de San Pablo.

Ofensiva chilena contra Cáceres.- Marcha al norte del Ejército del Centro.

Campaña del Norte.- Ofensiva de Cáceres.

Batalla de Huamachuco.- El terreno.- Fuerzas opuestas.- Planes de combate.- La batalla.- Resultados.

Ocupación de Arequipa.

Restablecimiento de la paz.

Consideraciones.

SITUACION GENERAL DESPUES DEL COMBATE DE SAN PABLO

Después del combate de San Pablo el General Iglesias se propuso negociar la paz con los chilenos, aceptando sus proposiciones de cesión de territorio a las que ningún gobernante había querido acceder. A su juicio, tal era el único medio para que el ejército invasor desocupara el suelo nacional, ya que el caudillaje y las ambiciones personales parecían entronizarse en el país alejando cada vez más la solución definitiva, que tal vez hubiera podido lograrse, en mejores condiciones, con la más estrecha unión.

Desde la hacienda Montán lanzó un Manifiesto a la Nación, el 31 de agosto de 1882; en él señalaba la necesidad de arreglar la paz con Chile, como primera medida para hacer convalecer al país.

Este Manifiesto mereció unánime y violento rechazo de la opinión pública peruana; pero los chilenos que buscaban hacía tiempo, sin hallarlo, el Caudillo que juzgara más dolorosa la ocupación que la mutilación del territorio nacional, acogieron el Manifiesto con entusiasmo e inmediatamente entablaron negociaciones con su autor.

En el Sur el Vicepresidente Montero, instalado en Arequipa, visitaba Bolivia por ese tiempo como poco antes lo hiciera Piérola, refrescando en forma protocolaria y romántica los vínculos sentimentales con aquella agotada Nación. En la visita que hiciera Piérola, mucho antes, se había pensado en la posibilidad de introducir

armamento por la Argentina y se estudió laboriosamente, practicándose toda suerte de reconocimientos, las ventajas de lanzar una ofensiva potente y decisiva por la vía fluvial del Desaguadero ... (?) hacia los territorios litorales ocupados por Chile en el Sur.

En el Centro, el General Cáceres a órdenes de Montero, de quien aceptó después la segunda Vicepresidencia, reorganizaba sus fuerzas en Tarma, luego de haber desalojado de Junín a la División chilena del Coronel del Canto.

En esta situación, a principios de enero de 1883 el Coronel Manuel de la Encarnación Vento, que permanecía en Canta con dos batallones subordinados al Ejército del Centro, se proclamó partidario de la paz y entró en negociaciones particulares con el jefe de las fuerzas chilenas; tan insólita actitud obligó a Cáceres a abandonar su estacionamiento en Tarma para acudir a Canta con el fin de dispersar las fuerzas del nuevo enemigo que se le presentaba. Cáceres partió de Tarma en los últimos días de enero de 1883 dirigiéndose hacia la quebrada de Canta y, alcanzado que hubo a Vento en ese pueblo, el 5 de febrero, dispersó sus fuerzas y lo hizo fugar a Lima quedando nuevamente dueño de la quebrada. Para cubrir esta operación sobre Canta ordenó que el Coronel Secada descendiera por el valle del Rímac hasta Matucana, a fin de entretener al Coronel chileno Urriola que, con cerca de 3000 hombres, ocupaba Chosica.

En el mes de marzo, el Coronel Recavarren que venía del Sur con 900 hombres y un cañón fundido en Arequipa, se puso a órdenes de Cáceres y éste convino con él en la necesidad de formar otro ejército en el departamento de Ancash, cuyo mando le fue confiado; pero, para que Recavarren pudiera marchar por Cajatambo hasta ese departamento, era necesario atraer la atención de los chilenos hacia otra zona y forzarlos a abandonar Chancay, donde tenían una pequeña guarnición. Cáceres avanzó entonces con una División —dos batallones— sobre el último de los puntos citados, haciendo reembarcarse precipitadamente a las fuerzas chilenas.

Al saber el Contralmirante Lynch que el Ejército del Centro se ponía en actividad obteniendo tales ventajas, decidió imponérsele por la fuerza enviando por mar a Chancay una expedición de 1500 hombres que debían sorprenderlo. Las dificultades que encontró esta División para poner en tierra los elementos que la formaban, previno a Cáceres que, ante fuerzas superiores, abandonó la región que ya no ofrecía para él mayor interés por cuanto Recavarren se hallaba a salvo.

Tal era la situación política y militar al comienzo de 1883.

OFENSIVA CHILENA CONTRA CACERES

*Luego que los dirigentes chilenos iniciaron con Iglesias las primeras conferencias para arreglar la paz, dictaminaron que para obtener condiciones más ventajosas era necesario dominar todo asomo de resistencia armada.

Como por ese tiempo sólo Cáceres demostraba actividad, decidieron emprender operaciones hacia el interior para desbaratar a

* Croquis número 16

las tropas que le obedecían. Al efecto enviaron desde Lima importantes fuerzas, con la misión de alcanzarlo y batirlo donde se le encontrara.

Las tropas chilenas encargadas de esta misión operaron en tres columnas separadas, cuya formación fue la siguiente:

División Urriola, con 3000 hombres, que debía remontar el valle del Rímac para atraer sobre sí al enemigo y fijarlo al terreno.

División León García, con 2000 hombres, que debía internarse por Nievería, Quilcamachay, Lachaqui en las nacientes del río Santa Eulalia hacia Chicla, para cortar a Cáceres la retirada; haciendo juego parecido al que Lynch pretendió, sin éxito, en el año anterior; y,

División del Canto, con 1500 hombres, que debía proceder en igual forma que la anterior, penetrando a la quebrada del Rímac por el itinerario Lima, Sisicaya en el valle de Lurín, Matucana, Chicla.

El Ejército del Centro no contaba sino con 3000 hombres distribuídos como se indica en seguida:

En Tarma una División, Coronel Tafur.

En la región de Matucana, dos Divisiones, Coronel Secada.

En marcha para reforzar a estas últimas unidades, una División mandada por el General Cáceres.

En la región de Canta una vanguardia a órdenes del Coronel Santa María. Esta tropa tenía la misión de sostenerse en la quebrada que ocupaba para impedir que el grueso peruano fuera flanqueado o cortado de su línea de retirada.

Como se ve, el plan chileno consistía en "atenazar" a las fuerzas de Cáceres, envolviéndolo y copándolo dentro de la estrecha quebrada en que operaba.

León García partió de Lima el 6 de abril, porque su División era la que tenía que hacer un recorrido más largo y pesado. Pronto, a partir del 10, se dió con las primeras guerrillas de Santa María que presentaron combate y obstaculizaron su marcha. Santa María por su parte, al conocer la aproximación de la División chilena dio aviso a Cáceres y pidió refuerzos, recibiendo en respuesta la orden de conservar el paso de Lachaqui a todo precio, mientras Cáceres acudía por Asunción de Huanza para tomar de flanco al enemigo.

Hasta este momento no se tenía noticia de las demás fuerzas chilenas que avanzaban por otros caminos y Cáceres se creyó en potencia para abandonar la defensiva. Pero, llegado a Huanza supo que Santa María había evacuado su posición replegándose a Tarma por el camino de Marcapomacocha, y al mismo tiempo tuvo noticia de la actividad que demostraba Urriola en la quebrada del Rímac, así como de los movimientos de tropa que se producían en el valle del alto Lurín.

Ante esta situación que ponía en eminente peligro a sus fuerzas, sin esperanza de obtener ventaja alguna, el Comandante en Jefe del Ejército del Centro ordenó el repliegue general hacia Tarma.

Una vez más, los chilenos daban un golpe en el vacío que los obligaba a emprender largas operaciones en la sierra, tal como lo deseaba Cáceres, que contaba con el terreno para oponer sus escasas y mal dotadas fuerzas a efectivos superiores que disponían de toda clase de elementos.

Cáceres llegó a Tarma en los primeros días de mayo, dejando a su paso por la Oroya una guarnición a cargo del General Silva, cuyo ferviente patriotismo lo había impulsado a servir bajo las órdenes de su antiguo subordinado de San Juan y Miraflores. La guarnición de la Oroya debía cuidar los pasajes del río Mantaro, habiendo cortado previamente el puente que lo cruza.

Las divisiones chilenas de León García y del Canto se reunieron en Yauli a principios de marzo y de allí prosiguieron a la Oroya; el 20 llegaron frente a esta localidad y, como encontraron inutilizado el puente, se trasladaron quince kilómetros al sur donde vadearon el Mantaro en el lugarejo llamado Quilla, para presentarse al día siguiente frente a Tarma.

La noticia de la aproximación de los chilenos no sorprendió al Ejército del Centro que estaba informado convenientemente de todos los movimientos de las divisiones chilenas; ya desde el 20 Cáceres había reunido una junta de guerra en la que se acordó marchar hacia el Norte para burlar la persecución, reunirse a Recavarren y batir a Iglesias, como se había hecho en Canta con el Coronel Vento*.

De conformidad con el acuerdo de dicha junta, el 21 salieron de Tarma las tropas del Ejército del Centro y se encaminaron a Cerro de Pasco.

Los chilenos que hallaron la ciudad de Tarma desocupada permanecieron varios días en ella y emprendieron después la marcha en seguimiento de las huestes de Cáceres.

Por ese tiempo Lynch tuvo conocimiento del desacuerdo que existía entre los dos jefes de división, León García y del Canto y entre éstos y los jefes de unidades y nombró al Coronel Arriagada como Comandante en Jefe de las fuerzas expedicionarias al interior; después, cuando supo que Cáceres se dirigía al Norte, ordenó al Coronel Gorostiaga, de guarnición en Huamachuco, que avanzara a cerrarle el paso para impedir que abriera hostilidades contra Iglesias a quien desde ese momento comenzaban los chilenos a prestar ayuda y protección.

MARCHA AL NORTE DEL EJERCITO DEL CENTRO

**El General Cáceres iba a tomar el camino de Cajatambo, que le permitía alcanzar el callejón de Huaylas con mayor prontitud y menos fatiga, para reunirse a Recavarren en buenas condiciones; pero, estando en Cerro de Pasco, recibió la falsa noticia de que este Coronel venía al sur por Aguamiro y Huánuco y, en consecuencia, dispuso que la marcha de su ejército se efectuara por esta región para darse el encuentro con su Teniente.

---

* Este Coronel, Manuel de la Encarnación, partidario de la paz, avanzaba ahora con el Ejército Chileno.

** Croquis número 19.

Cáceres, seguido de cerca por las Divisiones León García y del Canto, tomó el siguiente itinerario:

25 de mayo, Cerro de Pasco;

8 de junio, Aguamiro o La Unión, por Huariaca, Ambo, Huánuco, Mito y Chasquín.

15 de junio, Huaraz por Chavín de Huántar y Recuay;

19 de junio, Yungay, donde se le unió al día siguiente el Coronel Recavarren con sus fuerzas. Este jefe sabía que Gorostiaga se hallaba frente al puente de Yuramarca, sobre el Santa, cerrando por consiguiente el paso al norte.

Mientras Cáceres efectuaba estas marchas, las dos Divisiones chilenas a órdenes de del Canto, habían seguido sus huellas llegando a Aguamiro el 12 de junio; en este lugar fueron alcanzadas por su Comandante en Jefe, Arriagada, partido de Lima con algunos elementos ligeros el 3 del mismo mes.

El 13, Arriagada dispuso que se continuara la marcha en seguimiento de Cáceres al que pretendía encerrar entre las divisiones que conducía y la de Gorostiaga, cuya presencia en Yuramarca creía ignorada por los peruanos. Para cerrar los pasos de la cadena oriental de los Andes, fraccionó sus fuerzas en dos Divisiones que, con del Canto y con León García, debían marchar por Chavín y por Huari, respectivamente, para reunirse en Huaraz después de pasar la cordillera. En cumplimiento de este plan, las tropas de Arriagada se agruparon nuevamente en Huaraz, el 19 en la tarde.

Como sabemos, en esta misma fecha se habían unido las fuerzas de Cáceres con las de Recavarren en Yungay, en perfecto conocimiento de que Gorostiaga actuaba por el norte cerrando los caminos que conducen a esa región; pero sabían también que estaba imposibilitado de avanzar al sur porque Recavarren tuvo la precaución de cortar los puentes de Yuramarca, que unen la provincia de Pallasca con la de Huaylas.

La situación de los ejércitos del Centro, a órdenes del Coronel Secada, y del Norte a órdenes de Recavarren, que se reunían bajo la autoridad de Cáceres, no podía ser más difícil.

Sus fuerzas, que sumaban alrededor de 1600 hombres, eran las siguientes:

Comandante en Jefe, General Cáceres.

Jefe de Estado Mayor General, Coronel Manuel Tafur.

Ejército del Norte

Coronel Recavarren

Primera División, Coronel Aragonés.	Batallón "Pucará" " "Pisagua"
Segunda División, Coronel Manuel A. Prado.	Batallón "Tarma" " "Huallaga"
Escuadrones.	"Húsares" "Escolta"

Ejército del Centro

Coronel Secada

Primera División, Coronel Manuel Cáceres.	Batallón "Tarapacá" " "Zepita".
Segunda División, Coronel Gastó.	Batallón "Marcavalle" " "Concepción"
Tercera División, Coronel Máximo Tafur.	Batallón "Junín" " "Jauja"
Cuarta División, Capitán de Navío Astete.	Batallón "Apata" " "San Jerónimo"
Escuadrones.	"Cazadores del Perú" "Tarma".

Artillería, 13 piezas de varios modelos, la mayor parte de ánima lisa.

El ejército de Cáceres estaba impedido de hacer todo movimiento al sur, porque a dos jornadas en esta dirección se hallaban las divisiones de Arriagada, formadas por la estrecha reunión de los Batallones "Buín", "Arica", "Coquimbo", "Aconcagua", "Tacna", "Miraflores", "Curicó", 7 piezas Krupp de montaña y dos escuadrones, uno de "Granaderos" y uno de "Carabineros" que, como vemos, no se habían adelantado, como convenía, para buscar, tomar y conservar el contacto. Estas tropas estaban abundantemente provistas de toda clase de elementos y dotadas de parque, bagajes y demás, sumando 3300 combatientes.

Por el norte, se encontraba el Coronel Gorostiaga con 1000 hombres de las tres armas.

Por el este se alzaban las imponentes cumbres de la cadena oriental de los Andes, que se conoce con el nombre de Cordillera Blanca por las nieves perpetuas que luce en sus cimas, cuyos pasos, entre 4000 a 5000 metros de altitud, no habían sido cruzados por ejército alguno, siendo de tránsito sólo para peatones y pocos arrieros de llamas.

Por el oeste, después de vencer los cuellos de la Cordillera Negra u Occidental, cuyo franqueamiento es más fácil, se llegaba a las áridas pampas de la costa donde dominaban por completo los chilenos.

Como el objeto que Cáceres perseguía era trasladarse al Norte para enseñorearse de esa región y contar con sus recursos, además de los del Centro, a fin de continuar la guerra, decidió burlar a los chilenos y cumplir sus propósitos a pesar de ellos.

Se reunieron entonces los jefes para tomar acuerdo y el Coronel Secada propuso que se continuara sobre Pallasca sirviéndose del puente de Yuramarca que permite cruzar el Santa; Recavarren recordó entonces que la destrucción de ese puente, hecha por sus tropas, había sido completa y que, aún sin tomar en cuenta a las fuerzas de Gorostiaga que guardaban los otros pasos, esa operación era imposible.

Cáceres pensó entonces en marchar al este cruzando la Cordillera Blanca por el paso de Yanganuco, que es uno de los más difíciles, pero el más próximo a Yungay, pues el sendero que a él conduce parte de la ciudad misma; se le hizo notar entonces que los chilenos podían seguirlo de cerca tomando la misma ruta, por lo que Cáceres resolvió efectuar destrucciones para impedirles la marcha, luego que pasaran sus tropas. Mas, como la dificultad del pasaje y la ejecución de las destrucciones harían muy lenta la operación, pudiendo los soldados de Arriagada cruzar la cordillera por los pasos más favorables que existen al sur del Yanganuco, para ganar la delantera a los peruanos y aparecer ante ellos cuando desembocaran hacia Pomabamba, resolvió despistar a su perseguidor haciendo circular ampliamente la noticia de que trataba de cruzar el Yanganuco para dirigirse de nuevo al Centro, a fin de recuperar sus bases de Junín.

Para engañar mejor a Arriagada, ordenó que algunos abnegados servidores, baqueanos de la región, precedieran a las tropas por el Yanganuco trasladándose con rapidez al sur, es decir, hacia Chacas, Huari y Chavín donde debían almacenar víveres, enganchar voluntarios, propagando la falsa nueva del regreso al Centro del General Cáceres.

Arriagada cayó fácilmente en el lazo, desesperándose ante la perspectiva de que las fuerzas peruanas reaparecieran en el Centro del país, después de haber burlado su persecución. Ordenó entonces que los enfermos y heridos de marcha de sus divisiones fueran evacuados hacia Casma, de donde deberían embarcarse a Lima; dio partes e informes circunstanciados a Lynch, pidiéndole que Urriola lo auxiliara trasladándose sobre Tarma para cerrar los caminos a Cáceres, si es que éste lograba ganarlo en velocidad en su marcha al sur; y dispuso lo conveniente para que sus fuerzas se dirigieran en rápidas y aniquiladoras jornadas, por los caminos que habían traído, hacia la Unión o Aguamiro que juzgaba el punto más estratégico para acortar a Cáceres el paso hacia el departamento de Junín.

Dejando ahora que Arriagada se pierda y que Urriola gane Tarma inútilmente, con gran fatiga de las tropas y descontento de Lynch, debemos seguir la marcha de Cáceres.

CAMPAÑA DEL NORTE

A partir del momento en que las fuerzas peruanas emprenden el paso de la Cordillera Blanca para dirigirse al Norte, se abre la campaña que lleva este nombre.

Las operaciones iban a realizarse en las provincias de Pomabamba, Pallasca y Huamachuco, hallando en este lugar el más lamentable fin.

Las fuerzas que iban a oponerse a Cáceres eran las que comandaba el Coronel Gorostiaga, reforzadas por un fuerte destacamento enviado a última hora en su socorro. Gorostiaga tenía la misión de interponerse entre Cáceres e Iglesias para favorecer a este último, a quien los chilenos apoyaban por haber iniciado los arreglos de paz que estaban en vías de formalizarse en un tratado definitivo.

Gorostiaga, operando de acuerdo con Arriagada con quien mantenía activa correspondencia, se había paralizado al comienzo de esta campaña frente a Yuramarca, en la margen norte del Santa, esperando que Cáceres fuera arrojado en esa dirección por las demás tropas chilenas con las que debía actuar en concurrencia. Cuando tuvo noticia de que los peruanos emprendían la marcha hacia la vertiente oriental de los Andes "creyó de su deber trasladarse a Sihuas", según lo expresa en su parte a Lynch, para continuar en el desempeño de su misión. A poco tuvo noticia de que las fuerzas peruanas, que por el ardid de Cáceres suponía que se iban a trasladar al Centro, se encontraban en Pomabamba y se dirigían contra él, entonces decidió replegarse a Corongo y de allí continuó sobre Huamachuco.

En su marcha a este último lugar, el destacamento chileno recibió a su paso por Angasmarca un refuerzo de 280 hombres enviados desde Pacasmayo, a órdenes del Mayor Parra. Poco después cuando Gorostiaga se encontraba en Huamachuco recibió nuevos refuerzos, consistentes en 780 hombres con 3 piezas de artillería, que traía de Trujillo y Lambayeque, el Comandante Gonzáles.

Mientras que Gorostiaga realizaba estas operaciones, Cáceres emprendía la ofensiva hacia el norte.

OFENSIVA DE CACERES

Las fuerzas de Cáceres de conformidad con el plan trazado por su Comandante en Jefe, salieron de Yungay el 21 de junio y se encaminaron al paso por donde aquél había decidido tramontar la Cordillera Blanca.

El antiguo paso de Yanganuco se halla sobre la vertiente norte del Huascarán, la más alta cima de esa cordillera. El camino serpentea en continua ascensión por las laderas de la montaña, al borde de insondables y desconocidos precipicios; en algunos puntos se interrumpe el camino, tallado en el flanco de la roca, porque la verticalidad y dureza de ésta ha impedido su continuación, y entonces los viajeros marchan, por largo trecho, sobre un entarimado de troncos de árbol dispuestos por los pobladores como cornizas voladas, supendidas en el vacío a cientos de metros encima del abismo y fijadas al muro rocalloso de la ladera por medio de puntales oblícuos hechos con troncos ligeros, superficialmente incrustados en los resquicios de la roca. Estos balconcillos, cuyos soportes de madera están a menudo deteriorados por la acción de las lluvias y la humedad de la atmósfera, se conocen con el nombre de "barbacoas".

El paso de Yanganuco conduce por Seccha y Tingo a Pomabamba, que hace bis a Yungay en la vertiente opuesta de la Cordillera Oriental; de ese lugar Cáceres continuó por Andaymayo, Urcón y Tambo del Inca, a Conchucos, donde llegaron las fuerzas el 2 de julio.

De allí los peruanos siguieron hacia Huamachuco desempeñando Cáceres, gallardamente, su atrevido papel de agresor.

Al llegar a Tulpo el día 5, Cáceres supo por una comunicación interceptada que el Comandante chileno Gonzáles, que conducía a

Huamachuco los importantes refuerzos de que se ha hecho mención, pasaría por el lugar denominado Tres Ríos el 6, al mediar la tarde. Entonces, con la intención de aprovechar esta oportunidad para batir en detall a los agrupamientos adversos, Cáceres ordenó apresurar la marcha al norte para cortar el camino a Gonzáles.

En su avance ofensivo los peuanos alcanzaron Angasmarca en la tarde del 5, y el 6 llegaron cerca del lugar llamado Tres Cruces desde donde Cáceres, que se había adelantado a sus tropas, distinguió desde una altura a las fuerzas de Gonzáles que escapaban por el llano precipitadamente, sin poder alcanzarlas por un retraso que la columna peruana había sufrido a la partida.

Perdida esta ocasión, el General dispuso que la marcha continuara durante la noche sobre las huellas de Gonzáles, a quien pretendía dar alcance si éste concedía el más pequeño descanso a sus tropas. Esta operación pudo dar magníficos resultados, pero falló también porque Gonzáles, ante la amenaza que representaba la proximidad de los peruanos, no se detuvo ni un instante, conservando la ventaja que había tomado hasta ingresar a Huamachuco en la mañana del 7.

BATALLA DE HUAMACHUCO

10 de julio

*Fracasada la empresa que se intentó contra Gonzáles, el Comandante en Jefe del ejército peruano reunió en Tres Ríos, el 7 de julio, una junta de guerra para acordar en ella el plan que se debía seguir. Pronto los comandantes de ejército y de división se pusieron de acuerdo con Cáceres en que era necesario tomar el contacto con el enemigo, para atacarlo en seguida y abrirse paso hacia Cajamarca, a fin de desbaratar las pocas fuerzas, 400 hombres que con Iglesias se mantenían en el propósito de firmar la paz.

El plan comenzó a ponerse en ejecución al día siguiente de reunida la junta, dirigiéndose las tropas por las alturas de Huaylillas a coronar las cumbres del cerro Cuyurgo, que domina la población de Huamachuco por el sudeste; los primeros elementos peruanos ocuparon las alturas citadas sin hallar resistencia, produciendo en las fuerzas de Gorostiaga la mayor sorpresa, pues éstas esperaban que los peruanos se presentaran por las alturas del oeste, por donde viene el camino de Tres Ríos.

Al notar en las cumbres a las fuerzas de Cáceres, los jefes chilenos hicieron tocar "llamada" repetidas veces y abandonaron la localidad dirigiéndose, atropelladamente y en el mayor desorden, a las alturas del lado opuesto, el Sazón, con la única idea de alejarse lo más posible del atacante. Su fuga quedó evidenciada por el abandono de casi todo su ganado, documentos y otros artículos de guerra.

Algunas fracciones peruanas descendieron entonces al pueblo y se apoderaron de todos los elementos dejados por los de Gorostiaga, especialmente de la mayor parte de la caballada que tomó el General Silva con una compañía, ocupando la localidad con pequeña guarnición.

* Croquis número 19.

En la noche del 8, los adversarios se dan frente, fuertemente posesionados de las alturas y dejando por medio la población de Huamachuco y el llano de Purubamba.

EL TERRENO

Huamachuco es una localidad de calles rectilíneas asentada en el extremo oeste de un llano, llamado de Purubamba, que tiene cinco kilómetros de este a oeste y dos y medio de norte a sur, medidos entre las cumbres del Sazón y del Cuyurgo.

El llano está limitado al este por el río Toro que corre de sur a norte, y al oeste por el río de Huamachuco, que sigue el mismo sentido que el anterior y pasa por los linderos de la población.

Por el norte, encuadrando el llano, se levanta el cerro Sazón, que presenta varias cumbres y grupas que avanzan a Purubamba; cada una de estas ondulaciones tiene un nombre particular. Por el sur, el llano está limitado por las alturas de Cuyurgo que forman parte de la cadena de Huaylillas.

En dicha región plana, que se extiende al este del pueblo, se hallan extensos campos de labor separados entre ellos por pircas y acequias.

FUERZAS OPUESTAS

La División de Gorostiaga alcanzaba con los refuerzos que había recibido, a cerca de 2200 hombres, formados en las siguientes unidades:

Batallón "Talca".
" "Concepción".
Dos compañías del Batallón "Zapadores".
Un escuadrón del Regimiento "Cazadores a Caballo".
Una brigada de artillería, con 9 piezas Krupp de montaña.
Tenía, además, cerca de una compañía del Batallón "Victoria".

Las fuerzas de Cáceres, cuyo efectivo total alcanzó a 3300 hombres al abrise la campana en el Centro, antes de que el Coronel Santa María se replegara de Canta a Tarma, habían sufrido las bajas consiguientes al largo período de operaciones activas que venían desarrollando, primero contra del Canto, después contra Arriagada y últimamente contra Gorostiaga. Las fuerzas que Recavarren presentó en Yungay no llegaban a 700 hombres, con los que el Ejército de Cáceres alcanzó nuevamente un efectivo de cerca de 3000 soldados. De éstos, había quedado gran número de enfermos y rezagados a lo largo de la ruta; la precipitación de las marchas para dar alcance a Gonzáles, las dificultades insuperables de los caminos, como el de Yanganuco, ocasionaron también numerosas bajas por muerte natural y desaparición; sólo en la veloz marcha de Tres Cruces a Tres Ríos, realizada de noche por un terreno muy pantanoso se enfangaron y desaparecieron alrededor de 600 hombres entre los que había que contar bastantes desertores de las tropas de Recavarren, generalmente indígenas, que no querían abandonar las provincias de donde eran originarios.

Por las dificultades que ofrecía el terreno, también habían quedado en los caminos 2 de las 13 piezas de artillería de que disponía el ejército, y, el efectivo de ganado de la caballería se había diluído, obligando a refundir en la infantería a numerosos soldados de a caballo.

En estas condiciones, Cáceres llegó frente a Huamachuco con algo más de 1600 hombres, organizados en las siguientes unidades.

De Recavarren: Batallones	"Pucará" "Pisagua" "Tarma" "Huallaga"
De Secada: Batallones.	"Junín" "Jauja" "San Jerónimo" "Apata" "Concepción" "Marcavalle" "Tarapacá" "Zepita"
Escuadrones	"Tarma" "Cazadores del Perú"

Como se comprueba comparando los efectivos totales, si se prescinde de los jinetes y artilleros de ambos ejércitos, el efectivo de las compañías chilenas era equiparable al de los batallones de Cáceres.

PLANES DE COMBATE

Gorostiaga sólo pensó en parapetarse tras las ruinas que existen en las laderas y cumbres del Sazón*, para esperar el ataque del enemigo y permanecer a las resultas, convencido de su impotencia por la actitud ofensiva de las fuerzas peruanas que venían a buscarlo, con decisión, en su propio terreno.

Sin embargo, en la mañana del 10 provocó el combate, como veremos, inquieto por las modificaciones desfavorables que pudieran producirse dejando correr el tiempo.

Cáceres, por su parte, dueño del poblado desde el 8, se limitó durante el día 9 a cañonear a los defensores del Sazón desde la altura de Cuyurgo que ocupaba. Además, como ardid de guerra, para hacer que Gorostiaga bajara al llano, hizo descender a las pendientes de Cuyurgo opuestas al enemigo, en la dirección que había traído, algunos batallones y dos piezas de artillería que debían con sus disparos, simular un combate a fin de hacer creer al jefe chileno que los peruanos eran atacados por la espalda por otras fuerzas adversas que acudían a Huamachuco; como los del Sazón, aislados como se hallaban y con sus comunicaciones cortadas con el sur desde hacía tiempo, podían creer que Arriagada había seguido a

* Ruinas que aparecen marcadas en la Carta Nacional del Perú. Hoja correspondiente. Ed. 1932. Reproducción en Croquis número 19.

Cáceres o bien, suponer que nuevas tropas chilenas acudían en refuerzo desde la costa, el ardid estaba perfectamente planteado; pero, Gorostiaga lejos de lanzarse en ayuda de los supuestos compañeros que venían a auxiliarlo, se limitó a escuchar el cañoneo sin dictar ninguna disposición. De haber sido cierto el ataque de fuerzas chilenas sobre la espalda de Cáceres, Gorostiaga, por falta de iniciativa y sobre todo de informaciones, las hubiera dejado sacrificar.

El mismo día 9 al anochecer, Cáceres acordó con sus jefes principales que el ataque se realizara en la madrugada del 10, sin esperar la llegada del doctor Puga que, opuesto a Iglesias y disponiendo de una fuerza de 500 hombres, actuaba en Chota y se encontraba listo para secundar a Cáceres.

El Caudillo de la Breña regló su ataque de modo de fijar al enemigo en todo su frente, para lo que Recavarren se extendería en toda la línea que mantenían los peruanos; obtenido esto, y bajo la acción de la artillería que cañonearía el Sazón desde sus posiciones, el resto de las fuerzas, con Secada y el mismo General Cáceres, debían lanzarse al llano contra el ala y el flanco izquierdo de los chilenos, es decir, avanzando en el extremo este de Purubamba, opuesto a la localidad de Huamachuco. Para dar el debido desarrollo a la operación, se acordó en reunión de jefes, que al mediar la noche del 9 al 10 se realizaran algunos movimientos preliminares, tales como la distribución y agrupamiento de las fuerzas de Recavarren y Secada frente a sus objetivos y la ocupación de una base de partida, que se acordó que fuera al pie de las pendientes norte del Cuyurgo.

Con estas órdenes se separaron los jefes, ya comenzada la noche; pero, pocas horas después, a las 9, por indisposición del Coronel Recavarren, el General Cáceres hizo prevenir a todas las unidades que la ejecución de los acuerdos tomados en la junta quedaban sin efecto, por esa noche.

Las tropas de ambos bandos vieron pues, las primeras luces del día sin alteración en sus dispositivos y a la expectativa de lo que pudiera ocurrir.

LA BATALLA

En la madrugada del 10, la neblina cubría el llano y las alturas, no permitiendo ver sino a corta distancia.

Gorostiaga intrigado por el fragor de la simulada batalla de la víspera y deseoso de verificar si el enemigo había evacuado sus posiciones, tal vez en la noche, para perseguir a las fuerzas que parecía haber batido el día anterior, ordenó que en la madrugada, a favor de la neblina, se aventuraran a cruzar el llano las dos compañías del Batallón "Zapadores" de que disponía*, con la misión de alcanzar determinada línea del terreno y comprobar la presencia de las fuerzas peruanas.

Las compañías del "Zapadores" sobrepasaron la línea media este-oeste, de la llanura que las separaba del Guyurgo y prosiguieron hasta muy cerca del pie de las pendientes de la posición de Cáceres, al que amagaron por su derecha, precisamente en el punto

* Estas fuerzas eran, como se sabe, de infantería.

en que, según el plan general peruano, debían haberse concentrado las fuerzas de Secada para lanzarse al ataque; pronto fueron descubiertas en su avance y hubieron de sufrir numerosas bajas por el fuego, que intimidaron a los hombres que las formaban y las hicieron retrogradar precipitadamente en la dirección de su propia posición.

Cuando el General Cáceres observó el avance chileno sobre su derecha, ordenó que esta ala fuera reforzada y poco después, al presenciar el rápido despliegue de los asaltantes, dispuso que se desprendieran de las alturas los Batallones "Jauja" y "Junín" con la misión de perseguir de cerca a los fugitivos agresores. Pero, los chilenos a su vez hacen descender nuevas fuerzas para recoger a las primeras y los peruanos, abandonando su posición, proceden en la misma forma con nuevas unidades. Contrariando sus respectivos planes de combate que, por ese día como en el anterior, sólo consistían de uno y otro lado en mantenerse a la defensiva, las fuerzas de ambos contendientes se empeñan grado a grado en tenaz lucha, tomando como campo la llanura de Purubamba.

El cañoneo de una y otra altura era continuado y las tropas se acercaban casi al cuerpo a cuerpo; en esta porfiada y sangrienta pelea los chilenos cedían el campo sin detenerse, ante la violencia de los fuegos y la actitud agresiva de las fuerzas de Cáceres. Después de dos horas de combate, los peruanos eran dueños del llano y se hallaban al pie de las pendientes del Sazón, cerrando cada vez más de cerca contra las filas del enemigo parapetado en las ruinas de las laderas de esa altura.

El tiroteo proseguía y pronto entró en acción el Ejército de Recavarren que prolongó la izquierda del ataque. A las 11 de la mañana el campo quedaba por los peruanos, que ocupaban las laderas del Sazón desalojando "pisto a pisto" * a sus defensores. Las filas de los combatientes se hallaban tan próximas, que se escuchaba perfectamente las voces de mando y las exclamaciones que el ardor del combate arrancaba en ambos bandos.

La caballería chilena, convencida de la derrota de su División, emprendió entonces la retirada por el camino que lleva a Cajabamba; la artillería del defensor enmudeció, en tanto que su infantería, bajo el fuego de cañón y de fusil, empezó ostensiblemente a retirarse emprendiendo algunos de sus elementos la fuga más desordenada.

Era el momento en que los soldados de Cáceres debían lanzarse al asalto, para quebrantar los últimos rezagos de resistencia y entablar la persecución. Pero . . . los peruanos carecían de armas para el choque: los fusiles del bravo Ejército de Huamachuco, no tenían bayoneta; reunidos al azar, por decomiso y adquisición ocasionales, esos fusiles no eran verdaderas armas de guerra.

El General Cáceres ordenó entonces que la artillería descendiera al llano para aproximarse a los desmoralizados defensores y precipitar por el fuego su desbande. Secada comenzó a cumplir la orden en seguida.

Mas, la batalla hizo crisis en este momento y la victoria, ya conquistada por los peruanos, se tornó en el más brusco y cruel desastre.

* Según la expresión empleada por Gorostiaga.

En efecto, a la cesación del fuego de la artillería peruana, mientras las piezas cambiaban de emplazamiento a la vista del adversario, se sumó la cesación casi completa del fuego de fusil: ya hacía largo rato que los infantes peruanos pedían el reemplazo de las municiones que, en número de 100 por plaza, habían sido consumidas en cinco largas horas de combate; y ahora, en el momento en que la artillería cesaba el fuego para cambiar de posición, la línea de ataque se hallaba al mismo tiempo sin municiones, paralizada y realmente inerme, sin cartuchos ni bayonetas, frente a su adversario.

Muy poco tardaron los chilenos en darse cuenta de la crítica situación que atravesaba su contendiente y, comprendiendo sus jefes que la oportunidad que se les presentaba era favorable, ordenaron emprender un contraataque general que alcanzó el más completo éxito.

La caballería chilena recibió oportuno aviso del cambio experimentado en la situación y volvió velozmente al campo de la lucha cuando, defendiéndose a culatazos, los peruanos retrocedían por el llano a las alturas de donde partieron en la madrugada, acosados de cerca por las bayonetas y los tiros de los infantes chilenos.

Los "Cazadores", tomaron con rapidez una formación de combate y cargaron sobre el flanco este de las fuerzas peruanas en retirada. Los jinetes con el ímpetu de la carga, llegaron hasta las piezas peruanas de artillería que estaban en pleno desplazamiento; muertos los sirvientes a sablazos, dispersos y espantados los animales de baste, las piezas se esparcieron por el campo.

No quedaba a los chilenos, nada más que ejercitarse en la sangrienta tarea del "repase", al que se creían autorizados pues su comando había declarado irregulares y consideraba como montoneros o civiles armados, a estos guerreros nacionales*.

RESULTADOS

Las bajas peruanas llegaron a 700, pues los chilenos fusilaron y consta según todos los testimonios escritos e impresos que degollaron a los prisioneros y a los heridos. Las tropas de Gorostiaga tuvieron alrededor de 500 bajas entre muertos y heridos.

Cáceres, Recavarren herido y Secada ganaron el departamento de Ancash. En el campo quedó el Coronel Tafur, Jefe de Estado Mayor del Ejército, el valeroso General Silva, el Coronel Luna, y la mayor parte de los comandantes de división y de batallón. El Coronel Leoncio Prado, capturado dos días después de la batalla, herido gravemente, fue fusilado en su cama en forma regular, pero sin las formalidades necesarias; en este duro e injusto trance Leoncio Prado supo dejar al soldado peruano, y al país entero, el más alto y calificado ejemplo de imponderable valor.

Desde Mollepata, cerca de Conchucos, el "Brujo de los Andes" como llamaban los chilenos a Cáceres, el "Mariscal de la Breña" como se le ha titulado ulteriormente, lanzó un vibrante manifiesto en el que ofrecía continuar la lucha hasta rendir la vida. Poco des-

* Ver parte de Gorostiaga, pág. 635, II tomo, II edición, en que hace hincapié en varios párrafos, sobre el singular hecho de "no hay heridos ni prisioneros peruanos".

pués, desde Ayacucho pedía a Montero, Presidente de la República en ejercicio, con sede en Arequipa, que le remitiera a la División Canevaro con la que contaba reorganizar la defensa en el interior.

El Caudillo, lejos de dejarse abatir por el desastre sufrido, había avivado aún más el santo fuego de su paradigmático patriotismo.

OCUPACION DE AREQUIPA

Para el Presidente de Chile, Santa María, y para la mayor parte de los dirigentes de ese país no era posible firmar la paz con Iglesias mientras existiera en el Perú otro gobierno, que podía dar por nulo, poco después, lo estipulado en los tratados.

A la sazón existía en Arequipa el Gobierno del Contralmirante Montero, que seguía desempeñando sus funciones con tendencias a revivir las actividades de la alianza con Bolivia. Montero tenía a sus órdenes al General Cáceres, que operaba en el Norte del país, y en Arequipa al General Canevaro, que comandaba en jefe las fuerzas de línea que pertenecieron al Segundo Ejército del Sur, llamado ulteriormente Ejército de Arequipa.

Las fuerzas de Canevaro, reforzadas por varios batallones de Guardia Nacional, alcanzaban un efectivo de cerca de 3000 hombres, dotados de algunas piezas de artillería Krupp y de fusiles nuevos, bien provistos de municiones, que habían sido introducidos al Perú por la vía de Bolivia.

Los batallones de línea, organizados en Divisiones, eran los siguientes:

"Constitución", "Ayacucho", "Bolognesi", "Grau", "General Pérez" *, "Unión", "Libres de Junín", "Canevaro". A este ejército pertenecía un corto escuadrón llamado "Escolta de S. E." y el Escuadrón "Húsares de Junín".

Las tropas de Guardia Nacional formaban los Batallones 2, 3, 4, 6, 7, 9, 11 e "Inmortales de Salaverry" y los Escuadrones "Paucarpata" y "Socabaya".

La artillería constaba de seis piezas pesadas y 12 de batalla, de las cuales 6 Krupp de montaña.

Cuando se produjo el desastre de Huamachuco, Santa María insistió en su idea de ocupar Arequipa para acabar con las últimas fuerzas peruanas organizadas. Al efecto ordenó que el Coronel Velásquez, que se hallaba en Tacna como Comandante en Jefe de las fuerzas de ocupación de esa provincia, se dirigiera por Moquegua, donde se habían presentado algunas tropas peruanas procedentes de Arequipa, sobre el ejército de Montero.

Para reforzar las fuerzas a cargo de Velásquez, Santa María dispuso, además, que Lynch despachara por mar, desde el Callao a Ilo, una división que se uniría en Moquegua con la que avanzaba de Tacna.

En cumplimiento de estas disposiciones las divisiones de Velásquez y de del Canto, encargado del mando de la que se despa-

* Llamado así para honrar la memoria del General boliviano de ese nombre, Jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Aliadas, que murió bravamente en el Alto de la Alianza

chó de Lima, se reunieron en Moquegua en la primera semana de octubre de 1883.

En este lugar Velásquez dispuso que las tropas de Tacna, reforzadas por el Batallón 4º de línea, formaran una división a órdenes del Coronel Ruiz, debiendo quedar el resto al mando de del Canto.

Las fuerzas chilenas quedaron organizadas de la manera siguiente:

Primera División, Coronel Ruiz.	Batallón "Santiago" " "Carampangue" " "Rengo" " "Los Angeles" " "4º de línea" 5 piezas Krupp de montaña.
Segunda División Coronel del Canto.	Batallón "2º de línea" " "Lautaro" " "Curicó" 6 piezas Krupp de montaña.
Caballería, Comandante Vargas.	2 escuadrones de "Cazadores a Caballo" 2 " de "Carabineros de Yungay" 1 escuadrón "General Cruz" 1 " "Las Heras".

Poco después, la Segunda División fue reforzada por los batallones "Aconcagua" y "Coquimbo" y a Mollendo llegaron 700 hombres que conducía Gorostiaga desde Valparaíso.

Los peruanos, notificados de la presencia de fuerzas chilenas en Moquegua, se dispusieron a defender la región que ocupaban. Para ello, Montero ordenó que las tropas de línea tomaran posición en las cuestas de Huasacachi y Jamata, cuyas alturas dominantes cerraban el paso al enemigo que viniera del sur.

Los chilenos avanzaron de Moquegua por Omate hacia Puquina y, previo un reconocimiento, escalaron en la noche la altura de Huasacachi rodeando la fuerte posición peruana cuyos jefes, al darse cuenta de la peligrosa situación en que quedaban por el rodeo que no supieron prever, se vieron obligados a evacuarla en la madrugada del 23 de octubre, dirigiéndose al paso de Chacahuallo, cerca de Puquina y sobre el camino que lleva a Arequipa, con la intención de resistir en esta nueva posición. De este punto, sin detenerse, las fuerzas peruanas siguieron de frente hacia Arequipa.

Al conocerse en esta ciudad que las fuerzas invasoras habían burlado la fuerte posición de Huasacachi, los habitantes se consideraron perdidos y la Municipalidad pidió a Montero que evitara de todos modos un combate en las calles. Las dificultades para la defensa aumentaron con la sublevación de algunos batallones de la Guardia Nacional de Arequipa, que pedían, unos, que burlada la posición de Huasacachi ya no se combatiera; otros, que el combate no se realizara en las calles; y los demás, que se efectuara una retirada al interior para tomar mayor espacio y recobrar un dispositivo favorable. De esta última idea participaron los jefes del Ejér-

cito y así lo dispusieron; pero . . . los Guardias Nacionales no aceptaron entonces salir de su provincia, ni quisieron tampoco entregar las armas.

Los Guardias Nacionales, indisciplinados, hicieron correr las especies más contradictorias y terminaron levantándose contra Montero, a quien acusaban, tan pronto de querer retirarse y abandonar la Ciudad, tan pronto de procurar innecesarios daños a la población y a sus habitantes. Algunos batallones se dispersaron y los hombres que los formaban ganaron sus hogares; otros se lanzaron a la calle haciendo fuego sin motivo alguno y protestando de la retirada resuelta por el Gobierno, que ellos mismos habían pedido.

Montero y Canevaro quisieron poner orden en las tropas, pero, como cada soldado improvisado tenía un interés privado o una idea recóndita, no podían calmar a todos. Después de proclamar a un batallón* sobre sus deberes cívicos y militares, cuando parecía que en las filas reinaba ya el convencimiento de volver al orden, Montero, que se alejaba en dirección a otro cuartel, fue despedido con descargas cerradas por la espalda que hicieron caer a varios de los que formaban su séquito.

En tanto, el Ejército de Línea regresaba a marchas forzadas desde la lejana posición de Huasacachi y los soldados contagiados por lo que sucedía en las filas de los Guardias Nacionales y por subterránea propaganda política, abandonaron sus unidades en gran parte y contribuyeron, a propósito, a aumentar el desorden y la confusión.

Viéndose impotente, Montero se retiró de Arequipa en la noche del 26 de octubre, por calles extraviadas, dirigiéndose a caballo por Chiguata a Santa Lucía, donde tomó el tren para Puno. De este lugar, a bordo del "Yavarí", Montero comunicó a Cáceres que al abandonar el país, lamentando los sucesos de Arequipa, le dejaba el mando como segundo Vicepresidente, que era, del gobierno de García Calderón.

Sin gobierno efectivo, el 27 de octubre en la mañana, la Municipalidad de Arequipa se reunió y acordó entregar la ciudad al Coronel Velásquez; éste citó a la comisión de notables para el 29 al mediodía en el pueblo de Paucarpata, haciendo recordar con esta intencionada cita la entrevista de Santa Cruz con Blanco Encalada, cuando la Capitulación Chilena de 1837. A las 11 de la mañana de este mismo día el Comandante Vargas, con los seis escuadrones que mandaba ocupó la blanca ciudad del Misti.

RESTABLECIMIENTO DE LA PAZ

Mientras en el Sur del Perú se realizaba la ocupación de Arequipa, en Lima se firmaba por el General Miguel Iglesias, el 20 de octubre de 1883, un Tratado de Paz con Chile que se llamó de Ancón por haberse arreglado en este lugar su redacción definitiva.

Como Montero se retiró a Bolivia poco después, llegándose a enterar del Tratado sólo cuando se hallaba en aquel país, y como

* El Nº 9, en la calle Grande de la Pampa.

por ese tiempo no quedaba en todo el territorio del Perú más fuerzas peruanas que las que Cáceres había organizado nuevamente en Ayacucho, los chilenos concentraron la atención sobre él.

Una división chilena permanecía en Jauja, mientras Cáceres estacionaba en Huancayo con un pequeño ejército que había avanzado de más al sur.

En esta situación transcurrieron varios meses, hasta que una Asamblea Constituyente convocada por Iglesias aprobó el Tratado de Ancón, canjeándose las ratificaciones el 28 de marzo de 1884.

Sólo entonces, el 6 de junio, comprendiendo Cáceres la inutilidad de todo esfuerzo, reconoció el Tratado como un hecho consumado.

Poco antes, en abril del mismo año, Campero, que regía los destinos de Bolivia, había firmado un Pacto de Tregua con Chile.

Como consecuencia de estos arreglos finales de la guerra, las tropas chilenas de ocupación que habían ido trasladándose por partes al Sur, terminaron en Agosto de 1884 de evacuar el mutilado territorio del Perú.

La contienda había durado pues, a partir del 5 de abril de 1879, cinco años y cuatro meses.

CONSIDERACIONES

Es notable el sistema empleado por Cáceres para cubrirse en las direcciones peligrosas, asegurándose un frente general que le permitiera lanzarse a la ofensiva si se presentaba el caso, o garantizar su retirada mediante la cobertura de sus flancos y las informaciones.

En tal situación, su base de operaciones, formada por las provincias del interior, quedaba completamente a cubierto de una ofensiva brusca.

Su grueso permanencia en posición central, cubierto con destacamentos que no sólo cerraban los accesos para impedir el ingreso del enemigo al centro del dispositivo, sino que, manteniendo el contacto, daban tiempo para orientar el total de las fuerzas sobre el punto amagado.

En esta segunda campaña de la quebrada del Rímac se presentan tres oportunidades en las que Cáceres pasa a la ofensiva, con el más completo éxito: contra Vento, contra las fuerzas chilenas que ocupaban Chancay y contra la división León García. Si esta última operación fracasó, no fue por defecto de su planteamiento general, sino por el precipitado repliegue del Coronel Santa María; por poco que este Jefe hubiera resistido, aquella División pudo haber caído, desprevenida, empeñada por el frente en terreno difícil que le impedía desplegarse para emplear todos sus medios bajo la acción de un ataque vigoroso lanzado sobre su flanco.

El plan de Lynch, fundado más que todo en el dispositivo de su adversario, no dio tiempo a Cáceres para proseguir sus operaciones actuando contra los destacamentos adversos uno tras otro.

Cáceres debió tener una segunda línea de comunicaciones, prevista, por Canta y Marcapomacocha; caso en el que podía cambiarla súbitamente para echar todo el peso de sus fuerzas sobre uno sólo de los destacamentos adversos. De otro lado, careció de informa-

ción lejana que le noticiara día a día de los movimientos y efectivos de sus adversarios; un servicio activo de espías y propios pudo permitirle dar al enemigo serios golpes parciales, quedando siempre a salvo gracias al cálculo de las distancias y al conocimeinto de los efectivos. Del Canto, en su marcha por Sisicaya, pudo ser víctima de una de estas atrevidas empresas.

La guerra especial que hacía el Caudillo de la Breña le señalaba la conveniencia de esparcir sus elementos para ocupar el mayor terreno posible, amparando y provocando la sublevación de los pobladores contra las tropas chilenas de ocupación. Por otra parte, no le era ventajoso conservar fuerzas reunidas porque a mayor efectivo los recursos de vida aminoraban y sus unidades necesitaban ligereza y flexibilidad para desempeñarse bien en el género de guerra que había emprendido.

Estas razones le aconsejaron separar sus fuerzas en dos núcleos, de Secada y Recavarren. Sin embargo, la ocupación de Ancash por este último ejerció atración sobre él, pues pensó en trasladarse a su encuentro tan luego como las marchas rebajaran sus efectivos. Es verdad que al proceder así Cáceres tenía al mismo tiempo un objetivo de política interna, cual era el batir a Iglesias.

Con todo, sus operaciones se hubieran desarrollado más lógicamente, si hubieran tendido a desenvolverse hacia el Sur, donde se encontraba la cabeza del gobierno y los elementos de guerra con que contaba Montero en Arequipa.

El tenaz seguimiento que emprenden los chilenos desde Tarma, tras las huellas del Ejército del Centro, requería jefes de un temple parecido al del General peruano y tropas especiales, habituadas a efectuar largas marchas por páramos inclementes, entre precipicios y cumbres, hostiles al hombre.

La diferencia de capacidad y energía en el mando y en la calidad de los soldados tenía que producir el desastroso resultado que sufrió Arriagada. Después de haber aniquilado a sus tropas sin disparar un tiro, este jefe regresó a Junín desalentado, sin haber logrado nada de lo que se había propuesto ni de lo que le habían ordenado ejecutar.

La división de sus fuerzas en dos columnas que debían cruzar la cordillera completamente separadas por enorme distancia, acrecentada por los macizos montañosos, fue un grave error. Cualquiera de ellas pudo ser batida aisladamente, no debiendo haber dispuesto esta operación sino en caso de estar bien informado de la situación del enemigo.

Si es cierto que las tropas chilenas no eran capaces de seguir de cerca a los peruanos, Arriagada debió recobrar el contacto tan pronto como tuvo datos en el Callejón de Huaylas de que su adversario se hallaba cerca. Hubiera evitado así vacilaciones y, sobre todo, no hubiera sido engañado tan lastimosamente; su caballería, apta para cumplir esta tarea, no fue debidamente empleada.

Luego que da media vuelta para correr al sur sin objeto. dispone con acierto la evacuación de sus enfermos y heridos y pide al Comandante en Jefe que envíe nuevas fuerzas al interior, las que esperaba que le sirvieran de yunque para golpear sobre Cáceres con su División.

Las operaciones de Recavarren en Ancash, cuando se presenta cerca de él el Coronel Gorostiaga, amenazándolo desde el norte, son ejecutadas con claro concepto militar.

Informarse con oportunidad de la presencia del adversario, poner obstáculos en su marcha cuando el efectivo o la misión no permiten batirlo, son operaciones que economizan las propias fuerzas y quebrantan la voluntad del adversario, hasta que llegue el momento de disponer de la iniciativa y de los medios requeridos para actuar con algunas posibilidades a favor.

La reunión de Recavarren con Cáceres se realizó en forma matemática, en el punto y día señalados. Gracias al buen juicio del Jefe del Ejército del Norte, Cáceres pudo disponer del mayor número posible de fuerzas, que había de emplear en conjunto, es decir, con las mayores probabilidades de vencer en el momento conveniente. La destrucción de las tropas de Recavarren por Gorostiaga hubiera tal vez dado fin a la campaña, pues Cáceres se habría visto obligado a dispersar sus fuerzas, encerradas en Ancash por el sur y por el norte; Gorostiaga en este caso hubiérase vuelto agresivo y su concurrencia con Arriagada, habría quedado asegurada, tal vez en el mismo campo de batalla.

La marcha por el antiguo camino de Yanganuco exigía un carácter superior en el jefe que la ordenaba y deseo improrrogable de cumplir las intenciones que lo habían llevado al Norte del país.

A pesar de todos los obstáculos y de sus perseguidores, Cáceres deseaba tomar el contacto con Iglesias venciendo todo inconveniente para ser consecuente con sus propios planes.

Cuando decide pasar la Cordillera Blanca para proseguir al norte, burlando por el flanco a las fuerzas de Gorostiaga si éste quedaba estacionado en Yuramarca, comprende la necesidad de impedir que Arriagada continúe sobre sus huellas para librarse de su presión y actuar más libremente en el teatro de operaciones que había escogido. Decide entonces engañarlo y de este modo, sin combate, se deshace de su adversario más poderoso con análogos resultados a los que, tal vez, hubiera podido obtener si se empeña en correr los azares de una batalla.

Para lograr sus fines nada era más simple que hacer creer a Arriagada que volvía al Centro de la República su anterior y ya conocida base de operaciones, donde parecía lógico que debía encaminarse, pues, para los que habían sufrido las fatigas de la marcha de Tarma a Huaraz, era una locura creer que Cáceres se dirigiera por Huamachuco u otro punto cualquiera hacia Cajamarca. Además, parecía que el Ejército del Centro había salido de sus bases presionado por las circunstancias y que su único fin hubiera sido reunirse con Recavarren para engrosar sus efectivos.

Por otra parte, el envío de agentes por Chacas a Chavín, donde había rezagados y otros que comunicarían a los chilenos las operaciones que se simulaba emprender, contribuyó al engaño que experimentó Arriagada y que le impulsó a precipitarse hacia el sur.

El acierto de Cáceres en apresurar sus operaciones aun a costa de las mayores fatigas de la tropa, para dar alcance al destacamento chileno de Gonzáles, merece el más franco elogio. Un jefe que sabe lo que quiere no debe vacilar en poner en ejecución sus planes con la más dura energía pensando únicamente en que la fi-

nalidad primordial, a la que todo debe subordinarse, es batir al adversario.

El Coronel Secada dice, en un Manifiesto a la Nación, que el rodeo realizado por Conchucos para de allí seguir a Mollepata, hizo perder tiempo al Ejército Peruano, impidiéndole caer oportunamente sobre Gonzales. Por su parte, Cáceres hace constar en documentos emanados de su secretaría que el retraso se debió a la reunión realizada en Argasmarca para pasar lista en la madrugada y al tiempo perdido en imponer a un soldado pública sanción disciplinaria.

Se debe advertir que Cáceres no pudo prever, al dirigirse a Conchucos, que Gonzales pasaría por Tres Ríos, pues esta noticia sólo la tuvo cuando se hallaba en Tulpo. De todos modos, la oportunidad sólo se perdió por pocas horas de diferencia en la marcha.

Luego que Cáceres ve desde Tres Cruces que su maniobra ha fallado, insiste en perseguir al enemigo, procurando darle alcance a todo precio. La tenacidad para vencer todos los obstáculos hasta lograr el objetivo que se busca, es una cualidad que exige en el Jefe condiciones especiales de carácter, difícilmente reunidas en un hombre.

Cáceres debió prevenir a Puga de la empresa que lo llevaba hacia Huamachuco, para obtener su cooperación, que habría sido muy importante.

Desde que las fuerzas de Cáceres estuvieron en Pomabamba, éste debió acordar sus operaciones con el jefe de las fuerzas levantadas en Chota. En el peor de los casos, en los días que precedieron a la batalla, hubiera convenido instar a Puga a realizar esta reunión.

Una vez que ambos adversarios quedaron en posesión de las alturas que dominan Huamachuco, la batalla, con fuerzas equilibradas, se podía haber decidido a favor de quien sorprendiera a los defensores del lado contrario.

Las posiciones en las alturas no valían sino por la facilidad que presentaban para batir a las fuerzas que cruzaran el llano bajo el fuego, atravesando de noche la zona batida, o empeñando un ataque frontal para fijar al enemigo, en tanto que fuerzas destacadas operaban en masa sobre su flanco o espalda, efectuando un rodeo a cubierto, se hubiera asegurado la victoria.

Ninguno de los contendientes debía haber abandonado su posición a descubierto, sino, al contrario, tratar de atraer el enemigo para ponerlo en situación crítica mientras cruzaba la "zona polémica", que se decía antaño. Acaso Gorostiaga comprendió esto y no abandonó las alturas cuando Cáceres simuló, el 9, un combate contra fuerzas imaginarias que venían por su espalda; en esta actitud de los chilenos influyó el temor de agredir a un adversario que, con el simple hecho de tomar la ofensiva, demostraba tener mayor potencia o, por lo menos, más confianza en sus propios medios. El Comando peruano comprendió también los inconvenientes que habría que vencer para alcanzar la altura que le hacía frente y fue por eso, precisamente, que intentó hacer descender a su adversario provocándolo con un falso combate.

El 10, los chilenos enviaron dos compañías con el único fin de tomar el contacto, el repligue desordenado y veloz de estas unidades excitó el ardor de los peruanos, que olvidaron su propio plan y se empeñaron en el llano mezclados con las unidades chilenas que también descendieron de sus cubiertas. La lucha en estas condiciones tenía que decidirse a favor del más enérgico, sin que los fuegos de la altura tuvieran ya importancia capital.

En estas condiciones, la victoria fue francamente de los peruanos, mientras tuvieron armas ofensivas para sostener el combate. Claro es que desde el momento en que los soldados victoriosos quedaron inermes, no era posible que conservaran las ventajas que habían obtenido.

Es innegable que el desplazamiento de la artillería fue una operación engañosa que precipitó la crisis. Convenía aumentar la potencia de los fuegos en primera línea para desencadenar la fuga de los chilenos, pero, esa medida obligaba a cesar el tiro de las baterías mientras se desplazaban; de modo que, para obtener un acrecentamiento de poder ofensivo, se hacía necesario perderlo del todo, momentáneamente. Trasladando el material por escalones, procedimiento táctico que sólo se ejercitó años después, se hubiera logrado en parte la finalidad buscada.

A la cesación del fuego de la artillería se agregó la falta absoluta de municiones en las filas de la infantería, que también carecía de las armas de choque propias para el asalto. En estas condiciones, el crítico más parcial y arbitrario aceptará que no se podía pedir a las tropas peruanas sino heroismo, de que hicieron gala, sin que esa virtud sea factor capaz de dar la victoria.

*

El comando peruano de las fuerzas de Arequipa fue el responsable de los lamentables sucesos que ocurrieron en esa población.

En primer lugar es un grave error mantener fuerzas de Guardia Nacional en la ciudad misma donde han sido reclutadas. Ni siquiera se puede alegar como pretexto la falta de subsistencias, para permitir que los soldados vivan en sus casas y se reúnan al toque de campanas o de clarín; los mismos alimentos que esos hombres consumen en sus hogares, les pueden ser alcanzados a 20 kilómetros de distancia, por un sistema de requisiciones forzosas y mediante un simple servicio de acarreo.

Otro grave error fue lanzar repetidas proclamas que, para congraciar al Comando con el Pueblo, respiraban la más desembozada demagogia. Procediendo en esta forma, las masas creyeron que eran libres de combatir o no en defensa de los sagrados intereses de la nacionalidad; se halagó además su provincialismo, invocando a Arequipa, en una conocida proclama, para que "redimiera al Perú y a Bolivia", como si la victoria dependiera, simplemente, de las virtudes de la masa.

CAPITULO XVI

CONSIDERACIONES GENERALES

Características de la Guerra del Pacífico.- Concepto de los beligerantes sobre la guerra y su naturaleza - Los sistemas de operaciones.

La Defensa Nacional.- Plan general.- El espíritu público.- La instrucción técnica - Los elementos de guerra.

Conceptos finales.

CARACTERISTICAS DE LA GUERRA DEL PACIFICO

La Guerra del Pacífico deja importantes enseñanzas no sólo en lo que se refiere a la aplicación de los procedimientos tácticos o a la adaptación más o menos exacta de los métodos y sistemas estratégicos sino, especialmente, en lo relativo a la organización de los medios. De esto se deduce que es apreciable fuente de experiencias de orden fundamental, que, tanto se refiere a los problemas propiamente bélicos regidos por la Teoría General del Arte de la Guerra, como a las realizaciones pacíficas que preparan y dan temple al útil para emplearlo en el campo de batalla, las que responden a las reglas, también experimentales, del Arte Militar.

Estudiando el desarrollo de las campañas llevadas a cabo en la Guerra del Pacífico, se nos presentan con claridad cenital las necesidades de la defensa nacional y, por consiguiente, se profundiza el conocimiento de las modalidades especiales que debe tener la preparación de la guerra entre nosotros.

De las características particulares de la última lucha en el Perú, sólo queremos estudiar las que se refieren al concepto de los beligerantes sobre la guerra y su naturaleza y a los sistemas de operaciones.

CONCEPTO DE LOS BELIGERANTES SOBRE LA GUERRA Y SU NATURALEZA

La guerra, rezago de las épocas de barbarie que no obstante se hace hasta hoy y que se aceptará por muchos años más, es la enérgica expresión de los sentimientos de un pueblo que decide sufrir los sacrificios más duros para obtener mero provecho material, o para sentar sobre bases estables un postulado de moral internacional.

Con el simple hecho de aventurarse por tan cruenta senda para obtener sus fines, el pueblo que emprende la guerra demuestra la magnitud de su empeño; es de suponer, pues, que lanzado en ese camino, no retroceda ante la dureza de los procedimientos que deba emplear, ni se detenga por la protesta de los que no tienen como él tan apremiante empeño.

Mientras llega el momento propicio para que se cumpla el vaticinio que Napoleón, vencido y enfermo, hiciera en Santa Elena, asegurando que "las victorias se decidirían un día sin bayoneta ni cañones", en un futuro en que imperarían "la inteligencia, la industria y la paz", ya que "el pasado había sido la fuerza brutal, los privilegios y la ignorancia"; mientras tal no suceda, quedará en pie la teoría opuesta, proclamando que la victoria es el premio de la sangre. Y cuán lejos estamos hoy —precisamente— de alcanzar el primer término de esta proposición.

En 1879, aunque se hablaba menos que hoy de la paz, puede notarse de parte de los beligerantes, desde la inciación de las opeciones, una diferencia enorme de apreciación, o de criterio, sobre las horrorosas realidades de la guerra. Dijimos en páginas anteriores que esta guerra permite confrontar dos modalidades espirituales diametralmente puestas. El hecho de iniciar la guerra deba clara prueba de la superioridad material con que contaba el provocador; la invasión brusca de territorios ajenos y la energía que éste imprimió a las primeras operaciones, era también otro indicio de la importancia de los intereses que ponía en juego. Inversamente, del lado contrario hubo siempre manifiesto deseo de arreglar las diferencias por medios pacíficos y de aminorar los efectos destructores de la guerra, respetando las leyes internacionales y acatando religiosamente los principios del más puro derecho.

Este concepto erróneo sobre las realidades de la guerra debía originar crueles desengaños y arrastrar a los aliados —y principalmente a los peruanos, como se sabe— al desastre final. La convicción de que la guerra era una justa caballeresca estaba tan firmemente arraigada en el espíritu de los que después fueron vencidos, que ni siquiera ejercitaron las represalias a que autoriza el mismo derecho internacional que tanto respetaban.

Y, como en la contextura de los ejércitos, en la deliberación de los planes, en el espíritu de los dirigentes y en el corazón de los ejecutantes primaba esta idea sobre todas las demás, desvirtuando la naturaleza misma de la guerra, las condiciones en que ambos adversarios sostenían su puesto en la lucha, eran profundamente desiguales.

Mientras los chilenos invaden el territorio de Bolivia, el Perú hace gestiones diplomáticas creyendo que el desborde de las ambiciones de un pueblo puede ser contenido con diques de papel. Cuando Chile declara la guerra, Bolivia primero y el Perú después responden devolviendo a su país a todos los chilenos aptos para la lucha y conocedores del suelo que habitaban, en lugar de conservarlos como primer lote de prisioneros, o especie de rehenes, para que re-

emplazaran en el trabajo a los nacionales que se veían forzados a tomar un fusil. Los barcos de Chile bombardean todos los puertos, fusilan náufragos como el 21 de mayo del 79, incendian las localidades ribereñas para destruirlas; y los barcos peruanos que se presentan ante puertos fortificados y ocupados por tropas no abren el fuego mientras los proyectiles lanzados de tierra no les prevengan de que se acepta la lucha. De esta manera, nuestros compatriotas desarrollaron una campaña que llamaremos "pacifista", para hacer resaltar la incongruencia entre los fines por alcanzar y los medios puestos en acción.

Esta enorme divergencia en el concepto de lo que es la guerra persistió durante los cinco años efectivos que duró la lucha; afligiendo al pueblo peruano con enconadas y terroríficas crueldades, toleradas por el delirio salvaje de matanza que la guerra representa, las que no se quería devolver, ni se podía castigar.

La guerra, por su naturaleza misma, debe ser llevada a fondo, sin economizar sufrimientos al pueblo que se quiere vencer y ocasionándole el mayor daño posible. Su finalidad es imponer la propia voluntad al adversario y esto no puede lograrse mientras no se aniquile su potencia material y espiritual, poniéndolo en el duro trance de aceptar la imposición para evitar mayores males.

El sacrificio que se quiere pedir al vencido debe estar en proporción al esfuerzo que se hace para obtenerlo, pues hay que suponer que aquél resistirá tanto más cuanto mayor sea su interés en conservar los bienes que se intenta arrebatarle. Esta es la razón para procurar que los medios sean calculados según la importancia atribuída a lo que se quiere conquistar o defender.

Los medios a que nos referimos son de dos órdenes distintos: materiales y morales. Los primeros están constituidos por la suma de todos los elementos de guerra de que disponga el país considerado; fáciles de calcular, se miden por cifras conociendo los datos que a ellos se refieren. Los segundos son inconmensurables, dependen de la importancia de los intereses en juego o, más precisamente, de la energía que se ponga en defenderlos.

Esta energía es producto de varios factores morales que, adicionados, son sus determinantes. Damos a entender más arriba que la vitalidad de los intereses que se defienden no es la única fuente de energía moral, porque un pueblo que no tenga conciencia de sus destinos o que sea demasiado confiado puede descuidar o juzgar innecesaria esa defensa, lo que demuestra que la energía moral que se emplee en la guerra no es producto exclusivo de dichos intereses, sino que procede de otros factores, tales como el odio, la historia de las relaciones de ambos pueblos, o sea su existencia anterior, la potencia que el contendiente posee, que obligará a más importantes esfuerzos, y, en fin, la experiencia que se haya obtenido en las guerras habidas anteriormente entre los mismos beligerantes.

Ahora bien, a iguales fuerzas materiales, los valores morales serán los que, en suma, determinen el resultado final y, por consi-

guiente, la energía que se emplee constituye un coeficiente que decuplica dichas fuerzas, ya que éstas valen, preferentemente por la obstinación o rabia ciega con que se les utilice.

La guerra es un duro concurso, para el que hay que estar preparado; su premio es la victoria, y en el desarrollo de las operaciones que conducen a ella nada debe detener, ni horripilar, ni siquiera distraer la atención de los beligerantes. La tensión moral y material que exige la guerra así conducida, cuando se le comprende tal cual es, obliga a mantener en el organismo nacional, en todo tiempo, el temple más acerado, capaz no sólo de resistir sino de vencer la dura presión que deberá soportar un día.

La guerra, en teoría pura, debe ser considerada así. Sin embargo, en la práctica habrá gradaciones, se empleará mayor o menor dureza al imponer la propia ley; pero esa gradación no interesa ni debe limitar la acción del guerrero, que actúa en el campo de batalla con el fin directo y perentorio de matar y aniquilar; sólo compete al político, que habrá lanzado sus legiones en apoyo de ciertas finalidades cuyo alcance sólo él puede y quiere medir.

Es absurdo incluír el sentimentalismo en las operaciones de guerra. Nada es más erróneo y peligroso, para un ejército, que la inmisción de postulados humanitarios en la base de sus teorías, quien tal piense o realice se verá siempre arrollado por un adversario menos escrupuloso*.

La energía en la ejecución de las operaciones exige en el mando obstinada dureza, terrible y obcecada inexorabilidad, pues este elevado organismo de dirección y coordinación de voluntades no sólo debe tratar de dominar al adversario, sino de vencer la inercia de sus propias tropas, anticipándose a sus desfallecimientos, remediándolos cuando se producen, obligando a que cada uno disuelva su personalidad y sus propios sentimientos humanitarios dentro de ese molde de ferocidad y odio que hace que, por ciclos, los hombres se avergüencen de su debilidad para dominarse y viertan lágrimas sobre el papel de sus tratados.

Montaigne dice: "La pasión ardiente y feroz del odio, la sed de sangre, la voluntad de aniquilar, han de inspirar todos los gestos y todos los actos de la Guerra".

No se puede concebir un designio más brutal y salvaje... Mas así es la guerra. Y quien no la practique de acuerdo con esta teoría debe estar seguro de escuchar el **vae victis** al hacer la liquidación final de tantos horrores.

Cuando el país en que se desarrollan las operaciones es hostil, la guerra debe hacerse con tendencia manifiesta a atemorizar al contrario.

"La guerra —dice Moltke— debe aparecer tan horrible a la población civil que ella misma interceda en favor de la paz", y parece lógico que tal suceda, pues es innegable que el derecho civil enmudece cuando truena el cañón, sepultando en las ruinas que ocasiona a los hombres que formularon su articulado.

* Clausewitz: Filosofía de la Guerra.

Se ha corrido siempre un velo sobre la crueldad de la guerra, cuya barbarie aun ruboriza a la humanidad, pero es evidente que haciendo saber **urbe et orbi** "que estáis dicididos a entrar en el abdomen del enemigo, a herirle cuando caiga por tierra, a hacer hervir en aceite a sus prisioneros, a torturar mujeres y niños, lograréis que se mantenga lejos de vosotros, prudentemente" *.

Se deduce de estas verdades, que no deben silenciarse cuando se desarrolla un estudio militar, so pena de falsear el criterio profesional, que ninguno de los combatientes debe alarmarse porque el adversario ha sabido reunir mayores fuerzas en un punto dado o en un instante determinado. El único culpable de que tal suceda es quien no tiene la energía suficiente para levantar y armar fuerzas numerosas y quien no sabe agruparlas oportunamente para conseguir la victoria. Esta reflexión nos conduce a deducir que, por costosa e innecesaria que pueda parecer la formación y entretenimiento de fuerzas de guerra —navales, militares y del aire— son necesarios e imprescindibles.

Así como en táctica y en estrategia el general debe pensar que lo imprevisto es ley en la guerra, el estadista debe pensar que la guerra es lo imprevisto en la política internacional, siendo gravísimas las responsabiildades en que incurre ante su pueblo cuando descuida su preparación.

El estadista no sólo debe tener la convicción de la guerra, como peligro permanente que asedia a la nacionalidad cuyos destinos rige, sino que, además y principalmente, debe prepararla en secreto y con constancia para poner lo imprevisto a su servicio.

La potencia militar se labra con ahinco y labor continua; las fuerzas militares no nacen, hoy menos que nunca, al conjuro de una altisonante proclama, por estilizada que fuera su redacción. Y, salvo que los dirigentes crean que se puede revivir la leyenda de los Horacios y Curiacios, sin empeñar las masas que previamente deben estar dotadas e instruídas, no se debe descuidar la defensa por las armas de los intereses nacionales.

El sentimiento pacifista que parece imperar en nuestros días debía impedirnos hacer afirmaciones tan categóricas, que no presentaríamos jamás, por otra parte, si no estuvieran respaldadas por la opinión de los más ilustres hombres de gobierno y de los tratadistas militares más notables, cuyos argumentos han subido al escenario en la última guerra europea y en la serie innumerable de conflictos bélicos que han estallado después de ésta, con increíble multiplicidad, en todas las regiones del mundo. Hoy, con humano pesar, pero con íntimo regocijo profesional, vemos que la lección escrita en 1936 se aplica en todo y ha sido superada por la realidad que vivimos en 1941.

¿Y ahora? En 1943 . . . todas nuestras previsiones se han cumplido.

---

* Lord Fisher, Primer Lord del Almirantazgo inglés en 1912 y Comandante de la escuadra del Mediterráneo en 1936, ante la inminencia de un conflicto con Italia por la cuestión Abisinia.

LOS SISTEMAS DE OPERACIONES

La iniciativa de las operaciones correspondió a Chile durante toda la guerra. Conquistada desde los primeros días gracias al dominio del mar, proporcionó a las fuerzas de este país las mejores condiciones para lanzarse sobre su adversario, pudiendo determinar **ad libitum** el punto y el momento en que convenía atacar, para lo que, además, tenía los elementos necesarios.

Esta gran ventaja que lograron los chilenos dio a sus operaciones un aire ofensivo que, en realidad no supieron ejercitar debidamente.

La ofensiva estratégica y la ofensiva táctica.—La estrategia se puede decir que es el momento intermedio que une la política internacional de un pueblo con las crueldades del campo de batalla. Sirve, en otros términos, de prolongación inmediata de la citada política.

Por consiguiente, sus modalidades dependen en absoluto de los fines que persigue la diplomacia, en el momento en que se inician las hostilidades. Si la política ha sido agresiva, las operaciones se iniciarán por movimientos ofensivos; si medrosa, por el estancamiento defensivo. Por otra parte, como la estrategia marcha íntimamente ligada con la diplomacia y ambas a dos reglan sus decisiones según la potencia que han llegado a dar a la organización militar de su pueblo, se encuentran en condición de determinar la actitud que deben tomar las fuerzas armadas al iniciar las operaciones.

Los chilenos habían preparado la guerra de tiempo atrás, lo que en lenguaje civil resulta un crimen. Los elementos que habían acumulado, cuestión que no puede negarse ante los hechos reales, estaban embridados por la diplomacia, que permanecía a la expectativa del momento en que debía desencadenar la lucha. Esta política armamentista había sido emprendida, por otra parte, en vista de ideales políticos bien definidos y orientados hacia un fin positivo. Además, la política armamentista tiene entre sus resortes el espionaje que, al mismo tiempo que le sirve para graduar la potencia a que es necesario llegar, indica con precisión los puntos a que alcanza la capacidad guerrera del presunto contendiente; estas informaciones permiten adquirir la sensación de superioridad y juzgar del momento en que el equilibrio, entre ambas potencias, es favorable al que planea la guerra.

Vemos, pues, que Chile tenía fines políticos determinados, poseía mayor poder ofensivo y conocía las dificultades que pesaban sobre sus adversarios, y era lógico que tendiera a explotar estas circunstancias favorables, con apresuramiento, antes de que una causa ajena o imprevista rompiera el favorable equilibrio que había obtenido con su esfuerzo. Esta serie de consideraciones lo determinaron a emprender la ofensiva, moviéndolo, principalmente, el deseo de apoderarse de los ricos territorios que codiciaba.

Lanzado el ejército chileno a la ofensiva estratégica, por este simple hecho cobraba sobre sus adversarios cierto ascendiente que, tras de acrecentar sus ventajas iniciales, le daba una fuerza moral

que se extendía desde el primero al último de los hombres, con benéfica influencia para sus fines.

Los aliados reaccionaron en tanto, y con loable fervor patriótico se lanzaron a su vez a una ofensiva marítima enérgica que, impotentes, tenían que fundar en la obtención de simples triunfos parciales, que sólo esperaban de la osadía y la astucia de sus hombres de mar. Entonces, el agresor se vió tan sorprendido por esta insperada actitud, poco durables en realidad, que dejó pasar a manos de su contrario ese entusiasmo que da la ofensiva y las ventajas que proporcionan. El estancamiento de los chilenos en Antofagasta, fue síntoma inequívoco de la súbita postración que sufrieron.

Como todo el arte del estratega consiste en lanzar sobre un punto dado, en un instante calculado, el mayor número posible de fuerzas para obtener el desequilibrio de los dispositivos adversos, y como esto es función de la movilidad de que disponga el ejército que le obedece, los chilenos tenían, después de la desaparición del "Huáscar", el campo abierto para lanzarse a su antojo sobre el o los puntos que juzgaran favorables. A partir de ese momento, recuperada la libertad de acción en los mares, llevaron sus fuerzas por repetidas veces a distintos puntos del litoral peruano, conservando la iniciativa de las operaciones que permite y favorece la ofensiva estratégica.

La movilidad facilita la ofensiva desde otro punto de vista: proporciona rapidez para ganar en sus movimientos al enemigo, y esto sirve para adelantarlo en sus disposiciones efectuando desplazamientos que son para él inopinados e imprevistos. Disponiendo de rapidez y secreto, elementos de la sorpresa que es factor principal del éxito, los chilenos disponían de esta otra ventaja.

El único inconveniente grave que sufre un ejército que toma la ofensiva estratégica es el de alejarse cada vez más de sus centros de recursos y de la base de operaciones de que depende. En este sentido, una prolongada ofensiva estratégica desgasta al agresor más que el combate mismo, porque, tras las fatigas inherentes a los largos períodos de marcha, hostigado por las fuerzas adversas que buscan la situación más favorable para aferrarse al terreno, se ve obligado a guardar una línea de comunicaciones cada vez más larga y comprende que cada día que pasa lo lleva, en progresión geométrica, al límite de su ofensiva, es decir, a un probable desastre. Es por esto que se da a las fuerzas encargadas de la ofensiva mayor poder que el requerido, a fin de que lo conserve siquiera en parte cuando lleguen frente al adversario. Salvado este grave inconveniente, que ha ocasionado el fracaso de ejércitos aguerridos y bien dotados, la ofensiva estratégica es el sistema que más permite aproximarse a la victoria.

Ahora bien, adrede se ha dejado correr la pluma en la anterior digresión sobre el inconveniente capital de una prolongada ofensiva estratégica, sin haber pretendido, sin embargo, agotar el tema, para hacer resaltar que ni siquiera este inconveniente tuvieron que vencer los chilenos.

Efectivamente, sus ofensivas estratégicas fueron siempre lanzadas a corto radio. Solamente emprendieron marcha terrestre hacia el enemigo antes de la batalla de Tacna, por craso error en su dispositivo inicial. En la campaña de Tarapacá no se animaron a

avanzar luego que pusieron el pie en el litoral, estableciéndose cerca de sus barcos como quien no quiere perder la oportunidad de retirarse; y si en Tacna avanzaron fue porque la impotencia del enemigo no les permitió ofrecer la batalla defensiva que habían ideado. En la campaña de Lima el desplazamiento de Lurín a San Juan fue una simple marcha de aproximación, que es del dominio de la táctica. Sus ofensivas estratégicas fueron, pues, simplemente marítimas.

Otra razón para que los chilenos no sufrieran los inconvenientes de la ofensiva estratégica fue la actitud del defensor que, por deficiencias que luego estudiaremos, se limitó a permanecer en el litoral, como en San Juan y Miraflores por ejemplo, al alcance de los cañones de la Escuadra chilena; así, el invasor estaba de plácemes, pues los peruanos se le ofrecían plantados y cerca de la orilla del mar.

En fin, los chilenos no se alejaron jamás de sus bases porque éstas eran sus barcos y las razones ya enunciadas les permitían actuar al pie de ellos, sin correr riesgo alguno.

Ninguna desventaja afligió, pues, a los chilenos que, a pesar de esto, pasaron momentos críticos y difíciles, que su adversario, falto de medios, estaba incapacitado para explotar.

La ofensiva estratégica debe continuarse lógicamente por la agresión táctica, ya que la primera supone mayor capacidad ofensiva que se debe aprovechar tan pronto como se ha logrado llegar cerca del enemigo; pues, estando entendido que sólo el choque de las tropas proporciona la decisión, no basta con llegar en orden y en buenas condiciones frente al punto de aplicación, si no se emplean sobre él las fuerzas que tan cuidadosamente se han orientado y conducido.

Pero, la ofensiva táctica es de difícil ejecución, porque exige condiciones especiales en la tropa y en el mando.

Este último tiene que emplear todo su talento para buscar informaciones y coordinarlas de modo de formarse el cuadro más completo de la situación y condiciones del enemigo; tiene que demostrar juicio especial para plantear la operación que piensa realizar, orientar a las tropas, armar en todas sus piezas, por decirlo así, una maquinaria de ataque.

No basta que el comando oriente a las fuerzas sobre los objetivos que han de conquistar: es necesario que las compense y equilibre; que designe, a priori, una dirección general de ataque y que determine, valiéndose generalmente de la especie de adivinación que proporciona la experiencia, el punto en que se debe hacer el esfuerzo principal, preparando, además, el debilitamiento del enemigo en este punto para conseguir todo el efecto deseado. El jefe debe, por otra parte, organizar su dispositivo de tal manera que se encuentre en condiciones de parar todas las eventualidades.

En los ejecutantes, la fatiga que origina la marcha hacia el enemigo y la tensión nerviosa que ésta representa; los obstáculos que el defensor interpone para impedir la progresión; el hecho de que deban pasar a veces largas horas bajo el fuego, esperando el momento oportuno del ataque; la circunstancia de tener que abandonar las cubiertas que ocupan al ponerse en movimiento, dando a

conocer sus fuerzas y sus intenciones al enemigo en posición, que procura ocultarse para actuar sorpresivamente, son inconvenientes gravísimos que sólo puede vencer una tropa bien mandada, que sea enérgica y se encuentre suficientemente dotada de elementos de guerra.

Por estas razones los chilenos no emprendieron nunca la ofensiva táctica, sino cuando no pudieron tomar otra resolución y contando con que el defensor, por la improvisación de efectivos, era generalmente más bisoño. Además, es fácil ver, según el párrafo anterior, que los chilenos no tuvieron que vencer ninguno de los inconvenientes inherentes a la ofensiva táctica puesto que, cuando la emprendieron, fue con todas las ventajas de su parte.

En las ocasiones en que los peruanos tomaron la ofensiva táctica, el éxito fue para ellos franco y decidido, hasta que por falta de elementos de lucha se vieron obligados a regresar a su línea de defensa, o a paralizarse, lo que demuestra que el carácter nacional se presta para la ofensiva en el campo de batalla.

La defensiva estratégica y la defensiva táctica.—Excepto algunos gestos breves en el campo estratégico, realizados por la marina peruana, los aliados se vieron condenados a la defensiva más innocua.

Algunas operaciones ofensivas limitadas al campo táctico, como San Francisco, Tarapacá, Marcavalle y 2º Pucará, San Pablo, Huamachuco y vigorosas fases ofensivas dentro del marco de las batallas defensivas, como el contraataque de Camacho y Castro Pinto en Tacna, el golpe ofensivo de Cáceres y Suárez en Miraflores, aclararon el sombrío cuadro en que, por imprevisión y miopía espiritual de los dirigentes de la cosa pública, se debatieron los soldados peruanos desde el triunfo de Quillagua en 1879, hasta la escaramuza de Huasacachi en 1883.

La defensiva estratégica es fruto de una política estadual defensiva y timorata, que no ha considerado la guerra como uno de los problemas nacionales que está llamada a resolver.

Nace innegablemente de una impotencia manifiesta, o por lo menos consentida, que sólo se reconoce cuando la guerra ha presentado sus primeras dificultades, obligando al menos provisto de medios de lucha a paralizarse en espera de su adversario que, desde sus primeros pasos, conquista la iniciativa de las operaciones y con ella la más amplia libertad de acción.

La defensiva estratégica ofrece grandes ventajas desde algunos puntos de vista: el ejército que la adopta se sostiene fácilmente en la región que ocupa, pues, él mismo ha escogido el lugar que le conviene; no sufre desgaste alguno por cuanto permanece estacionado, no corriendo más riesgo que el de las epidemias, evitables, que se producen en las grandes aglomeraciones de hombres; su estabilización favorece los abastecimientos y permite, asimismo, un juego más eficaz de las informaciones; cuando el enemigo se aproxima, puede aprovechar de sus faltas introduciéndose en cuña entre los agrupamientos que éste haya constituído para facilitar su marcha. Además, las fuerzas que permanecen a la defensiva estratégica se benefician utilizando todos los obstáculos que se interponen entre ellas y el agresor; conociendo el terreno que han escogido y

preparado, pueden infligir grandes pérdidas al adversario antes de llegar el choque decisivo; suscitándole inconvenientes en el abastecimiento, preparándole sorpresas, rodeándolo de la hostilidad de los habitantes, si se actúa en el propio país obtienen ventajas parciales que son de gran importancia para madurar favorablemente la decisión.

Existe otra forma de defensiva estratégica que consiste en retroceder ante el enemigo para desgastarlo, en tanto que el defensor se va replegando a las propias bases; esta operación puede tener por finalidad atraer al enemigo a un terreno preparado, o desviarlo en su avance sobre un objetivo geográfico o ganar tiempo hasta la llegada de elementos de guerra de que está desprovista o preparar la formación de fuerzas de complemento, o, por último, esperar el resultado de una alianza y la actitud de otros países.

Sin embargo, la defensiva estratégica tiene algunos graves inconvenientes.

En primer término, de por sí, no proporciona la decisión, viéndose obligada a aceptar la paz que el enemigo le ofrezca cuando se encuentre cansado de la lucha, pero con sus fuerzas casi intactas. La defensiva estratégica cederá parte del territorio que después se verá obligada a reconquistar. Sus tropas se desmoralizarán en el ocio de un estacionamiento prolongado, y dejarán escapar las oportunidades que se presentan para infligir golpes al enemigo, siendo de advertir que, para que estos golpes tengan buen resultado, se necesita disponer de una efectiva superioridad táctica. Un adversario activo y vigilante podrá amenazar continuamente este forzado descanso del defensor, amagándolo por la espalda y sobre sus líneas de comunicación.

Aparte de todos estos inconvenientes, la defensiva estratégica más activa, no obtendrá nunca la victoria, sino, cuando mucho, retardará la derrota.

En fin, para que este sistema de guerra dé, siquiera sea una parte de los resultados que de él se esperan, las fuerzas deben ocupar un lugar en que estorbando realmente al enemigo, hostigándolo y sin perder el contacto lo obliguen a atacar; de lo contrario, se volvería a la guerra de posiciones del siglo antepasado.

En cualquier caso, sea como fuera, nótese que la defensiva estratégica debe ser activa.

La defensiva estratégica puede ser seguida por la ofensiva táctica.

En este último caso responde por completo a su esencia misma, pues no ha servido sino como un tiempo de espera para desgastar al enemigo, que aparece ante ella empobrecido, dividido, lejos de sus bases, con una línea de comunicaciones muy larga, en un terreno desconocido, donde su contrario le ha preparado una sucesión de celadas.

Pero, cuando la impotencia del defensor es manifiesta, le sucede la defensiva táctica, que tiende a desgastar más aún al enemigo en el campo de batalla, para lanzarse al ataque cuando se juzgue que la oportunidad es propicia. Esta es la defensiva táctica activa o defensiva agresiva.

Ahora, sin insistir en consideraciones ya expuestas en los capítulos que preceden, recordemos que los aliados en Tacna y los peruanos en San Juan y Miraflores practicaron la defensiva, tanto estratégica como táctica, y ambas absolutamente pasivas, por falta de organización, por falta de elementos de lucha, por la improvisación de tropas y comandos, por la ausencia de servicios que le dieran la requerida movilidad y por alguna otra causa.

Los ejércitos de heroicos soldados y decididos y bravos jefes que lucharon por el Perú en esta Guerra, no estaban preparados para sostenerla, dado el rigor y premeditación con que la conducía el enemigo, en ejercicio de las leyes bélicas usuales.

Adaptamos del cuadro de Willisen* la síntesis sobre los resultados que se pueden pedir a las formas fundamentales de la guerra.

La defensiva estratégica y táctica, a la vez, da como resultado en caso de ganarse la batalla, una situación completamente indecisa, como la que tuvieron los chilenos después de San Francisco; y en caso de perderse, origina la destrucción de las fuerzas y la pérdida del territorio, como en Tacna, San Juan y Miraflores para los peruanos.

La defensiva estratégica continuada por la ofensiva táctica, da como resultado en caso de ganarse la batalla, una victoria sobre el mismo campo sin resultados para el conjunto de la campaña o de la guerra; tal sucedió para los peruanos en la batalla de Tarapacá. En caso de perderse, le sucede la retirada, con el objeto de volver a tomar la ofensiva táctica; esto ocurrió a los peruanos en la batalla de San Francisco, ya citada.

La ofensiva estratégica y la defensiva táctica, darán lugar, en caso de ganarse la batalla, a que el enemigo quede en condiciones de seguir batiéndose; ocurrió esto para los peruanos cuando el primer combate de Pucará. En caso de perderse la batalla, se estará en condiciones de recuperar una situación estratégica favorable, lo que ocurrió a del Canto después de ser batido en Marcavalle y segundo combate de Pucará.

La ofensiva estratégica y táctica da lugar a la destrucción del enemigo y a la conquista del territorio si se gana la batalla, como en Tacna o en Arica para los chilenos; y si se pierde la batalla, sólo obligará a renunciar momentáneamente al plan inicial, a este caso se podría asimilar la actuación de Cáceres en Huamachuco.

LA DEFENSA NACIONAL

Este tema no puede ser tratado con la debida extensión, porque su estudio presenta ciertos inconvenientes. En primer lugar, sus puntos capitales tienen las más de las veces carácter reservado y no deben ser dados a conocer sino en forma de generalidades. El hecho de no poder profundizar en la materia, le hace perder todo su interés.

Otras cuestiones referentes a la defensa nacional son del dominio de la mayor parte de los oficiales y, por consiguiente, huelga ocuparse de ellas; pero no estará demás recordar algunas consideraciones relativas al plan general, al espíritu público, a la instrucción técnica y a los elementos de guerra.

* Teoría de la Gran Guerra. Berlín.

PLAN GENERAL

Lo que puede darse por establecido, es que la defensa de cualquier pueblo debe obedecer a planes de guerra que señalen rumbos perentorios, los que deben ser detalladamente establecidos por los mismos dirigentes en materia militar, con el objeto de reglar, uniformar y coordinar los esfuerzos nacionales, que deben ser encauzados en su totalidad, a un fin común. Sin finalidades claramente definidas, sin faro, sin norte o sin guía, todo es vacilante, vago e inconsistente.

Estos planes deben estar basados, fundamentalmente, en el aserto de Federico el Grande: "La espada en la mano, guarda en su vaina la del vecino".

Para poder acertar en la formación de planes, se debe tener la convicción profunda de la guerra y de su probable realización. Los plazos se hacen más premiosos cuando no sólo se considera la guerra como posible, sino como inmediata; entonces, con la idea de que se produzca tal vez mañana, el interés por la preparación militar se acrecienta.

Los dirigentes que escatiman a su ejército el merecido y necesario aprecio porque no creen en la posibilidad de una guerra, incitan al pueblo a repudiar las cargas del servicio militar, que éste juzga innecesarias, y provocan la desmoralización del oficial que creyendo que su papel social ya no consiste en labrar afanosamente y con orgullo el camino que lleva a la victoria, descuida sus funciones y se resigna a vivir en una atmósfera vergonzante que su imaginación vuelve más hostil de lo que es en realidad.

Toda nación que no cree en el sagrado deber de su propia defensa, no merece formar en las filas de las demás y, más pronto de lo que espera, encontrará la humillante derrota en sus propios campos, que verá llenos de soldados enemigos.

Sin contar el juego de las alianzas que permiten en algunos casos mantener el equilibrio internacional, cualquiera nación debe pagar una fuerte prima de seguro creando y sosteniendo un Instituto Armado eficiente, lo que exige una serie de realizaciones complicadas y ciertamente costosas, que limitarán los riesgos de guerra, que son mucho más caros, y están tanto más próximas cuanto más lejanos parecen estar.

EL ESPIRITU PUBLICO

Si en la guerra que estudiamos hubieron ideas erróneas sobre la hecatombe que ella representaba, hay que luchar ahora contra esa romancesca concepción y contra el imperio de la abstracción que, sin dar garantías efectivas, asegura que la guerra sólo se hallará en las páginas de la historia. Hoy, parécenos que el problema pacifista ha quedado definido por varias centurias.

La defensa nacional debe constituir empeñoso anhelo para los buenos patriotas, a fin de no dar lugar a que la espada, que debió hace tiempo salir de su vaina, se enmohezca en ella.

Numerosos factores remueven en nuestros días la conciencia del pueblo y le dan claro sentido de las posibilidades nacionales.

Cuando, prosiguiendo por este camino, se dé al aborigen el sentimiento de su fuerza, aunque fuéramos arrastrados en la conmoción que ese despertar definitivo produzca, se habrá adquirido la más estable base de la grandeza nacional.

La unidad de aspiraciones, la fusión de tanto anhelo en uno solo, hará que pronto el país decuplique su potencia.

Descubrir al indio nuestras ambiciones, asociarlo íntimamente a nuestra marcha, hacer que ensanche su propio horizonte abarcando los amplios linderos de la gran heredad nacional, es lo que los militares profesionales buscan, y han logrado ya en parte, desde hace años.

En todo caso, no se debe olvidar que el ejército es sólo una concreción de la virilidad, del espíritu nacionalista, de la fe del pueblo en sus propios destinos. El ejército es el pueblo en armas; es el crisol de la democracia; sus jefes y oficiales vienen de todas las clases sociales y no forman casta aparte. Esta es una de las brillantes adquisiciones del demos: el pueblo atiende a su propia defensa.

Si esto se acepta, "no debemos esperar que exista un ejército de espartanos o de atenienses, en una república del Bajo Imperio Romano" *.

Se debe, además, desarrollar el espíritu militar de la Nación.

El primer medio para obtenerlo consistirá en rodear a los oficiales de la más distinguida consideración. Entre los servidores del Estado, los que hacen vida más abnegada, los que trabajan más en silencio, los únicos que por su rol social tratan a diario, desde la misma altura, con el potentado como con el humilde hombre del pueblo que pasa por las filas, son los oficiales. Ellos forman el nexo más directo entre el Estado y las masas, a las que dan instrucción general y militar, y educación moral y cívica.

Dirigentes previsores deben desarrollar el espíritu militar de la Nación con simples y justas medidas. Debiendo tener en cuenta que existe una gran diferencia entre el espíritu militar y la exaltación moral, momentánea, que puede producirse por un simple arranque de patriotismo.

La exaltación moral puede crearse hasta en algunos días entre las filas de un batallón recién organizado, pero, así como germina y se desarrolla pronto, es planta de poca raigambre que se agosta al menor pánico que experimente esa masa de hombres, sujeta a los fenómenos de la psicología de las multitudes.

El espíritu militar es, en cambio, la piedra de toque de todos las virtudes y de todos los heroísmos. Es una superación espontánea, que da como fruto la íntima conciencia del deber, la abnegación ilimitada, el amor a la gloria; superación creadora que determina gestos como los de Bolognesi y Grau.

Se debe procurar que este espíritu anime preferentemente a los cuadros; la tropa, que ellos conducen a la victoria, reflejará la virtud y entusiasmo guerrero que anime a sus jefes.

Para lograrlo, es necesario recompensar ampliamente el valor, el espíritu de trabajo, el amor al servicio. No sólo se debe cas-

* "La Revolución de julio de 1872" Defensa de Fernando Casós

tigar el delito o la falta, sino premiar la resignación, la disciplina, que debe ser más de fondo que de forma, el sentimiento del deber, virtudes sin las que no hay ejército eficiente. Que los cuadros se penetren bien, sobre todo entre hombres de viva imaginación como los nuestros, que vale más la serenidad y el tesón ante los reveses que el entusiasmo en el éxito.

Sin un profundo amor a la Patria, íntimo y consciente, que es fácil de crear cuando se dispone de los medios propios de la autoridad, no pueden desarrollarse las demás virtudes. Sin este amor, el ejército no tiene cohesión y disciplina; no es tal ejército, sino una muchedumbre con cañones; y la oficialidad que lo forma, se convierte en un grupo, heterogéneo, de arrogantes empleados a caballo.

Por eso algún escritor, ha considerado la derrota como el primer paso hacia la victoria vindicadora. El desastre da el sentimiento de la propia debilidad y crea el deseo de la revancha; desde el momento en que se le sufre, el espíritu militar tiene un faro que ilumina su marcha y que, atrayendo las miradas a lo alto, hace olvidar los tropiezos, fatigas y peligros del camino.

LA INSTRUCCION TECNICA

Cada día la guerra es más complicada. A la inversa de lo que antes sucedía, cuando había oficiales llamados de "doble mano" porque tan pronto mandaban unos jinetes, como una compañía o un bergantín; ahora el oficial no tiene tiempo para conocer todos los secretos de su propia Arma, más los conocimientos anexos, llamados especiales.

Hoy no podría suceder lo que ocurrió en la Guerra del Pacífico, en que se notó, sobre todo del lado chileno, un desmedido afán de los civiles por dirigir las operaciones de guerra. Esto originó no pocos fracasos con la pérdida consiguiente de vidas, sacrificadas innecesariamente.

Dos causas principales provocaron tal situación: la falta de cuadros preparados durante la paz, en los países beligerantes, obligó a improvisarlos a la movilización, distribuyendo los comandos inferiores entre los jóvenes más cultos y de ardiente patriotismo. Faltaron también jefes para las unidades mayores y, en lugar de confiar el mando a los militares de más alta jerarquía o de cualquier grado, con tal de que la experiencia en el servicio les hubiera enseñado algo de la profesión, dándole ese sello particular que necesita el jefe de guerra y ese conocimiento profundo de la psicología del soldado que sólo se aprende viviendo con él, se improvisaron altos jefes entre las personas que se juzgaba más distinguidas y que, por su situación en las filas de la política, se les creía aptas para comandar brigadas o divisiones. Peor aún fue la intromisión de políticos de elevado rango en la dirección general de las operaciones, de las que tenían el más raro concepto, juzgando el transporte estratégico de las tropas con criterio de agentes navieros y considerando la batalla como un mitin, grandioso y sangriento.

La segunda causa de la existencia de tanto "aficionado" entre las filas de los ejércitos beligerantes, fue la desconfianza en la

capacidad de algunos jefes que, en el lado chileno, fueron substituídos por civiles acuciosos, influyentes en la política, que dudaban de la aptitud de los militares porque éstos no habían dado pruebas de sus conocimientos del Arte de la Guerra*.

La falta de cuadros, y la desconfianza en la capacidad intelectual de los militares, que nunca habían acreditado conocimientos superiores, fueron las causas de esa invasión del elemento civil que, en la hora crítica de la lucha, hacía costosos y sangrientos ensayos en una técnica que le era absolutamente desconocida.

No vale la pena agregar una sola palabra sobre la aberración militar y estupendo error político, que significó improvisar un Generalísimo, casi en el campo de batalla. Pero... Gambetta había dado el ejemplo en Francia, 10 años antes, y pareció que era posible copiarlo.

Un tratado de estrategia o de táctica que se escribiera en el Perú, podría llamarse De la Guerra en los Andes, para atraer la atención del lector hacia la única que puede realizarse en este país y en los limítrofes, ya que no se debe suponer que el flagelo va a caer de nuevo sobre nuestro propio territorio.

Las operaciones en la costa son de desarrollo lento y difícil y las batallas decisivas, como las de la Emancipación, siempre tendrán por decoración de fondo los elevados picachos de la cordillera.

Partiendo de esta seguridad, se puede afirmar que la instrucción debe ser desarrollada con miras a la guerra de montaña. Los cuadros, especialmente, y las tropas, deben ejercitarse en la sierra con tanto ahinco, que se les llegue a considerar como "tropas andinas".

Luego que el ejército sea apto para marchar y combatir en la sierra, un simple período de aclimatación lo hará eficiente para batirse también en la costa, llana y soleada.

La tropa, reclutada en su mayor parte en la sierra, necesita una sólida instrucción que no sea olvidada, al pasar, del cuartel al hogar, el gigantesco tabique de los Andes.

La especialización y la simplificación de los procedimientos de instrucción, permitirán obtener resultados bien adquiridos y seriamente arraigados.

Se debe tener presente que el soldado no especialista puede ser siempre, improvisado pero, nada más que el soldado, casi nunca el oficial subalterno y jamás el oficial superior.

Un ejército europeo se encontraba hace poco condenado, por los tratados a mantener bajo banderas sólo un reducido número de hombres; esta dura imposición dio lugar a un beneficio positivo, pues, seleccionando los cuadros, ha organizado el armazón de una formidable máquina de guerra, cuyo valor dependerá de la eficiencia de estos soldados profesionales que se ejercitarán indefinida y eficazmente, esperando los efectivos que han de formar las unidades de guerra y que se preparan en la vida civil*.

---

* Así lo evidencian las cartas del Presidente Pinto y del Ministro Sotomayor, como hemos visto al tratar de la preparación del Alto de la Alianza.

* En 1936, nos referimos a Alemania: hoy, el Lector juzgará cómo tuvimos razón.

Entre nosotros, como el hombre de fila necesita adiestramiento físico e instrucción general y militar, no podrá llamársele a última hora; pero, nada impedirá que aparte de los cuadros permanentes, cada escuadra esté formada en la movilización por tres reclutas, dos licenciados y un soldado en servicio, con tal que sean eficientes los especialistas de la compañía.

LOS ELEMENTOS DE GUERRA

Grave y triste fue la crisis que atravesaron los ejércitos aliados al iniciarse la guerra. Se había consumado el peor crimen que pueden cometer los hombres de Estado: el de imprevisión.

No rememoraremos, por demasiado sabidas, las calamitosas condiciones en que las fuerzas aliadas se vieron lanzadas a la lucha. En cambio, repetiremos, que se debe señalar a los organismos estaduales responsables, pues lo contrario sería abultar indebidamente las victorias del enemigo y acusar injustamente al heroico soldado peruano, que supo recorrer todo el país, imponiéndose por su valor al adversario, provisto sólo de unas "ojotas" recortadas y cosidas por él mismo, cargando un fusil anticuado con escasos cartuchos y luchando al final, sin bayoneta.

Tal vez esta sea la más palpable y conocida de las experiencias adquiridas en esa lucha, y en ello nos fundamos para desear que se de al soldado, hasta con exceso, todos los medios necesarios para imponer su voluntad al enemigo.

La febril actividad que actualmente desarrolla la industria bélica y la experiencia de las actuales sangrientas guerras —pesadilla de sinceros pacifistas, y rotundo mentís de tenebrosos y cobardes derrotistas— hace mejorar cada día los elementos de lucha ya conocidos, sustituye algunos y crea nuevas armas. El gasto que representaría seguir con el día estas modificaciones, obliga a ser prudente y parsimonioso en la adquisición de elementos bélicos; pues, adelantándose a hacerla, se corre el peligro de quedar atrasado al iniciar una guerra o de encontrarse, lo que sería más grave, con una inútil y costosa ferretería, sin aplicación alguna.

Pero, si todo indica la inconveniencia de depositar en los propios arsenales una dotación completa de armas, en cambio, nada se opone a que los contratos de adquisición estén firmados y cancelados desde ya, con cargo de escoger el completo de esas armas en cualquier momento, entre las mejores, y de recibirlas al primer aviso.

El instante más crítico de un ciclo de operaciones bélicas es aquel en que —al iniciarlo— se pasa del pie de paz al pie de guerra.

En Francia, y todos los hispánicos hemos tomado el mismo vocablo sin averiguar con precisión su etimología, esta fase inicial se designa con el nombre de movilización; expresión literal, mal traducida por ellos y tomada fonéticamente de la expresión alemana correspondiente, que fue creada para señalar un reino de ideas y un complejo de realizaciones muchísimo más extenso.

La voz alemana original, **mobilmachung**, quiere decir "mover la máquina" o sea, ponerla en marcha, o bien, hacerla entrar en acción. Entre nosotros, el equivocado reemplazo de esa palabra por

un neologismo que no dice nada al entendimiento, y también el mal uso, nos ha conducido a restringir la idea que ella expresa, limitándola al simple desdoblamiento de efectivos y al correspondiente completamiento del material y elementos bélicos. Por esto es que al hablar de la entrada en guerra, todos nos ponemos a comentar los planes de movilización, únicamente.

Ahora bien, **mobilmachung** es mucho más: representa el conjunto de previsiones y realizaciones que sacan a las fuerzas armadas del cuartel para orientarlas hacia el campo de batalla. Es verdad que significa: 1º, aumentar efectivos y distribuir el material, tarea de organización estudiada en los Planes de Movilización, propiamente dichos; que no hacen sino "armar la máquina", poniéndola en condiciones de funcionamiento eficiente, y, 2º, asegurar sus reemplazos y abastecimientos, es decir, proveerla de repuestos y combustibles, para obtener la seguridad de que marchará sin interrupciones.

Pero eso no basta, una vez armada y provista, para moverla o sea para ponerla en acción, hace falta conocer otros datos del problema, que deben ser preparados desde la paz, y que, simplemente, enumeraremos.

En primer lugar, debe estar bien estudiada y perfectamente definida la Finalidad de la Guerra, que se traduce en una "misión que el Estado imparte a su Ejército" para cada caso, y que constituye el o los Planes de Guerra. Estos planes han de estar fundados en una bien condicionada Política de Guerra que un país cualquiera, por pacifista que se crea, debe tener con respecto a cada uno, o a varios reunidos, de sus posibles adversarios; serán fundados, también, en la investigación y cálculo exacto de las Posibilidades del Enemigo: históricas, políticas, económicas, geográficas y bélicas; y basadas, finalmente, en el propio Plan Económico que financia la Guerra y que constituye su nervio.

En segundo término, la entrada en acción, o sea, la puesta en marcha de la maquinaria bélica, la **mobilmachung**, requiere que se hayan formulado, asentándolos en fundamentos histórico-militares, los **Planes de Campaña**, deducidos de los de Guerra, que representan la "intención del Comando" para cumplir la misión que se le ha señalado. Los planes en cuestión constituyen un verdadero estudio de las posiiblidades de acción que quedan reguladas y determinadas en los **Proyectos de Operaciones**, establecidos para las contingencias varias de la lucha. Estos últimos están formados por una serie de previsiones iniciales, que constituyen subplanes primordiales: informaciones, cobertura, concentración, despliegue estratégico; bombardeos aéreos, bloqueos; y por otra serie inicial, no menos importante, de previsiones o subplanes subsidiarios, o consecuentes, de los anteriores: dotaciones, abastecimientos y sus transportes, comunicaciones, transmisiones, etc.

Mobilmachung es, pues, tanto: armar la máquina y garantizar su funcionamiento (movilización propiamente dicha); como: señalar con exactitud la finalidad para la que se va a mover, y, determinar la forma y oportunidad en que deberá moverse, para que dé su mayor rendimiento.

La preparación de esta fase inicial de la lucha exige profunda y continuada labor en la que intervienen muchos organismos y a la que un Comando celoso de sus deberes para con la Patria, ha de dedicar no sólo la mayor atención, sino las potencias todas de su espíritu, llegando hasta el sacrificio de su carrera, inclusive, cuando no logra ser oído o cuando se le escucha mal.

Al General no le hace mucha falta, sobre todo en la paz, el antiguo valor físico que se pedía al viejo guerrero cruzado; pero, en cambio, si actúa con plena conciencia de su cargo y función, lo que necesita ostentar, imperiosamente y en grado sumo, es la más nítida entereza e integridad, el más elevado y sereno valor moral.

Es efectivo que todas las agrupaciones humanas, pueblos o ejércitos, están buscando hombres, personeros, que quieran decir la verdad.

El Caudillo, llámese como quiera, no se puede justificar de nada ante la posteridad: debe tener éxito; no existe para él otro camino.

La fuerza armada a diferencia de cualquier otro de los organismos que crea y sostiene el Estado para servir los intereses de los asociados, tiene una misión muy clara y definida, esta misión es vencer.

Cualquier dependencia política o administrativa puede cumplir mal o bien su papel; porque, tan luego como se comprueba su deficiencia, se le suprime o reorganiza y su fracaso, en la peor contingencia, sólo origina un pequeño trastorno en la vida pública, sin perjudicar radicalmente la existencia de la Nación.

Las fuerzas armadas, en cambio, no tienen varios caminos que escoger; su entretenimiento no obedece sino a un solo fin, ya indicado más arriba; en consecuencia, se debe hacer el más grande esfuerzo para tenerlas en el mejor pie, o, de lo contrario, habrá que suprimirlas. Un Ejército organizado a medias, que no fuera apto en cualquier momento para llenar su papel, sería un peligro en todo orden de cosas y los gastos que ocasionara constituirían un delictuoso derroche de los dineros fiscales y un terrible engaño y mistificación para la Patria.

Un Ejército eficiente es algo que no tiene precio en un país: en el orden social, es la única garantía y constituye la mejor escuela de civismo y deber; favorece el desarrollo nacional, porque es un seguro de paz y de orden interno; permite que las relaciones internacionales se mantengan decorosamente, asegurando la supervivencia de la Nación.

No hay que olvidar que la misión a que está llamado en cualquier instante, para salvar la vida y el honor nacional, no permite reorganizarlo a última hora y, años antes de que llegue aquel momento, es o no eficiente, o vence o fracasa, según la organización que haya tenido y según el cariño con que se le trate. La Victoria no se obtiene con ideas de última hora; el camino de la imprevisión lleva a la improvisación y ésta, indefectiblemente, conduce al desastre.

En fin, el fracaso de las fuerzas armadas en el momento de la lucha no es fácilmente remediable. Este fracaso es el más duro gol-

pe que puede recibir la nacionalidad, y la herida que origina no se puede restañar sino en largos años de triste y humillante convalecencia.

La organización de los ejércitos y su perfeccionamiento continuo, en cada país, no obedece a necesidades particulares o exclusivas de tal o cual sector social o político. Suponer esto, sería tan absurdo como querer defender a la Nación, cuando esté amenazada por la guerra, sólo con una parte de su fuerza, siendo así que es el todo el que se encuentra en peligro.

El pueblo que declara que no desea ni buscará la guerra, suceda lo que quiera: destruye de hecho toda aspiración nacional; aniquila el espíritu militar, que no es —a pesar de las teorías pacifistas o derrotistas— sino la superación del espíritu cívico que anima y cohesiona a las masas; se sitúa **ipso facto** en plano de manifiesta inferioridad y entonces... lejos de alejar el fatídico fantasma de la guerra que lo aterroriza... atrae sobre sí la ambición y cínica concupiscencia de los pueblos que lo rodean y que esperan el instante propicio para hacer fácil presa de aquel que no quiso ver los peligros que lo acechaban.

Descuidar la preparación para la guerra, afirmando que la Nación puede escudarse en su propia debilidad; asentar tan absurda mistificación en el espíritu público —muy diferente de la opinión pública— es la tarea en que viven empeñados algunos hombres que, ignorando los vínculos históricos que nos unen y olvidando los deberes y derechos que nos señala nuestra historia externa, quieren satisfacer a las masas en su anhelo, ya no de libertad y orden constituído, sino en su torvo y mal calculado afán de libertinaje y supresión de obligaciones morales y materiales para con el Estado. Estado que pretenden desconocer, puesto que abominan de sus representantivos y epónimos, y reniegan de las fronteras, que son los límites dentro de los que esas mismas masas viven, en el sentido filosófico del vocablo, gracias al Estado y a sus defensores. Las leyes del vencedor serán siempre más duras que las que nos impongamos, libre y consentidamente, por nuestro propio albedrío.

El sentimiento pacifista —de vitrina— que parecía imperar hace poco condenaba las anteriores afirmaciones. Pero, nos demuestran lo contrario, la rudeza de la lucha en el Chaco, la difícil situación bélica que atraviesan algunos países en el Asia Meridional, la conquista de Abisinia, las recientes y actuales luchas en Europa y la ruptura de relaciones entre las grandes potencias ya no de un Continente, sino, hoy, del Mundo entero.

CONCEPTOS FINALES

La campana de alarma debe repicar constantemente, ensayando el somatén, para alejar los tristes dobles que siguen a la derrota. La espada de Breno ya ha hecho sentir su peso en la balanza de nuestros anhelos y aspiraciones. El mismo espíritu derrotista que algunos lucen, tara de pueblos débiles y de hombres sin brío y sin valor, se debe a los rezagos de esa parálisis de nuestra entelequia, producida por el desastre.

La guerra sigue siendo un mal necesario. Y, ese sacerdote del deber cívico, que es el oficial, no ha dejado de representar la "fuerza del derecho" que el Ejército sustenta.

Dótenlo los estadistas de los medios necesarios, con la convicción de que no son sólo las virtudes las que vencen en la lucha: ampárenlo, los que pueden darle satisfacción en sus legítimas ambiciones, para que conserve y mantenga su escala en el orden social, para que sienta con orgullo el peso del sagrado compromiso que ha contraído con la Nación, para impedir nuevos desastres por la intromisión de ensayistas civiles en el momento del peligro; y, así, confiemos todos en su fuerza y en su manifiesta sed de triunfos, que es el nódulo que lo mantiene en permanente cohesión, para bien de la Patria.

La cruenta, crudelísima y dilatada lucha de 1879 a 1884, nos ofrece las más violentas y perdurables enseñanzas sobre la guerra. A base de ellas deberán forjarse todas nuestras realizaciones bélicas.

Su estudio brinda las lecciones más preciosas a propósito de lo que es la psicología nacional.

Los éxitos y los fracasos que este libro rememora, deben servirnos de perpetua experiencia para el futuro; constituyen el más sólido eslabón de la Historia Patria, ligando nuestro esplendoroso pasado a la aurora, cada vez más refulgente, de un brillante porvenir.

Que la escuela de Valor y Sacrificio que esta Guerra significa, sea provechosa a la Nación.

APENDICE *

A.—TRATADO DE ANCON ENTRE LAS REPUBLICAS DEL PERU Y CHILE

La república del Perú, de una parte, y, de la otra, la república de Chile, deseando restablecer las relaciones de amistad entre ambos países, han determinado celebrar un tratado de paz y amistad, y al efecto han nombrado y constituído por sus plenipotenciarios, a saber:

S. E. el presidente de la república del Perú a don José Antonio de Lavalle, ministro de relaciones exteriores, y a don Mariano Castro Saldívar, y S. S. el presidente de la república de Chile, a don Jovino Novoa, quienes, después de haberse comunicado sus plenos poderes y haberlos hallado en buena y debida forma, han convenido en los artículos siguientes:

Artículo primero.—Restablécense las relaciones de paz y amistad entre las república del Perú y Chile.

Artículo segundo.—La república del Perú cede a la república de Chile, perpetua e incondicionalmente, el territorio de la provincia litoral de Tarapacá, cuyos límites son: por el norte, la quebrada y río de Camarones; por el sur, la quebrada y río del Loa; por el oriente, la república de Bolivia, y, por el poniente, el mar Pacífico.

Artículo tercero.—El territorio de las provincias de Tacna y Arica que limita por el norte, con el río Sama, desde su nacimiento en las cordilleras limítrofes con Bolivia hasta su desembocadura en el mar; por el sur, con la quebrada y río de Camarones; por el oriente, con la república de Bolivia; y, por el poniente, con el mar Pacífico continuará poseído por Chile y sujeto a la legislación y autoridades chilenas durante el término de diez años contados desde que se ratifique el presente tratado de paz. Expirado este plazo un plebiscito decidirá, en votación popular, si el territorio de las provincias referidas queda definitivamente del dominio y soberanía de Chile, o si continúa siendo parte del territorio peruano. Aquel de los dos países a cuyo favor queden anexadas las provincias de Tacna y Arica, pagará al otro diez millones de pesos moneda chilena de plata o soles peruanos de igual ley y peso que aquélla.

Un protocolo especial, que se considerará como parte integrante del presente tratado, establecerá la forma en que el plebiscito

* Véase últimos párrafos del Capítulo Preliminar de este volumen

deba tener lugar y los términos y plazo en que hayan de pagarse los diez millones por el país que quede dueño de las provincias de Tacna y Arica.

Artículo cuarto.—En conformidad a lo dispuesto en el Supremo Decreto de 9 de febrero de 1882 por el cual el gobierno de Chile ordenó la venta de un millón de tonaladas de guano, el producto líquido de esta sustancia, deducidos los gastos y demás desembolsos a que se refiere el artículo 13 de dicho decreto, se distribuirá por partes iguales, entre el gobierno de Chile y los acreedores del Perú, cuyos títulos de crédito aparecieron sustentados con la garantía del guano.

Terminada la venta del millón de toneladas a que se refiere el inciso anterior, el gobierno de Chile continuará entregando a los acreedores peruanos el cincuenta por ciento del producto líquido del guano, tal como se establece en el mencionado artículo 13, hasta que se extinga la deuda o se agoten las covaderas en actual explotación.

Los productos de las covaderas o yacimientos que se descubran en el futuro, en los territorios cedidos, pertenecen exclusivamente al gobierno de Chile.

Artículo quinto.—Si se descubrieren, en los territorios que quedan del dominio del Perú, covaderas o yacimientos de guano; a fin de evitar que los gobiernos de Chile y del Perú se hagan competencia en la venta de esta sustancia, se determinará previamente por ambos gobiernos, de común acuerdo, la proporción y condiciones a que cada uno de ellos deba sujetarse en la enajenación de dicho abono.

Lo estipulado en el inciso precedente regirá, asimismo, con las existencias de guano ya descubiertas que pudieran quedar en las islas de Lobos, cuando llegue el evento en entregarse esas islas al gobierno del Perú, en conformidad a lo establecido en la cláusula novena del presente tratado.

Artículo sexto.—Los acreedores peruanos, a quienes se concede el beneficio a que se refiere el artículo 4º, deberán someterse para la calificación de sus títulos y demás procedimientos a las reglas fijadas en el supremo decreto del 9 de febrero de 1882.

Artículo séptimo.—La obligación que el gobierno de Chile acepta, según el artículo 4º, de entregar el cincuenta por ciento del producto líquido del guano de las covaderas en actual explotación, subsistirá, sea que esta explotación se hiciere en conformidad al contrato existente sobre venta de un millón de toneladas, sea que ella se verifique en virtud de otro contrato o por cuenta propia del gobierno de Chile.

Artículo octavo.—Fuera de las declaraciones consignadas en los artículos precedentes, y de las obligaciones que el gobierno de Chile tiene espontáneamente aceptadas en el supremo decreto de 28 de marzo de 1882, que reglamentó la propiedad salitrera de Tarapacá, el expresado gobierno de Chile no reconoce créditos de ninguna clase que afecten a los nuevos territorios que adquiere por el presente tratado, cualquiera que sea su naturaleza y procedencia.

Artículo noveno.—Las islas de Lobos continuarán administradas por el gobierno de Chile, hasta que se de término, en las cova-

deras existentes, a la explotación de un millón de toneladas de guano, en conformidad a lo estipulado en los artículos 4º y 7º. Llegado este caso, se devolverán al Perú.

Artículo décimo.—El gobierno de Chile declara que cederá al Perú, desde el día en que el presente tratado sea ratificado y canjeado constitucionalmente, el cincuenta por ciento que le corresponde en el producto del guano de las islas de Lobos.

Artículo décimo primero.—Mientras no se ajuste un tratado especial, las relaciones mercantiles entre ambos países subsistirán en el mismo estado en que se encontraban antes del 5 de abril de 1879.

Artículo décimo segundo.—Las indemnizaciones que se deban por el Perú a los chilenos que hayan sufrido perjuicios con motivo de la guerra, se juzgarán por un tribunal arbitral o comisión mixta internacional, nombrada inmediatamente después de ratificado el presente tratado, en la forma establecida por convenciones recientes ajustadas entre Chile y los gobiernos de Inglaterra, Francia e Italia.

Artículo décimo tercero.—Los gobiernos contratantes reconocen y aceptan la validez de todos los actos administrativos y judiciales pasados durante la ocupación del Perú, derivados de la jurisdicción marcial ejercitada por el gobierno de Chile.

Artículo décimo cuarto.—El presente tratado será ratificado y las ratificaciones canjeadas en la ciudad de Lima, cuanto antes sea posible, dentro de un término máximo de ciento sesenta días, contados desde esta fecha.

En fe de lo cual, los respectivos plenipotenciarios lo han firmado por duplicado y sellado con sus sellos particulares.

Hecho en Lima, a 20 de octubre del año de Nuestro Señor mil ochocientos ochenta y tres.

(L. S.) J. A. de Lavalle.— (L. S.) Mariano Castro Saldívar.— (L. S.) Jovino Novoa.

Acta de canje

Reunidos, en el salón de despacho del ministro de relaciones exteriores, el señor don Mariano Castro Saldívar, ministro de estado en el despacho de gobierno, etc., encargado de la cartera de relaciones exteriores del Perú y plenipotenciario ad hoc y el señor don Jovino Novoa, ministro plenipotenciario de Chile, con el objeto de canjear las ratificaciones del tratado de paz y amistad y el protocolo complementario suscrito entre ambos países el 20 de octubre de 1883, después de haber comunicado sus plenos poderes y hallándose en buena y debida forma, procedieron a comparar cuidadosamente el texto de ambas piezas, y hallándolas conforme el uno al otro, verificaron el canje en la forma acostumbrada.

En fe de lo cual, firmaron esta acta por duplicado, sellándola con sus sellos particulares, en Lima, a veintiocho días del mes de marzo del año de Nuestro Señor mil ochocientos ochenta y cuatro.

(L. S.) Mariano Castro Saldívar.— (L. S.) Jovino Novoa.

B.—TRATADO DE 1929 ENTRE EL PERU Y CHILE Y PROTOCOLO COMPLEMENTARIO

Los Gobiernos de las Repúblicas de Chile y el Perú, deseosos de remover toda dificultad entre ambos países y de asegurar así su amistad y buena inteligencia, han resuelto celebrar un Tratado conforme a las bases que el Presidente de los Estados Unidos de América, en ejercicio de buenos oficios, solicitados por las Partes, y guiándose por los arreglos directos concertados entre ellas, han propuesto como bases finales para resolver el problema de Tacna y Arica, y al efecto han nombrado sus Plenipotenciarios, a saber: Su Excelencia el Presidente de la República de Chile, al Excelentísimo señor don Emiliano Figueroa Larraín, su Embajador Extraordinario y Plenipotenciario en el Perú, y su Excelencia el Presidente del Perú, al Excelentísimo señor Doctor don Pedro José de Rada y Gamio, su Ministro de Relaciones Exteriores; quienes, después de canjear sus Plenos Poderes y encontrándose en debida forma, han convenido en los artículos siguientes:

Artículo primero.—Queda definitivamente resuelta la controversia originada por el artículo tercero del Tratado de Paz y Amistad de veinte de octubre de mil ochocientos ochenta y tres, que era la única dificultad pendiente entre los Gobiernos signatarios.

Artículo segundo.—El territorio de Tacna y Arica será dividido en dos partes, Tacna para el Perú y Arica para Chile. La línea divisoria entre dichas dos partes, y, en consecuencia la frontera entre los territorios de Chile y el Perú, partirá de un punto de la costa que se denominará "Concordia", distante diez kilómetros al norte del puente del río Lluta, para seguir hacia el oriente paralela a la vía de la Sección chilena del ferrocarril de Arica a La Paz y distante diez kilómetros de ella, con las inflexiones necesarias para utilizar, en la demarcación, los accidentes geográficos cercanos que permitan dejar en territorio chileno las azufreras del Tacora y sus dependencias, pasando luego por el centro de la Laguna Blanca, en forma que una de sus partes quede en Chile y la otra en el Perú. Chile cede a perpetuidad a favor del Perú, todos sus derechos sobre los canales del Uchusuma y del Mauri, llamado también Azucarero, sin perjuicio de la soberanía que le corresponderá ejercer sobre la parte de dichos acueductos que queden en territorio chileno después de trazada la línea divisoria a que se refiere el presente artículo. Respecto de ambos canales, Chile constituye en la parte que atraviesan su territorio, el más amplio derecho de servidumbre a perpetuidad en favor del Perú. Tal servidumbre comprende el derecho de ampliar los canales actuales, modificar el curso de ellos y recoger todas las aguas captables en su trayecto por territorio chileno, salvo las aguas que actualmente caen al río Lluta y las que sirven a las azufreras del Tacora.

Artículo tercero.—La línea fronteriza a que se refiere el inciso primero del artículo segundo, será fijada y señalada en el territorio con hitos, por una comisión mixta compuesta de un miembro designado por cada uno de los Gobiernos signatarios, los que costearán, por mitad, los gastos comunes que esta operación requiera.

Si se produjera algún desacuerdo en la comisión, será resuelto con el voto dirimente de un tercer miembro designado por el Presidente de los Estados Unidos de América, cuyo fallo será inapelable.

Artículo cuarto.—El Gobierno de Chile entregará al Gobierno del Perú treinta días después del canje de las ratificaciones del presente Tratado, los territorios, que según él, deben quedar en poder del Perú. Se firmará por Plenipotenciarios de las citadas partes contratantes, una acta de entrega que contendrá la relación detallada de la ubicación y características definitivas de los hitos fronterizos.

Artículo quinto.—Para el servicio del Perú, el Gobierno de Chile construirá a su costo, dentro de los mil quinientos sesenta y cinco metros de la bahía de Arica, un malecón de atraque para vapores de calado, un edificio para la agencia aduanera peruana y una estación terminal para el ferrocarril a Tacna, establecimientos y zonas donde el comercio de tránsito del Perú gozará de la independencia propia del más amplio puerto libre.

Artículo sexto.—El Gobierno de Chile entregará al del Perú, simultáneamente al canje de las ratificaciones, seis millones de dólares, y, además, sin costo alguno para este último Gobierno, todas las obras públicas ya ejecutadas o en construcción y bienes raíces de propiedad fiscal ubicados en los territorios que, conforme al presente Tratado, quedarán bajo la soberanía peruana.

Artículo séptimo.—Los gobiernos de Chile y del Perú respetarán los derechos privados legalmente adquiridos en los territorios que queden bajo sus respectivas soberanías entre las que figura la concesión otorgada por el Gobierno del Perú a la empresa del ferrocarril de Arica a Tacna en mil ochocientos cincuenta y dos, conforme a la cual, dicho ferrocarril, al término del contrato, pasará a ser propiedad del Perú. Sin perjuicio de la soberanía que le corresponde ejercer, Chile constituye a perpetuidad en la parte que la línea atraviesa su territorio el derecho más amplio de servidumbre en favor del Perú.

Artículo octavo.—Los gobiernos de Chile y del Perú condonarán recíprocamente toda obligación pecuniaria pendiente entre ellos, ya sea que se derive o no del Tratado de Ancón.

Artículo noveno.—Las altas Partes Contratantes celebrarán un convenio de policía fronteriza para la seguridad pública de los respectivos territorios adyacentes a la línea divisoria. Este convenio deberá entrar en vigencia tan pronto como la provincia de Tacna pase a la soberanía del Perú.

Artículo décimo.—Los hijos de los peruanos nacidos en Arica, se consideran peruanos hasta los veintún años, edad en que podrán optar por su nacionalidad definitiva y los hijos de chilenos nacidos en Tacna, tendrán el mismo derecho.

Artículo undécimo.—Los Gobiernos de Chile y del Perú, para conmemorar la consolidación de sus relaciones de amistad, resuelven erigir en el Morro de Arica un monumento simbólico sobre cuyo proyecto se pondrán de acuerdo.

Artículo duodécimo.—Para el caso en que los gobiernos de Chile y el Perú no estuvieran de acuerdo en la interpretación que den a cada una de las diferentes disposiciones de este Tratado, y en que, a pesar de su buena voluntad no pudieran ponerse de acuerdo, decidirá el Presidente de los Estados Unidos de América la controversia.

Artículo décimotercero.—El presente Tratado será ratificado y sus ratificaciones serán canjeadas en Santiago tan pronto como sea posible.

En fe de lo cual, los infrascritos Plenipotenciarios firman y sellan el presente Tratado en doble ejemplar, en Lima, a los tres días del mes de junio de mil novecientos veintinueve.

E. Figueroa (L. S.).—Pedro José Rada y Gamio (L. S.)

PROTOCOLO COMPLEMENTARIO

Los Gobiernos de Chile y del Perú han acordado suscribir un Protocolo Complementario del Tratado que se firma con esta misma fecha, y sus respectivos Plenipotenciarios, debidamente autorizados, han convenido al efecto en lo siguiente:

Artículo primero.—Los Gobiernos de Chile y del Perú no podrán, sin previo acuerdo entre ellos, ceder a una tercera potencia la totalidad o parte de los territorios que en conformidad al Tratado de esta misma fecha, quedan bajo sus respectivas soberanías, ni podrán, sin ese requisito, construir, al través de ellos, nuevas líneas férreas internacionales.

Artículo segundo.—Las facilidades de puerto que el Tratado, en su artículo quinto acuerda al Perú consistirán en el más absoluto libre tránsito de personas, mercaderías y armamentos al territorio peruano, desde éste a través del territorio chileno. Las operaciones de embarque y desembarque se efectuarán mientras se construyen y terminan las obras indicadas en el artículo quinto del Tratado, por el recinto del muelle del ferrocarril de Arica a La Paz, reservado al servicio del ferrocarril de Arica a Tacna.

Artículo tercero.—El Morro de Arica será desartillado, y el Gobierno de Chile construirá a su costo el monumento convenido por el artículo undécimo del Tratado.

El presente Protocolo forma parte integral del Tratado de esta misma fecha y, en consecuencia, será ratificado y sus ratificaciones se canjearán en Santiago de Chile tan pronto como sea posible.

En fe de lo cual, los infrascritos Plenipotenciarios firman y sellan el presente Protocolo Complementario en doble ejemplar, en Lima, a los tres días del mes de junio de mil novecientos veintinueve.

E. Figueroa (L. S.).— Pedro José Rada y Gamio (L. S.).

FIN DEL TOMO SEGUNDO

CRONOLOGIA

De los principales hechos de armas

LIBRO TERCERO

INDICE

CAPITULO III

CAMPAÑA DE TARAPACA

1879

Condiciones generales de su desarrollo

Página

CAPITULO IV

CAMPAÑA DE TARAPACA

Pisagua

CAPITULO V

CAMPAÑA DE TARAPACA

San Francisco

CAPITULO VI

CAMPAÑA DE TARAPACA

Batalla de Tarapacá

Página

CAPITULO VII

CAMPAÑA DE TACNA

1880

Condiciones generales de su desarrollo

CAPITULO VIII

CAMPAÑA DE TACNA

Los Angeles

CAPITULO IX

CAMPAÑA DE TACNA

Batalla del Alto de la Alianza

CAPITULO X

CAMPAÑA DE TACNA

Toma de Arica

CAPITULO XI

CAMPAÑA DE LIMA

1881

Condiciones generales de su desarrollo

Página

CAPITULO XII

CAMPAÑA DE LIMA

Batalla de San Juan

CAPITULO XIII

CAMPAÑA DE LIMA

Batalla de Miraflores

CAPITULO XIV

CAMPAÑAS DE LA SIERRA

Operaciones en 1882

Página

CAPITULO XV

CAMPAÑAS DE LA SIERRA

Operaciones en 1883

CAPITULO XVI

CONSIDERACIONES GENERALES

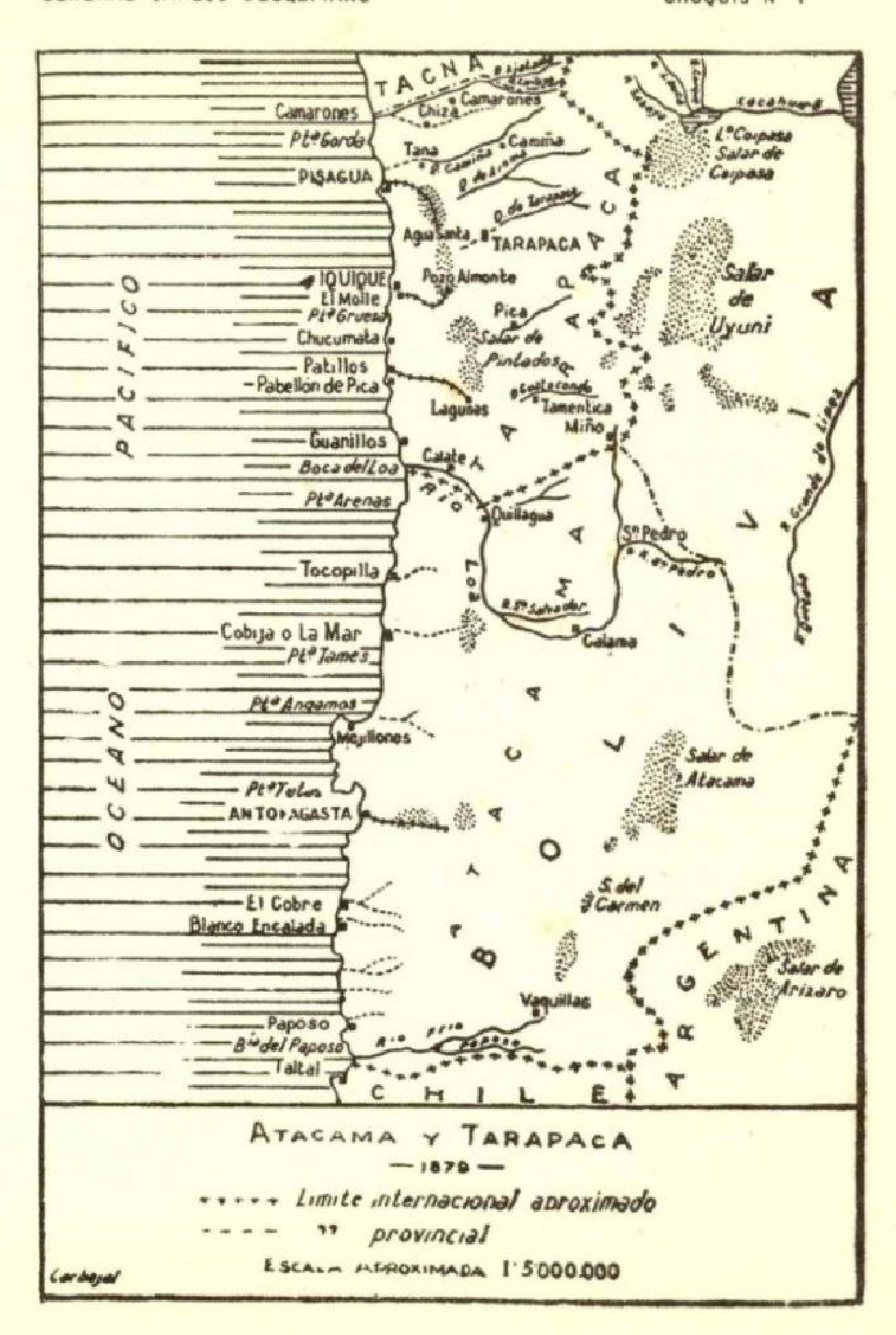
APENDICE

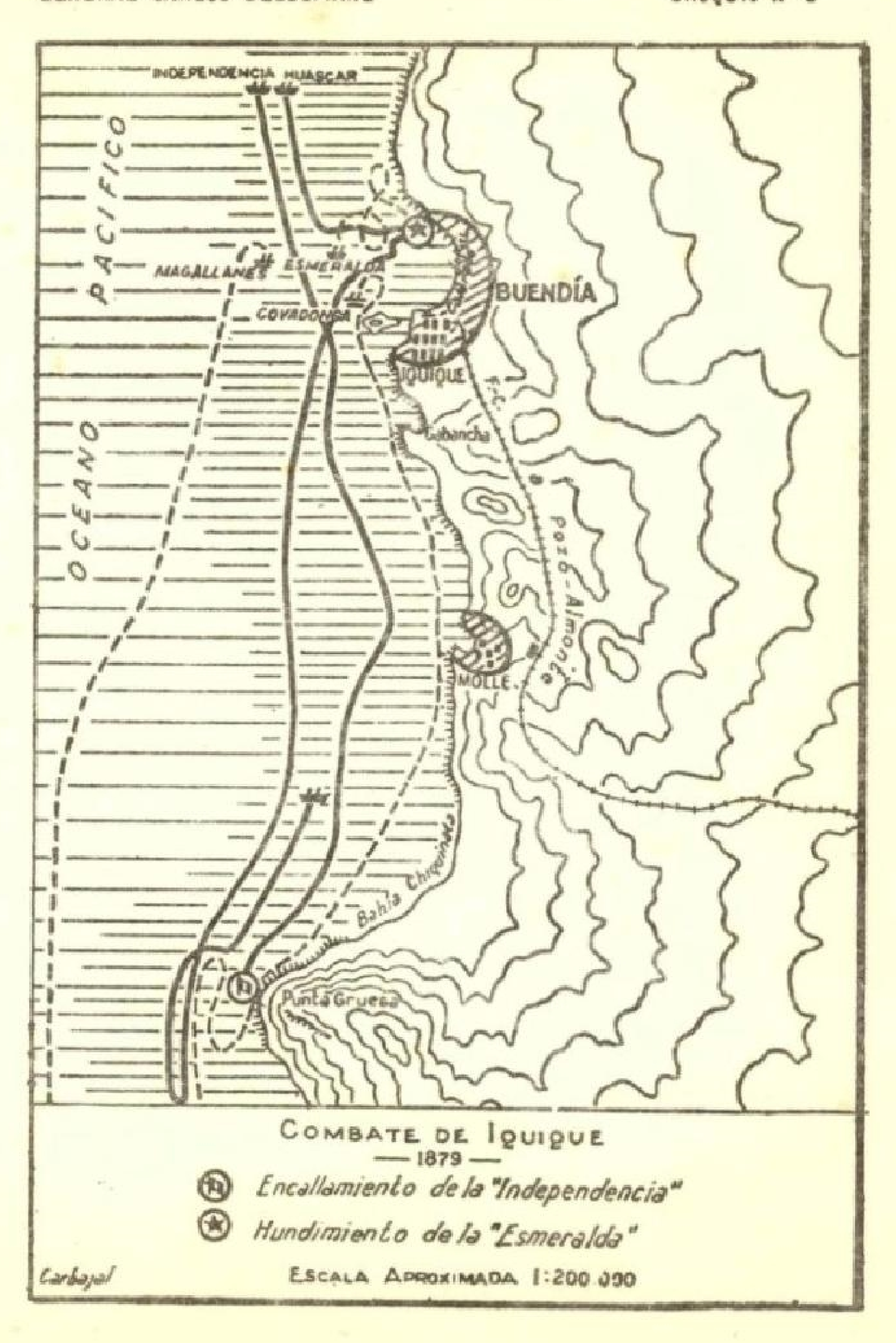
CRONOLOGIA

LIBRO TERCERO

GUERRA DEL PACIFICO

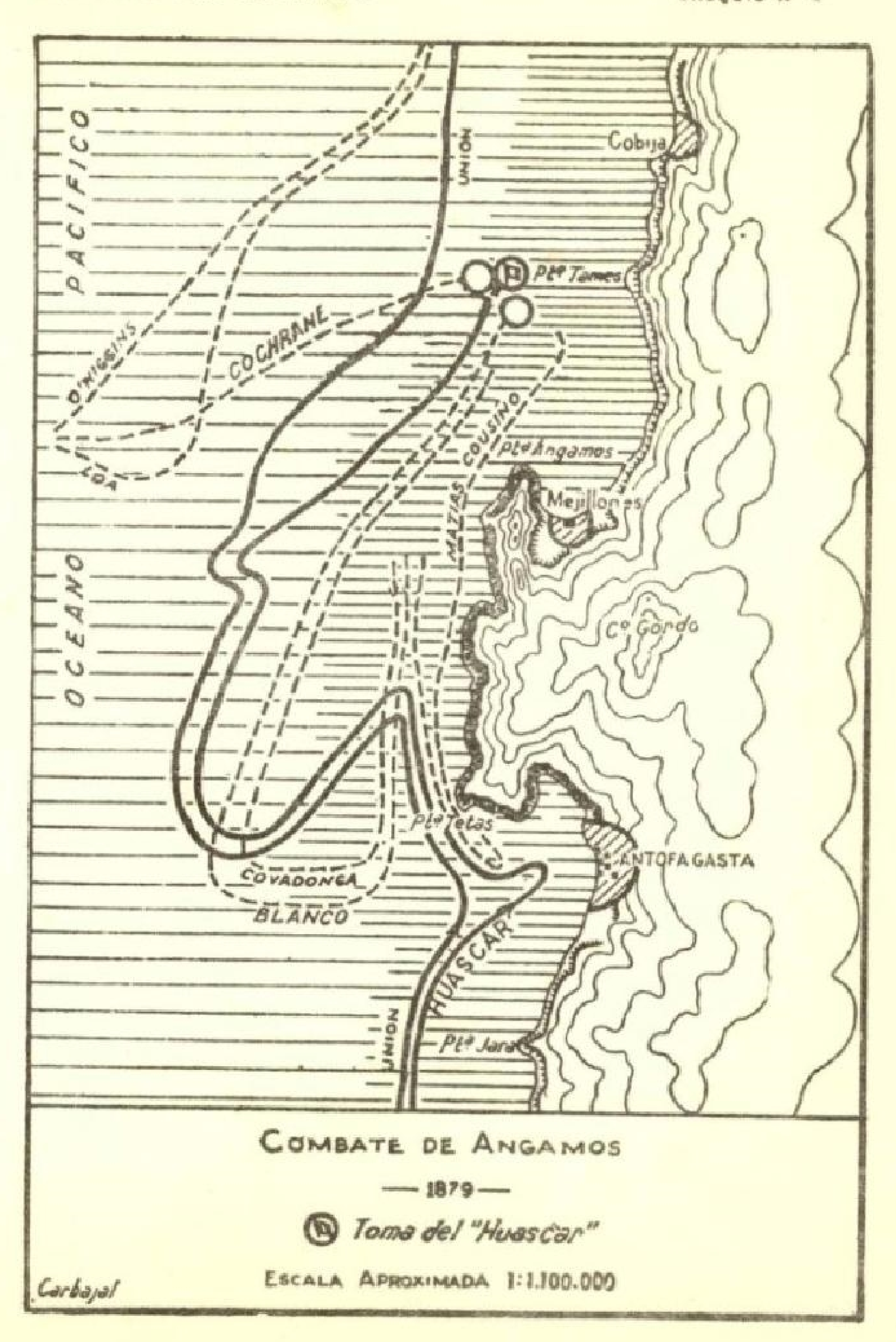
CROQUIS 1 A 20


TACNA
Camarones
Chiza
Pta Gorda
Tana
Camiña
PISAGUA
Agua Santa
TARAPACA
IQUIQUE
El Molle
Pta Gruesa
Pozo Almonte
Pica
Salar de Pintados
Chucumata
Patillos
Pabellon de Pica
Lagunas
Tamentica
Miño
Guanillos
Calate
Boca del Loa
Pta Arenas
Quillagua
Sn Pedro
Tocopilla
Cobija o La Mar
Pta James
Calama
Pta Angamos
Mejillones
Pta Tetas
ANTOFAGASTA
Salar de Atacama
El Cobre
Blanco Encalada
S. del Carmen
Vaquillas
Paposo
Ba del Paposo
Taltal
Salar de Arizaro
Lo Coipasa
Salar de Coipasa
Salar de Uyuni
OCEANO PACIFICO
BOLIVIA
ARGENTINA
CHILE
ATACAMA
Atacama y Tarapaca
— 1879 —
Limite internacional aproximado
" provincial
Escala aproximada 1:5000.000
Carbajal


INDEPENDENCIA
HUASCAR
OCEANO PACIFICO
MAGALLANES
ESMERALDA
COVADONGA
BUENDÍA
IQUIQUE
F.C.
Cabancha
Pozo Almonte
MOLLE
Bahía Chiquinata
Punta Gruesa
COMBATE DE IQUIQUE
— 1879 —
Encallamiento de la "Independencia"
Hundimiento de la "Esmeralda"
Carbajal
ESCALA APROXIMADA 1:200 000

HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

GUERRA DEL PACIFICO
CROQUIS Nº 3



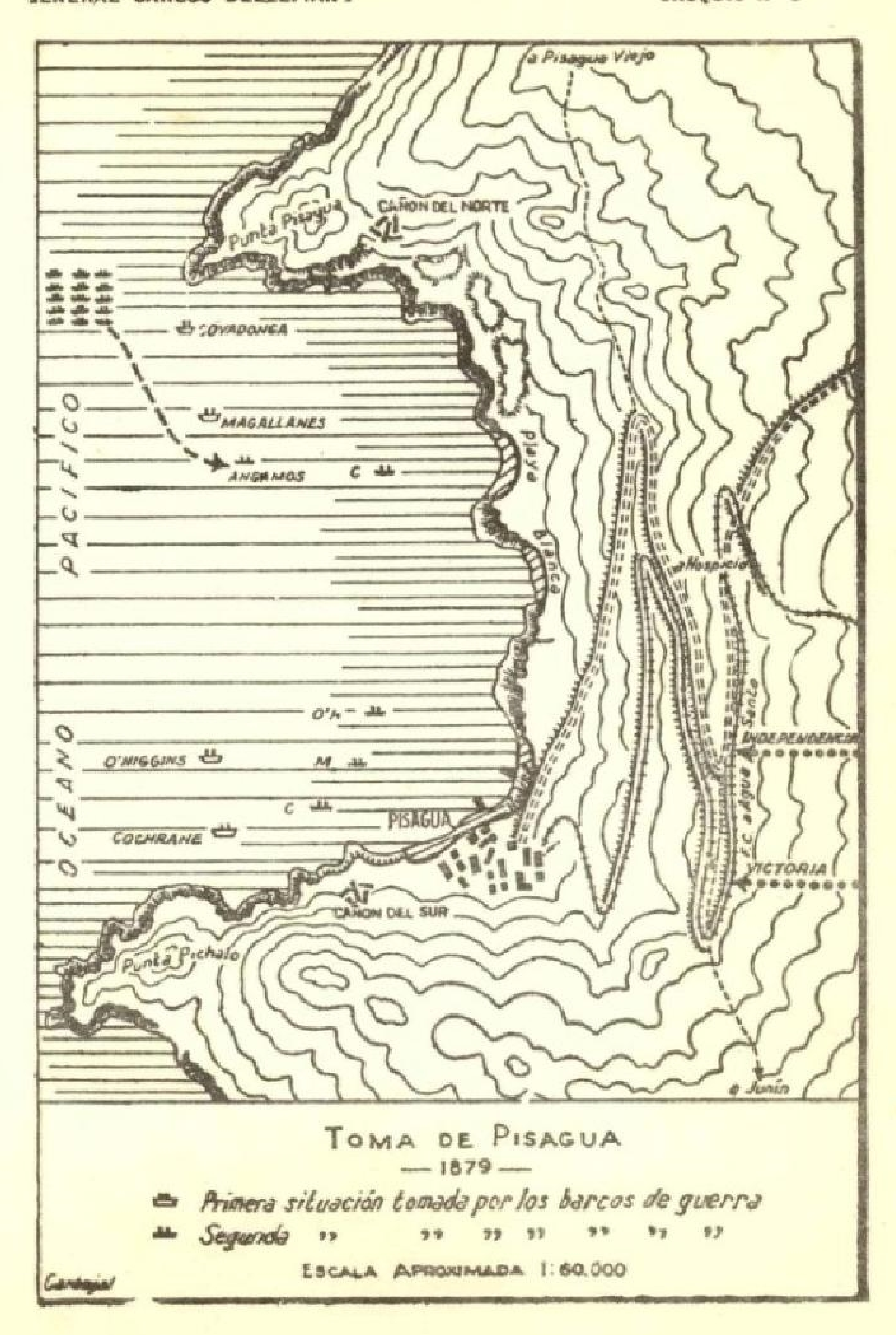
HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

GUERRA DEL PACIFICO
CROQUIS N° 4



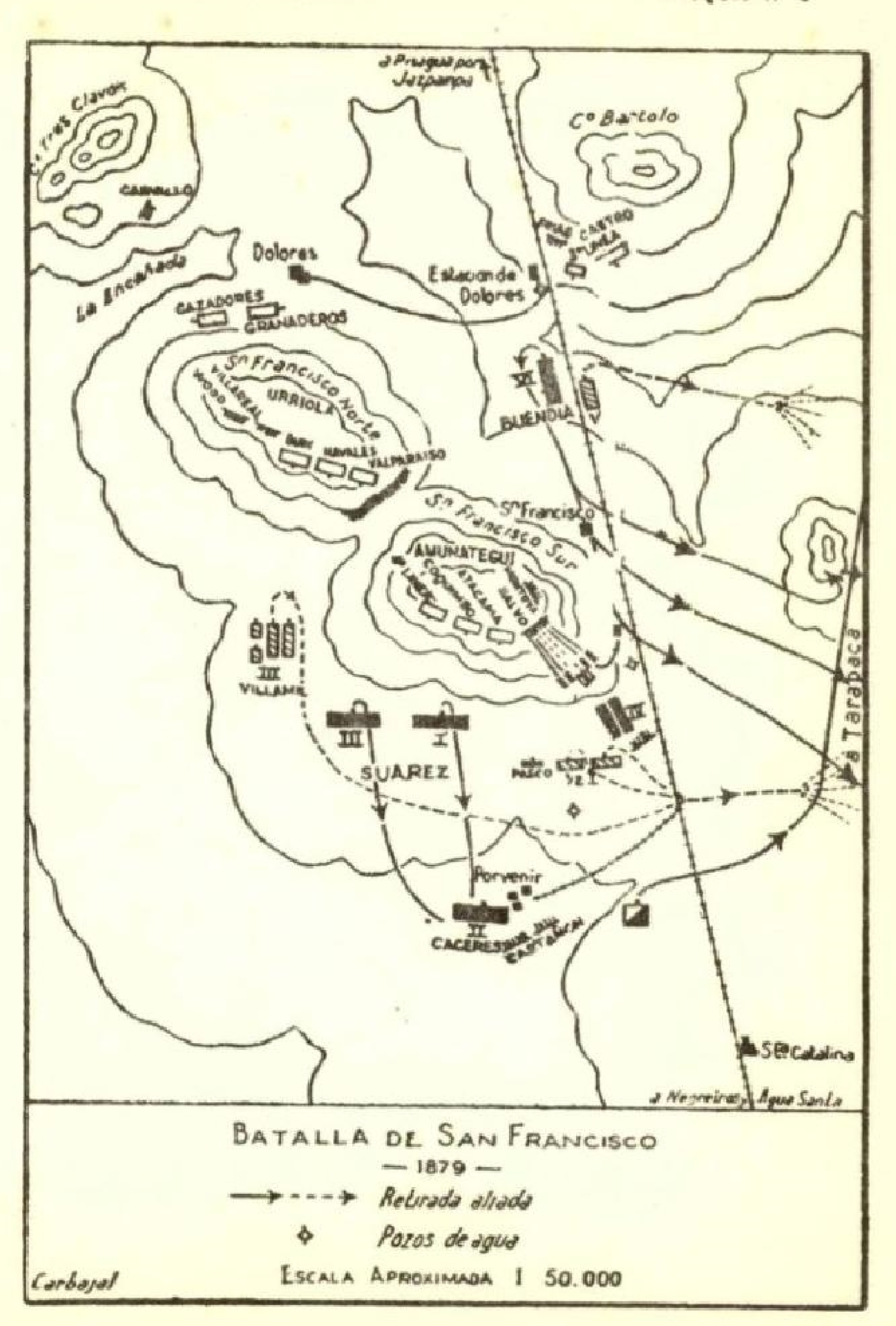
HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

GUERRA DEL PACIFICO
CROQUIS Nº 5



HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

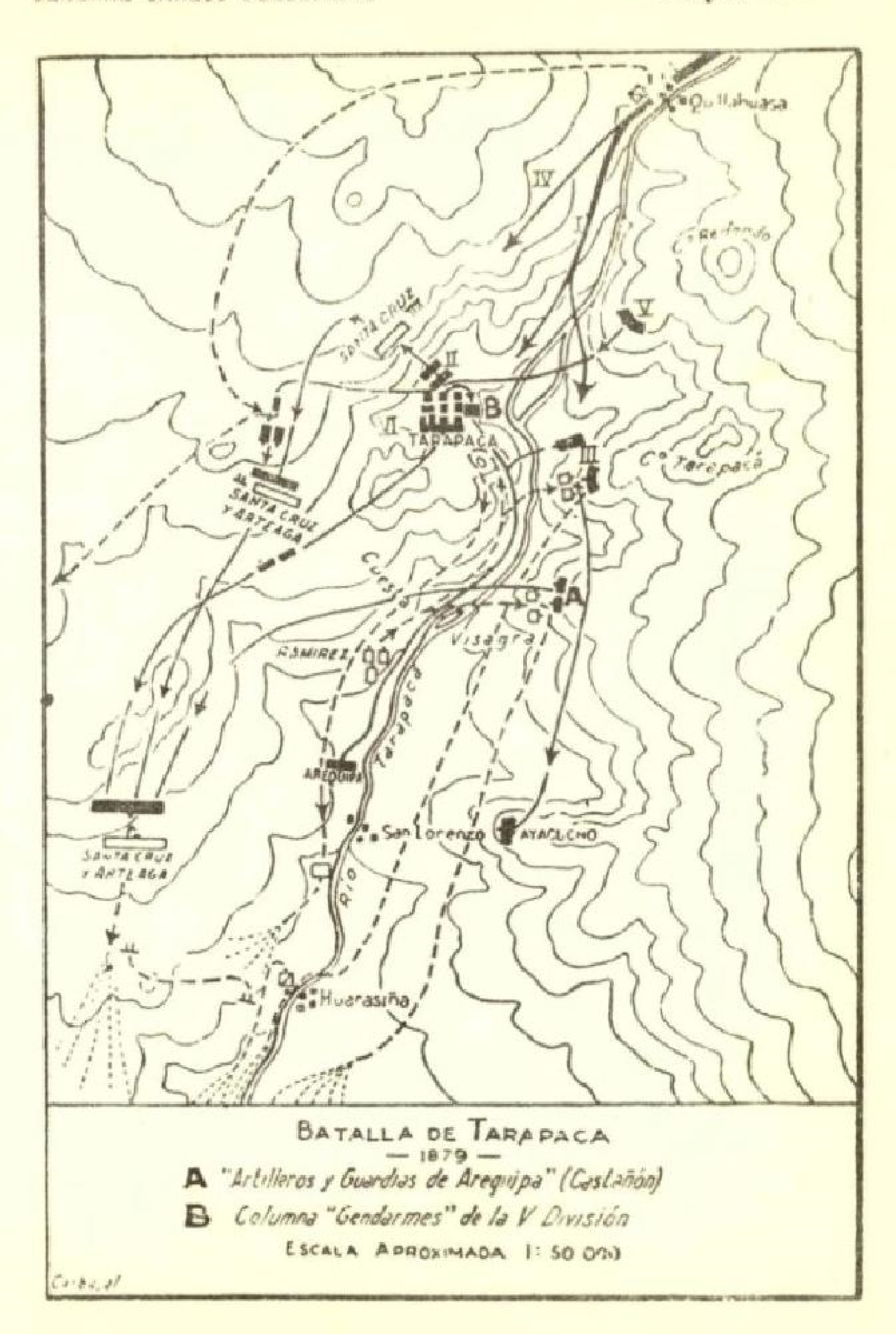
GUERRA DEL PACIFICO
CROQUIS N° 6



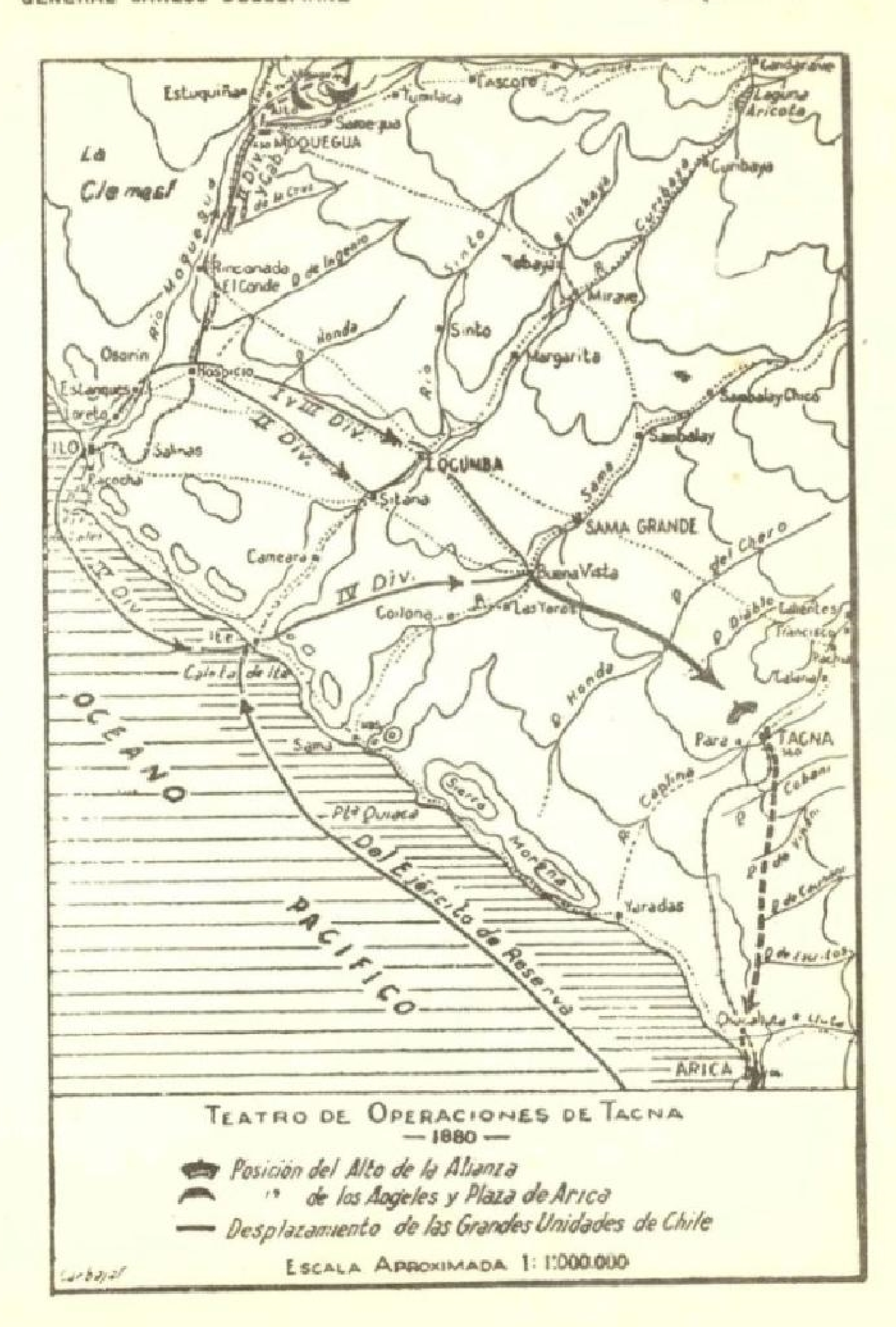
BATALLA DE SAN FRANCISCO
— 1879 —

HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

GUERRA DEL PACIFICO
CROQUIS N° 7



BATALLA DE TARAPACA
— 1879 —
A "Artilleros y Guardias de Arequipa" (Castañón)
B Columna "Gendarmes" de la V División
ESCALA APROXIMADA 1: 50 000



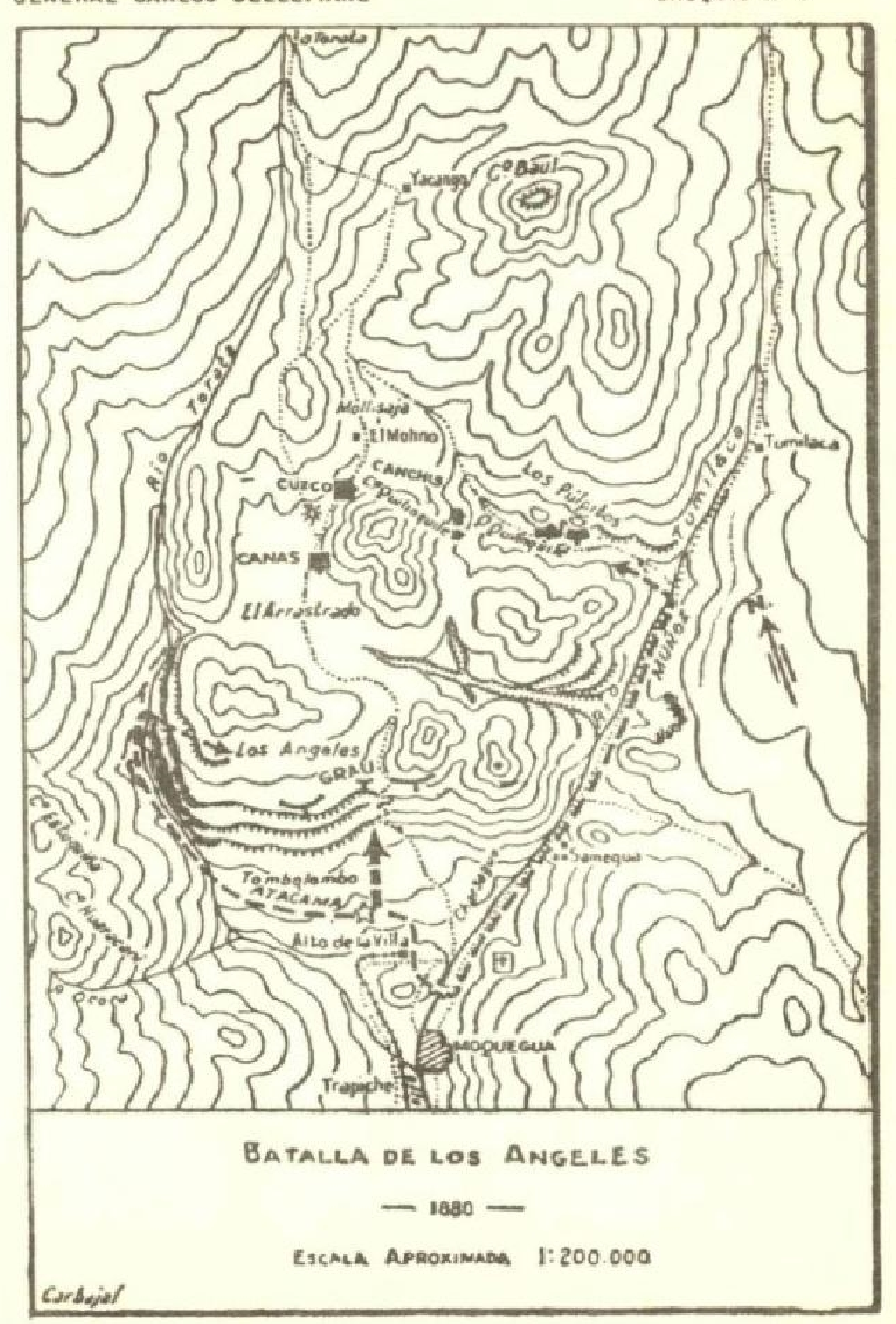
TEATRO DE OPERACIONES DE TACNA
— 1880 —

Posición del Alto de la Alianza
" de los Angeles y Plaza de Arica
Desplazamiento de las Grandes Unidades de Chile

ESCALA APROXIMADA 1: 1.000.000

HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

GUERRA DEL PACIFICO
CROQUIS N° 9



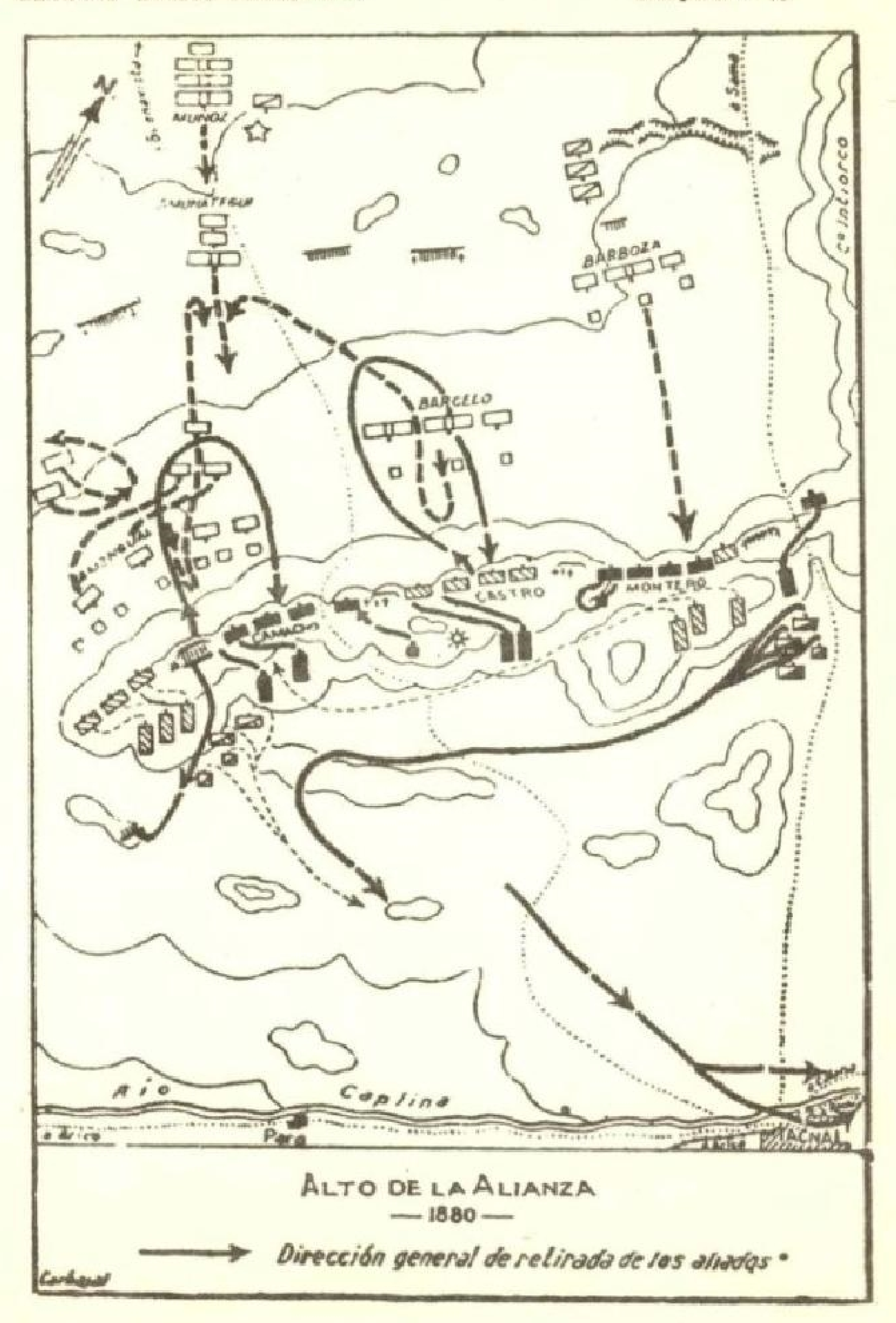
BATALLA DE LOS ANGELES

— 1880 —

ESCALA APROXIMADA 1:200.000

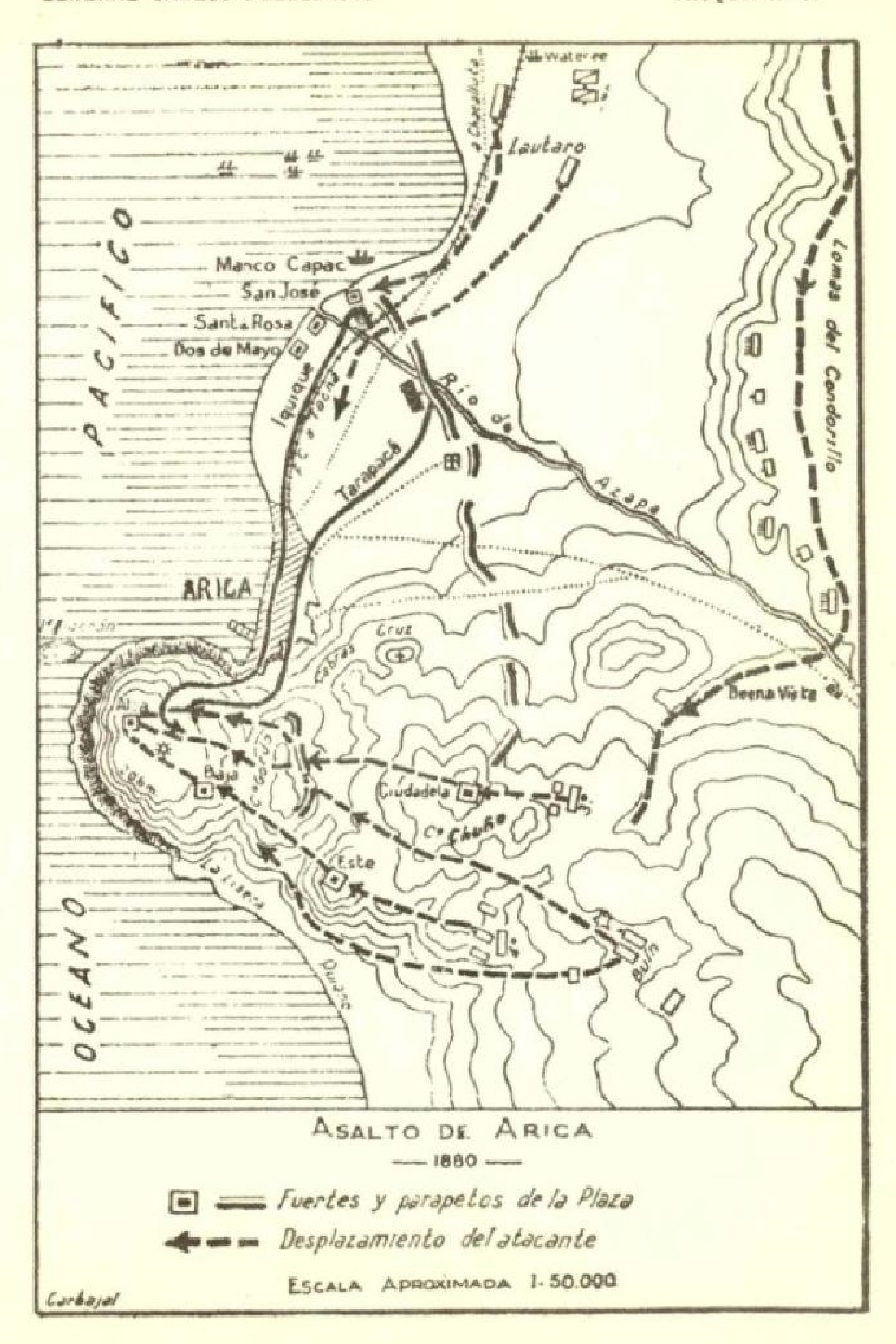
HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

GUERRA DEL PACIFICO
CROQUIS Nº 10



HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

GUERRA DEL PACIFICO
CROQUIS N° 11



ASALTO DE ARICA

— 1880 —

Fuertes y parapetos de la Plaza

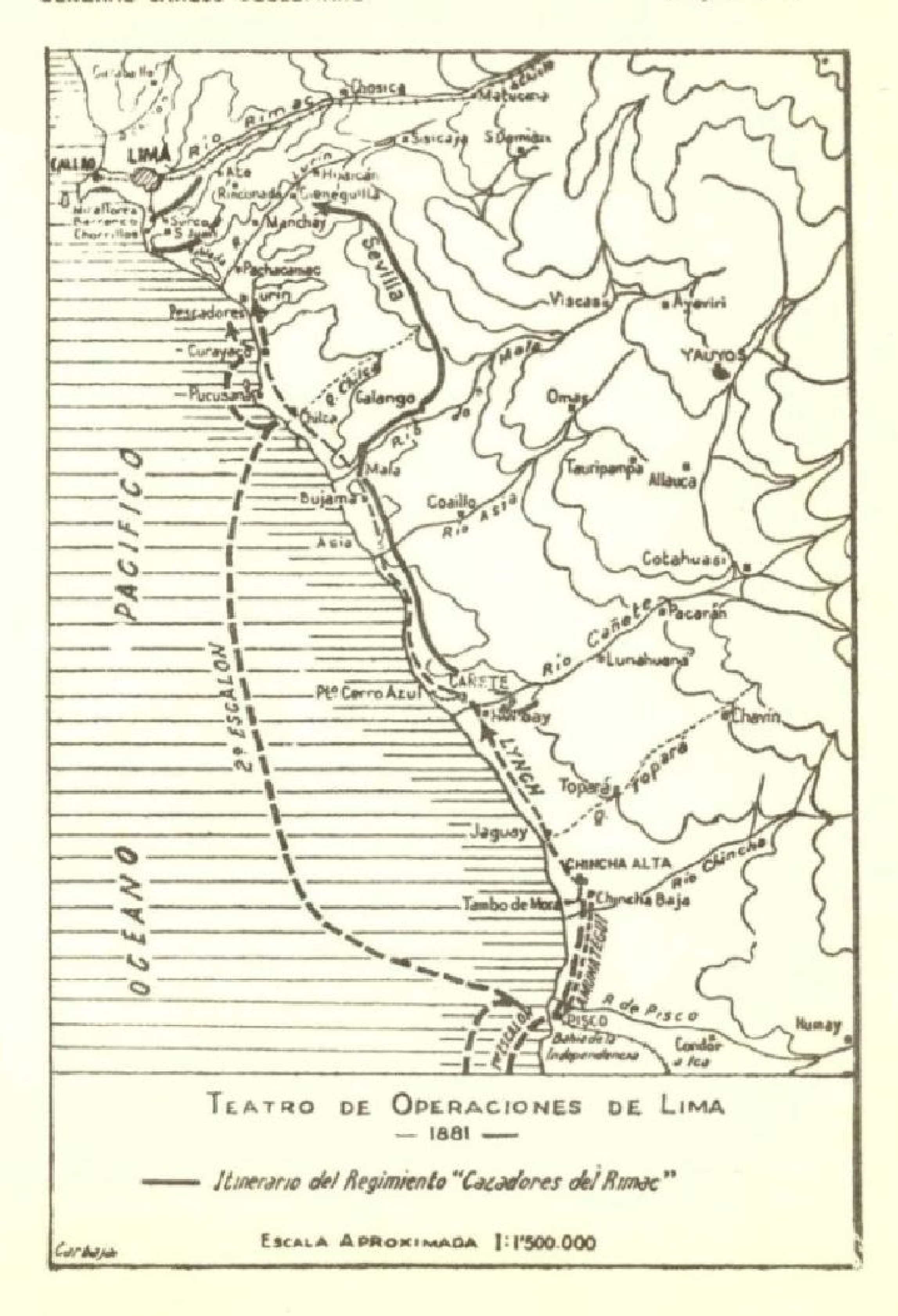
Desplazamiento del atacante

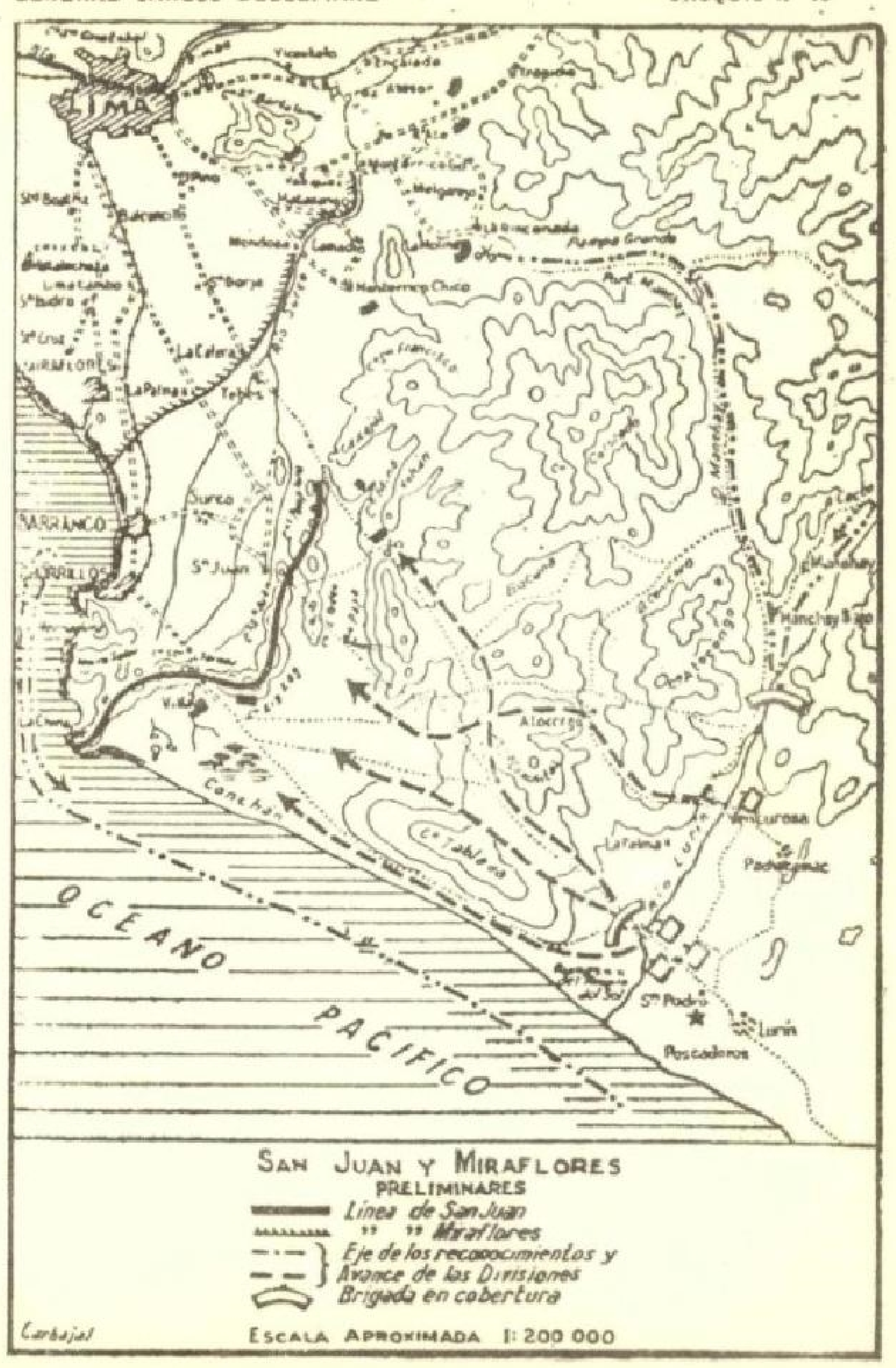
ESCALA APROXIMADA 1 - 50.000

Carbajal

HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

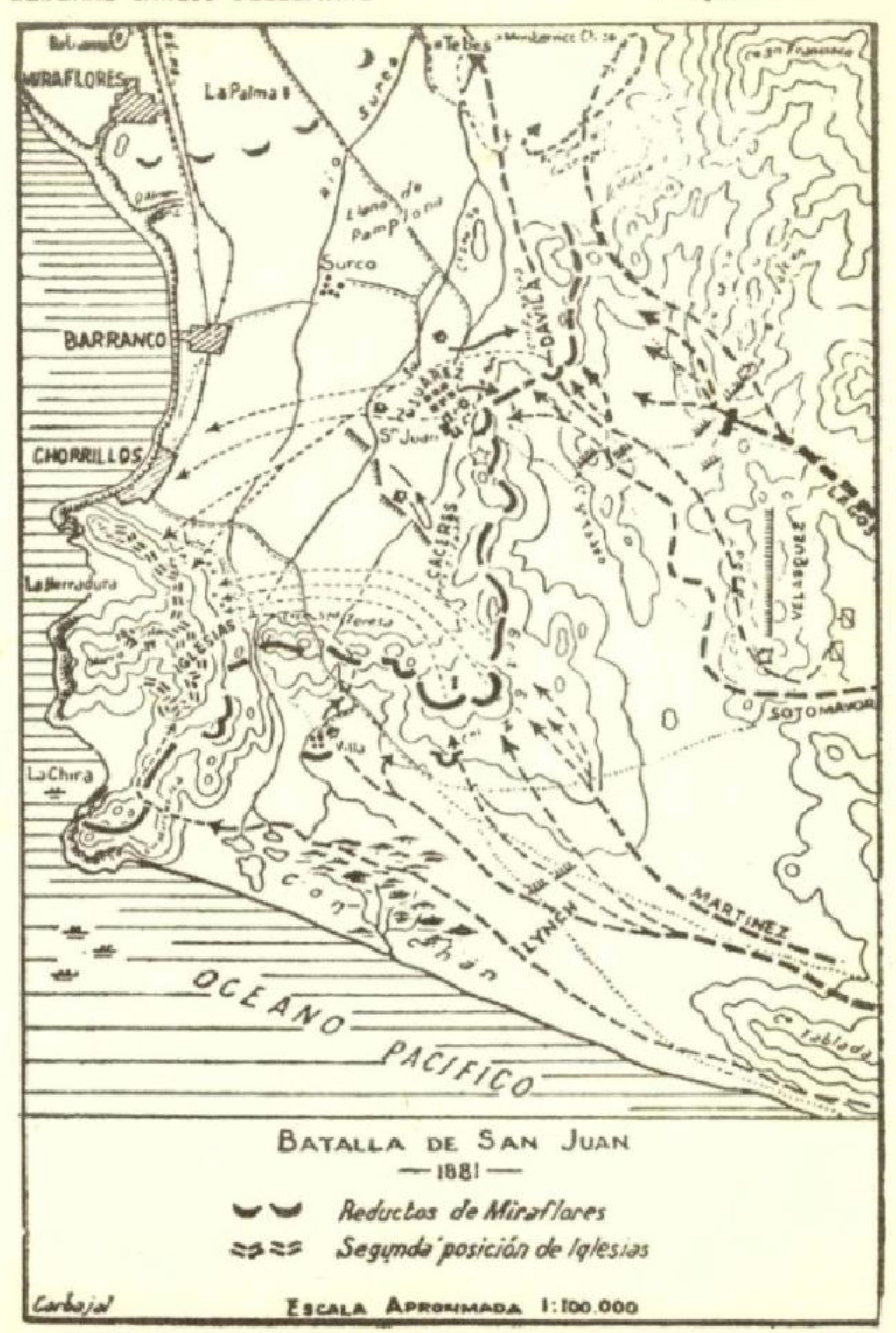
GUERRA DEL PACIFICO
CROQUIS N° 12




LIMA
Pampa Grande
Monterrico Chico
La Palma
Tebes
Surco
BARRANCO
Sn Juan
Villa
Cº Tablada
Lurín
Sn Pedro
Pescadores
Pachacamac
Manchay
OCEANO
PACIFICO
SAN JUAN Y MIRAFLORES
PRELIMINARES
Línea de San Juan
" " Miraflores
Eje de los reconocimientos y
Avance de las Divisiones
Brigada en cobertura
Carbajal
ESCALA APROXIMADA 1: 200 000

HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

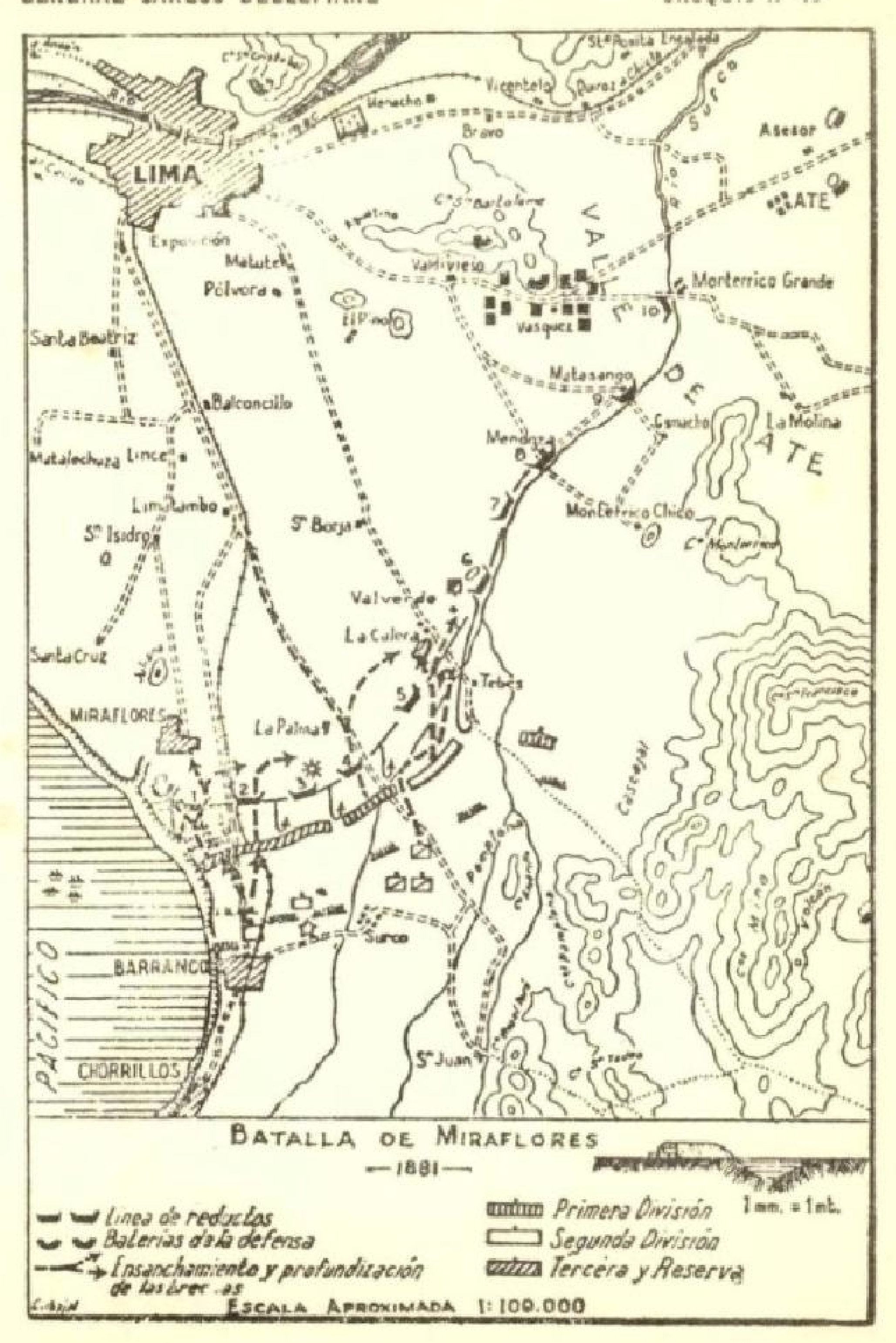
GUERRA DEL PACIFICO
CROQUIS N° 14



Batalla de San Juan
— 1881 —

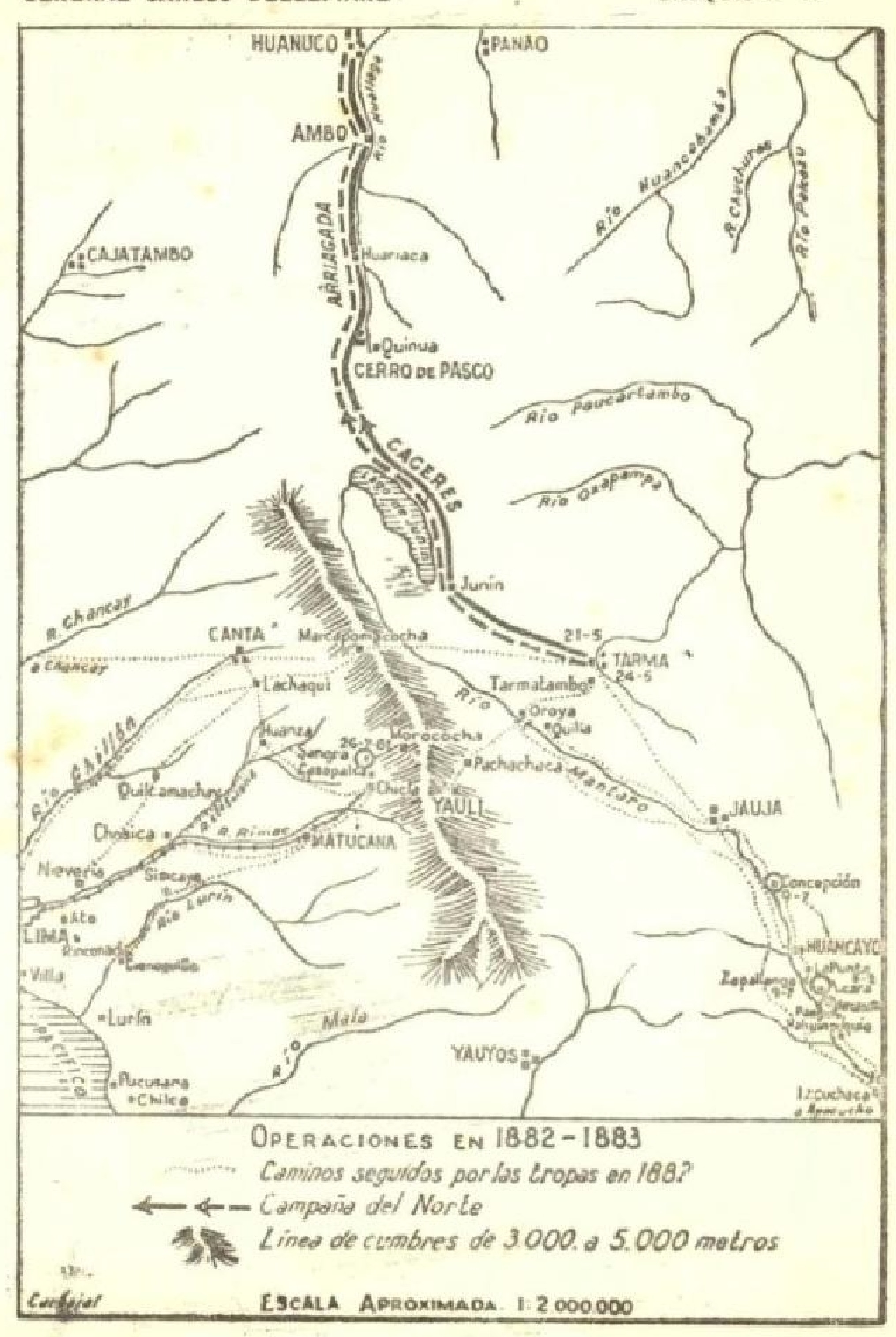
HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

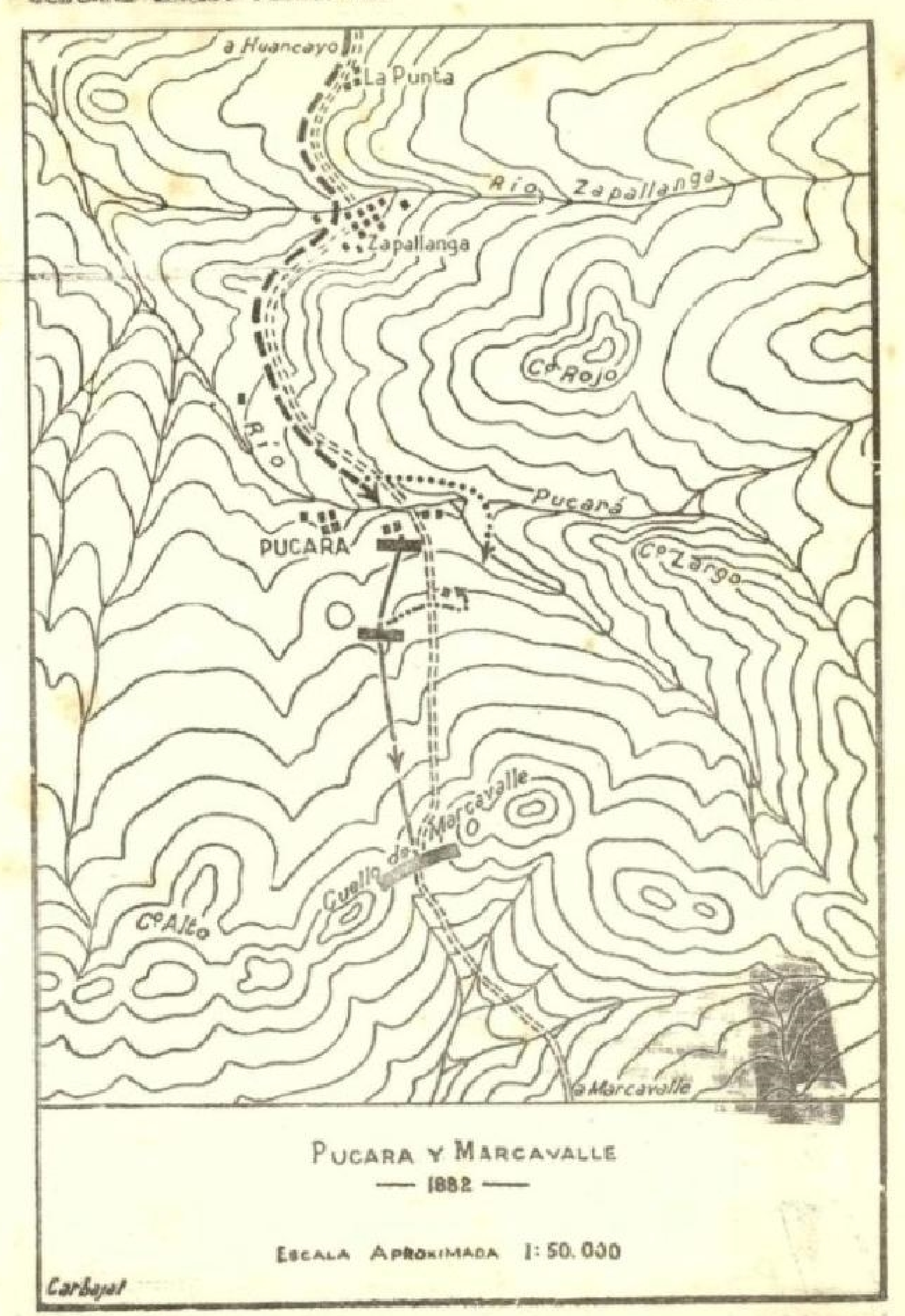
GUERRA DEL PACIFICO
CROQUIS Nº 15



HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

GUERRA DEL PACIFICO
CROQUIS Nº 16





PUCARA Y MARCAVALLE

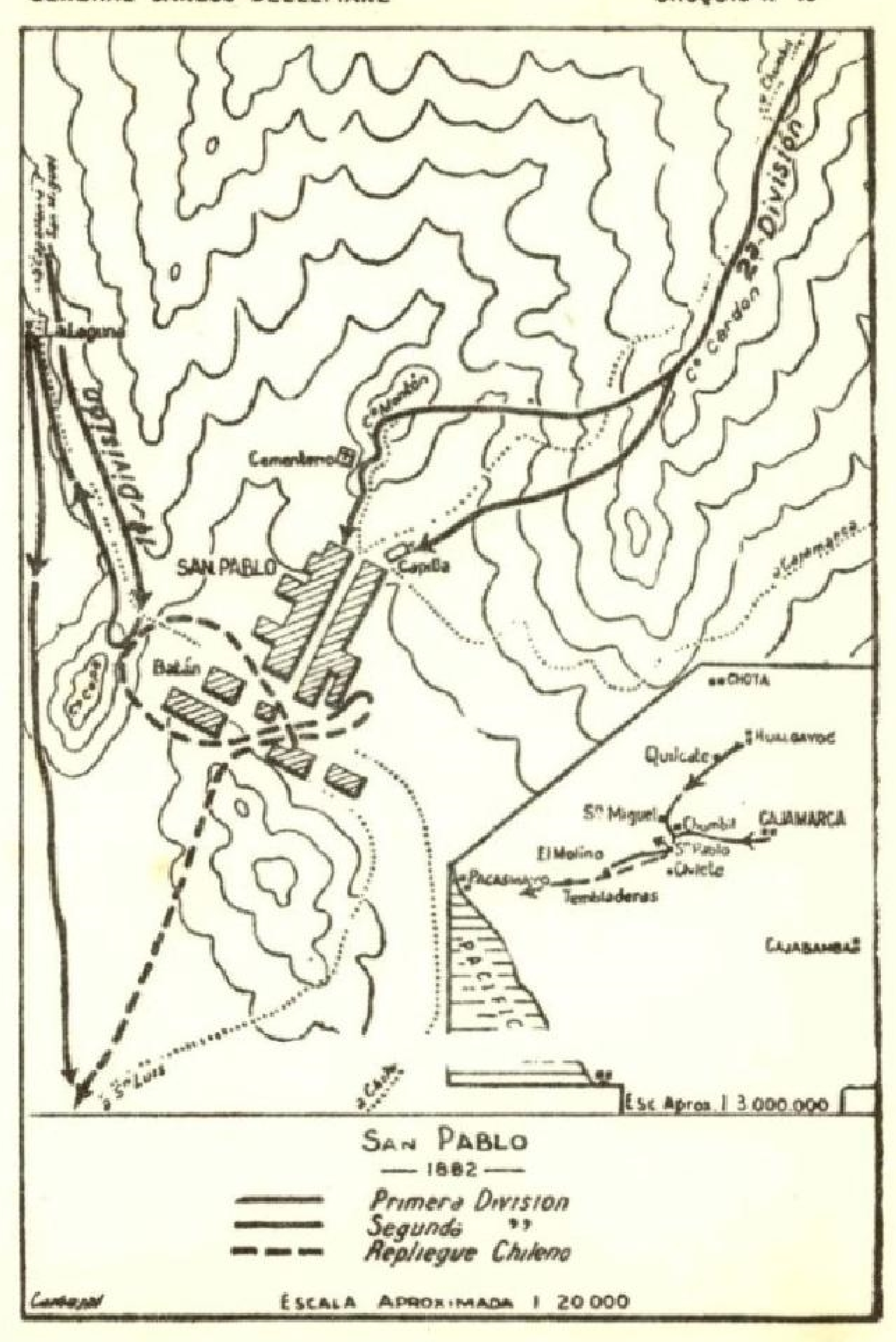
— 1882 —

ESCALA APROXIMADA 1: 50.000

Carbajal

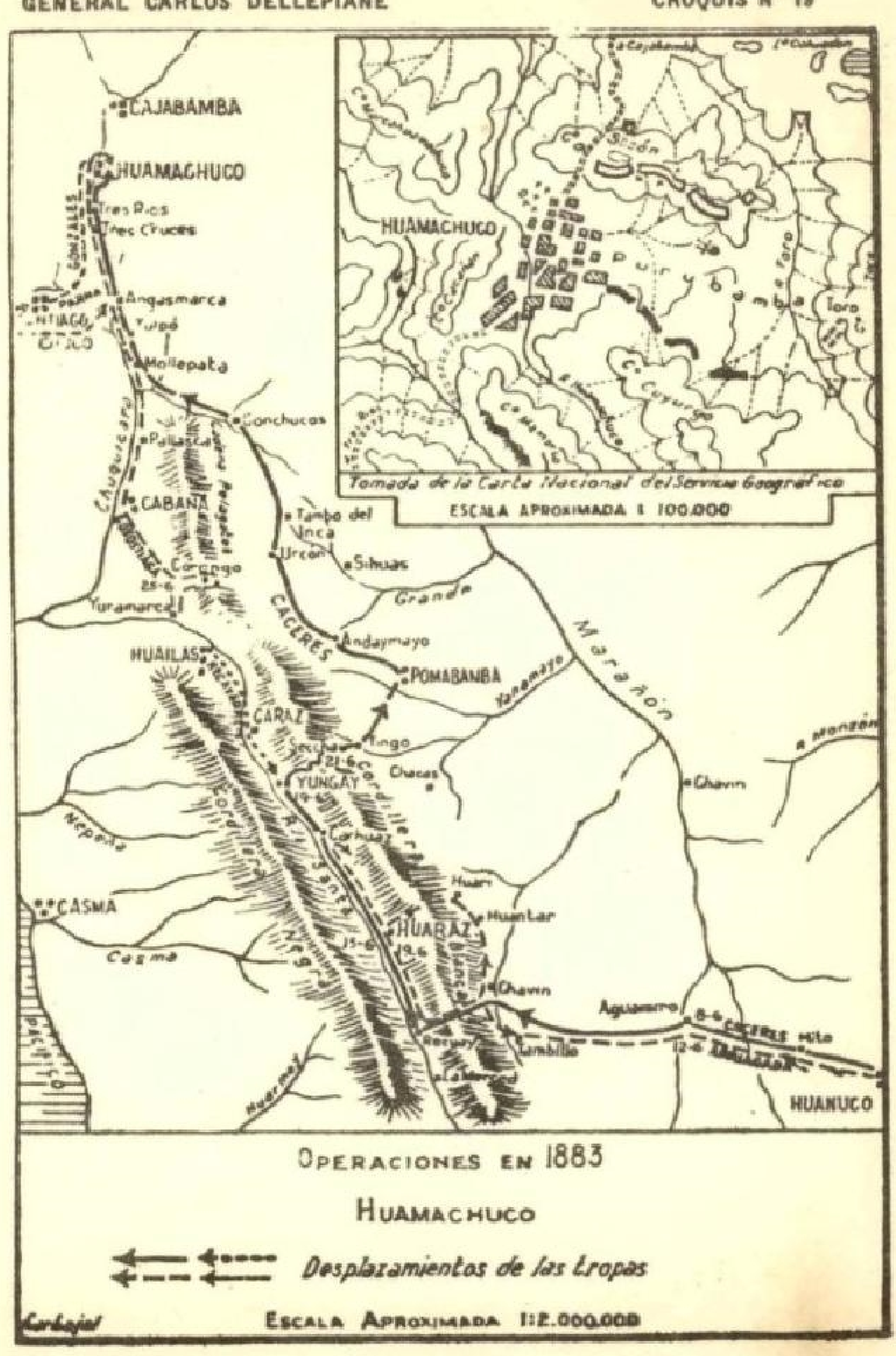
HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

GUERRA DEL PACIFICO
CROQUIS Nº 18



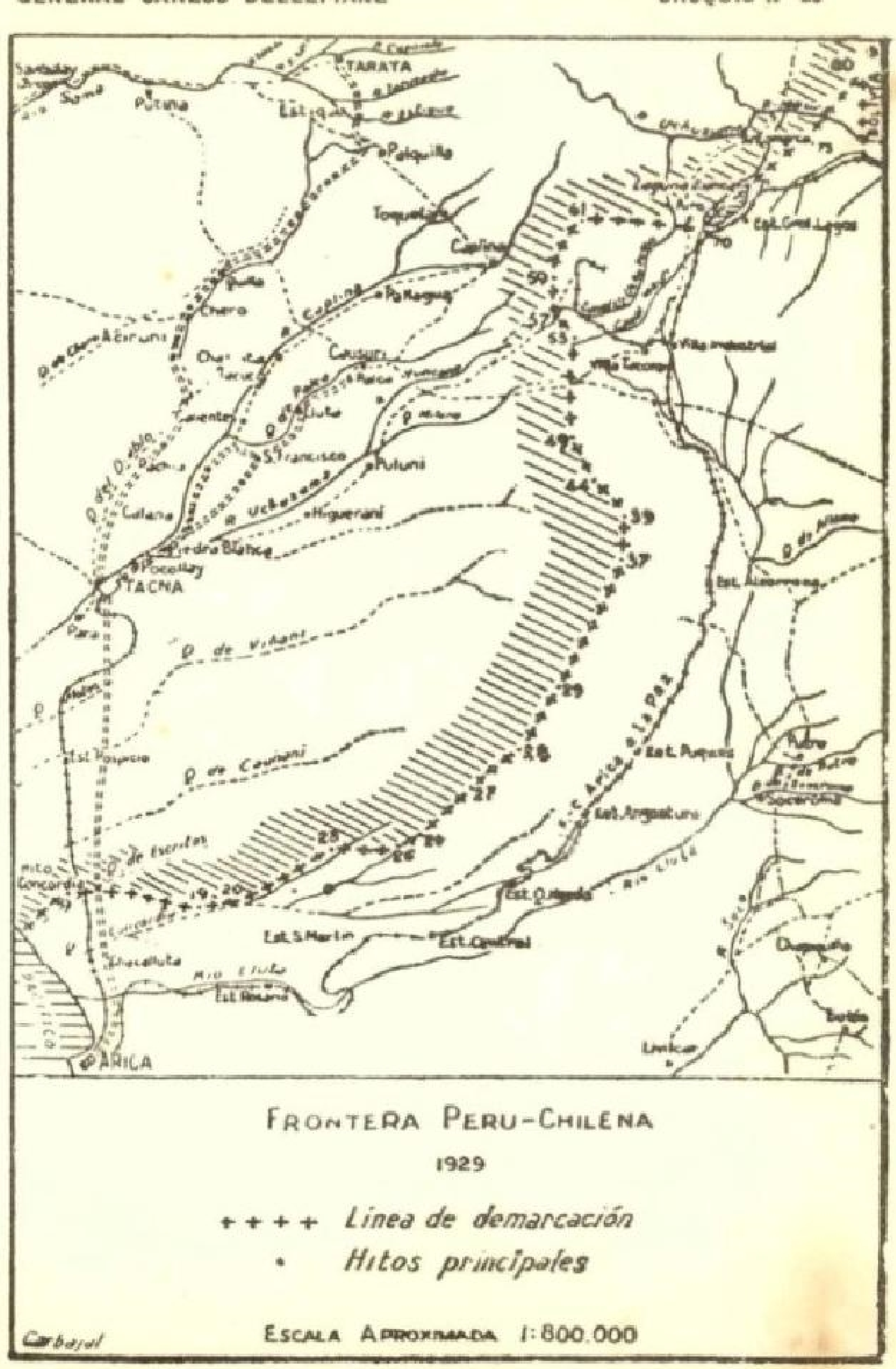
HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

GUERRA DEL PACIFICO
CROQUIS N° 19



HISTORIA MILITAR DEL PERU
GENERAL CARLOS DELLEPIANE

GUERRA DEL PACIFICO
CROQUIS N° 20



EJERCITO PERUANO



Imp. Col. Mil. "Leoncio Pra